MEDITACIONES ESPIRITUALES

DEL

V. P. LUIS DE LA PUENTE

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS.

TOMO II.

MEDITACIONES DE LA VIA ILUMINATIVA,

Ó

PARA ILUSTRAR EL ALMA CON VERDADES Y VIRTUDES, Y PERFECCIONARSE EN EL EJERCICIO DE ESTAS.



Con aprobacion del Ordinario.

BARCELONA:

LIBRERÍA RELIGIOSA.—IMPRENTA DE PABLO RIERA,
calle Nueva de San Francisco, núm. 17.

1856.

Desolatione desolata est omnis terra, quia nullus est qui recogitet corde.

Enteramente ha sido desolada toda la tierra, porque no hay ninguno que considere en su corazon. *(Jerem.* XII, 11).

PARTE TERCERA.

DE LAS MEDITACIONES

SOBRE LOS

MISTERIOS DE LA VIDA DE CRISTO NUESTRO SEÑOR, DESDE EL BAUTISMO HASTA EL FIN DE SU PREDICACION.

INTRODUCCION Y MEDITACION FUNDAMENTAL.

EN QUE SE TRATA DE LAS DOS VIDAS, ACTIVA Y CONTEMPLATIVA, FIGURADAS POR MARTA Y MARÍA, HERMANAS: Y DE LA VIDA COMPUESTA DE AMBAS, QUE EJERCITÓ CRISTO NUESTRO SEÑOR EN EL TIEMPO DE SU PREDICACION.

Comun sentencia es de los santos Padres y maestros de espíritu, que la vida espiritual abraza dos suertes de obras y ejercicios, que llaman vida activa y contemplativa. (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 179; *D. Greg. et alii*). La vida activa es un modo de vivir dedicado principalmente á obras exteriores para nuestro aprovechamiento espiritual ó para bien de nuestros prójimos, ejercitando con ellos las obras de caridad y misericordia, ó las corporales, por donde han de comenzar los principiantes, ó las espirituales de enseñar y predicar, que son mas propias de los perfectos. La vida contemplativa es un modo de vivir dedicado principalmente á las obras interiores del conocimiento y amor de Dios, subiendo por los escalones y ejercicios de leccion, meditacion, oracion y contemplacion, de que se trató al principio de este libro en la suma de la oracion mental que los abraza todos. Estas dos vidas suelen hermanarse y ayudarse maravillosamente una á otra con la mezcla de sus obras; de donde resulta la vida que llaman mixta, compuesta de ambas, abrazando lo mas perfecto que hay en cada una. De aquí es, que como Cristo nuestro

Señor vino al mundo por maestro y dechado universal de toda perfeccion en todo género de vida, y para toda suerte de personas; despues que en los treinta primeros años de su edad ejercitó la humildad, obediencia y silencio, y otras obras exteriores de la vida activa (*D. Thom.* 3 *p. q.* 40, *art.* 1 *ad* 2 *et* 3) que se ordenan para nuestro aprovechamiento, quiso en los años restantes darnos heróicos ejemplos de las obras mas preciosas de la vida activa, hermanándolas con la vida contemplativa con una excelentísima perfeccion mas divina que humana, como verémos en las meditaciones de esta parte III. Por cuyo fundamento me ha parecido necesario declarar primero los oficios de estas dos vidas, sus obras y propiedades, y el modo como Cristo nuestro Señor las ejercitó, fundando todo esto en la historia que cuenta el evangelista san Lucas (*Luc.* x, 38) de las dos hermanas: Marta que hospedó á Cristo en su casa, y María que sentada á sus piés oia su doctrina, las cuales, como comunmente dicen los Santos, son figuras de estas dos vidas, y en su historia está dibujada la doctrina mas alta y provechosa que se puede dar de ambas. Y por hacer de un camino dos mandatos, juntamente iré sacando mi intento, y haciendo una meditacion sobre esta historia.

§ I.

De las obras principales de la vida activa.

1. Las principales obras y oficios de la vida activa declara místicamente el Evangelio, diciendo (*Luc.* x, 38): *Entró Jesús en un lugar pequeño, y una mujer por nombre Marta le hospedó en su casa.* En las cuales palabras se tocan tres oficios que pertenecen á este modo de vida.—El primero es, aparejar la casa del alma para hospedar á Cristo nuestro Señor espiritualmente en ella, lo cual hace con estos ejercicios.—Lo primero, barriéndola de todos los pecados con obras de penitencia, porque la Sabiduría encarnada no entrará en alma injusta, ni se hospedará en cuerpo sujeto á pecados. (*Sap.* 1, 4).—Lo segundo, quietándola y sosegándola del bullicio y turbacion de las pasiones desconcertadas con ejercicios de mortificacion, porque ningun huésped gusta de morar mucho tiempo en casa bulliciosa y muy turbada.—Lo tercero, adornándola con las virtudes morales, ejercitando sus obras con gran fervor, porque en casa ataviada con tan preciosa tapicería gusta Cristo nuestro Señor de hospedarse y perseverar en ella, unido con su huésped con union de gracia y caridad.

2. El segundo oficio de la vida activa es, hospedar dentro de su casa á Cristo nuestro Señor en sus pobres, como Marta le hospedaba con sus Apóstoles, sirviéndoles y ejercitando con ellos las siete obras de misericordia corporales; porque hablando de ellas, dijo este Señor (*Matth.* xxv, 40): Lo que hicísteis por uno de estos pequeñuelos, por mí lo hicísteis; yo en ellos era peregrino, y me hospedásteis: estaba hambriento, y dísteisme de comer y beber, y á mi cuenta tomo lo que haceis por mis pobres, porque yo soy una cosa con ellos y estoy en ellos.

3. El tercer oficio mas levantado que pertenece á la vida activa, cuando está muy perfecta y se ha hermanado y concertado con la contemplativa, es buscar posada á Cristo nuestro Señor en las almas de los prójimos, incitándolas á que le hospeden (*D. Thom. in art.* 3, *q.* 182, *art.* 2 *ad* 3), y aparejándolas para que Cristo nuestro Señor guste de hospedarse en ellas; y esto hace con las obras de misericordia espirituales, como son enseñar, aconsejar, corregir, predicar, confesar, administrar Sacramentos y otras tales, en las cuales resplandece mas la caridad y amor de los prójimos y celo de su salvacion. Este fue el oficio de los discípulos (*Luc.* x, 1), á quien Cristo nuestro Señor envió delante de sí por todas las ciudades y lugares por donde él habia de ir, para que le aparejasen posada en las almas de los hombres.

§ II.

De las obras de la vida contemplativa.

1. Las principales obras de la vida contemplativa declara luego el Evangelista, diciendo: *Marta tenia una hermana por nombre María; la cual sentada junto á los piés del Señor, oia su palabra.* En lo cual se nos representa que el oficio y ocupacion principal de la vida contemplativa es gozar del divino huésped, que su hermana la vida activa ha hospedado en el alma, y postrada con el espíritu á sus piés, oir su celestial doctrina; porque como ambas son hermanas, hijas de un mismo padre Dios, engendradas por un mismo fin de nuestra perfeccion y de su gloria (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 182, *art.* 2; *Cant.* 1, 16); de aquí es que el divino Espíritu primero engendra la vida activa, que es la primera y menos perfecta, y con esta adorna la posada donde se ha de hospedar y el lecho donde ha de descansar, y luego engendra la vida contemplativa, para que goce del huésped, oiga su doctrina, y reciba los dulces abrazos del divino

añor. Las propiedades y obras de esta vida contemplativa, que aquí se apuntan, son estas.-La primera es, acercarse á Cristo nuestro Señor; porque como Marta, ocupada en los ministerios de casa, andaba mas léjos de Cristo, pero María estaba cerca de sus piés; así los dados á la contemplacion andan mas cerca de Dios con el espíritu, y mas puestos en su presencia por conocimiento y amor para recibir de él la luz y resplandor de las virtudes, conforme á lo que dice David (*Psalm.* XXXIII, 6): Acercaos á Dios, y seréis alumbrados.

2. La segunda propiedad es, sentarse con quietud cerca de Cristo, porque dando de mano por entonces á las obras exteriores que suelen inquietar, procura recoger todas sus potencias y sosegar sus imaginaciones, pensamientos y afectos, y atender solamente á conocer y amar á Dios, y á oir lo que le dice dentro de su corazon, conforme á lo que dijo por David (*Psalm.* XLV, 11): Vacad y ved que yo soy Dios; y á lo que dice el mismo David: Oiré lo que habla en mí el Señor.-La tercera propiedad es, sentarse cerca de los piés de Cristo nuestro Señor, protestando con esto varios afectos.-El primero de humildad, escogiendo el último lugar en la presencia de este Señor.-El segundo de reverencia, reconociendo la alteza de la majestad de su Maestro.-El tercero de sujecion, ofreciéndose á estar sujeto y rendido en cuanto le mandare.-El cuarto de imitacion, determinándose á seguir sus pisadas; y todo esto con amor, saboreándose en esta humillacion y reverencia, en esta sujecion é imitacion, deseando abrazarse con los piés de este Señor con todo su espíritu; y los que de esta manera llegan á la contemplacion, consiguen lo que dice la Escritura (*Deut.* XXXIII, 3): Que quien se acerca á los piés de Dios, recibirá de su doctrina.

3. La cuarta propiedad y obra propia de la vida contemplativa es, oir la palabra de Dios; lo cual ejercita en muchas maneras, disponiéndose con las unas para las otras. (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 180, *art.* 3).-Lo primero, oye la palabra de Dios, leyéndola en los libros sagrados y devotos, por medio de los cuales nos habla Dios, enseñándonos la doctrina que vamos leyendo.-Lo segundo, oye la palabra de Dios por boca de los predicadores y maestros; por los cuales tambien habla Cristo (II *Cor.* XIII, 3), como por boca suya.-Lo tercero, la oye del mismo Dios en la meditacion, razonando con él dentro del corazon con varios discursos, inquiriendo las verdades divinas, y recibiendo de este divino Maestro la inteligencia de ellas.-Y últimamente la oye en la contemplacion, que es una vista sen-

cilla y amorosa de las verdades que pertenecen al mismo Dios, cuyo supremo acto declara la Escritura por estas frases de oir, como dijo san Pablo (II *Cor.* XII, 4), que en su rapto oyó las palabras secretas de Dios; y Cristo nuestro Señor dijo á sus discípulos (*Ioan.* XV, 15), que les habia enseñado todo lo que habia oido de su Padre. Porque como el que oye, sin muchedumbre de discursos propios recibe apurada y aechada la doctrina que el Maestro le dice; así el alma en la contemplacion con poco trabajo y con mucho gusto recibe dentro de sí las inspiraciones é ilustraciones y sentimientos altos de Dios, con los cuales queda enseñada, ilustrada, apacentada y encendida en afectos de amor, y dentro de sí recibe al mismo Verbo y palabra increada (*Iacob.* I, 21), que es Dios, con quien se junta con perfecta union de caridad.

§ III.

De la necesidad que la vida activa tiene de la contemplativa, y de las quejas que hay sobre esto.

1. ***Marta andaba muy ansiosa en los ministerios de casa, la cual llegó á Cristo y le dijo: Señor, ¿no tienes cuidado de que mi hermana me deja sola en tu servicio? Díla que me ayude.*** En este suceso se representa la necesidad que la vida activa tiene de la contemplativa. Porque primeramente, á ejemplo de Marta, confiesa que á solas no basta para servir á Cristo nuestro Señor, como desea, cumpliendo todas las obras propias de su estado, si no es que le ayude su hermana la contemplacion, á quien pertenece alcanzar devocion y dulzura para las obras exteriores, sin la cual la vida activa anda seca y medio ciega, llena de quejas y repugnancias, por lo cual dijo san Bernardo (Lib. I de consider. ad Eugenium), que á la misma accion convenia prevenirla con la consideracion; y aunque sin la contemplacion perfecta se puede entrar en el cielo; pero sin algun modo de contemplacion no se puede caminar con gusto, ni llevar con suavidad la carga y yugo de la ley de Dios.

2. De aquí es que su misma necesidad hace á la vida activa que pare un poco como Marta, *quae stetit*, y se llegue á Cristo con oracion y peticiones, pidiéndole el espíritu de la contemplacion en el grado que ha menester para su ayuda. Y así con un modo de queja amorosa le dice: Señor, parece que te olvidas de mí y me dejas sola, sin la compañía de mi hermana la contemplacion; díla que me ayude. Y pues tu decir es hacer y tu mandar es obrar, manda que

venga conmigo el espíritu de la contemplacion; envia del cielo y de la silla de tu grandeza el espíritu de la sabiduría, de donde ella procede (*Sap.* IX, 10), *ut mecum sit, et mecum laboret;* para que esté conmigo y trabaje conmigo, y sepa lo que mas le agrada, poniéndolo luego por obra.

3. Pero se han de advertir en este mismo suceso algunas quejas que suele haber en algunos imperfectos que andan muy ocupados en las obras de vida activa y muy pagados de ellas; porque unos con una secreta soberbia se quejan de Cristo nuestro Señor, porque trabajando mucho en su servicio con obras exteriores, les deja solos sin los regalos y ternuras de la contemplacion, como quien no tiene cuidado de ellos, ni les premia sus trabajos, como los premia á otros. Al modo que el hermano mayor del hijo pródigo se quejó á su padre (*Luc.* XV, 29), porque no le regalaba como al hijo menor. Y este es grande engaño, porque nuestro soberano Padre de todos tiene cuidado, así de los trabajadores como de los contemplativos, y á todos da bastante favor, conforme á su estado; y notar á Dios de descuidado en esto, es argumento de no conocerle y de no conocerse por falta de humildad; porque quien le conoce y se conoce, se tiene por dichoso de servirle, aunque sea arrastrando, sin género de regalo y sin otro premio mas que el mismo Dios; y hasta que se humille no alcanzará la contemplacion; la cual, como dice la Escritura (*Iob*, XXXVII, 24), se niega á los soberbios presuntuosos, y se dará á los humildes y resignados.

4. Otros hay que se quejan disimuladamente de los contemplativos, como Marta de María, juzgándolos por ociosos y de poco provecho para la Iglesia y para sus prójimos, y querrian que dejasen la contemplacion y acudiesen á ayudarles en las obras exteriores que ellos hacen, y con un modo de enfado, ya que no con palabras, con las obras dicen á Cristo que les diga y mande que se levanten de sus piés y vayan á ayudarles. Y este tambien es gran engaño y de gente poco experimentada que quiere llevar á todos por el camino que va ella; porque los contemplativos no están ociosos, sino muy ocupados en servicio de su Señor y en las cosas de que gusta, y ayudan grandemente á la Iglesia y á sus obreros, alcanzándoles de Dios nuestro Señor gracia y favor para el trabajo y fruto de sus obras; y así el mismo Dios se hace patron de los contemplativos, como en este caso se hizo de María, segun que verémos luego. Por lo cual me importa mucho arrojarme en las manos del Padre celestial, que reparte sus gracias y dones á quien quiere y como quiere, dan-

do á cada uno lo que mas le conviene. (I *Cor.* XII, 11). Y con esta confianza tomaré la parte y modo de vida que me ha señalado, dándole gracias por la que ha dado á otros, gozándome de que sean grandes, pues con su grandeza ayudan á mi pequeñez, y con la caridad haré propios los dones que son ajenos. Ó Dios de mi corazon, léjos estén de mí tales modos de quejas, bástame que lo hagas tú, para que no me queje yo, pues no dejará de ser bueno para mí cualquier cosa que saliere de tí.

§ IV.

De otras imperfecciones de la vida activa, y como Cristo nuestro Señor las corrige para que sea perfecta.

1. *Respondióla el Señor: Marta, Marta, solícita andas y turbada en muchas cosas.* En esta respuesta Cristo nuestro Señor, repitiendo dos veces el nombre de Marta, de tal manera descubre el amor que la tiene, que juntamente la reprende por la demasiada solicitud y turbacion que tenia, aunque cerca de cosas buenas; con lo cual nos declara las faltas que suelen acompañar á la vida activa en los imperfectos, aunque no por eso deja de amarlos; porque, como dice David (*Psalm.* CXXXVIII, 16): Tus ojos, Señor, vieron mi imperfeccion, y en tu libro serémos escritos todos.—Las raíces de esta solicitud ansiosa y turbada suelen ser tres. La primera es, la misma natural complexion, porque, como dice san Gregorio (*Apud D. Thom. q.* 182., *art.* 4 *ad* 3), unos hay que de su complexion son inquietos y turbados y del todo ineptos para la quietud de la contemplacion; porque cuanto mas se recogen, tanto es mayor el tropel de imaginaciones y pensamientos que padecen. Y al contrario, otros hay que de su natural complexion son quietos y sosegados y dados al recogimiento, y cási del todo ineptos para las obras exteriores. Pero así como el amor de Dios suele hacer á estos que salgan del recogimiento, así el temor de Dios suele hacer á los otros que vengan á gustar de él, y como áncora tiene firme y estable el navío de su alma en medio de las olas y tempestades que padecen; porque es muy fácil á la gracia lo que parece imposible á la naturaleza; y así quien sintiere deseos de la oracion y contemplacion, no debe desmayar, sino atar su corazon, y fijarle en Dios con las dos áncoras del temor y de la confianza, temiendo el daño que le puede venir si no se da á la oracion, y confiando en la omnipotencia de Dios, que con su ayuda saldrá con ella.

2. La segunda raíz es, poca experiencia ó celo demasiado, con falta de discrecion y ciencia. De donde procede, con una falsa aprension de necesidad ó piedad querer abarcar muchas cosas; y cargarse de muchedumbre de ocupaciones sobre sus fuerzas; con lo cual anda aneja la turbacion y congoja interior por cumplir con todo. Y de esto notó Cristo nuestro Señor á Marta, que con título de servirle y aparejarle la comida, buscaba muchas cosas, derramándose con gran congoja y turbacion en ellas, cuyo remedio está en corregir estos yerros del juicio, y tomar las ocupaciones moderadas, de modo que no ahoguen el espíritu, ni quiten la quietud conveniente para la oracion, acordándonos de lo que dice el Sábio (*Eccli.* XI, 10): Hijo, no se extiendan tus obras á muchas cosas; aprende la sabiduría en el tiempo desocupado, porque quien acerta la ocupacion recibirá la sabiduría.

3. La tercera raíz es, algun modo de propiedad que frisa con el amor propio, el cual suele tambien mezclarse con el bueno y cebarse en cosas buenas; y aunque sean pocas, suele amarlas con demasía que causa turbacion; lo cual sucede á tres suertes de personas, á los muy afectuosos é impetuosos por complexion, aunque sean bien intencionados; y á los vanagloriosos, que pretenden salir con la suya con una secreta vanagloria que les saltea; y á los indiscretos é ignorantes, que tienen por conveniente todo lo que parece lícito, y con la demasiada aficion se hacen esclavos de ello. Contra los cuales dijo el Apóstol: Aunque todas estas cosas me sean lícitas, mas no todas son convenientes (I *Cor.* VI, 12): *Ego autem sub nullius redigar potestate.* Pero yo de ninguna me quiero hacer esclavo, ni la quiero hacer llevado de la pasion como siervo, sino llevado de la razon y puro amor de Dios como libre. De estas raíces puede proceder que la vida activa impida la contemplativa; pero si se mortifican, bien podrán vivir juntas ambas hermanas (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 182, *art.* 3), sin que la una estorbe los ejercicios principales de la otra, en los tiempos señalados para cada una.

§ V.

Del UNO *necesario, que es disposicion y fin de la vida contemplativa.*

1. Prosiguiendo Cristo nuestro Señor la reprension de Marta, la dijo: *Porro unum est necessarium:* una cosa es necesaria. En las cuales palabras echó el fundamento para excusar y alabar á María, y por consiguiente á la vida contemplativa, cuyo fin es reducir todas

las cosas á unidad, quitando toda la multitud y diversidad que puede. Y esto se va alcanzando por los grados que aquí se apuntan.—La primera unidad es, en el uso de las cosas temporales, reduciéndolas á una necesaria; esto es, á lo que fuere bastante para sustentar la vida. Esto pretendió avisar Cristo nuestro Señor á Marta, diciéndola: No hay para qué andes tan solícita y ocupada en muchas cosas para mi sustento y de mis discípulos, porque una sola nos basta, la que fuere necesaria para pasar la vida, y con esta nos contentamos. Esta unidad tan ceñida en el uso de las cosas temporales dispone mucho para la quietud del corazon, porque con ella se cercenan los deseos y cuidados congojosos. Y así los Santos muy contemplativos descuidaron mucho de esto temporal, contentándose con una cosa necesaria y sencilla en la comida y vestido, como dijo el Apóstol (I *Tim.* VI, 8): Por tanto, si quiero vacar á Dios y gustar la dulzura de su contemplacion, he de quitar la multitud contraria á este uno necesario; porque quien se contenta con poco de lo temporal, alcanzará mucho de lo espiritual; y quien toma con tasa lo que recrea en la tierra, recibirá con abundancia los deleites del cielo.

2. La segunda unidad es, en la intencion de todas las obras, reduciéndolas á un solo y necesario fin, que es la gloria de Dios, el cumplimiento de su voluntad y nuestra salvacion, mortificando y quitando cualquier multitud ó variedad de intenciones ó pretensiones contrarias á este uno, ó que no vayan encaminadas á él. Y por esto dijo Cristo nuestro Señor á Marta, que una sola cosa era necesaria: la cual pretendia María oyendo su doctrina para sustentar su alma y alcanzar el fin de ella. Porque nada me aprovechará ganar toda la muchedumbre de las cosas del mundo, si pierdo esta una necesaria que es la salvacion de mi alma, con el buen agradecimiento de Dios. Y así con gran fervor he de procurar lo que dice David (*Psalm.* XXVI, 4): *Unam petii à Domino, hanc requiram:* una sola cosa he pedido á Dios, esta tengo de buscar, que es morar en la casa de mi Señor todos los dias de mi vida, para ver por la contemplacion la soberanía de su gloria, de su voluntad y de sus deleites, amando lo que viere, y pretendiendo lo que amare. Y particularizando mas esto, he de reducir todas mis cosas al uno necesario, que desmenuzó el Apóstol, diciendo (*Ephes.* IV, 4; I *Tim.* II, 5): Un cuerpo, un espíritu, una esperanza y una vocacion, una fe, un bautismo, un Señor, un Medianero, un Dios y Padre de todos. De suerte que aborrezca y mortifique cualquier deseo y pretension de cosas

que sean contrarias á la unidad del cuerpo místico de la Iglesia y del Espíritu Santo que la rige, y de la esperanza de mi salvacion, y de la vocacion para que fuí llamado, de la fe que profeso, del Bautismo que recibí, del medianero Cristo Jesús que me redimió, del Dios y Señor que me crió, y del Padre que me tomó por hijo, y me quiere hacer heredero de su cielo. (*D. August.* ibi).

3. La tercera unidad propia de la vida contemplativa es, en el uso de los sentidos y potencias interiores del alma, reduciéndolas todas á union, para que atiendan á solo el conocimiento y amor actual de Dios. Y por esto dijo Cristo nuestro Señor á Marta: Andas turbada y derramada en muchos pensamientos, aficiones y cuidados; lo mas necesario es, que tu alma sea una; esto es, que esté unida y recogida dentro de sí. Una en sus aficiones sensuales, reduciéndolas á union con el espíritu, mortificando las rebeldías de la carne. Una en sus quereres, reduciéndolos al querer de Dios, aborreciendo cualquier contrario querer de las criaturas. Una en sus cuidados, resumiéndolos todos en uno de agradar á la divina bondad, arrojando los demás en su providencia. Una en sus pensamientos, recogiéndolos todos para no pensar por entonces otra cosa mas que en solo Dios, resistiendo las distracciones y vagueaciones, en cuanto fuere posible á la flaqueza del presente estado. Una finalmente en el amor, poniéndole todo en un solo bien infinito, que le satisfaga y harte, diciendo con David (*Psalm.* LXXII, 25): ¿Qué tengo yo en el cielo? y fuera de tí, ¿qué otra cosa quiero en la tierra?

§ VI.

De las excelencias de la vida contemplativa.

1. Concluye Cristo nuestro Señor su intento, diciendo: *María escogió la mejor parte, la cual no le será quitada.* (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 182, *art.* 1 *et* 2). En las cuales palabras se ha de advertir, que aunque Cristo nuestro Señor dijo, que María escogió esta parte mejor, que era la contemplacion, porque ella con su libertad se aplicó á este modo de vida; pero la fuente y raíz de esta eleccion fue la gracia é inspiracion de Dios, que movió su voluntad á escogerla, porque tambien en estos modos de vida es verdad lo que Cristo nuestro Señor dijo á sus Apóstoles (*Ioan.* XV, 16): No me escogísteis vosotros, sino yo os escogí. Y al Espíritu Santo, que reparte las demás gracias, pertenece repartir esta, inspirándola á los que quiere, y les conviene para su salvacion y perfeccion. Mas porque ninguno se

excuse de aplicarse, como pudiere, á pretenderla, dijo Cristo que María habia escogido esta parte de la vida contemplativa; la cual, por sentencia del mismo Señor, es mejor que la parte de Marta, que es la vida activa, porque está mas unida con el sumo bien, de quien toda bondad procede; hace al hombre mas semejante á Dios y á sus Ángeles; perfecciona las dos potencias mas nobles del alma, que son entendimiento y voluntad, ilustrando el entendimiento con el mas excelente acto de la sabiduría, que es el conocimiento de Dios, y encendiendo la voluntad con el mas heróico acto de la caridad, que es el amor del mismo Dios; y como de este procede el amor del prójimo, así de la contemplacion procede la perfeccion de las obras exteriores, pegándolas fervor, espíritu, dulzura y entereza.

2. Á estas excelencias añadió Cristo nuestro Señor otra, diciendo que no le seria quitada, como quien dice: Por tus razones, ó Marta, ni por tus quejas, no quitaré á María la parte que escogió para que siga la tuya, que aunque buena, pero la suya es mejor. Esto cumple Nuestro Señor en tres maneras. – Lo primero, al que por especial vocacion llamó para este modo de vida, nunca se le quita, cuanto es de su parte, ni gusta de que otros se le quiten, ni quiere que él le deje por persuasiones, ni razones humanas aparentes, sino que persevere en su vocacion hasta la muerte. – Lo segundo, á los que con su inspiracion y mocion convida y trae á este soberano ejercicio en las horas y tiempos señalados para él, tampoco les quita su ejercicio, ni quiere que otros les quiten de él, ni les estorben con títulos aparentes de virtud, antes los defiende, como á María, y en su favor dice aquello de los Cantares (*Cant.* II, 7; III 5): Conjúroos, hijas de Jerusalen, que no despertéis á mi amada, hasta que ella quiera, que es decir, no la quiteis el dulce sueño de su contemplacion, ni perturbeis el descanso que conmigo tiene, hasta que satisfaga á su deseo y necesidad; porque como su querer es conforme al mio (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 80, *art.* 4; 121, *art.* 1), ella querrá dejar el sueño, cuando yo quisiere que le deje; y así, cuando la caridad del prójimo, ó la obediencia del superior pide otra cosa, luego acude á ella.

3. Finalmente, nunca Dios quita á los escogidos la contemplacion que acá tuvieron, sino perfecciónasela; porque en la muerte, aunque cesan las obras de la vida activa, no cesa ni cesará jamás la contemplacion de Dios, en la cual consiste la bienaventuranza y vida eterna. Y como dice san Agustin (Lib. ult. de Civit. Dei ad finem), en el cielo vacarémos y verémos: verémos y amarémos: amarémos

y alabarémos: verémos sin fin, amarémos sin fastidio, y alabarémos sin cansancio. Este oficio, este afecto y esta obra será comun á todos, en la cual durarémos por todos los siglos de los siglos. Amen.

§ VII.

De la excelencia que tiene la vida compuesta de ambas, abrazando la activa y contemplativa.

1. Con gran misterio Cristo nuestro Señor llamó parte á la vida de María, comparada con la de Marta, para darnos á entender que hay otra vida excelentísima, que es como un todo compuesto de ambas partes, y abraza los ejercicios de la vida contemplativa y activa; especialmente los mas nobles de ella, que son en provecho de las almas. Esta vida, por ser mas perfecta, como dice santo Tomás (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 179, *art.* 2 *ad* 2), escogió el mismo Cristo en el tiempo de su predicacion, y en el mismo tiempo la siguió su precursor san Juan, y en ella le imitaron sus Apóstoles, y despues los sagrados Doctores y otros esclarecidos Santos de la Iglesia (*D. Thom.* 3 *p. q.* 40, *art.* 1 *ad* 2, 3; 2, 2, *q.* 182, *art.* 2); los cuales como Ángeles, subian á lo supremo de la escala, donde Dios está arrimado, uniéndose con él por la contemplacion, y despues bajando hasta lo mas bajo de la misma escala, donde Jacob estaba dormido, despertando y avivando á los hombres en el servicio de su Criador. Y aunque esta perfeccion, como dice Casiano (*Collat.* XIX, *c.* 9), es rara y concedida á pocos; pero todos los varones espirituales deberian pretenderla conforme á su vocacion; porque la vida contemplativa, cuando es perfecta con el amor de Dios, engendra luego grande amor del prójimo y celo de su salvacion; el cual, como dicen los santos Padres, es el don mas precioso que podemos ofrecer á Cristo, siendo sus ayudadores en la conquista de las almas, dando, si es menester, la vida por ellas; y así la misma contemplacion, por cumplir la voluntad de Dios, interrumpe sus obras por salir á ganar almas que amen á Dios, y le glorifiquen. Y como Marta viendo la quietud de su hermana María se quejó á Cristo nuestro Señor, maestro de ambas, pidiéndole la mandase que la ayudase; así por otro extremo Raquel, que es figura de la vida contemplativa, viendo la fecundidad de hijos que tenia su hermana Lía, que es figura de la vida activa, se quejó á Jacob marido de ambas, y le dijo (*Genes.* XXX, 1): Dame hijos como á mi hermana; porque de otra manera moriré de pena: porque quien tiene perfecta contemplacion y amor

de Dios desea como san Pablo engendrar hijos espirituales para Cristo; y el celo de esto le abrasa las entrañas, y muere de pena cuando estos mueren, y vive alegre cuando estos viven.

2. Esta es la suma de las cosas que abraza la vida activa y contemplativa, y la compuesta de ambas, las cuales he de procurar conforme á mi posibilidad, pidiéndoselas á Cristo nuestro Señor con estos coloquios ú otros semejantes.

1.° Ó dulcísimo Jesús, que te hospedaste en casa de Marta, y allí te halló su hermana María; concédeme que te hospede yo en mi alma, limpiándola y adornándola con ejercicios de vida activa, como Marta; pero de tal manera, que juntamente oiga y contemple tu doctrina, como María.

2.° Ó Salvador piadosísimo, que reprendiste la demasiada solicitud y turbacion de Marta, y aprobaste la quietud y sosiego de María; suplícote que de tal suerte ejercite las obras de la vida activa en tu servicio, que no me turben las congojas que trae consigo, sosegándolas con la paz y quietud de la vida contemplativa.

3.° Ó Amador de las almas, por las cuales veniste á este pequeño lugar del mundo, deseando hospedarte en ellas; concédeme que de tal modo escoja la mejor parte de María, que no me olvide de la buena parte que cupo á Marta, trabajando por el bien de las almas, para que ellas y yo te hospedemos como deseas, y despues nos hospedes en tu cielo como deseamos.

4.° Ó Bien mio y gloria mia, no permitas que me aqueje tanto el cuidado de otros, que me olvide de mí mismo, descuidándome de contemplar tu doctrina soberana. Enfrena, Señor, el orgullo de Marta, para que dé su lugar y tiempo á María; y espolea á María, para que no deje del todo sola á Marta.

5.° Ó Remediador de los pecadores, que por las oraciones de Marta y María resucitaste á su hermano Lázaro; concede á todos los fieles de tu Iglesia, que nos juntemos con hermandad á rogarte por los pecadores hermanos nuestros, para que los resucites á la vida de la gracia, con la cual comiencen á ejercitar las obras de estas dos vidas, activa y contemplativa, con tanta perseverancia, que todos alcancemos la vida eterna. Amen.

§ VIII.

Del modo excelentísimo como Cristo nuestro Señor juntó la vida contemplativa con la activa.

1. Resta que declaremos el modo excelentísimo como Cristo nuestro Señor en el tiempo de su predicacion juntó ambas vidas para nuestro ejemplo; lo cual hizo en dos maneras.—La primera, repartiendo el tiempo en dos partes, y dando los dias á los prójimos, tomaba las noches para la oracion recogida, en la forma que dice san Lucas (*Luc.* VI, 12; *Matth.* XIV, 23; *Marc.* VI, 46): *Exiit in montem orare, et erat pernoctans in oratione Dei:* fué al monte á orar, y estuvo toda la noche en la oracion de Dios, en las cuales palabras se apunta el aparejo que Cristo nuestro Señor hacia para su oracion, el tiempo que duraba en ella, y el fervor que tenia (*D. Greg.* Lib. VI Moral. *c.* 17), haciendo todo esto no por su necesidad, sino por nuestro ejemplo. El aparejo era escogiendo todo lo que ayuda para el recogimiento, cuanto al lugar, tiempo y compañía, porque tomaba lugar solitario, y el tiempo de la noche, que es mas quieto, y estaba solo, sin tener otro testigo de su oracion mas que á su eterno Padre, á quien oraba en lo escondido y secreto de su corazon.

2. El tiempo que duraba orando, era largo, trasnochando en este ejercicio, y perseverando hasta el amanecer; porque á la alteza de la contemplacion no se llega ordinariamente sin recogimiento muy estrecho y prolongado, luchando como otro Jacob (*Genes.* XXXII, 24) toda la noche hasta la mañana, para alcanzar la bendicion de Dios. Y por esto dijo el Sábio (*Eccli.* VII, 9), que era mejor el fin de la oracion que el principio, presuponiendo que ha de haber distancia del principio al fin; y por consiguiente, que ha de ser larga, alcanzando en el fin mucha mayor perfeccion que tuvo en el principio.

3. La alteza de la oracion de este Señor declaró el Evangelista con la frase que la divina Escritura (*Psalm.* XXXV, 7: *montes Dei*) declara las cosas muy altas, llamándola oracion de Dios; esto es, oracion altísima y levantadísima, oracion digna de Dios; por la cual, como dice Jeremías (*Thren.* III, 28), el varon que está solo, con silencio se levanta sobre sí mismo, y sube hasta juntarse con Dios. La causa porque esta oracion se llama de Dios es, porque todo cuanto hay en ella es de Dios; y así tiene cuatro excelentes propiedades todas de Dios.—La primera, que procede del mismo Dios, y de la inspiracion de su divino Espíritu; el cual, como dice san Pablo (*Rom.*

VIII, 26; *D. Bonav.* Opusc. de itineribus aeternit. itiner. 2, dist. 5), ora en nosotros, inspirándonos la meditacion y afectos, las cosas que hemos de pedir, y el fervor con que las pedimos. De otra manera, muy tibia será la oracion que no fuere prevenida con la inspiracion. – La segunda propiedad es, hacerse en la presencia de Dios, ocupando la memoria y entendimiento en solo Dios, y en conversar con él, sin divertirse á cosa que no vaya ordenada á Dios, conforme á lo que dice David (*Psalm.* LXX, 16): Entraré en las obras poderosas del Señor, y acordaréme de sola su justicia; esto es, de sola su bondad y fidelidad, y las demás grandezas que medito. – La tercera propiedad es, que la materia de todos los afectos, deseos y peticiones sea Dios, ó las cosas que manda y quiere Dios, y para gloria de solo Dios; de suerte que ninguna cosa desee ni pida que no vaya vestida de la voluntad y gloria de Dios; y sobre todo pida al mismo Dios, no contentándose con menos que él, diciéndole como Moisés (*Exod.* XXXIII, 13): Muéstrame, Señor, á tí mismo, porque esto me basta, y en esto se encierra todo.

4. Finalmente, aquella oracion se llama de Dios, cuyo fin y fruto es la union y transformacion con el mismo Dios por el perfecto amor, haciéndonos muy semejantes á él, como hijos muy parecidos á su padre; de donde resulta que las obras que de esta oracion proceden, participan la misma alteza; y cuando la oracion es oracion de Dios, tambien la justicia será como montes de Dios, y la misericordia será misericordia de Dios (II *Reg.* IX, 3), y las virtudes serán virtudes de Dios; y tambien los que las ejercitan serán, como dice el profeta David (*Psalm.* LXXXI, 6), dioses por participacion. – Esta es la oracion excelentísima que Cristo nuestro Señor ejercitaba, cuyos afectos maravillosos descubrió en la oracion que hizo en su bautismo y transfiguracion, como en su lugar verémos, y á ella debemos anhelar todos; porque aunque es muy levantada y ardua, pero con la inspiracion y socorro del cielo no será dificultosa.

5. De este recogimiento tan divino salia Cristo nuestro Señor á ejercitar las obras de la vida activa, juntando tambien con ellas por otro segundo modo la oracion, porque de ordinario oraba primero brevemente, como oró cuando hizo el milagro de los cinco panes, cuando dió salud á algunos enfermos y endemoniados, y cuando resucitó á Lázaro. Y lo mismo haria en las demás obras, aunque secretamente, enseñándonos con este ejemplo que la vida contemplativa y la activa se han de hermanar, no solamente en un mismo dia, en tiempos diferentes, sino tambien en una misma hora, acompa-

ñando las obras de la vida activa con alguna breve oracion; y levantando, como dice Jeremías (*Thren.* III, 41; *D. Greg. lib.* XVIII, *c.* 5), juntamente las manos y los corazones al cielo; las manos para obrar, y los corazones para orar, al modo que se dijo en la introduccion del tomo I.

6. Finalmente, las obras de la vida activa, que Cristo nuestro Señor ejercitó en este tiempo, fueron gloriosísimas para Dios, y provechosísimas para los hombres, porque desde el Bautismo comenzó á publicar su nueva ley de gracia, y á entablar la doctrina de la perfeccion evangélica; la cual declaró con admirables sermones, ejercitó con heróicos ejemplos, y confirmó con esclarecidos milagros. Los sermones fueron mezclados con razones muy altas, y con palabras muy apacibles. Los ejemplos fueron eminentes en todo género de virtudes, poniendo primero por obra lo que habia de enseñar con la palabra. Los milagros fueron maravillosos en todo género de cosas, y provechosos á toda suerte de personas en sus cuerpos y en sus almas, con mezcla de admirables virtudes, descubriendo tambien en ellos la omnipotencia y divinidad de su persona.-Esta fue en suma la vida de Jesucristo nuestro Señor en el tiempo de su predicacion, de la cual se colige que las cuatro cosas que en ella resplandecieron, conviene á saber, oracion, sermones, ejemplos y milagros, serán materia muy copiosa de las meditaciones de esta parte III para sustento de la vida contemplativa, aunque mi intencion no es meditarlas todas, sino las mas principales; y en ellas no iré atado al órden con que sucedieron, por recoger juntamente algunas meditaciones de cosas que tienen semejanza entre sí, y van enderezadas á un mismo fin, para que los deseosos de alguna virtud hallen juntas algunas meditaciones que ayuden á su pretension.

7. Y porque estas meditaciones son propias de los que pasan del estado de principiantes al estado de los que aprovechan en las virtudes, me pareció advertirles lo que dice san Agustin, por estas palabras (In Psalm. LXV, in fine): *Multi languescunt in orando, et in novitate suae conversionis ferventer orant; postea languide, postea frigide, postea negligenter:* muchos hay que en el principio de su conversion oran fervorosamente, con grande atencion y devocion; mas poco despues se entibian y oran flojamente con distracciones y afectos muy remisos; despues oran friamente con sequedades y durezas de corazon; y despues oran negligentemente con grandes interrupciones y quiebras. Y lo peor es, que con todo esto se tienen por seguros, sin reparar en que durmiendo ellos, vela su enemigo, y cor-

ren peligro de morir á sus manos; por lo cual dijo Cristo nuestro Señor (*Luc.* xviii, 1: Vigilant hostes et dormis tu?): conviene siempre orar y no desfallecer; esto es, orar con tal fervor y perseverancia, que no cesemos ni aflojemos en el ejercicio de la oracion, aparejándonos para ella con tanta diligencia, que favorecida del divino Espíritu merezca el nombre de oracion de Dios.

MEDITACION I.

DE LA MARAVILLOSA VIDA Y PREDICACION DE SAN JUAN BAUTISTA, HASTA EL BAUTISMO DE CRISTO NUESTRO SEÑOR.

—Antes de la meditacion del bautismo de Cristo nuestro Señor pondré algunas del Bautista; así por pedirlo el órden de la historia, como porque en ellas se verán practicadas las virtudes fundamentales de la perfeccion evangélica. —

PUNTO PRIMERO.—*De la penitencia corporal.*— 1. Lo primero, se ha de considerar como el glorioso Bautista (*Luc.* i, 80; iii, 2; *Matth.* iii, 4; *Marc.* i, 4) desde su niñez estuvo en el desierto muchos años, hasta que comenzó á predicar, haciendo una vida milagrosa; en la cual se señaló especialmente en estas cuatro virtudes, que son las cuatro colunas en que estriba la perfeccion evangélica.—Lo primero, se esmeró en la penitencia y aspereza corporal, en todas las cosas que se puede ejercitar con gran rigor. En la comida, comiendo langostas y miel silvestre, la que topaba por los campos. En el vestido, vistiéndose una vestidura tejida de pelos de camellos, y ciñéndose con una cinta muy áspera. En el aposento y cama, recogiéndose en alguna cueva ó hendidura de las peñas, y durmiendo en el suelo, sufriendo con admirable paciencia los frios y calores, y las injurias de los tiempos. Donde ponderaré, que hacia todo esto, no en castigo de pecados pasados, pues fue santificado en el vientre de su madre, y nunca hizo pecado grave, sino para preservarse de pecados muy ligeros, y para domar su carne y tenerla rendida al espíritu, y para disponerse á recibir los dones del cielo, los cuales ordinariamente no se alcanzan sino por semejantes asperezas. Y de aquí sacaré deseos entrañables de imitar á este Santo en lo que es imitable, conforme á mi flaqueza, abrazando la aspereza corporal que pudiere, castigando mi carne, y ofreciéndola en hostia viva, santa y agradable á Dios (*Rom.* xii, 1), no solamente por los fines dichos, sino tambien en satisfaccion de los muchos pecados que por su causa

he cometido; y porque esta librea es propia de los criados del Rey celestial, pues, como dijo Cristo nuestro Señor (*Matth.* XI, 8), los que van por contrario camino: *In domibus regum sunt*, viven en los palacios de los reyes terrenos, y précianse de ser sus criados; pero yo, Rey eterno, quiero preciarme de ser criado vuestro; y así de hoy mas me vestiré de esta librea, trayendo en mi cuerpo vuestra mortificacion, como la trajo vuestro santo Precursor.

2. Lo segundo, se ocupó en oracion y contemplacion perpétua y muy levantada, teniendo por singular privilegio al mismo Espíritu Santo por maestro; el cual le llevó á la soledad, y allí le hablaba al corazon (*Osee*, II, 14), enseñándole con maravillosas ilustraciones y consuelos, con mas abundancia que á Moisés, Elías, David y á todos los Profetas que le precedieron. Y entre otras razones ponderaré esta, porque como no es posible vivir sin algun deleite, cuanto uno mas se priva por amor de Dios de los deleites de la carne, tanto con mayor abundancia recibe los deleites del espíritu. (*D. Greg.* Lib. XVIII Moral. *c.* 8). Y como san Juan renunció totalmente las riquezas, honras, dignidades y los regalos de la casa de su padre, y afligia su carne tan ásperamente, premiábale Dios con el ciento tanto, comunicándole inefables gozos celestiales; de modo, que el desierto era para él casa de recreacion, y la cueva era como cielo, y la soledad era ocasion de compañía, conversando siempre con los Ángeles y con el mismo Dios; de donde sacaré grande aliento para las asperezas del cuerpo, pues así las premia Dios con regalos del cielo, y juntamente grande aficion á la oracion y trato con Dios nuestro Señor, donde tanto consuelo y aliento se recibe, procurando subir juntamente al monte de la mirra, y al collado del incienso (*Cant.* IV, 6; *D Greg.* Lib. I Dialogor. *c.* 1), porque uno ayuda á otro; y para esto suplicaré al Espíritu Santo sea mi maestro interiormente, aunque no por eso tengo de dejar á los maestros de espíritu que Dios ha puesto en la tierra, porque no querrá usar conmigo del privilegio que concedió á san Juan.

3. Lo tercero, se esmeró en grande fortaleza y constancia, perseverando tantos años en estos dos géneros de ejercicios: y es muy creible que en este tiempo padeceria gravísimas tentaciones y batallas del demonio; porque si Cristo nuestro Señor las padeció en los cuarenta dias que se recogió al desierto, cuánto mas las padeceria san Juan en discurso de tantos años, haciendo vida tan admirable, de la cual Satanás tenia rabiosa envidia, deseando derribarle, porque siempre desea tragar al manjar mas escogido, y tiene fiducia de

sorber al rio Jordan (*Iob*, XL, 18); esto es, al santo mas penitente. Pondríale delante los regalos que tendria en casa de sus padres y entre sus deudos; la dignidad del sacerdocio que le venia por herencia; la terribilidad de la vida que comenzaba, y otras batallas á este talle invisibles y visibles, permitiéndolas Nuestro Señor para ejercicio de este Santo, y para que creciese en toda virtud y fortaleza; porque le resistia valerosamente, y triunfaba siempre de su enemigo.

4. Lo cuarto, se señalaba en la pureza de corazon, apartándose de culpas muy ligeras, y en el fervor de crecer en todas estas virtudes; por lo cual dice san Lucas (*Luc.* I, 80): *que crecia, y se iba confortando en el espíritu:* esto es, que crecia en el cuerpo y tambien en el espíritu; porque el Espíritu Santo le confortaba y ayudaba, cumpliéndose en él lo que dijo David (*Psalm.* LXXXIII, 6): Bienaventurado el varon á quien tú ayudares, porque con tu ayuda trazará de crecer dentro de su corazon, y subirá de virtud en virtud, hasta ver á tí Dios verdadero en Sion. – Estas cuatro cosas en que san Juan se señaló, son las mas eficaces que hay para subir á la cumbre de la perfeccion, y á ser grande en los ojos de Dios, á quien suplicaré por los méritos de este Santo, me las conceda conforme á mi caudal y á mi estado. Ó Espíritu santísimo, confortad mi flaco espíritu, para que á imitacion de este valeroso Precursor castigue con rigor mi carne, y resista con valor á los espíritus malignos, y aproveche cada dia en la contemplacion y en las virtudes celestiales, creciendo como la luz de la mañana hasta llegar al perfecto dia. Amen.

PUNTO SEGUNDO. — 1. *En teniendo perfecta edad* (*D. Thom.* 3 *p. q.* 38; *Luc.* III, 3; *Matth.* III, 2), *salió por las riberas del rio Jordan á predicar el bautismo de penitencia en remision de los pecados, diciendo: Haced penitencia, porque se acerca el reino de los cielos; y acudió á él mucha gente de Jerusalen, y de toda Judea, para que los bautizase, confesando sus pecados.* Aquí se ha de ponderar, quién movió á san Juan á estos ejercicios de predicar y bautizar, con qué espíritu lo hacia, qué cosas predicaba, y con qué fruto. – Lo primero, el que le movió fue el mismo Espíritu Santo que le habia llevado al desierto, porque propio es de este Espíritu divino, despues que hace á sus escogidos muy perfectos, moverles á que procuren hacer perfectos á otros; y así movió á san Juan para que saliese á predicar, y aparejar un pueblo perfecto para Cristo nuestro Señor. (*Luc.* I, 17). – Demás de esto, como habia estado tantos años en la secreta bogeda de

los vinos de Dios (*Cant.* II, 4), embriagándose con el vino fortísimo de la caridad, ella misma le hizo salir de aquel recogimiento, para convidar á los hombres al servicio de su Amado. De suerte, que amor de Dios, y amor del prójimo, y la obediencia á la inspiracion del Espíritu Santo, le hicieron salir á lo público, y manifestarse en Israel. De donde sacaré los motivos que debo tener para semejantes ejercicios, si deseo no errar en ellos.

2. Lo segundo, el espíritu con que predicaba era por una parte celoso y terrible, como de un Elías; y por otra parte misericordioso y compasivo, como de un Moisés; porque con los fariseos y saduceos, que eran mas duros, mostraba gran celo con palabras terribles y amenazas espantosas, diciéndoles (*Matth.* III, 7): *Linaje de víboras, ¿quién os ha enseñado á huir de la ira que os amenaza? No os contenteis con tener por padre á Abrahan, porque poco os aprovechará, si vosotros sois malos, y de piedras hará Dios hijos de Abrahan* (*Luc.* III, 8) *en quien cumpla sus promesas.* Pero á la muchedumbre del pueblo y á los publicanos y soldados acogia con gran misericordia, sin excluir á ninguno, dándoles consejos saludables en razon de cumplir con sus oficios, y de no hacer agravio á nadie, y de hacer bien á otros, dando limosna de lo que tuviesen, etc.

3. Lo tercero, la materia de sus sermones era exhortar á penitencia, haciendo frutos dignos de ella, y á esto movia con la esperanza del premio eterno, porque se acercaba el reino de los cielos; y tambien con amenazas del castigo eterno, porque la segur estaba puesta á la raíz: y todo árbol que no llevare fruto será cortado y echado en el fuego, y Dios tiene el bielgo en su mano para limpiar la era del mundo; y el trigo, que son los buenos, recogerá en las trojes del cielo; y la paja, que son los malos, echará en el fuego que nunca se ha de acabar. Todo esto aplicaré á mí mismo, exhortándome á hacer penitencia por estos dos títulos, esperanza de premio y temor de castigo, imaginando que quizá está ya la segur á la raíz del árbol de mi vida para cortarla; y que si no me enmiendo, seré paja que ha de ser cebo del fuego eterno.

4. Lo cuarto, el fruto de su predicacion fue copiosísimo, porque innumerable gente de todos estados concurrian á él, y le obedecian, y se dejaban bautizar con tantas muestras de humildad y arrepentimiento, que le confesaban y declaraban sus pecados. (*Matth.* III, 6). Y lo que mas admira es, que con no hacer milagros persuadia esto, porque tenian su vida por un continuo y muy señalado milagro. Por donde se ve cuán eficaz es la vida ejemplar del predicador para

persuadir lo que predica, aunque sea la cosa muy dificultosa, y el que lo oye muy duro de corazon. Ó Padre eterno, despertad en vuestra Iglesia muchos imitadores de este soberano Precursor, que vayan delante de vuestro Hijo aparejándole un pueblo perfecto, predicando su santa ley con celo y misericordia, confirmando con la vida lo que dicen con la palabra, para que cojan fruto copioso de muchas almas que alcancen la vida eterna. Amen.

PUNTO TERCERO. — 1. El tercer punto es, considerar como creció tanto la autoridad de san Juan con el pueblo, que vinieron, como dice san Lucas, á pensar en sus corazones si era por ventura el Cristo y Mesías prometido, y algunos le tenian por tal; pero el santo Precursor, cuando lo entendió, ó por revelacion de Dios, ó por palabras ó señales que de ello daban, al punto lo contradijo, diciendo: *Yo os bautizo con agua; otro vendrá mas fuerte que yo, á quien no merezco desatar la correa de sus zapatos; este os bautizará en Espíritu Santo y fuego.* Aquí se ha de ponderar la rara humildad de san Juan Bautista, la cual descubrió en tres actos heróicos en medio de su grandeza. —*Actos de humildad.* —El primero fue, no envanecerse con la vida tan áspera que hacia, ni con los excelentes dones y favores que recibia de Dios en la contemplacion, ni por el aplauso del pueblo, ni por la grande opinion que de él tenian, ni por la grande honra que todos le daban. Lo cual es cosa rara, como dice san Bernardo (Serm. 13 in Cant. et 42; Epist. 42; *D. Greg.* Lib. I Moral. *c.* 26), porque es de muy pocos y muy esclarecidos santos, juntar humildad con inocencia y con santidad muy honrada y venerada. Y en esto san Juan, aunque nazareo (*Num.* VI, 5), fue diferente de los demás, porque no crió cabellera de altivos pensamientos, sino echó siempre hondas raíces en el abismo de su nada.

2. El segundo acto fue, confesar públicamente su propia bajeza, y la grandeza de Cristo nuestro Señor, diciendo: Aunque me teneis por tan grande, sabed que hay otro mas fuerte que yo, y mas poderoso en la palabra y en la obra; y el exceso que me hace, no es como quiera, sino tan grande, que no soy digno de ser el mínimo de sus esclavos, ni de hacer el oficio mas bajo en su servicio, que es desatarle la correa de sus zapatos. Por donde se ve, como el perfectamente humilde, cuanto es mas santo, tanto se tiene por mas vil y bajo en los ojos de Dios nuestro Señor, juzgándose por indigno de ser su esclavo; y no contento con tenerse á sí mismo en tal opinion, quiere que todos tengan de él la misma.

3. El tercer acto fue, apocar su bautismo, engrandeciendo el de

Cristo, diciendo que el suyo era de agua sola, sin tener virtud de perdonar pecados, ni lavar el alma; pero que otro vendria que los bautizaria con un bautismo por el cual les diese el Espíritu Santo y el fuego del divino amor; en lo cual tambien se descubre como el perfecto humilde apoca y desprecia sus obras, en cuanto son suyas, y no quiere que los hombres hagan mas caso de ellas de lo que merecen; pero juntamente engrandece las obras de Dios, quiere que todos las estimen como es razon.—Ponderando estos tres actos de humildad sacaré grande confusion por la falta que tengo de ellos, siguiendo la inclinacion de la soberbia que me lleva á todo lo contrario, y haré grandes propósitos de imitarlos conforme á mi estado y calidad; porque sin esta humildad no hay santidad verdadera, ni grandeza segura, ni podré hacer mi oficio, de modo que agrade á Dios y á los Ángeles, y edifique á los prójimos. Ó glorioso Precursor, gózome en el alma de veros tan humilde, con ser de Dios y de los hombres tan honrado; suplicad al Señor que os dió tan rara humildad, me dé alguna parte de ella, para que no pierda por mi soberbia el bien que Dios me hubiere dado por su gracia. (*Mich.* VI, 14). Ó alma mia, pues tienes dentro de tí bastante causa de humildad, por la mucha pobreza y miseria de tu espíritu, reconoce lo que eres, y apócate como mereces; porque cuanto agrada á Dios el rico humilde, tanto le desagrada el pobre soberbio. (*Eccli.* XXV, 4).

MEDITACION II.

DE LAS PREGUNTAS QUE HICIERON Á SAN JUAN SOBRE QUIÉN ERA; Y DEL TESTIMONIO QUE DIÓ DE CRISTO NUESTRO SEÑOR Y DE SÍ MISMO, EN QUE DESCUBRIÓ SU RARA HUMILDAD Y SANTIDAD.

—Creciendo el rumor del pueblo, de que san Juan era el Mesías, enviaron los judíos de Jerusalen algunos sacerdotes y levitas para que le hiciesen algunas preguntas sobre quién era (*Ioan.* I, 19), en cuyas respuestas descubrió san Juan cuatro actos heróicos de humildad, que son fundamento de la vida espiritual en su supremo grado, con los cuales andan trabados otros muchos, así de esta virtud, como de otras.—

PUNTO PRIMERO.— 1. La primera pregunta fue: *¿Tú quién eres?* ¿Por ventura eres Cristo? *A la cual luego confesó, y no negó, y confesó diciendo: Yo no soy Cristo.*—En esta respuesta resplandece el primer acto heróico de humildad de este Santo, el cual estaba tan fun-

dado en no usurpar para sí la honra de Cristo, sino darla á cuyo era, y á quien se le debia, que al punto con grande aseveracion confesó la verdad, y no la negó; y confesó que no era Cristo, y mil veces lo confesara y se ratificara en ello, si otras tantas se lo preguntaran, porque como la soberbia sumamente apetece la excelencia de la divinidad de Cristo, y ser como Dios, así la humildad sumamente aborrece tan endemoniada presuncion. Y como aquella soberbia echó del cielo á Lucifer y sus ángeles (*Isai.* XIV, 11; *Ezech.* XXVIII, 2; *Iob,* XLI, 25; Act. XIV, 14; *D. Greg.* XXXIV Moral. *c.* 18), y del paraíso á Adan y Eva, y ha echado en el abismo del infierno á muchos príncipes y monarcas del mundo, y es señal de los reprobados hijos de Satanás, que es rey de los soberbios; así la humildad contraria conservó en su alteza á los Ángeles del cielo, y al santo Precursor, y á los Apóstoles de Cristo, los cuales con grande constancia desecharon cualquier adoracion y honra de divinidad que les ofrecian; y esta es señal de los escogidos, los cuales en todo y por todo quieren sujetarse á Diós, y desean que á él solo se dé la honra y gloria de todo lo que es suyo.

2. Tambien ponderaré la astucia de Satanás, el cual envidioso de la santidad de Juan, viendo que no le habia podido derribar con varias tentaciones que le habia puesto, urdió esta de que le ofreciesen la dignidad de Dios, imaginando que con esta le venceria, como él fue vencido de ella. Y de la misma manera tienta á los Santos, trazando como les ofrezcan mayores honras y dignidades de las que merecen para despeñarlos; pero los escogidos, fundados en verdadera humildad, conócense á sí mismos, y aborrecen cualquier preeminencia ó dignidad, nombre, título y lugar que excede á sus merecimientos, contentándose con lo que merecen, por no perder uno y otro; antes cuanto se ven mayores y mas honrados, tanto mas se humillan, como dice el Sábio (*Eccli.* III, 20), para honrar á Dios. Ó Dios omnipotente, á quien de verdad honran los humildes, concédeme la verdadera humildad, para que te dé la honra que mereces, y aborrezca la que yo no merezco.

PUNTO SEGUNDO.— 1. La segunda pregunta fue: *¿Eres Elías? Respondió: No soy. ¿Eres profeta? Respondió: No.*—En estas respuestas resplandece el segundo acto heróico de la humildad de san Juan, que añade al precedente; porque pudiendo decir de sí que era Elías (*Matth.* XVII, 12), al modo que Cristo nuestro Señor le llamó Elías en el espíritu, no quiso, sino atendiendo al sentido en que se lo preguntaban, con gran resolucion respondió, que no lo

era; porque el humilde no solamente rehusa la honra que no merece, sino tambien, cuanto es de su parte, la que merece y pudiera aceptar. Y demás de esto, la humildad es amiga de la verdad pura y sencilla, sin doblez ni apariencia de él, especialmente en cosas que sirven para su humillacion; y por esta causa llanamente confesó que no era Elías.

2. Tambien pudiera con verdad decir que era profeta; pero respondió que no, en el sentido que comunmente llaman profetas á los que dicen las cosas que están por venir, porque el humilde inventa modos para encubrir sus grandezas, y huir de la honra que por ellas merece. Al contrario del soberbio, que inventa modos como descubrir mas de lo que es, por alcanzar la honra que no se le debe, aunque sea con mentiras y encarecimientos.

3. Finalmente, á todo esto respondió con palabras breves y muy secas, y cada vez mas breves y mas secas, hasta decir secamente, no; porque el humilde verdadero está tan léjos de besar las manos á los que le ofrecen honras, ó le dicen loas y lisonjas, que los trata con sequedad y aspereza; porque ni se paga de la honra ó fama, ni se recrea, como lo dice el santo Job (*c.* XXXI, 26), en mirar al sol de la gloria mundana cuando resplandece, ni á la luna de la fama cuando está clara, ni besa su mano saboreándose en lo que tiene, y en lo que de él dicen. Ó Sol de justicia, de quien tu Precursor recibió tanta luz para despreciar el resplandor mundano, ilústrame con otra semejante que cierre mis ojos para no ver con deleite lo que me ha de cegar con vanidad.

PUNTO TERCERO. — 1. La tercera pregunta fue: *Pues ¿quién eres? Y ¿qué dices de tí mismo, para que lo digamos á los que nos enviaron? Respondió: Yo soy una voz del que clama en el desierto, aparejad el camino del Señor, como lo dijo Isaías profeta.* (*Isai.* XL, 3).—En esta respuesta resplandece el tercer acto heróico de humildad de san Juan, el cual de tal manera declaró el oficio que tenia de parte de Dios, que juntamente descubrió la nada que tenia de su cosecha, diciendo, que su oficio era ser voz y pregonero de Cristo, avisando á los hombres que se aparejasen para recibirle. Pero llamóse voz, porque como la voz no tiene ser ni permanencia de su cosecha, y está pendiente del que la dice y del que habla, así él sentia de sí mismo, que de su cosecha no tenia ser ni valor en aquel oficio, sino que todo lo recibia de Dios, que hablaba por él, y cuya voz era. Por donde se ve que la humildad no es ciega para conocer los dones que tiene de Dios, ni muda para confesarlos cuando es menester; pero entonces

los declara con palabras humildes, en las cuales descubre la dependencia que tiene de Dios, y la nada que tiene de sí, para que de todo se dé la gloria á cuyos son.

2. Demás de esto, así como san Juan no respondió que era hijo de Zacarías, y de tribu sacerdotal, sino que era voz de Cristo, preciándose solo de esto; así el humilde ni se precia de linajes, ni de padres carnales, ni de oficios habidos por herencia, sino solamente de ser siervo de Cristo, consagrado á cumplir su voluntad, y esto dice que es, y no otra cosa, conforme al dicho de Salomon (*Eccles.* XII, 13): Teme á Dios y guarda sus mandamientos, porque esto es todo hombre; como quien dice: En esto consiste el verdadero ser del hombre, de que se ha de preciar sobre todo. Al contrario de la soberbia (*Osee,* IX, 11), que se precia y jacta de la gloria que le viene por los padres y lugares, y cosas semejantes.

3. Últimamente ponderaré, como san Juan se llamó voz que clama, aparejad el camino para el Señor, porque su vida y doctrina, sus ejemplos y palabras era voz que exhortaba á santidad y perfeccion; y era voz de Dios, por la cual era conocida la grandeza y majestad de Dios, como el hombre es conocido por su voz, á cuya imitacion he yo de procurar ser voz de Cristo en todo cuanto dijere y obrare. Ó Dios eterno, hazme voz de tu Hijo unigénito Jesucristo, concediéndome una vida tan perfecta, que ella sea voz pregonera de su gloria, atribuyéndola no á mí sino á tí, de quien todo lo bueno procede, á quien sea honra y gloria por todos los siglos. Amen.

PUNTO CUARTO. — 1. La última pregunta fue: *Pues ¿por qué bautizas, si no eres Cristo, ni Elías, ni profeta? Respondió san Juan: Yo bautizo en agua. En medio de vosotros está otro que no conoceis: este es el Mesías que ha de venir, el cual es mayor que yo, y yo no soy digno de desatar la correa de su zapato.* — En esta respuesta resplandece el cuarto acto de heróica humildad que tuvo este divino precursor Juan. Lo primero, porque siendo reprendido de que usurpaba el oficio de bautizar sin ser profeta, no se excusó, ni volvió por sí, y pudiendo decir con verdad que bautizaba porque Dios se lo habia mandado; no lo dijo: antes quiso callar, por no honrarse y autorizarse á sí mismo; porque el humilde gusta de ser reprendido sin culpa, y no quiere descubrir lo secreto de su honra, si no es cuando conviene para honra de Dios, la cual procura en todo.

2. Pero mas adelante pasó san Juan, porque delante de estos sacerdotes y levitas ratificó el testimonio que habia dado de Cristo y de sí delante de todo el pueblo, apocando su persona y su bautis-

mo, y engrandeciendo la persona de Cristo nuestro Señor (como se ponderó al fin de la meditacion precedente); porque como esta gente era tan principal, y habia de llevar su respuesta á todo el senado de Jerusalen, gustó descubrir quién era él y quién era Cristo, para que llegase á noticia de todos, para que de todos fuese Cristo venerado como Mesías, y él tenido por no mas que una voz, y el bautismo de Cristo fuese muy mas estimado que el suyo, y así le recibiesen de mejor gana. Por donde se ve con cuánta razon dijo Cristo nuestro Señor de san Juan (*Matth.* XI, 7), que no era caña que se movia á todos vientos, sino firme como la tierra, porque estaba fundado sobre su nada. Y generalmente es propio de los humildes ser constantes en sus propósitos, así en humillarse á sí, como en engrandecer á Dios, y gustan de hacer esto delante de todo el mundo, para que se dilate mas la noticia de su propia bajeza, y de la grandeza de Dios. Ó Dios eterno, que labraste por tu mano este dechado de humildad, y le enviaste delante de tu Hijo, que venia por maestro de ella; ayúdame, para que aprenda de estos ejemplos á ser humilde, y con la humildad disponga mi corazon para recibir los dones de tu gracia, que niegas á los soberbios y concedes á los humildes (*Iacob.* IV, 6), levantándolos de su bajeza, para que suban á la alteza de tu gloria por todos los siglos. Amen.

MEDITACION III.

DEL BAUTISMO DE CRISTO NUESTRO SEÑOR.

PUNTO PRIMERO.— 1. El primer punto será considerar como Cristo nuestro Señor, cumplidos los treinta años, se despidió de su Madre santísima, diciéndola como era ya llegado el tiempo de manifestarse al mundo, haciendo oficio de redentor y maestro. Con lo cual se alegró grandemente, por el deseo que tenia de nuestra redencion: y aunque sintió pena y soledad de que se le ausentase algunos dias, llevólo con gran paciencia, estimando en mas la voluntad divina que la suya, y nuestro provecho mas que su gusto.

—*Humildad de Cristo.*— Luego Cristo nuestro Señor se fué derecho al rio Jordan (*Matth.* III, 13; *D. Thom.* 3 *p. q.* 38), donde san Juan predicaba, y bautizaba á todos los publicanos y pecadores que querian recibir su bautismo; y oyendo entre ellos el sermon, pidió que le bautizase. Sobre esta historia se han de considerar las causas de este hecho de Cristo nuestro Señor. – La primera fue, para co-

menzar su oficio de predicador y maestro, dándonos ejemplo de rara humildad, humillándose el Maestro á su discípulo, el Redentor á su redimido, el Hijo de Dios vivo á su Precursor y criado, y el Autor de la santidad tomando figura de pecador; porque siendo Cristo sabiduría infinita y maestro de todos, se puso entre los soldados y publicanos á oir el sermon de san Juan; y con ser purísimo sin mancilla, quiso pedir el bautismo de los pecadores, como si fuera pecador; y esto sin haber ley que le obligase, sino de su voluntad, por humillarse á semejanza de los demás pecadores: así como cuando niño quiso ser circuncidado como los demás niños que fueron concebidos en pecado. Ó Cordero inocentísimo, que quitas los pecados del mundo, ¿qué á tí con este bautismo? qué á tí con este lavatorio de gente súcia y manchada con pecados? ¡Tú, Señor, quieres ser tenido por pecador, sin serlo, y yo suspiro por ser tenido en opinion de justo, siendo pecador! ¡Oh si quedase consumida mi soberbia con tan rare ejemplo de humildad! De aquí sacaré, que todo buen principio de cosas grandes ha de ser por ejercicios de humildad, disponiéndonos con ella para que Dios nos manifieste, obrando por nosotros, cosas de mucha gloria suya. Y por esta causa dice Isaías (*c.* XXXVII, **31**), que los que se han de salvar echarán raíces hácia abajo, y producirán frutos hácia arriba; que es decir: primero por la humildad se han de esconder debajo de la tierra, como las raíces del árbol, y despues se manifestarán por obras muy gloriosas, como el árbol se manifiesta por los frutos. (*D. Aug.* Serm. 10 de verbis Domini). Por tanto, alma mia, si deseas que la torre de perfeccion que pretendes edificar suba hasta el cielo, procura humillarte hasta el abismo, porque cuanto mas alto ha de ser el edificio, tanto ha de ser mas hondo su cimiento.

2. Tambien sacaré de aquí, que la humildad es gran disposicion para el Bautismo y Penitencia, y para alcanzar la limpieza del alma que en estos Sacramentos se comunica, reconociéndome por pecador, y necesitado de lavarme y purificarme de mis culpas, diciendo á Nuestro Señor con David (*Psalm.* L, 9; *D. Greg.* in Psalm. IV Poenit.): Rocíame, Señor, con hisopo, y seré limpio: lávame, y quedaré mas blanco que la nieve. Ó dulce Jesús, que por humildad quisiste ser lavado de Juan con su bautismo de sola agua, lávame con el agua de tu gracia, en virtud de tu preciosa sangre mezclada con el hisopo de tu humildad. Ó alma mia, alcanza esta soberana virtud, la cual como hisopo recoge el agua viva de la gracia y la virtud de la sangre del Salvador, sacrificada en la cruz con

muchos tormentos, para limpiarme con ella de la lepra de mis pecados.

3. La segunda causa de este hecho fue, para obrar primero lo que habia de enseñar; y como pensaba predicar un nuevo bautismo de agua y Espíritu Santo, quiso recibir primero este de sola agua, para que ninguno se desdeñase de recibir el suyo tan precioso. Y de camino quiso honrar el bautismo de su Precursor, y con la obra aprobarle; así como quiso recibir la circuncision, para que se entendiese que aprobaba esta ley, y la veneraba como ley dada de Dios. De donde sacaré la obligacion que tengo á guardar los preceptos y consejos evangélicos, porque esto es aprobarlos con la obra, y venerarlos; así como quebrantar la ley, es con la obra reprobarla y despreciarla, y afrentar al que la dió, como dice el Apóstol (*Rom.* II, 25). Y si Cristo nuestro Señor quiso recibir el bautismo de Juan, sin ser de precepto, por guardar aquel consejo de su Precursor, ¿cuánto mas razon es que yo guarde sus preceptos y consejos, haciendo mas cosas de las que estoy obligado, especialmente en materia de humillacion?

PUNTO SEGUNDO. — 1. Luego que Cristo nuestro Señor pidió á san Juan el bautismo, estando ya para bautizarle, el Espíritu Santo interiormente le reveló como aquel hombre era Cristo, el Mesías, porque no le conocia de cara. *Y rehusando bautizarle, le dijo* (*Ioan.* I, 33): *Yo, Señor, debo ser bautizado por tí, ¿y tú vienes á ser bautizado por mí? Cristo nuestro Señor le respondió: Déjate de eso por ahora, porque así nos conviene cumplir toda justicia.* Aquí ponderaré lo primero, de parte de san Juan, el grande gozo y alegría que sintió su alma cuando conoció á Cristo nuestro Señor, renovándose aquí los júbilos que tuvo cuando le conoció en el vientre de su Madre. Con este gozo juntó grande reverencia y humildad, confesando de sí mismo que era pecador, necesitado de que Cristo nuestro Señor le lavase y purificase con su bautismo de Espíritu Santo; y lleno de admiracion y pasmo, por verle tan humillado, dijo aquellas palabras: *Tu venis ad me?* ¿Tú vienes á mí para que te bautice? tú, Dios infinito? tú, Salvador del mundo, y perdonador de los pecados? tú que me santificaste en el vientre de mi madre vienes á mí? á mí tu criatura? á mí tu esclavo? á mí vil gusanillo? y para que yo te bautice con mi bautismo de agua sola, siendo tú autor del bautismo de gracia? ¡Oh humildad profundísima de mi Señor! Semejantes afectos tengo yo de procurar en mí mismo, especialmente cuando fuere á comulgar, ejercitándome juntamente en los dos conocimientos de

Dios nuestro Señor y de mí mismo, y en los afectos que de ellos proceden, los cuales siempre andan hermanados, y el uno ayuda al otro.

2. Lo segundo, ponderaré mucho la maravillosa respuesta de Cristo nuestro Señor: Así nos conviene á mí y á tí cumplir toda justicia; esto es, todo lo que es obra de santidad, á mí humillándome á ser bautizado, y á tí obedeciéndome en bautizarme. Con lo cual nos dió á entender que toda nuestra santidad está fundada en humildad, y obediencia en humillarnos delante de Dios y de los hombres, y en obedecer á Dios y á sus ministros, abrazandos los tres grados que tienen ambas virtudes.

—*Grados de humildad y obediencia.*—El primero es, sujetarse á los mayores, por cualquier título que tengan alguna mayoría sobre mí, ó en dignidad, ó en oficio, ó edad, ó ciencia.—El segundo, mas perfecto, es, sujetarse tambien á los iguales, gustando de darles la mayor honra y el mejor lugar, y de obedecerles en lo que desean, siendo bueno, como si fueran superiores que me lo mandaran. (*Philip.* II, 3).—El tercero, perfectísimo, es, sujetarse tambien á los menores, con tanto rendimiento y prontitud como si fueran mayores, y en este grado las ejercitó Cristo nuestro Señor este dia, y son la suma de toda la justicia y santidad que debemos pretender, sujetándonos, como dice san Pedro (I *Petr.* II, 13), á toda humana criatura por amor de Dios, en las cosas que son conformes á su santa voluntad, guardando en lo exterior, como dice san Gregorio, la autoridad y decencia que pide el estado de cada uno, segun las reglas de la prudencia. Demás de esto, con estas dos virtudes cumplimos toda justicia para con Dios, para con nosotros y para con nuestros prójimos, porque nos mueven á respetar y obedecer á Dios; á mortificarnos, y despreciar á nosotros mismos, y á dar buen ejemplo á nuestros prójimos, ganándoles la voluntad y teniendo paz en ellos. Todo esto comprendió Cristo nuestro Señor en esta respuesta; y así con este espíritu tengo de alentarme al ejercicio de estas dos virtudes, diciéndome á mí mismo: Así te conviene cumplir toda justicia, no parte, sino toda, no con corazon demediado, sino entero y perfecto; y aunque seas grande en el mundo, y tengas cualquier dignidad en la Iglesia, te importa cumplir toda esta justicia, humillándote y obedeciendo, como Cristo lo hizo con su Precursor.

3. Lo tercero, ponderaré como san Juan obedeció luego con los tres grados que tiene la perfecta obediencia en el modo de obedecer, cuanto á la puntual ejecucion, y á la pronta voluntad y al rendimiento de su juicio. Y así por obedecer á Cristo nuestro Señor le

bautizó con grande reverencia, porque gusta Dios de que sus siervos rindan su juicio al divino, y no sean porfiados contra su ordenacion, como lo fue san Pedro cuando era imperfecto, no queriendo dejarse lavar los piés (*Ioan.* XIII, 8); y perdiera la amistad de Cristo si durara en su rebeldía, como en su lugar diremos.

PUNTO TERCERO. — 1. Viendo el Padre eterno tan humillado á su Hijo unigénito, se tuvo como por obligado á honrarle y autorizarle, porque siempre quiso cumplir la verdad de aquella sentencia, que dice: El que se humillare, será ensalzado (*Luc.* XIV, 11); y en lo mismo que se humilla el hombre, en eso suele ensalzarle Dios. Si se humilla á ser tenido por idiota ó por pecador, le ensalza en materia de sabiduría y santidad. Los medios que el Padre eterno tomó para honrar á su Hijo en esta ocasion, fueron tres excelentísimos, los cuales ponderarémos por las palabras que nos refieren los Evangelistas.

Aperti sunt ei cœli. — El primer medio fue, abrirse los cielos con un resplandor y abertura maravillosa, que se formó en el aire; y dice san Mateo (*Matth.* III, 16), que se abrieron, *ei*, para él, por su respeto y para su honra, para significar que Cristo nuestro Señor era hombre, no terreno (I *Cor.* XV, 47), y hecho de tierra como el primer Adan, sino hombre celestial y venido del cielo, y por consiguiente, que su vida y doctrina, su ley y todas sus obras eran celestiales. Además, para significar que se abririan las puertas del cielo á todos los que le imitasen, porque á su imitacion se harian tambien hombres celestiales. Y con esto tambien se confirmaba la verdad del tema que tomó san Juan en su predicacion, diciendo: Haced penitencia, porque se acerca el reino de los cielos; porque abriéndose á Cristo nuestro Señor, se les dió á entender qué se abririan á todos los que hiciesen penitencia y siguiesen su doctrina.

2. San Marcos dice (*Marc.* I, 10), que vió los cielos abiertos, para significar que Cristo nuestro Señor con su infinita sabiduría penetraba todos los secretos celestiales (*Ioan.* I, 18), y así, que como testigo de vista nos descubria lo que allá pasa, y que por su medio tambien se abririan los cielos para nosotros; de modo, que estando acá en la tierra como san Estéban (*Act.* VII, 55), pudiésemos ver y contemplar los secretos del cielo, y tener allá nuestro trato y conversacion. (*Philip.* III, 20). ¡Oh Adan celestial Cristo Jesús! Justamente se os abren los cielos para honraros, pues con vuestra humildad los habeis merecido y conquistado; razon es que se abran, convidándoos á que subais á ellos, pues son vuestros. (I *Cor.* XV, 49). Abridlos, Señor, para mí, de modo que nunca se me cierren;

y para esto borrad de mi alma la imágen del Adan terreno, imprimiendo en ella vuestra imágen celestial.

3. *Et descendit Spiritus Sanctus corporali specie, sicut columba in ipsum.* (*Luc.* III, 22). —El segundo medio que tomó el Padre para honrar á su Hijo fue, enviar sobre él al Espíritu Santo en figura de paloma; la cual se puso sobre su cabeza, para declarar con aquella figura exterior la plenitud del divino Espíritu que tenia dentro de sí (*Isai.* XI, 1; *D. Thom.* 3 *p. q.* 39, *art.* 6 *ad* 4), desde el primer instante de su concepcion, descansando sobre esta vara y flor de Jesé, con la inmensidad de sus siete dones; y vino en forma de paloma para significar.—Lo primero, la inocencia, pureza y mansedumbre de Cristo, para que todos entendiesen que aunque se bautizaba con bautismo de penitencia, no era pecador, ni tenia que ver con pecadores, sino justo, puro y sencillo como paloma, sin hiel de pecado ni de ira, sin doblez ni engaño alguno. (I *Petr.* II, 22).—Lo segundo, para significar que no solamente estaba limpio de pecados, sino que era el Cordero de Dios que quitaba los pecados del mundo; porque como la paloma en tiempo de Noé trajo la señal de haber cesado las aguas del diluvio (*Genes.* VIII, 11), así ahora es señal de que con la presencia de Cristo y por sus merecimientos se acabaria el diluvio de pecados que anegaba el mundo.

4. Lo tercero, para significar que este Señor no seria solitario, ni estéril, sino que engendraria y criaria muchos hijos imitadores de su inocencia, de los cuales se hiciese una Iglesia unida con union de una misma fe y caridad, de quien se dijese (*Cant.* VI, 8): *Una est columba mea:* una es mi paloma. Ó Espíritu santísimo, gracias os doy por el glorioso testimonio que habeis dado de la inocencia y santidad de nuestro Salvador. Venid sobre *mí* como paloma, llenando mi alma de pureza y santidad. ¡Oh si me diéseis alas como de paloma para volar á los agujeros de esta Piedra viva sobre quien hoy descansásteis (*Psalm.* LIV, 7), para que mi corazon descanse dentro del suyo, uniéndose con él con perfecto amor!—Tambien puedo ponderar la alegría grande que sintió el Bautista cuando vió venir al Espíritu Santo sobre Cristo en forma de paloma (*Ioan.* I, 32), y el *gozo* con que publicaba esto á los que no lo habian visto, suplicando al divino Espíritu esclarezca los ojos de mi alma, para que con la luz de la fe vea los dones y riquezas inestimables que hay en Cristo nuestro Señor, para estimarle y amarle como es razon.

5. *Et ecce vox de caelis, dicens* (*Matth.* III, 17): *Hic est Filius meus dilectus, in quo mihi complacui.* —El tercero medio que tomó el

Padre para honrar á su Hijo fué, decir con una voz, formada en el aire, no terrible y espantosa, sino suave y amorosa: *Este es mi Hijo amado, en quien me he agradado.* Cada palabra tiene particular misterio. Dice, *hic*, este; como si dijera: Este que parece puro hombre mortal y pasible; este que se humilla á parecer pecador, siendo bautizado con bautismo de pecadores; este sobre quien bajó esta paloma, este es mi Hijo. Y no es mi Hijo adoptivo, como los demás justos que le han precedido, sino Hijo natural y unigénito mio: no es engendrado ahora en este bautismo, sino engendrado desde mi eternidad; tan antiguo es como yo, tan sábio y tan bueno, porque es Dios como yo (*Psalm.* CIX, 3): y así por excelencia es mi Amado, á quien yo amé y amo sobre todas las cosas criadas y por criar, y con amor infinito como me amo á mí mismo; y en él me agrado y me alegro, y me precio de tenerle por Hijo, porque él siempre me agrada y hace todas las cosas que me dan gusto (*Ioan.* VIII, 29): y así no tenia necesidad de este bautismo para que yo me agradase de él; porque antes me agradaba de tal manera, que sin él ninguno me puede agradar, y por él me agradarán todos los que le imitaren. Ó Padre eterno, gracias os doy por la honra que hicísteis á vuestro Hijo en tal coyuntura, cuando se humillaba por vuestro amor; gózome del amor y del buen agradamiento que teneis en él, por quien os suplico me ayudeis, para que á su imitacion haga siempre lo que os agrada, de modo que os agradeis en mí. Ó Salvador mio, sea para bien la honra que vuestro Padre y el Espíritu Santo os hacen en este dia, aprobándoos con tales testimonios, para que seais nuestro Maestro y Redentor: hacedme, Señor, agradable á vuestro Padre celestial, y digno de que quiera tomarme por su hijo.

6. Últimamente, ponderaré como por los merecimientos de Cristo nuestro Señor se comenzó en este dia á manifestar el misterio de la santísima Trinidad en la voz del Padre eterno, y en la paloma que representaba al Espíritu Santo. Y así el Padre no llamó á Cristo nuestro Señor siervo, como le llamó por Isaías, cuando dijo (*c.* XLII, 1): Veis aquí mi siervo, en quien mi alma se agradó; sino llamóle Hijo, para descubrir la divinidad del que en cuanto hombre era siervo. Con esta consideracion daré gracias á Nuestro Señor por habernos descubierto este misterio, suplicándole esclarezca mi alma para entenderle y venerarle.

PUNTO CUARTO. - *Del sacramento del Bautismo.* — 1. El cuarto punto será, considerar como Cristo nuestro Señor, segun dice santo Tomás (*D. Thom.* 3 *p. q.* 66, *art.* 2), instituyó entonces su bautismo, muy

diferente del bautismo de san Juan, concediéndole la virtud y eficacia que por estas tres señales milagrosas se representaban, es á saber, abrirnos las puertas del cielo, darnos la gracia y dones del Espíritu Santo, y hacernos hijos adoptivos de Dios, agradables á sus ojos, con fe y conocimiento de la santísima Trinidad, en cuya virtud y nombre se da; y todo con tanta plenitud, que ahora quien muere luego que es bautizado, entra en el cielo sin detenimiento, y recibe la herencia de hijo de Dios, viendo claramente á la santísima Trinidad, con cuya vista es bienaventurado. Ó Salvador del mundo, gracias te doy cuantas puedo por haber instituido por entrada de tu ley evangélica un tan suave y provechoso Sacramento, con tantas prerogativas y dones espirituales como por él se nos conceden. Gracias tambien te doy con todo mi corazon por tan gran merced como me has hecho, en que yo haya sido bautizado, dejando á tantos hombres sin este santo Bautismo, entrándome á mí en el arca de tu Iglesia para que me salve (I *Petr.* III, 20), dejándoles á ellos perecer en el diluvio: suplícote, Señor, que nunca se me cierren las puertas del cielo que entonces se me abrieron; ni se aparte de mí el Espíritu Santo que se me dió (*D. Thom.* 3 *p. q.* 38, *art.* 6 *ad* 3), ni pierda la dignidad de hijo de Dios, á que fuí levantado, agradándote de tal manera, que llegue á gozar de tí en la gloria. Amen.

2. Tambien puedo ponderar, como Cristo nuestro Señor este dia no solamente instituyó el sacramento del Bautismo, sino regaló con él á su Precursor, cumpliéndole el deseo que mostró cuando dijo: *Ego à te debeo baptizari:* yo tengo necesidad de ser bautizado de tí; porque propio es de Cristo nuestro Señor cumplir los deseos de los que le aman, y honrar y premiar á los que le sirven y obedecen. Y pues san Juan le obedeció en bautizarle con su bautismo de agua, era muy conveniente que Cristo le bautizase con su bautismo de Espíritu Santo y fuego, llenándole de nuevo de altísimas gracias y dones celestiales. ¡Oh cuán alegre quedaria el santo Precursor, y por cuán bien empleados daria los trabajos de su oficio, recibiendo de Cristo en este dia tan copioso premio de ellos! ¡Oh cuán bien pudiera decir á Dios lo que dijo Simeon (*Luc.* II, 29): Ahora dejas, Señor, á tu siervo en paz, segun tu palabra, pues han visto mis ojos al Salvador! Mas como era fervoroso y agradecido, resolvióse de mostrar su agradecimiento en dar público testimonio de las grandezas de este Señor todo el tiempo que la vida le durase, como lo hizo. Y á su imitacion sacaré yo los mismos propósitos en agradecimiento de las mercedes que de mano de mi Redentor he recibido.

PUNTO QUINTO. – *De la eficacia de la oracion.* — 1. Últimamente, consideraré como todas estas maravillas, segun dice san Lucas (*Luc.* III, 21), sucedieron estando Cristo nuestro Señor en oracion; porque en siendo bautizado se puso á orar. Y esta es la primera vez que se escribe en el Evangelio que Cristo nuestro Señor erase, en lo cual se nos descubren algunas excelencias de la oracion, su necesidad, y la frecuencia con que se ha de hacer. – La primera es, que la oracion en su tanto es medio muy eficaz para alcanzar de Dios las tres maravillas referidas, porque ella nos abre las puertas del cielo, y nos descubre tambien los secretos celestiales. Y así de san Pedro se dice (*Act.* X, 11), que orando se le abrió el cielo. Tambien nos alcanza la plenitud del Espíritu Santo y de sus dones, como los Apóstoles orando fueron muchas veces llenos de Espíritu Santo, como veremos en la parte V; y orando tambien se oyen las voces del Padre, que son sus divinas inspiraciones, y se negocia la dignidad de hijo de Dios y los medios para serle agradable. Y cuando la oracion se junta con la humillacion, como la juntó Cristo nuestro Señor esta vez, es mas poderosa para todo esto; porque como dice el Sábio (*Eccli.* XXXV, 21): La oracion del que se humilla penetra hasta las nubes, y hará que se rompan los cielos, para que desciendan las dádivas y dones que suele dar el Padre de las lumbres.

2. Lo segundo, Cristo nuestro Señor juntó la oracion con el Bautismo, para significar que la oracion y devocion han de acompañar todas nuestras obras y el uso de los Sacramentos para que se hagan y reciban como conviene, suplicando á Nuestro Señor quite los estorbos que ponen los demonios para impedir el fruto de estas cosas, y con su favor nos ayude para conseguir el fin de ellas.

3. Demás de esto Cristo nuestro Señor, en siendo bautizado, se puso en oracion, para enseñarnos la necesidad que tienen los bautizados y los fieles de orar, y cuán propio ejercicio suyo ha de ser la oracion, frecuentándola mucho para prevenirse contra las tentaciones que les esperan, y para comenzar con fervor la nueva vida que han profesado, y para conservar las gracias y dones que en el Bautismo han recibido. Pero es de creer, que Cristo nuestro Señor no oró entonces solamente con aquel modo de oracion que es pedir para sí, sino con los demás que pone san Pablo (*Philip.* IV, 6), dando gracias á su Padre por las mercedes que le habia hecho y por las que luego esperaba recibir; como oró cuando resucitó á Lázaro. (*Joan.* XI, 41-42). Á mas, oraba por todos los que allí estaban para ser bautizados, y por todos los que habian de recibir su bautismo,

para que le recibiesen sin ficcion. Y generalmente oraba por todos los hombres, pues para todos, cuanto es de su parte, instituia este Sacramento; y su deseo era que todos le recibiesen, y alcanzasen las gracias y dones que por aquellas señales se significaban.—De todas estas consideraciones he de sacar grande estima y aficion á la oracion, y grandes propósitos de ejercitarme en ella, mirando á Cristo nuestro Señor, por cuyos merecimientos pediré á la santísima Trinidad me conceda este espíritu de oracion con la eficacia dicha.

MEDITACION IV.

DE COMO CRISTO NUESTRO SEÑOR, DESPUES DEL BAUTISMO, SE FUÉ AL DESIERTO, Y AYUNÓ CUARENTA DIAS Y CUARENTA NOCHES.

PUNTO PRIMERO. — 1. Lo primero, consideraré como Cristo nuestro Señor, en siendo bautizado, como dice san Lucas (*Luc.* IV, 12): *Lleno de Espíritu Santo se partió del rio Jordan*, dejando la compañía de san Juan y de la otra gente que allí estaba: ponderando la causa porque hizo esto, que fue para ejercitar algunas virtudes propias de los que están llenos de Espíritu Santo.—La primera fue, su querida humildad, huyendo las alabanzas humanas y las honras mundanas; porque la muchedumbre del pueblo que habia visto y oido las maravillas que pasaron en su Bautismo, no cesaran de alabarle y honrarle, y así quiso huir y esconderse, no porque él tuviese peligro de vanidad, sino para enseñar con este ejemplo á los que le tenemos, que huyamos los lugares y ocasiones de nuestras alabanzas, especialmente á los principios, cuando la virtud está tierna y corre peligro de perderse en flor con el viento de la vanidad, como se escribe en Job (*c.* VIII, 13), que se pierde la virtud de los hipócritas.

2. Lo segundo, se fué del Jordan, para significar que los varones llenos de Espíritu Santo, aunque no desprecian las ceremonias exteriores, cual era el bautismo de sola agua; pero en cumpliendo con ellas luego se retiran á las interiores, y á ejercicios de virtud mas levantados y espirituales, porque no se diga de ellos lo que el mismo Señor dijo de los fariseos (*Matth.* XV, 8), que hacian grande caso de estos lavatorios exteriores: Este pueblo solamente me honra con los labios y con exteriores ceremonias, y su corazon está léjos de mí; y ¡ay de vosotros, hipócritas, que limpiais por de fuera el vaso y el plato, y de dentro estais llenos de inmundicias! (*Matth.* XXIII, 25).

3. Lo tercero, se retiró del Jordan, para significar que quien está lleno del divino Espíritu, y ha visto los secretos del cielo, y gustado en la oracion la suavidad de Dios, luego desea huir el bullicio y tráfago de la gente, para rumiar á sus solas lo que ha visto, y entregarse mas de veras á la contemplacion de lo que se le ha mostrado. Ó dulcísimo Jesús, llénáme del Espíritu Santo, de que estabas lleno, para que comience á imitar el ejemplo que me diste, retirándome á orar á sus tiempos del modo que te retiraste.

PUNTO SEGUNDO. – *Del impulso del Espíritu Santo.* — 1. Lo segundo, consideraré como *luego el Espíritu impelió y guió á Cristo nuestro Señor al desierto, donde estuvo cuarenta dias entre las bestias.* Aquí se ha de ponderar, qué espíritu movió á Cristo, con qué modo, á qué lugar, por qué causas, y en qué se ocupaba. – Lo primero, Cristo nuestro Señor no fue movido á esta jornada por espíritu de vanidad, ni por ímpetu de pasion, ni por solo espíritu humano, sino por el Espíritu Santo, de quien estaba lleno; en lo cual se nos enseña la diferencia que hay entre los hijos de Dios y del Adan celestial, y los hijos de este siglo y del Adan terreno, porque estos en sus obras son movidos por ímpetu del espíritu malo, que es espíritu del demonio, ó mundo, ó carne, ó espíritu propio, torcido é inclinado á su propio parecer y propia voluntad; pero aquellos son movidos del buen Espíritu, siguiendo sus inspiraciones é impulsos celestiales, segun aquello de san Pablo (*Rom.* VIII, 14): Los que son movidos del Espíritu de Dios, estos son sus hijos; y si me precio de hijo de Dios, he de procurar en todas mis obras seguir el impulso de su divino Espíritu, y no su contrario.

2. Lo segundo, el modo como este Espíritu movió á Cristo fue, como dicen los Evangelistas, con presteza, con eficacia y con suavidad (*Marc.* I, 12), porque siendo bautizado, *statim*, al punto, *expulit*, le arrojó y le impelió eficaz pero suavemente, como quien le guiaba y llevaba de la mano; en lo cual se ve las propiedades del Espíritu Santo en sus inspiraciones á lo bueno, porque es enemigo de dilaciones y tardanzas, y de tibieza y flojedad en las obras, y juntamente de violencia y repugnancia en ellas, disponiendo todas las cosas (*Sap.* VIII, 1) *fortiter et suaviter*, con fortaleza y suavidad, y los que son hijos de Dios hanle de obedecer con la misma presteza y eficacia y gusto, alegrándose de seguir su direccion sin divertirse á otra cosa, como los santos cuatro animales iban donde quiera que les llevaba el ímpetu del espíritu que les movia, sin volver atrás. (*Ezech.* I, 12).

3. Lo tercero, el lugar á donde le impelió y guió, fue al desierto; de suerte que no le movió á ir á Jerusalen, ó á lo poblado de las ciudades, para conversar y tratar con los hombres, sino por entonces le inspiró que fuese al desierto y soledad, y á estar entre las bestias, para que antes de manifestarse al mundo ejercitase algunas obras de virtud señaladas para nuestro ejemplo y enseñanza. -Lo primero, para que ejercitase la humildad; porque así como cuando nació fue puesto en un pesebre entre animales, para entrar en el mundo con humillacion; así ahora antes de manifestarse al mismo mundo vivió cuarenta dias entre las bestias el que era Señor de los Ángeles, para humillarse por el hombre que por su pecado se habia hecho como bestia. (*Psalm.* XLVIII, 13).-Lo segundo, para que gastase todo aquel tiempo en ejercicios de penitencia y oracion, para los cuales es muy á propósito la soledad y el desierto. Y así los ejercitó Cristo nuestro Señor con gran gusto, diciendo aquello de los Cantares (*Cant.* IV, 6): Voy al monte de la mirra, y al collado del incienso; esto es, á ejercitar la penitencia y la oracion, la mortificacion y la contemplacion, y todo con grande alteza. Ejercitóse en obras de penitencia, velando mucho, durmiendo en el suelo, sufriendo las injurias de los tiempos sin abrigo alguno, y ayunando con un ayuno riguroso y milagroso.

4. Tambien ejercitaba la oracion y contemplacion continuamente; de modo que, aunque el cuerpo estaba con las bestias, el espíritu estaba en el cielo con los Ángeles (*Cant.* III, 6): y así de aquel desierto subia siempre como pebete de mirra é incienso muy oloroso al eterno Padre. De donde sacaré, cuán propio es del Espíritu Santo inspirar estas dos suertes de ejercicios, y cuán propio es de los que desean imitar á Cristo gastar mucho tiempo en ellos, especialmente los principiantes en la virtud; y tambien los que han de salir en público á ejercitar cosas grandes del divino servicio, para entrar con buen pié, deben primero recogerse algunos dias á la soledad (*Osee,* II, 14), disponiéndose para que Dios les hable al corazon, enseñándoles lo que han de hacer, y dándoles fortaleza para cumplirlo. Porque propio es, como dice Job (*c.* III, 13), de los que han de ser reyes y cónsules de la tierra, rigiendo las almas, y aconsejándolas lo que las conviene, edificar primero para sí estas soledades del corazon, para aprender el modo de regir, y lo que han de aconsejar. Ó Espíritu santísimo, inspiradme y guiadme con eficacia al monte de la mirra y al collado del incienso, para que pueda seguir al Salvador. Ó Salvador mio, pues por mi ejemplo vais al desierto, lle-

vadme en vuestra compañía, enseñándome á buscar dentro de mí la soledad, y ejercitar la oracion y penitencia en ella.

PUNTO TERCERO.— 1. Lo tercero, consideraré como *Cristo nuestro Señor ayunó allí cuarenta dias y cuarenta noches*, ponderando las causas y circunstancias todas de este ayuno. (*D. Thom.* 3 *p. q.* 40, *art.* 2 *ad* 3; 41, *art.* 3). Las causas principales fueron dos.—La primera, para satisfacer por la gula de nuestros primeros padres que contra el precepto de Dios comieron la fruta del árbol de la ciencia, y justamente para satisfacer por todas las glotonerías y embriagueces del mundo; porque en la misma materia que los hombres pecaron, quiso Cristo nuestro Señor padecer trabajos en satisfaccion de sus culpas, para que yo aprenda á castigar mis gulas con ayunos, pues así ayuna Cristo nuestro Señor por ellas.—La otra causa fue, para enseñarnos como los bautizados, que desean servir á Dios nuestro Señor (*Casian.* Lib. V, c. 3; *D. Greg.* Lib XXX Moral. *c.* 16), han de procurar domar con ayunos los brios de la carne para sujetarla al espíritu, y su primera batalla ha de ser contra la gula, procurando vencer al enemigo doméstico, que es la carne, de la cual se aprovecha el demonio para sus tentaciones. Y tambien los que han de ser ministros del Evangelio han de pelear de la misma manera, castigando, como dice el apóstol san Pablo (I *Cor.* IX, 27), su cuerpo, y poniéndole en justa servidumbre, porque no les suceda que predicando á otros, queden reprobados ellos. Por tanto, si quieres que no se te cierren los cielos que te abrió el Bautismo, enfrénate con el ayuno, porque la gula echó á nuestros primeros padres del paraíso, y la abstinencia te ayudará para que seas en él admitido.

2. Lo segundo, este ayuno fue riguresísimo, aunque por milagro, sin comer ni beber cosa alguna ni de dia ni de noche, para enseñarnos que nuestro ayuno ha de ser con el mayor rigor que pudiéremos, sin pedir milagro, con tal que no destruyamos la naturaleza, ni perdamos las fuerzas necesarias para el divino servicio, contentándonos, como dice el apóstol san Pablo (I *Tim.* VI, 8; *Casian. Collat.* XXI, *c.* 2), con tener el sustento necesario, y ofreciendo nuestros cuerpos á Dios nuestro Señor en hostia viva; pero de modo que (*Rom.* XII, 1): *Sit rationabile obsequium nostrum:* que nuestro sacrificio y nuestro ayuno sea medido con la razon.

3. Lo tercero, este ayuno fue largo y prolijo por espacio de cuarenta dias con sus noches, para significar la constancia que hemos de tener en las obras de penitencia y en la castigacion de la carne, perseverando hasta alcanzar la perfeccion; porque aunque

Cristo nuestro Señor no prolongó su ayuno mas de cuarenta dias, pero aparejado estaba para dilatarle mas tiempo si fuera necesario. Y con esto confirmó el ayuno de los cuarenta dias de Cuaresma que la Iglesia guarda con rigor, con cuyo ejemplo me animaré á guardarle con perfeccion, ordenando los cuatro dieces de este número á cuatro fines. – El primero, en satisfaccion de mis pecados. – El segundo, en agradecimiento de los beneficios recibidos. – El tercero, para impetracion de las virtudes que me faltan. – El cuarto, para disponerme á la gloria de la resurreccion que espero, como premio de mis trabajos.

4. Lo cuarto, este ayuno, aunque riguroso por una parte, por otra parte fue suave; porque, como se saca de los Evangelistas, en todo este tiempo no tuvo hambre, porque la virtud de la divinidad y la dulzura de la divina contemplacion hacian que la carne no sintiese hambre ni trabajo en su ayuno; como ni le sintieron Moisés y Elías (*Exod.* XXXIV, 8; III *Reg.* XIX, 8), el uno por estar en el monte conversando con Dios; y el otro porque iba al monte á conversar con él, y habia sido confortado con el pan que le dió el Ángel; en lo cual se nos avisa (*D. Bern.* Serm. 4 Quadr.) que la oracion y devocion hacen suave el ayuno, premiando la ayuda que de él reciben, con el gusto que le añaden. Ó dulcísimo Jesús, gracias te doy por el ayuno tan riguroso que hiciste en satisfaccion de mis pecados; por él te suplico los perdones y me ayudes para que de hoy mas mi cuerpo ayune, absteniéndose de manjares, y el espíritu ayune, apartándose de vicios. Amen.

MEDITACION V.

DE LAS TENTACIONES QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR PADECIÓ EN EL DESIERTO.

PUNTO PRIMERO. — 1. Lo primero, se ha de considerar (*D. Thom.* 3 *p. q.* 41, 11), como Cristo nuestro Señor fue guiado del divino Espíritu al desierto entre otros fines, como dice san Mateo (*Matth.* IV, 1): *Para que fuese tentado del demonio.* Aquí se ha de ponderar lo primero, como es propio del Espíritu Santo poner á los varones perfectos en lugares y ocasiones donde sean tentados, para descubrir en ellos la eficacia de su gracia, dándoles gloriosas victorias y ganancias de grandes virtudes y merecimientos; y así, aunque yo no tengo de ponerme temerariamente en tales ocasiones; pero si me hallare en ellas, puedo presumir que vienen por providencia y per-

mision del divino Espíritu, para que con su ayuda medre con ellas; pues como dice el Apóstol (1 *Cor.* x, 13), esto pertenece á su fidelidad. Ó Espíritu santísimo, yo me arrojo en vuestra providencia para que me pongais donde quisiéreis, á fin de que sea probado y tentado, con tal que Vos seais mi padrino y ayudador en todas las batallas y tentaciones, pues con vuestra ayuda, si por mí no queda, será cierta la victoria.

2. Lo segundo, se ha de ponderar como el mismo Espíritu Santo guió á Cristo nuestro Señor al desierto, mas que á otro lugar, para ser tentado; porque el desierto es lugar ocasionado para las tentaciones del demonio por razon de la soledad, porque en viendo el demonio á uno que está solo y que no tiene hombre que le ayude con su consejo y direccion, y con otros medios que los padres espirituales dan á los tentados, espera vencerle, y así le acomete con grande cuidado, como acometió á Eva en viéndola sola y apartada de su marido Adan, y la venció y engañó fácilmente. Y por esto, como dicen los santos Padres (*D. Basil.* Reg. 1 ex fusis; *Casian.* Lib. VIII, *c.* 17), ninguno que no sea perfecto ha de presumir entrar en los desiertos á vivir vida solitaria. De donde sacaré que aunque viva en poblado y entre muchos, si no quiero dar cuenta de mis tentaciones al confesor ó padre espiritual, verdaderamente estoy solo, y vivo en desierto y en peligro de ser tentado y vencido del demonio fácilmente; porque como dice el Eclesiastés (*c.* IV, 10): Cuando muerde la serpiente en secreto y sin silbo, no tiene ganancia el encantador; que es decir: Cuando el demonio tienta y muerde con la culpa, y el mordido calla, aunque haya médico que le cure no será curado, porque es como estar solo; y ¡ay del solo, que si cae no habrá quien le dé la mano para que se levante!

3. Demás de esto, como la vida de los solitarios fundada en aspereza y oracion es muy perfecta, en viendo el demonio que alguno la comienza, acude á tentarle por atajarle los pasos; porque aunque aborrece y tienta á todos los hombres, pero mucho mas á los fervorosos que comienzan á servir á Dios con perfeccion, donde quiera que sea. Mas no por esto he de perder el ánimo, porque el mismo Espíritu Santo, que inspira tal modo de vida, inspira con eficacia medios para vencer las tentaciones que el demonio pone contra ella. Y como los fervorosos con su fervor despiertan contra sí á Leviatan (*Iob,* III, 8), que es el espíritu malo, para que los tiente, así despiertan y provocan al Espíritu Santo para que les ayude.

4. Lo tercero, ponderaré las causas porque Cristo nuestro Se-

ñor quiso ser tentado luego despues del bautismo y del ayuno, pues todas son para nuestro provecho.—Lo primero, aunque no era principiante en la virtud quiso pasar por la ley ordinaria de los que comienzan á servir á Dios; los cuales, como dice el Sábio (*Eccli.* II, 2), son tentados y se han de apercibir para las tentaciones. Á mas, para hacerse semejante á los demás hombres en todas las miserias que no son culpa ó frisan con ella, y para que sabiendo por experiencia qué es ser tentado, se compadeciese, como dice san Pablo (*Hebr.* IV, 15), de los que lo son, y con la victoria de sus tentaciones nos enseñase á vencer las nuestras, y nos diese ánimo y esfuerzo para vencerlas. De aquí es (*D. Thom. q.* 14, *art.* 3 *ad* 2) que aunque por el discurso de los cuarenta dias fue tentado con varias tentaciones, como dan á entender san Lucas y san Marcos, pero al fin de ellos fue tentado con tres tentaciones visibles, en las cuales como en semilla están todas las demás, para que por ellas sacásemos el modo de pelear contra las otras.

5. De aquí sacaré tres avisos muy importantes para cuando fuere tentado. (*Eccli.* II, 1).—El primero es, no afligirme ni desconsolarme, teniéndome por desfavorecido de Dios; porque pues mi Salvador fue tentado siendo Hijo de Dios, no es mucho que yo lo sea, y la alegría espiritual en las tentaciones es grande arma ofensiva y defensiva para salir con victoria de ellas.—El segundo es, acudir con grande confianza á este Señor por remedio y ayuda en mis tentaciones diciéndole: Rey mio, pues sabeis qué es ser tentado, compadeceos de mí, y quitadme la tentacion ó dadme fuerzas para vencerla. —El tercero es, prevenirme para las tentaciones con oracion y ayuno, como este Señor se previno, porque así como dijo despues á sus Apóstoles (*Matth.* XVII, 20), que habia un género de demonios que no salian de los cuerpos si no es por ayuno y oracion, así tambien hay algun género de demonios tentadores que no son vencidos si no es con las mismas armas; y haciendo esta prevencion miraré el modo con que Cristo nuestro Señor venció sus tentaciones, para pelear de la misma manera con las mias.

PUNTO SEGUNDO.— 1. Lo segundo, se ha de considerar las tres tentaciones que puso el demonio á Cristo nuestro Señor, y el modo como Cristo las venció, ponderando que, aunque la primera fue en materia de gula, la segunda en materia de vanagloria, la tercera en materia de ambicion ó avaricia; pero todas iban bien mezcladas con soberbia y apetito de excelencia; porque como el demonio es soberbio y cayó por soberbia, y por ella derribó al primer hombre, y co-

noce la fuerza de esta tentacion, mézclala con las demás para derribar con mayor facilidad á los hombres; y al contrario, Cristo nuestro Señor todas estas tentaciones rechazó con humildad, que es arma poderosísima para librarnos de los lazos de Satanás.

—*De la primera tentacion.*—La primera tentacion fue de gula, cuanto al afecto y modo de buscar la comida; porque pasados los cuarenta dias de ayuno, tuvo Cristo nuestro Señor hambre como hombre; y el demonio, que le andaba mirando cuanto hacia, no perdió esta ocasion de verle necesitado y hambriento, y con especie de piedad le dijo: *Si eres Hijo de Dios, dí que estas piedras se conviertan en pan.* Como quien dice: Usa de la potestad que tienes de hacer milagros, para remediar tu necesidad y hambre; provocándole con esto á tener afecto desordenado á la comida en hacer milagro por haberla.

2. En lo cual se han de ponderar los varios modos que tiene el demonio para tentar de gula. Á los regalados tienta, poniéndoles delante el deleite de la comida, haciéndoles atropellar la ley de Dios por gozarle, como la atropelló Eva. Á los necesitados tienta, provocándoles á remediar su necesidad por medios ilícitos. Unas veces al descubierto, como instigando á hurtos; otras veces con maña ó fingiendo falsas dispensaciones y fingidas revelaciones, como engañó á un santo profeta (I *Reg.* XIII, 8); ó con capa de piedad, instigando medios vanos y presuntuosos, y de este modo tentó á Cristo nuestro Señor; y por una via ó por otra desea mucho vencer á los que tratan de espíritu en este vicio de gula; porque siendo vencidos de vicio tan bajo, quedan acobardados para otras peleas mas graves.

3. Cristo nuestro Señor con humildad le respondió con un lugar de la divina Escritura (*Matth.* IV, 4): *No vive el hombre de solo pan, sino tambien de toda palabra que sale de la boca de Dios*, que fue decirle: No quiero hacer milagros por tu persuasion, ni para mi regalo, pues Dios puede sustentarme por otros caminos y por cualquier cosa que él quisiere sin pan; yo creo á lo que está escrito en la Escritura cerca de esto (*Deut.* VIII, 3), y confio en su providencia que no me faltará. Con lo cual nos enseña el modo de vencer las tentaciones que se fundan en necesidades temporales y en falta de sustento ó regalo, que es por la humildad y fe en la palabra de Dios, y confianza en su providencia; porque si no niega Dios la comida á los hijos de los cuervos cuando pidan por ella (*Psalm.* CXLVI, 9), ¿cómo la negará el Padre celestial á sus propios hijos, si confiadamente se la piden?

4. *De la segunda tentacion.*—De esta victoria tomó el demonio ocasion para tentar á Cristo nuestro Señor de vanidad y presuncion y demasiada confianza (*Matth.* IV, 5; *Psalm.* XC, 11): *Llevóle al pináculo del templo de Jerusalen, y díjole: Si eres Hijo de Dios, arrójate de aquí abajo; porque escrito está que ha dado Dios cuidado de tí á sus Angeles, y en sus palmas te llevarán para que no recibas daño.* Como quien dice: Si haces esto, los que lo vieren creerán en tí y alabarán á tu Padre celestial. Aquí se ha de ponderar.—Lo primero, las propiedades del demonio en sus tentaciones para no dejarnos engañar de sus astucias, porque en la primera tentacion procura conocer las inclinaciones y estudios de cada uno, y de ellas toma ocasion para armarle nuevos lazos y tentaciones mas fuertes y sutiles. De suerte, que no solamente toma ocasion para tentarnos de las necesidades que padecemos y de las malas inclinaciones que tenemos, sino de las buenas, instigándonos á usar de ellas con indiscrecion ó con intencion torcida, ó con otras circunstancias malas, traspasando los límites de la razon. Á los confiados en Dios, instiga que confien con demasía para que dén en presuntuosos. Á los celosos de la gloria de Dios, atiza para que dén en iracundos; y si ve que son letrados y que fundan su virtud en los dichos de la sagrada Escritura, de ella se aprovecha para encubrir su tentacion, procurando engañarles. De donde sacaré aviso para no asegurarme con lo que parece bueno, sin examinar bien el fin y la intencion y las circunstancias particulares, probando y examinando, como dice san Juan (I *Ioan.* IV, 1), los espíritus si son de Dios, primero que les dé crédito.

5. Lo segundo, ponderaré la contrariedad del mal espíritu y del bueno, que se descubre en este hecho; porque el buen Espíritu llevó á Cristo nuestro Señor á la soledad, para huir de las vanas alabanzas de los hombres y de la vanagloria que suele nacer de ellas; pero el mal espíritu le sacó de la soledad y le puso en el pináculo del templo delante de mucha gente, provocándole á buscar estas alabanzas con título fingido de la gloria de Dios. Y viendo que Cristo nuestro Señor no quiso en el desierto hacer el milagro que le pidió de convertir las piedras en pan, imaginó que quizá querria hacer otro milagro en público, porque la vanagloria tiene mas fuerza delante de muchas personas que pueden alabar nuestra obra, que estando á solas ó delante de pocos.

6. Lo tercero, de parte de Cristo nuestro Señor ponderaré su admirable mansedumbre en dejarse tomar del demonio y llevar desde el desierto, hasta ponerle en el pináculo del templo de Jerusalen,

sin resistirle ni contradecirle, pudiéndolo hacer tan fácilmente, encubriendo por entonces su omnipotencia, para que no le conociese por Hijo de Dios, y dándonos ejemplo de humildad. Ó Cordero mansísimo, ¡cómo vas en manos de lobo tan furioso! Líbrame de ellas por tu misericordia, para que no me derriben de tu gracia en el abismo de la culpa.—Luego consideraré el modo como venció esta tentacion, respondiendo al demonio (*Deut.* VI, 16): *Escrito está: no tentarás á tu Señor Dios.* Que fue decirle: No se han de hacer milagros por vanidad y sin necesidad, y la confianza en Dios no ha de ser tan temeraria y presuntuosa; y pues yo puedo bajarme por la escalera, ¿para qué tengo de tentar á Dios en arrojarme de aquí abajo? En lo cual se echa de ver como la humildad y discrecion con el reposo y mansedumbre vale mucho para vencer las tentaciones de vanidad, coloreadas con apariencia de virtud. La humildad dispone para alcanzar esta luz y discrecion; porque, como dice el Sábio (*Prov.* XI, 2): Donde está la humildad allí está la sabiduría; pero se ha de pedir á Dios, á cuya omnipotencia, como él mismo dijo al santo Job (*c.* XLI, 4), pertenece descubrir el rostro de Satanás, quitándole la máscara de virtud con que le cubre para engañarnos. Ó guerrero diestro y poderoso, Cristo Jesús, ilustrad los ojos de mi alma con vuestra luz celestial, para conocer las astucias de Satanás cuando se transfigura en ángel de luz para engañarme; y ayudadme con vuestra omnipotencia, para que ni la fuerza de este leon me espante, ni la astucia de este dragon me engañe.

7. *De la tercera tentacion.*—La tercera tentacion fue de avaricia y ambicion, *porque llevando el demonio otra vez á Cristo nuestro Señor á un monte muy alto, desde allí le mostró todos los reinos del mundo y sus grandezas, y le dijo: Todas estas cosas y la gloria de ellas es mia, y las doy á quien quiero; yo te las daré á tí si postrado en tierra me adorares.* Aquí ponderaré la sed rabiosa que el demonio tiene de mi condenacion; pues todo el mundo si fuera suyo me le diera porque yo haga un pecado mortal contra Dios. De donde sacaré una grande estima de mi salvacion y un propósito muy firme y eficaz de no hacer por todo lo que tiene el mundo cosa contra ella, aprendiendo de mi enemigo á estimar el bien eterno con desprecio de todo lo temporal y perecedero. Porque derechamente contra esta tentacion dijo Cristo nuestro Señor (*Matth.* XVI, 26): ¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo y ser señor de él, si su alma se condena? Y los del infierno lo confiesan mal de su grado, dicien-

do (*Sap.* III, 8): ¿De qué nos sirvió la soberbia, y la jactancia de las riquezas qué provecho nos trajo?

8. Lo segundo, ponderaré cuán propio es del demonio, padre de las mentiras, engañar á los hombres con falsas promesas de lo que ni es suyo ni lo puede dar á su voluntad; y esto hace algunas veces por medio de nuestra imaginacion, formando torres de viento y esperanzas de grandes bienes si hacemos algo que es pecado mortal. Otras veces lo hace por medio de hombres mundanos y de lisonjeros y amigos falsos que nos persuaden injustas pretensiones con esperanzas engañosas de salir con ellas. Por donde se ve cuán gran locura es dar crédito al que ni por sí ni por boca de otros sabe hablar verdad, sino mentira y engaño para mi condenacion.—Lo tercero, ponderaré cuán grave mal es el pecado mortal, especialmente de avaricia y ambicion, pues no es otra cosa que postrado en tierra adorar á Satanás. Y por esto dice san Pablo (*Colos.* III, 5), que la avaricia es adoracion de ídolos; porque el dinero es como un ídolo, dentro del cual está el demonio á quien adora el avariento. Y por esto dijo Cristo nuestro Señor (*Matth.* VI, 24), que es imposible servir á dos señores, esto es á Dios y al dinero. De donde sacaré grande compasion de los que postrados en tierra adoran al demonio, no porque les dé todo el mundo sino por una mínima parte de él, esto es por un poco de hacienda y honra.

9. Luego consideraré el modo como Cristo nuestro Señor venció esta tentacion, diciendo con gran imperio al demonio (*Deut.* VI, 13): *Vete de aquí, Satanás, porque escrito está: á tu Señor adorarás, y á él solo servirás.* En lo cual mostró Cristo nuestro Señor el grande celo que tenia de la honra de Dios; porque viendo la desvergüenza de Satanás, indignado contra él le arrojó de sí, y le hizo huir vencido y corrido y atemorizado. Y con este ejemplo me enseña cuánto me importa vestirme de santo celo contra los tentadores, cuando tocan en la honra de Dios, echándolos de mí con grande brio y valor, preciándome de no hincar la rodilla ni sujetarme á otro que solo Dios, y por él á todos los que él quiere; pero á ninguno contra él, porque esta santa libertad espanta á los demonios y les hace huir. Ó Dios de las batallas, que armado de tu celo peleaste contra el príncipe de este mundo y le echaste de él con tu virtud, ayuda mi flaqueza para que yo tambien le venza, y le aparte de mí con tu gracia. Dame templanza contra la codicia de la carne; y pobreza de espíritu contra la codicia de los ojos, y humildad de corazon contra la soberbia de la vida (I *Ioan.* II, 15): porque vencidos estos tres

vicios venceré al mundo que se funda en ellos, como le venciste tú, á quien sea honra y gloria por esta victoria por todos los siglos. Amen.

PUNTO TERCERO.—*Entonces le dejó el demonio, y vinieron los Angeles á servirle.*— 1. Aquí ponderaré quién envió estos Ángeles, cuántos vinieron, á qué fin y qué hicieron. Enviólos el Padre eterno para honra de su Hijo, y para solemnizar su victoria, y para que se viese como tenia cuidado de él, y le tiene de los tentados; y aunque bastara un Ángel para servirle en aquella necesidad, quiso que viniesen muchos á darle el parabien de la victoria, y alegrarse con él por haber vencido á Satanás. Y luego con gran reverencia le pusieron mesa en aquel desierto, y le dieron de comer para satisfacer á su hambre, sirviéndole como criados á su Señor.—De donde sacaré lo primero, gran confianza en la divina Providencia, pues tan gran cuidado tiene de sus hijos y de los que por él pelean en el desierto de esta vida. Bendita sea, ó Padre celestial, tu divina providencia. Gracias te doy por el cuidado que tuviste de tu Hijo unigénito, y por la honra que le hiciste en esta victoria. Por él te suplico tengas cuidado de mí y me ayudes, para que me fie de tí.

2. Lo segundo, sacaré que los Ángeles asisten á los que pelean invisiblemente para ayudarlos, y cuando vencen se alegran con ellos y solemnizan nuestras victorias, y (como se dirá en la parte VI) son instrumentos de la divina Providencia para remediar nuestras necesidades; y así tengo de amarlos y reverenciarlos, y llamarlos á menudo en mi favor, y no rendirme á las tentaciones, siquiera por no privarles de esta alegría. Esta verdad es tan cierta, que el mismo Satanás, tentando al mismo Señor, la confesó y se la trajo á la memoria con el lugar del salmo de David alegado (*Psalm.* XC, 11), ordenándolo así la divina Providencia para nuestro esfuerzo; porque sabiendo el demonio que hay otro Ángel mas fuerte que él que le contradice, y es tan cuidadoso en defendernos como él en tentarnos, encoge su orgullo para no hacernos todo el mal que desea.

3. Lo tercero, sacaré tener paciencia y sufrimiento en las necesidades temporales, porque á su tiempo las remediará Dios nuestro Señor, y tener confianza en las tentaciones, aunque se multipliquen y prolonguen, porque á su tiempo hará Dios que cesen, apartando de mí al demonio; pero no tengo de asegurarme en esta vida, porque no sin causa dice el evangelista san Lucas que Satanás huyó de Cristo hasta otro tiempo, para significar que si ahora se va, volverá despues á probarme de nuevo con nuevas tentaciones, quizá

mas fuertes; pero quien me ayudó á vencer las unas me ayudará á vencer las otras.

MEDITACION VI.

DE LA VOCACION Y ELECCION DE LOS APÓSTOLES.

PUNTO PRIMERO. — 1. Lo primero, se ha de considerar la calidad de los Apóstoles que escogió Cristo nuestro Señor (*Matth.* IV, 19), cuanto á lo natural, comparándola con la grandeza del fin para que los escogia, y ponderando las causas de esto. Porque primeramente, queriendo Cristo nuestro Señor escoger doce varones que fuesen doce fundamentos de su Iglesia, él por sola su misericordia los escogió y llamó, poniendo los ojos, no en los nobles, ricos y poderosos de Judea y Galilea, ni en los letrados y sábios de la ley, ni en los fariseos, que eran los religiosos de aquel tiempo, sino en unos hombres pobres, humildes, ignorantes y ejercitados en oficios muy viles y desechados, y á estos escogió, dejando á los otros.—Las causas que á esto le movieron son.—La primera, porque aunque es verdad, como se dice en Job (c. XXXVI, 5), que Dios, por ser poderoso, no desecha á los poderosos, y por ser sábio no desprecia á los sábios; pero como se humilló á ser hombre, y se hizo por nosotros pobre, humilde y despreciado, y vino á ser maestro de humildad, quiso ejercitarla en todas las cosas, y escoger discípulos pobres y humildes, y acompañarse con ellos, porque siempre gustó Dios de tener su conversacion con los sencillos (*Prov.* III, 32) y humildes de corazon. Al contrario de los maestros soberbios del mundo que se precian de tener discípulos que sean muy nobles y de grandes partes naturales.

2. La segunda causa fue, porque deseaba Cristo nuestro Señor que sus discípulos fuesen muy humildes en el espíritu, y que no se atribuyesen á sí mismos los grandes dones que pensaba darles, ni las gloriosas obras que pretendia hacer por medio de ellos. Y por esto, como dice el apóstol san Pablo (I *Cor.* I, 26), no escogió letrados ni nobles ó poderosos, que suelen ser muy soberbios, sino idiotas, plebeyos y bien fundados en el conocimiento de su flaqueza, por la experiencia de lo poco que de sí tenian: *Ne gloretur omnis caro in conspectu ejus.* Para que ningun hombre, acordándose que de suyo es carne flaca, se gloríe vanamente en la presencia de Dios, atribuyéndose á sí mismo lo que no es suyo; y por aquí echará de

ver cuánto me importa fundarme en profunda humildad si quiero que Dios me escoja para cosas grandes de su servicio, acordándome de lo que Cristo nuestro Señor dijo á su eterno Padre (*Matth.* XI, 23) alabándole porque habia escondido los misterios de nuestra redencion á los sábios y prudentes del mundo, y reveládolos á los pequeñuelos. Ó Padre soberano, Señor de los cielos y de la tierra, yo te alabo y glorifico por la eleccion que haces de los humildes, para darles parte de tus misterios; hazme, Señor, pequeño en mis ojos, para que sea grande en los tuyos, tomándome por instrumento de tu omnipotencia para obrar cosas dignas de tu grandeza.

3. De aquí procede la tercera causa, que fue para que la conversion del mundo tan milagrosa no se atribuyese á fuerza humana, sino á virtud divina; porque no fuera posible que hombres tan pobres y despreciados persuadieran á un mundo tan soberbio y codicioso una fe tan nueva, una doctrina tan levantada, una ley tan pura y una vida tan rigurosa como la evangélica, si la omnipotencia de Dios no hiciera esta obra, y si la diestra del muy Alto no hiciera esta mudanza. Por la cual he de darle muchas gracias, reconociendo que esto mismo pasa en la conversion del mundo abreviado de mi alma; porque ninguna fuerza humana bastara á convertirme si la virtud de Dios no me ayudara, ni pudiera decir con David (*Psalm.* LXXVI, 11): Ahora comienzo nueva vida, si la diestra del Altísimo no me trocara.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Lo segundo, se ha de considerar la calidad de estos varones que escogió Cristo nuestro Señor cuanto á lo moral, esto es, cuanto á las virtudes ó vicios, buenas ó malas costumbres que tenian, ponderando el estado de donde los sacó, y los motivos que tuvo para ello. — Primeramente, ponderaré como la divina vocacion solamente tiene dos causas, es á saber, la infinita bondad de Dios y los merecimientos de Jesucristo nuestro Señor, por el cual, como dice san Pablo (II *Tim.* I, 9), nos escogió Dios y llamó con su santa vocacion, no por nuestras obras, sino por solo el propósito y beneplácito de su voluntad. Con todo eso, algunas veces atiende Nuestro Señor en estos llamamientos á algunas congruencias y disposiciones del hombre, en órden al fin para que le llama, para animarnos á que procuremos las mismas. Pero otras veces llama á los que no las tienen, para que entendamos que la vocacion es gracia suya, y no nos engriamos por tener aquellas buenas partes, ni desesperemos por estar sin ellas. Y por esta causa los Evangelistas, contando estas vocaciones, atribuyen su orígen á la vista amorosa de

Cristo, el cual puso sus ojos misericordiosos en estos que llamó, mas que en otros semejantes que pudiera llamar si quisiera. Todo esto se ha de ponderar en la vocacion de los Apóstoles, aplicando á mí mismo la parte que me tocare.

2. Lo primero, Cristo nuestro Señor sacó algunos discípulos de la escuela de san Juan Bautista, donde se habian criado en virtud, para honrar con esto la escuela de su Precursor, y para que entendamos que gusta echar mano de tales hombres, para cosas grandes de su servicio. De estos fue el primero de todos los discípulos que le siguieron san Andrés, en quien hubo dos maravillosas disposiciones que apunta el Evangelio. (*Ioan.* I, 40).—La una, que tenia gran deseo de su propia perfeccion y de seguir lo que era mejor; porque con haber estado dias en la escuela de san Juan, en oyéndole decir que Cristo era Cordero de Dios, luego dejó á su maestro y se fué tras Cristo, por seguir á otro maestro mejor, de quien pudiese aprender mayor perfeccion.—La otra, que tenia gran celo de que sus hermanos alcanzasen el mismo bien, llamándolos y convidándolos para que siguiesen lo que él seguia; y así en viendo á su hermano san Pedro le llevó á Cristo. (*Ioan.* I, 41). Estas dos propiedades le dispusieron en alguna manera para que Cristo nuestro Señor le llamase, porque eran maravillosas para el oficio de apóstol, cuyo fin es atender á la salvacion propia y de los prójimos.

3. Lo segundo, llamó Cristo nuestro Señor á otros, que eran virtuosos y bien inclinados y ejercitados en obras buenas, para honrar con esto la virtud y alentarnos á sus loables ejercicios. De estos fueron los cuatro pescadores que pescaban en el mar de Galilea, Pedro y Andrés, Diego y Juan, hijos del Zebedeo (*Matth.* IV, 18), en quien resplandecieron otras dos admirables propiedades.—Una fue aplicacion á su oficio trabajoso y humilde, huyendo la ociosidad y ganando la comida con el sudor de su rostro, y remendando por sus manos las redes que tenian.—La otra fue grande hermandad entre sí; porque no solamente eran hermanos segun la carne, sino segun el espíritu, con grande conformidad de voluntades en ayudarse uno á otro, y querer para el otro el bien que querian para sí. Estas dos propiedades eran tambien muy convenientes para el oficio de apóstol, que se funda en union de caridad, con deseo de trabajar por el bien de muchos. Y en todas cuatro he de procurar aventajarme, si deseo que Cristo nuestro Señor me tome por su discípulo y me ocupe en cosas grandes de su servicio.

4. Lo tercero, llamó á otros que eran grandes pecadores, mas

inclinados y muy asidos á las cosas de esta vida, sacándolos del golfo del mundo y del abismo de sus pecados, como á Mateo (*Matth.* IX, 9); y despues á Saulo, para mostrar en estos la eficacia de su gracia y la grandeza de su misericordia, y para que ningun pecador desespere ni desconfie de la misericordia divina, ni se tenga por excluido de ella, pues á todos abraza y á todos desea hacer bien. Ó Maestro soberano, infinitamente misericordioso, alábente los Ángeles por tales misericordias, pues no te desdeñas de tomar por discípulos á hombres tan bajos, ni de escoger por Apóstoles á tan abominables pecadores (*Psalm.* CXXXIV, 7; *Ierem.* LI, 16): tú levantas las nubes del extremo de la tierra, porque de hombres muy terrenos haces hombres celestiales; y de corazones fríos y secos haces predicadores fervientes y devotos, que como nubes vuelen por el mundo, y le rieguen con su doctrina y con el admirable ejemplo de su vida. Mírame, Señor, con ojos de misericordia, consume con tu vista todas mis aficiones terrenas, y levántame á desear las cosas celestiales, para que descubras la grandeza de tu misericordia en hombre lleno de tanta miseria. Ó alma mia, glorifica á tu Dios, que te llamó para su escuela, sin merecerlo, dejando á otros en el abismo del error y del pecado; ponte con la humildad en lo extremo de la tierra, para que el Sol de justicia te mire y te levante como nube á lo alto del cielo.

PUNTO TERCERO.— 1. El tercer punto será, considerar el modo maravilloso con que Cristo nuestro Señor llamó á estos Apóstoles, ponderando la suavidad, eficacia y palabras de este llamamiento; el cual fue muy diverso, porque á unos llamó disponiéndoles poco á poco, á otros á la primera vista; á unos con palabras acomodadas á su oficio, á otros con una sencilla palabra y con un imperio divino.—Primeramente, á san Andrés y á san Pedro fue disponiendo poco á poco, llamándolos, como dice san Agustin y otros doctores (Lib. II de consensu Evangelist., *c.* 17; *S. P. N. Ignat.*), tres veces.—La primera, para que le conociesen, admitiéndolos en su posada dos ó tres horas de la tarde, conversando con ellos como con otros muchos.—La segunda fue, para que oyesen su doctrina y tuviesen con él mayor familiaridad, como admitia á otros discípulos.—La tercera vez llamó, para que dejadas todas las cosas le siguiesen perpétuamente. (*Marc.* IV, 18; *D. Greg.* Lib. XXII Moral. *c.* 14). Esto trazó así Cristo nuestro Señor, para enseñarnos que los hombres de ley ordinaria suben por sus grados á la perfeccion, pasando por los tres estados, de principiantes, y de los que aprovechan, y de

los perfectos. Porque la semilla de la divina inspiracion, como el mismo Señor dijo, primero brota yerba, luego caña ó espiga crecida, y despues grano lleno en la espiga; esto es, primero nos mueve á obras menores; y si la obedecemos, luego nos mueve á crecer y subir á otras mayores; y perseverando en obedecerla, nos llena de obras perfectas. De donde sacaré cuánto me importa obedecer á cualquier inspiracion y llamamiento interior, aunque sea á obras pequeñas y á la oracion ordinaria; porque con esta obediencia me dispongo para que su Majestad se digne de llamarme á cosas mayores y á otra oracion mas levantada.

2. Lo segundo, á otros llamó Cristo nuestro Señor de golpe y á la primera vista, para mostrar la omnipotencia de su voluntad en llamar á los que quiere y arrancarlos en un momento de donde están atollados, trocando de repente sus corazones. De este modo llamó á los hijos del Zebedeo cuando estaban pescando con su padre y remendando sus redes, y á san Mateo cuando estaba sentado en su banco, cambiando y negociando con otros; y con estar atado con una cuerda de tres dobleces, dificultosísima de romper (*Eccles.* IV, 12); es á saber, su mala inclinacion, la posesion de muchas riquezas, y el oficio público de alcabalero, con la compañía y trato que tenia con los demás publicanos, con todo eso con una sencilla palabra le desató, y diciéndole: *Sígueme*, le arrancó de golpe la mala inclinacion habitual que tenia, y le hizo dejar las riquezas y el oficio y compañía, mostrando en esto la eficacia de su gracia y el poderío que tiene sobre la naturaleza.

3. En persona de estos varones he de considerarme á mí mismo, enredado y enlazado en las redes y lazos de mis pasiones y aficiones desordenadas, y de los negocios y cuidados de este siglo, tan flaco, que no puedo por mis fuerzas desenredarme, y tan rendido, que ni lo quiero ni lo deseo; antes gusto de estar así enredado, y como dice un profeta (*Habac.* I, 16), sacrifico á mis mismas redes, adorando como á ídolos estas aficiones, y las cosas terrenas y deleitables que me cercan con ellas; pero la misericordia de Jesucristo nuestro Señor es tan grande y tan poderosa, que con sola una palabra puede hacer que guste dejarlas, y darme fuerzas para desenredarme de ellas. Ó Dios omnipotente (*Psalm.* CXV, 16), rompe con presteza mis ataduras, para que nunca mas sacrifique á estas redes, sino á tí, sacrificio de alabanza, é invoque tu santo nombre. (*Hech.* II, 23). Ó alma mía, no desconfíes de verte suelta y trocada, porque fácil es en los ojos del Señor de repente enriquec-

cer al pobre (*Prov.* XX, 8), deshaciendo con una vista toda su miseria.

4. Lo tercero, ponderaré como Cristo nuestro Señor llamó con imperio á Mateo y á otros, diciendo que le siguiesen, sin darles otra razon, aunque interiormente les descubria lo mucho que les importaba seguirle; pero á los cuatro pescadores con suavidad dijo: *Venid en pos de mí, y haréos pescadores de hombres*, aficionándoles con esta promesa á que le siguiesen. Como si dijera: No os quitaré vuestra inclinacion ni vuestro oficio, sino mejorarlehe, trocándole en otro mas perfecto, porque os haré pescadores, no de peces, sino de almas que pescaréis para el cielo con la red de vuestra predicacion. Por donde se ve que Nuestro Señor gusta de acomodar su gracia á lo bueno que tiene la naturaleza, perfeccionándola en ello, para que caminando las dos en conformidad, alcancen su fin con mas suavidad. Y así la gracia de la vocacion, propia del cristiano ó religioso, ayuda á quitar de la naturaleza las malas inclinaciones, como las de Mateo, y á perfeccionar las buenas, como las de estos pescadores, cuyo llamamiento aplicaré á mí mismo, imaginando que Cristo nuestro Señor me dice al corazon: Deja las redes con que pescas los deleites y bienes de esta vida, y vente tras mí siguiendo mis consejos, y yo te haré pescador de otros deleites y bienes celestiales; y tambien te haré pescador de hombres, que ganarás para el cielo con tu palabra y ejemplo.—De lo dicho concluyo, que el fin de la vocacion apostólica abraza dos partes; es á saber, ir tras Cristo, imitando perfectamente sus virtudes, y sacar del mar de este mundo almas que le sigan. Y esto segundo se ha de fundar en lo primero, porque seria gran locura sacar yo á otros del mar y anegarme dentro de él, por no seguir á Cristo, siendo causa de que otros le sigan.

PUNTO CUARTO.—1. Lo cuarto, se ha de considerar la excelente obediencia que tuvieron los Apóstoles á su llamamiento; porque, como dicen los Evangelistas (*Matth.* IV, 19; *Marc.* I, 18; *Luc.* V, 11), estando Pedro y Andrés tendiendo las redes en el mar, y los hijos del Zebedeo en el navío con su padre remendándolas, y Mateo actualmente ocupado en su oficio de alcabalero, en llamándoles Cristo, *continuo, et statim*, al punto lo dejaron todo por seguirle.—*Tres grados de perfecta humildad.*—En esta obediencia descubrieron las tres excelentes perfecciones que tiene esta virtud.—La primera perfeccion fue del entendimiento y juicio, cautivándole en servicio de Cristo, y rindiéndole á su ordenacion, sin replicar ni alegar las razones que tenian para dejar ó dilatar el cumplimiento de ella. San Pedro pudiera decir, que tenia obligacion de sustentar su hija y fa-

milia, y disponer sus cosas. San Juan y Santiago, que tenian padre y madre ancianos y necesitados de su ayuda. San Mateo, que tenia trabadas cuentas con muchos, y expuesto mucho dinero á negociacion, y que parecia necesario disponer primero de todo. Nada de esto alegaron, sino rindieron su juicio al mandamiento de Cristo, y arrojándose confiadamente en la divina Providencia, le obedecieron con obediencia ciega, pero no necia, sino muy cuerda; porque la ilustracion interior y la fuerza de la divina gracia, y la divinidad que resplandecia en el rostro y palabras de Cristo nuestro Señor, les convenció á que se rindiesen.

2. La segunda perfeccion fue de la voluntad, la cual sujetaron prontísimamente á la de Cristo, descarnándose del amor que tenian á mujer, hijos, padres y deudos y á su hacienda; y aunque era poca, pero como dice san Gregorio (Hom. 5 in Evang.), dejaron muchísima, en cuanto dejaron la voluntad y deseo de tener otra cosa que á Cristo; y si todo el mundo fuera suyo, con la misma voluntad le dejaran todo por seguirle. Y á esta causa dijo san Pedro á Cristo nuestro Señor (*Matth.* XIX, 27): *Ecce nos reliquimus omnia.* No dice, dejamos todas las cosas que teníamos, sino absolutamente todas las cosas, para significar que dejaron todas las que tenian y podian tener; esto es, padres, hermanos, deudos, amigos, mujer, hijos, y cualesquier riquezas y derecho á ellas; y finalmente á sí mismos, y su propia libertad y voluntad; y si fuese menester la honra y vida, renunciándolo todo por seguir á Cristo.

3. La tercera perfeccion (*Chrysost.* Hom. 14 in Matth.) fue de la ejecucion, la cual fue presta, puntual y alegre, sin dilacion, ni por un instante, y sin repugnancia ó tristeza; y con tener presentes las cosas que amaban ó estimaban, padres, redes y dineros, luego lo dejaron todo, como si huyeran de una serpiente. Los que tenian las redes tendidas en el mar, al punto las soltaron. Los que las estaban remendando, no dieron mas puntada; y el que tenia los libros abiertos y el dinero sobre las mesas, lo dejó como se estaba, con tanto gusto, que hizo un convite á Cristo y á sus discípulos y á otros publicanos en señal de alegría. ¡Oh milagros de la omnipotencia de Dios! oh mudanza de la diestra del muy Alto! (*Psalm.* LXXVI, 11). Ó Sol de justicia, que abrasas tres veces los montes con rayos de fuego (*Eccli.* XLIII, 4), cegando los ojos con tu resplandor, concédeme una obediencia ciega, fervorosa y diligente, como la diste á estos montes apostólicos, para que obedeciéndote como ellos, llegue á reinar con ellos por todos los siglos. Amen.

PUNTO QUINTO. — 1. Lo quinto, consideraré cuán grandes favores hizo Cristo nuestro Señor á los Apóstoles, por esta obediencia.—Lo primero, levantólos á la mayor dignidad de cuantas instituyó en su Iglesia, que es la del apostolado (*Marc.* III, 14), haciéndolos sus legados y embajadores, para que con sus veces y autoridad fuesen á predicar por el mundo su ley evangélica.—Lo segundo, escogiólos, como dice san Marcos: *Ut essent cum illo*, para que anduviesen siempre con él, teniendo con ellos muy estrecha familiaridad, y dándoles parte de todos sus secretos, y así les dijo (*Ioan.* XV, 15): *No os llamaré siervos, sino amigos, porque todas las cosas que oí á mi Padre, las he manifestado á vosotros.*—Lo tercero, comunicóles mayores gracias y dones, que á todos los santos del Testamento viejo y nuevo, que despues de ellos sucedieron, así en género de santidad como de sabiduría, con la potestad de hacer milagros, y las demás gracias que llaman gratis datas: por lo cual dice san Pablo (*Rom.* VIII, 23), que tuvieron las primicias del espíritu, y que son la gloria de Cristo. (II *Cor.* VIII, 23).

2. Lo cuarto, prometióles que el dia del juicio se sentarian con él en doce tronos para juzgar las doce tribus de Israel, por haberle obedecido en dejar por él todas las cosas, y en esta vida les dió cien veces mas de lo que dejaron. (*Matth.* XIX, 28). Y si es verdad, como dijimos, que con la voluntad eficaz dejaron todas las riquezas, honras y regalos que podian desear, lo que les dió valia cien mil veces mas que todo esto, porque les dió tales gracias, dones y consuelos espirituales, que excedian incomparablemente á todo cuanto dejaron; y para que nos animásemos á hacer otro tanto como los Apóstoles, nos prometió lo mismo que á ellos, como en su lugar verémos. Ó Redentor mio, pues con tanta liberalidad premiais la obediencia á vuestro llamamiento, justo es que yo os siga en esta vida, para que llegue á estar donde Vos estais gozando de vuestra gloria. Amen.

MEDITACION VII.

DE LA VOCACION GENERAL CON QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR LLAMA Á TODOS LOS HOMBRES PARA QUE SE NIEGUEN Á SÍ MISMOS, TOMEN SU CRUZ Y LE SIGAN.

—Porque Cristo nuestro Señor vino al mundo, como dice san Juan (I *Ioan.* III, 8), para deshacer las obras del demonio, pondrémos primero en esta meditacion el llamamiento que hace el demo-

nio, convocando gente para que le siga contra la cruz de Cristo nuestro Señor, y luego el llamamiento del mismo Cristo, para que comparando uno con otro veamos á quién es razon oir y seguir. Esta meditacion y la siguiente darán mucha luz para hacer con acierto eleccion del estado que mas nos conviene para nuestra salvacion.—

PUNTO PRIMERO. — 1. Lo primero, se ha de considerar á Lucifer (*Ioan.* XIV, 30; *ex S. P. Ignatio*, in hebd. 2, 1 die), príncipe de este mundo, sentado en un trono de fuego, lleno de humo, con una figura horrible y un rostro espantable, rodeado de innumerables demonios, príncipes de estas tinieblas, los cuales se conciertan de hacer guerra á Cristo nuestro Señor, y levantar bandera contra la bandera de su cruz. Para lo cual arman lazos de tentaciones á los hombres, induciéndoles á los tres vicios que llama san Juan (I *Ioan.* II, 16), concupiscencia de carne, codicia de ojos y soberbia de la vida. Primero les convidan á los regalos de la carne, de donde nacen los vicios de gula y lujuria; luego á la codicia de hacienda y honra, de donde proceden los vicios de la avaricia y ambicion; despues á la soberbia de la vida, que es apetito de su propia excelencia, con presuncion de sí mismos y de su propio parecer; y llámase soberbia de la vida, porque es soberbia grande, viva y bulliciosa, que siempre vive y crece (*Psalm.* LXXIII, 23), y brota los demás vicios y pecados del mundo.

2. Luego ponderaré la rabia (I *Petr.* V, 8; *D. Aug.* Praefat. in Psalm. XCVI; *Apoc.* XII, 9) con que los demonios andan rodeando todo el mundo, sin dejar rincon alguno, buscando á quien tragar, ya como leones con fuerza y violencia de persecuciones; ya como dragones con astucia de razones aparentes, para engañar á los hombres y traerlos á su servicio.—El estrago que hacen es grandísimo, porque se les llegan innumerables hombres; unos se rinden á la codicia de regalos; otros á la codicia de riquezas y honras mundanas, y otros á la soberbia y altivez de la vida; y finalmente asientan debajo de su bandera todos los que son enemigos de la cruz de Cristo; los cuales, como dice san Pablo (*Philip.* III, 18), llorando su miseria, tienen por Dios al vientre y á la gloria mundana para confusion suya, porque su fin es la muerte eterna.—Con esta consideracion, imitando al mismo Apóstol, me compadeceré con lágrimas de que haya tantos que sigan el bando del demonio, admirándome de que muchos sean tan locos, que quieran seguirle, creyendo que el premio de su servicio ha de ser el infierno. Y haciendo re-

flexion sobre mi vida pasada ó presente, lloraré haber estado algun tiempo en este engaño, suplicando á Nuestro Señor me libre de él para siempre. Amen.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Lo segundo, consideraré á Cristo nuestro Señor sentado en un lugar humilde, con un rostro apacible y amoroso, rodeado de sus discípulos y de otra mucha gente, diciéndoles á todos: *Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam, et sequatur me:* si alguno quiere venir tras mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígame. En las cuales palabras, al contrario del príncipe de este mundo, llama y convida á los hombres á tres cosas. – Lo primero, á negarse á sí mismo, mortificando las tres codicias del mundo, y los vicios que de ellas proceden; esto es, á que nieguen y mortifiquen el amor de regalos sensuales, y la codicia de hacienda y honra vana, y la soberbia interior, mortificando su propio juicio y propia voluntad, toda presuncion y apetito de excelencia.

2. Lo segundo, les llama para que lleven su cruz, ofreciéndose á lo contrario de las tres codicias del mundo; conviene á saber, á sufrir trabajos y dolores, pobrezas y desprecios, y toda suerte de humillacion y sujecion; porque la cruz espiritual de Cristo está compuesta de estas tres piezas, pobreza, desprecio y dolor, aunque en cada una se encierran muchas diferencias de trabajos que la acompañan; y esta cruz quiere que todos la lleven cada dia, tomando la parte que cada dia les cupiere, con perseverancia hasta la muerte. – Lo tercero, les llama para que le sigan, imitando sus virtudes y los ejemplos que les da en la abnegación y en llevar su propia cruz, porque está resuelto de no admitir en su escuela ni en su compañía á los que no se resolvieren de abrazarla y asentar debajo de esta bandera; y así dice (*Luc.* XIV, 27), que quien no toma su cruz y me sigue, no puede ser mi discípulo, ni es digno de estar conmigo.

3. Luego ponderaré cuán puesta está en razon esta vocacion; porque si yo soy malo y desde mi nacimiento inclinado á vicios y pecados, justo es que me niegue á mí mismo, y que mortifique todas mis malas inclinaciones, para librarme de los males que nacen de ellas. Y si los regalos, riquezas, honras y excelencias mundanas son cebo de todas las maldades, razon es quitar el amor desordenado de ellas para preservarme de tantas miserias. Y si es fuerza que en esta vida mortal me sucedan muchos trabajos, fatigas, dolores y tribulaciones, ¿qué cosa puede ser mas cuerda, que hacer de

necesidad virtud, y abrazar mi cruz de buena gana, mereciendo la vida eterna con ella? Y si Jesucristo nuestro Señor vino del cielo á llevar su cruz y abrazarse con dolores, pobrezas y desprecios, ¿qué mucho le siga yo, haciendo lo que hace mi Capitan, mi Rey y mi Dios? Ó Capitan soberano, pues me llamas para que me niegue, ven tú á pelear conmigo contra mí, porque mas fuerte ha de ser que yo quien ha de vencerme á mí. Y pues quieres que lleve cada dia mi cruz, dame cada dia tu gracia para que no caiga ni desfallezca oprimido de ella.

PUNTO TERCERO. — 1. Lo tercero, se ha de considerar tres eficacísimas razones que trae Cristo nuestro Señor para persuadirnos esta vocacion. — La primera es: *Quien quisiere salvar su alma, perderla ha; y quien la perdiere por mí, hallarla ha.* Que fue decir: Vuestra salvacion y vuestra vida eterna está en negaros, y llevar la cruz, y seguirme hasta perder la vida temporal por esta causa si fuere menester, como yo la perdí; y quien la perdiere de esta manera, no la perderá del todo, porque yo se la volveré mejorada y eterna. Y al mismo modo puedo imaginar que me dice Cristo nuestro Señor: Quien por mí perdiere su hacienda, honra, regalo, amigos y cualquier bien temporal, despues lo hallará; y al contrario, quien lo quisiere ganar ó conservar contra mi voluntad, él lo perderá, y con ello su alma para siempre.

2. La segunda es: *¿De qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si su alma padece detrimento? Ó ¿qué trueque puede hacer el hombre por su alma?* Como quien dice: Si seguís la sugestion del demonio y no mi vocacion, habeis de perder para siempre el alma; pues ¿de qué os aprovechará haber alcanzado todos los regalos, riquezas, honras y excelencias del mundo, si al fin vuestra alma se condena? Preguntadlo á los mismos condenados que están ardiendo en el infierno, y os dirán (*Sap.* v, 8): ¿De qué nos aprovechó la soberbia? y la jactancia de las riquezas, ¿qué bien nos hizo? Los regalos, las honras, las dignidades y todos los bienes de la tierra, ¿qué provecho nos han traido? Todo pasó como sombra, y ahora por nuestra maldad estamos en perpétuo tormento.

3. La tercera razon es (*Matth.* xvi, 27): *Porque el Hijo del hombre vendrá en la gloria de su Padre con sus Ángeles, y dará á cada uno segun sus obras;* que es decir: Yo tengo de venir á juzgar el mundo con el estandarte y bandera de mi cruz; y á los que no quisieron llevarla conmigo, condenaré al fuego eterno con los demonios, cuyo bando siguieron; pero á los que oyeron mi vocacion y abraza-

ron mi cruz, llevaré conmigo á la gloria de mi Padre. Ponderando estas tres razones, haré comparacion de estos dos llamamientos, del que hace Lucifer, al que hace Cristo nuestro Señor; del fin tan desastrado de los que siguen el uno, al fin tan dichoso de los que siguen el otro; y pues no es posible, como dijo el Redentor (*Matth.* VI, 24), servir juntamente á dos señores, y no podemos servir á Dios y á las riquezas, á Cristo y á las honras vanas, ni es posible asentar debajo de las banderas de dos capitanes tan contrarios, procuraré cerrar mis oidos á la sugestion de Lucifer y abrirlos á la vocacion de Cristo, negándome á mí mismo, abrazando mi cruz y siguiendo á mi soberano Capitan debajo de su bandera. Para lo cual me ayudará á considerar, cuando llegue la hora de mi muerte, y cuando me vea presentado á juicio ante el tribunal de Cristo, ¿á quién querria haber seguido? qué querria haber escogido? ¿Riquezas ó pobreza, honras ó desprecios, regalos ó aflicciones, cumplimiento de mi propia voluntad ó abnegacion de ella y de mí mismo? Y escogeré ahora lo que entonces querria haber escogido.

4. Y por no remitir solamente á la muerte y juicio el acierto de esta buena eleccion, añado, que el llamamiento del demonio, aunque á prima faz promete deleites, honras, riquezas, libertad y descanso, pero todo esto viene mezclado con tantas amarguras, que verdaderamente es trabajosísimo (*Sap.* V, 7): y hasta los mismos condenados confiesan que vivieron cansados en el camino de la maldad y que anduvieron por caminos muy ásperos y dificultosos. Pero al contrario el llamamiento de Cristo, aunque es de abnegacion, pero viene trazada por la divina Providencia, y ajustada á las fuerzas de cada uno, y mezclada con tantas dulzuras y gracias celestiales, que verdaderamente es suavísima en esta vida, de modo, que los que han seguido el bando del demonio hallan grande alivio en seguir el de Cristo, y así les dice el mismo Señor (*Matth.* XI, 28): *Venid á mí todos los que trabajais y estais cargados, que yo os recrearé; tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí que soy blando y humilde de corazon, y hallareis descanso para vuestras almas, porque mi yugo es suave y mi carga ligera;* que es decir: Aunque mi yugo es abnegacion, es suave; y aunque mi carga es cruz, es ligera, con tal que seais mansos y humildes como yo, porque yo doy á los humildes mi gracia, con la cual es ligero todo lo que de suyo es pesado y amargo. (*Jacob.* IV, 6). Ó dulcísimo Maestro, sobre cuyos hombros carga mi cruz y la de todos los mortales, concédeme que oiga tu llamamiento, abrazando los trabajos de la cruz, dejando á tu

providencia los alivios para llevarla, para que escogiendo en la vida lo que querria haber escogido en la muerte, reciba en tu juicio la corona de la gloria. Amen.

MEDITACION VIII.

DE LA RESIGNACION NECESARIA PARA OIR LA VOCACION DE CRISTO, Y RENUNCIAR TODAS LAS COSAS PARA SER SU DISCÍPULO.

—Como Cristo nuestro Señor nunca cesa de llamar á los hombres para que le sigan, pondré en esta meditacion la disposicion mas conveniente que debemos procurar (*Ex S. P. Ignàt.* ubi sup.), para que su santa vocacion halle entrada en nosotros, y por ella alcancemos la vida eterna. Esta declaró el mismo Señor en aquella memorable sentencia que dijo por san Lucas (*Luc.* XIV, 33): *Cualquiera de vosotros que no renuncia las cosas que posee, no puede ser mi discípulo.* En las cuales palabras no manda á todos que renuncien todas las cosas, dejándolas con efecto, sino con el corazon, quitando las aficiones desordenadas de ellas, y estando aparejados á dejarlas cuando fueren impedimento de su salvacion, ó cuando el mismo Señor con especial vocacion les inspirare que las dejen, por serles medio muy mas conveniente y seguro para que se salven; y debajo de todas las cosas se comprende hacienda, honra, dignidad y oficio preeminente. Á mas, padres, hermanos, hijos, amigos y conocidos, y cualesquier personas ó cosas de la tierra, cuyo amor desordenado puede impedirnos seguir á Cristo, y ser sus discípulos. Presupuesto esto, pondrémos tres suertes de hombres que desean el fin de su salvacion, y querrian disponerse para alcanzarle, siguiendo á Cristo, para que veamos cuál de ellos acierta, y con cuál nos hemos de conformar. —

Punto primero. — La primera suerte es, de aquellos que desean alcanzar el fin de su salvacion, sin aplicar medios para ello, por la grande dificultad que sienten en ellos; querrian seguir á Cristo, pero no renunciar todas las cosas; y si desean renunciarlas y quitar sus aficiones desordenadas, no toman medios eficaces para quitarlas, como el enfermo que desea sanar, mas no querria sangrías, ni purgas, ni otras medicinas necesarias para su salud, por el dolor y amargura que siente en tomarlas. Estos tienen disposicion totalmente contraria á la divina vocacion, y al mandato de renunciar todas las cosas, y nunca alcanzarán salud espiritual ni la vida eter-

na, porque esta no se alcanza con solos deseos, si faltan obras; y aunque parece que quieren salvarse y sanar, pero de verdad no quieren. Y por esto dijo el Espíritu Santo (*Prov.* XIII, 4; *D. Hier.*): *Vult, et non vult piger*. El perezoso quiere y no quiere; quiere el fin, pero no quiere los medios; quiere ir donde está Cristo, pero no quiere ir tras Cristo; quiere la virtud en cuanto buena, y no la quiere en cuanto dificultosa, y así la deja. Tambien haré reflexion sobre mí mismo, para ver si tengo este mismo engaño en la pretension de algunas virtudes; porque algunas veces digo que deseo alcanzar la humildad y vencer la soberbia; pero no quiero humillarme, ni que me humillen; y digo que deseo tener paciencia y vencer la ira, pero no querria sufrir, y así me quedo siempre soberbio é impaciente; porque la mortificacion de las pasiones es medio necesario para vencer los vicios, y los ejercicios de las virtudes son necesarios para ganarlas.

PUNTO SEGUNDO.— 1. La segunda suerte es, de otros hombres que desean el fin de su salvacion y aplicar medios para alcanzarle, pero medios trazados por su propio juicio y voluntad, y no por la de Dios. Quieren seguir á Cristo y renunciar la aficion desordenada de sus cosas; pero afierran en que ha de ser con condicion de quedarse con ellas; y aunque les sean ocasion de pecar, y aunque Dios les llame interiormente para que las dejen, no quieren y se entristecen; como el otro mancebo rico, á quien dijo Cristo nuestro Señor (*Matth.* XIX, 21): Si quieres ser perfecto, vende cuanto tienes. Estos son como los enfermos que quieren sanar y aplicar medicinas; pero no las que el médico escogiere, sino las que ellos señalaren conformes á su gusto, queriendo torcer la voluntad del médico, para que las apruebe. Así estos quieren traer la voluntad de Dios á la suya, y no llevar la suya á la de Dios; y por consiguiente tienen disposicion repugnante á la divina vocacion de renunciar todas las cosas, y con riesgo de condenarse; porque quizá Nuestro Señor sabe que su cura está en dejar las cosas que poseen, para quitar las aficiones desordenadas y muchos pecados que proceden de ellas. Y generalmente debo creer que el remedio de mis enfermedades espirituales no está en los medios que yo escojo con mi juicio ciego, sino con los que ordenare Dios, que es médico de mi alma; al modo que Naaman leproso, aunque deseaba mucho sanar de su lepra, no queria aplicar el medio que le señaló el profeta Eliseo (IV *Reg.* V, 10), que era bañarse siete veces en el rio Jordan, sino el medio fácil que inventó su propio juicio, que era tocándole el Pro-

feta con su mano. Pero con efecto nunca sanara, si no mudara parecer y se resignara en la voluntad del Profeta, porque Dios habia determinado sanarle, no por el medio que él escogia, sino por otro que mas le convenia.

2. Tambien haré reflexion sobre mí mismo en otras cosas particulares de mi vida, para ver si tengo este engaño; porque si me confieso, es yerro no querer seguir los medios de mi cura, que el confesor prudente señala, sino los que á mí se me antojan. Y si soy religioso, es gran engaño pretender la perfeccion de mi estado por los medios que yo escojo por mi juicio propio, queriendo traer la voluntad de los prelados á que quieran lo que yo quiero, y no inclinar la mia á que quiera lo que ellos quieren; y así me dirá Cristo nuestro Señor lo que dijo á san Pedro (*Matth.* XVI, 23) en otro caso semejante: *Vade post me Satana:* adversario, vente tras mí, porque no tengo de hacer yo lo que tú quieres, sino tú lo que yo quiero: no ha de seguir el maestro al discípulo, sino el discípulo al maestro, ni el súbdito ha de gobernar al superior, sino el superior al súbdito. Ó Maestro soberano, pues eres camino, verdad y vida, no permitas que yo vaya por otro camino que el tuyo, ni siga otra verdad que la tuya, ni viva otra vida que la que tú vivias, caminando tras tí que bajaste del cielo, no á cumplir tu voluntad, sino la de tu Padre, por el camino que él te señaló.

PUNTO TERCERO. — 1. De aquí es, que la tercera suerte de hombres mas dichosa es, de aquellos que desean alcanzar el fin de su salvacion, y la victoria de sus aficiones desordenadas, y la perfeccion de las virtudes por los medios que Dios quisiere, resignándose totalmente en su voluntad, estando aparejados para retener ó dejar todas las cosas que poseen con igualdad de ánimo, segun que fuere mas conveniente para honra y gloria de Dios nuestro Señor, y salvacion de sus almas; como los enfermos que desean sanar, y se arrojan en las manos del médico con determinacion de tomar los remedios que él juzgare ser mas convenientes para su salud, sin inclinarse de su parte mas á uno que á otro.

2. Estos tienen admirable disposicion para oir la divina vocacion y recibir sus ilustraciones é inspiraciones, confiando siempre en la providencia de nuestro gran Dios y Señor; el cual, como dice el profeta Isaías (*c.* XLVIII, 17), nos enseña las cosas provechosas y convenientes, y nos gobierna en este camino del cielo por sí mismo y por medio de sus ministros; y los que se dejan gobernar de él, aceptando todos los medios que inspira y manda, alcanzarán un rio

de paz y un mar de santidad, y llegarán con seguridad al puerto de su salvacion y perfeccion; porque la divina Providencia llama á cada uno para el estado y modo de vida que mas le conviene, como se verá en la parte VI, en la meditacion XLVI. — Conforme á esto, comparando entre sí estas tres suertes de hombres, y viendo los daños y engaños de los primeros y segundos, debo escoger la suerte de estos terceros; y puesto en la presencia de Dios nuestro Señor, le diré muy de corazon, como otro Saulo recien convertido (*Act.* IX, 6): *Domine, quid me vis facere?* Señor, ¿qué quereis que haga? Ves aquí á tu siervo deseoso de servirte y seguirte, pero estoy muy enfermo con mis desordenadas aficiones; en tus manos me pongo, haz de mí lo que quisieres; dispuesto estoy á cumplir tu voluntad, inspírame y enséñame los medios mas convenientes para la salud de mi alma, que yo me ofrezco con tu divina gracia á ejecutarlos, ora sea reteniendo las cosas que poseo, ora dejándolas todas por tu amor.

3. Algunos hay que quieren pasar mas adelante, y por imitar mas perfectamente á Cristo nuestro Señor, se inclinan y desean, cuanto es de su parte, ser pobres, despreciados y afligidos como él lo fue, antes que ser ricos, honrados y consolados, como otros justos lo han sido, aunque conservan siempre la indiferencia para tomar ó dejar todo esto, segun que Dios lo quisiere; porque no á todos quiere su Majestad hacer esta gracia de llamarlos, para que le sigan con actual pobreza voluntaria en vida religiosa, ó para que padezcan injurias y trabajos por su amor. Esta disposicion deberia procurar con todas mis fuerzas, á imitacion del Apóstol que decia (*Galat.* VI, 14): Guárdeme Dios de gloriarme en otra cosa que en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo; porque yo aborrezco y desprecio al mundo, y el mundo tambien con efecto me aborrece y desprecia, tratándome como á un crucificado, que de todos es tenido por infame y desdichado. Ó Dios eterno, concédeme tal disposicion por tu misericordia, para que sea digno de que me llames á hacer y padecer cosas grandes de tu gloria. Amen.

MEDITACION IX.

DEL PRIMER MILAGRO QUE HIZO CRISTO NUESTRO SEÑOR EN LAS BODAS DE CANÁ DE GALILEA.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Hubo unas bodas en Caná de Galilea, en las cuales se halló la Madre de Jesús, y él fue convidado con sus discípulos; y como faltase el vino, díjole su Madre: No tienen vino.* (*Ioan.* II, 1; *D. Thom.* 3 *p. q.* 43, *art.* 3). — Lo primero, se ha de ponderar la benignidad y caridad de Cristo nuestro Señor en aceptar este convite, por tener ocasion de hacer bien á otros y sacar alguna ganancia espiritual para sus discípulos. Y juntamente miraré la pureza, modestia y gravedad con que estaba en la mesa en medio de aquellos regocijos, enseñándonos con su ejemplo que el varon espiritual en todo lugar ha de serlo, sin derramarse á cosa profana, cumpliendo lo que dice David (*Psalm.* LXVII, 4): Los justos coman en banquetes, y regocíjense en la presencia del Señor, porque de esta manera no harán cosa indigna de la santidad que profesan, ni del Señor en cuya presencia están.

2. Lo segundo, ponderaré la compasion y solicitud de la Vírgen nuestra Señora, pues en viendo la falta del vino, se compadeció de la afrenta y trabajo que allí se padecia. Y de su propio motivo, sin que ninguno se lo pidiese, se movió á procurar el remedio de esta necesidad por medio de su Hijo, mostrando en esto el agradecimiento y amor que tenia á los que la convidaron; y lo mismo hace ahora por sus devotos, compadeciéndose de sus necesidades, aun cuando se olvidan ó descuidan de pedirla remedio de ellas; porque como dice san Agustin (Serm. 4 de Nativ.): Cuanto la Vírgen es mejor que todos los Santos, tanto es mas solícita de nuestro bien que todos ellos. Ó Vírgen soberana, ¿cómo no seré yo solícito en servirte, pues tan solícita eres en remediarme? Si tanto cuidado tienes en agradecer cualquier pequeño servicio, razon es que le tenga yo de glorificarte por las mercedes que me haces, con esperanza de que siempre me harás otras mayores.

3. Lo tercero, ponderaré la confianza tan amorosa y resignada con que hizo la Vírgen aquella brevísima peticion: *Vinum non habent;* no tienen vino, como quien estaba certificada de las entrañas de piedad de su Hijo, que bastaba ponerle delante la necesidad presente, para que quisiese remediarla si convenia, pues no le faltaba

amor ni poder para ello. Ó Vírgen gloriosa, mirad la falta que tengo del vino de la fervorosa caridad y devocion; y pues tanta compasion teneis por la falta del vino corporal, mayor la tendréis por la falta del vino espiritual. Y pues pedísteis remedio para aquella, pedidle tambien para esta otra, diciendo por mí á vuestro Hijo benditísimo: Hijo, este mi siervo no tiene vino de amor divino, dádsele con abundancia, para que os sirva con fervor. Á imitacion de la Vírgen he de ejercitar este modo de orár, que con su ejemplo me enseña, representando á Nuestro Señor mis necesidades y faltas con grande amor, confianza y resignacion, fiándome de su liberalidad y misericordia, que me dará el remedio cuando mas me convenga. Y así en lugar de aquella palabra vino, puedo poner otras semejantes, diciendo á Nuestro Señor: Padre mio, no tengo fervor; Dios mio, no tengo humildad, no tengo paciencia ni obediencia; mirad mi miseria y compadeceos de ella.

— De este modo de orar se dirá mas largamente en la meditacion de la resurreccion de Lázaro. —

Punto segundo. — 1. Á esta demanda respondió Cristo nuestro Señor: *¿Qué tienes que ver conmigo, mujer? No ha llegado mi hora.* Cerca de esta respuesta, al parecer tan desabrida y seca, ponderaré las causas misteriosas de ella. — La primera fue, para descubrir que era mas que hombre y que tambien era Dios, cuyo es propio hacer la obra milagrosa que se le pedia, en la cual habia de seguir su traza y el tiempo y hora que en cuanto Dios tenia señalada, sin mudarla ni anticiparla por respetos de carne y sangre; enseñándonos en esto, que no hemos de afligirnos ni congojarnos demasiadamente con nuestras necesidades, queriendo anticipar la hora que Dios nuestro Señor tiene determinada para su remedio, ni señalarle tiempo para ello, como los de Betulia, á los cuales por esta causa con mucha razon reprendió Judit (*Judith*, VIII, 11); sinó haciendo de mi parte cuanto fuere posible, he de arrojarme en su divina providencia, para que él me remedie en su hora, que será para mí la mejor y mas conveniente. Ó Salvador dulcísimo, pues teneis señalada la hora de los trabajos y la de los milagros, seguid vuestra divina traza en hora buena, porque mi voluntad está resignada para seguir y obedecer siempre la vuestra, sin apartarme una hora ni un momento de ella.

2. La segunda causa fue, para enseñarnos cuán descarnado y apartado estaba de todo carnal amor de parientes. Por lo cual, conformando sus palabras con los afectos del corazon, no se halla escri-

to que haya llamado á la santísima Vírgen con esta tierna palabra de madre, sino de mujer, como se ve en este lugar y en la cruz, cuando la encomendó al amado discípulo. (*Ioan.* XIX, 26). Y diciéndole otra vez algunos de los que le oian el sermon, que su Madre y hermanos le buscaban, respondió con gran despego (*Matth.* XII, 48; *S. P. Ignat.* in exam. *c.* 4, *lit. C.*): ¿Quién es mi madre y mis hermanos? El que hiciere la voluntad de mi Padre celestial, ese es mi hermano y hermana y mi madre. De donde aprenderé á descarnarme y desasirme de las criaturas, y no tomar en la boca el nombre de madre, ni de hermano, si me ha de llevar tras sí el corazon, procurando estimar sobre todas las cosas el cumplimiento de la divina voluntad; pues por esto dijo Moisés (*Deut.* XXXIII, 9): Quien dice á su padre y madre, no os conozco; y á sus hermanos, no sé quién sois, estos guardan tus mandamientos, y cumplen tu santa ley.

3. La tercera causa fue, para ejercitar á la Vírgen santísima, y darla ocasion de mostrar sus excelentes virtudes, especialmente su grande paciencia, humildad y confianza; porque con respuesta tan seca, ni se turbó, ni quejó, ni respondió palabra alguna, ni se tuvo por injuriada, y lo que mas admira, no perdió la esperanza de ser oida, como luego se verá, con cuyo ejemplo he de animarme á tener paciencia, y no perder la confianza cuando Dios no oyere mis peticiones ó dilatare el oirme, ó cuando los hombres me dieren respuestas desabridas, acordándome de lo que dice el profeta Isaías (*c.* XXX, 15): En el sufrimiento, silencio y esperanza está nuestra fortaleza, porque por tales medios alcanzamos de Dios lo que pretendemos.

PUNTO TERCERO. — 1. *Entonces la Vírgen dijo á los que servian á la mesa: Quodcumque dixerit vobis facite: cuanto os dijere mi Hijo, hacedlo.* En las cuales palabras se ha de ponderar la excelencia de este soberano consejo, el fin por que le dió, las palabras de que usó, y las virtudes heróicas que en todo esto descubrió. — Lo primero, mostró heróica confianza, porque cuando su Hijo la dijera expresamente: Yo haré lo que me pedís, no pudiera ella decir otra cosa de la que dijo. — Lo segundo, tuvo grande luz para conocer el corazon de Cristo nuestro Señor y sus intentos; porque puesto caso que pudiera remediar aquella necesidad criando nuevo vino ó multiplicando lo poco que habia, sin decir nada á los ministros que servian á la mesa, con todo eso entendió la Vírgen que su Hijo les habia de mandar algo: porque la condicion de Dios es querer que los hom-

bres hagamos algo de nuestra parte para el remedio de nuestras necesidades, disponiéndonos con esta obediencia y diligencia para alcanzar el remedio de ellas.

2. De aquí es que la Vírgen nuestra Señora, con este consejo que dió á los ministros, nos avisa que para alcanzar de Dios lo que pedimos, no hay medio mas eficaz que con la confianza juntar la obediencia á cuanto nos manda; porque, como dice David: Dios cumple la voluntad de los que le temen. (*Psalm.* CXLIV, 19). Y san Juan dijo (I *Ioan.* III, 21): Si nuestro corazon no nos reprendiere, confianza tenemos en Dios de alcanzar cuanto le pidiéremos, porque guardamos sus mandamientos y hacemos las cosas que le agradan; y Cristo nuestro Señor dijo á sus Apóstoles (*Ioan.* XV, 7): Si mis palabras permanecieren en vosotros, cuanto quisiéreis pediréis, y se os dará. Y generalmente, cuanto fuéremos mas obedientes, tanto Dios acudirá á nuestras oraciones. (*Euseb. Hemisenus*, Hom. 3 ad Monach.; *Aug.* de oper. Monach. *c.* 17). Por tanto, alma mia, obedece con fervor si quieres ser oida con presteza; porque mas presto es oida una oracion del obediente, que diez mil del perezoso.

3. Finalmente, ponderaré el amor que la Vírgen tenia al silencio y brevedad de palabras; pues así las que dijo á su Hijo, como las que dijo á los ministros, fueron breves, muy medidas y ponderadas. Y en particular estas he de estampar en mi corazon, como dichas por tal Madre y maestra, procurando cumplir cuanto me dijere Cristo nuestro Señor, sin dejar cosa alguna, aunque sea dificultosa; y aunque parezca fuera de propósito, ó sea muy menuda, ora me lo diga por sí mismo con secretas inspiraciones, ora por medio de mis superiores. Ó Vírgen soberana, maestra de todas las virtudes, enseñadme á practicar las que aquí ejercitásteis, para que por ellas agrade á vuestro Hijo, y sea digno de alcanzar lo que pretendo.

PUNTO CUARTO.— 1. Lo cuarto, se ha de considerar como Cristo nuestro Señor mandó á los ministros henchiesen de agua seis tinajas que allí estaban, y luego las convirtió en vino excelentísimo, y lo mandó llevar al arquitriclino que presidia en la mesa. Aquí he de ponderar lo primero, la obediencia de estos ministros, como tan bien industriados por el consejo de la Vírgen, porque sin réplica ni dilacion, sin decir: ¿á qué propósito se nos manda esto? ó ¿qué tiene que ver traer agua para remediar falta de vino? rindieron su juicio, é hicieron lo que Cristo nuestro Señor les mandaba; y por este medio sin pensar alcanzaron lo que deseaban. De donde sacaré cuán seguro es obedecer á Dios y á sus vicarios, sin escudriñar con vana

curiosidad la causa de lo que me mandan, así por no ser engañado de la serpiente astuta que por este camino engañó á Eva, preguntándola la causa por qué Dios les mandó no comiesen del árbol de la ciencia; como tambien porque muchas veces Nuestro Señor, para darnos lo que pedimos, suele mandarnos algo que parece contrario, porque aprendamos á rendir nuestro juicio á su obediencia; y si obedezco en las cosas que me humillan ó desconsuelan, por este camino me ensalzará y consolará.

2. Lo segundo, ponderaré la omnipotencia de Cristo nuestro Señor, el cual con solo querer, sin tocar el agua, la mudó en vino, gozándome de tener un Salvador tan poderoso, y suplicándole trueque mi corazon, y le mude de malo en bueno, de frio en fervoroso, de imperfecto en perfecto, ofreciéndome á no contradecirle; porque, como dice san Agustin (*Tract.* 72 *in illud Ioan.* XIV: Majora horum faciet): Quien me mudó de no ser á ser sin mi consentimiento, no me mudará de malo en bueno, ni de tibio en fervoroso, si le resisto.

3. Tambien ponderaré la grande liberalidad de este Señor en pagar los servicios que se le hacen, pues por un vaso de vino que le dieron en el convite, y ese de ruin vino, volvió seis tinajas grandes llenas de excelentísimo vino, *usque ad summum*, hasta lo sumo que podian recibir. Y lo mismo hace ahora premiando un cáliz de agua fria (*Luc.* VI, 38) con una medida llena, apretada, colmada, y que rebosa; y al religioso da cien veces mas de lo que deja por su amor. Y finalmente, á las almas que tratan de oracion, celebrando con ellas bodas espirituales, las entra en la bodega de sus vinos (*Cant.* II, 4), y las da á gustar con sumo gozo de las seis vasijas que allí tiene llenas de afectos celestiales, esto es, actos heróicos de seis excelentes virtudes: caridad para con Dios; misericordia para con los prójimos; celo de la divina gloria y de la salvacion de las almas; devocion ferviente, con gran prontitud á todas las cosas del divino servicio; gratitud con alabanza; y accion de gracias por los beneficios recibidos; y obediencia con resignacion para hacer y padecer por Dios cuanto le fuere agradable. Ó Salvador omnipotente y dadivoso, á tí solo quiero por Señor y por Dios y todas mis cosas; éntrame en la bodega de tus vinos, embriágame con el vino de estos seis afectos, llenándome con ellos hasta lo sumo de la perfeccion propia de mi estado, para que encendido como serafin (*Isai.* VI, 2), con estas seis alas vuele á unirme contigo, y nunca cese de amarte y alabarte por todos los siglos. Amen.

PUNTO QUINTO. — 1. Lo quinto, se ha de considerar los efectos de

este milagro, entre los cuales lo primero, ponderaré el gozo de la Vírgen nuestra Señora cuando vió este milagro, y que su esperanza habia salido cierta. ¡Oh cuán confirmada quedaria en la confianza! Y ¡qué gracias daria á su Hijo por este favor! Y tambien he de ponderar, cuán poderosa es la oracion é intercesion de esta Señora; pues habiendo dicho Cristo que no era llegada su hora para hacer aquel milagro, por la oracion de su Madre apresuró la hora, y le hizo luego; de modo que esta oracion fue la causa de que llegase la hora, la cual sin ella no llegara entonces. Y es de gran ponderacion (P. II, medit. XIII) que Cristo nuestro Señor tomó á su Madre por instrumento de la primera santificacion, que fue la del Bautista, y del primer milagro, que fue este; y apresuró ambas obras por medio de ella, para enseñarnos que ella habia de ser nuestra medianera para alcanzar con gran presteza los bienes espirituales y temporales, las obras de santidad y de milagro que Dios hace en sus escogidos, y así he de gozarme grandemente de tener tal Madre, por una parte tan solícita de mi bien, y por otra tan poderosa para negociarle. Ó Madre mia, muéstrate conmigo madre en abreviar con tus oraciones la hora de mi remedio, para que libre de tibieza comience á servir á tu Hijo con fervor.

2. Lo segundo, ponderaré cuán confirmados quedaron en la fe los discípulos de Cristo nuestro Señor con la vista de este milagro, pues dice san Juan, que por esto creyeron en él con nuevo fervor de fe y con grande gozo, viendo la omnipotencia de su Maestro, alegrándose de estar en su compañía, fiados de que no les faltaria nada teniéndole consigo; y no sin causa quiso Nuestro Señor que el primer milagro fuese en cosa temporal tan casera y necesaria, para confirmar la fe de los que estaban rudos y principiantes en las cosas de Dios, disponiéndoles poco á poco para otros mayores.

3. Lo tercero, ponderaré la gran admiracion del arquitriclino cuando gustó la suavidad de aquel excelente vino, pues sin poderse reprimir, hizo llamar al esposo, y le reprendió porque no guardaba la costumbre de todos los hombres, que primero dan el vino bueno y despues el ruin, y él habia guardado el mejor vino para la postre; porque el vino del principio, que antes le pareció bueno, en gustando el que Cristo habia hecho le pareció malo. Pero no alcanzó las trazas de Dios en este caso, el cual no quiso dar el vino escogido, hecho por su mano hasta que acabó el otro, y se comenzó á sentir su falta, por dos causas altísimas. – La primera, para que tengamos mayor estima de lo que Dios nos da, habiendo primero experimentado nuestra

propia miseria, y viendo la buena coyuntura en que acude á remediarnos, probando por la experiencia lo que dice David (*Psalm.* IX, 10), que Dios es ayudador en las oportunidades y tribulaciones, dando el remedio de ellas en el tiempo y coyuntura que mas nos conviene.—La segunda, para significar que no da Dios los contentos del espíritu hasta que se mortifican los de la carne, ni llueve el maná del cielo hasta que se acaba la harina que se sacó de Egipto, y como dice san Bernardo (Ep. 2 et Serm. 3 de Ascens.), no se mezclan bien estos dos géneros de vinos y consuelos celestiales y terrenos. Y así es menester que se acabe en mí el terreno para que guste del celestial, aunque algunas veces da Nuestro Señor á gustar el celestial, para que desechemos con facilidad el terreno. Ó Amador de las almas, dame á gustar el vino del espíritu para que me sea desabrido el de la carne. Dame á sentir la dulzura de tus pechos celestiales, para que cobre fastidio de todos los deleites terrenos. Ó alma mia, anímate á mortificar los regalos sensuales, para que seas digna de alcanzar los eternos por todos los siglos. Amen.

MEDITACION X.

DE COMO CRISTO NUESTRO SEÑOR CON GRAN CELO ECHÓ DEL TEMPLO LOS NEGOCIANTES.

PUNTO PRIMERO. — 1. (*Ioan.* II, 14). *Subiendo Cristo nuestro Señor al templo de Jerusalen, y viendo que allí se vendian ovejas, bueyes y palomas, y que otros tenian mesas de dinero para cambiar, hizo un azote de cordeles, y con él echó del templo las ovejas y bueyes, y á los que las vendian, y trastornó las mesas de los cambios; y á los que vendian palomas dijo: Sacadlas de aquí, y no hagais la casa de mi Padre casa de negociacion.*—Primeramente, ponderaré el celo grande que tenia Cristo nuestro Señor de la gloria de su Padre, y de la pureza de su templo; porque celo es (*D. Thom.* 1, 2, *q.* 28, *art.* 4) un ardiente deseo de quitar ó impedir todo lo que es contrario á la cosa amada, por ser contra su voluntad, honra ó provecho; y cuanto es mayor el amor, tanto es mayor el celo; y por consiguiente, mayor la tristeza de la injuria ó daño de su amigo, y mayor el ímpetu de remediarlo. Y como Cristo nuestro Señor amaba inmensamente á su Padre y á su Iglesia, así tenia ardentísimo celo de todo lo que les tocaba; de donde procedió tomar el azote, y echar del templo á los que le profanaban, como lo notó san Juan, alegando aquello de Da-

vid (*Psalm.* LXVIII, 10): *Zelus domus tuae comedit me*: el celo de tu casa me comió.

2. En las cuales palabras significa la grandeza de este celo en dos cosas. - La primera, que fue como fuego consumidor, el cual no solamente atormentaba su corazon, sino que le consumió hacienda, honra, contento y vida, deshaciéndole todo, hasta dejarle desnudo, deshonrado, desamparado y muerto en la cruz, por volver por la honra de Dios y de su casa. - La segunda, que este celo le tenia todo transportado y transformado en sí, de la manera que quien come el manjar le muda en sí mismo. Así el celo comió á Cristo, porque todo él, sus pensamientos, palabras y obras estaban transformadas en celo, y el celo le meneaba y atizaba á todo cuanto decia y hacia para nuestro bien. Y hasta el dia de hoy este celo come á Cristo, porque (como despues verémos en la meditacion XI de la parte IV) el celo es causa de que se haga manjar para ser comido de los fieles. Ó dulcísimo Redentor, gracias te doy por este celo que tuviste de la casa de tu Padre, que es la Iglesia, y de mi alma, que tambien es casa suya. Aparta, Señor, de ella todo lo que te desagrada, y consume con tu fuego todo lo que la turba. Dame tambien un celo semejante al tuyo, para que vuelva por tu honra, aunque sea con pérdida de la mia; porque muy dichoso seré, si el celo me consumiere como á tí te consumió.

3. Lo segundo, ponderaré la fortaleza de Cristo nuestro Señor, nacida de este celo, con la cual hizo rostro á tanto tropel de gente, con riesgo de que se levantasen contra él; porque el amor divino echa fuera todo temor humano, y el celo es fuerte y duro como la muerte (*Cant.* VIII, 6), y cuando es menester hace azote con que castiga á los delincuentes, y aparta de la casa de Dios todo lo que es en su daño. Y á esta causa el mismo Dios, como dice la Escritura (*Prov.* III, 12; *Hebr.* XII, 6), castiga al que ama, y al hijo en quien se agrada, para quitar de él las imperfecciones que tiene. Ó dulcísimo Salvador, que con un mismo celo tomais el azote para purificar la casa de vuestro Padre, y permitís que vuestros enemigos tomen el azote para castigar vuestro cuerpo, pagando con vuestros azotes la pena de sus pecados, armadme con este santo celo, para que castigue mi carne por sus culpas, y procure con fortaleza estorbar las ajenas. No aparteis de mí vuestro piadoso celo, cuando pecare, porque mas quiero ser castigado como hijo (*Ezech.* XVI, 42), que vivir en mi libertad como extraño.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Pidiendo los judíos á Cristo nuestro Señor

alguna señal y milagro para creer en él, y aprobar lo que hacia, les respondió: *Destruid este templo, y en tres dias lo volveré á edificar.* Y hablaba de su santísimo cuerpo, que era templo en que habitaba la plenitud de la Divinidad corporalmente por razon de la union hipostática. En lo cual se ha de ponderar, qué señal es esta, qué milagros encierra, qué cosas significa, y qué efectos causa.—Lo primero, aquí les da Cristo nuestro Señor dos señales, una de su pasion, y otra de su resurreccion.—La primera, es la permision de que destruyesen templo tan precioso con azotes, espinas y clavos, dejándole descoyuntado y muerto en una cruz.—La segunda, es la resurreccion que haria con su propia virtud, volviendo su cuerpo á la vida que antes tenia con mayor gloria. Las mismas señales dió otra vez, diciendo: Esta generacion perversa pide señal, y no se le dará otra que la de Jonás profeta (*Matth.* XII, 39); porque como Jonás fue echado en la mar por salvar el navío, y siendo tragado de la ballena, despues de tres dias salió vivo, así yo por la salud del mundo seré arrojado en el mar tempestuoso de las tribulaciones, y tragado de la muerte y del infierno; pero al tercero dia saldré vivo y triunfador glorioso.

2. Ambas señales son milagrosas, porque milagro fue grande que Cristo, Dios y hombre, con ánima gloriosa tuviese cuerpo mortal; y se dejase matar, deshaciéndose la union de su ánima con el cuerpo. Y este milagro fue señal de su infinita caridad y misericordia; por la cual dió licencia á sus enemigos que destruyesen el templo de su cuerpo, para reparar el templo de sus almas, y hacerlas templo de Dios vivo. Y tambien fue señal de su omnipotencia, la cual mostró en sufrir tan terribles tormentos y desprecios, con milagrosa paciencia y mansedumbre, hasta morir en una cruz. Pero muriendo mostró tambien su omnipotencia, triunfando con su muerte de la misma muerte y del infierno, no solamente en sí mismo, sino en sus escogidos, librándolos de su tiranía, y sacando del vientre de la ballena á los demás que habia tragado; y así resucitó glorioso, lleno de muchos despojos de innumerables almas que sacó del limbo.

3. Con estas señales hizo que los hombres creyesen en él, y le amasen y obedeciesen; por lo cual dijo el mismo Señor (*Ioan.* XII, 32): Si yo fuere levantado de la tierra, traeré á mí todas las cosas, no con azotes hechos de cordeles á fuerza de castigos, sino con cuerdas de Adan, y con cadenas de caridad á fuerza de beneficios. (*Osee,* XI, 4). Gracias te doy, ó dulcísimo Redentor, por haberme dado se-

ñal tan nueva, tan costosa para tí, y tan amorosa para mí. Yo soy el miserable que con mis pecados destruyó tu templo, que es mi alma; pero tú puedes repararle en tres dias, vivificándome con tu gracia en el primero, perfeccionándome con perseverancia en el segundo, y resucitándome á la participacion de tu gloria en el tercero. Repárale, Señor, por los méritos de tu pasion, y tráeme á tu servicio con las cuerdas de tantos beneficios, como por ella me hiciste, para que renovado en el espíritu, llegue presto á gozarte en el cielo. Amen.

PUNTO TERCERO.— 1. El tercer punto será, considerar como Cristo nuestro Señor otra vez, cerca de su pasion, echó del templo los negociantes, y trastornó las mesas de los cambios y de los que vendian palomas, diciéndoles (*Matth.* XXI, 12): *Escrito está: Mi casa es casa de oracion para todas las gentes, y vosotros la habeis hecho cueva de ladrones*, et non sinebat ut quisquam transferret vas per templum, *y no consentia pasasen por el templo con carga profana.* Sobre este hecho, comparándole con el pasado, se ha de ponderar, que la primera vez echó Cristo del templo los negociantes con palabras y azotes de cordeles; pero esta segunda con palabras y grandes milagros que allí hizo, dejando los azotes para sus espaldas, significándonos dos modos que tiene Dios de purificar su templo espiritual; uno con castigos, y otro con beneficios. El primero usó en la ley vieja, que era ley de temor. El segundo en la ley nueva, que era ley de amor. Y si los dos no aprovechan, vendrá á ser destruido el templo como el de Jerusalen, castigándole Dios con el último castigo de la eterna condenacion. Á mas la primera vez dijo: No hagais la casa de mi Padre casa de negociacion, dando á entender que el templo no ha de ser casa de negociacion profana sino divina; ni se ha de venir á él para negociar con hombres, sino para negociar con Dios nuestro propio negocio, que es el de nuestra salvacion, solicitándole con sacrificios y oraciones. (I *Thes.* IV, 10). La segunda vez no consintió que fuese ni aun paso para los que llevaban cargas, y con mas aspereza les reprendió, diciendo que la hacian cueva de ladrones, para significar que con estas negociaciones de compras y ventas se mezclan hurtos, engaños, injusticias, y á veces simonías, porque la codicia es raíz de todos los males, y llega hasta querer vender y comprar al Espíritu Santo y sus gracias figuradas por las palomas. Ó Salvador del mundo, sobre quien vino el Espíritu Santo como paloma, dándole á tus discípulos como fuego (*Psalm.* XCII, 5), purifícame de mis codicias con el fuego de tu amor, para que alcance la

santidad y pureza de paloma que á tu casa conviene por todos los siglos. Amen.

2. De aquí subiré á ponderar, como mi alma ha de ser templo y casa de oracion, en la cual he de entrar, y orar á mi Padre celestial, que está allí, y me ve orar en lo escondido de mi corazon. (*Matth.* VI, 6). Y porque no se llama casa de oracion el lugar donde una vez ú otra se ora, sino el que es oratorio dedicado para solo esto, tal ha de ser mi corazon, consagrándole á la frecuencia de este ejercicio con gran fervor. De suerte, que donde quiera que fuere, como dicen los Santos (*D. Ambr.* lib. VI de Sacris. *c.* 3; Chrysost. Hom. 79 ad Popul. Hilar. Cant. 5 in Matth.), lleve conmigo el oratorio, y pueda cumplir lo que dice san Pablo (I *Tim.* XI, 8): Quiero que los varones oren en todo lugar, levantando á Dios las manos puras, sin ira y turbacion. De aquí es, que mi alma, siendo casa de oracion, tambien ha de ser casa de humildad, obediencia, paciencia y otras virtudes; porque todas, como dijimos en la introduccion de este libro, se hallan en casa de la oracion, acompañándola y ejercitando con ella sus excelentes actos. Y por consiguiente, no ha de ser casa de negociacion profana, ni acogida de ladrones; esto es, de vicios y cuidados terrenos que turban y roban la devocion, y echan la oracion de su propia casa.

3. De donde inferiré, que mi alma para ser digna casa de oracion ha de tener principalmente estas tres condiciones; es á saber, estar limpia, quieta y adornada; limpia de culpas que la remuerdan; quieta de pasiones que la turben; y adornada con actos de virtudes que la alienten. Y entonces, dice san Agustin (Concio 2 in Psalm. XXXIII; Psalm. C, 2: Perambulabam in innocentia cordis mei): *Ipsa munditia cordis tui delectabit te, et faciet te orare:* la limpieza de tu corazon con su quietud te alegrará y provocará á orar, porque gustarás de estar dentro de tí, y de morar contigo; pero si está súcia, turbada y descompuesta, en queriendo entrar dentro de ella, te saldrás, y dejarás la oracion; como quien entra á orar en una iglesia donde hay gran ruido y gritería, luego se sale, porque no puede orar como desea. Ó Salvador mio, ármate con tu santo celo, y toma el azote en tu mano; entra dentro de este tu templo, y echa de él todo lo que te desagrada; no consientas que pase por él cosa que le turbe; purifica esta cueva de ladrones, para que de hoy mas sea casa de oracion, morada de Ángeles, y habitacion de paz, donde tú mores por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XI.

DEL SERMON DEL MONTE, Y DE LAS OCHO BIENAVENTURANZAS.

—*Viendo Cristo nuestro Señor la mucha gente que le seguia* (*Matth.* v, 1), *se subió á un monte, y sentándose allí, se llegaron á él sus discípulos, y levantando sus ojos á ellos, y abriendo su boca los enseñaba, diciendo: Bienaventurados los pobres de espíritu*, etc. Sobre este principio tan grandioso, se puede considerar el misterio que tiene el lugar del sermon, que es un alto monte; el asiento del Maestro, que es la humilde tierra; la gente que se llegó mas cerca, que son los Apóstoles; el meneo de los ojos, que es levantarlos para mirarles; el modo de hablar, que es abriendo su propia boca; el tema del sermon, que son ocho bienaventuranzas; y sobre todo, la interior excelencia del Maestro, de quien todo esto procede. —

PUNTO PRIMERO. — 1. Lo primero, consideraré como Cristo nuestro Señor en este monte tomó pública posesion de tres oficios muy principales, que su Padre le encargó para bien nuestro; es á saber, de maestro, legislador y consejero, ejercitándolos con altísima perfeccion, figurada por el monte; porque en entrando dentro de sí mismo, de los tesoros de ciencia y sabiduría de Dios (*Matth.* XIII, 52), que dentro de sí tenia, sacó verdades nuevas y antiguas, preciosísimas y provechosísimas para nosotros. En cuanto maestro nos enseñó (*Isai.* XLVIII, 17), no cosas vanas ó curiosas, no astrologías ni otras ciencias humanas que suelen hinchar mucho y aprovechar poco, sino enseñónos la ciencia de los Santos que abraza los misterios altísimos de nuestra fe y las cosas necesarias para alcanzar la santidad. En cuanto legislador, promulgó de nuevo, y declaró la divina ley con toda la pureza y santidad que tiene, purgándola de los errores que la humana malicia la habia mezclado, y perfeccionando lo imperfecto de la ley antigua. En cuanto consejero, enseñó los consejos de la ley nueva y evangélica, que son los mas excelentes que se pueden aconsejar, por razon de los cuales se llama (*Isai.* IX, 6) admirable Consejero y Ángel del gran consejo.

2. Luego ponderaré, como hizo estos tres oficios con un modo nuevo, admirable y excelentísimo, porque como maestro, no solo proponia exteriormente la doctrina, sino tambien interiormente daba luz celestial para entenderla y estimarla. Como legislador, no solo ponia excelentes leyes y preceptos, sino imprimíalos en el corazon,

dando gracias para cumplirlos con mucha suavidad. Y como consejero, no solo daba el consejo, sino el espíritu y fuerzas para recibirle y ponerle por obra. En lo cual excedió á todos los maestros, legisladores y consejeros del mundo; por lo cual con mucha razon nos dijo: Que á ninguno sino á él llamásemos maestro (*Matth.* XXIII, 10); porque un solo maestro hay, que es Cristo: y por la misma razon hay un solo legislador y consejero. Ó Padre eterno, gracias te doy por haberme dado el mejor maestro, legislador y consejero que podias darme. Ó Hijo de Dios vivo, ¡con qué te pagaré esta merced de haber venido en persona, y abierto tu misma boca para enseñarme tu doctrina, pues bastara que vinieran Ángeles, por cuya boca me dieras parte de ella! Ó alma mia, mira con tus ojos al preceptor y maestro que Dios te ha dado. (*Isai.* XXX, 20). Y pues te manda que escojas un consejero entre mil, escoge á este que es el mejor de todos, escogido entre millares, consulta con él tus dudas, y tus consejos sean con sus divinas leyes. Ó Maestro del cielo, dame tu luz para conocer lo que me enseñas. (*Psalm.* CXVIII, 24). Ó Legislador soberano, dame tu bendicion para cumplir lo que mandas. (*Psalm.* LXXXIII, 8). Ó Consejero admirable, dame fuerzas para seguir lo que me aconsejas, para que con tu ayuda, subiendo de virtud en virtud, llegue á verte en la santa Sion. Amen.

3. Finalmente, ponderaré como Cristo nuestro Señor nunca cesa de hacer estos tres oficios con los hombres, especialmente con los que desean subir con él al monte de la perfeccion, y se le acercan con el amor; porque, como dice la Escritura (*Psalm.* XXXIII, 6), los que se llegan al Señor serán ilustrados; y los que se ponen cabe sus piés, imitando su humildad, recibirán su doctrina. En estos pone sus ojos para mirarlos con misericordia; y los enseña, ya por boca de los predicadores, cuando los oyen (*Deut.* XXXIII, 3); ya por medio de los Libros sagrados y devotos, cuando los leen; ya á sus solas con inspiraciones, cuando oran y meditan, abriendo él mismo su boca para hablarles al corazon, y allí como maestro les infunde nueva luz para conocer los misterios de la fe; como legislador les imprime los afectos de la ley de gracia y caridad; y como consejero les llama y solicita á que sigan la perfeccion. Y con este espíritu he de acudir al sermon, leccion y oracion, como quien se llega de cerca á oir este divino Maestro que me habla interiormente por los demás. Pues por esto dijo el Padre eterno (*Isai.* XXX, 20), que nunca se apartaria de nosotros el Maestro que nos daba, porque nunca cesaria de hacer su oficio hasta la fin del mundo. Y así á la entrada de estos

ejercicios puedo decir á Cristo nuestro Señor: Ó Maestro de los maestros, abrid vuestra boca y habladme, porque vuestro siervo oye con deseo de ejercitar lo que oyere.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Lo segundo, consideraré el tema y fundamento de este sermon; porque mirando Cristo nuestro Señor el tesoro de virtudes que tenia dentro de su alma, sacó de allí ocho principalísimas, en que se suma toda la perfeccion evangélica; virtudes muy antiguas, pero muy nuevas, y nunca oidas en el mundo, con un nombre nuevo que las puso de bienaventuranzas, aunque á la carne son amargas. Cumplióse aquí lo que dice de él la Esposa (*Cant.* v, 13), que sus labios son como lirios que destilan mirra primera, porque abriendo su boca destiló esta primera vez por sus labios con gran blandura y suavidad estos ocho actos de virtud y mortificacion muy escogida, amargos al gusto de la carne, pero olorosos á Dios y provechosos al espíritu; poderosos para preservarle de toda corrupcion de culpa, endulzurándolos con el premio que prometió y con el modo que los proponia. Ó Maestro soberano (*Cant.* v, 5), destilad dentro de mi corazon la mirra escogida de estas virtudes, para que mis manos y mis dedos y todas mis potencias la destilen, poniendo luego por obra vuestra doctrina.

2. Luego ponderaré como Cristo nuestro Señor volvió aquí por la honra de estas virtudes, que estaban en el mundo muy desechadas y aborrecidas, teniéndolas no por bienaventuranzas, sino por desdichas, huyendo de ellas y abrazando las cosas contrarias. Pero nuestro Salvador honró á cada una con un nombre muy glorioso, y con un premio muy esclarecido, y sobre todo con su raro ejemplo; porque como no fuese capaz, en cuanto Dios, de pobreza, llanto y persecuciones, quiso bajar del cielo y hacerse hombre para ejercitar los actos de estas virtudes, y descubrirnos los tesoros que estaban escondidos dentro de ellas. Gracias te doy, Maestro soberano, por habernos sacado de este engaño con tu doctrina y ejemplo; desde hoy mas tendré por bienaventuranza lo que llamas con este nombre, y con todas mis fuerzas lo buscaré, huyendo de lo contrario. Desengaña, Señor, á todos los que viven en el mundo, para que reciban estas verdades y abracen estas virtudes, gocen de estos premios y alcancen la verdadera bienaventuranza para que fueron criados.

3. Lo tercero, ponderaré como estas ocho bienaventuranzas son como ocho escalones de la escalera del cielo, por los cuales se sube á la cumbre de la santidad y union con Dios, y con este espíritu ten-

go de meditarlas, ponderando en cada una tres ó cuatro cosas, es á saber, los actos de aquella virtud, el ejemplo que Cristo nuestro Señor nos dió de ella (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 69), el premio que promete, y el castigo que amenaza á quien va por camino contrario,

— como se verá en los puntos que se siguen, advirtiendo que por no repetir una cosa muchas veces, solamente apuntaré los ejemplos de Cristo nuestro Señor, remitiéndome á lo que mas á la larga se dice en los misterios donde ejercitó estas virtudes, especialmente en la cruz, donde con eminencia las ejercitó todas, como se verá al principio de la parte IV; por la misma causa no haré mas que apuntar algo de los premios, porque de todos juntos se dirá al fin de la parte VI, para declarar las riquezas inestimables de la gloria. —

PUNTO TERCERO. — *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque suyo es el reino de los cielos.* — 1. Lo primero, consideraré los actos de la pobreza de espíritu, que son cinco. — El primero es, renunciar con el espíritu y corazon las cosas temporales, quitando las aficiones desordenadas de ellas, y estando aparejado á dejarlas cuando fuere necesario para cumplir la voluntad de Dios. — El segundo, mas perfecto, es dejar con efecto todas las cosas que poseo, moviéndome á esto con una voluntad espiritual y pura de agradar á solo Dios, por obedecer al impulso del divino Espíritu que á ello me inclina. — El tercero es, vaciar y limpiar mi alma de todo espíritu y viento de vanidad, y de toda hinchazon y presuncion vana, despreciando cuanto pudiere con el corazon las pompas del mundo, ó dejándolas con efecto cuanto puedo y me conviene para el divino servicio. — El cuarto es, vaciar mi espíritu de toda propiedad, desnudándome del propio juicio y de la propia voluntad, con todos sus propios quereres, si no es en cuanto son conformes con los de Dios, porque en tal caso ya no serán propios sino comunes. — El quinto y supremo es, vaciarme de mí mismo, conociéndome por tan pobre, que de mi cosecha ninguna cosa buena tengo, si Dios no me la da de limosna y gracia; pues ni aun el ser que tengo es mio, sino de Dios, sin el cual soy nada. Ponderando estos cinco actos, me avergonzaré por la falta que de ellos tuviere, suplicando al divino Espíritu me ayude á procurarlos segun mi estado.

2. Lo segundo, consideraré (*D. Thom.* 3 *p. q.* 40, *art.* 3; *Psalm.* XXXVII, 16: Pauper sum ego, etc.; *Luc.* VIII, 3) los raros ejemplos que Cristo nuestro Señor nos dió de esta virtud en todas las edades de su vida, y en todas las cosas que son materia de pobreza, porque escogió pobre madre, pobre patria, y un pobrísimo portal para na-

cer, siendo reclinado en un pobre pesebre. Y en su mocedad ejercitó pobre y despreciado oficio, ganando la comida con el trabajo de sus manos, como ya se ponderó en la parte II. Además, cuando predicaba comia de la limosna que le daban las mujeres devotas, y su comida era pan de cebada: no tenia casa propia, ni dónde reclinar la cabeza, faltándole al Hijo del hombre lo que no falta á las raposas y aves del campo. Escogió además pobres discípulos, acompañóse con pobres, amó los desprecios, huyó las honras, desapropióse de su voluntad y de sí mismo, con excelentísima pobreza interior, diciendo (*Ioan.* VI, 38), que no vino á hacer su voluntad, y que no podia hacer nada por sí, sino lo que viese hacer á su Padre. Y finalmente, cuando murió, llegó su pobreza á tal extremo, que le tomaron sus vestiduras, dejándole desnudo en la cruz. Y en confirmacion del amor y estima que tenia á la pobreza, la puso en este sermon por fundamento de su Evangelio, y por puerta para entrar en su escuela, diciendo (*Luc.* XIV, 33): Que quien no renunciaba, siquiera con el afecto, las cosas que poseia, no podia ser su discípulo. Ó Maestro soberano, por las cinco fuentes de sangre que salieron de tus cinco llagas, concédeme los cinco actos de pobreza, para que alcance la perfeccion que fundaste en ella.

3. Lo tercero, consideraré como á estos pobres promete Cristo nuestro Señor el reino de los cielos, y por esto los llama bienaventurados, y lo son en esta vida poseyendo el reino de Dios, que san Pablo llama justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo, el cual se concede á los que mortifican la codicia (como dijimos en la parte I, meditacion XXI). Y demás de esto son bienaventurados con la esperanza y prendas grandes que tienen de alcanzar el reino de los cielos, que está prometido en la otra vida, cuyas riquezas son inestimables, como despues verémos. Ó alma mia, ¡cómo no abrazas la pobreza de espíritu, pues la abrazó tu celestial Maestro, y tales premios se alcanzan con ella! Arrójate en sus manos, que ni te faltará su providencia, ni dejará de cumplir su palabra; y pues cada dia pides á Dios su reino, sigue la pobreza, á quien está prometido.

4. Lo cuarto, consideraré la terrible amenaza que Cristo nuestro Señor hace á los ricos que aborrecen la pobreza de espíritu, y aman con demasía sus riquezas, diciéndoles (*Luc.* VI, 24): *¡Ay de vosotros, ricos, que teneis aquí vuestra consolacion;* que es decir: ¡Ay de vosotros desdichados, porque todo vuestro premio pasará en el consuelo que teneis con vuestras riquezas, recibiendo aquí vuestro galardon! ¡Ay de vosotros, porque no recibiréis el consuelo de Dios

que es verdadero y puro, sino el vuestro que está mezclado con mil zozobras! ¡Ay de vosotros, porque nunca será vuestro el reino de los cielos, que es justicia, paz y gozo; antes estaréis llenos de injusticia, turbacion y tristeza! Y finalmente caeréis en extrema pobreza y en la miseria eterna: como el rico avariento que recibió aquí consuelos, y despues tormentos; al contrario del pobre Lázaro. Por tanto, alma mia, si el deseo del premio no te mueve á desear la pobreza, muévate el temor del castigo á huir las riquezas temporales, poniendo tu consuelo en aborrecerlas, por amar y gozar de las eternas.

Punto cuarto.—*Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.*— 1. La perfecta mansedumbre abraza estos actos.—El primero, reprimir los ímpetus de la ira, y las turbaciones del corazon, conservando la quietud interior y exterior en el semblante del rostro y en los meneos del cuerpo.—El segundo, ser afable con todos con palabras blandas, sin decir ninguna injuriosa ni desabrida, ni con voz desordenada, ó con porfía que cause turbacion.—El tercero, no solamente no vengar las injurias, ni volver mal por mal, sino antes no resistir con violencia injuriosa al que me hace injuria, llevando con serenidad mi desprecio, ofreciendo, si es menester, el carrillo derecho á quien me diere una bofetada en el izquierdo, volviendo bien por mal, excusando al que me injuria, y rogando á Dios que le perdone; y esta mansedumbre se ha de conservar con todos, así mayores como iguales y menores, y en todos los negocios y sucesos, sin que se pierda, aun cuando fuere necesario usar del celo de justicia.

2. Luego consideraré la excelentísima mansedumbre de Cristo nuestro Señor, de la cual se preció tanto, que se dió por dechado especial de ella, diciendo (*Matth.* xi, 29): *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon.* Y por ella quiso ser conocido en la primera venida al mundo, diciendo los Profetas (*Isai.* xlii, 2), que no seria triste, ni revoltoso, ni vocinglero, ni apagaria la torcida que humeaba, sufriendo el humo á narices con paciencia; y en su pasion mostró rara mansedumbre, hasta rogar por sus perseguidores (*Matth.* xii, 19; *Isai.* liii, 7), como en su lugar verémos. Ó Cordero mansísimo, que siendo trasquilado y desollado no abrias tu boca, concédeme tu copiosa gracia, para que imite tu admirable mansedumbre.

3. Lo tercero, consideraré como los mansos tienen por premio poseer la tierra. Lo primero, porque son señores de la tierra de su

corazon y de sus pasiones, poseyendo sus almas con firmeza, y dentro de ellas á su Dios y Señor, con quien tienen trato familiar como el mansísimo Moisés y el manso David (*Psalm.* XXIV, 9), porque gusta Dios nuestro Señor de enseñar sus caminos á los mansos, y de conversar con ellos. De aquí es, que tambien poseen la tierra de los corazones humanos, porque ganan las voluntades de todos, y haciendo sus obras con mansedumbre, son, como dice el Sábio (*Eccles.* III, 19; *Psalm.* XXXVI, 9), amados mas que la honra y gloria. Finalmente poseerán la tierra de los vivos, que es la patria celestial, para que fueron criados, á donde poseerán á Dios nuestro Señor, que es su herencia y patrimonio, y serán poseidos de Dios, el cual mora y descansa sobre los mansos, y de ellos puebla sus cielos. (*Ioan.* I, 32). Ó Espíritu divino, que como mansa paloma desciendes sobre los que son mansos corderos, por la semejanza que contigo tienen, hazme semejante á tí en la mansedumbre, para que posea con firmeza la union de tu gracia, y despues la herencia de la gloria. Amen.

PUNTO QUINTO.—*Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.*— 1. El lloro bienaventurado abraza estos actos.—El primero, enfrenar las risas, juegos y entretenimientos demasiados, cercenando no solamente los ilícitos, sino algunos que pudiera tomar sin pecado, diciendo aquello del Eclesiastés (*c.* II, 2): Á la risa tuve por error, y al gozo dije, ¿por qué me engañas?—El segundo es, llorar mis pecados, no tanto por el daño propio, cuanto por la ofensa divina, como lloraba san Pedro, y David que decia (*Psalm.* CXVIII, 136): Arroyos de agua salieron por mis ojos, porqué no guardaron tu santa ley.—El tercero, llorar por los pecados de los hombres, así por su daño y condenacion, como por la injuria que hacen á Dios, doliéndome de ver cuán mal servido es; al modo que Jeremías (*Ierem.* IX, 1) sentia la perdicion de su pueblo, y deseaba que sus ojos se convirtiesen en fuentes de lágrimas, para llorar de dia y de noche sus miserias.—El cuarto es, llorar mi destierro y la ausencia de Dios, suspirando por gozar de su presencia, diciendo con David (*Psalm.* XLI, 4): Las lágrimas fueron mi pan de dia y de noche, mientras me dicen, ¿dónde está tu Dios? Las primeras lágrimas son de contricion; las segundas de compasion, y las terceras de devocion, con las cuales tienen semejanza las que se derraman meditando los misterios de la pasion. Y ponderando la falta que tengo de todas, no solo de las corporales, porque estas suelen faltar sin culpa, sino la falta del espíritu de donde ellas nacen, diré á Nues-

tro Señor lo que dijo la hija de Caleb á su padre (*Iosuë*, xv, 19; *D. Greg.* lib. I Dialog. *c.* 34): La tierra que me has dado es seca, dame otra que tenga agua; y su padre la dió el regadío superior y el inferior. Ó Padre soberano, mi alma es como tierra sin agua, dame el riego inferior que son lágrimas de temor, y el riego superior que son lágrimas de amor, para que de tal manera llore mis pecados y miserias y las de todos los mortales, que alcance de tu misericordia remedio para ellas. Amen.

2. Luego consideraré como nunca se lee que Cristo nuestro Señor se haya reido, como pondera san Basilio (*Regul.* 17, *ex fusis*), y sabemos que lloró muchas veces; es á saber, en el pesebre, en la muerte de Lázaro, sobre Jerusalen, y en la cruz con muy tiernas lágrimas, como se dirá en las meditaciones de estos misterios. Y finalmente, como dice san Pablo (*Hebr.* v, 7), en los dias de su carne, que es de su mortalidad, oraba muchas veces con lágrimas, hasta que en el huerto de Getsemaní oró, sudando, no gotas de agua sino de sangre, como quien lloraba lágrimas de sangre por todos los poros de su cuerpo natural, por los pecados y miserias de su cuerpo místico. Ó dulce Jesús, convierte mis ojos en fuentes de lágrimas, para que acompañe las tuyas, pues yo fuí causa de ellas.

3. Lo tercero, consideraré como el llorar, que en los ojos del mundo es señal de miseria, en los de Cristo lo es de bienaventuranza, prometiendo á los que lloran, que serán consolados en lo mismo por que lloran. Si lloran por sus pecados, alcanzarán consuelo con el perdon de ellos. Si lloran los pecados ajenos ó su destierro (*Psalm.* xxix, 12), Dios convertirá su llanto en gozo, con la esperanza de que tendrán fin los trabajos y vendrán presto los consuelos eternos (*Apoc.* vii, 17), enjugando Dios las lágrimas y haciendo cesar los llantos. ¡Oh dichosas lágrimas, que con tantos consuelos son premiadas aquí! Dios mio, quiero llorar, pues el mismo llorar es dulce; y si tan dulce es llorar por tí, ¿cuán dulce será gozar de tí?

4. Finalmente, ponderaré la amenaza de Cristo nuestro Señor que dice (*Luc.* vi, 25): *¡Ay de vosotros los que ahora reis, porque despues llorarëis!* De suerte, que si desenfrenadamente me entrego á risas y vanos placeres, despues se me seguirán amargas lágrimas y terribles pesares, ó en esta vida sucediendo el llanto al gozo, como dice el Sábio (*Prov.* xiv, 13), ó en la otra, á donde, como dice el Salvador (*Matth.* viii, 2), habrá lloro y crujir de dientes, conforme á la sentencia que se dió contra Babilonia (*Apoc.* xviii, 7): Cuan-

to se glorificó en los regalos, tanto reciba de tormentos y llantos; porque dijo en su corazon: Nunca sabré qué cosa es llanto. Ó alma mia, aborrece la risa vana, y abraza el llanto virtuoso, pues con lágrimas temporales redimes las eternas.

PUNTO SEXTO.—*Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos serán hartos.*— 1. El tener hambre y sed de la justicia abraza estos actos.—El primero es, desear cumplir todas las cosas que son de justicia y obligacion para con Dios y para con los prójimos, sin dejar ninguna, haciéndolas con mucho gusto, sin tédio ni fastidio, aunque sean desabridas á la carne; así como el que come con hambre y bebe con sed, come y bebe todo lo que ha menester con gran gusto; porque, como dice el Sábio (*Prov.* XXVII, 7), el alma hambrienta tiene por dulce lo amargo.—El segundo acto es, desear crecer mas y mas en las virtudes, pareciéndole ser poco lo que tiene, y mucho lo que le falta.—El tercer acto es, tener hambre y sed de que en el mundo haya esta justicia, y que todos la procuren y guarden, ofreciéndose á padecer hambre temporal y cualquier otro trabajo, en razon de que ella prevalezca.—El cuarto es, tener entrañable hambre de recibir sacramentalmente ó espiritualmente á Cristo nuestro Señor, que es nuestra justicia, y desear beber el agua viva de su gracia y el vino y leche de las divinas consolaciones, corriendo con gran sed á los Sacramentos, y á la oracion y meditacion (*Isai.* XII, 3), que son las fuentes de donde manan.—El quinto es, desear fervientemente la corona de la justicia, suspirando por ver á Dios, para sentarse con Cristo á su mesa, y comer y beber lo que para siempre me ha de hartar. En esta hambre y sed consiste lo que llamamos fervor de espíritu, contrario al vicio de la acidia y pereza; con el cual fervor he de hacer todas mis obras, avergonzándome de tener tanta hambre de los manjares del cuerpo y tanto fastidio de los del espíritu.

2. Lo segundo, consideraré como Cristo nuestro Señor siempre tuvo tanta hambre y sed de la justicia, que no sentia la hambre corporal. Y así, estando una vez muy cansado y necesitado de comer dijo á sus discípulos (*Ioan.* IV, 34): Mi manjar es hacer la voluntad de mi Padre; como quien dice: Hasta que harte la hambre de mi espíritu, no me da cuidado la hambre del cuerpo, ni el cuerpo siente la falta de su manjar, hasta que el espíritu coma el suyo. Á mas, tuvo tanta sed de beber el cáliz de su pasion, con ser tan amargo (*Luc.* XII, 50), que sentia gran pena con la dilacion de esta bebida. Y en la cruz dijo que tenia sed, no solo por la que padecia el

cuerpo, sino mucho mas por la que padecia el espíritu, como se verá meditando estos misterios. Ó amado Redentor, enciéndeme con el fuego de tu amor, de donde esta hambre y sed procede, para que la tenga siempre de tu servicio, como tú la tuviste de mi remedio.

3. Lo tercero, consideraré como los hambrientos son bienaventurados, porque serán hartos, concediéndoles Dios las cosas que deseaban, comunicándoles en esta vida copiosa gracia, abundancia de merecimientos, gran gusto interior del espíritu, y dándoseles á sí mismo por manjar, y uniéndose con ellos por amor, con tanta hartura, que digan (*Psalm.* LXXII, 25): ¿Qué quiero yo en el cielo? Y fuera de tí, ¿qué otra cosa deseo yo sobre la tierra? Y aunque la hartura de esta vida despierta nueva hambre y nueva sed, como dice la divina Escritura (*Eccli.* XXIV, 29); pero esta hambre y sed no es penosa, sino dulce, porque quita el fastidio y aumenta el gusto. Finalmente, en la otra vida quedarán hartos con la vista clara de Dios, como dice David (*Psalm.* XVI, 15), porque se les descubrirá su gloria. ¡Oh dichosa hambre, que es premiada con tal hartura! Pondera, alma mia, esta hartura, porque ella despertará en tí tal hambre.

4. Lo cuarto, consideraré la amenaza de Cristo nuestro Señor que dice (*Luc.* VI, 25): *¡Ay de los que estais hartos, porque padeceréis hambre!* Hartos llama á los que están llenos de bienes temporales, y comen y beben hasta hartarse por su regalo. De donde procede no tener hambre ni sed de la justicia, sino fastidio de ella; porque, como dice el Sábio (*Prov.* XXVII, 7), el ánima harta pisa el panal; cuyo castigo será como el del rico avariento que comia espléndidamente, y ahora padece increible sed, sin que se le dé ni una gota de agua para refrigerarla. Tambien llama hartos á los soberbios, que, como dice san Pablo (I *Cor.* IV, 8), se tienen por hartos y ricos; los cuales vendrán á padecer grande hambre y falta de todos los bienes; porque Dios nuestro Señor, segun dijo la Vírgen (*Luc.* I, 53), llena de bienes á los hambrientos, y deja vacíos á los ricos. Ó Dios eterno, quita de mí tan abominable hartura, para que me libre de tan penosa y miserable hambre.

PUNTO SÉPTIMO.—*Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.* — 1. La misericordia abraza las catorce obras que llamamos de misericordia, siete corporales y siete espirituales, ejercitándolas con tres condiciones para ser muy excelente. —La primera, que se extienda á todos los prójimos que padecen mi-

seria, sin excluir á ninguno, aunque sea enemigo.—La segunda, que se extienda á remediar todo género de miseria corporal ó espiritual, conforme á mi caudal, como dijo Tobías á su hijo (*Tob.* IV, 9), dando mucho si tuviere mucho, y poco si tuviere poco; y si no tuviere posibilidad para remediar tal necesidad, á lo menos desearé remediarla, y pediré á Dios que la remedie; y procuraré, si puedo, que otros la remedien.—La tercera es, que se ejercite con interior compasion de la miseria ajena, sintiéndola como si fuera propia, dando primero el corazon compasivo y despues el don por sola caridad, sin esperar otra retribucion si no es de Dios.

2. Luego consideraré (*Luc.* XIV, 13), como Cristo nuestro Señor fue misericordiosísimo con gran excelencia en las tres cosas dichas, porque fue universal remediador de todas nuestras miserias, y los años de su predicacion gastó en estas obras, sanando enfermos, dando de comer milagrosamente á los hambrientos, resucitando los muertos, perdonando con amor á los pecadores, enseñando á los ignorantes, orando y haciendo bien á todos. (*Act.* X, 38). Y estimó en tanto esta virtud, que á los que pretendian apartarle de ella dijo (*Matth.* IX, 13): *Discite quid est; misericordiam volo, et non sacrificium.* Aprended lo que hace al caso y lo que agrada mas á Dios; porque mas le agrada y mas estima la misericordia, que el sacrificio, y no quiere sacrificio sin misericordia. Ó buen Jesús, que veniste al mundo movido de misericordia, y por compasion tomaste sobre tí nuestras miserias para librarnos de ellas, haz conmigo esta misericordia, que aprenda á imitarte en ella. Y pues á todos dijiste (*Luc.* VI, 36): Sed misericordiosos, como lo es vuestro Padre celestial, ayúdame con tu gracia para que imite su excelente misericordia.

3. Lo tercero, consideraré como el premio de los misericordiosos es alcanzar de Dios misericordia, librándolos de todas sus miserias, así corporales como espirituales, parte en esta vida, y despues cumplidamente en la otra, con tanto exceso, cuanto va de la misericordia del hombre flaco á la misericordia de Dios omnipotente; la cual por todas partes es infinita (como verémos en la parte VI, en la meditacion XII). Pero tanto será mayor conmigo, cuanto fuere mayor la que yo hiciere al prójimo, midiéndome con la medida que le diere (como se dijo en la parte I, meditacion XXI). Pues si yo tengo tantas miserias, de las cuales solo Dios puede librarme, ¿qué cosa mas acertada puedo hacer, que ser misericordioso con otros, para que Dios lo sea conmigo? ¡Oh! dichosos los misericor-

diosos, á quien el Padre de las misericordias librará de todas sus miserias.

4. Finalmente, si no soy misericordioso, seré miserabilísimo, porque Dios nuestro Señor no se compadecerá de mí, como no se compadeció del siervo que no tuvo misericordia de su compañero (*Matth.* XVIII, 34); antes, como dice el apóstol Santiago (*Iacob.* II, 13), se hará juicio sin misericordia contra el que careció de ella. Y por esto el dia del juicio, las obras de misericordia se relatarán en la sentencia de los buenos, y la falta de ellas en la sentencia de los malos, como en su lugar se dijo.

PUNTO OCTAVO.—*Bienaventurados los limpios de corazon, porque ellos verán á Dios.*— 1. La perfecta limpieza de corazon es la perfecta caridad, con las tres condiciones que pone san Pablo, diciendo (I *Tim.* I, 5), que sea de corazon puro, con buena conciencia y fe no fingida.—La primera condicion es pureza de corazon, purificándole no solo de pecados mortales, sino lo mas que pudiere de veniales; de modo que aunque toquen al corazon, no afierren ni se detengan por costumbre ó aficion estable.—La segunda es limpieza y santidad de la conciencia, llenándola de limpios pensamientos y deseos, con limpias y santas obras.—La tercera es sencillez en el trato con Dios y con los hombres, andando en verdad con todos, con sencillez y pura intencion, sin doblez ó engaños. Esta limpieza se llama de corazon, porque principalmente pertenece al alma y á la voluntad, y de allí se deriva al cuerpo en la pureza de la castidad, conforme al estado de cada uno; aunque el de las vírgenes y continentes es mas puro; porque, como dijo el Apóstol (I *Cor.* VII, 34; II *Cor.* VII, 1), son santos en el cuerpo y en el espíritu, purificándose de las manchas de espíritu y carne.

2. Lo segundo, consideraré (*Ioan.* VIII, 46), como Cristo nuestro Señor fue excelentísimo en esta limpieza, porque no pecó ni pudo pecar; ni el príncipe de este mundo halló en él cosa suya, ni sus enemigos le pudieron convencer de algun pecado. Adornó su vida con obras purísimas y santísimas, buscando en ellas la gloria de su Padre, ni en su boca se halló jamás doblez ni engaño (I *Petr.* II); y así tuvo tanta ojeriza contra la limpieza fingida, que no era de corazon, que la reprendia ásperamente diciendo (*Matth.* XXIII, 25): ¡Ay de vosotros hipócritas, que limpiais el cáliz y el plato por defuera, y de dentro estais llenos de inmundicia! Fariseo ciego, limpia primero lo de dentro, y de ahí resultará quedar limpio lo de fuera; porque de la limpieza del corazon procede la pureza de la obra

exterior; y como ninguno querria beber en vaso que está muy súcio por de dentro, aunque esté limpio por defuera (*Sap.* VII, 26); así Cristo nuestro Señor no se agrada de la limpieza exterior sin la interior. Ó Salvador purísimo, resplandor de la luz eterna, espejo de Dios sin mancilla, é imágen de su bondad, límpiame de todas mis mancillas, y adórname con todas tus virtudes, para que de dentro y de fuera sea puro en tu presencia por todos los siglos. Amen.

3. Lo tercero, consideraré como el premio de esta limpieza es la esencial bienaventuranza de los Santos, así la de esta vida, que consiste en ver á Dios nuestro Señor por la contemplacion amorosa y gozosa en poseerle, como la de la otra vida, que consiste en la vista clara del mismo Dios (de cuyas grandezas dirémos despues en la parte VI, en la meditacion LI). Y por esto dijo David (*Psalm.* XXIII, 3): ¿Quién subirá al monte del Señor? ¿Y quién morará en su santo cielo? El inocente de manos y el limpio de corazon, el que no recibió su alma en vano, ni trató á su prójimo con engaño. ¡Oh bienaventurada limpieza, que es levantada á tanta grandeza! Ó alma mia (*Apoc.* XXI, 27), pues ninguno manchado de culpas puede entrar en el cielo á ver á Dios, procurá suma pureza y limpieza para que alcances esta dichosa vista.

PUNTO NONO.—*Bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios.*— 1. Pacíficos son los que hacen paz, en lo cual hay cuatro grados muy excelentes.—El primero es, pacificarse á sí mismo, sujetando su carne al espíritu, sus pasiones á la razon, y todo su espíritu á Dios.—El segundo es, pacificarse con los demás hombres, procurando, cuanto es de su parte, tener paz con todos, sin darles ocasion de turbacion, sino de mucha union.—El tercero es, pacificar á los prójimos entre sí, procurando concordar á unos con otros.—El cuarto y supremo es, pacificar las almas con Dios, ayudando á reconciliarlas con él y á reducir las criaturas al servicio de su Criadór. Ponderando estos grados de paz, cuya grandeza, como dice el Apóstol (*Rom.* XII, 18), sobrepuja á todo sentido, lloraré la falta que tengo de ellos, suplicando á Nuestro Señor me los comunique. Ó Dios de la paz y caridad, concédeme la paz que diste á tus Apóstoles (*Ioan.* XX, 19), para que te sirva con paz y quietud, y otros te sirvan por medio mio, pacificándolos yo contigo.

2. Lo segundo, consideraré como Cristo nuestro Señor vino del cielo á traer esta paz, y por excelencia se llama Rey pacífico, y de ella se preció tanto, que saludaba con ella á sus Apóstoles, y quiso que ellos saludasen con la misma diciendo: Paz sea en esta casa; y

en razon de pacificarnos con su eterno Padre, padeció innumerables persecuciones, sin perder él su paz, antes era pacífico con los que aborrecian la paz (*Psalm.* CXIX, 7); y por la sangre que derramó en la cruz, como dice san Pablo (*Colos.* I, 20), pacificó todas las cosas del cielo y de la tierra. Ó Rey pacífico y soberano, pues tanto te costó ganar esta paz, no permitas que yo pierda el fruto de ella, ni sea parte en ninguna guerra, para que deje yo de seguir tu paz.

3. Lo tercero, consideraré como el premio de los pacíficos es ser por excelencia hijos de Dios.—Lo primero, porque serán señaladamente muy amados de él, y hallarán gracia en su presencia, por tener con él mucha semejanza.—Lo segundo, porque los tomará debajo de su paternal providencia, mirando por ellos, como por hijos muy queridos, regalándolos y enriqueciéndolos con sus dones, y dándoles espíritu de verdaderos hijos, para que no solamente se llamen, sino sean hijos de Dios. (I *Ioan.* III, 1).—Y finalmente, porque serán herederos de su gloria, donde alcanzarán cumplidamente esta dignidad, y con ella inmensa y eterna paz. ¡Oh bienaventurados los pacíficos, que á tal dignidad son levantados; y desdichados los que turban la paz, porque serán llamados hijos del demonio, con quien tendrán parte en la herencia del infierno!

Punto décimo.—*Bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia, porque suyo es el reino de los cielos.*— 1. Lo primero, se ha de considerar qué persecuciones han de padecer los justos, de quién, por qué causa y cómo. Las persecuciones son todo género de injurias y aflicciones en hacienda, honra, contento, salud y vida; de las cuales ó de algunas de ellas ninguno se escapa. Porque regla general es, dice san Pablo (II *Tim.* III, 12), que todos los que quieren vivir con piedad en Cristo, han de padecer persecuciones por él. Estas procurarán los demonios, por el odio que tienen á Dios nuestro Señor y á la virtud; y tambien sus ministros los hombres, así los enemigos descubiertos, como los que se precian de amigos con título de piedad; y hasta los padres, hermanos y deudos, dice Cristo nuestro Señor (*Luc.* XXI, 16), nos entregarán á la muerte, pensando á veces que hacen servicio á Dios en ello. La causa de estas persecuciones no serán delitos propios, como dice el apóstol san Pedro (I *Petr.* II, 19), sino la justicia; esto es por guardar la fe y religion; por hacer las obras de virtud á que están obligados; por reprender los vicios y cumplir con sus oficios; por seguir la vida perfecta y religiosa á que son llamados. El modo como han de su-

frirlas es con grande paciencia y alegría, teniendo por especial favor de Nuestro Señor padecer algo por su amor (I *Petr.* IV, 15); porque padecer por la injusticia que hice ó con impaciencia no toca á esta bienaventuranza.

2. Lo segundo, consideraré los raros ejemplos de Cristo nuestro Señor en esta materia, porque desde niño fue perseguido, y mucho mas los tres años postreros de su vida, concurriendo á perseguirle toda suerte de personas, y en toda suerte de cosas con mayor fiereza que jamás se vió, y por la causa mas justa de su parte que jamás hubo, en razon de publicar su santa ley, y de reprender los vicios y maldades y de redimir el género humano. Y todo lo padeció con una paciencia admirable y milagrosa, como se verá en la meditacion fundamental de la parte IV, que es toda de este punto. Con este ejemplo me animaré á padecer y sufrir, diciéndome á mí mismo: Si á mi Señor persiguieron, ¿qué mucho persigan á mí su siervo? Si llamaron Beelcebub al padre de familias (*Matth.* X, 25), ¿qué maravilla llamen de la misma manera á los de su casa? Ó Salvador mio, de tu casa soy, y aparejado estoy á sufrir y padecer cualquier persecucion, por la gloria y galardon de ella; concédeme que, á-imitacion tuya, haciendo en tu servicio grandes bienes, padezca sin ofensa tuya grandes males.

3. Lo tercero, consideraré como es premio de estos perseguidos el mismo reino de los cielos que se promete á los pobres de espíritu; pero con mayor ventaja, porque mas es sufrir las persecuciones que vienen por mano ajena, que sufrir los trabajos y miserias de la pobreza que se toma por eleccion propia. Este reino les da Dios á gustar en esta vida, comunicándoles por medio de las tribulaciones grande justicia, paz y gozo en ellas. (*Rom.* XIV, 17). Por lo cual dijo Cristo nuestro Señor, que nos daria en este siglo (*Marc.* X, 30): *Centies tantum cum persecutionibus*: el cien doblo con las persecuciones, y despues la vida eterna. Y así añade: *Bienaventurados sois, cuando por mi causa os maldijeren los hombres y dijeren contra vosotros todo género de mal con mentira; gaudete, et exultate:* alegraos y regocijaos, porque vuestro galardon es muy copioso en el cielo. Como quien dice: Es tan grande el premio, que sola su esperanza basta para alegraros en las persecuciones con tanta alegría, que exceda cien veces á la que tuviérades careciendo de ellas. ¡Oh dichosas persecuciones que levantan al perseguido á ser rey en los cielos! (*Iacob.* I, 12). Estas serán todo mi gozo; en estas pondré toda mi gloria; vengan, Dios mio, todas las que quisieres permitir, que

yo me ofrezco con tu gracia de abrazarlas por la justicia, con la esperanza que me das de alcanzar tu gloria.

4. Finalmente, consideraré la amenaza que Cristo nuestro Señor hace á los que van por contrario camino, diciendo (*Luc.* VI, 26): *¡Ay de vosotros, cuando os bendijeren todos los hombres!* Esto es, los mundanos, gustando de sus vanas alabanzas y lisonjas. Y en no decir mas que *ay* da á entender que es muy grande la amenaza; como si dijera: ¡Ay de vosotros! porque con estas bendiciones os engañan y hacen caer en graves culpas; y siendo bendecidos de los malos á quien imitais, tendréis parte en las maldiciones que vendrán sobre ellos. No quiero, Redentor mio, ser bendecido de los mundanos, ni que la lisonja del pecador unja como aceite mi cabeza, porque la maldicion no penetre como aceite mis entrañas. Aquí quiero ser maldecido de los malos (*Psalm.* CVIII, 18; CXL, 5), para ser despues bendecido por tí con los buenos, y reinar contigo en el reino de tus cielos por todos los siglos de los siglos. Amen.

MEDITACION XII.

DE LOS OFICIOS QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR ENCOMENDÓ Á SUS APÓSTOLES EN ESTE SERMON DEL MONTE.

—Dichas las ocho bienaventuranzas, encargó Cristo nuestro Señor á sus Apóstoles y sucesores los tres actos y oficios de la jerarquía celestial y eclesiástica, que llama san Dionisio (*Cap.* III de Coelest. Hierar.) purgar, alumbrar y perfeccionar, usando para esto de tres apacibles comparaciones, de las cuales será esta meditacion, aplicándolas cada uno á sí mismo para su provecho.

PUNTO PRIMERO.— 1. *Vosotros sois sal de la tierra: si la sal pierde su sabor y se deshace, ¿quién la salará? No valdrá para cosa alguna, sino para ser echada en el muladar y pisada de los hombres.* (*Matth.* V, 13).–Lo primero, consideraré como el oficio de los varones apostólicos, que desean imitar perfectamente á Cristo nuestro Señor, es con su palabra y doctrina, y con el ejemplo de su vida, salar los corazones de los hombres terrenos, purificándolos de los humores viciosos de sus pecados, para que no huelan mal ni se pierdan para siempre. Y juntamente hacerles sabrosa la penitencia y mortificacion y los ejercicios de virtud, para que de buena gana las coman; y ellos mismos tambien sean sabrosos á Dios, para que guste de incorporarlos consigo, y tener paz y union de amor con ellos. Pero este ofi-

cio no le tienen por su naturaleza ni por herencia, sino por la sal de sabiduría y gracia que Dios les comunica; con la cual purificados en sí mismos, ayudan á purificar á otros.

2. Luego ponderaré cuán bien hizo este oficio de sal Cristo nuestro Señor, y cuán á costa suya; porque como la sal dando sabor al manjar se deshace, así él se deshizo á sí mismo (*Philip.* II, 7) con humillaciones y trabajos, para hacernos sabrosos á Dios, y con su ejemplo hacernos sabrosa la virtud y merecernos la sal de la sabiduría y gracia que la da este sabor (*Levit.* II, 13; *Marc.* IX, 49); porque como ningun sacrificio antiguo agradaba á Dios si no tenia sal, así ninguna obra nuestra le agradará si no está unida con Cristo y con su gracia. Ó dulce Jesús, sed Vos sal de la tierra de mi corazon que está muy desabrido, para que sea sabroso y agradable á vuestro Padre. Y pues con dificultad se come lo que no está sazonado con sal (*Iob,* VI, 6), sazonadme la virtud con la sal de vuestra gracia, para que guste de comerla.

3. Lo tercero, ponderaré como este oficio, aunque es dádiva graciosa de Dios, pero su conservacion tambien pende de nuestro libre albedrío; por lo cual, quien es sal y conservando su entereza merecia estar en la mesa de Dios con grande honra, si despues por su soberbia se desvanece y deshace, y pierde su sabor, será echado fuera de la proteccion de Dios al muladar del mundo, y vendrá á ser pisado de los hombres y hollado de los demonios en el infierno con grande ignominia. Ponderando todo esto, miraré si tengo en mí esta sal y con qué sabor sirvo á Dios, y cómo hago oficio de sal con los que están á mi cargo, deseando hacer sabrosa la virtud á todo el mundo. Ó dulce Jesús, hazme sal de la tierra, aunque haya de pasar por fuego y agua. No permitas que en lugar de darla sabor, la escandalice, y que como tierra sembrada de sal sea estéril por mi culpa, convirtiendo en su daño el oficio que me diste para su provecho.

PUNTO SEGUNDO.— 1. *Vosotros sois luz del mundo; ninguno enciende la candela y la pone debajo de la medida, sino encima del candelero, para que dé luz á toda la casa; así resplandezcan vuestras obras delante de los hombres, que vean vuestras obras buenas, y glorifiquen á vuestro Padre que está en los cielos.*—Lo primero, consideraré como el oficio de los Apóstoles y doctores no es terreno sino celestial (*Dan.* XII, 3), porque como estrellas del firmamento y cielo de la Iglesia han de lucir y resplandecer, procurando con su doctrina y ejemplar vida ser luz de los hombres mundanos, desterrando de ellos las ti-

nieblas de la ignorancia y de la culpa (*Ephes.* v, 9); y comunicándoles la luz de la verdad y de la virtud, para que se conviertan de hijos de tinieblas en hijos de luz, y vivan conforme á ella. Para esto miraré cuán bien hizo este oficio de luz Cristo nuestro Señor, el cual dijo de sí mismo (*Ioan.* IX, 5): Mientras estoy en el mundo, luz soy del mundo. Ó Sol de justicia, de quien reciben luz las estrellas de la Iglesia, hazme como una de ellas, libre de toda oscuridad, para que estando en el puesto que me has dado (*Baruch*, III, 34), acuda con presteza á tu llamamiento, y alumbre con alegría al mundo que criaste para gloria tuya. Amen.

2. Lo segundo, consideraré cuán grande yerro es, por cobardía y pusilanimidad, esconder la luz y caudal de doctrina que Dios nuestro Señor me da, ú oscurecerla con fines terrenos, poniéndome á peligro de perderla y quedarme á oscuras, como se muere la luz de una candela puesta debajo de alguna medida ó cubierta sin respiradero. Y no es menor yerro, si Nuestro Señor me ha puesto sobre algun candelero de su Iglesia militante, esto es, en algun estado y oficio público, no dar luz de doctrina y ejemplo á los que están á mi cargo; porque, como dijo Cristo nuestro Señor á un prelado descuidado (*Apoc.* II, 5), quitará el candelero de su lugar, quitándome el oficio, y castigándome el descuido que en él hubiere tenido.

3. Y al contrario, ponderaré cuánto gusta Cristo nuestro Señor de que nuestras obras sean tan santas y resplandecientes, que provoquen á los que las ven á glorificar á su eterno Padre y hacer otras tales, con que sea del mismo modo glorificado, purificando la intencion de otros fines contrarios á este; de modo que no busque en las obras mi gloria, sino la de Nuestro Señor, teniendo por gloria mia la que es suya, doliéndome por haber sido causa con mis obras malas de que el nombre de Dios sea oscurecido, y otros le hayan blasfemado. (*Rom.* II, 24). Ó Salvador mio, pues tanto deseas la gloria de tu Padre, concédeme tal resplandor de vida, que por ella crezca y se dilate su gloria. Amen.

PUNTO TERCERO.—*No puede esconderse la ciudad puesta en el monte.*—Por esta tercera comparacion, declara Cristo nuestro Señor á sus Apóstoles, que su oficio no era ser ermitaños ni solitarios, atendiendo solamente á su propio provecho, sino ser ciudad para recoger á otros muchos; y no ciudad fundada en valle, esto es en vida imperfecta y ratera, sino fundada sobre monte; esto es en grande fortaleza y alteza de perfeccion, conforme á lo que dijo el profeta

Isaías (*c.* XL, 9): Sube sobre un monte alto, tú que evangelizas á Sion; levanta con fortaleza la voz, tú que predicas á Jerusalen. Y por consiguiente les avisa, que su oficio ha de ser recoger, no poca gente, sino mucha, como ciudad populosa, admitiendo á todos los que desean ser perfectos, y enseñándoles el camino de la perfeccion evangélica, y la policía de la vida celestial; porque Dios nuestro Señor desea que sus escogidos no se contenten con medianías, ni se paguen de obras bajas y rateras, sino que suban á la alteza de la vida perfecta, y ayuden á sus prójimos á lo mismo, para que con otros muchos suban á poblar la ciudad soberana. Ó Sabiduría eterna, que mandas á tus esclavas (*Prov.* IX, 3), que son las almas de los predicadores, que llamen gente para que suba á los muros y alcázar de la ciudad, exhortándolos á la alteza de la perfeccion cristiana; llámame con eficacia, para que yo suba primero á ella; y ayúdame tambien á llamar á otros que suban por mi medio, para que seas glorificado de todos. Amen.

MEDITACION XIII.

DE LA LEY EVANGÉLICA, QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR PUBLICÓ EN ESTE SERMON DEL MONTE, DE SUS EXCELENCIAS, Y DE LA ALTEZA DE PERFECCION Á QUE LOS LEVANTA.

PUNTO PRIMERO. — 1. Lo primero, se ha de considerar como queriendo Cristo nuestro Señor promulgar su ley evangélica, primero declaró la estima que se habia de tener de la ley natural, declarada en los libros de Moisés y de los Profetas, y el oficio que cerca de ella habia de hacer en el mundo, diciendo (*Matth.* v, 17): *No vine á quebrantar la ley, sino á cumplirla;* lo cual hizo excelentísimamente en tres maneras (*D. Aug.* Lib. I, de serm. Domini in Monte, *c.* 14; *D. Chrysost.*, Hom. 16 in Matth.)-Lo primero, no vino del cielo á traspasar la ley, viviendo á sus anchuras con libertad de carne, como quien no está atado á ley alguna; ni vino á dispensar en ella consigo, ni con los suyos, sino antes vino á guardarla estrechísimamente, y á dar á todos sus discípulos ejemplo de lo mismo. De suerte que á su imitacion debo yo decir: No vine al mundo á vivir á mi voluntad, atropellando la de Dios y haciendo astillas el yugo de su ley, sino á sujetarme á ella y cumplirla con entereza; ni vine á la religion á cumplir mi voluntad propia, sino la divina, declarada en las reglas de mi instituto; porque si mi Dios y supremo Legislador,

con ser superior á la ley, se sujetó á ella y vino del cielo á mostrar la estima que tenia de ella en tomar su mismo yugo, ¿qué mucho me sujete yo á él? ¿Y qué desvergüenza seria desecharle?

2. Lo segundo, vino del cielo á cumplir la ley, cuanto á las promesas que encerraba, con tanto rigor, que dice: *Mientras durare el cielo y la tierra, ni una jota, ni una tilde de la ley se dejará de cumplir*. De suerte que puedo estar certísimo y segurísimo de que Dios de su parte cumplirá todo cuanto ha prometido en la ley, por mínimo que sea; como Cristo nuestro Señor cumplió y puso por obra todo cuanto de él estaba revelado y prometido; con lo cual me provoca á que yo tambien cumpla y guarde todos sus mandamientos, no solamente los mayores sino los menores, significados por la *j* ó *i*, que es la menor de las letras; procurando tambien cumplirlos con todas sus circunstancias y modos de perfeccion que tienen significados por la tilde que se pone encima de la letra.

3. Lo tercero, vino del cielo á cumplir la ley, añadiendo la perfeccion que le faltaba, declarando mas sus preceptos, poniendo admirables consejos y comunicando interiormente la gracia con que se cumplen todos. Ó Legislador soberano, gracias te doy cuantas puedo por estos varios modos con que cumpliste tu misma ley; ayúdame con tu gracia á cumplir lo que me mandas para que cumplas en mí lo que prometes.

Punto segundo.— 1. Lo segundo, se ha de considerar dos memorables sentencias ó conclusiones que Cristo nuestro Señor infiere de lo dicho. La primera es: *Quien quebrantare uno de los mandamientos pequeños y enseñare lo mismo, será pequeño en el reino de los cielos*, que es la Iglesia militante y triunfante. En las cuales palabras nos avisa lo primero, que quien quebrantare un mandamiento de los pequeños, aunque guarde los demás, será pequeño, esto es será despreciado y tenido en poco en el reino de los cielos. Y por consiguiente excluido de él, como indigno de tal reino; así como Adan fue echado del paraíso por haber quebrantado un solo precepto; porque quien quebranta uno, injuria, como dice el Apóstol (*Iacob.* II, 10), al Legislador que los puso todos, y destruye la caridad en que están unidos todos; y así perderá los bienes del cielo, como si los quebrantara todos.

2. Pero si el mandamiento fuere de los mas pequeños, que no obliga á culpa mortal, quien á sabiendas y de malicia le quebrantare, tambien será pequeño en la virtud, por haber hecho poco caso de lo que Dios manda; pues debiera mirar que aunque la cosa es

pequeña, el que la manda es grande, y no tiene por cosa ajena de su grandeza mandar cosas pequeñas, y por esta parte no es pequeña injuria el despreciarlas. Y pues el vencedor es mayor que el vencido, quien es vencido de cosa pequeña, será pequeño. Y se cumplirá en él lo que dice el Sábio (*Eccli.* XIX, 1): Que quien desprecia las cosas pequeñas, poco á poco vendrá á caer en culpas grandes. —Lo tercero, si, no contento con quebrantar algun mandamiento, persuadiere á otros lo mismo, ó con palabra ó con ejemplo, escandalizándoles y provocándoles á pecar, este será el mínimo en el reino de los cielos, y será excluido de él por dos títulos; esto es, por haber sido malo para sí y para otros.

3. La segunda sentencia es: *Quien hiciere y enseñare, será grande en el reino de los cielos.* En las cuales palabras nos enseña, que la medida de la santidad, y de la grandeza en virtud, y del premio que se dará por ella en el reino de los cielos, es la observancia de la ley, en la cual hay dos grados. Uno es hacer, y otro enseñar. Hacer es, cumplir toda la ley, cuanto á los mandamientos, grandes y pequeños, sin dejar ninguno, al modo que se ha dicho. Enseñar es, persuadir á otros que cumplan la misma ley que él cumple. Y este segundo grado es mas excelente que el primero, pero juntólos Cristo nuestro Señor, para significar que tienen alguna trabazon, por cuanto el segundo no hace grande al que enseña, si no es que obre. Y el primero, por la parte que obra, enseña tambien con el ejemplo y está aparejado á enseñar de palabra, cuando Dios se lo mandare, por razon de su estado y oficio, ó por la ley y dictámen de la caridad; y cuando de esta manera enseña, es muy grande entre los grandes del cielo; porque no hay mayor grandeza, que á imitacion de Dios ser bueno y perfecto en sí mismo, y ayudar á que otros sean tambien buenos y perfectos, como verémos en el punto que se sigue.

PUNTO TERCERO.— 1. Lo tercero, se ha de considerar la grandeza de perfeccion á que Cristo nuestro Señor exhorta á sus discípulos, la cual es la mayor que en esta vida se puede alcanzar, como la declaró por aquellas regaladas palabras (*Matth.* V, 19): *Estote perfecti, sicut Pater vester coelestis perfectus est:* sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto. Para penetrar la soberanía de esta sentencia he de ponderar como la perfeccion de Dios nuestro Señor consiste en tres cosas. —La primera, en carecer de toda culpa y defecto: de modo, que es imposible hacer cosa que sea mala ó defectuosa contra su bondad y santidad. —La segunda es, abrazar todas las virtudes y perfecciones que se pueden imaginar, sin que le falte

ninguna; porque cuantas hay en las criaturas, y otras innumerables que no alcanzamos, están unidas en el Criador. – La tercera es, tener cada una de estas perfecciones con la mayor excelencia que es posible. De modo, que no se puede imaginar mayor sabiduría, bondad y caridad, que la de Dios, porque es infinitamente sábio, bueno y caritativo, y lo mismo en las demás perfecciones.

2. De aquí es, que siendo Dios tan perfecto en sí mismo, tiene grande inclinacion á que todas sus obras sean perfectas, y participen en el grado que pueden de su infinita perfeccion, especialmente los hombres, que crió á su imágen y semejanza; y de este deseo nace decirnos Cristo: Sed perfectos como lo es vuestro Padre celestial; que es decirnos: No os contenteis con mediana pureza y santidad, ni tomeis por dechado de vuestra perfeccion solamente á Abrahan, ó Moisés, ó alguno de los Profetas, ni solamente á los Ángeles, Querubines ó Serafines, sino tomad un dechado infinito de perfeccion infinita, para que á su imitacion procureis la mayor perfeccion que os fuere posible; y este dechado sea vuestro Padre celestial, para que como hijos procureis serle muy semejantes en las tres cosas que abraza su infinita perfeccion. Gracias te doy, Hijo de Dios vivo, por el favor que haces á los hijos adoptivos, exhortándolos á ser perfectos, como lo es tu Padre celestial. Ilústrame, ó Maestro soberano, para que conozca la perfeccion que me encomiendas, enciéndeme para que la ame, y fortaléceme para que la busque, de modo que la alcance. Amen.

3. De aquí he de sacar unos fervorosos propósitos de imitar la perfeccion de Dios. Lo primero, procurando apartarme de toda culpa, no solo mortal sino venial, en cuanto pudiere, conforme á lo que dijo á su pueblo (*Deut.* XVIII, 13): Sé perfecto y sin mancha delante de mí. – Lo segundo, procurando ganar todas las virtudes, ejercitar sus obras con la mayor extension que pudiere, no solamente las de precepto, sino las de consejo; pues mi Padre celestial no solamente me da las cosas necesarias para la vida, sino otras muchas para mi regalo. – Lo tercero, procurando ejercitar las virtudes con el mas excelente modo que me fuere posible. De suerte, que mi amor de Dios sea con el modo que se pone en el precepto, amándole con todo mi corazon, alma y fuerzas; y mi obediencia, humildad y paciencia sea con los grados mayores que pueden tener estas virtudes: procurando, como dice san Pablo (*Philip.* I, 9), que mi caridad crezca mas y mas, aprobando siempre las cosas que son mejores. Y pues la caridad no tiene límite en su aumento, mi deseo ha de ser de

crecer siempre en ella. Ó alma mia, pues este dechado es infinito (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 24, *art.* 7), y por mucho que le imites, es infinito lo que te queda por imitar, imítale cuanto mas pudieres, para llegarte mas á su infinita perfeccion. Ó Padre amantísimo, pues me mandas ser perfecto como tú lo eres, dame lo que me mandas para que cumpla lo que deseas.

PUNTO CUARTO. — 1. Lo cuarto, se ha de considerar la soberana perfeccion de la ley evangélica, que Cristo nuestro Señor promulgó para que fuésemos perfectos como su Padre celestial lo es, ponderando como tiene otras tres cosas en que es semejante á la perfeccion de Dios. – La primera es (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 108, *art.* 3 *et* 4), prohibir todo género de culpa grande y pequeña, hasta una palabra ociosa, sin que consienta cosa alguna defectuosa. Y para mas desviarnos de las culpas, nos encarga que nos desviemos aun de cosas muy menudas, y de cualesquier aficiones demasiadas, que pueden ser ocasion de ellas. Al modo que mandaba Dios antiguamente á los nazareos (*Num.* VI, 3), que no bebiesen vino, ni comiesen uvas, ni pasas, ni aun sus granillos, para que estuviesen mas apartados de la embriaguez. Y esto se puede ponderar discurriendo por algunos mandamientos que llamamos negativos, en que se prohibe algo. Porque en el segundo, para que estemos mas léjos de jurar mal, dice Cristo nuestro Señor, que no juremos, ni aun por un cabello de nuestra cabeza; y que nuestro ordinario hablar sea, sí, sí, no, no (*Matth.* V, 36); porque lo demás, *à malo est*, ó es malo, ó peligroso é imperfecto, si no es en caso de grave necesidad. En el quinto, para desviarnos de matar al prójimo, dice: Que no le injuriemos de palabra, ni por seña, ni tengamos ira interior; y que si nos injuriare, con gran paciencia le suframos, volviendo el carrillo izquierdo al que nos hiriere en el derecho. En el sexto, para no caer en deshonestidad, manda, que si mi ojo ó mano derecha me escandaliza, los arranque, esto es, que me aparte de cualquier persona ó cosa que me puede ser ocasion de pecar, por mas amada y preciada que sea, y por mas necesaria que me parezca. En el séptimo, para estar mas léjos de hurtar lo ajeno, dice (*Matth.* V, 12), que demos de lo propio, y que á quien me quitare la capa le convide con el sayo. ¡Oh pureza soberana de la ley evangélica, ley digna del purísimo Dios! Verdaderamente, Señor, tus mandamientos son castos y puros como plata purificada de la tierra que ha pasado siete veces por el fuego. (*Psalm.* XI, 7). ¡Oh si los guardase perfectamente para quedar limpio de los siete vicios, y libre de todas imperfecciones!

2. La segunda excelencia (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 108, *art.* 2) de la ley evangélica es, extenderse á mandar ó aconsejar todo género de virtudes, así teologales como morales, en órden á Dios, á sí mismo y á los prójimos: de suerte, que quien la guarda tendrá todas las virtudes que le perfeccionan con su Criador, y las que doman las pasiones de su carne para sujetarla al espíritu, y las que cumplen todas las obras de justicia y de misericordia con el prójimo. - Á esto añade la tercera excelencia, que enseña cada una de estas virtudes con el mayor grado de perfeccion que es posible en esta vida. De modo, que no puede haber mas profunda humildad, ni mas heróica paciencia, ni mas admirable obediencia, ni mas perfecta caridad, que la que nuestra ley enseña. ¿Qué intencion mas pura puede ser, que esconder tanto las obras, que no sepa la mano izquierda lo que hace la derecha por agradar á Dios? (*Matth.* VI, 3). Y ¿qué mayor amor de Dios puede haber, que amarle con todo su corazon, ánima, espíritu y fuerza? Y ¿qué amor del prójimo puede ser mas excelente, que el que se extiende á los mismos enemigos, orando por ellos, saludándolos, y haciéndoles bien, á imitacion de nuestro Padre celestial, que hace salir su sol para buenos y malos, y llueve para justos y pecadores? De donde concluyó Cristo nuestro Señor la sentencia que arriba se puso: Sed pèrfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto. Ó Padre celestial, que mostraste tu perfectísima caridad en hacer que el Sol de justicia tu Hijo naciese para todos los hombres, y la lluvia de su doctrina se comunicase á todos, dando en esto á sus enemigos el sumo bien que les podias dar para su remedio; concédeme que imite tu infinita caridad con todas sus virtudes, del modo que las mandas en tu santa ley, para que alcance la perfeccion de todas ellas. Amen.

3. De aquí he de sacar, que mi principal fin en la vida cristiana ó religiosa ha de ser guardar la ley evangélica en las tres cosas dichas, con la mayor excelencia que pudiere, acordándome de lo que dice san Pablo (I *Tim.* I, 5): Que el fin del precepto es la caridad, con estas tres condiciones, con puro corazon limpio de culpas, con buena conciencia adornada con obras de todas las virtudes, y con fe no fingida, perseverando fielmente en pretenderlas hasta lo supremo de ellas; y procurando, como él mismo dice (*Rom.* XII, 2), cumplir la voluntad de Dios, buena, agradable y perfecta, y de este modo seré perfecto; porque, como dijo san Juan (I *Ioan.* II, 5; *D. Thom.* 2, 2, *q.* 184, *art.* 1), en quien guarda las palabras de Dios está la caridad perfecta, y por consiguiente toda

la perfeccion cristiana, porque esta consiste en la perfeccion de la caridad.

MEDITACION XIV.

SOBRE LA ORACION DEL PATER NOSTER.

—En este sermon del monte enseñó Cristo nuestro Señor á sus discípulos la oracion que llamamos dominical (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 83, *art.* 8; *Matth.* VI, 9; *Luc.* XI, 2), la cual tiene el supremo lugar sobre todas las oraciones, por haberla compuesto el supremo Maestro de la oracion, á fin de enseñarnos á orar, y así la meditarémos palabra por palabra, practicando en ella el modo de orar, por palabras que declaramos en el párrafo 9.° de la introduccion de este libro.—

—Puesto, pues, en la presencia de Dios trino y uno, á quien esta oracion se endereza, aunque tambien la puedo enderezar á cada una de las tres divinas Personas, suplicaré á Jesucristo nuestro Señor ilustre mi alma con su luz celestial, y la encienda con el fuego de su amor, para que sienta las verdades y grandezas de espíritu que encerró en esta breve oracion; y para que acierte á pedirle todo lo que en ella quiso que le pidiese, y con una pureza de intencion, y con un afecto fervoroso de devocion, semejante al que él mismo tuvo cuando la dijo, hablando con su Padre; porque es de creer que de tal manera iba enseñando á los Apóstoles, que juntamente iba orando á Dios. Y aun cada dia no cesa de decirla en nosotros, porque, como dice san Agustin (Praefat. in Psalm. LXXXV), Cristo nuestro Señor ora por nosotros como sacerdote, y ora en nosotros como nuestra cabeza, influyéndonos el espíritu y virtud de orar, y así, *dicimus cum illo, et ille nobiscum:* decimos esta oracion con él, y él con nosotros; y nuestra oracion ha de ir unida con los merecimientos que tuvo la suya, para que sea bien oida y despachada.—

—Pero hase de advertir, que Cristo nuestro Señor enseñó esta oracion dos veces; una en el monte públicamente á todos; y otra vez en acabando él de orar, diciéndole uno de sus discípulos: *Maestro, enseñanos á orar, como lo enseñó Juan á sus discípulos.* En lo cual somos advertidos, que esta oracion ha de ser pública y secreta; cuando se dice en público, como en la misa, hase de decir con la brevedad que aquel lugar pide. Mas cuando se dice en secreto, y se toma por fundamento de la oracion mental, puédese gastar en ella muchas horas, diciendo á Cristo nuestro Señor: Maestro, enséñame á orar (*Luc.* XI, 1), no solo como Juan enseñó á sus discípulos, sino como

tú lo enseñaste á tus Apóstoles, imprimiendo en mi corazon las verdades, sentimientos y afectos que imprimiste en ellos. Hecho esto, diré una sola palabra, buscando con la profunda meditacion lo que significa, acompañándolo con afectos, peticiones y coloquios, conforme á lo que ponderare, ó el espíritu del Señor me inspirare. —

PUNTO PRIMERO. — *Padre.* — 1. Lo primero, ponderaré los títulos porque Dios nuestro Señor es nuestro Padre. Primeramente es Padre de todos los hombres, porque les dió el ser natural, criándolos á su imágen y semejanza; y es Padre de los justos, porque les da el ser de gracia, adoptándolos por hijos y herederos de su cielo; y es mil veces Padre, porque cada vez que pierden este ser que les dió en el Bautismo, está aparejado á volvérsele á dar por la penitencia. Y en esta forma desea ser Padre de todos, no por su interés, sino por el nuestro; no por nuestros merecimientos, sino por sola su misericordia y gracia. Y aunque de balde se ofrece á ser nuestro Padre, no le costó poco el serlo, porque nos engendró con gravísimos dolores en la cruz, muriendo el Hijo unigénito por engendrar hijos adoptivos, para que todos tuviesen un mismo Padre. De todas estas consideraciones sacaré grandes afectos de alabanza, glorificando á Dios por cada uno de los títulos en que se funda ser mi Padre. Ó Padre amantísimo, gracias te doy porque das á tus hijos el ser nobilísimo de tu gracia, sin cansarte de repararle todas las veces que le pierden por su culpa. Ó Ángeles, que teneis á Dios por Padre en el cielo, alabadle y glorificadle porque se ha dignado serlo de los hombres que vivimos en la tierra.

2. Lo segundo, ponderaré cuán bien hace Dios el oficio de Padre, amándonos con ternura, mirando por nosotros con cuidado, amparándonos con su providencia, dándonos sustento con abundancia, y poniéndonos en el estado que nos conviene para nuestra salvacion. De modo, que todos los padres de la tierra no merecen este nombre en su comparacion. Y así nos dijo Cristo nuestro Señor (*Matth.* XXIII, 9): No llameis á ninguno padre sobre la tierra, porque un solo Padre teneis que está en el cielo. Ó Padre soberano, ¿qué gracias te daré porque te dignas hacer conmigo oficio de padre? No quiero llamar padres á los de la tierra, que suelen desampararme, sino solo á tí, Padre celestial, que no me desamparas (*Psalm.* XXVI, 10), si yo no te desamparo. *O Pater, esto mihi Pater, et monstra te esse Patrem.* Ó Padre, sé Padre para mí, y muéstrate conmigo Padre, llenando el nombre que tomaste por mi amor.

3. Lo tercero, ponderaré como por el mismo caso que Dios quiere ser mi Padre, me ofrece la dignidad de hijo, y quiere que haga con él oficio de hijo para con su padre, amándole, reverenciándole, obedeciéndole, y celando su honra y gloria. Ó Padre celestial, ¿de dónde á mí tanto bien, que siendo tan vil criatura sea llamado hijo tuyo? ¿Qué caridad (1 *Ioan.* III, 1) te ha movido á tomar por hijo á un tan vil esclavo? Y pues haces conmigo oficio de padre, ayúdame para que haga contigo oficio de buen hijo. Ó vil gusanillo, no degeneres de la dignidad de hijo de Dios, haciendo cosa indigna del que es hijo de tal Padre. Procura serle semejante en la vida, pues es justo que los hijos se parezcan á sus padres. (*Matth.* V, 45).

4. Lo cuarto, ponderaré las causas porque quiso nuestro Señor que en esta oracion le llamásemos Padre. – La primera, para que despertásemos los afectos de amor y confianza; porque orando con ellos, nos dará lo que aquí le pedimos. – La segunda, para que entrásemos con alabanza de la cosa que mucho estima y de que se precia, glorificándole porque quiere ser nuestro Padre, y esto nos sirva de título para que nos conceda lo que pedimos. – La tercera, para que entendamos que quiere ser servido de nosotros con espíritu de hijos; y que todo lo que pidiéremos ha de ser lo que un buen hijo puede pedir á un tan buen Padre. Ó Padre soberano, cierto estoy que me darás lo que te pidiere como hijo, pues tú me mandas que te lo pida como á Padre.

PUNTO SEGUNDO. – *Nuestro.* — 1. Sobre esta palabra se ha de ponderar las causas porque Nuestro Señor no quiso que dijésemos Padre mio sino Padre nuestro. – Lo primero, para que conociésemos su infinita caridad y liberalidad, la cual resplandece en que como no puede tener mas que un Hijo natural, quiso tener muchos hijos adoptivos, comunicando esta dignidad tan excelente á hombres y Ángeles, dándola á cada uno sin perjuicio del otro; porque de tal manera es Padre de todos, que es tan mio, como si lo fuera de mí solo. Bendita sea caridad tan inmensa en quien cabe tanta infinidad de hijos, cuidando de todos como si no fueran mas que uno.

2. Lo segundo, para que entendiésemos que como él es Padre de muchos hijos, así tambien todos somos hermanos, y con esto se despertase en nosotros el amor de nuestros prójimos, pidiendo para todos, y deseando que todos sean hijos adoptivos de este Padre, sin despreciar á ninguno; pues el rico y el pobre, el noble y el pechero, el sábio y el idiota, pueden ser igualmente hijos de un mismo Padre celestial, acordándome de aquellas palabras de Malaquías

(*c.* II, 10): ¿Por ventura no es uno el Padre de todos? ¿Por ventura no nos crió un mismo Dios? Pues ¿por qué desprecia cada uno de nosotros á su hermano? Ó Padre nuestro, bástame saber que sois Padre de los hombres, para que yo los ame como á hermanos; á todos abrazaré con el amor, pues á todos abraza vuestra caridad.

3. Lo tercero, para movernos á reverencia, porque la palabra Padre mio es de mucho regalo, y mas propia del Hijo unigénito de este divino Padre, á quien tengo de tratar con amor y reverencia juntamente. Aunque sin embargo de esto, á mis solas y en mi rincon le puedo llamar Padre mio, pues tan mio es como si no tuviera otro hijo adoptivo mas que á mí.

PUNTO TERCERO. – *Que estás en los cielos.* — 1. Aquí se ha de considerar, como estando Dios en todo lugar, dijo solamente que estás en los cielos. – Lo primero, para moverme á reverencia, considerando la dignidad de este soberano Padre, que es Señor de los cielos, y reina en ellos. – Lo segundo, para levantar mi corazon de lo terreno á lo celestial, despreciando todo lo de acá, y suspirando por la herencia del cielo, donde está nuestro Padre. – Lo tercero, para que en esta vida mortal viva como peregrino y extranjero; pero como pretendiente del cielo, buscando la pureza celestial, sin la cual no se entra allá. – Lo cuarto (*Psalm.* CXX, 1), especialmente para que en la oracion levante mi espíritu al cielo, de donde me ha de venir el socorro y los bienes que pido. Ó Padre que moras en los cielos, llévame á donde estás; y entre tanto que no me llevas, ayúdame con tu gracia para que toda mi conversacion sea en el cielo (*Philip.* III, 20), olvidado de lo que hay en esta tierra. Ó alma mia, peregrina eres en esta tierra, pues tu Padre y tu herencia es en el cielo; suspira por ir á su casa para que goces de su herencia.

2. Últimamente, ponderaré como tambien se llaman cielos (*Aug.* de serm. Dni. in Monte, *c.* 9; *Ambr.* lib. V de Sacr. *c.* 4), los justos en quien Dios mora por gracia, y de ellos se hace aquí mencion, para que se entienda que Dios es Padre principalmente de los justos, que son cielo suyo; y para que quien ora despida de sí toda culpa y terrestridad, y se haga cielo, donde Dios pueda morar, y para que se recoja y entre dentro de sí á donde está Dios, y allí derrame su oracion delante de su Padre que está en lo secreto de su corazon, y le ve en lo escondido del retrete interior donde ora. ¡Oh quién fuese cielo claro y adornado de virtudes, en quien Dios gustase morar! Confieso, Dios mio, que soy hombre de tierra y terreno, como hijo del terreno Adan; pero con tu gracia deseo convertirme en cie-

lo y en hombre celestial, como hijo del celestial Adan. Ven, Señor, á este tu siervo, que con tu presencia será cielo.

—Las tres palabras dichas son preámbulo de esta oracion: en las siguientes se ponen las siete peticiones que en sí encierra. —

PRIMERA PETICION.—*Santificado sea tu nombre.* — 1. En esta primera peticion se pide, que Dios sea conocido, alabado y glorificado de todos, y su nombre venerado y adorado, y tenido por santo. Mas ponderando cada palabra por sí, primeramente ponderaré por qué dijo mas, santificado sea tu nombre, que glorificado ó alabado. La causa es, porque Dios de ninguna cosa tanto se precia, como de ser Santo (*Isai.* VI, 3); y por consiguiente, ninguna gloria se le puede dar mayor que tenerle por Santo; y á imitacion de los Serafines y de los santos cuatro animales del Apocalipsis (*Apoc.* IV, 2), clamar con grande afecto: Santo, Santo, Santo es el Señor Dios de los ejércitos, el que es, fue y será para siempre. Ó Padre santísimo (*Levit.* XI, 44), gózome de la santidad que tienes, deseando que tus hijos te imiten en ella. De esta me quiero preciar, para cumplir lo que me mandas y ser santo como tú lo eres.

2. Lo segundo, ponderaré por qué dijo mas, santificado sea tu nombre, que santificada sea tu majestad ó tu potencia. La causa es, porque es justísimo que todo cuanto conocemos de Dios, y tiene su nombre entre nosotros, sea venerado y glorificado y tenido por santo. Ó Padre celestial, como quiera que te nombre, eres Santo, y deseo que todos conozcan tu santidad: llámaste Omnipotente y Sábio, Criador y Gobernador, Señor y Padre; pues santificada sea tu omnipotencia y sabiduría, y de todos sea tenida por santa. Ó Criador santo, Gobernador santo, y Padre santo, todos tus nombres son santos, y es justo que todos hinquen la rodilla, y adoren y veneren el nombre de tu deidad en oyéndole nombrar, porque es dignísimo de ser nombrado y oido con suma veneracion por su santidad.

3. Lo tercero, ponderaré aquella palabra, *tuum*, tuyo, como quien dice: pido que sea santificado tu nombre, y no el mio, porque *tu solus sanctus* (*in Missa*). Tú solo eres Santo por esencia, y no hay otro que merezca la divina honra de la santidad, sino tú, de quien y por quien los justos participan una brizna de ella (*Psalm.* CXIII, 9): *Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam:* no á nosotros, Señor, no á nosotros, sino á tu nombre da la gloria: no sea glorificado nuestro nombre, sino el tuyo dulcísimo, porque á tí, Rey de los siglos, inmortal é invisible (I *Tim.* I, 17), se debe toda la honra y gloria, y á nosotros mucha confusion y desprecio.

Confúndome, Dios mio y Salvador mio, de la soberbia con que deseo que mi nombre sea dilatado y extendido por el mundo, conocido y estimado de todos, siendo digno de ser vituperado, blasfemado, despreciado y olvidado. ¡Oh si me ocupase en buscar la gloria de tu santo nombre, olvidándome por tu amor del mio!

4. Lo cuarto, ponderaré por qué no añadió Cristo nuestro Señor, santificado sea tu nombre por nosotros. La causa es, para que nuestra peticion y deseo sea sin tasa ni límite alguno, deseando que el nombre santísimo de Dios sea santificado de los Ángeles y de los hombres; y no solo de los hombres que están en la tierra, sino tambien de las almas que están en el cielo y en el purgatorio; y no solo de los hombres presentes, sino tambien de los que han de nacer; y que todas las criaturas de este mundo visible, del modo que pueden, alaben y glorifiquen este santo nombre, pues es dignísimo de ser glorificado de todos, y que toda rodilla de los moradores celestiales y terrenales é infernales (*Philip.* II, 10) se doble y postre al soberano nombre de Dios y de su Hijo unigénito Jesús, Salvador nuestro.

5. Lo quinto, ponderaré como tengo de santificar este nombre, y como le han de santificar aquellos para quien pido que le santifiquen, porque su principal glorificacion consiste en que todos crean lo que revela, esperen lo que promete, obedezcan á lo que manda, y le adoren y sirvan como él ordena, y le amen de todo su corazon. De modo, que su vida y sus obras sean tales (*Matth.* V, 16), que quien las viere, por ellas glorifique al Padre celestial. Ó Padre gloriosísimo, por los méritos de tu Hijo unigénito te suplico dés luz de fe á todos los infieles, gracia y caridad á todos los fieles, y ferviente amor á todos los justos, para que todos santifiquen tu santo nombre en la tierra, al modo que le santifican los bienaventurados en el cielo. ¡Ay de mí (*Rom.* II, 24), que por mis obras es tu nombre blasfemado entre las gentes! Ayúdame, Dios mio, para que de aquí adelante todas sean tales, que por ellas sea tu nombre glorificado por todos los siglos. Amen.

SEGUNDA PETICION. – *Venga á nos el tu reino.* — 1. Aquí se ha de considerar, qué reino sea este que pedimos. Lo primero, pedimos el reino con que reina Dios en esta vida en los justos por gracia. Este reino abraza la doctrina de la fe que hemos de creer, las leyes de su gobierno que hemos dé guardar, los Sacramentos que hemos de recibir, los sacrificios que hemos de ofrecer, y las virtudes todas con que hemos de servir á nuestro Rey, disponiéndonos para que entre dentro de nuestras almas, y reine en ellas; y finalmente lo que san

Pablo llama justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo (*Rom.* XIV, 17). Ó Rey del cielo, venga á nosotros este tu reino, y venga cada dia con nuevos aumentos de perfeccion, porque muy justo es que como Rey legítimo reines en nosotros y nos gobiernes, y todos estemos sujetos á tu gobierno soberano.

2. Lo segundo, pedimos el reino de la gloria, donde reina Dios con los bienaventurados pacíficamente; pero no dijo llévanos á tu reino, sino venga á nos el tu reino; porque si viene á nosotros el reino de Dios por gracia, cierto es que nos llevará al reino de la gloria; y así mas cuidado hemos de tener en desear el primero que el segundo, porque todos desean reinar con Cristo en el cielo, y esto á todos es sabroso; pero no todos desean que Cristo reine en ellos en la tierra, porque esto es penoso; pero yo, Rey mio, te suplico que venga tu reino, para que reines en mí y en todos por tu gracia. Y tambien te suplico, que aquella ciudad santa de la celestial Jerusalen baje del cielo (*Apoc.* XXI, 2), y se descubra á nosotros, y se nos manifieste por viva fe, para que su vista nos encienda en su amor, y nos lleve á ser moradores de ella. ¡Oh si me viese yo todo engolfado en este reino! ¡oh si viniese y entrase dentro de mí (*Luc.* XVII, 21), pues dentro de mí ha de estar lo que me ha de hacer bienaventurado!

3. Lo tercero, pedimos que venga el reino de Dios, último y consumado, cual será el dia del juicio, cuando del todo se acabará el reino del demonio; y Dios reinará en los justos, glorificando sus almas y cuerpos, y el reino de la gloria será cumplido en todos. ¡Oh si viniese este reino para que cesasen ya los pecados, y se cumpliesen los deseos de las almas que le están esperando para gozar de él, juntamente con sus cuerpos. (*Apoc.* VI, 10-11).—Lo cuarto, ponderaré aquella palabra *tuum*, tuyo, venga, Señor, tu reino (*Rom.* V, 21), para que destruya todo reino que no es tuyo: no reine en mí el reino del pecado ni del demonio; antes te pido que destruyas este reino. No te pido, Señor, que venga á mí el reino de este mundo, fundado en riquezas, honras y regalos, sino el reino tuyo, fundado en verdaderas virtudes. Ó Salvador dulcísimo, que dijiste (*Ioan.* XVIII, 36): Mi reino no es de este mundo. Tu reino quiero, tu reino deseo, y ese solo pido. Ven, ó Trinidad beatísima, y entra dentro de nosotros, mora y reina en los que vivimos en la tierra, como reinas en los Santos que viven en el cielo, para que te sirvamos como ellos le sirven. Amen.

TERCERA PETICION. — *Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el*

cielo. — 1. Lo primero, consideraré qué voluntad es esta que pedimos se cumpla; es á saber, la voluntad divina, declarada por los preceptos de la ley, por los consejos del Evangelio, por las secretas inspiraciones del Espíritu Santo, y por las ordenaciones de la Iglesia y de sus ministros, y de todos los superiores que están en lugar de Dios. ¡Oh si cumpliésemos esta voluntad de Dios! pues basta ser de nuestro Criador, para que todas sus criaturas gustemos de cumplirla. (*Psalm.* XXIX, 6). Mi vida, Dios mio, está en cumplir tu voluntad, y la muerte en quebrantarla. Cúmplala yo siempre para vivir, y nunca la quebrante para no morir. – Lo segundo, ponderaré aquélla palabra, *tuya*, diciendo á Nuestro Señor: No quiero, Señor, cumplir mi voluntad propia, que es perversa; ni la voluntad de la carne, que es rebelde contra el espíritu; ni la voluntad del demonio, que es injusta; ni la del mundo porque es vana; tu sola voluntad se haga, porque ella sola es buena y justa, y regla de toda buena voluntad. Ó dulce Jesús, que veniste del cielo á cumplir, no tu voluntad, sino la de tu Padre, ayúdame con tu gracia, para que en todas las cosas niegue y mortifique mi voluntad propia, y la sujete á la divina.

2. Lo tercero, ponderaré el modo de cumplir esta voluntad, que se declara en las palabras siguientes: *Así en la tierra, como en el cielo;* esto es, con aquel modo que los Ángeles y espíritus bienaventurados la cumplen en el cielo; conviene á saber: Lo primero, con entereza, sin faltar en cosa por mínima que sea. – Lo segundo, con pura intencion de agradar á solo Dios. – Lo tercero, con prontitud, presteza y puntualidad grande, sin tardanza ni repugnancia alguna. – Lo cuarto, con fortaleza y perseverancia hasta el fin. – Lo quinto, por amor, y con amor ferviente, continuo é intenso, saboreándose y gozándose en cumplir lo que Dios manda. ¡Oh Padre amorosísimo, bien fue menester haber pedido primero que viniese vuestro reino, y que vuestro cielo entrase dentro de nosotros, pues quereis que estando en la tierra, vivamos como los del cielo! ¡Oh quién pudiese cumplir vuestra voluntad con toda la perfeccion que puede ser cumplida! porque no quiero ser corto en desear lo que con tanta excelencia me mandais pedir.

3. Tambien pedimos aquí, que se haga la voluntad de Dios por los hombres terrenos, como la hacen los hombres celestiales; y sobre todo como la hizo el Adan celestial Jesucristo Señor nuestro, el cual bajó del cielo á cumplir la divina voluntad con excelentísima perfeccion. Ó Padre celestial, razon es que los hijos engendrados

por tu graciosa voluntad hagan lo que les mandas, como lo hizo el Hijo engendrado de tu sustancia (*Psalm.* CXLII, 10): *Doce me facere voluntatem tuam, quia Deus meus es tu:* enséñame á cumplir tu divina voluntad, porque tú eres mi Dios, á quien sea honra y gloria por todos los siglos de los siglos. Amen.

CUARTA PETICION.—*El pan nuestro de cada dia dánosle hoy.*— 1. Lo primero, consideraré qué pan pedimos á Dios en esta peticion, porque no le pedimos cualquier pan, sino el pan sobresustancial y excelentísimo.—Lo primero, le pedimos el pan que sustenta y conforta el espíritu, que es el santísimo Sacramento del altar, suplicándole nos haga dignos de recibirle, y que seamos tales, que le podamos recibir cada dia sacramentalmente, ó á lo menos espiritualmente, recibiendo el fruto del santo Sacramento, y las innumerables gracias que por él se suelen comunicar. (*Ioan.* VI, 51). Ó Pan de vida, que bajaste del cielo por dar vida al mundo, dáteme á tí mismo, para que viva por tí y en tí, unido siempre contigo. Amen.—Lo segundo, pedimos el pan y sustento del alma ordinario, que son los socorros de la gracia con que se conserva la vida espiritual, donde entran Sacramentos, inspiraciones, ilustraciones, inteligencia de los divinos misterios, y aquel pan de quien dijo Cristo nuestro Señor (*Ioan.* IV, 34); Mi manjar es hacer la voluntad del Padre que me envió. Ó Padre amantísimo, pues me mandas vivir vida celestial, haciendo tu voluntad en la tierra, como se hace en el cielo, dame estos dos panes celestiales para conservar tan pura vida, de modo que alcance la eterna. Amen.—Lo tercero, tambien pedimos el pan y sustento necesario para conservar la vida del cuerpo, porque quiere Dios que la conservemos, y que se lo pidamos, no con solicitud demasiada, sino con la confianza que se ha de tener en su providencia. Y en todo esto nos avisa, que somos hijos suyos y niños, que estamos colgados del sustento que nos ha de dar nuestro Padre, sin cuya providencia no podemos con solas nuestras fuerzas granjearle.

2. Lo segundo, consideraré aquella palabra *nuestro,* porque aunque este soberano pan verdaderamente es de Dios, porque de él procede, él lo amasa, y lo reparte; mas quiere que lo llamemos *nuestro,* porque se ordena para nuestra necesidad, y porque nuestro Redentor le compró para nosotros, y nos dió el derecho de sus merecimientos para pedirle, y porque ya es nuestro por título tambien de su promesa. Y por cuanto el divino pan de diferente manera se amasa para los Ángeles del cielo y para los hombres de la tierra, para los imperfectos y para los perfectos, yo, Señor, te pido para to-

des el pan nuestro, acomodado á nuestra naturaleza y á nuestra capacidad, el que nos ha de entrar en provecho para nuestra salvacion. No te pido el pan corporal ajeno, que es de otros, ni el pan supérfluo, que es demasiado regalo de la carne, sino el pan nuestro, pan debido á nuestra necesidad para vivir, y emplear la vida en tu servicio.

3. Lo tercero, ponderaré la palabra *de cada dia*, que es decir: No te pido, Señor, la racion extraordinaria que sueles dar á tus particulares amigos, porque no me tengo por digno de ella, sino la racion ordinaria de cada dia, sin la cual no puede vivir mi alma, ni medrar en su vida espiritual, ni tampoco el cuerpo; otros extraordinarios favores remítolos á tu providencia y á la disposicion suave de tu eterna ordenacion.—Lo cuarto, consideraré la palabra *dánosle*, ó dalo á nosotros; porque pido este pan, no para mí solo, sino para todos los hombres, como hermanos, unidos en caridad, ó en unidad de naturaleza, aunque sean mis enemigos, cumpliendo lo que dijo Nuestro Señor (*Matth.* v, 44; *Prov.* xxv, 21; *Rom.* xii, 20): Orad por los que os persiguen; y para que entienda que si viese á mi enemigo padecer hambre, le habia de dar de comer, pues pido á Dios que le dé su pan.

4. Finalmente ponderaré la palabra *hoy*: no dice danos este pan hoy y mañana, sino hoy solamente, porque quiere Dios que cada dia se lo pida, y que cada dia frecuente la oracion, y que entienda que cada dia estoy colgado de él, y pierda la demasiada solicitud del dia de mañana, pues quizá no habrá para mí mañana. Al modo que ordenó Dios (*Exod.* xvi, 4), que los israelitas cogiesen cada dia el maná para solo aquel dia, porque estuviesen colgados siempre de su providencia. Verdad es que tambien pido el pan sobresustancial para hoy, que, como dice san Pablo (*Hebr.* iii, 13), es el tiempo de toda la vida; el cual no es mas que un dia respecto de la eternidad. Ó Padre celestial, dame este pan copiosamente para el dia de hoy y para siempre; pero de tal manera, que viva y ore con tal fervor en este dia, como si para mí no hubiera otro.

Quinta peticion.—*Y perdónanos nuestras deudas, como nosotros perdonamos á nuestros deudores.*— 1. Lo primero, consideraré qué deudas son estas de que pido perdon. Estos son los pecados mortales ó veniales y las penas á que por ellos quedamos obligados; las cuales deudas solo Dios las puede perdonar, y las perdona por los medios que tiene ordenados para ello; y así le pido que me las perdone, aplicándome estos medios, y dándome ayuda para usar de ellos.

2. Lo segundo, ponderaré que aunque uno sea tan santo, que pueda llamar á Dios Padre y haya venido á él su reino, y aunque procure cumplir la voluntad de Dios en la tierra como en el cielo, ha de reconocer que es pecador, y puede presumir de sí, que cada dia peca en este género de culpas veniales, é incurre deudas, por las cuales cada dia debe decir: Perdónanos, Señor, nuestras deudas. Ó Padre benignísimo, confieso que cada dia caigo no en una deuda, sino en muchas (*Iacob.* III, 2), porque peco muchas veces; mas tú, como misericordioso, gustas de perdonarme; pues me mandas que te pida perdon, yo te lo pido porque me lo mandas; concédeme lo que te pido, pues gustas de concederlo.

3. Lo tercero, ponderaré qué deudas son las que tengo de perdonar á otros. Estas deudas son las injurias y ofensas que mis prójimos me han hecho; las cuales tengo de perdonar, no aborreciendo al que me injurió, ni vengándome de él con mi propia autoridad, ni dando señales de aborrecimiento, sino antes las señales comunes de amistad; pero mas perfectamente perdona quien totalmente se olvida de la injuria, y con especial amor ama á su injuriador, y le hace especiales beneficios, por lo cual alcanzará de Dios mas copioso y liberal perdon de sus propias deudas. Por donde conoceré cuánto desea Nuestro Señor que nos perdonemos unos á otros, pues pone esto por condicion para perdonarnos; y cuánto desea que nos perdonemos luego, y que el sol (*Ephes.* IV, 26) no se ponga reteniendo nuestra ira, pues en la oracion de cada dia nos manda decir, que perdonamos á nuestros deudores; y si no lo hago así, yo mismo doy sentencia contra mí; porque diciendo á Dios que me perdone como yo perdono, si yo no perdono, es decirle, cuanto es de mi parte, que no me perdone. Ó Padre liberalísimo, muy de corazon perdono las deudas que me deben, porque tú me perdones las que te debo, pues aquellas apenas son de cien denarios (*Matth.* XVIII, 24), y las mias son de diez mil talentos.

SEXTA PETICION.—*Y no nos dejes caer en la tentacion.*—Lo primero, ponderaré como Cristo nuestro Señor no dice que pidamos á nuestro Padre: No permitas que seamos tentados, ni dés licencia al tentador para que nos tiente; antes presupone que hemos de ser tentados y que conviene que nuestro Padre celestial lo permita, y dé tal licencia; y si él la da, sin duda será justa y para nuestro provecho, y medida conforme á nuestras fuerzas, y así hemos de estar aparejados para padecer tentaciones del demonio y de sus ministros que viven en el mundo, y de nuestra propia carne con sus

pasiones, como se dijo en la meditacion V. Pero quiere Cristo nuestro Señor que le pidamos gracia para no ser vencidos en la tentacion, y para no caer en ella, consintiendo en algun pecado, y juntamente que no permita seamos tentados con tal género de tentacion y en tal género de ocasion, donde ve su Majestad que hemos de ser vencidos. Ó Padre celestial, mira á este tu hijo que vive en la tierra de tentacion, combatido de todas partes por muchos enemigos, no rehuso la batalla, pues tú lo quieres; pero ayúdame para salir con la victoria, pues es honra del padre la victoria del hijo.

SÉPTIMA PETICION. — *Mas líbranos de mal.* — En esta peticion última pedimos ser librados de todos los males pasados, presentes y por venir; así eternos como temporales; y así del alma como tambien del cuerpo, en el grado que conviene para bien del alma; y así pedimos nos libre Dios de los pecados pasados, perdonándolos con su gracia, y que nos saque de las ignorancias, errores, pasiones, aflicciones y miserias que ahora padecemos, y que nos preserve y libre de las futuras, especialmente de la eterna condenacion y del poderío del demonio, que es el mal (*Matth.* XIII, 19), de quien principalmente deseamos ser librados cuando decimos: *Sed libera nos à malo,* para que ni en esta vida ni en la otra tenga poder sobre nosotros, ni seamos esclavos suyos. Y así en esta peticion podré hacer una letanía, como la que hace la Iglesia, particularizando los males de que pido ser librado: *Ab omni malo libera nos, Domine: ab omni peccato; ab ira tua; à spiritu fornicationis; à spiritu superbiae,* etc. Líbranos, Señor de todo mal, de todo pecado, de tu ira, del espíritu de la fornicacion, del espíritu de soberbia, etc.

Amen. — Por remate añadió Cristo nuestro Señor aquella palabra *Amen,* que quiere decir: así sea; la cual se ha de decir con un ferviente afecto y deseo de que Dios me conceda lo que le pido, porque el deseo de los pobres es oido de Nuestro Señor. (*Psalm.* IX, 38). Y tambien se ha de decir con grande confianza de que serémos oidos, pues pedimos las cosas que el mismo Señor manda que le pidamos, conforme á lo que dijo san Juan (I *Ioan.* V, 13): Esta es la confianza que tenemos en Dios, que nos concederá todo lo que le pidiéremos segun su voluntad. Y sabemos esto: *Quoniam habemus petitiones quas postulamus ab eo,* porque de él recibimos las peticiones que le pedimos, enseñándonos él mismo las cosas que hemos de pedir, conforme á su santa voluntad.

— La doctrina que Cristo nuestro Señor enseñó en este sermon,

de la providencia que tiene en remediar nuestras necesidades y oir nuestras oraciones, es materia de muchas meditaciones muy provechosas, las cuales dejo para la parte VI. —

MEDITACION XV.

DE LA MISION DE LOS APÓSTOLES Y DISCÍPULOS Á PREDICAR.

PUNTO PRIMERO. — 1. Lo primero, se ha de considerar como Cristo nuestro Señor, queriendo enviar á sus Apóstoles y discípulos á predicar por la tierra de Israel, les dijo (*Matth.* IX, 37, 38): *La miés es mucha, y los obreros pocos; rogad al Señor de la miés que envie obreros á cogerla.* En las cuales palabras descubre su infinita caridad y misericordia, y el deseo que tiene de nuestro bien. — Lo primero, dice que la miés es mucha, porque son muchos los que tiene escogidos para el cielo, y muchos los que están esperando el ayuda de los predicadores y ministros evangélicos, para rendirse del todo al divino servicio; y esto le mueve á compasion, deseando que sean ayudados. — Lo segundo, dice que los obreros y segadores son pocos; porque los mas de los hombres son amigos del ocio y enemigos del trabajo, y si trabajan es buscando las cosas propias, y no por el bien de los otros. Pocos se disponen para ser obreros, y muchos rèsisten al que los quiere enviar; y esto le mueve mas á compasion, deseando que haya tantos obreros, cuantos pide la necesidad y muchedumbre de su miés.

2. Lo tercero, dice que al Señor de la miés, que es el mismo Cristo, pertenece señalar y enviar los obreros; porque ninguno puede entrar en miés ajena sin voluntad de su dueño; y quien sin vocacion de Dios entra en esta labor, señal es que no busca el servicio y gusto de su Señor, ni el provecho de la miés, sino su propio provecho, su honra y comodidad, y trabajará en vano; porque si no es en nombre y en virtud de Jesucristo, no se puede segar ni pescar la miés y pesca de las almas. — Lo cuarto, dice que rueguen al Señor de la miés que envie obreros á cogerla; dando á entender que no está olvidado de ella, y que desea mucho que se coja; pero quiere ser rogado, porque la oracion es medio para ejecutar las trazas de la divina Providencia y predestinacion. Y para que entendamos la alteza é importancia de esta obra, en la cual no es Dios el interesado sino la miés y los obreros, porque de aquí depende la salvacion de los hombres, que han de ser como miés segada para el

cielo, y la de los obreros á quien Dios la encarga. Pues por esto dijo el Apóstol (I *Cor.* IX, 16): ¡Ay de mí si no predicare el Evangelio, porque estoy obligado á ello!

3. Finalmente, es tanta la caridad de Cristo nuestro Señor, que en declarando este deseo, antes que los Apóstoles y discípulos le ruegen que envie obreros, se resuelve de enviarlos, para significar que aunque nosotros nos descuidemos en pedir esta merced, su infinita caridad no se olvidará de la miés, sino por sola su bondad y misericordia escogerá obreros y los enviará, como lo hace, por toda la Iglesia y por toda la gentilidad. ¡Oh Salvador dulcísimo, gracias te doy cuantas puedo, por el cuidado que tienes de tu miés, y de enviar obreros á cogerla! Y pues quieres ser rogado, mil veces te suplico envies muchos obreros, fieles, ejemplares y libres de toda confusion (II *Tim.* II, 15); y si yo valgo para ello (*Isai.* VI, 8), *Ecce ego, mitte me*, vesme aquí, envíame; porque si tú me llamas y me envias, justo es que yo te obedezca, trabajando en cumplir lo que me mandas. Estos y otros afectos y propósitos semejantes he de sacar de estas cinco consideraciones que se han puesto, compadeciéndome de la necesidad de la miés, y de la falta que hay de obreros para ella.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Lo segundo, se ha de considerar como dicho esto Cristo nuestro Señor envió á sus Apóstoles y discípulos de dos en dos á predicar por la tierra de Israel, diciéndoles: *Curad los enfermos, resucitad los muertos, sanad los leprosos, echad los demonios; gratis accepistis, gratis date, de balde lo recibísteis, dadlo de balde.* — Lo primero, ponderaré las causas por que Cristo nuestro Señor quiso que sus discípulos fuesen de dos en dos y no uno solo; es á saber, para que uno ayudase, consolase y guardase al otro, y para que pudiesen ejercitar entre sí la ley de la perfecta caridad, con cuyo ejemplo exhortasen á los demás á guardarla, y porque fuesen dos testigos pareados de una misma verdad. Y finalmente, para que los venideros siguiésemos este mismo ejemplo, procurando andar en estos ministerios bien acompañados; pues, como dice el Sábio (*Prov.* XVIII, 19), dos hermanos que se ayudan uno á otro, son como una ciudad muy fuerte; y (*Eccles.* IV, 10) ¡ay del solo, porque si cae no tiene quien le ayude á levantar! Y como dijo el mismo Señor (*Matth.* XVIII, 20): Donde están dos juntos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos. ¡Oh dichosa junta, en la cual tercia Cristo, asistiendo á mirar por ella!

2. Lo segundo, ponderaré la liberalidad y omnipotencia de Cris-

to nuestro Señor en comunicar tan sin envidia la potestad de hacer milagros á sus discípulos, hasta decirles despues (*Ioan.* XIV, 12), que los harian mayores que él los hizo, para autorizarlos y acreditar su doctrina; porque como era gente baja, no fuera estimada si no es con tan soberana potestad. Pero juntamente ponderaré aquellas dos memorables palabras: *De balde lo recibisteis, de balde lo dad.* Con la primera les funda en humildad, para que entiendan que esta potestad y las demás no se les dió por deuda, ni por sus merecimientos, sino de pura gracia, para que ninguno se glorie en sí mismo, sino en Dios, de quien las recibió. Y así volviendo los discípulos de esta mision muy ufanos de que los demonios les obedecian, Cristo nuestro Señor reprimió su soberbia, diciendo (*Luc.* X, 17): *Ví á Satanás caer del cielo como un rayo;* esto es, escarmentad en los demonios que os obedecen, porque cayeron del cielo por su soberbia, atribuyéndose lo que era propio de Dios.

3. Con la segunda palabra les avisa que sean liberales con sus prójimos, como él lo ha sido con ellos, y pues él de gracia les dió tal potestad, ellos de gracia usen de ella, y no por interés temporal por via de precio; y cuanto menor recompensa buscaren de los hombres, tanto mayor la recibirán de Dios, el cual se agravia y queja de que sus ministros sean interesados, diciendo por un profeta (*Malach.* I, 10): ¿Quién hay de vosotros que cierre las puertas del templo, y encienda fuego en mi altar, *gratuito,* graciosamente, buscando principalmente mi gloria y no su interés? Ó dulce Jesús, pues tú me has dado lo que tengo, con ello te serviré de balde por ser tuyo: por tu solo amor cerraré las puertas de mis sentidos, y en el altar de mi corazon encenderé el fuego de los afectos, y te ofreceré sacrificio de buenas obras; y si me dieres algo para bien de mis prójimos, yo lo repartiré con ellos, sin querer otro premio mas que á tí, á quien se dé la gloria por todo lo que de tí procede. Amen.

PUNTO TERCERO. — 1. Lo tercero, se ha de considerar las virtudes que les encomienda para entrar en la predicacion, diciendo: *Mirad que os envio como ovejas y carneros entre lobos; sed prudentes como las serpientes, y sencillos como las palomas.* En estas palabras les encarga seis virtudes, es á saber: mansedumbre de ovejas, en no hacer mal á otros, aunque reciban mal de ellos; paciencia en sufrir el mal que les hicieren; caridad en darse á sí mismos y cuanto tuvieren por el bien de otros, aunque sean sus enemigos, como las ovejas dan su leche, lana y carne para provecho de los hombres; pero jun-

tamente han de tener grande confianza en la providencia del pastor que les envia. Así como la oveja toda su guarda tiene puesta en el pastor, porque ella no tiene armas con que defenderse, ni lo puede hacer; y esto quiere decir aquella palabra: *Mirad que yo os envio como ovejas entre los lobos;* que es decir: Estad ciertos que habeis de tener lobos y perseguideres de vuestra doctrina y vida; y vosotros vais entre ellos, no como lobos entre lobos, ni como perros ó leones, para morderlos y destruirlos, sino como ovejas y corderos, peleando con armas de mansedumbre y paciencia, de caridad y confianza, acordándoos que yo os envio, yo vuestro Pastor, yo vuestro Maestro y vuestro Dios, que miraré por vosotros y os defenderé en vuestros peligros. Ó Pastor soberano, siendo Vos el que me enviais, enviadme donde quisiéredes, pues con vuestro favor estaré seguro donde quiera que me enviáredes. Fortaleced mi flaqueza con vuestra virtud, para que pueda conquistar los lobos y convertirlos en ovejas de vuestro rebaño, cumpliéndose lo que prometísteis por vuestro profeta (*Isai.* XI, 6): Que el lobo y el cordero, el leon y la oveja vivirán juntos, debajo de la obediencia de un humilde pastor.

2. Lo segundo, les encomienda que de tal manera sean mansos, pacientes, caritativos y confiados, que no sean necios, imprudentes y arrojados, sino que tengan prudencia de serpientes. Esta prudencia consiste:—Lo primero, en hacer su oficio de tal manera, que no reciban de los lobos daño en el alma, aunque le reciban en el cuerpo, como la serpiente que guarda la cabeza, aunque el cuerpo padezca, y cierra los oidos á los encantadores, para no oir lo que la pueda dañar.—Lo segundo, en guardar tiempo, lugar y coyuntura conveniente para predicar y persuadir su doctrina, como lo hizo la serpiente que tentó á Eva, pues es razon (*Psalm.* LVII, 5) que seamos tan prudentes para lo bueno, como las serpientes, que son los demonios, lo son para lo malo. Mas no quiere Cristo nuestro Señor que esta prudencia sea de raposas, mezclada con dobleces y engaños, con falsas sospechas ó juicios temerarios, sino con sinceridad y verdad, y con pureza de vida, sin hiel de malicia ni de amargura, de modo que no sea contraria á la mansedumbre de ovejas.

3. Y por eso añade, que sean sencillos como palomas (*Cant.* I, 14), teniendo los ojos de la intencion puros, para mirar lo que es gloria de Dios y bien de las almas, sin mezcla de cosas terrenas. Ó Cordero sin mancilla, en quien descansó el Espíritu Santo en figura de paloma, junta en mi alma la prudencia con la simplicidad,

para que de tal manera haga bien á otros, que no reciba daño de ellos.

PUNTO CUARTO. — 1. Lo cuarto, se ha de considerar el modo de caminar que Cristo nuestro Señor les encargó diciéndoles: *No llevéis oro, ni plata, ni moneda en la bolsa, ni alforja con bastimento, ni vara, ni dos túnicas, ni calzado, porque digno es el trabajador de su comida; y por el camino no saludeis á nadie; pero en entrando en la posada diréis: Paz sea en esta casa.* Aquí se ha de considerar el intento de Cristo nuestro Señor en estos consejos, que van enderezados á tres cosas. — La primera, á que cercenasen todo lo demasiado y supérfluo de las cosas temporales, contentándose con lo necesario, de modo que no lleven cosa preciosa de oro y plata, ni demasiado dinero para su regalo. Y si les basta un vestido y calzado, no le lleven doblado para remudarse; y si les bastan sandalias ó alpargatas, como pobres, no lleven calzado entero; y si no han menester báculo, que no usen de él, ó si llevaren báculo en que arrimarse por flaqueza, no lleven vara para defenderse por venganza. — La segunda es, que pierdan el cuidado demasiado de su sustento y vestido y comodidad, aun en lo necesario, fiándose de la divina Providencia que les proveerá de todo, siendo ellos los que deben, y haciendo bien su oficio, porque el trabajador digno es de que su amo le dé la comida, y Dios se la dará é inspirará á los hombres que se la dán, y él la puede recibir, no como precio de su trabajo, sino como sustento de la vida para trabajar. Y así lo cumplió puntualmente, como lo confesaron los Apóstoles, cuando la noche de la pasion les dijo Cristo: Cuando os envié sin bolsa y alforja y sin calzado ¿os faltó algo? Y ellos respondieron (*Luc.* XXII, 35): No, Señor. Ó Pastor providentísimo (*Psalm.* XXII, 4), la vara y báculo de tu gobierno bastan para consolarme y sustentarme; porque teniéndote á tí, lo tengo todo; y si tú no me faltas, nada me puede faltar.

2. La tercera es, que en el camino no se entretengan en pláticas ni cosas impertinentes que les aparten y diviertan de su intento y propósito. Esto fue decirles, que no saludasen por el camino, entreteniéndose con salutaciones profanas, aunque no quita las convenientes; y así quiere que sean tan humildes en las posadas donde llegaren, que ellos primero saluden á los huéspedes, y les convidan con la paz del Evangelio, y entren pidiéndola á Dios nuestro Señor para ellos; porque si no hay paz en la casa del alma, no está bien dispuesta para oir la verdadera doctrina. Ó Maestro del cielo, pues tan á pechos tomas nuestra enseñanza, imprímela en mi corazon,

para que la ponga por obra sin divertirme á cosa que me aparte de ella. Amen.

3. Últimamente, Cristo nuestro Señor les anima á la ejecucion de su oficio, diciendo: *Si aquella casa fuere digna de la paz, vendrá sobre ella; y si no, se volverá á vosotros.* Dándoles á entender dos cosas.—La primera, que su predicacion haria provecho en algunos; conviene á saber, en los que fuesen dignos de la paz, escogidos de Dios para recibir la doctrina del Evangelio, sin resistir á su predicacion.—La segunda, que cuando no hiciese provecho en otros, por no querer recibirla, que la paz se volviese á ellos; esto es, que no perdiesen su paz, ni se alterasen con ira y venganza, dejándola á Dios, porque ellos no perderian el fruto de su trabajo.

Punto quinto.— 1. Lo quinto, se ha de considerar la materia y tema que les señaló de su predicacion, diciéndoles: *Predicad que se ha acercado el reino de los cielos, y predicaban á todos que hiciesen penitencia.* (*Marc.* VI, 12). Aquí se han de ponderar tres cosas que abraza este tema.—La primera es, los medios de la salvacion para entrar en el cielo, como era la penitencia de los pecados, extirpacion de vicios, ejercicios de obras virtuosas, y desprecio de las cosas terrenas, que son causa de la perdicion de las almas.—La segunda, el fin y motivo de todas estas obras, que era el reino de los cielos, de suerte que no se moviesen, principalmente por temor de castigos, ni por esperanza de premios temporales, sino por la promesa del reino de los cielos.—La tercera, que todo esto era ya fácil y suave y hacedero, porque estaba ya cercano y dentro de ellos el reino de los cielos; esto es, el Autor de la gracia, el cual habia de abrir las puertas del cielo, y dar medios suaves y eficaces para entrar en él, como ya los comenzaba á dar. Ó Rey del cielo, que tan glorioso reino trajiste al mundo, ayúdame para que yo le conquiste y arrebate, pues tú dijiste (*Matth.* XI, 12), que desde los dias de Juan Bautista, que le comenzó á predicar, padecia fuerza, y los esforzados le arrebatarian. Dame, Señor, este esfuerzo, para que yo robe y arrebate joya tan preciosa; pues tú, que eres su dueño, gustas de que todos la roben para enriquecerse con ella.

MEDITACION XVI.

DEL GLORIOSO MARTIRIO DE SAN JUAN BAUTISTA.

Punto primero.—*Habiendo el rey Herodes tomado la mujer de su hermano y casado con ella, san Juan le reprendió, diciendo que no era*

lícito lo que hacia. (*Matth.* XIV, 4). Aquí se ha de ponderar la fortaleza y celo de este nuevo Elías, el cual aunque tenia grande amistad y privanza con Herodes, de quien dice san Marcos (*Marc.* VI, 20): *Que le respetaba sabiendo que era varon justo y santo, otale de buena gana, y hacia muchas cosas que le decia.* Pero sin embargo de esto, reprendió ásperamente su pecado público y escandaloso, aunque sabia que habia de perder su amistad y privanza; porque los varones celosos de la honra de Dios no temen perder la gracia del rey terreno, por no perder la del Rey celestial. Y aunque sabia san Juan que Herodes era cruel y Herodías mucho mas, y que deseaba matarle por estas reprensiones, no por eso se amedrentó ni acobardó, ni dejó de proseguir su oficio, poniéndose á cualquier peligro y daño que le viniese, mostrando en esto su grande fortaleza y constancia, y que no era caña movediza, sino columna de hierro y muro de bronce (*Jerem.* I, 18); porque como no amaba su honra, ni su vida, no temia perderla, ni hacian en él mella las amenazas, sino como leon estaba confiado sin pavor alguno. (*Prov.* XXVIII, 1). De donde sacaré grandes propósitos de imitar la fortaleza y constancia de este santo Precursor, apartando de mí el amor demasiado de las cosas mudables de esta vida, de donde procede mudarme yo como caña con cualquier viento de tentacion.

PUNTO SEGUNDO.— 1. (*Luc.* III, 19). *Herodes añadió este mal sobre todos los que habia hecho, prendiendo á Juan y echándole á la cárcel con prisiones.* En lo cual se ha de ponderar como Nuestro Señor permitió esta prision de san Juan, aunque era tan amigo suyo, porque hasta entonces todo le habia sucedido prósperamente, siendo honrado de todos, y alabado y obedecido; y era menester que pasase por las persecuciones que pasaron los Profetas, y han de pasar los escogidos, para que á imitacion de Job, como habia mostrado sus excelentes virtudes en la prosperidad, así las mostrase en la adversidad, y con ella se afinase mas, como el oro en el crisol, y aumentase la corona de su gloria con la excelencia de su paciencia. De donde sacaré grande estima de las persecuciones y trabajos, padecidos por la justicia; los cuales, aunque á juicio del mundo parecen castigo, en los ojos de Dios son premio con que premia á sus queridos, y por esto los llama bienaventurados, porque es suyo el reino de los cielos.

2. Lo segundo, ponderaré el modo como san Juan llevó este trabajo, porque es de creer que cuando le fueron á prender no huyó ni se escondió; antes saldria al encuentro á los soldados, ofreciéndose

dose á la prision; y cuando se vió atar con las cadenas, se gozaría con ellas, no menos que san Pablo, alegrándose de que le ayudaban á maltratar la carne que él tanto aborrecia con santo aborrecimiento. La cárcel convirtió en oratorio, gastando las noches en oracion y contemplacion, como en el desierto, y de dia no cesaba de enseñar á los presos y á sus discípulos, y desde allí los envió á Cristo nuestro Señor, pidiéndole, no que le librase de la cárcel, sino que á ellos librase de la ignorancia que tenian.

3. Finalmente, como ya habia hecho su oficio de precursor en el mundo, deseaba ser desatado de la cárcel de su cuerpo, para ir á hacer el mismo oficio al limbo, y dar noticia á los justos de cuán cerca estaba su Redentor, y así cada dia esperaba la muerte con alegría, porque como tan gran profeta tenia revelacion de la divina voluntad, y sabia que estaba cerca su partida. Ó alma mia, alégrate como este santo Precursor en las tribulaciones, pues sabes que la tribulacion engendra paciencia, y la paciencia prueba, y la prueba esperanza, y la esperanza no confunde ni engaña; porque los que de esta manera padecen, tienen dentro de su corazon la caridad del Espíritu Santo, que es prenda de la vida eterna. (*Rom.* v, III).

PUNTO TERCERO. — 1. *Herodes en el dia de su nacimiento hizo un gran convite á los principales de Galilea, y entrando á danzar la hija de Herodías, agradó tanto á todos que prometió el rey con juramento darla cuanto le pidiese, aunque fuese la mitad de su reino. Ella, por consejo de su madre, pidió la cabeza de Juan, y el rey por cumplir su juramento se la concedió.* Aquí se ha de ponderar la astucia y crueldad de Satanás por medio de este tirano, levantando todo el escuadron de los vicios para cortar la cabeza del Bautista, en odio de sus esclarecidas virtudes, porque levantó la glotonería del convite contra su templanza; la lujuria de Herodías contra su castidad; la liviandad de la hija contra su modestia; la vanagloria de los convidados contra su gravedad; la prodigalidad y jactancia de Herodes en la promesa contra su pobreza y humildad; finalmente, la crueldad, ficcion y embuste, la infidelidad y falsa religion se levantaron contra la mansedumbre, sinceridad y verdad y religion perfectísima de este Santo. Por donde veré como el demonio por medio de los vicios hace guerra á las virtudes; pero no prevalecerá contra los virtuosos que se han fundado bien en ellas. Y así con grande ánimo tengo de resolverme á quebrantar la cabeza de esta serpiente, aunque ella me corte la mia; porque cuando corte la cabeza de mi cuerpo, no me apartará de mi cabeza Cristo Jesús, en quien está todo mi bien.

Ó dulcísimo Jesús (*Colos.* I, 18), cabeza de los principados y potestades, concededme tal fervor de espíritu, que ni tribulaciones, ni angustias, ni peligros, ni persecuciones, ni la misma muerte me aparten un punto de vuestra caridad; ayudadme á pelear por vuestro servicio en la Iglesia militante, de modo que llegue á reinar con Vos en la Iglesia triunfante. Amen.

2. Tambien puedo ponderar la condicion del pecado y del pecador que comienza á desenfrenarse, que es ir siempre de mal en peor; pues no sin misterio añadió san Lucas que Herodes á todos sus pecados añadió este de prender al Bautista, y tras este otros muchos que se hicieron en este convite, cumpliéndose en Herodes lo que dice David (*Psalm.* LXXIII, 23): Que la soberbia de los que aborrecen á Dios, crece siempre, porque primero se hizo sordo á la correccion de san Juan, despues le prendió, y luego trató de matarle, como raposa astuta, buscando colores aparentes para ello, con título falso de religion, por cumplir el juramento. Y á imitacion de Herodes, yo que solia tener amistad con la divina gracia, figurada por Juan, y solia oir de buena gana sus inspiraciones, despues las resisto, y luego la aprisiono con mis aficiones y pasiones, y finalmente la mato con pecados, añadiendo unos á otros, unas veces haciendo fiesta de ellos, y otras veces pensando que guardo religion en hacerlos. De todo lo cual sacaré aviso para atajar el mal en sus principios, y en especial para aceptar la correccion con ánimo humilde y agradecido; porque la diferencia entre predestinados y réprobos, no está en que unos pecan, y otros no, sino en que aquellos finalmente aceptan la correccion, y se enmiendan como David (II *Reg.* XII, 13); pero estos la desechan como Saul (I *Reg.* XV, 25), y vuelven su ira contra el que los corrige, como Herodes, hasta caer en el profundo de la maldad y en el abismo del infierno.

PUNTO CUARTO.— 1. *Herodes envió un verdugo á la cárcel, donde estaba san Juan, para que le cortase la cabeza. Hízolo y trájola á Herodes, el cual la dió á la hija de Herodías, y ella á su madre.* Aquí se ha de ponderar:-Lo primero, el consuelo grande con que el Bautista aceptó la sentencia de muerte cuando se le notificó, alegrándose de morir por tal causa, y conformando su voluntad con la divina, que lo permitia; y es de creer que como Cristo nuestro Señor murió en dia solemne de Pascua, para significar el gozo con que moria, y que sus Pascuas eran morir por los hombres, así quiso que san Juan muriese en dia solemne de convite, para significar como sus convites eran morir por la justicia y verdad.-Lo segundo, es de creer

que hincado de rodillas haria oracion primero por sus enemigos, diciendo á Dios: Señor, perdónalos, porque la pasion los ciega y no saben lo que hacen. Despues oraria por sus discípulos, y últimamente por sí mismo, encomendando su espíritu en las manos de Dios [1], y de esta manera dió su cabeza con grande ánimo, y si alguna pena tenia, era porque la muerte no era mas penosa, para tener mas que padecer por servicio de su Amado.—Lo tercero, puedo considerar la honra con que aquella ánima santísima fue llevada al seno de Abrahan, porque si vinieron muchos Ángeles á llevar el alma de Lázaro el pobre, ¿cuántos mas millares vendrian á llevar la del Precursor? Y así como se alegraron muchos cuando nació en el mundo, como dijo el Ángel, así cuando entró en el limbo los justos se alegraron con especial alegría, que Dios les comunicó en su entrada, y por las nuevas que les dió del Mesías que esperaban.

2. De aquí subiré á considerar la gloria que ahora tiene en el cielo, en premio de tantos y tan esclarecidos servicios como hizo á Cristo nuestro Señor desde que le santificó en el vientre de su Madre, hasta que murió en la cárcel, porque aunque la vida fue breve, pues no pasó de treinta y tres años; pero los merecimientos fueron grandísimos por la grandeza de su fervor, como se ha visto por lo que hemos dicho de su vida. Y así Cristo nuestro Señor le sublimó en uno de los mas altos tronos del cielo, entre los supremos Serafines, y le dió las tres lauréolas y coronas preciosísimas de vírgen, de doctor y de mártir, y dos veces mártir, una con perpétuo martirio voluntario, con la pobreza, castidad y continua mortificacion de su carne; otra de martirio violento, derramando su sangre en testimonio de la verdad; y el dia del juicio, por haber dejado todas las cosas por Cristo, estará sentado con él en un trono glorioso como los Apóstoles, para juzgar las doce tribus de Israel y á todo el mundo. O santo Precursor, gózome de vuestra grandeza. Dichoso fuísteis en el nacimiento, mas dichoso fuísteis en la vida, y muy mas dichoso en la muerte, y dichosísimo en la gloria que teneis por tal vida y por tal muerte. Dichosos vuestros servicios y trabajos, pues han parado en tan dichosos premios y coronas; y pues tan grande ha sido vuestra dicha, suplicad al Señor me ayude á imitar vuestra vida, para que alcance parte de vuestra gloria. Amen.

[1] En la meditacion XXVIII de la parte V, punto cuarto, número 3, hablando de la oracion que hizo san Estéban primero por sí y despues por sus enemigos, manifiesta que este es el órden con que nosotros debemos proceder, y da la razon. *(Nota del Editor.)*

3. Últimamente, ponderaré como Herodes, Herodías y su hija triunfaron en este dia con la cabeza de san Juan; pero poco les duró su gozo (*Iob*, XXI, 12), porque la justicia de Dios vino sobre ellos, y todos tres murieron desastradamente, cumpliéndose en ellos lo que está escrito: Tienen en su mano el pandero y la cítara, y gózanse con la música del órgano, gastan sus dias en placeres, pero vienen á parar en terribles pesares, porque la muerte de los malos es muy mala, no solamente en los ojos de Dios (*Psalm.* XXXIII, 22), sino algunas veces en los de los hombres, castigándoles en el modo de la muerte por los pecados que hicieron en vida. Y así haciendo comparacion de la vida y muerte de san Juan, preciosa en los ojos de Dios, á la vida y muerte desastrada de sus enemigos, escogeré antes padecer con san Juan, que reinar con Herodes, pues ahora Herodes padece sin remedio terribles tormentos, y san Juan reina sin fin con inefables gozos.

MEDITACION XVII.

DEL MILAGRO QUE HIZO CRISTO NUESTRO SEÑOR, DANDO DE COMER Á CINCO MIL HOMBRES CON CINCO PANES.

PUNTO PRIMERO.— 1. *Habiendo seguido gran muchedumbre de gente á Cristo nuestro Señor, y habiéndoles predicado en el desierto largamente, siendo ya muy tarde, dijéronle los Apóstoles que los despidiese para que fuesen á los lugares comarcanos á comprar de comer. A los cuales respondió Cristo: No tienen necesidad de irse para eso, dadles vosotros de comer.* (*Matth.* XIV, 15; *Marc.* VI, 35; *Luc.* IX, 12; *Ioan.* VI, 5). Aquí se ha de ponderar lo primero, la grande devocion con que esta gente seguia á Cristo nuestro Señor, por dos causas principales.—La una, por los milagros que hacia sanando los enfermos.—La otra, por el pasto de maravillosa doctrina que daba á sus almas, cumpliéndose lo que está escrito (*Osee*, XI, 4): Traerélos á mí con cuerdas de Adan y con ataduras de caridad, esto es con beneficios corporales y espirituales, y con estas cuerdas los tenia Cristo tan asidos, que con ser ya tarde y no haber comido ni tener qué comer, no se querian apartar de él, y olvidados de la comida se entretenian con su amorosa presencia. Ó dulcísimo Jesús, tráeme á tí con tales cuerdas, y átame contigo tan fuertemente, que olvidado de todo lo criado, solo quiera á tí mi Criador.

2. Luego ponderaré la misericordia que tuvieron de esta gente los Apóstoles y la que tuvo Cristo nuestro Señor, mirando la diferen-

cia de una á otra; porque la misericordia de los Apóstoles fue corta como de hombres flacos; porque viendo que aquella gente estaba fatigada y hambrienta, y que ellos no tenian posibilidad para sustentarla, compadeciéronse de ella, y acordaron á su Maestro que los despidiese para que buscasen de comer; porque como eran tan obedientes y rendidos, no quisieron hacerlo por su autoridad ni despedirles sin su licencia. Pero Cristo nuestro Señor, viendo la cortedad de esta misericordia, tuvo otra muy mayor, como misericordia de Dios, queriendo con efecto remediar la miseria, y exhortó á ello á sus discípulos, diciéndoles: *Dadles vosotros de comer.* Como quien dice: Ensanchad las entrañas de piedad, y no envieis á esta gente necesitada á que ella busque su remedio, sino buscadle vosotros, y dádsele, pues os he dado facultad de hacer milagros, ó á lo menos pedidme á mí que se le dé, pues yo puedo hacerlo. En lo cual nos avisa que la misericordia, especialmente de los prelados, no ha de ser estrecha sino grande, como decia David (II *Reg.* IX, 3) de la misericordia de Dios, poniendo todos los medios que pudiéremos para remediar la miseria de nuestros prójimos; y si nos faltare posibilidad, hemos de acudir al que la tiene, y solicitarle para que la remedie.

3. Lo tercero, para ponderar mas esta misericordia de Cristo nuestro Señor miraré lo que dijo en otro caso semejante (*Marc.* VIII, 2; *Matth.* XV, 32): *Tengo misericordia de esta multitud, porque ha tres dias que perseveran conmigo, y no tienen que comer, y si los envio ayunos desfallecerán en el camino, porque algunos han venido de muy léjos.* En las cuales palabras descubre, que es propio de la misericordia de Dios conocer por menudo nuestras miserias, y los títulos ó motivos que tiene para remediarlas, y el peligro que corremos si no las remedia. Y de todo se hace Dios cargo para compadecerse de nosotros y darnos remedio, como si le importara algo el remediarnos. Ó Dios misericordiosísimo, ¿qué mucho es persevere yo contigo tres dias, pues todos los gastas en hacerme bienes? Mas haces tú en querer estar conmigo, que yo en querer perseverar contigo. ¿Y qué maravilla venga yo de muy léjos á buscarte, pues vêniste del cielo á buscarme? Léjos he andado de tí por mi mala vida, pero ya me acerqué á tí por la penitencia; no me despidas ayuno de tu presencia, porque no desfallezca en el camino áspero de esta vida; susténtame con los socorros continuos de tu gracia, para que llegue con esfuerzo al fin dichoso de mi jornada. Amen.

4. Lo cuarto, ponderaré como Cristo nuestro Señor para mos-

trar el cuidado que tenia de aquella gente dijo á Felipe: *¿De dónde comprarémos pan para que coman estos?* Y tambien lo dijo para probar su fe, y para que se descubriese la necesidad que habia de hacer este milagro; porque no quiere usar de medios milagrosos para nuestro sustento, cuando se puede haber por medios naturales. La respuesta de Felipe fue: *No bastarán doscientos denarios ó reales para dar un bocado de pan á cada uno. Y lo mismo habian dicho los demás apóstoles, confesando todos su poca posibilidad.* Pero yo, dulcísimo Maestro, saco de aquí tu inmensa potestad; porque donde tú estás no hace falta dinero, pues con sola tu palabra puedes dar, no solo un bocado de pan á cada hombre, sino abundantísimos panes á todos los hombres. No quiero de hoy mas poner mi confianza en el dinero, aunque le obedezcan todas las cosas (*Eccles.* x, 19), sino en tí, liberalísimo dador de él y de ellas, cuya mano está siempre abierta para llenar á los vivientes de tu copiosa bendicion. (*Psalm.* CXLIV, 16).

PUNTO SEGUNDO. — 1. Pidió Cristo nuestro Señor á sus Apóstoles el pan que tenian. *Y ellos luego le ofrecieron cinco panes de cebada y dos peces, que traian para su sustento.* En lo cual ponderaré tres cosas misteriosas.—La primera, la grande pobreza de Cristo nuestro Señor y de sus discípulos, y el poco cuidado que tenian del regalo y sustento de su cuerpo; pues estando en aquella soledad no tenian para trece personas y otras que se les llegaban sino cinco panes, y esos de cebada, que era el pan mas desabrido y mas propio de pobres que entonces habia; y con ser pescadores no tenian mas que dos peces para todos. Con cuyo ejemplo me confundiré de la solicitud con que busco demasías y regalos en la comida, alentándome á contentarme con poco y ordinario, aunque sea desabrido. ¡Ó dulce Jesús! que al pueblo ingrato sustentaste en el desierto con pan del cielo, y á tí y á tus queridos discípulos sustentas con pan de cebada, concédeme que escoja para mí lo que escogiste para tí, tratando á mi cuerpo con la aspereza que tú trataste al tuyo. Amen.

2. La segunda es, la grande caridad y obediencia de los Apóstoles; porque pidiéndoles Cristo nuestro Señor los panes, se los dieron sin replicar ni decir que los habian menester para su comida, gustando quitárselo de la boca para darlo á los necesitados que allí estaban. De donde aprenderé á juntar obediencia y caridad en bien de los pobres, compadeciéndome de ellos, y gustando perder mis comodidades por remediar sus miserias, pues no las perderé, antes las remediaré mejor, como sucedió á los Apóstoles en este caso.

3. De aquí es, que aunque Cristo nuestro Señor pudiera remediar esta necesidad por muchos otros medios milagrosos, quiso aprovecharse del pan que tenian los Apóstoles y pedírselo, para probar si su caridad y compasion era verdadera, y para que ellos tuviesen parte en la buena obra; y para enseñarme que si yo no puedo remediar toda la necesidad del pobre, es bien que remedie parte de ella, y Dios con su liberalidad remediará lo que yo no pudiere, cumpliendo lo que dijo Tobías á su hijo (*Tob.* IV, 8): Del modo que pudieres sé misericordioso; y si tuvieres poco, da poco de buena gana. Y lo mismo pasa en las necesidades espirituales, así propias como de mis prójimos, porque Cristo nuestro Señor quiere que yo de mi parte ofrezca lo que pudiere, aunque sea poco, y él con su misericordia y omnipotencia suplirá lo que faltare.

PUNTO TERCERO. — 1. Lo tercero, se ha de considerar lo que hizo Cristo nuestro Señor por principio de este convite. Porque primeramente mandó á sus Apóstoles que hiciesen sentar toda la gente sobre el heno de ciento en ciento, y de cincuenta en cincuenta por cuadrillas. — Lo uno, para que por este medio se supiese el número de los convidados, que fue cinco mil hombres, sin mujeres y niños, que serian cási otros tantos. — Y lo otro, para que hubiese órden y concierto en la comida y en el repartimiento de los panes, y todos pudiesen advertir la grandeza del milagro. — Luego tomó Cristo nuestro Señor el pan en sus manos, y levantó los ojos al cielo, dando á entender que del cielo viene toda buena dádiva; y que el poder que tenia de hacer milagros en cuanto hombre, tambien le venia del Padre que está en los cielos. — Luego dió gracias á Dios, así por el manjar que tenia presente, como por el que pretendia dar milagrosamente, enseñándonos á ser agradecidos á Dios por cualquier don, aunque sea pequeño, y porque nos da pan, aunque sea de cebada; pues basta darlo Dios para que se estime, cuanto mas dándolo á quien nada debe ni se lo merece. — Despues bendijo el pan con algunas palabras de oracion, con las cuales le imprimió virtud de multiplicarse y mejorarse; porque la bendicion de Cristo no es como la nuestra, que solamente pide ó desea, sino es eficaz para hacer lo que dice; y echada la bendicion partió el pan y lo dió á los Apóstoles para que ellos lo diesen á los otros.

2. *Modo de comer cristianamente.* — En este hecho Cristo nuestro Señor nos enseña el modo como han de comer los cristianos cristiana y religiosamente, con las cuatro condiciones que se han tocado. — La primera, con órden y concierto, sentándose cada uno en su lu-

gar sin competencia, antes escogiendo el postrer lugar y el mas humilde. (*Luc.* XIV, 10).-La segunda, levantando los ojos del alma al cielo, mirando que los mira Dios, para que con esta vista se enfrene la gula y la lengua, guardando la templanza y modestia debida. Pues por esto dice David (*Psalm.* LXVII, 4), que los justos coman y se alegren en la presencia de Dios (*Exod.* XVIII, 12); así como Moisés, Aaron y los ancianos de Israel comieron pan con Jetró, *coram Deo*, delante de Dios.

3. La tercera (*Rom.* XIV, 6), con ánimo agradecido y accion de gracias, como quien come de limosna, dada graciosamente por la mano liberal de Dios, de quien pobres y ricos reciben el pan que comen. Y con este afecto reprimirémos las quejas que brota la carne, cuando la comida es poca y mal sazonada, ó se tarda en traer á la mesa, pues quien nada merece ha de recibir cualquier cosa, y como quiera que se le dé, con accion de gracias.-La cuarta es, precediendo bendicion con oracion devota, procurando mezclarla tambien con la comida, para que de tal manera coma el cuerpo, que tambien coma algo el espíritu. De donde resultará, que la comida, aunque sea poca y desabrida, parezca bastante y sabrosa; porque el sabor del espíritu suele endulzorar lo que es desabrido á la carne. De este modo, como dice san Pablo (I *Tim.* IV, 4), quedará santificada por la palabra de Dios y por la oracion, recibiéndola con accion de gracias.-Tambien en este hecho se nos representa el modo de comer el pan del santísimo sacramento de la Eucaristía, figurado por este convite, del cual se dirá en la parte IV, en la meditacion XIV, porque estas mismas cosas hizo Cristo nuestro Señor cuando le instituyó la noche de la cena.

PUNTO CUARTO.— 1. Lo cuarto, se ha de considerar la grandeza de este soberano milagro, porque milagrosamente se iba el pan multiplicando en las manos de Cristo nuestro Señor, y en las de los Apóstoles, y en las de los mismos que comian. De modo, que aunque recibiesen poco pan, y aunque comian de él, no se consumia sino multiplicábase, hasta que todos quedaron hartos y muy contentos, porque el pan era muy sabroso, como pan de Dios dado por tal mano. En lo cual ponderaré:-Lo primero, la omnipotencia de Cristo nuestro Señor, que tan fácilmente pudo convertir cinco panes en millares de ellos, y panes desabridos en panes sabrosos, y del mismo modo los peces, sacando de esta consideracion grande aliento para servir á Señor tan poderoso. Ó Rey del cielo (*Psalm.* LXXVII, 20), ¿quién no se preciará de servirte? pues tan poderoso eres para

poner á tu pueblo mesa en el desierto. Donde está tu omnipotencia, no hay que temer desierto, porque con ella sacas agua del pedernal, miel de la piedra, y aceite del duro peñasco. (*Deut.* XXXII, 13). Por el aire traes codornices del cielo, llueves maná, y en las manos del hambriento multiplicas pan y peces, para que crean tus hijos que no solo el fruto de la tierra (*Sap.* XVI, 26), sino tu omnipotente palabra sustenta á los que confian en ella.

2. De aquí subiré á contemplar la providencia paternal de este gran Dios, en dar de comer á los que le sirven con mano tan larga y por medios milagrosos, cuando faltan los humanos, con tal que no falte la confianza que debemos tener en ella, estribando en la promesa que nos hizo diciendo (*Matth.* VI, 31): *No seais demasiadamente solícitos de lo que habeis de comer y beber y vestir, porque esto es propio de gentiles, y vuestro Padre celestial sabe que teneis necesidad de todo esto. Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura.* Como se vió en esta gente, que vino en su busca por oir la doctrina del reino de Dios, del cual dice el evangelista san Lucas, que les habló largamente, y despues les dió el manjar corporal copiosamente para ellos y para sus hijos; para que se verificase lo que dice el profeta David (*Psalm.* XXXVI, 25): No ví al justo desamparado, ni á sus hijos faltos de pan. Ó Padre amantísimo, gracias te doy por esta paternal providencia que tienes de los que te sirven y esperan en tí. Concédeme, Señor, que tenga mucho cuidado de servirte como hijo, pues tienes cuidado de darme todo lo necesario como Padre.

3. Lo tercero, ponderaré el modo de providencia que resplandece en este milagro; porque siendo los que comian muchos y de diversas edades y complexiones, mozos y viejos, fuertes y flacos, mujeres y niños, y dando á todos de un mismo pan la cantidad que querian los Apóstoles, esta bastaba á todos, y los hartaba y dejaba contentos, cumpliéndose lo que está escrito del maná (*Exod.* XVI, 18; II *Cor.* VIII, 15), que con la cantidad que cogia cada uno quedaba satisfecho, sin que faltase al que cogia poco, ni sobrase al que cogia mucho, aunque aquí sobró para que se viese la magnificencia del dador. En lo cual se representa la suavidad de la divina Providencia, la cual da á cada uno de los justos lo que quiere, á unos mas y á otros menos; pero á todos harta y satisface, dando tanto contento á un justo con lo poco, como á otro con lo mucho.

4. Pero mucho mas se representa aquí la grandeza del santísimo Sacramento del altar, el cual con ser un mismo pan del cielo, aun-

que se reparte por mano de los sacerdotes entre millares de hombres, nunca se menoscaba; y aunque una hostia se parta en muchas partes, tanto tiene dentro de sí cada parte, como tenia la hostia, porque en toda y en cada parte está todo Cristo; y así tanto recibe quien recibe la parte pequeña, como quien la recibe muy grande, y tanta hartura puede dar aquella como esta; finalmente á todos harta y satisface, dando á cada uno la racion de gracia que su necesidad y disposicion pide. Ó Dios omnipotente, ¡cuán maravillosas son tus obras! ¡cuán rica tu providencia! ¡cuán larga, cuán amorosa y cuán suave! Alábente por ella todos los Ángeles; gocen de ella con agradecimiento todos los hombres, y mi ánima se derrita en amor tuyo con todas sus potencias, empleándolas en servirte, pues así te empleas en regalarme.

PUNTO QUINTO.— 1. Lo quinto, se ha de considerar lo que sucedió acabado el milagro. Porque primeramente, Cristo nuestro Señor mandó á los Apóstoles que recogiesen todo el pan que habia sobrado, y recogieron doce canastas llenas, mostrándonos con esto su liberalidad en premiar la voluntad con que sus Apóstoles le ofrecieron los cinco panes de cebada, volviéndoles por ellos doce canastas llenas de muy buen pan; y como ellos eran doce, así quiso que las canastas fuesen doce, como quien daba una á cada uno por lo que cada uno habia ofrecido. Así como á la Viuda, que dió liberalmente un poco de harina al profeta Elías (III *Reg.* XVII, 16), se la multiplicó para muchos dias. Por donde tambien se ve, como premia Dios á los limosneros y á todos los que le ofrecen algo por servirle, volviéndoles mucho mas de lo que dan; porque dar á Dios no es perder, sino ganar; y, como dice el Sábio (*Prov.* XIX, 17), es dar á logro, pues vuelve ciento por uno.

2. Tambien sacaré por aquí, ¿qué dará Dios en la otra vida, pues tanto da en esta vida? Dará sin duda, como él dijo (*Luc.* VI, 38), una medida buena, llena, apretada, colmada, y que sobre y exceda inmensamente á lo que por él se hace. Ó Dios inmenso, ¿con qué te pagarémos lo mucho que por nosotros haces? Deseo darte una medida de todas partes buena, llena de santas obras, apretada con estrechas penitencias, colmada con fervorosos afectos y que sobre, cumpliendo mas de lo que mandas, con hacer tambien lo que me aconsejas; y pues por tu gracia me has dado tal deseo, dame tambien fuerzas para cumplirlo.

3. Últimamente, ponderaré la alegría y admiracion de aquella gente, viendo tan gran milagro, la cual fue tan grande, que se de-

terminaron en sus corazones de alzar á Cristo por Rey, teniéndose por dichosos en servir á tan poderoso y liberal Señor; pero como nuestro Redentor conociese estos pensamientos, huyó á lo mas escondido del desierto, atajando la determinacion de estos hombres, porque no queria honras ni dignidades temporales, enseñándome con su ejemplo, que no busque por mis buenas obras premio temporal de los hombres, ni apetezca dignidades, antes cuanto es de mi parte las huya, y huya las ocasiones de ellas. Ó Rey eterno, que así aborreciste el reinado temporal, porque tu reino no era de este miserable mundo, dame gracia para que yo tambien pise las grandezas temporales, contentándome con las eternas. Amen.

MEDITACION XVIII.

DEL MILAGRO QUE HIZO CRISTO NUESTRO SEÑOR, SOSEGANDO LA TEMPESTAD DEL MAR.

—Despues del milagro de los panes, sucedió uno muy famoso para sosegar la tempestad del mar, pero habia sucedido primero otro semejante, del cual será esta meditacion, porque ayudará mucho para la siguiente.—

PUNTO PRIMERO.— 1. *Habiendo Cristo nuestro Señor predicado á mucha gente* (*Matth.* VIII, 24; *Marc.* IV, 38), *siendo ya tarde entró en un navío, y mandó á sus discípulos que navegasen, y él se echó á dormir en la popa sobre un cabezal; y al mismo punto se levantó una grande tempestad, de modo que las olas entraban dentro del navío y le llenaban de agua, con peligro de hundirse.* Cerca de este sueño de Cristo nuestro Señor, consideraré primeramente tres condiciones que en él concurrieron.—La primera, que fue despues de largo trabajo, mostrando que era hombre necesitado de este alivio.—La segunda, que le tomó de paso, y por esto no se fué á dormir como Jonás al profundo del navío, sino en la popa, donde topasen con él y fácilmente pudiesen despertarle.—La tercera, que aunque dormia el cuerpo, velaba su corazon, conociendo lo que pasaba como si estuviera despierto. Con estas tres condiciones he de acompañar mi sueño, procurando que no sea por regalo y ociosidad, sino forzado de necesidad con moderacion y modestia; y si fuere posible, mezclado con buenos sueños, para que pueda decir lo del Salmo (*Psalm.* CXXXVIII, 11): La noche es mi resplandor en medio de mis regalos (*Cant.* V, 2); y aunque duermo, vela mi corazon.

2. Luego ponderaré el misterio de este sueño, como Cristo nuestro Señor en la nave de su Iglesia y de cada alma se hace algunas veces del dormido, como quien descuida de nosotros, permitiendo que se levanten tan bravas tempestades de persecuciones y tentaciones, que parece está cerca de ser anegada; porque no solamente las olas la combaten por defuera, sino, como dice san Marcos, entran dentro y cási llenan el navío de las potencias interiores con tristezas, temores, escrúpulos y otras varias turbaciones. Mas no por eso hemos de pensar que está Dios ausente del navío, ni que deja de ver todo lo que pasa en el mundo y los peligros de sus escogidos; pues por esto dijo por boca de David (*Psalm.* XC, 15): Con él estoy en la tribulacion, yo le libraré y le glorificaré; y mirad que no dormirá ni un poquito, cuanto mas mucho, el que guarda á Israel. (*Psalm.* CXX, 4). Ó Salvador dulcísimo, que como navío fuiste combatido en el mar de este mundo con terribles olas de trabajos (*Psalm.* LXVIII, 6), entrando en tu alma las aguas amargas de las tristezas y temores, esfuérzame con el ejemplo que me diste, para que no me anegue la tribulacion interior y exterior que me combatiere.

3. Últimamente, ponderaré que Cristo nuestro Señor permite estas borrascas, como aquí se apunta, para probar nuestra fe y avivar nuestra confianza, fundarnos en humildad, purificarnos de vicios, y provocarnos al ejercicio de la oracion y de varias virtudes; pues por esto se dice: Que quien entra en la mar aprende á orar; y entrando en el alma las olas de las tribulaciones, suelen salir de ella las olas de los vicios; entrando la humillacion sale el viento de la soberbia; y entrando la congoja sale la tibieza. Ó Piloto sapientísimo, gobierna como quisieres la nave de mi alma, con tal que no te ausentes de ella; porque si tú estás presente, aunque sea combatida, no será hundida sino mejorada, levantándola las olas de las tribulaciones al ejercicio soberano de todas las virtudes.

PUNTO SEGUNDO.— 1. *Los discípulos fueron á Cristo nuestro Señor, y despertáronle diciendo: Señor, sálvanos, que perecemos. Díjoles: ¿De qué temeis, hombres de poca fe? ¿Dónde está vuestra fe?* Dos cosas se han de ponderar aquí, una de parte de los discípulos, los cuales en este aprieto acudieron al único remedio de todos los trabajos, que es Dios, por medio de la oracion. Unos usando de palabras breves, pero eficaces, alegando su peligro y necesidad, le dijeron (*Matth.* VIII, 25): *Domine, salva nos, perimus.* Señor, líbranos, porque perecemos. Otros con un modo de queja amorosa dijeron: *Magister, non ad te pertinet quia perimus?* Maestro, ¿no te toca mirar que

perecemos? Como quien dice: Á tí pertenece mirar por nosotros, porque eres nuestro Maestro, y en tí tenemos puesta nuestra confianza; pues ¿cómo nos dejas en tanto peligro? A imitacion de estos discípulos he de acudir á Cristo nuestro Señor en mis trabajos con estas dos oraciones diciéndole: Señor, sálvame, porque perezco. Maestro mio, á tí pertenece librar mi alma, porque mas es tuya que mia. Yo soy tu discípulo, y debajo tu proteccion vivo (*Psalm.* CXVIII, 94): *Tuus sum ego, salvum me fac:* tuyo soy, sálvame (*Psalm.* XLIII, 23): *Exurge, quare obdormis, Domine?* levántate, Señor, ¿por qué duermes? Levántate y no me deseches hasta el fin: ¿por qué vuelves tu rostro y te olvidas de mi pobreza y de mi tribulacion?

2. De parte de Cristo nuestro Señor se ha de ponderar cuán presto despertó, como quien tenia gana de socorrer á sus discípulos, reprendiéndoles de la poca fe y confianza que tenian en su omnipotencia. Y por esto les dijo: *Quid timidi estis, modicae fidei?* ¿De qué temeis, hombres de poca fe? Como quien dice: Aunque mirando vuestro peligro y vuestras propias fuerzas hay razon de temer; pero mirando que estais en mi compañía, no hay por qué temais, si teneis fe de quién soy yo. Ó Salvador mio dulcísimo, confieso que mirándote á tí no tengo por qué dudar ni de tu poder, ni de tu saber, ni de tu querer para mi remedio, porque tú eres infinitamente poderoso, sábio y bueno; en tus manos me arrojo de todo corazon, y cuanto fuere mayor mi tribulacion, tanto será mayor mi confianza, para que muestres en mí tu omnipotencia.

PUNTO TERCERO.—*Luego Cristo nuestro Señor mandó á los vientos y al mar que se sosegasen, diciendo: Calla, enmudece, y al punto cesó el viento y quedó sosegado el mar.* En este hecho ponderaré la omnipotencia de Cristo nuestro Señor y el imperio que tiene sobre sus criaturas, y la obediencia tan puntual que ellas tienen á lo que les manda; gozándome de todo esto por ser gloria de mi Redentor, y confundiéndome de mi poca obediencia y mucha rebeldía. Pero tienen misterio estas dos palabras, *tace, obmutesce.* Calla, enmudece, porque las obras de Dios son perfectas; y cuando quiere mostrar su omnipotencia, no solo manda callar sino enmudecer, que es mas, sanando la turbacion de raíz y causando perfecta paz. Y así cuando me viere turbado con varios pensamientos ó pasiones, he de suplicar á Nuestro Señor las mande, no solamente callar por un rato, sino enmudecer, para que nunca mas me turben en la materia en que me turbaron; y si me conviniere así lo hará; de modo que con grande admiracion de lo que en mí experimento, diga lo que decia

la gente del navío: *¿Quién es este á quien así obedecen los vientos y el mar?* Ó Salvador omnipotentísimo, mi corazon es un mar turbado con mil vagueaciones, y anda muy alterado con vientos de contrarias pasiones, mándale que sosiegue, díle: Calla, enmudece, porque tu decir es omnipotente; y luego te obedecerá.

MEDITACION XIX.

DEL MILAGRO EN QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR ANDUVO SOBRE LAS AGUAS, Y FUE TENIDO POR FANTASMA.

—En esta meditacion, por via de enseñanza, iré juntamente poniendo algunos avisos para conocer el espíritu de Cristo verdadero, y el fantástico, y el verdadero fervor del espíritu, con los efectos que Dios obra en las almas cuando las visita en la oracion con su dulce presencia.—

PUNTO PRIMERO.— 1. (*Matth.* XIV, 22). *Mandó Jesús á sus discípulos que entrasen en un navío y pasasen el mar de Tiberíades, y él quedóse solo á orar en un monte hasta la cuarta vigilia de la noche, y luego se levantó una grande tempestad que batia la navecilla.*—Lo primero, ponderaré el amor que Cristo nuestro Señor tenia á la oracion, escogiendo para ella lugares solitarios y el tiempo quieto de la noche, y dejando la compañía de sus discípulos, prolongando su oracion cási hasta la mañana con gran fervor, al modo que se dijo en la introduccion de esta parte III, en el párrafo VIII, de donde sacaré con cuánto cuidado he de orar por mi propia salvacion, pues así oraba Cristo por la ajena.

2. Lo segundo, ponderaré como los Apóstoles sintieron mucho apartarse de su Maestro; pues san Marcos dice: *Coëgit*, que les forzó porque quisieran subir con él al monte á orar y estar siempre en su compañía, como quien barruntaba que entrar sin él en la mar era peligroso; pero prevaleció la virtud de la obediencia, porque en todo ha de ser Dios obedecido, aunque sea poniéndonos á grande peligro, dejando la oracion retirada, porque esto es dejar á Dios por Dios.

3. Lo tercero, ponderaré el misterio de la tempestad que padecia la nave de los Apóstoles. La otra vez levantóse la tempestad estando Cristo nuestro Señor en el navío, pero durmiendo; esta vez estando ausente, para probar mas la fe de los discípulos, viendo mas léjos á su Maestro. Y para significar que Cristo nuestro Señor suele

ausentarse de los suyos, cuanto al socorro sensible de su gracia, y dejarlos en grandes tribulaciones, para probar su fidelidad. Y como van creciendo en la virtud, suelen crecer las pruebas con tal modo de ausencias, por los innumerables bienes que resultan de ellas.

PUNTO SEGUNDO. — 1. *Cristo nuestro Señor, aunque estaba en el monte y era de noche, vió á sus Apóstoles que estaban trabajando en remar, y compadeciéndose de su trabajo, porque el viento les era contrario, se fué á ellos andando sobre las aguas; y en viéndole los discípulos, llenos de miedo, pensaron que era fantasma y dieron voces diciendo: Fantasma es.* Aquí se ha de ponderar:—Lo primero, como los discípulos en esta tempestad no perdieron el ánimo, ni se estuvieron ociosos mano sobre mano, sino trabajaban remando contra los vientos y rigurosas tempestades, por salvar su pobre navío y llevarle al puerto, para que yo entienda que en las tribulaciones y tentaciones no tengo de amilanarme ni estar ocioso, dejando mi remedio á solo Dios, sino hacer de mi parte lo que pudiere, aunque sea con trabajo, como quien rema á solas, ejercitando las obras de oracion y penitencia lo mejor que pudiere, para que Dios acuda á remediarme.—Lo segundo, ponderaré la caridad de Cristo nuestro Señor, el cual, aunque parece que está ausente no se olvida de los suyos, antes está mirando su trabajo y diligencia, y se agrada por una parte de verlos trabajar, y por otra se compadece de verlos padecer. Ó alma mia, aunque te veas en el mar de este mundo y en la noche de este siglo llena de oscuridades y combatida de tentaciones, ten gran confianza, porque tu Salvador está en el monte de esos cielos, abogando y orando por tí á su eterno Padre (*Rom.* VIII, 34; I *Ioan.* II, 1), y mirando desde su trono tus trabajos, compadeciéndose de ellos, y ayudándote, como á san Estéban, con su misericordia infinita, para que alcances la corona eterna.

2. Lo tercero, ponderaré las causas por que Cristo nuestro Señor vino andando sobre las aguas.—La primera fue, para dar muestra de su omnipotencia, significando por esto el poder que tenia sobre las aguas del mar, y sobre las tribulaciones y tempestades del mundo, y como era superior á todas y las tenia debajo de sus piés sin temor alguno. Y por consiguiente, que si en tiempo de su pasion fuese sumido debajo de las olas, atollado en el lodo del profundo (*Psalm.* LXVIII, 3), no era por flaqueza sino por caridad, con deseo de padecer por nuestro bien; pero de tal manera, que luego saldria de aquel abismo de tribulaciones, como superior y vencedor de ellas.—*Virtud de la oracion.*—Otra causa fue, para significar la

virtud de la oracion que habia tenido en el monte, de la cual suelen salir los justos con tanto esfuerzo, que ni temen tempestades ni se hunden en ellas, sino con un ánimo esforzado en virtud de Dios las acometen y son superiores á todas: y cuando temen los que están en el navío, no temen ellos en medio del mar, porque la oracion y confianza en Dios les da mayor seguridad, que todos lós medios humanos á los que confian en ellos; y aunque estén en medio de innumerables tempestades y dentro del vientre de la ballena, como Jonás (*Ionae*, II, 1), orando, alcanzan que la ballena de la tribulacion no les dañe, antes les ponga en el puerto con mucha seguridad. Ó dulce Jesús, concédeme que suba contigo al monte alto de la oracion, levantándome sobre mí mismo, para que en virtud de ella con tu gracia me levante sobre las aguas de las tentaciones y tribulaciones, sin ser oprimido de ellas.

3. Lo cuarto, se ha de ponderar el temor vano de los discípulos cuando vieron á Cristo nuestro Señor venir andando sobre las aguas, pensando que era fantasma; y los que no daban voces con la furia de la tempestad, las dieron de miedo por un antojo, para que echemos de ver cuán grande es nuestra flaqueza y miseria; pues muchas veces con la virtud de Dios hacemos rostro á grandes peligros y dificultades; y despues con gran cobardía y pusilanimidad nos espantamos de los pequeñuelos y antojadizos; y así echemos de ver que no es nuestra la fortaleza en cosas grandes, pues nos falta en cosas pequeñas.

PUNTO TERCERO. — 1. Cerca de este dicho de los Apóstoles se han de considerar tres suertes de personas que tratan con Cristo nuestro Señor, y tienen diferentes sentimientos cerca de él y de sus cosas. Unas hay que tienen por Cristo á lo que es solamente fantasma y sombra antojadiza, calificando sus sueños ó imaginaciones por verdaderas revelaciones; y á sus pasiones califican por virtudes, pensando que su rabiosa ira es celo y su amor carnal espiritual. Estos por la mayor parte son algunos soberbios y presuntuosos que se fian mucho de su propio juicio. Y á esta causa unas veces el demonio se transforma en ángel de luz (II *Cor.* XI, 14), haciéndoles creer que sús dichos son verdadera luz, siendo de verdad tinieblas; otras veces su propio juicio hace oficio de demonio, y les persuade que todos los instintos interiores que sienten son del Espíritu Santo, siendo instintos de su espíritu propio, carnal, mundano, soberbio y ciego; y otras veces la imaginacion propia especialmente con flaqueza de cabeza les engaña, fingiendo imágenes de Cristo tan vivas,

que les parecen ser el mismo Cristo, envaneciéndose con este fingido favor, y antojándose que les habla las palabras que poco antes han pensado ó las que gustan de oir. Y finalmente, hasta los muy espirituales, acostumbrados á sentir inspiraciones de Dios, algunas veces piensan que lo son los discursos propios, como le sucedió al profeta Natan (II *Reg.* VII, 3), y lo advirtió san Gregorio (Lib. II Dial. *c.* 21). Y de la misma manera se engañan en calificar los espíritus que pasan por otros, creyendo fácilmente lo que se les dice, y guiándose por apariencias exteriores. De donde procede aprobar lo que es fantasma y caminar por aquel camino, de quien dice el Espíritu Santo (*Prov.* XIV, 12), que parece bueno y para en la muerte y perdicion.

2. Otros por otro extremo, á lo que verdaderamente es Cristo tienen por fantasma, y á la virtud por pasion, y á la buena inspiracion por antojo de su propio espíritu. Estos suelen ser algunos demasiadamente temerosos y escrupulosos é ignorantes, que temen donde no hay que temer, por su ignorancia ó complexion tímida y melancólica. Y algunas veces pasa esto por gente aprovechada en tiempo de grandes tentaciones y borrascas, como en este caso sucedió á los Apóstoles, permitiendo Nuestro Señor estas nieblas y dudas, de si es Dios ó fantasma lo que ven y experimentan, para su ejercicio, y para prueba y aumento de humildad y virtud, porque entonces es mas terrible la tentacion, cuando imagino que es nuevo engaño lo que Dios me envia por remedio. Y de la misma manera algunos se engañan en calificar los espíritus de los otros, por ser muy incrédulos y poco experimentados, blasfemando de lo que ignoran, y pensando que todas las visiones y revelaciones y obras maravillosas son fantasmas y antojos, como si el dia de hoy no se comunicase Dios tambien algunas veces, como en los tiempos pasados lo hacia con los Santos. Ambos extremos son perjudiciales y peligrosos, porque no es menos malo tener á Cristo por fantasma (*Greg.* Hom. 5 in Ezechiel.), que á la fantasma por Cristo, y desechar lo que es Dios, pensando que es demonio, que admitir lo que es demonio, pensando que es Dios. Y tan dañoso es seguir el ímpetu de carne, imaginando que es del Espíritu Santo, como ahogar el impulso del Espíritu Santo (I *Thes.* V, 19), pensando que es ímpetu de carne.

3. La tercera suerte de personas va por un medio guardando el consejo de san Juan, que dice (I *Ioan.* IV, 1): No querais creer á todo espíritu, sino probad y examinad primero los espíritus si son

de Dios, y con este exámen, por la misericordia del Señor, califican cada cosa por lo que es, conociendo lo que verdaderamente es Cristo, y lo que es fantasma y antojo, así en las cosas propias como en las ajenas que examinan; para lo cual suele comunicar Nuestro Señor el don que san Pablo llama gracia de discernir espíritus (I *Cor.* XII, 10), y especialmente le da á los maestros de su Iglesia (*Ierem.* VI, 27); á los cuales para esta causa llama ensayadores y examinadores de los metales del espíritu, á quien han de acudir los que tienen menos experiencia por no ser engañados, pensando ser oro verdadero, el falso, ó que es falso el verdadero, y todos hemos de pedir á Cristo nuestro Señor esta luz celestial para no errar, diciéndole (*Prov.* XVI, 2): Ó Maestro celestial, verdadero ponderador de los espíritus, no permitas que te haga tal agravio, que llame fantasma á lo que es Dios, ó que llame Dios á lo que es fantasma; ilústrame con tu divina luz, para que pueda discernir entre uno y otro, y ayúdame con tu gracia, para que siempre siga los ímpetus del espíritu bueno, y aborrezca los del malo. Amen.

PUNTO CUARTO.— 1. *Oyendo Cristo nuestro Señor los clamores de sus discípulos, luego les habló y les dijo* (*Matth.* XIV, 27): *Confiad, yo soy, no querais temer.* Aquí se ha de ponderar lo primero, la clemencia de Jesucristo nuestro Señor en consolar luego á los afligidos discípulos, con hablarles y manifestárseles, diciéndoles tres solas palabras, con que les quitó su falsa aprension; porque propio es del espíritu de Cristo mover á verdadera confianza, y quitar el falso temor, imprimiendo en el alma tales afectos, que por ellos conozca la verdad de aquella palabra, *Ego sum*, yo soy; porque no bastara decir, yo soy, si no les hablara con voz propia suya y conocida por ellos, ó dándoles bastantes indicios de que lo era.

2. De aquí subiré á ponderar lo que pasa dentro de nuestros corazones cuando Cristo nuestro Señor los visita y habla, dándoles á entender por algunas señales interiores quién es el que les habla; porque como cada hombre tiene cierto modo de hablar, por el cual le conocen los que conversan con él, y le diferencian de otros; así los Santos, que tienen mucho trato y conversacion con Nuestro Señor, dicen (*D. Greg.* lib. IV *Dial.* c. 48; *D. Aug.* lib. VI Confess., *c.* 13, de sancta Monica; *D. Diadochus*, lib. de Perfect. *c.* 30), que tiene tal modo de hablar al corazon con tal dulzura y paz, y plenitud de virtudes, que representan su divinidad, y se da á conocer que es buen espíritu el que habla, porque el malo no puede ni atina á hablar con tal modo de sabor. Esto muestra Nuestro Señor con

la omnipotencia de su palabra, porque en un momento trueca el corazon de tímido en confiado, de triste en alegre, de turbado en sosegado, de duro en blando, de seco en devoto, de afligido con varias tentaciones de carne ó vanidad y codicia en quieto con los afectos contrarios. De suerte que en tiempo de tempestades y borrascas, el espíritu del demonio imprime pusilanimidad, desmayo, desconfianza y desesperacion; pero el espíritu de Cristo imprime magnanimidad, aliento, confianza en Dios y firmeza en su servicio. Al contrario, en tiempo de prosperidad y bonanza temporal ó espiritual el espíritu del demonio imprime soberbia, vanidad, presuncion, confianza propia, complacimiento de sí mismo, estima de sus cosas y de su propio parecer, con desestima de otros; pero el espíritu de Cristo imprime humildad, desprecio de sí mismo, desconfianza propia, temor santo de no caer mas, sujecion á Dios, y á todos por Dios.

3. Y como un mismo hombre dice con diferente modo una misma palabra, cuando quiere mostrar enojo para espantar, ó cuando quiere mostrar blandura para regalar; así Cristo nuestro Señor con esta misma palabra, *Yo soy*, obra contrarios efectos en contrarias personas, porque con ella quitó en este caso el temor á los discípulos, y con ella espantó tanto á los que venian á prenderle, que dió con ellos en tierra, como verémos en la parte IV. Y de la misma manera da testimonios interiores de su presencia á los pecadores y á los justos (*Ioan.* XVIII, 6); á los pecadores, atemorizándolos con reprensiones, amenazas y espantos, para que salgan de su pecado; pero á los justos, regalándoles con afectos tiernos de gozo y paz espiritual, para alentarlos en su servicio; y si al principio entra con algun modo de temor, para poner en reverencia, luego causa paz con alegría y seguridad de conciencia (*D. Thom.* 3 *p. q.* 30, *art.* 3 *ad* 3; *S. P. N. Ignat.* in reg. de hoc).—Ponderadas estas cosas he de suplicar á Cristo nuestro Señor me visite y hable de tal manera al corazon, que le conozca para reverenciarle, amarle y servirle, y fiarme de él. Ó Dios omnipotente, que eres el que es, dí á mí alma, *Yo soy*, manifestándola tu dulce presencia, para que con ella cesen todos sus vanos temores, y se enciendan sus fervorosos deseos, poniéndolos por obra, para gloria tuya. Amen.

PUNTO QUINTO.—*Propiedades de la fervorosa caridad.*—1. *Oyendo Pedro las palabras de Cristo nuestro Señor, díjole* (*Matth.* XIV, 28): *Señor, si tú eres, mándame venir á tí sobre las aguas.* En estas palabras se apuntan cinco propiedades de la fervorosa caridad, por las cuales se diferencia el fervor verdadero del falso.—La primera es,

tener grande luz y estima de Cristo nuestro Señor, y de las grandezas que encierra esta palabra, *Yo soy*, la cual penetró san Pedro con divina ilustracion, y asiendo de ella, dijo, no dudando sino afirmando: Señor, pues tú eres el que es el mismo saber y poder, la misma bondad y caridad, muestra conmigo ser el que eres, dándome testimonio de quien eres. -La segunda propiedad es, tener grandes ansias de que Dios le mande algo en que muestre el amor que le tiene, diciendo: Si tú eres, *iube me*, mándame, esclavo tuyo soy, aparejado estoy á obedecerte; tengo por gran favor que me mandes algo; manda lo que quisieres, que yo te obedeceré.

2. La tercera es, tener entrañable deseo de estar junto á su amado, pareciéndole larga cualquier dilacion, y deseando no caminar al paso ordinario; y por esto dijo san Pedro: Señor, si tú eres, mándame, *venire ad te*, ir á tí sobre las aguas; y no dijo esto por vanidad, ó por pedir milagros, sino llevado del fervoroso deseo de estar junto á su Maestro. Y he de ponderar, que cuando san Pedro en su navío vió el milagro de la pesca, quiso retirarse de Cristo, y así le dijo (*Luc.* v, 8): *Apártate de mí, Señor, que soy gran pecador*. Pero ahora viendo andar á Cristo sobre las aguas, antes quiere acercarse á él, y ambos espíritus fueron buenos. -El primero nació de humildad, porque puso los ojos en quién él era, mirándose como gran pecador. -El segundo de amor, porque los puso en quién era Cristo, y en su omnipotencia. Y ambos afectos he de ejercitar en diversos tiempos, porque el primero asegura al segundo, y el segundo perfecciona al primero.

3. La cuarta propiedad es, ofrecerse confiadamente á cosas que exceden á sus fuerzas, y aun parecen imposibles á su flaca naturaleza, porque no mide sus deseos con las propias fuerzas, sino con las de Dios. Y por esto san Pedro se ofreció á echarse en el mar tempestuoso, pareciéndole que en virtud de su Maestro andaria sobre las aguas como él andaba, sin ser anegado de ellas; porque la encendida caridad no teme ser anegada de las aguas de tribulaciones, como se dice en el libro de los Cantares. (*Cant.* II, 4). Finalmente, aunque la caridad es fervorosa, no es precipitada ni temeraria, sino prudente y reportada, ni se arroja á mas de lo que puede, sin licencia, mandato é inspiracion de Dios, en quien confia, como san Pedro no se arrojó en la mar hasta que Cristo se lo mandó. Ó dulcísimo Maestro, éntrame (*Cant.* VIII, 7) en la bodega de tus vinos preciosos, y ordena en mí la caridad, con las calidades que la diste á este santo Apóstol, para que el fervor ni por el desórden me despeñe, ni por el mucho miedo se menoscabe.

PUNTO SEXTO. — 1. *Respondió Cristo: Ven, y saltando del navío andaba sobre las aguas para ir donde estaba Jesús.* Aquí se ha de ponderar lo primero, como Cristo nuestro Señor, aunque otras veces reprimió el fervor de san Pedro, esta vez se agradó de él, y le concedió su peticion, porque procedia de verdadero amor, y con espíritu de resignacion, y con grande confianza, no en sus fuerzas, sino en las de Cristo; y cuando las peticiones son de tal manera, como proceden del Espíritu Santo, admítelas este Señor, cuya propiedad es hacer la voluntad de los que le temen, y oir las peticiones de los que le aman cuando van ordenadas para muestras de su amor. Al contrario, cuando san Pedro dijo la noche de la pasion (*Luc.* XXII, 33), que estaba aparejado á ir con él á la cárcel y á la muerte, no le respondió, ven, porque sabia que aquel ofrecimiento procedia de soberbia y presuncion de sí mismo, con algun desprecio de sus compañeros, anteponiéndose á ellos; lo cual faltó en esta demanda, y por aquí sacaré el modo como tengo de pedir algo á nuestro Señor, si quiero que me lo conceda.

2. Tambien concedió esta peticion, para que sus discípulos viesen por experiencia con cuánta razon les habia dicho: Confiad, tened fiducia: yo soy, no querais temer; pues era tan poderoso, que con sola una sencilla palabra, *ven*, podia hacer una cosa tan prodigiosa como era andar un hombre sobre las aguas como sobre tierra firme, y de allí levantasen el espíritu á creer y confiar que tambien era poderoso para hacer (*Psalm.* XC, 13) que anduviesen sobre los basiliscos y escorpiones, y hollasen á los leones y dragones, sin recibir daño de ellos. Y para que no temiesen las olas del mar de este mundo, porque sobre ellas podrian andar, no solo sin ahogarse, pero sin mojarse, si no es cuando mucho la planta del pié, con algunas culpas ligeras ó inadvertencias de imperfeccion. Ó poderosísimo Jesús, deseosa está mi alma de ir tras tí siguiendo tu vida, y de ir á tí para gozar de tu gloria. (*Marc.* IX). Díla, Señor, esta palabra, *ven*, porque en virtud de ella todo le será fácil, pues al que confia en tí todo le es posible.

3. Lo tercero, ponderaré como san Pedro, en oyendo la palabra de Cristo nuestro Señor, sin dilacion y sin temor salió de su navío, y comenzó su viaje, caminando hácia donde estaba Jesús con deseo de acercarse á él, para que por aquí entienda la presteza y confianza con que tengo de ejecutar todo lo que fuere voluntad de Cristo, y cumplir los propósitos y ofrecimientos que he hecho de su servicio, no dudando de arrojarme á cualesquier peligros en virtud de su pa-

labra (*Philip.* IV, 13), pues todas las cosas podré en el Señor que me conforta.

PUNTO SÉPTIMO. — 1. *Viendo Pedro la furia de los vientos, temió; y comenzando á hundirse dió voces, diciendo: Señor, sálvame; y al punto tendiéndole Cristo por la mano, le dijo: Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste? Y entrando en el navío cesó el viento, y se halló la nave en el puerto.* Aquí se ha de ponderar lo primero, como Cristo nuestro Señor permitió este temor en Pedro, porque despues no se envaneciese, y para que reconociese que aun no tenia perfecta fe, pues quien tuvo ánimo para echarse en el mar tempestuoso, temió despues el viento que se levantó, porque apartó los ojos de Cristo y los puso en el viento; y como faltó la confianza, faltó la consistencia, y comenzó á hundirse. Ó Dios omnipotente, ayuda mi flaca fe, y no permitas que aparte los ojos de tí en mis tribulaciones, porque no me hunda en ellas.

2. Lo segundo, ponderaré que quien por obediencia de Cristo y fiado en su palabra se arroja á los peligros, no perecerá, porque en llamándole, acudirá á darle la mano y librarle de ellos; pero si en ellos me pongo por mi propia voluntad, ó por vanidad y jactancia, dejaráme Dios de su mano en castigo de mi loco atrevimiento, y pereceré como los sacerdotes Macabeos, que por este fin vano entraron en la batalla sin consejo. (I *Mach.* V, 67).—Lo tercero, ponderaré como entrando Cristo en la nave cesó el viento, para significar que las tentaciones que se levantan en su ausencia, cesan con su presencia, y con su ayuda llega el navío con presteza y gran bonanza á la tierra de los vivos y al puerto de la eterna salvacion.

3. Finalmente, en todo este suceso descubrió Cristo nuestro Señor el estilo que tiene cuando nos llama para religion ó para grandes empresas; porque al principio facilita los trabajos para que sin temor nos arrojemos á ellos; pero poco despues permite grandes borrascas y temores, no para desampararnos, sino para perfeccionarnos en las virtudes. Y últimamente nos da cumplida paz con mayor alegría, por las nuevas experiencias de lo mucho que podemos con su gracia; y así dijo por un profeta (*Osee*, II, 14): Yo la engañaré con la leche de mis consuelos, y la llevaré á la soledad, y despues la pondré en el valle de la turbacion, para que cobre nuevas esperanzas, y cante con alegría, como solia en sus principios. Ó Amado mio, engáñame con este santo engaño, para que me libres de los engaños del mundo, y llegue á gozar los eternos descansos del cielo. Amen.

MEDITACION XX.

DE LA ILUSTRE CONFESION QUE HIZO SAN PEDRO DE LA DIVINIDAD DE CRISTO NUESTRO SEÑOR.

PUNTO PRIMERO.— 1. *Preguntó Cristo nuestro Señor á sus discípulos* (*Matth.* XVI, 13): *¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?* Aquí se ha de ponderar lo primero, como Cristo nuestro Señor hizo esta pregunta, como advierte san Lucas, habiendo estado primero á solas orando, para que se entendiese que no era de curiosidad, sino de necesidad, no para su provecho, sino para el nuestro; y para que entendamos que en virtud de la oracion se dió á san Pedro la luz que recibió en la respuesta. Y si yo deseo esta luz, por la oracion la alcanzaré, conforme al dicho del Apóstol (*Iacob.* I, 5): Si alguno tiene necesidad de sabiduría, pídala á Dios, que él la da con abundancia, con tal que la pida confiadamente y sin dudar.

2. Lo segundo, ponderaré como Cristo nuestro Señor hizo esta pregunta por tomar ocasion para dar á sus discípulos con mas claridad, conocimiento verdadero de quién era (*Ioan.* XVII, 3): del cual, como él mismo dijo, depende, como de semilla, nuestra salvacion; y tambien para enseñarnos el modo como nos hemos de aprovechar de los dichos de los hombres; porque desear saber la opinion que tienen de nosotros para fundar en ella la seguridad de nuestra vida, es gran yerro; pues, como dijo san Pablo (I *Cor.* IV, 4), quien nos ha de juzgar es Dios; pero no es malo querer saberla, para que oyendo sus dichos corrijamos lo malo que dijeren de nosotros, ó huyamos de ello para que no lo digan con verdad; y lo bueno que dijeren, procuremos ganarlo, si no lo tenemos, ó perfeccionarlo, si lo tuviéremos, y de esta manera los dichos de los hombres se convertirán en nuestro provecho.

3. Tambien se ha de ponderar la humildad que resplandece en llamarse Cristo nuestro Señor á sí mismo comunmente con este nombre Hijo del hombre, que es nombre comun á todos los hombres, vil y despreciado, dejando otros nombres muy gloriosos con que se podia llamar, enseñándonos con este ejemplo á humillarnos, y á tomar siempre los títulos mas bajos y humildes que pudiéremos, segun nuestro estado, porque quien se humilla será ensalzado. Y así Cristo nuestro Señor, llamándose á sí mismo Hijo del hombre, luego por revelacion del Padre le llamó san Pedro Hijo de Dios vivo. Ó

rer yo limitar á Cristo y á su espíritu conforme al espíritu que siento en mí, deseando que todos vayan por aquel mismo camino, porque esto es sentir cortamente de Dios y de la redencion de Cristo, el cual para unos es como el Bautista, y para otros como Elías, y para otros como Jeremías; para unos es solitario y contemplativo, y para otros es conversable y muy activo. Ó Sabiduría eterna, en quien están recogidos todos los espíritus que han tenido los Santos que te sirvieron, dame aquel espíritu que mas te agrada, y á cada uno de tus escogidos el que mas le conviene. Purifica mi entendimiento de errores, para que te conozca como verdaderamente eres, y te tenga dentro de mi corazon en la figura que mereces.

PUNTO TERCERO. — 1. *Díjoles Jesús: Vosotros, ¿quién decís que soy yo? Respondió Pedro: Tú eres Cristo, hijo de Dios vivo.* Aquí se ha de ponderar lo primero, como habiendo Cristo nuestro Señor oido lo que decian de él los hombres, quiso tambien saber lo que sentian sus discípulos, diciéndoles: Vosotros que sois mas que hombres por la doctrina del cielo que habeis oido, y por la alteza de vida que habeis profesado, ¿quién decís que soy? Esto dijo, no porque ignorase lo que sentian de él, sino para tener ocasion de avivarles y confirmarles en la fe de su divinidad. Y á semejanza de Cristo nuestro Señor, entrando dentro de mi corazon preguntaré á mi alma: Tú, ¿quién dices que es Cristo? ¿Qué sientes de él? qué sientes de su bondad y misericordia? de su sabiduría y omnipotencia? ¿Qué sientes de su humildad y obediencia? y de las virtudes que ejercitó en las bajezas que tomó por tu remedio? Y esto tengo de decir para provocarme á sentir altamente de Cristo y de sus virtudes con grande estima y aprecio de ellas, reprendiéndome de la falta que en esto tuviere.

2. Lo segundo, ponderaré como aunque esta pregunta se hizo á todos, solo san Pedro respondió, por dos causas. — La una, porque era mas fervoroso en el amor y servicio de Cristo; y así en todas las cosas de la honra de su Maestro era el mas diligente y el primero. Á cuya imitacion he de procurar señalarme entre los buenos, y ser el primero en acudir á las cosas del divino servicio, aunque tengo de ser juntamente el postrero en mis ojos por humildad, para que sin daño mio sea el primero en el fervor. — La otra causa fue, porque Dios nuestro Señor, como le vió tan bien aparejado para recibir sus dones, le ilustró con una extraordinaria luz, para que conociese las grandezas de Cristo; y así arrebatado con la fuerza de esta luz ganó por la mano á todos sus condiscípulos, y en nombre de todos respon-

dió: *Tú eres Cristo, hijo de Dios vivo.* Ó alma mia, aparéjate con gran fervor para servir á tu Amado, el cual dice: Al que tiene le darán, para que abunde mas: tén lo que has recibido, usando de ello con diligencia, para que Dios te multiplique los dones de su gracia.

3. Lo tercero, ponderaré las palabras de esta ilustre confesion, cada una de por sí. La primera fue, *Tu es*, como quien dice: Tú que te llamas Hijo del hombre; tú de quien dicen los hombres que eres el Bautista, ó uno de los Profetas; tú que eres nuestro Maestro, y nos has escogido por tus discípulos; tú eres el que eres, y eres el mismo ser por esencia, de quien tiene dependencia todo lo que tiene ser.—La segunda palabra es, *Tu es Christus Dei.* Tú eres Cristo, y Cristo de Dios; esto es: tú eres el Mesías prometido á los judíos, y deseado de todas las gentes; tú eres Rey de Israel, Rey de reyes y Señor de señores; tú eres el sumo Sacerdote, segun el órden de Melchisedech (*Psalm.* CIX, 4); tú eres el supremo Profeta, á quien todos han de obedecer (*Deut.* XVIII, 15); tú eres el Santo de los Santos (*Dan.* IX, 24; *Psalm.* XLIV, 8), ungido del Señor con óleo de alegría sobre todos tus compañeros. Todo esto abraza el nombre de Cristo, que quiere decir ungido; y por excelencia conviene á Nuestro Señor, en quien se juntan las dignidades de todos los que eran ungidos, que son las que están dichas.

4. La tercera palabra es, *Filius Dei vivi.* Como quien dice: No eres cualquier Cristo como los puros hombres, sino Hijo de Dios, no adoptivo, sino natural Hijo de Dios vivo; el cual por ser vivo tiene la obra mas noble de los vivientes, que es engendrar su semejante; y así te engendró á tí Dios vivo como él, y por consiguiente infinito, inmenso, eterno, todopoderoso, sábio y bueno, y la misma sabiduría y bondad. Todo esto y mucho mas penetró san Pedro con la luz del cielo, y lo confesó con la boca cuando dijo estas palabras; y aunque es verdad que el Bautista y Natanael y otros habian hecho esta confesion, y dicho cási las mismas palabras; pero san Pedro señalóse en decirlas con gran fervor y con grande reverencia y devocion; y con el mismo espíritu tengo yo de decirlas, gozándome de las grandezas de mi Redentor, y suplicándole me dé parte de la luz que dió á este santo Apóstol, para decirlas con viva fe, de modo que le agrade.

PUNTO CUARTO.— 1. *Respondiéle Jesús: Bienaventurado eres, Simon hijo de Jonás, porque la carne y la sangre no te revelé esto, sino mi Padre que está en los cielos.* Aquí se ha de ponderar lo mucho que agradó á Cristo nuestro Señor esta confesion tan ilustre de san

Pedro, y el modo como la confirmó, aprobó y engrandeció á este santo Apóstol por ella. – Lo primero, llámale bienaventurado, porque de este conocimiento y confesion comenzó su buena dicha, y comienza la nuestra, por ser principio, como está dicho, de la vida eterna y bienaventurada. – Lo segundo, llamóle Simon, que quiere decir obediente, hijo de Juan, que quiere decir gracia, ó de Joná, que quiere decir paloma; para significar que por esta confesion tan noble se habia mostrado obediente á Dios, que se la reveló; hijo de su gracia y del Espíritu Santo, que se la inspiró; y en virtud de ella seria obediente á la ley de gracia, y seria lleno de Espíritu Santo, con gran plenitud de sus divinos dones.

2. Lo tercero, dice que no le reveló esto carne ni sangre; porque ni esta fe, ni los bienes sobrenaturales que de ella proceden se pueden entender ni haber por herencia ó donacion de padres carnales, ni por industria ó magisterio de hombres de carne, ni por fuerzas de nuestra humana naturaleza, pues no somos suficientes para pensar cosa semejante por nosotros, siendo de nosotros, sino toda nuestra suficiencia ha de ser de Dios. (II *Cor.* III, 5).

3. Lo cuarto, dice que se lo reveló su Padre que está en los cielos; en lo cual confirma que es Hijo de Dios vivo, cuyo Padre está en los cielos, y revela estas verdades de pura gracia, para gloria de su Hijo, y para bien de los mismos hombres. El cual por esta causa se llama Padre de las lumbres (*Iacob.* I, 17), porque de él proceden todas las verdaderas ilustraciones con que es conocido él y su Hijo. Ó Padre celestial, por el amor que tienes á este tu Hijo unigénito, te suplico ilustres mi alma, para entender lo que carne y sangre no pueden alcanzar; y pues ninguno puede venir á tu Hijo (*Ioan.* VI, 44; *Osee*, XI, 4), si tú no le traes; tráeme, Señor, con las cuerdas de la caridad, para que le obedezca como debo; y siendo hijo de obediencia, lo sea tambien de tu gracia, por el Espíritu Santo, que das á los que están en caridad.

PUNTO QUINTO. — 1. Luego añadió Cristo nuestro Señor: *Yo te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Yo te daré las llaves del reino de los cielos: lo que atares en la tierra, será atado en los cielos, y lo que soltares en la tierra, será desatado en los cielos.* Aquí se han de ponderar las gloriosas promesas que Cristo nuestro Señor hizo á san Pedro, para que se vea cuán bien galardona aun en esta vida los servicios que se le hacen, y cuán bienaventurados son los que le sirven con fervor y son los primeros en las cosas de su servicio, pues

por esto este bienaventurado Apóstol recibió cuatro favores mas especiales que sus condiscípulos.-El primero, fue ponerle un nombre muy glorioso diciéndole: Tú eres Pedro, como quien dice, tú has dicho de mí, que soy Cristo Hijo de Dios vivo; pues yo quiero cumplir ahora la palabra que te dí (*Ioan.* I, 42) de que te llamarias Cefas ó Pedro, y así de hoy mas quiero que te llames y seas Pedro. Y como los nombres que pone Cristo no son vacíos, sino llenos de la verdad que significan; así con este nombre hizo á este Apóstol participante de las virtudes que significa el nombre de Pedro, derivado de piedra, que es Cristo (I *Cor.* X, 4), haciéndole semejante á sí mismo en lo que es ser piedra fundamental de la Iglesia, y en fortaleza y constancia, y en las demás virtudes de esta piedra preciosa y fuerte.

2. Y así añade la segunda excelencia, diciendo: Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia; como quien dice: Yo, que por excelencia soy aquel hombre sábio que edifica su casa sobre piedra, para que ni las lluvias, ni vientos, ni rios la derriben (*Matth.* VII, 26), edificaré mi Iglesia universal sobre mí, que soy piedra fundamental (I *Cor.* III, 12), y fundamento de todos los fundamentos; y tambien la fundaré sobre tí (*Matth.* VII, 4), como sobre piedra firme, dándote la dignidad de cabeza universal de todos los fieles; los cuales estribarán en tí, y en tu confesion y viva fe, y sobre ella edificarán las casas de sus conciencias, y tú los confirmarás y establecerás en la fe y religion, y en la obediencia á mi santa ley.

3. El tercer favor fue, asegurarle de la perseverancia y fortaleza invencible de esta piedra y de este edificio, diciendo: Que aunque las puertas del infierno se abran de par en par, y salgan todos los poderes infernales á combatirla, no prevalecerán contra ella. Y aunque las lluvias, vientos y rios de todas las persecuciones del mundo y de la carne descarguen sobre esta casa, no la derribarán, porque está fundada sobre la omnipotencia, sabiduría y proteccion de Cristo, que es piedra viva; el cual la defenderá, y dará firmeza á la piedra, que es Pedro, y á sus sucesores, en cuanto vicarios suyos, para que no desfallezca en esta fe.

4. El cuarto favor fue, prometerle las llaves del cielo, para que abra y cierre sus puertas á los hombres; esto es, que le dará la llave de la ciencia para declarar las verdades que están encerradas en las sagradas Escrituras, y las manifieste á los hombres, y la llave de la potestad para perdonar los pecados que impiden la entrada del cielo. Todo esto cumplió Cristo nuestro Señor, como se verá en las

meditaciones IX y XIII de la parte V, á donde se ponderará la grandeza de estas promesas, por las cuales le he de dar muchas gracias, tomando por mias las mercedes que hizo al santo Apóstol, porque no se le dieron estos privilegios, tanto por su provecho, cuanto por el provecho de toda la Iglesia y por el mio, pues yo me aprovecho de ellos, como si para mí solo se concedieran. Y tambien me gozaré por las grandezas de este Santo, con deseo de imitarle en lo que pudiere. Ó glorioso Apóstol, gózome del nuevo nombre que hoy os ponen, y de la nueva dignidad que os prometen. Sea para bien ser piedra fundamental de la Iglesia, espantable á los demonios, y llavero del cielo, amable á los Ángeles y á los hombres. Suplicad al Señor, que os hizo piedra fundamental, me ayude á fundar mi vida sobre esta piedra, de modo que las puertas del infierno no prevalezcan contra mí. Abridme con vuestras llaves las puertas del cielo que cerré, y cerrad las puertas del infierno que abrí, para que limpio de toda culpa entre á gozar con Vos el reino de los cielos. Amen.

MEDITACION XXI.

DE LA TRANSFIGURACION DE CRISTO NUESTRO SEÑOR.

PUNTO PRIMERO. — *Despues de seis dias tomó Jesús consigo á Pedro, Juan y Diego su hermano, y llevólos á un monte alto y apartado, y estando en oracion se transfiguró delante de ellos; su rostro resplandeció como el sol, y sus vestiduras quedaron blancas como la nieve.* (*Matth.* XVII, 1; *D. Thom.* 3 *p. q.* 45). Sobre estas palabras se han de considerar seis cosas, repartidas por los puntos que se siguen.—Lo primero, consideraré los motivos que tuvo Cristo nuestro Señor para transfigurarse y mostrarse glorioso á sus Apóstoles; es á saber, para darles algun testimonio de la gloria que tenia encubierta debajo de su humanidad mortal y pasible, y de la que tendrian los que le sirviesen cuando con él reinasen; y para animarlos á llevar la cruz, y para que entendiesen que tambien en esta vida da Dios á gustar los gozos de la gloria, aunque sea de paso: y así poco antes habia dicho: *Dígoos de verdad, que algunos están aquí que no gustarán la muerte hasta haber visto al Hijo del hombre con la gloria que tendrá en su reino, y hasta haber visto su mismo reino.* Con lo cual, conforme lo que arriba dijimos, que la vida del que le sigue de tal manera es cruz, que es cruz endulzorada con los regalos del espíritu, que hacen suave su yugo, y su carga ligera. De todo lo cual tengo de sa-

car grandes deseos de servir á este Señor tan glorioso, con esperanza de que le gozaré en su gloria, y quizá me dará en esta vida á gustar algo de ella.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Lo segundo, ponderaré el tiempo y lugar que escogió para este misterio. El tiempo fue en medio de su predicacion, y seis dias despues que predicó á todos que llevasen su cruz, haciendo la promesa que dijimos, de que algunos le verian en su reino; la cual, como dice otro evangelista, cumplió en el octavo dia, contando el dia en que se hizo y en que se cumplió, para enseñarnos que no dilata Dios sus promesas mucho, cuando es menester cumplirlas luego para nuestro esfuerzo. Á mas, que la perfecta glorificacion será despues de los seis dias de esta vida mortal, al octavo dia de la resurreccion general; pero todo el tiempo es poco en respecto de la eternidad. Pues como dice David (*Psalm.* LXXXIX, 4), mil años delante de Dios son como el dia de ayer que ya pasé, ó como dice san Pablo (II *Cor.* IV, 17), todo es un momento que apenas se puede percibir.

2. El lugar fue un monte alto y apartado, muy acomodado para oracion, en señal de que estos favores no los hace Dios á las almas en lo público y en el bullicio y tráfago del mundo, sino en la soledad (*Osee*, II, 14) y secreto del recogimiento, y cuando están muy apartadas de los afectos y cuidados terrenos, y levantadas á vida de gran perfeccion, como Moisés y Elías no llegaron á contemplar á Dios en el poblado, sino en un monte muy apartado; con lo cual me animaré á buscar esta soledad y alteza de vida, diciendo con David (*Psalm.* LIV, 7): ¡Oh quién me diese alas como de paloma, para volar y alejarme á la soledad, esperando que allí me hablará Dios al corazon, y hallaré el descanso que deseo! Ó alma mia, levántate á tí sobre tí misma, y procura que tu corazon sea como monte alto y apartado: monte, por la perfeccion de tus obras; alto, por la contemplacion de las cosas eternas; apartado, por la mortificacion de las cosas transitorias, para que guste Cristo de venir á tí, y transfigurarte por amor en sí.

PUNTO TERCERO. — 1. Lo tercero, consideraré los compañeros que llevó consigo al monte, y el ejercicio de oracion en que se ocupaba. Los compañeros fueron tres apóstoles, los mas fervorosos y mas queridos; porque aunque Dios nuestro Señor quiere y ama á todos los justos, pero á los mas fervorosos hace mayores regalos; y si no llevó á todos doce, fue porque se entienda que no á todos se hacen estas mercedes extraordinarias; y quizá porque entre los doce esta-

ba Judas, hombre malo y pervertido, y no convenia llevarle á que gozase de tanto bien, ni dejarle á él solo por no infamarle. Por donde echaré de ver cuánto importa ser fervoroso en el amor de Cristo, y cuánto daño hace un malo en una comunidad de buenos. Pero tambien he de advertir, que Nuestro Señor da estas gracias extraordinarias á quien quiere, y como quiere, y á veces las hace al menos santo, y deja á otro mas santo, por sus secretos juicios, remitiendo todo su premio para la otra vida; y así, aunque san Andrés no fue llevado al monte, no por eso se sigue que no era tan fervoroso como los demás. Y esto me ha de consolar cuando viere á otros favorecidos de Dios, y á mí me viere desechado, para no perder el ánimo, ni dar en pusilanimidad y desesperacion, teniendo por suma dicha la eterna disposicion de Nuestro Señor, y que él siga sus trazas, pues siempre son las mas convenientes y acertadas.

2. Lo tercero, ponderaré el misterio de estos tres compañeros, por los cuales se representan tres virtudes principales que acompañan á la oracion levantada, donde se hace la transfiguracion del alma, conviene á saber, fe viva y fervorosa, figurada por Pedro: esperanza fuerte, peleando con valor contra los enemigos de la oracion, figurada por Jacobo: y caridad muy encendida y afectuosa, figurada por Juan; pero es menester que Cristo nuestro Señor vaya delante, y con sus inspiraciones las guie y enderece, para que acierten á subir á la alteza de sus perfectísimos afectos, con que se alcanza la transfiguracion en Dios por union de amor. Ó dulcísimo Maestro, envia del cielo tu luz y tu verdad, para que me guien y me lleven á tu santo monte (*Psalm.* XLII, 3), llevando allá mis afectos, uniéndome á tí con ellos.

3. De aquí es, que el ejercicio en que Cristo se ocupaba en el monte era, como dice san Lucas, orar, para enseñarnos como en la oracion se dan los regalos y favores del cielo; y la oracion alcanza la transfiguracion del alma, trocando y mudando la vida de terrestre en celestial, y de humana en divina: en la oracion el alma se levanta sobre sí misma, su rostro se pone resplandeciente por la luz de las verdades, y por el resplandor de las virtudes que allí se le comunica, echando rayos de amorosos afectos, y blanqueando las vestiduras, que son las obras con purísimas intenciones. Finalmente, allí queda transformada en Dios y endiosada, conforme á lo que de ella dice san Pablo (II *Cor.* III, 18): Contemplando la gloria de Dios, nos transformamos en su misma imágen. Ó dulcísimo Jesús, concédeme que de tal manera medite y contemple la gloria de tus virtu-

des, que quede transformado en ellas. Enséñame á orar con tanto espíritu, que sea transfigurado en la imágen de tu gloria. Amen.

PUNTO CUARTO.—Lo cuarto, consideraré el modo como se transfiguró Cristo nuestro Señor, que fue dando licencia para que la gloria del alma, que estaba represada sin derivarse al cuerpo, saliese á fuera y se le comunicase; y así quedó resplandeciente como el sol y aun mucho mas, sino que no hubo cosa mas resplandeciente á que compararle. Y de allí resultó que sus vestiduras quedaron blancas como la nieve, y su divino rostro lleno de inefable hermosura, la mayor, como dice David (*Psalm.* XLIV, 3), que jamás hubo ni habrá entre los hijos de los hombres. De lo cual me tengo de gozar dándole el parabien, y diciéndole: Ó Jesús Nazareo (*Thren.* IV, 7), Príncipe de todos los nazareos, gózome de veros mas blanco que la nieve, mas rubicundo que el marfil y mas hermoso que el zafiro. ¡Oh cuán glorioso habeis aparecido en la presencia del Señor, con la hermosura de que os ha vestido! Ó alma mia, mira á tu Amado, hermoso mas que la luna, resplandeciente mas que el sol, blanco y colorado, escogido entre millares (*Cant.* V, 10), alégrate de su gloria, ama su hermosura y descansa en ella. Tambien sacaré grandes afectos de alabanza y agradecimiento á Cristo nuestro Señor, por los muchos años que privó á su cuerpo de tanta gloria por nuestra causa, y tambien porque se la dió ahora á gustar, aunque por poco tiempo, con propósito de quitársela para proseguir el negocio de nuestra redencion. Ó buen Jesús, gracias os doy cuantas puedo, por el alivio que dais en este dia á vuestro afligido y maltratado cuerpo, haciéndole que pruebe la dulzura de la gloria que ha de gozar en la resurreccion, antes que pase por los dolores y afrentas de la pasion. Por aquí veo, Señor, lo mucho que os debo, pues privásteis á vuestro santísimo cuerpo tantos años de tan grande gloria, para que pudiese ser sacrificado en la cruz con tan grande ignominia. ¡Oh quién pudiese renunciar todos los deleites y gozos perecederos de esta miserable vida, para padecer algo por vuestro infinito amor! Mas querria, Salvador mio, hallarme ahora con Vos en el monte Calvario padeciendo, que en el monte Tabor gozando; ahora escojo el padecer, y cuando Vos fuéredes servído vendrá el gozar.

MEDITACION XXII.

DE LAS COSAS QUE SUCEDIERON ESTANDO CRISTO NUESTRO SEÑOR TRANSFIGURADO.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Aparecieron con Cristo nuestro Señor Moisés y Elías con gran majestad, y hablaban con él diciendo el exceso que había de cumplir en Jerusalen.* (*Luc.* IX, 30). Sobre este punto se ha de considerar lo primero, por qué escogió Cristo nuestro Señor á estos dos profetas, entre otros muchos del Testamento Viejo. Las causas fueron: — Lo primero, porque estos eran los mas señalados y conocidos por la grandeza de su santidad. — Lo segundo, fueron ambos muy celosos de la observancia de la ley, y del bien de su pueblo, y por esta causa padecieron muchos trabajos. — Lo tercero, ambos ayunaron cuarenta dias, como Cristo nuestro Señor (*Exod.* XXXIV, 28; III *Reg.* XIX, 8); y ambos en otro monte contemplaron las grandezas de Dios, y del misterio de su encarnacion; y así quiso Nuestro Señor honrarse con ellos, y honrarlos á ellos. De donde sacaré gran deseo de las virtudes que en estos Santos resplandecieron, especialmente ayuno, oracion y celo, para privar con el Señor con quien ellos privaron.

2. Lo segundo, ponderaré como vinieron estos Santos con grande resplandor y majestad; lo uno, porque así convenia para la honra de Cristo, á quien venian á reconocer por su Redentor; y lo otro, para que se entendiese que los Santos han de ser semejantes á Cristo en la gloria y majestad, como lo son en los trabajos é ignominias de esta vida. ¡Oh qué contento recibirian estos Santos en ver al que tantos años habian deseado y esperado! ¡Cómo le reconocerian por su Dios y Salvador; y qué gracias le darian por haber venido á redimirlos! Ponderando estos afectos en su compañía, ejercitaré yo los mismos.

3. Lo tercero, ponderaré lo que hablaban con Cristo nuestro Señor, diciéndole el exceso que habia de cumplir en Jerusalen; esto es, su pasion y muerte, la cual fue exceso de dolores y de ignominias, y exceso de satisfaccion por nuestros pecados, pues todo fue excesivo, y mucho mas de lo que nosotros merecíamos, y mas de lo que era necesario para nuestro remedio. Ó dulce Jesús, ¿qué pláticas son estas que tratais en medio de estos gozos? ¿Pláticas de pasion y muerte vienen bien con tanta gloria? Si la música es impor-

tuna en tiempo de llanto (*Eccli.* XXII, 6), tambien lo será el llanto en tiempo de música. Mas por aquí veo que vuestras músicas son pláticas de padecer, porque el amor las hace muy suaves.—De aquí sacaré, como Cristo nuestro Señor mientras vivió no quiso tener un rato de puro descanso, sino mezclado siempre con trabajo, para enseñarnos que el gozar en esta vida es para padecer; y tambien para que entendamos que quien ama con exceso, gusta platicar de lo que ama; y como él amaba la pasion por dar gusto á su Padre y por nuestro provecho, gustaba oir pláticas de ella. Ó Amador excesivo, dame que te ame como me amaste, para que guste de padecer y de hablar de ello como tú gustaste. ¡Oh si todos mis consuelos se ordenasen á padecer ignominias y dolores con exceso! aunque no será exceso, pues todo será poco para lo que yo merezco por mis culpas, y en respecto de lo mucho que tú, Señor, padeciste por ellas.

PUNTO SEGUNDO.— 1. *En este tiempo estaban los tres apóstoles durmiendo, gravados de sueño, y en despertando vieron la gloria de Cristo, y de Moisés y Elías; y Pedro dijo: Señor, hagamos aquí tres tabernáculos, uno para tí, otro para Moisés, y otro para Elías; pero no sabia lo que decia.* Aquí se ha de ponderar lo primero, la miseria y flaqueza nuestra; pues cuando Cristo nuestro Señor está orando y velando, y con su oracion está transfigurado, están los Apóstoles durmiendo. De creer es, que comenzaron á orar con su Maestro, sino que como la oracion era larga, de cansados se durmieron. En lo cual se representa la diferencia entre la oracion de los fervorosos y la de los tibios, que la de aquellos, como dice el Sábio (*Eccles.* VII, 9), es mejor en el fin que en el principio, porque al fin se alcanza la transfiguracion, como Cristo la mostró; pero la de estos suele ser, al contrario, mejor en el principio que en el fin, porque entran con fervor y luego se cansan, y por esto no alcanzan la perfecta transfiguracion á que se ordena. Y si hago reflexion sobre mí, hallaré que tropiezo aquí muchas veces, con pérdida de los favores que Dios me haria si velase con fervor en oracion; pero algunas veces quiere mostrar Nuestro Señor su infinita misericordia, y despertar al dormido con sus repentinas ilustraciones, descubriéndole su gloria, y dándole el consuelo que no habia merecido, como sucedió aquí á estos apóstoles.

2. Lo segundo, ponderaré la inmensidad del gozo que habrá en la gloria, pues una sola gotica que gustó san Pedro (*D. Aug.* in soliloquio, c. 22), viendo el cuerpo de Cristo glorificado, le hartó tan-

to, que quisiera quedarse allí para siempre, y le pesaba de ver que Moisés y Elías se querian ir, ofreciéndose á edificar tres tabernáculos en que morasen, olvidándose de sí y de sus compañeros, como si no estuvieran en el mundo, ni tuvieran necesidad de semejantes tabernáculos en que morar; porque la hermosura y suavidad de las cosas del cielo hace olvidar todas las cosas de la tierra, y decir como un san Pablo (*Philip.* III, 8); que todas las cosas del mundo son estiércol, en razon de ganar á Cristo y estar con él en su gloria. Ó Dios mio (*Psalm.* XXX, 20), ¡cuán grande es la muchedumbre de la dulzura que tienes escondida para los que te temen! Dame á probar una sola gota, para que tenga fastidio de todo lo terreno y solamente quiera buscar lo celestial.

3. Lo tercero, se ha de ponderar como san Pedro no sabia lo que se decia, parte por estar embriagado con la dulzura que sentia en su alma, y parte por el horror que tenia á la pasion y muerte de Cristo, de cuya plática no gustaba; antes deseaba estorbarla, como lo pretendió seis dias antes de la transfiguracion. Por lo cual Cristo nuestro Señor le dijo (*Matth.* XVI, 22), que no sabia las cosas que son de Dios, sino de los hombres. Y como ahora oyese que Moisés y Elías confirmaban lo que Cristo habia dicho de su muerte, quisiera estorbarlo, y así con aquel su fervor dijo, que se quedasen allí para siempre. Pero tambien ahora no sabia lo que se decia, porque Dios tenia ordenado que Cristo muriese; y porque esta vida no es para gozar sino para padecer, y los consuelos de la oracion no son para quedarse en ellos, sino para alentarse con ellos para los trabajos de la pasion; y porque es grande ignorancia no gustar de las pláticas de que gusta Cristo, y con título de estar en su compañía, huir de cumplir su voluntad. Ó dulce Jesús, concédeme que ame lo que tú amas y guste de lo que tú gustas, y que mi gusto sea con las dulzuras que me dieres en el monte Tabor, animarme á estar contigo en el monte Calvario. Amen.

PUNTO TERCERO.— 1. *Estando Pedro diciendo las palabras referidas, una nube muy resplandeciente les cercó, y de la nube salió una voz que decia* (*Matth.* XVII, 5): *Este es mi Hijo muy amado, en el cual me he agradado, á él oid.* Aquí se ha de ponderar lo primero, como el Padre eterno y el Espíritu Santo quisieron tambien honrar á Cristo nuestro Señor en este caso, y autorizarle para que se conociese la autoridad de su persona, su dignidad y doctrina, como lo hicieron en el Bautismo. El Espíritu Santo, en figura de aquella nube, representaba la lluvia copiosa de doctrina y ciencia, y la abundancia

de gracias y dones celestiales que se darian á los hombres por Cristo; y la nube no era oscura, como antiguamente se manifestaba Dios en nube y niebla, sino clara y resplandeciente, para significar que ya cesaron las figuras, y vino la verdad representada por ellas. Tambien el Padre eterno quiso autorizar á su Hijo con aquella voz que salió de la nube, que tambien representaba la divinidad de Cristo nuestro Señor, cumpliéndose aquí lo que dijo san Juan (I *Ioan.* v, 7): Tres son los que dan testimonio de Cristo en el cielo, el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo, y estos tres son una misma cosa en la divinidad, y muy conformes en el testimonio que dan de ella.

2. Lo segundo, ponderaré las palabras del Padre: Este es mi Hijo muy querido y amado, en quien mucho me agrado. Con las cuales ratificó lo que habia dicho en el Bautismo; y juntamente nos avisa, que el estado de los hijos de Dios comienza en esta vida por el Bautismo, y se perfecciona en la gloria, donde reciben la herencia. Estas palabras se ponderaron ya en la meditacion III. Esta vez añadió el Padre: Á él oid; como quien dice: Oid lo que os enseña y manda, creedlo y cumplidlo, porque él es vuestro Maestro, no Moisés ni Elías, y mi voluntad es que le oigais. Ó Padre soberano, gracias os doy por el testimonio que dais de vuestro Hijo unigénito; pláceme, Señor, de oir su doctrina y abrazarla, pues su doctrina es vuestra (*Ioan.* VII, 16; VIII, 26), y de Vos oye lo que dice, y en oirle á él oimos á Vos. Ó dulce Jesús, sea para bien esta nueva aprobacion del oficio que os han dado de Maestro; y pues vuestro Padre me manda que os oiga, habladme, Señor, al corazon, que vuestro siervo oye con deseo de cumplir lo que oyere.

Punto cuarto. — 1. *Los Apóstoles, atónitos con la majestad de esta voz, cayeron en tierra, y temieron grandemente. Pero luego acudió Cristo nuestro Señor, y tocándoles con su mano les dijo: Levantaos, y no querais temer.* En lo cual se representa, que es propio del buen espíritu, cuando habla, atemorizar en los principios, y despues sosegar y quietar el corazon, como sucedió á Daniel. (*Dan.* x, 15). Pero tú, alma mia, considera que si la voz de Dios, tan amorosa y apacible, tanto temor causó en los escogidos, ¿qué hará su voz terrible y espantosa cuando suene en el oido de los réprobos? Por tanto oye ahora la voz de tu dulce Maestro, porque no te atemorice despues la voz del riguroso Juez. — *Levantáronse los Apóstoles, y no vieron sino solo á Jesús,* para que entendiesen, que por él solo se habia dicho aquella voz, y que él solo les bastaba, sin tener necesidad de Moi-

sés ni de Elías. Ó Amado mio, aunque todos se vayan y me dejen, como tú quedes conmigo, no tengo mas que desear. Váyase Moisés y váyase Elías, váyanse todas las criaturas; como tú, Dios mío, no te vayas ni me dejes, seguro quedo, contento y harto.

2. Finalmente les dijo Cristo nuestro Señor: *No digais esto que habeis visto, hasta que el Hijo del hombre resucite de los muertos*, deseando que se encubriese esta gloria, porque no fuese ocasion de estorbar su pasion y muerte. ¡Oh humildad profunda, oh caridad ardiente del Redentor! Para manifestar su gloria escoge un monte y lugar secreto y pocos testigos, y á esos pone perpétuo silencio mientras vive; y para morir con ignominia escoge un monte y lugar público, queriendo confundir mi soberbia con tan raros ejemplos de humildad, y alentarme á padecer con tan insignes obras de caridad; concédeme, Señor, que te imite en estas virtudes, pues por este fin me diste ejemplo de ellas.

MEDITACION XXIII.

DE LO QUE SUCEDIÓ Á CRISTO NUESTRO SEÑOR CON LOS HIJOS DEL ZEBEDEO, QUE LE PIDIERON LOS ASIENTOS DE LA MANO DERECHA É IZQUIERDA EN SU REINO.

—En esta meditacion seguirémos la historia, como la cuenta san Marcos (*Marc.* x, 25), por ser mas á propósito para nuestro intento, y añadirémos lo que dice san Mateo (*Matth.* xx, 20), advirtiendo, que contar y ponderar las imperfecciones de los Apóstoles en este tiempo no es agraviarlos, sino ensalzar la gran bondad y potestad de Cristo nuestro Señor, que los sufria y enseñaba, y despues los trocó, y dió excelente santidad y perfeccion. Y esta advertencia servirá para algunas meditaciones que se pondrán adelante. —

PUNTO PRIMERO.—*Daños de la ambicion.*— 1. Habiendo Cristo nuestro Señor manifestado la pasion y resurreccion á los Apóstoles, *Diego y Juan, hijos del Zebedeo, se llegaron á él, y le dijeron: Maestro, queremos que cualquier cosa que te pidiéremos nos la concedas.* Sobre este punto se ha de ponderar, en persona de estos dos hermanos, las condiciones de los ambiciosos, y el modo que tienen de orar y negociar lo que desean.—Lo primero, consideraré como estos dos apóstoles, aunque habian oido lo mucho que Cristo nuestro Señor habia de padecer, como tambien oyeron decir que habia de resuci-

tar y reinar, olvidados de lo primero, echaron mano de lo segundo (*Matth.* XVII, 21), deseando los mejores lugares de su reino, con algun modo de ambicion y deseo de honra. Por donde se ve, como el afecto ambicioso que tapa los sentidos para no entender lo que es ignominia, inclinándonos á ella, los abre para atender á lo que es honra, atizando el deseo de procurarla.

2. Lo segundo, ponderaré como estos dos apóstoles, que por entonces eran imperfectos, descubrieron su ambicion é imperfeccion en el modo de orar y pedir, diciendo: *Magister, volumus ut quodcumque petierimus facias nobis;* Maestro, queremos que nos dés cuanto te pidiéremos. En lo cual hubo tres imperfecciones.—La primera fue, mostrarse muy voluntariosos y amigos de su propia voluntad, tomándola por regla de lo que habian de pedir y de lo que Cristo les habia de conceder.—De aquí procedió la segunda, que fue falta de resignacion de su voluntad en la de Cristo nuestro Señor, porque no dijeron: Maestro, si quieres ó si es posible ó si nos conviene, sino absolutamente queremos, pretendiendo traer la voluntad de Cristo á la suya, y no conformar la suya con la de Cristo.—De aquí nació la tercera, que fue presuncion en pedir á Cristo nuestro Señor, con tanta generalidad, que les diese cualquier cosa que le pidiesen, como si estuvieran ciertos que habian de pedir lo que era justo, ó que Cristo no les habia de negar lo que ellos se atreviesen á pedirle, usando mal de la promesa que les hizo, diciéndoles (*Matth.* VII, 7): Pedid y recibiréis, porque cualquiera que pide, recibe. En todo esto erraron como imperfectos, porque la oracion que es agradable á Cristo nuestro Señor no ha de proceder de amor propio, sino de amor de Dios, ni de voluntad propia, sino de deseo de hacer la divina, ni ha de ser para nuestra gloria, sino por la de Cristo. Ó Maestro soberano, concédeme que nunca te pida lo que quiere mi propia voluntad, sino lo que es conforme á la tuya, ni permitas que te diga con temeridad, dame lo que quiero, sino con humildad, dame lo que tú quisiéres.

3. Lo tercero, se ha de ponderar como estos dos hermanos se concertaron para hacer esta demanda, porque carne y sangre suelen concertarse para pretensiones de honra; mas por encubrir su ambicion, y para mejor negociar, no quisieron ellos proponer la demanda, sino solicitaron á su madre, que ella pidiese para ellos lo que deseaban. Y así dice san Mateo, que llegó á Cristo la madre de los hijos del Zebedeo, con sus hijos, adorándole con reverencia exterior, y diciendo que queria pedirle alguna cosa grande. Y porque

era como intérprete de la voluntad de sus hijos, dijo san Marcos que llegaron ellos á pedir lo que la madre pidió por ellos. Por donde se ve que la ambicion á los mismos que la tienen parece mal, y la encubren, buscando la honra ó dignidad, sin que se entienda que la pretenden. Y por otra parte son grandes negociadores, tomando todos los medios de carne y sangre y mundo, que su ambicion les representa, para salir con su intento. Por lo cual David á la tentacion de este vicio llama (*D. Bern.* Serm. 6 in Psalm. XC) negocio que anda en tinieblas; porque la ambicion es mal sutil, ponzoña secreta, peste oculta, tramadora de engaños, madre de la hipocresía, fuente de la envidia, orígen de los vicios, polilla de las virtudes y gusano destruidor de la santidad, y así he de suplicar á Nuestro Señor, que con el escudo de su verdad me ampare y defienda de esta negociacion ambiciosa que tanto daño hace á sus mismos negociadores.

PUNTO SEGUNDO. — 1. *Díjoles Cristo: ¿Qué quereis que haga con vosotros? Respondieron: Concédenos que el uno se siente á tu mano derecha y el otro á la izquierda en tu gloria y reino.* Aquí se ha de ponderar lo primero, la prudencia y sabiduría de Cristo nuestro Señor, el cual con saber el corazon de los Apóstoles no los reprendió luego, ni les dijo, no me pidais lo que quereis, porque no es conveniente, esperando á que ellos mismos descubriesen la llaga de su ambicion, y echasen por su boca la ponzoña; ni tampoco les dijo que les daria todo lo que pidiesen, para enseñarnos que no es prudencia ofrecer á bulto cualquier cosa que nos pidieren otros; especialmente siendo imperfectos los que piden, porque puede ser que pidan algo malo ó imperfecto, como sucedió á Herodes cuando dijo á Herodías (*Marc.* VI, 22) que pidiese lo que quisiese, y le pidió la cabeza de san Juan Bautista.

2. Lo segundo, se ha de ponderar que con saber estos dos hermanos que juntamente con Pedro eran preferidos de Cristo nuestro Señor á los demás apóstoles, sentian mucho que Pedro les fuese preferido, y por esto pedian los dos lugares inmediatos á Cristo, uno al lado derecho y otro al lado izquierdo, para que ni Pedro estuviese delante de ellos. Y es muy creible que si la ambicion pasara adelante, tambien cundiera entre ellos mismos y los desuniera, porque cada uno deseara para sí el lado derecho, por ser antepuesto al otro. De donde sacaré la inquietud de este vicio, que no perdona á compañeros ni á hermanos. Y cuanto mas seguro es escoger, como dijo Cristo nuestro Señor (*Luc.* XIV, 10; *D. Bern.* Serm. 37 in Cant.),

el lugar último, despues del cual no hay otro, sin querer ser preferido á uno solo, porque de otra manera este solo bastara á quitarme la paz del corazon y el fruto de la humildad. Ó Maestro de humildad Cristo Jesús, que compitiendo con Barrabás, no quisiste ser preferido ni á este solo, escogiendo para tí el último lugar en la opinion del mundo, suplícote me ayudes, para que yo tambien la escoja para mí; pues es razon escoja el discípulo lo que para sí escogió su maestro.

3. Lo tercero, consideraré como la ambicion cunde en todas las cosas, así corporales como espirituales, deseando la prima en todas con desórden; y así estos apóstoles, ó desearon la mayor grandeza en el reino y gloria de Cristo, imaginando que luego en resucitando, su reino seria temporal, cual los judíos le imaginaban; ó si creian que era espiritual, deseaban la mayor grandeza en él, no por ser mas santos, sino por ser mas honrados de los otros. Y de aquí procedió que la pretendian por medios desordenados: ambos modos de soberbia y ambicion desagradan mucho á Nuestro Señor, como luego se verá.

PUNTO TERCERO. - *Yerros de la oracion.*— 1. *Díjoles Cristo nuestro Señor: Nescitis quid petatis. No sabeis lo que os pedís.* Sobre esta palabra se han de considerar los yerros que hay en la oracion de nuestra parte, por no saber lo que pedimos. De donde procede que, como dice Santiago apóstol (*Iacob.* IV, 3), pedimos y no recibimos, porque pedimos mal.-El primer yerro es, pedir alguna excelencia y dignidad temporal ú otra cosa de la tierra, sin resignacion en la voluntad de Dios, y sin poner condicion de si nos conviene alcanzarla para nuestra salvacion.-El segundo es, pedir alguna excelencia espiritual, aunque sea en virtudes, sin la pureza de intencion debida, pretendiéndola, no tanto por gloria de Dios, cuanto por la nuestra.

2. El tercero es, pedir alguna de estas grandezas, que excede mucho á nuestros merecimientos, y es singular ó extraordinaria y mayor de lo que pensamos; pero pedímosla con ignorancia y falta de humildad, como quien pide raptos, revelaciones y otros favores tales. Al modo que dijo la Esposa (*Cant.* I, 6): Muéstrame dónde apacientas al mediodía; y la respuesta fue: Si no te conoces, salta y vete, que fue decirla, pides mas de lo que mereces, porque no te conoces.-El cuarto es, pedir estas grandezas espirituales, pretendiendo alcanzarlas por solos ruegos é intercesiones, sin hacer caso de merecimientos ni de obras; porque dado caso que son necesa-

rias oraciones, pero no bastan, si con ellas no se juntan obras y trabajos con que se dispongan á recibirlas; y mucho menos bastan, cuando se alegan solos títulos de carne y sangre y de sola naturaleza, los cuales pesan poco delante de Dios, para cosa tan alta.—El quinto yerro es, pedir estas grandezas, que son premio y corona de los que vencen, antes de haber peleado ni merecido el premio.

3. Por todas estas causas, segun la declaracion de varios doctores, dijo Cristo nuestro Señor á estos apóstoles, no sabeis lo que os pedís; y así escarmentando en cabeza ajena, miraré bien lo que pido, y la intencion y el medio y modo con que lo pido, porque no me diga Cristo nuestro Señor, no sabes lo que te pides. Ó buen Jesús, que dijiste á tus Apóstoles, cuanto pidiéreis en mi nombre se os dará (*Ioan.* XIV, 13), concédeme que solamente pida lo que es justo pedir en nombre tuyo, para que pidiendo lo que te agrada, me dés lo que te pidiere. Ó Espíritu santísimo, pues soy tan ignorante, que no sé lo que tengo de pedir, ni el modo como conviene pedirlo, enséñame lo uno y lo otro, para que pidiendo lo que tú me enseñares é inspirares (*Rom.* VIII, 26), no me puedan decir, no sabes lo que te pides.

PUNTO CUARTO.— 1. Luego añadió Cristo nuestro Señor: *¿Podréis beber el cáliz que yo bebo, y ser bautizados con el bautismo que yo soy bautizado?* Esto es: ¿Sentís ánimo y fuerzas para esto, y estais aparejados para ello? Aquí se ha de ponderar lo primero, como es grande beneficio de Cristo nuestro Señor, cuando erramos en la cosa que pedimos, ó en el modo, negárnoslo, y enderezarnos luego en lo uno y en lo otro, poniéndonos delante lo que es razon que le pidamos, como lo hizo con estos dos apóstoles queridos suyos, así esta vez como otra que le dijeron (*Luc.* IX, 54): *Señor, ¿quieres que pidamos baje fuego del cielo que abrase estos samaritanos? Y el Señor les reprendió diciendo: No sabeis el espíritu que habeis de tener, porque yo no he venido á destruir las almas sino á salvarlas.* De aquí es que tengo de dar gracias á Dios, no solo por lo que me concede, sino por lo que me niega como Padre, cuando no sé lo que me pido, y me endereza á que le pida lo que debo pedirle.

2. Lo segundo, ponderaré la caridad y suavidad de Cristo nuestro Señor en esta pregunta, convidando á sus Apóstoles á los trabajos de su pasion, con palabras, ejemplos y razones eficaces, dándoles á entender que el medio para alcanzar la mano derecha y la izquierda que pretendian, era beber el cáliz que él bebia, y ser bautizados con el bautismo que él lo era, provocándoles con su ejemplo

á imitarle en esto. Porque si el supremo Monarca de cielo y tierra llega á sentarse en el trono de la gloria, bebiendo este cáliz, ¿cuánta mas razon es que sus vasallos no lleguen á sentarse con él en los tronos que les ha prometido, sino bebiendo el mismo? (*Luc.* XXII, 30). ¿Y qué mucho le beban los discípulos, pues le bebe su Maestro? Ó Amado mio, bástame que tú hayas bebido este cáliz, y que gustes de que yo le beba, para que me ofrezca á ello. Aunque no hubiera para mí asiento de mano derecha ó izquierda en tu reino, me tengo por dichoso en beberle, porque mi principal premio es hacer y padecer mucho por tí, en agradecimiento de lo mucho que hiciste y padeciste por mí.

3. Lo tercero, ponderaré el espíritu que está encerrado en llamar Cristo nuestro Señor á su pasion y muerte, cáliz y bautismo (*Luc.* XII, 50), aludiendo al uso antiguo de matar á los malhechores, dándoles una bebida ponzoñosa ó ahogándoles en agua, para significar que como el cáliz de muerte mata entrando la ponzoña dentro del hombre, y el bautismo ahoga hundiendo á todo el hombre dentro del agua, así para su pasion y muerte concurrieron dos suertes de trabajos (*Psalm.* LXVIII), como se dirá en la parte IV, unos interiores que penetraron su santísima alma, y otros exteriores que afligieron tambien su cuerpo. Y aunque el evangelista san Mateo dice, que les preguntó: ¿Podeis beber el cáliz, *quem ego bibiturus sum*, que yo tengo de beber? Pero el evangelista san Marcos dice, *quem ego bibo?* el que yo bebo? Porque siempre le bebió con el deseo y con la representacion interior, y estaba ya cerca de beberle por la pasion exterior. Y todo tiene gran misterio, porque iba ordenado á reprimir la ambicion interior y exterior de sus discípulos, convidándoles á refrenarla con esta bebida y bautismo de tantos trabajos y desprecios, deseándolos con el corazon, y acometiéndolos con la obra.

4. Últimamente se ha de considerar otra causa misteriosa, por la cual dijo: ¿Podeis beber el cáliz que yo tengo de beber? Porque en la divina Escritura hácese mencion de muchos cálices, y no los bebió Cristo nuestro Señor. (*Psalm.* CXV, 13; XV, 5; XXII, 5; LXXIV, 7; *Isai.* LI, 17). Uno es de pasion y trabajos; otro de gloria y premio, que es la suerte de los bienaventurados, y otro de la ira de Dios y de sus castigos, que es la suerte de los condenados. El primero bebió Cristo nuestro Señor, y nos exhorta á que le bebamos; y quien le bebiere, tambien beberá el segundo, que bebió Cristo, y no gustará el postrero, como ni Cristo le gustó. Pero quien rehusa

beber el cáliz de trabajos, y atropella por esto la ley de Dios, no gustará del segundo, y cabrále en suerte el tercero. Por tanto, alma mia, recibe de buena gana el cáliz de tu salud, aunque sea muy amargo, porque con esta amargura temporal te librarás de la eterna, y beberás el cáliz excelentísimo que embriaga, viendo y amando á Dios con sumo gozo.

5. Con esta consideracion, he de imaginar que Cristo nuestro Señor me pregunta lo que á sus Apóstoles, diciéndome: ¿Tendrás ánimo y estás aparejado para beber el cáliz que yo bebí? ¿y para ser bautizado con el bautismo con que yo lo fuí? Y luego entraré dentro de mi corazon á examinar si tengo este ánimo y prontitud al modo que luego dirémos; y si no le hallare, he de procurar ganarle con las consideraciones que se han dicho.

PUNTO QUINTO. — 1. *Respondieron los dos apóstoles, diciendo: Podemos beberle. Díjoles Jesús: Así será, que beberéis el cáliz que yo bebo, y seréis bautizados con el bautismo que yo lo soy; pero sentaros á mi mano derecha ó izquierda, no es mio darlo á vosotros, sino á los que está aparejado por mi Padre.* Aquí se ha de ponderar lo primero, como puede proceder de tres causas, ofrecerse á beber este cáliz, y decir con mucha resolucion aquella palabra *possumus*. — La primera es, con espíritu de ambicion, el cual como instiga á grandezas, así instiga á los medios para alcanzarlas, padeciendo algunas humillaciones por llegar á ser ensalzado. — La segunda es, con espíritu de fervor ciego, ignorante y poco experimentado, tomando el padecer á bulto y en comun. Lo cual suele ser fácil á muchos, porque es dulce la guerra á quien nunca se ha visto en ella; y piensa que es fácil cosa beber este cáliz quien nunca le ha gustado. — La tercera es, con espíritu de Cristo, el cual inspira á sus escogidos semejantes deseos y propósitos, ofreciéndose muy en particular á todos los trabajos que el mismo Cristo padeció. Y de este modo es creible que se ofrecieron estos dos apóstoles; y si no lo hicieron ahora, á lo menos es cierto que lo hicieron despues, y pusieron por obra su deseo. Y con este espíritu tengo yo tambien de ofrecerme á ello, no estribando en mis fuerzas, sino en las de Cristo nuestro Señor, diciendo con san Pablo (*Philip.* IV, 13): Todas las cosas puedo en el Señor que me conforta; y así confortado con su gracia, puedo y quiero beber el cáliz que él bebió.

2. Lo segundo, ponderaré como es gracia y favor grande de Cristo nuestro Señor darnos á beber el cáliz de su pasion, y como tal lo concedió á estos dos queridos apóstoles. Pero no sin misterio

el uno murió por Cristo, y el otro, aunque padeció mucho, murió su muerte natural, para significar que no solo se bebe el cáliz de la pasion de Cristo muriendo como los Mártires, sino padeciendo como los Confesores. Ó dulce Maestro, concédeme tal favor, que oiga de tu boca y experimente por la obra, beberás mi cáliz y serás bautizado con mi bautismo, para que padeciendo contigo, llegue á reinar contigo. Amen.

3. Lo tercero, se ha de ponderar la infinita sabiduría, bondad y caridad de Cristo nuestro Señor, que resplandece en las últimas palabras que dijo á estos dos apóstoles, porque de tal manera les negó el asiento de la mano derecha é izquierda, por el título que le pedian, que juntamente se le concedió por otro título. Como si dijera: No es mi oficio, ni me está bien, ni conviene dar el asiento de la mano derecha ó izquierda á vosotros, por ser mis deudos, ni por solas intercesiones y ruegos, sin haberlo merecido ni trabajado; pero es mio darle á los que están señalados por mi Padre, que son los que bebieren mi cáliz, y trabajaren por mi servicio, cumpliendo lo que les mando. Y por consiguiente, pues vosotros habeis de beber mi cáliz, yo os le daré por este título, cuando le hubiéreis bebido; porque mi Padre, cuyo es en cuanto Dios predestinar los hombres para el cielo, ha ordenado que los predestinados no lleguen á grandes premios sino por grandes trabajos. Ó dulcísimo Jesús, Dios verdadero, á quien pertenece tambien como á tu Padre disponer las sillas y asientos de tu reino, gózome de la rectitud que tienes mezclada con tanta suavidad. Y pues no es tuyo dar estas sillas á los indignos, sino á los dignos (*Luc.* XXII, 29), hazme digno por tu gracia, para que alcance una de ellas en tu gloria. Amen.

PUNTO SEXTO.— 1. (*Marc.* XX, 29; *id.* X, 42). *Oyendo los diez apóstoles lo que pasaba, indignáronse contra los dos; y llamándolos Cristo nuestro Señor á todos, les dijo: Los príncipes de las gentes enseñoreáronse de ellas, y ejercitan su potestad con gran imperio en sus súbditos; pero vosotros habeis de ir por otro camino, porque quien quisiere ser mayor, ha de ser como criado; y el que quisiere ser el primero, ha de ser siervo de todos, como el Hijo del hombre no vino para que le sirviesen, sino para servir y dar su vida por la redencion de muchos.*— Lo primero, se ha de considerar la gran flaqueza y miseria de los hombres, antes que los perfeccione la divina gracia; porque con haber oido los diez apóstoles la respuesta de Cristo nuestro Señor, que tan poderosa era para poder reprimir la ambicion loca de los hijos del Zebedeo, no les hizo impresion; antes tropezaron en el

mismo vicio, indignándose contra los dos, porque habian pretendido ser mas que ellos. Por donde se ve el daño del mal ejemplo, y cuán perjudicial es la ambicion en las comunidades, causando en ellas discordias, envidias é indignaciones.

2. Lo segundo, se ha de ponderar la mansedumbre de Cristo nuestro Señor en no indignarse, ni contra los ambiciosos ni contra los indignados, sino con espíritu de amor los juntó á todos, y á todos avisó de su yerro, y reprimió su ambicion con dos ejemplos, uno que han de huir, y otro que han de seguir.—El que han de huir es el de los príncipes mundanos, los cuales ponen su grandeza en mandar con imperio y tiranía, y tener los súbditos debajo de sus piés; pero vosotros, dice, habeis de poner toda vuestra grandeza en servir á todos y en ser siervos y esclavos de todos, y por este camino se llega á la grandeza en mi reino; y quien la tuviere, para este mismo fin la ha de tener.—El ejemplo que han de seguir es el de su vida, porque yo, dice, con ser vuestro Maestro y mayor que vosotros y el primero en el reino de mi Padre, vine al mundo, no á ser servido, sino á servir y á ser el postrero de todos como siervo, y dar mi vida con grandes tormentos y desprecios por la salvacion de los hombres. Por tanto, si sois mis discípulos, entended, que como yo vine para esto al mundo, así vosotros habeis venido para lo mismo á mi escuela. Ó dulcísimo Maestro, he oido la soberana leccion que me habeis leido; no quiero de hoy mas aprender de los ejemplos del mundo, que son para mi condenacion, sino de los vuestros, que son para mi salvacion y perfeccion. Y pues por vuestra gracia me habeis traido á vuestra escuela, ayudadme á poner en práctica la leccion que he oido en ella, para gloria de vuestro santo nombre. Amen.

MEDITACION XXIV.

DE LÁZARO EL POBRE, Y DEL RICO AVARIENTO.

—Esta historia que Cristo nuestro Señor contó para nuestro ejemplo y escarmiento (*Luc.* XVI, 20), es una viva estampa de la dichosa muerte de los justos que beben el cáliz de su pasion, y de la desastrada muerte y castigo de los pecadores que le desechan y beben el cáliz de Babilonia, el cual, como dice san Juan (*Apoc.* XVII, 4), es de oro, porque estriba en honras y riquezas; pero está lleno de abominaciones y maldades.—

PUNTO PRIMERO. - *De la paciencia de Lázaro.* — 1. Lo primero, se ha de considerar la vida del mendigo Lázaro, la cual fue un ejercicio continuo de paciencia, en tres ó cuatro cosas señaladas por medio de las cuales llegó á grande santidad y á ser muy parecido á lo que despues padeció Cristo nuestro Señor. - Lo primero, se señaló en padecer graves dolores de llagas, porque estaba lleno de ellas de piés á cabeza, como otro Job, sin poderse menear de una parte á otra, estando tendido á la puerta del rico avariento, sufriendo esto con grande conformidad con la voluntad de Dios, sin rencor ni murmuracion ó queja. - Lo segundo, en padecer extremada pobreza, mendiguez y hambre, la cual llevaba con tanto silencio, que no se dice de él que pidiese limosna con palabras, sino con la demostracion de sus llagas. - Lo tercero, padeció sumo desamparo y desprecio de los hombres, porque siendo tanta su hambre, que quisiera hartarse de las migajas que caian de la mesa del rico, no habia quien se las diese, y ni por esto se quejaba de la crueldad del rico, ni de sus criados. Y á esto se añade que padecia estas cosas viendo al ojo la abundancia de que otros gozaban; lo cual suele aumentar la pena.

2. Lo cuarto, llegó á tanto su miseria, que los perros llegaban á lamerle las llagas, por cebarse en su podre, y él estaba tan tullido, que ni los podia echar de sí, ni habia quien se los desviase. Y si decimos que esto era piedad natural de los perros, esto mismo aumentaba su pena, viendo que tenian de él piedad los perros, y no los hombres. Por donde se ve que la perfecta paciencia abraza toda suerte de trabajos, así los que nacen de la propia naturaleza, como son enfermedades, etc., y los que vienen por mano de hombres, como son robos, injurias, etc., y los que vienen de criaturas irracionales, como son fieras, avispas, mosquitos, etc. Además, los frios, hielos y otras injurias de los tiempos, y finalmente los que atizan y procuran los demonios. Con lo cual se cumple lo que dijo el apóstol Santiago (*Iacob.* 1, 4): La paciencia tenga obra perfecta para que seais perfectos y enteros, sin faltar en cosa alguna.

3. Por estos escalones llegó Lázaro á grande santidad, tanto que Cristo nuestro Señor se quiso hacer cronista de su vida y de sus trabajos, y darla por ejemplo de santidad, y en ella parece que dibujó su pasion, en la cual estuvo lleno de llagas con extremada pobreza y con tanto desamparo, que deseando una gota de agua en la cruz, no hubo quien se la diese ni quien de él se compadeciese. De modo, que con sus trabajos confirmó Cristo los de Lázaro, y nos enseña que el camino llano y breve para la santidad es padecer do-

lores, pobrezas, desamparos y desprecios de los hombres, conformándonos en todos con la divina voluntad; digo en todos, porque conformarse en un trabajo de estos, cuando es solo, no es mucho, pero en todos juntos es cosa heróica. No es lo heróico padecer enfermedades, si hay riquezas y caricias de hombres, ni padecer pobreza, si hay quien dé limosna; pero padecer todo esto con sumo desamparo, es heróica virtud, y muy semejante á la de Cristo nuestro Señor. Ó Jesús llagado, pobre y desamparado, dame grácia para imitar tu santísima paciencia y la de este pobre mendigo, conformando mi voluntad con la tuya en mis trabajos, pues para este fin me pones delante tales ejemplos.

PUNTO SEGUNDO. - *De la muerte dichosa de Lázaro.*— 1. Lo segundo, consideraré la gloriosa muerte de Lázaro, de quien dice Cristo nuestro Señor: *Que en muriendo, los Ángeles le llevaron al seno de Abrahan.* En lo cual se ha de ponderar lo primero, como la muerte de Lázaro fue fin de todos sus dolores, pobrezas y desamparos temporales, y fue principio de sus descansos, y riquezas y honras éternas. Y aunque su muerte, cuanto al cuerpo, fue vil y despreciada á los ojos del mundo, pero cuanto al alma fue preciosa en los ojos de Dios; el cual envió sus Ángeles, para que la llevasen al seno de Abrahan á descansar con los justos. Y aunque para esto bastara solo el Ángel de su guarda, quiso que viniesen muchos Ángeles, y como un ejército de ellos para honrarla y acompañarla. ¡Oh qué contenta saldria aquella alma de su cuerpo! oh qué gozosa iria con tan ilustre compañía! ¡Oh qué de parabienes la darian de su victoria los santos Ángeles, y cuán corridos quedarian los demonios! Verdaderamente, Dios mio, ahora veo que es preciosa en vuestros ojos la muerte de vuestros santos (*Psalm.* CXV, 15), aunque hayan sido pobres, llagados y despreciados en el mundo. ¡Oh si mi alma muriese la muerte de los justos (*Num.* XXIII, 10), y mis postrimerías fuesen semejantes á las suyas!

2. Lo segundo, ponderaré la gloria de que goza ahora el ánima de este mendigo en el cielo, á donde fue trasladada del limbo, y la que gozará su cuerpo en la resurreccion. Por las llagas recibe ahora gozos inmensos; por la pobreza, riquezas eternas; por la desnudez, vestidura de gloria; por la hambre, hartura sempiterna; por el desamparo y desprecio de los hombres, amparo y honra de Dios y de sus Ángeles. ¡Oh por cuán bien empleados da los trabajos padecidos en esta vida! Ahora le parece, cuanto padeció fue poco y momentáneo (II *Cor.* IV, 17), comparado con lo mucho y eterno que

le han dado. Anímate, ó alma mia, á padecer en esta vida, pues tanto descanso te está esperando en la otra.

PUNTO TERCERO.— 1. Lo tercero, consideraré la grande honra que Cristo nuestro Señor hizo en esta vida á este mendigo, especialmente en dos cosas.—La primera fue revelarnos su nombre, que estaba olvidado en el mundo, y quiso que quedase escrito en su Evangelio, para que todos tuviesen de él memoria, no se dignando de nombrar al rico avariento, ni de tomar su nombre en la boca, para que los pobres y despreciados entiendan que no los tiene Dios olvidados, y que los conoce por sus nombres y tiene cuidado de ellos, y á su tiempo los publicará y honrará, y quiere que en su Iglesia sean honrados, como lo son san Pablo primer ermitaño, san Francisco y otros, cuyos nombres estuvieran olvidados, si no hubieran sido santos. Y para que con esto perdamos el hipo de ser conocidos y nombrados en el mundo, y de que nuestro nombre y obras sean sabidas, dejando á Dios el cuidado de esto.

2. La segunda fue canonizarle él mismo por santo, y revelar la gloria que le hicieron los Ángeles en su muerte, para que todos le tengan por tal, y en su Iglesia le edifiquen templos y pongan imágenes; y si hubiera reliquias suyas, las veneráramos, cumpliendo aquello de David (*Psalm.* CXXXVIII, 17): *Nimis honorati sunt amici tui, Deus.* Y en especial hizo esto, para que se entienda la excelencia de la paciencia en los trabajos y miserias, pues ella sola basta por testimonio de santidad, para canonizar por santo al paciente, porque quien se conforma con la voluntad de Dios en el padecer, mas fácilmente se conformará en el obedecer; y para ser santo insigne basta obedecer á cuanto Dios manda, y padecer bien cuanto ordena ó permite, al modo que se ha dicho. Ó Dios eterno, gracias te doy por la honra que haces á tus siervos, levantando al pobre del estiércol, para colocarle con los príncipes de tu cielo, concédeme que imite su paciencia y obediencia, para que con ellos goce de tu gloria. Amen.

—A estos tres puntos se reduce lo que se ha de meditar de cada Santo, conviene á saber: —El primero, su vida y los escalones de virtud por donde llegó á tanta santidad, á imitacion de Cristo. —El segundo, su gloriosa muerte y el premio que Dios le dió en ella. —El tercero, la honra que Dios le hace aun en esta vida, premiándole tambien acá entre los hombres. —

PUNTO CUARTO. —*De los vicios del rico avariento.*— 1. Lo cuarto, se ha de considerar la miserable vida del rico avariento, en todo

contraria á la del justo Lázaro, porque toda su vida fue un continuo ejercicio de soberbia y avaricia, de regalo para consigo, y dureza de corazon para con los otros. La soberbia y sensualidad mostró en el vestido, vistiéndose de púrpura por vanidad, y de holanda por regalo. Y tambien en la comida, haciendo banquetes espléndidos por jactancia, y de manjares delicados por glotonería, comiendo y bebiendo cada dia hasta hartarse. La avaricia mostró usando de las riquezas para sí solo, teniendo gran dureza y crueldad con los pobres, sin tener misericordia de ellos, ni darles limosna, ni aun de las migajas que se caian de su mesa, y sin compadecerse del llagado y hambriento que tenia á su puerta, siendo mas cruel que sus mismos perros, y dando de comer á los perros no lo daba á los pobres. De aquí procedia que los de su casa eran tales como él, aprendiendo del ejemplo de su señor, pues no hubo criado que tuviese piedad del pobre. Por estos pasos cayó en muchos y gravísimos pecados, bebiendo todo el espíritu del mundo maligno, el cual se funda en codicia de carne y de hacienda, y en soberbia de la vida (I *Joan.* II, 16), todo contrario al espíritu de Cristo.

2. Por lo cual fue sumamente de él aborrecido, y cuando contó su vida no quiso nombrarle ni tomar su nombre en la boca, en señal de que le aborrecia y despreciaba, y de que no le conocia ni aprobaba, y que su nombre estaba borrado del libro de la vida, ni queria que hubiese de él memoria entre los hombres. Y del mismo modo en su tanto aborrece á todos los que tienen este espíritu ó parte de él, buscando la vanidad y sensualidad, y las propias comodidades, aunque sea con daño de sus prójimos. Por donde se ve cuán contrarios son los juicios de Cristo y los del mundo. Lázaro en los ojos del mundo era desdichado, en los de Cristo dichoso. Al contrario el rico, en los ojos del mundo era dichoso, pero desdichado en los de Cristo, el cual fue humilde y áspero para consigo, y blando para con los otros, y tales quiere que sean sus siervos. Ó dulce Jesús, con todo mi corazon abomino la soberbia de la púrpura y la delicadeza de la holanda, pues tú estuviste vestido de púrpura por escarnio, y desnudo en una cruz. No quiero banquetes, ni regalos en la comida, pues tú comias pan de cebada, y por comida te dieron hiel, y en tu sed te dieron á beber vinagre. No quiero que mi nombre sea vanamente pregonado en el mundo, porque no le borres del libro de la vida, ni te olvides de mí, echándome de tu santo reino.

PUNTO QUINTO.—*De la muerte desventurada del rico.* — 1. Lo quinto, consideraré la desventurada muerte de este rico, y los tormen-

los que padece en los infiernos; porque en muriendo, como dijo Cristo nuestro Señor, fue sepultado en el infierno; de suerte, que su muerte fue fin de todas sus riquezas, regalos y vanidades, y fue principio de las miserias, tormentos y desprecios que padece y padecerá sin fin. De esta vida no llevó cosa que tuviese, sino los vicios y pecados que habian de ser cebo de sus tormentos; y así se verificó en él lo que dice Job (*c.* XXI, 13): Pasan los dias en deleites, y en un punto bajan al infierno; porque aunque murió con apariencia de muerte suave, pero el punto último de su vida fue principio de su pena. ¡Oh punto terrible, fin de la vida deleitable que presto se acaba, y principio de la vida miserable que nunca se ha de acabar! Si en este punto bajo al infierno, ¿de qué me servirá la soberbia? Y la jactancia de las riquezas ¿de qué me aprovechará? (*Sap.* V, 8). Mejor me está pasar los dias en trabajos, y en un punto subir al cielo á gozar el premio de ellos.

2. Luego dice Cristo nuestro Señor, para declarar las penas de este miserable: *Que estando en los tormentos levantó los ojos, y vió á Lázaro en el seno de Abrahan, y á voces dijo: Padre Abrahan, ten misericordia de mí, y envia á Lázaro, para que con la punta de su dedo, mojado en agua, refresque mi lengua, porque soy muy atormentado en esta llama.* En lo cual se nos avisa, que los condenados padecen los tormentos proporcionados á sus culpas, y así este desventurado padecia cuatro terribles.—El primero, de llamas que le cubrian de piés á cabeza, por la vanidad y regalo de la púrpura y holanda con que se vestia.—El segundo, en la lengua, que fue el instrumento de sus gustos y parlerías, abrasándole el fuego y padeciendo terrible hambre y sed rabiosa.—El tercero, de envidia viendo por revelacion la buena suerte de Lázaro, y así no se atrevió á pedirle nada, sino á Abrahan.—El cuarto, de desamparo y desprecio de todos, en castigo de su crueldad, porque no halló misericordia en Abrahan, ni se le concedió la gota de agua que pedia, porque habia negado la migaja de pan al pobre, y no mereció alcanzar la misericordia, porque no tuvo misericordia. Ó justísimo Dios, ¡cuán justos son tus juicios y cuán proporcionados tus castigos con nuestros pecados! ¡Cómo no temo el rigor de tu justicia! ¡Y cómo no tiemblo de las penas del infierno! Líbrame, Señor, de tus ofensas, porque no descarguen sobre mí tus iras; abre los ojos de los ricos, para que escarmienten en cabeza de este rico; y abre tambien los ojos de los pobres, para que no tengan envidia de los ricos.

PUNTO SEXTO. — 1. Lo sexto, consideraré la respuesta de Abra-

han, notificándole la sentencia inmutable de la divina justicia, por estas palabras: *Acuérdate, hijo, que recibiste bienes en tu vida, y Lázaro semejantemente males; pero ahora este es consolado y tú atormentado, y en todas estas cosas hay entre vosotros y nosotros un grande cáos ó abertura muy firme, de modo que los que están aquí no pueden pasar á donde vosotros estais, ni vosotros venir á donde estamos nosotros.* Dos partes abraza esta sentencia.—La primera, que el rico recibió en esta vida bienes temporales; esto es, abrazólos con sumo gusto, poniendo en ellos su felicidad, y aceptándolos como premio de algunas obras buenas; y en castigo de las malas se trocó su suerte, y ahora recibe males y tormentos. Al contrario, Lázaro recibió en esta vida males y trabajos, abrazándolos con paciencia y purgando con ellos las culpas en que cayó, y en premio de las buenas obras que hizo se trocó su suerte, y ahora recibe grandes bienes y regalos. Y así, cotejando las suertes de estos dos hombres, tengo de escoger para mí la de Lázaro, pues no es posible tener en esta vida la suerte del rico y en la otra la del mendigo, y si tuviere la del mendigo, me consolaré con que no me cabrá despues la del rico. Ó alma mia, mira bien la suerte que escoges en esta vida, pues de ella depende la que te ha de caber en la otra; tiembla de las prosperidades temporales, porque quizá serán premio de tus obras, y se trocarán despues en adversidades eternas. Y al contrario, gózate de las adversidades de esta vida, pues Dios te las envia como prendas de las prosperidades que te dará en la otra.

2. La segunda es, que no hay paso del infierno al cielo, ni del cielo al infierno, de modo que ningun bienaventurado jamás saldrá del cielo á condenarse, porque el decreto de Dios en esto es absoluto, firme é inmutable, como en su lugar se dirá. (Medit. LI de la parte VI).—Últimamente, ponderaré otra peticion que luego hizo este miserable á Abrahan, y tambien se la negó: *Ya que Lázaro* (dice) *no puede venir á donde yo estoy, envíale á casa de mi padre, para que avise á cinco hermanos que tengo, que no vivan como yo viví, porque no vengan á este lugar de tantos tormentos, donde yo estoy.* Esto decia, no por caridad, sino porque la compañía de sus hermanos en el infierno aumentaria su pena, por la culpa que tuvo en el mal ejemplo que les dió. ¡Oh miseria terrible del condenado, cuya pena crece con la vista de los buenos que despreció, y con la compañía de los malos á quien ayudó, de modo que buenos y malos son como sus verdugos, convirtiéndosele todas las cosas en mal, así como á los que aman á Dios (*Rom.* VIII, 28) se les convierten en bien!

3. Respondióle Abrahan: *Allá tienen á Moisés y á los profetas que les avisan de ello, óiganlos, y esto les basta.* Replicó el rico: *Creo que no bastará (como ni me bastó á mí), pero si alguno de los muertos va á decírselo, harán penitencia.* Respondió Abrahan: *Si no oyen á Moisés y á los profetas, tampoco creerán al muerto que resucitare para decírselo; porque tambien podrán decir que es fantasma ó embuste:* y mucho mas cierto es el testimonio de la Escritura revelada por Dios, que el de los muertos. De donde tengo de concluir, cuánto me importa entender y creer con viva fe lo que Dios ha revelado de la otra vida en su Escritura y Evangelio, y conformar mi vida con esta creencia, escarmentando en cabeza ajena; porque si me ciego y endurezco á no oir lo que la fe me dice, tambien me cegaré y endureceré para no creer lo que dijeren los muertos si viniesen á hablarme. Y si quiero creer lo que dicen los muertos, mejor es oir lo que la Escritura cuenta de ellos, como si á ellos mismos lo oyera, pues siempre nos están diciendo aquello del Eclesiástico (*c.* XXXVIII, 23): Acuérdate de mi juicio, porque tal será el tuyo. Lo que pasó ayer por mí, pasará hoy por tí,

—como se ponderó en la meditacion XI de la parte I.—

MEDITACIONES

DE ALGUNAS OBRAS MILAGROSAS QUE HIZO CRISTO NUESTRO SEÑOR, CONVIRTIENDO PECADORES Y SANANDO ENFERMOS.

—Dos suertes de milagros hizo Cristo nuestro Señor cerca de los mismos hombres, fuera de los que se han contado cerca de las criaturas insensibles, vino, pan y mar. Unos espirituales, convirtiendo pecadores muy envejecidos en sus pecados; otros corporales, sanando enfermos de enfermedades incurables, ó resucitando muertos. Y como dice santo Tomás (3 *p. q.* 44, *art.* 3 *ad* 3; *Ioan.* v, 14; VII, 23; *Luc.* v, 23), de ordinario juntaba el primero con el segundo, dando la salud del alma con la del cuerpo, y sanando, como el mismo Señor dijo: *Totum hominem;* todo el hombre, así el hombre exterior como el interior, disponiéndole primero para recibir entera y perfecta salud. Y así meditando el milagro corporal, hemos de ponderar el efecto espiritual que obraba en el enfermo, y el que significaba para nuestro provecho, porque como las enfermedades del cuerpo son señales de las del alma, así la cura de las unas representaba la cura misteriosa de las otras. Todo esto se verá en las me-

ditaciones que se siguen, comenzando por las conversiones de los pecadores, de que hacen mencion los Evangelistas.—

MEDITACION XXV.

DE LA CONVERSION DE LA MAGDALENA.

PUNTO PRIMERO.— 1.° *Siendo Jesús convidado de un fariseo llamado Simon, una mujer que estaba en la ciudad y era pecadora, como lo supo, fué á casa del fariseo á buscarle.* Aquí se han de ponderar lo primero, las calidades de esta pecadora, porque en llamarla con este nombre, se da á entender que sus pecados eran de carnalidad, y muy arraigados y escandalosos, pues por tales pecados suele darse tal nombre á las mujeres. Pero el Evangelista no nombra la especie de estos pecados, porque, como dijo san Pablo (*Ephes.* v, 3), ni aun su nombre hemos de tomar en la boca. Mas por lo que despues dijeron san Lucas y san Marcos (*Luc.* VIII, 2; *Marc.* XVI, 9), que Cristo echó de ella siete demonios, se saca que tenia innumerables pecados, significados por el número de siete, y que los siete pecados mortales, y los demonios que tientan de ellos, habian hallado morada muy de asiento en el alma. De donde sacaré dos afectos; uno de temor de mi flaqueza, escarmentando en la Magdalena, que por males pequeños vino á caer en pecados muchos y muy graves, y lo que pasó por ella puede pasar por mí. El segundo afecto es de confianza en la misericordia de Dios, en quien halló remedio esta pecadora, confiando que yo tambien le hallaré, si como imité á la que pecó, imito á la que se arrepintió.

2. Lo segundo, ponderaré la ocasion que tuvo esta mujer de acudir á Cristo nuestro Señor, que fue oirle algun sermon y saber la mansedumbre con que recibia á los pecadores, y sobre todo, la inspiracion del cielo que la tocó con una grande luz, no por via de temor, amenazándola con castigos, sino por via de amor, descubriéndola las obligaciones que tenia de amar mucho mas al Criador que á las criaturas, poniendo en él todo el amor que ponia en ellas. Ó Padre celestial (*Ioan.* VI, 66), sin cuyo favor ninguno viene á Cristo, tráeme á su servicio con cadenas de caridad, doliéndome de haber ofendido al que por tantos títulos merece ser amado.

3. Lo tercero, ponderaré la obediencia tan presta que tuvo esta pecadora á la inspiracion y toque de Dios, porque no aguardó á que Cristo nuestro Señor se recogiese á su posada, donde solia estar,

sino en sabiendo dónde comia, aunque era en casa ajena y en convite, entre convidados, luego fué á buscarle, para que aprenda yo á no dilatar los buenos propósitos, y el responder á las divinas inspiraciones, especialmente en materia de mi conversion, acordándome de lo que dice el Sábio (*Eccli.* v, 8): No tardes de convertirte al Señor, ni lo difieras de dia en dia, porque de repente vendrá su ira, y en el dia de la venganza te destruirá.

PUNTO SEGUNDO. — 1. *Entrando esta pecadora donde estaba Jesús, llegó por las espaldas, y postrada á sus piés comenzó á regarlos con lágrimas y á limpiarlos con sus cabellos, besándolos y ungiéndolos con ungüento precioso, que llevaba consigo en un vaso de alabastro.* En este hecho tan insigne se ha de ponderar la perfecta penitencia de esta mujer, y las virtudes excelentes que aquí mostró.—La primera fue, una grande fe y estima de la divinidad (*Isai.* XLIII, 25) y misericordia de Cristo nuestro Señor, porque creyó que era Dios, á quien solo pertenece perdonar pecados, y creyó que sin hablarle palabra, como no se la habló, la entendia y penetraba el corazon, y sabia á lo que venia y lo que le pedia. Otros venian á Cristo para pedirle remedio de enfermedades corporales; de esta sola mujer pecadora leemos que hubiese venido por solo el remedio de las espirituales y por el perdon de sus pecados.

2. La segunda virtud fue una heróica humildad, despreciando su honra, y el que dirian los convidados viéndola de aquella manera. Nicodemus vino á consultar con Cristo nuestro Señor sus dudas, pero vino de noche (*Ioan.* III, 2) y lleno de temor humano; la Magdalena vino á pedir á Cristo la salud de su alma, pero de dia y llena de amor divino, atropellando temores humanos y lo que dirian los hombres, porque todo su corazon tenia puesto en aplacar á Dios. Y no solo tuvo el grado de humildad para con los hombres, ofreciéndose á ser despreciada de ellos, sino tambien el otro grado de humildad para con Dios, no atreviéndose á parecer delante del rostro de Cristo, por vergüenza de sus pecados, sino llegando por las espaldas y echándose á sus piés. Ó alma mia, humíllate delante de Dios y delante de los hombres; porque quien se humilla en todas las cosas y á todas las personas halla gracia delante de Dios, y despues (*Eccli.* III, 20) será honrado delante de los Ángeles y de los mismos hombres.

3. La tercera fue, un dolor interior amorosísimo, junto con grandes afectos de oracion y devocion, declarados por aquellas señales exteriores; regaba los piés de Cristo con lágrimas, llorando sus ma-

do y que estaba en su casa, habiéndole de reprender, primero le pidió cortesmente licencia para decirle una palabra, y no luego entró condenándole, sino con una parábola le fué disponiendo, para que aprendamos de aquí la mansedumbre y modestia en corregir á los letrados y á los amigos, y á la gente granada, para que la correccion les entre en provecho, como tambien le sucedió á Natan profeta (II *Reg.* XII, 7), cuando por ordenacion de Dios corrigió al rey David, poniéndole delante su pecado debajo de una parábola, y con ella le movió á verdadera penitencia.

2. La parábola del Redentor fue esta: *Un acreedor tenia dos deudores, el uno le debia quinientos denarios y el otro cincuenta; y no teniendo de qué pagarle, perdonóles la deuda. ¿Cuál de los dos le parece que de razon le ama mas? Respondió Simon: Pienso que aquel á quien perdonó mayor deuda. Díjole Jesús: Bien has respondido.* Sobre esta parábola se ha de considerar primero en general el misterio que encierra, ponderando quién es este acreedor, quién los deudores, quién debe mas, quién menos, como no tienen de qué pagar, como se les perdona de gracia, y cuál de los deudores ama mas al que le perdonó.—Lo primero, el acreedor es Dios, que es ofendido por nuestros pecados, y tiene contra nosotros la escritura de obligacion, que llama el apóstol san Pablo (*Colos.* II, 14), *Chirographum decreti, quod erat contrarium nobis.* Carta y obligacion fundada en el decreto de Dios, por el cual los pecadores quedamos obligados á pagar la pena temporal y eterna que nuestros grandes pecados merecen. Y como es infinitamente sábio y poderoso, ni el deudor le puede engañar, ni tampoco se le puede escapar.

3. Los deudores somos los hombres, entre los cuales unos deben mas que otros, porque han hecho mas graves pecados. Unos deben cincuenta, porque con sus cinco sentidos han quebrantado los diez mandamientos de la ley de Dios. Otros deben quinientos, porque los han quebrantado mas veces, atropellando tambien los preceptos de la Iglesia y de su estado y los de la ley evangélica, que es ley de perfeccion, significada por el número de ciento. Y entre estos me he yo de contar, presumiendo que debo mas de lo que pienso, porque hay muchas deudas ocultas al deudor, pero no al acreedor, por las cuales dijo David (*Psalm.* XVIII, 13): Líbrame, Señor, de mis pecados ocultos.—Lo tercero, estos deudores no pueden pagar su deuda, porque es imposible por nuestras fuerzas satisfacer á Dios por nuestras culpas, ni merecer que nos las perdone, ni que rasgue la escritura de obligacion que tiene contra nosotros

(*Isa.* IX, 3); la cual siempre estuviera entera, si el mismo Dios por su infinita misericordia no se hiciera hombre, y con su pasion y muerte la rasgara y enclavara consigo en la cruz (*Colos.* II, 14), en cuya virtud graciosamente nos perdona las culpas por medio de la penitencia, para obligarnos á que le amemos con todo nuestro corazon, por la infinita bondad que muestra en perdonar de balde deuda tan grave á tan vil esclavo, para provocarle con esto á que de nuevo ame y sirva á su Señor.

4. De aquí es, que quien ha sido mayor pecador, despues que Dios le ha perdonado queda por esta parte obligado á amarle mas, porque ha recibido mayor beneficio en haberle esperado á penitencia, perdonádole mayores injurias y librádole de mas graves penas, y si tiene luz del cielo para conocer esta merced, así lo hace, mostrándose agradecido á quien se la hizo, y á esto va enderezado el intento de la parábola; porque amar mucho ó poco á Dios, no depende tanto de haber sido mayor ó menor pecador, cuanto de tener mayor ó menor conocimiento de la muchedumbre y gravedad de sus pecados. Y como los soberbios, cual era este fariseo, en su estima deben poco á Dios y tienen poco conocimiento de sus culpas, pareciéndoles pequeñas, así aman poco á Dios, porque tienen por pequeño el beneficio de haberles perdonado; pero los que se tienen por grandes pecadores, y tienen profundo conocimiento de la muchedumbre y gravedad de sus pecados, aman mucho á Dios cuando se los perdona, porque reconocen este beneficio por muy grande. Ó Dios liberalísimo y misericordiosísimo, con todo mi corazon deseo amarte, pues en lugar de castigarme porque te ofendí, quieres perdonarme para que te ame. Reconozco ser muchos y muy graves mis pecados, y por ellos deseo volverte muchos y muy grandes servicios.

PUNTO QUINTO. — 1. Luego consideraré como Cristo nuestro Señor aplicó la parábola á la mujer que se tenia por grande pecadora y al fariseo que se tenia por justo y menos pecador, porque vuelto á la mujer, dijo á Simon: ¿*Ves esta mujer? Entré en tu casa y no me diste agua para mis piés, para que yo siquiera me los lavase; pero esta los regó no con agua, sino con lágrimas; y los limpió, no con toalla de lienzo, sino con sus cabellos; no me diste beso de paz, y está desde que entró no ha cesado de besar mis piés; no ungiste con óleo mi cabeza, y esta ungió mis piés con ungüento precioso. Por tanto yo te digo que le son perdonados muchos pecados, porque amó mucho, y al que menos se le perdona, menos ama*; que es decir: Esta mujer siente de

sí que debe mucho, y así espera de mí mayor beneficio en que la perdone. Y por eso me amó mucho, como se ha visto por las obras, y yo la he perdonado muchos pecados, porque con este amor se ha dispuesto para el perdon de ellos; pero tú piensas que debes poco, y así esperas pequeño beneficio en que te perdone, y por consiguiente tambien amas poco.

2. Aquí se ha de ponderar lo primero, como con el ejemplo de los grandes pecadores convertidos suele Dios confundir á los que presumen de justos, y así nos aconseja que los miremos y consideremos despacio, diciendo: *Vides hanc mulierem?* ¿Ves esta mujer? ¿ves sus lágrimas y suspiros, su humillacion y confusion, y las invenciones que halla para aplacar á Dios? ¿ves todo esto? Pues considéralo bien, y confúndete de lo poco que haces, para que Dios te perdone, porque de verdad os digo, dice Cristo nuestro Señor (*Matth.* XXI, 31), que muchos publicanos y pecadores han de preceder en el reino de los cielos á los que presumen de justos.

3. Lo segundo, ponderaré que un gran pecador con un acto fervoroso suele subir á mas excelente caridad y santidad, que un justo tibio con muchos actos y en muchos años, como la Magdalena en este caso. Y juntamente veré, cuán generoso modo de alcanzar perdon es amar mucho á Dios, porque el amor dispone para el perdon de los pecados; anda con él, y con él crece y se aumenta, viéndose obligado á amar á quien le perdona. (*Isai.* IV, 4). Ó Redentor mio, confuso estoy en presencia de esta penitente tan fervorosa, viendo mi extremada tibieza. Lava, Señor, las manchas de esta hija de Sion mi pobre alma, con espíritu de juicio y con espíritu de ardor, dándome espíritu de justicia y fuego de caridad, para que te ame mucho, pues me has perdonado mucho.

PUNTO SEXTO. — 1. *Luego dijo Jesús á la mujer: Perdonados te son tus pecados; y turbándose los circunstantes de esta palabra, decian dentro de sí: ¿Quién es este que perdona los pecados? Pero Jesús dijo segunda vez á la mujer: Tu fe te ha hecho salva, vete en paz.* -En lo cual se ha de considerar la eficacia de aquella palabra: Tus pecados te son perdonados, con la cual la absolvió á culpa y á pena, y la comunicó muy copiosa gracia, regocijándose grandemente la Magdalena en oirla. Y tambien nosotros hemos de regocijarnos, pues tambien ahora por medio de los confesores, cuando nos absuelven, nos dice la misma palabra, y tendrá en nosotros el mismo efecto, si llevâremos la misma disposicion.

2. Tambien resplandece la modestia de Cristo nuestro Señor en

este caso; porque viendo que reparaban en que perdonaba los pecados, quiso atribuir este perdon, no á su liberalidad, sino á la fe de la pecadora, diciéndola: *Tu fe te ha hecho salva;* esto es, la fe viva que has tenido de mi divinidad y potestad, y la confianza amorosa que has tenido de mi misericordia, han sido causa de tu salud.

3. Finalmente, ponderaré cuán asida estaba la Magdalena á los piés de Cristo, pues con haber alcanzado el perdon que pretendia, no se queria apartar de allí, hasta que la dijo Cristo: *Vete en paz,* pues ya estás pacificada con Dios y dentro de tí con la plenaria indulgencia de tus pecados, y con la cumplida victoria de tus pasiones sensuales, porque todo esto se puede presumir que concedió la liberalidad de este Señor á la que tanto amó. Quizá por esto no la dijo como decia á otros pecadores, no quieras mas pecar, como quien conocia la grande firmeza que en esto tenia por la mucha gracia y amor que la habia dado. ¡Oh dichosos los que se llegan con humildad y caridad á los piés de Cristo, pues tan bien despachados se levantan de ellos! Llégate, ó alma mia, á ellos con grande confianza, abrázalos con grande amor, propon seguir sus pisadas con gran firmeza, no te apartes de ellos, hasta que te diga: *Vade in pace,* vete en paz.

MEDITACION XXVI.

DE LA CONVERSION DE LA SAMARITANA.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Caminando Cristo nuestro Señor desde Judea á Galilea por Samaria, fatigado del camino, sentóse junto á un pozo, á hora de sexta (que es el mediodía), y entonces llegó allí una mujer samaritana con un cántaro, que venia por agua.* (*Ioan.* IV, 5). Aquí se ha de ponderar lo primero, los trabajos y cansancios de Cristo nuestro Señor en sus caminos y peregrinaciones por el bien de las almas, caminando á pié y sin alivio, con soles de mediodia, y jornadas largas. Ó Pastor soberano, ¡cuán caro te cuesta buscar las ovejas perdidas, trabajando por una como por muchas! ¡Qué de veces sudabas en los caminos, forzándote el cansancio del cuerpo á sentarte, para tomar algun alivio! gracias te doy, Señor, por estas fatigas, y me compadezco de ellas, porque son prenuncios de otras mayores, pues de aquí á poco tiempo no hallarás otro descanso al mediodía, que la dura cama de la cruz.

2. Lo segundo, ponderaré la caridad de este Señor, porque no se sentó junto al pozo, tanto para descanso de su cuerpo, cuanto para

cazar una alma que tenia para sí escogida, porque nunca perdia ocasion de hacer bien á las almas. Ó Sabiduría encarnada, ¡cuán amorosa y admirable es la providencia con que sales al camino á los que yerran! Los que no te buscan te hallan; y á los que no preguntan por tí, dices, aquí estoy. (*Isai.* LXV, 1). Si la Magdalena te fué á buscar, tú se lo inspiraste, y la trajiste; y si la Samaritana te halla, es porque tú la fuiste á buscar. Inspírame, Señor, á que te busque, y búscame tú para que te halle.

3. De aquí subiré á ponderar, cuán maravillosos son los secretos de Dios en la conversion de las almas, poniendo las ocasiones para esto, cuando menos piensan. Era esta mujer pecadora y carnal; la cual con haber tenido cinco maridos ó varones, ahora estaba amancebada con otro. Y aun san Crisóstomo y otros doctores dicen (*Chrysost.* in Psalm. XIII; *Mald. hic*), que todas cinco veces estuvo amancebada, y que los cinco varones no fueron legítimos. Siendo, pues, tal esta mujer, y viniendo por agua, bien descuidada de su salvacion, allí topó á Cristo que le hizo extraordinarios favores, con admirable eficacia y suavidad, acomodándose á la calidad y condicion de la persona con quien trataba, como luego se verá.

PUNTO SEGUNDO.— 1. *En llegando la Samaritana al pozo, díjola Jesús: Mujer, dame de beber; respondió ella: ¿Como tú siendo hebreo me pides de beber, pues los judíos no tienen comunicacion con los samaritanos? Respondióla Jesús: Si conocieses el don de Dios, y quién es el que te dice, dame de beber, tú quizás se lo pedirias, y él te daria una agua viva.*

— *De la cortedad del hombre con Dios, y de la liberalidad de Dios con el hombre.* — En este primer coloquio se representa muy al vivo, quién es el hombre para con Dios, y quién es Dios para con el hombre, que son dos puntos de grande provecho para el espíritu. — Lo primero, consideraré como Cristo nuestro Señor, aunque tenia sed corporal, porque llegó allí fatigado del camino, y al mediodía; pero mucha mayor sed espiritual tenia de la salvacion de aquella alma, como cuando dijo en la cruz: sed tengo; y como el que tiene sed, con mucho gusto bebe el agua, y la entra dentro de sí, así Cristo nuestro Señor con grandísimo gusto bebe y recibe las almas, y las entra dentro de sus entrañas incorporándolas consigo con el amor, y con este deseo las dice: *Da mihi bibere;* dame de beber. Ó dulcísimo Jesús, ¡quién te pudiera dar innumerables almas con que hartases tu sed! Ves aquí la mia, recíbela é incorpórala contigo, de modo que nunca de tí se aparte.

2. Lo segundo, ponderaré como la Samaritana negó á Cristo el agua, y aun le reprendió porque se la pedia y hablaba con ella; en lo cual se representa la cortedad, escaseza y villanía de los hombres con Dios, negándole lo que les pide, ora se lo pida por secreta inspiracion, ora por su santa ley, ó por los superiores, ó por los pobres que les piden limosna, y nunca les faltan excusas y achaques para no dárselo; y á veces disimuladamente le reprenden, quejándose de que les pide cosas graves y muchas, y aun tienen por pesado el mismo hablar y tratar con Dios. Y todo esto procede, de que no conocen como la Samaritana, quién es este gran Dios que se lo pide, ni tienen de él la estima que fuera razon, por tener la fe muy amortecida.

3. Luego ponderaré la respuesta de Cristo nuestro Señor, en que descubre su infinita caridad y liberalidad para con el hombre; porque en lugar de vengarse de nosotros, como queria hacerlo David de Nabal (1 *Reg.* xxv, 22), porque le negó lo que le pedia: de nuevo nos convida á que le pidamos los bienes que nos faltan, y desea que conozcamos quién es Dios, y cuán grandes son sus dones, para que tengamos gana de pedírselos. Y por esto dijo á la Samaritana: ¡Oh si conocieses el don de Dios, que tienes presente, que es su Hijo unigénito, dado al mundo graciosamente para comunicarle el don del Espíritu Santo, y los otros dones de su gracia; y si conocieses la ocasion que te ofrece ahora de tu salvacion, y quién es este que te pide de beber, tú quizá se lo pedirias á él, y es tan liberal, que no te lo negaria como tú me lo niegas; antes te daria un agua no muerta, sino viva, de la cual depende tu misma vida!

4. Y aun mas adelante pasa su infinita liberalidad, porque muestra mayor deseo de darnos sus dones, que los hombres de pedírselos, aun despues de conocidos, porque en lo primero no pone duda, y en lo segundo la pone, diciendo: Si conocieses quién es el que te pide de beber, *tu forsitan*, tú quizá se lo pedirias; porque como eres libre, puede ser que no desees el bien espiritual que conoces, por no dejar otro que mas amas; pero si me le pides como conviene, sin duda te le daré: *Dedisset tibi*, porque á todos he dicho (*Matth.* vii, 7; *Vid. D. Thom.* in illud Jacobi i: Qui dat omnibus affluenter): Pedid y recibiréis. Por lo cual dijo san Agustin: *Erubescat humana pigritia: plus paratus est Deus dare, quam nos accipere*: avergüéncese la humana pereza, porque está Dios mas aparejado á dar que nosotros á recibir. Ó Salvador mio, esclarece mi alma para que conozca el don de Dios, y muéveme con eficacia para

que le pida, de modo que le alcance. Y luego te diré (*Cant.* II, 16): *Dilectus meus mihi, et ego illi:* cuál es mi Amado para mí, tal tengo de ser yo para con él: daréle cuanto me pidiere, como él me da cuanto le pido; desearé que me pida algo para dárselo, como él desea que le pida mucho para dármelo. Él es para mí don, pues se me da todo de gracia; yo seré para él don, dándome todo á él, no por interese, sino solo por servirle por todos los siglos. Amen.

PUNTO TERCERO. — 1. *Díjole la mujer: Señor, no tienes con qué sacar agua, y el pozo está hondo, ¿de dónde tienes agua viva? Respondióle Jesús: Cualquiera que bebe de esta agua, tendrá sed otra vez; mas quien bebiere del agua que yo le daré, se hará en él una fuente de agua, que salte hasta la vida eterna.* En este dicho de la Samaritana se representa primeramente la propiedad del hombre animal y carnal, de quien dice san Pablo (I *Cor.* II, 14), que no percibe las cosas de Dios, ni entiende mas de lo que conoce por los sentidos del cuerpo, ni piensa que hay otra agua viva mas de la que mana de las fuentes que ve al ojo. Pero la condicion de Cristo nuestro Señor es enseñarnos á levantar el espíritu de las cosas visibles á las invisibles, de las temporales á las eternas, y de las criaturas al Criador, ponderando como en el Criador y en los bienes celestiales están con muy mayor ventaja las perfecciones que hay en las criaturas y en los bienes terrenos, sin las faltas é imperfecciones que hay en ellos; y así del agua, y del pozo, y de la fuente visible nos enseña á discurrir á lo invisible. Y por este ejemplo aprenderémos el modo de meditar en la oracion mental cerca de estas cosas.

2. *Propiedades de la divina gracia.* — Cinco propiedades maravillosas pone Cristo nuestro Señor del agua viva de su gracia, contraponiéndola á esta agua corporal; las cuales hemos de ponderar para conocerla, desearla y pretenderla muy de corazon. — La primera propiedad es, que quita la sed para siempre; en lo cual se diferencia del agua corporal, la cual quita la sed por poco tiempo, porque es corruptible, y luego se consume; pero el agua viva, cuanto es de su parte es incorruptible, y dura en el alma perpétuamente, si no es que ella de su voluntad por el pecado mortal quiera vomitarla. — La segunda propiedad es, que de tal manera harta el alma, que quita la sed generalmente de las demás aguas y bienes de la tierra; al modo que dijo Cristo nuestro Señor (*Ioan.* VI, 35): El que cree en mí, no tendrá mas sed; esto es, no tendrá sed ni apetito de cosa criada contraria á mí, porque conmigo estará harto y satisfecho. En lo cual se diferencia de los bienes terrenos, los cuales hartan poco, por poco

tiempo, y luego enfadan, porque son viles, y se acaban presto. Mas los bienes celestiales hartan para siempre y sin fastidio, porque son preciosos, y tan sabrosos, que ponen hastío de los terrenos.

3. La tercera propiedad es, que el agua viva es como fuente que siempre mana, porque dentro del alma está el Espíritu Santo, fuente de las gracias, de la cual, como dice Cristo nuestro Señor (*Ioan.* VII, 38), salen rios de agua viva, con abundancia de grandes dones celestiales. Y la misma gracia está siempre con esta inclinacion de crecer y aumentarse, y por esto se dice de ella (*Eccli.* XXIV, 29): Los que me beben tendrán sed, que es decir: Aunque no tendrán sed de las cosas terrenas, tendrán sed de crecer en el bien que con tanto gusto tienen.—La cuarta propiedad es, que dentro del alma sale esta agua viva bullendo y saltando con ímpetu hácia el cielo; esto es, que inclina á las cosas celestiales con grande alegría, presteza y prontitud, porque ni consiente ser detenida en las cosas terrenas, ni sufre dilaciones y tardanzas, ni admite repugnancias ó tédios, ni se quiere estrechar dentro del corazon humano, sino con ímpetu le hace salir de sí, para que se levante sobre sí mismo, y se junte con el principio y manantial de donde ella procede, que es Dios.—La quinta propiedad es, que salta hasta la vida eterna, porque, como dice san Pablo (*Ephes.* I, 14; I *Cor.* XIII, 8), es prendas y arras de la herencia celestial que esperamos, y permanece con ella para siempre; en lo cual, no solamente se diferencia de los bienes corporales sino tambien de algunos espirituales, que se acaban con la vida corporal en entrando en la vida eterna, como es la virtud de la fe y de la esperanza, y otras gracias gratis datas.

4. De estas consideraciones he de sacar una grande estima de este don de Dios y grandes ansias de procurarle, acudiendo con gran gozo á las fuentes del Salvador (*Isai.* XII, 3), que son los Sacramentos, de donde se saca esta agua y el aumento de ella, ponderando como la Samaritana en oyendo estas grandezas, dijo á Cristo: *Señor, dame esta agua, para que no venga mas á este pozo.* En las cuales palabras descubrió que daba algun paso en su conversion, con tener deseo de esta agua viva, pidiéndola con reverencia al Señor que se la ofrecia. Pero todavía estaba carnal y grosera, porque la pedia por un fin ratero; esto es, por no padecer sed, y por excusar el trabajo de ir cada dia al pozo por agua. En lo cual se representa la imperfeccion de algunos fieles que desean los bienes espirituales, no tanto por su belleza, cuanto por algunos provechos temporales que pretenden con ellos, como es alguna honra ó interese, ó por

librarse de melancolías y tristezas, como los que desean consuelos sensibles de Dios, con afecto de amor propio, por sentir menos pesadumbre en las molestias de esta vida; pero los que desean ser perfectos, han de pretender y pedir esta agua viva por los bienes que hay en ella, cuales son los que están dichos, diciendo con afecto fervoroso: *Domine, da mihi hanc aquam, ut non sitiam iterum.* Ó Señor de cielos y tierra, dame esta agua viva, para que nunca tenga sed de otra cosa, ni me ocupe con ansia en buscar el agua de los bienes corporales y corruptibles, pues me bastan los espirituales y eternos. Ó dulce Jesús, fuente de agua viva, pon dentro de mi alma esta divina fuente, de modo que siempre bulla, crezca y salte hasta la vida eterna. Amen.

PUNTO CUARTO. — 1. Lo cuarto, ponderaré la maravillosa destreza con que Cristo nuestro Señor fué disponiendo á la Samaritana, para que quitase lo que la estorbaba recibir el agua viva de la gracia; porque viendo su deseo, la dijo: *Llama á tu marido. Respondió: Que no le tenia. Díjola Jesús: Bien dijiste, porque cinco varones has tenido, y el que ahora tienes no es tuyo. Verdad has dicho.* En lo cual se ha de presuponer, que esta mujer es figura de las almas que están amancebadas con las criaturas por medio de sus cinco sentidos y apetitos, concediéndoles todos los deleites que desean desenfrenadamente. De donde resulta que no están por entonces capaces para recibir el agua viva de la gracia y el don del Espíritu Santo; el cual no puede morar en cuerpo sujeto á pecados, especialmente carnales; los cuales, como dice san Pablo (I *Cor.* VI, 19), profanan el templo del Espíritu Santo, y con la union abominable de la carne con la fornicaria, destruyen la union preciosa del alma con el espíritu de Dios. Por lo cual dijo el mismo Apóstol (I *Cor.* VI, 17): Huid de la fornicacion y de todo lo que es ocasion de ella, para juntar vuestras almas con amor: *Uni viro Christo,* á un solo varon, que es Cristo. Presupuesto esto, ponderaré como Cristo nuestro Señor para sanar de raíz á esta mujer, abrió la postema del pecado que tenia encubierto, reprendiéndola, no con palabras ásperas, sino con espíritu de blandura, diciendo: *Con haber tenido cinco varones, tienes ahora otro, que no es tuyo.* Como quien dice: Razon fuera poner freno al apetito insaciable de tus deleites, y apartarte ya de ellos.

2. Luego ponderaré cuán bien llevó la Samaritana esta reprension, porque no negó la verdad, ni se indignó, ni dijo palabras injuriosas contra Cristo porque la afrentaba; antes le veneró, llamándole Señor, y creyendo que era profeta, pues sabia cosas tan secre-

tas; y así le dijo: *Señor, veo que eres profeta;* que fue decirle: Verdad es cuanto dices. Y con esta humilde confesion de sus culpas dió principio á su conversion; porque cerca está de ser curado quien lleva bien el ser reprendido. Y por esto dijo el Eclesiástico (*c.* XX, 4): ¡Oh cuán bueno es que el reprendido muestre arrepentimiento! porque con esto echará de sí el pecado voluntario.

3. Luego dió otra segunda señal de su arrepentimiento, y de la fe y estima que habia cobrado de Cristo nuestro Señor, queriendo ser industriada de él en la materia de fe y religion de que estaba dudosa, y así le dijo: *Nuestros padres adoraron á Dios en este monte, vosotros decís que se ha de adorar en Jerusalen;* que fue decirle: Señor, pues eres profeta, sácame de la duda en que estoy, y enséñame en qué lugar he de adorar á Dios, y ofrecerle sacrificios, para aplacarle y agradarle. Por donde se ve, que el primer cuidado del verdadero penitente ha de ser, saber lo que pertenece á la verdadera fe y culto de Dios, pues sin esta fe es imposible agradarle. (*Hebr.* XI, 6). Respondióle Jesús: *Mujer, créeme que vendrá hora, cuando ni en este monte, ni en Jerusalen adoraréis al Padre, y ya es llegada la hora cuando los verdaderos adoradores le adorarán en espíritu y en verdad, porque el Padre busca quien le adore de esta manera. Dios es espíritu, y los que le adoran, en espíritu y verdad le han de adorar.* Que fue decirla: Ya no es necesaria esta tu pregunta cuanto al lugar de adorar á Dios, con los sacrificios y ceremonias con que hasta ahora ha sido adorado, porque todos han de cesar, y Dios ha de ser adorado con el espíritu y verdad que estaba encubierto en esas sombras y figuras exteriores.

4. *De la adoracion en espíritu y en verdad.* —Pero ponderando mas el espíritu de estas palabras, en ellas nos enseña Cristo nuestro Señor el modo como quiere ser adorado de los fieles en la ley evangélica, especialmente con la adoracion que cada uno hace á Dios á sus solas.—Lo primero, esta adoracion se puede hacer en todo lugar, porque aunque hay templos diputados para el sacrificio de la misa; pero en cualquier lugar y rincon puedo adorar á Dios, porque está en todo lugar. Y por esto dijo san Pablo (I *Tim.* II, 8): Quiero que los varones oren en todo lugar, levantando sus manos puras á Dios.—Demás de esto, esta adoracion se ha de hacer dentro de nuestro espíritu, que es templo espiritual de Dios, y retrete diputado para oracion, en el cual nos manda Cristo entrar (*Matth.* VI, 6) para orar en lo escondido á nuestro Padre celestial, que está allí, y nos ve como le adoramos. Lo tercero, esta adoracion ha de ser en

espíritu y en verdad, porque ha de proceder de la inspiracion y mocion del Espíritu Santo y de la verdad, que es Cristo, y seguir su direccion y dictámen, conformando nuestros sentimientos con la verdad de la fe, y nuestra vida con la del Salvador, y las obras exteriores con las interiores, sin fingimiento ni doblez alguno; porque como Dios es espíritu, y es la misma verdad, busca adoradores semejantes, que sean espirituales y verdaderos como él lo es.

5. Y por consiguiente, no he de contentarme con solo el culto exterior, porque es cuerpo sin espíritu y sombra sin verdad, sino principalmente he de procurar los actos interiores de las virtudes que le dan vida, como son, fe de las grandezas de Dios, con humildad y reconocimiento de mis bajezas; esperanza de las divinas promesas, con oracion y peticion de ellas; amor de Dios con obediencia y sujecion á su santa voluntad, y con actos de devocion, alabanza y accion de gracias. De este modo es Dios adorado como desea: *Nam, et Pater tales quaerit, qui adorent eum:* porque el Padre celestial busca tales personas que así le adoren. Ó Padre de misericordias, pues en tu mano está hallar lo que buscas y hacer lo que deseas, haz que muchos te adoren con el espíritu y verdad con que quieres ser adorado. Y pues me has hecho tan dichoso que viva en la ley de gracia, concédeme que te adore, no en un lugar solo, sino en todo lugar; no con solo el cuerpo, sino con el espíritu; no con apariencias, sino con verdad, siguiéndote á tí, que eres camino, verdad y vida, á quien sea honra y gloria por todos los siglos. Amen.

PUNTO QUINTO. — 1. Lo quinto, se ha de considerar la maravillosa conversion y mudanza de la Samaritana; la cual como ruda en las cosas de Dios, no alcanzó la alteza de la doctrina de Cristo; y así le dijo: *Sé que ha de venir el Mesías; cuando venga nos enseñará todas estas cosas. Respondióla Jesús: Yo soy el que hablo contigo.* En las cuales palabras se ha de ponderar primeramente la infinita caridad de Cristo nuestro Señor, el cual quiso descubrir tan claramente una verdad tan alta y tan importante á una mujer tan pecadora, aunque sencilla (*Ioan.* IV, 26), habiéndola encubierto á los escribas y fariseos, ó declarádosela no mas que por rodeos y parábolas en castigo de su soberbia. Pero no menos resplandece su amorosa omnipotencia en las maravillas que obró en esta mujer, en virtud de esta palabra: *Yo soy el que hablo contigo.* — Con la cual, lo primero, ilustró su entendimiento con verdadera fe, para que conociese quién era el que hablaba con ella, y le creyese por Mesías; y juntamente le habló al corazon, enterneciéndosele para aborrecer la vida pasada. —

Tras esto la dió el agua viva de la gracia que le habia pedido, cumpliendo la palabra que la dió, cuando dijo: Si me la pidieses, yo te la daria.

2. Lo tercero, llenóla de tanto gozo interior, que se olvidó del agua corporal por que habia venido, y dejado el cántaro en el pozo, se volvió con presteza á la ciudad á dar noticia de Cristo nuestro Señor á sus ciudadanos, para que viniesen á gozar de lo que ella habia gozado. En lo cual se ve el fervor del alma tocada de Dios, que deja todas las cosas que tiene por estar libre y suelta para las cosas de su servicio, como lo hicieron los Apóstoles. (*Matth.* IV, 20).—Lo cuarto, dióla una perfecta humildad, por la cual no se desdeñó de infamarse á sí misma, en razon de honrar á Cristo, publicando que le habia descubierto los secretos de su mala vida, para que le tuviesen por profeta, dándonos ejemplo de predicar á Cristo, como dice san Pablo (II *Cor.* VI, 8), con infamia ó buena fama.—Lo quinto, dióla grande prudencia, y el agua viva de la sabiduría en el modo de predicar á Cristo, porque no entró diciendo, creedme, he visto un profeta, sin duda es el Mesías; sino conociendo su flaqueza mujeril, y que ella por sí no merecia ser creida, les decia: *Venite, et videte:* venid, y vedle. Y aunque dijo, ved si por ventura es Cristo, no fue dudando, sino deseando con modestia que viniesen ellos á verlo y probarlo, confiada que Cristo les enseñaria, como enseñó á ella.

3. Finalmente, la comunicó tanto fervor y espíritu en su palabra, que muchos salieron de la ciudad para ver á Cristo nuestro Señor, y por su causa creyeron en él. ¡Oh riquezas de la divina gracia! ¡oh mudanza de la diestra del muy Alto! (*Psalm.* LXXIV, 11). ¿Quién otro que tú, Dios mio, pudiera tan presto trocar el corazon de esta mujer, y obrar en ella, y por ella tantas maravillas? Corrido estoy de mi tibieza, cuando veo el fervor de esta gran pecadora. Ilústrame, Señor, enciéndeme y múdame como á esta Samaritana, para que te sirva, y predique tus grandezas, de modo que sea digno instrumento de tu gloria. Amen.

PUNTO SEXTO.— 1. Lo sexto, se ha de considerar lo que sucedió á los discípulos con Cristo nuestro Señor en este caso; porque como se habian quedado á comprar de comer, en llegando se admiraron de verle hablar con tal mujer, pareciéndoles grande humildad de su Maestro trabar pláticas con ella, presuponiendo que hablaria como lo tenia de costumbre de cosas celestiales. Pero yo, Redentor mio, aunque me admiro de ver vuestra humildad, tambien alabo vuestra

caridad, pues con tanto cuidado buscais una oveja perdida, aunque sea la mas vil de vuestro ganado, conversando con ella familiarmente para sacarla de su mal estado. Ayudadme, Señor, con vuestra gracia, para que yo tambien me aplique á ganar para Vos, así al pequeño como al grande, pues no menos deseais la salud del uno que del otro. Tambien se admiraron de verle hablar á solas con una mujer, por ser cosa rara en Cristo; pero no le dijeron nada, porque veneraban todo lo que su Maestro hacia, sin juzgar mal de cosa que hiciese. De donde sacarán los superiores aviso para tener recato en semejantes pláticas, si no es en caso raro de urgente necesidad; y los súbditos tomarán ejemplo para no juzgar temerariamente ni sospechar mal de los dichos y hechos de sus mayores, á los cuales deben venerar como Santos, acordándose de aquello del salmo CIV: No querais tocar á mis cristos, ni usar de la malignidad con mis profetas.

2. Luego dijeron los Apóstoles á Cristo: *Maestro, come. Respondióles: Yo tengo otro manjar que comer, que vosotros no sabeis. Mi manjar es, hacer la voluntad del que me envió, y perfeccionar su obra.* En las cuales palabras descubrió la grande estima que tenia de hacer la voluntad de su Padre, que era la conversion de las almas; pues estando cansado y hambriento, ni quiere comer ni gusta de ello; antes dice, que su manjar es hacer esta voluntad, y no como quiera, sino con grande perfeccion y entereza; y aunque le habia de costar hiel y vinagre, todo le pareció dulce, por ser voluntad del que tanto amaba. Ó dulce Jesús, concédeme que tenga por comida cumplir tu voluntad y no la mia, haciendo con perfeccion la obra que me mandas, y comiendo con tanta hambre este manjar del alma, que me haga olvidar el manjar del cuerpo. De aquí tambien sacaré un santo temor, no me diga Cristo nuestro Señor: *Yo como un manjar que tú no sabes.* Esto es, un manjar que tú no le conoces, ni le aprueban, ni gustas de él, y por eso no le comes como yo le como; porque si soy desobediente á la ley de Dios, y á sus inspiraciones, y á los mandatos de mis superiores, no conozco el manjar que come Cristo. Y por consiguiente no viviré vida de Cristo, porque ninguno puede estar unido con Cristo, si no es comiendo este manjar que él come.

3. Últimamente, ponderaré como á esta sazon llegaron los samaritanos á Cristo nuestro Señor, el cual los recibió con grande amor, y les predicó el reino de Dios, y á su instancia se detuvo con ellos dos dias, y se dió un grande hartazgo de esta comida espiritual, porque creyeron muchos en él con tanta certeza, que convencidos de sus di-

vinas razones, sin haber visto sus milagros, decian á la mujer: *Ya no creemos solamente por lo que tú has dicho, sino porque ipsi scimus: quia hic est vere Salvator mundi.* Sabemos que este es verdaderamente el Salvador del mundo, no de solos judíos sino tambien de gentiles, y de ello tenemos muy bastantes testimonios. Ó Maestro del cielo, que por medio de tu Iglesia, figurada por esta fervorosa Samaritana, nos das noticia de quién eres, dánosla tambien tú por tí mismo dentro de nuestros corazones. Está con nosotros dos dias enteros, enseñándonos bien los dos preceptos del amor, para que guardándolos con entereza, lleguemos á ver con claridad que tú eres nuestro Dios y Salvador, á quien sea honra y gloria por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXVII.

DE LA MUJER ADÚLTERA, Á QUIEN CRISTO NUESTRO SEÑOR LIBRÓ DE SUS ACUSADORES Y PERDONÓ SUS PECADOS.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Estando Jesús predicando á mucha gente en el templo, los escribas y fariseos le trajeron una mujer adúltera, diciéndole: Maestro, esta mujer ahora se ha cogido en adulterio. Moisés nos mandó en la ley, que la apedreásemos; tú, ¿qué dices? Esto decian, tentándole para acusarle.* (*Ioan.* VIII, 3). Aquí ponderaré lo primero, la mansedumbre de Cristo nuestro Señor en conversar con los pecadores, y su gran misericordia en perdonarlos; pues sus mismos enemigos, instigados del demonio, quisieron hacer de ella lazo para tentarle en este caso, haciéndole juez de esta mujer adúltera, pareciéndoles que con su misericordia la perdonaria, atropellando la ley de Moisés, ó corrigiéndola, ó mudándola: y así tendrian ocasion de acusarle de contrario á Moisés y á su ley; ó si la condenaba, publicarian que no era tan misericordioso como parecia. De donde sacaré gozo de tener tan manso y misericordioso Salvador y Maestro, diciéndole: Gózome, Salvador mio, de vuestra gran mansedumbre y misericordia, y deseo hacer de ella un lazo, nó para tentaros como los fariseos, sino para traeros á mi corazon, para que os compadezcais de mí, y perdoneis mis muchos y graves pecados.

2. Lo segundo, se ha de ponderar la astucia de Satanás y de sus ministros en tentar á los justos, armándoles el lazo en la virtud de que mas se precian, para que dén en el vicio contrario por exceso, atropellando la ley de Dios con capa de aquella virtud. Al muy misericordioso inclinan á que con color de misericordia rompa las

leyes de justicia; al muy celoso tientan, para que con color de celo dé en venganza contra las leyes de mansedumbre; y así es necesario saber hermanar y juntar todas las virtudes para que las ejercitemos sin que reciban daño unas de otras, á imitacion de Cristo nuestro Señor, de quien dice David (*Psalm.* XLIV, 5): Por tu verdad, y mansedumbre, y justicia te guiará maravillosamente tu mano derecha. Y en otra parte dice (*Psalm.* LXXXIV, 11): Que la misericordia y la verdad se abrazaron, y la justicia y paz se dieron beso. Ó Maestro sapientísimo, enséñame á encadenar las virtudes con tal destreza, que cumpliendo perfectamente con la una, no falte en la perfeccion que pide la otra. Éntrame en la bodega de tus vinos (*Cant.* II, 4), ordenando en mí la caridad, para que de tal manera beba los afectos de una virtud, que no me trastornen el juicio en perjuicio de los otros.

PUNTO SEGUNDO. — 1. *Inclinándose Jesús escribia con el dedo en la tierra.* Aquí se han de ponderar las causas de este hecho, y los misterios de esta escritura. - Lo primero, abajóse Cristo nuestro Señor á escribir en la tierra como hombre pensativo, para significar que no hacia caso de aquella pregunta, porque no le tocaba entonces ser juez de tales causas en juicio exterior, ni se queria meter en ellas, como al otro mancebo que le pedia dijese á su hermano que partiese con él la herencia, le respondió (*Luc.* XII, 14): *Hombre, ¿quién me ha hecho juez entre vosotros?* Para darnos á entender lo que despues dijo san Pablo (II *Tim.* II, 4), que ninguno de los que están dedicados al servicio de Dios, se ha de implicar y enredar en negocios seglares que no le tocan por su oficio.

2. Lo segundo, como Cristo nuestro Señor vió la furia con que venian y querian condenar luego al punto aquella pobre mujer, púsose despacio á escribir en la tierra, para que entendiesen, que en negocios graves, en que va la honra y vida del prójimo, no se ha de proceder con priesa y precipitacion, sino con sosiego y madureza, pensando sobre ello, escribiendo y leyendo, y entendiendo lo que pasa, porque los hombres fácilmente se engañan en juzgar del hecho de sus prójimos; pues por esto dijo Cristo nuestro Señor á Abrahan (*Genes.* XVIII, 20): El clamor de los sodomitas ha subido á mis oidos; quiero bajar y ver con mis ojos si es así. Y de este aviso me aprovecharé para no juzgar temerariamente cosa alguna, aunque me digan otros que es cierta, hasta enterarme bien en la verdad de ella.

3. Lo tercero, escribió con el dedo en la tierra, para traerles á la memoria como él era el mismo Dios que con su dedo escribió la

ley de Moisés en las tablas de piedra, y así, que sabia y conocia bien á todos los que la quebrantaban con pertinacia, y los habia de escribir, como dice Jeremías (*c.* XVII, 18), en la tierra y no en el cielo, porque se apartaron de Dios y dejaron la vena de las aguas vivas de su gracia. Y por consiguiente los escribiria á ellos en la tierra, pues acusando á la mujer quebrantadora de la ley, ellos la quebrantaban en el modo de acusarla, y en la intencion perversa que traian de acusarla. Ó Juez justísimo, que escudriñas los corazones de los hombres, escribe en el mio con el dedo tu santa ley (*Luc.* X, 20), de modo que la cumpla enteramente, porque no venga á ser escrito como los condenados en la tierra, sino como los escogidos en el cielo.

4. Últimamente puedo discurrir, no en lo que Cristo nuestro Señor escribió, pues no se puede saber, ni el Evangelista lo quiso decir, sino en lo que se puede creer que escribia á propósito de aquel caso, como es lo que dijo el hipócrita (*Matth.* VII, 3; *D. Ambr.* ep. 76; *D. Hier.* l. II contra Pelag.): *Ves la paja en el ojo de tu hermano, y no ves la viga en el tuyo.* Ó escribia los pecados de aquellos acusadores, por los cuales merecian estar escritos en la tierra. Pero ellos estaban tan ciegos con su pasion, y tan embebidos en acusar á la mujer, por salir con su intento, que no advertian en la escritura, porque si advirtieran, quizá temblaran como el rey Baltasar (*Dan.* V, 5) cuando vió los dedos que escribian en la pared la sentencia de su condenacion. Ó Maestro del cielo, esclarece los ojos de mi alma, para que vea las vigas de mis pecados, sin meterme temerariamente en los ajenos, y viva mi espíritu para que atienda á las amarguras y amenazas que escribes contra mí en esta vida (*Iob*, XIII, 26), de modo que me enmiende y alcance la vida eterna. Amen.

PUNTO TERCERO.— 1. *Perseverando los escribas y fariseos en su pregunta, levantóse Jesús, y díjoles: El que de vosotros está sin pecado, ese primero le arroje la piedra. Y luego se tornó á bajar y escribir en la tierra; pero ellos uno á uno se fueron, comenzando los mas ancianos.* Aquí se ha de considerar lo primero, la prudencia y entereza de Cristo nuestro Señor en esta respuesta; porque sin ir contra la ley, ni condenar á la mujer, confundió á los acusadores, y esto con gran rectitud; lo cual significa haberse levantado y puesto derecho cuando pronunció esta sentencia. Lo mismo le sucedió cuando le preguntaron (*Matth.* XXII, 21), si era lícito dar el tributo al César, y respondió: Dad á César lo que es de César, y á Dios lo que es de Dios. De donde sacaré afectos de gozo por la celestial prudencia de

Cristo nuestro Señor, pidiéndole me conceda aquella parte de esta virtud, que llaman solercia, para defenderme de las astucias de Satanás y de las calumnias de los hombres.

2. Lo segundo, ponderaré como Cristo nuestro Señor con esta sentencia revolvió las memorias de aquellos acusadores, para que se acordasen de sus pecados que tenian olvidados y echados atrás, para que viendo sus propios pecados y la acusacion de su propia conciencia, cesasen de acusar á la pobre mujer; pues de razon, quien ha de acusar y condenar á otro, no debia tener las mismas culpas de que le acusa, ú otras mayores; y tambien para que todos aprendan á compadecerse de los pecadores, pues tambien son pecadores como ellos; y yo puedo caer en el mismo pecado en que cayó mi prójimo, y no es justo que yo tire contra él piedras de murmuraciones, calumnias ó afrentas, como no querria que otro las tirase contra mí.

3. Lo tercero, ponderaré como Cristo nuestro Señor se inclinó segunda vez á escribir en la tierra, para darles lugar de que hiciesen lo que habian de hacer, dejándoles en las manos de su conciencia, para que ella aplicase la sentencia. Pero los desventurados, aunque conocieron sus culpas y se confundieron por ellas, no quisieron confesarlas delante de Cristo nuestro Señor, pidiéndole perdon de ellas, sino de corridos se fueron de su presencia, para que se vea cuán terrible es el tormento de la propia conciencia y cuánto temor tiene de estar delante del supremo Juez; en lo cual se ve la diferencia entre varios pecadores; porque unos muy obstinados en su pecado, aunque le conocen y se confunden, no le confiesan, sino huyen de Dios, y quiérense esconder de él, como lo hizo Adan en pecando; pero otros, tocados de la divina inspiracion, antes van á Dios á pedirle perdon, como el publicano. Ó Padre misericordiosísimo y Juez justo, aunque conozco mis culpas no quiero huir de tu presencia, como huyeron estos hijos del Adan terreno, imitando á su propio padre; antes, Señor, porque soy pecador, vengo á tu presencia como enfermo al médico, confesando con vergüenza mis culpas, para que me concedas entero perdon de ellas.

4. Lo cuarto, ponderaré como estos desventurados fariseos, aunque habian venido de mancomun unidos contra Cristo, no se fueron juntos sino uno á uno; primero uno y luego otro, porque cada uno se confundió tanto de sus pecados, que sin hacer caso del otro le dejó y se fué, y comenzaron los mas ancianos; porque como eran mayores pecadores, así cavó en ellos mas presto la maldad y la con-

fusion para irse de allí. De donde sacaré cuán grande será la confusion que tendré en la hora de la muerte y del juicio; y cuán poca parte serán para ayudarme y consolarme los que tuve por compañeros de mi maldad. Y con esta consideracion atenderé al negocio de mi salvacion, apartándome de cualquier mala compañía, por juntarme con Cristo nuestro Señor, de quien depende mi remedio temporal y eterno.

PUNTO CUARTO. — 1. *Levantándose Jesús dijo á la mujer: ¿Dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te condenó? Respondió: Ninguno, Señor. Díjole Jesús: Ni yo te condenaré, vete, y no quieras mas pecar.* Aquí se ha de ponderar lo primero, como Cristo nuestro Señor se levantó dos veces de donde estaba inclinado para escribir en la tierra; una para mirar á los fariseos y confundirlos con justicia; otra para mirar á esta mujer y darla por libre con su misericordia; porque los ojos de Dios miran á los pecadores rebeldes para castigarlos, y á los pecadores contritos para perdonarlos; en ambas cosas es recto, justo y santo, como dice David (*Psalm.* XXXIII, 17; CXLIV, 17); pero despues que miró á los fariseos, se tornó á inclinar por no verlos, como indignos de su vista y como á gente que se apartaba de su presencia por indigna de ella; mas á esta mujer miróla con misericordia y despidióla con buena gracia, porque estaba contrita y humillada. Ó dulcísimo Jesús, mírame con estos ojos de misericordia, y nunca los apartes de mí, pues de tu vista misericordiosa pende que yo nunca me aparte de tí.

2. Lo segundo, ponderaré como estando esta mujer libre de sus acusadores y viéndose sola delante de Cristo nuestro Señor, se compungió de su pecado grandemente, avergonzándose de haberle cometido, y esperando la sentencia del Señor, en cuya presencia estaba; pero él la consoló diciéndola: *¿Dónde están tus acusadores? ¿Ninguno te condenó?* Como quien dice: De mí has recibido este bien que tus acusadores se vayan y te dejen libre. Y pues ellos no te condenaron, no seré yo mas cruel que ellos; y así ni yo te condenaré, porque no vine á condenar pecadores, sino á salvarlos; por tanto vete libre. Con las cuales palabras la libró, no solamente de la muerte temporal, sino de la eterna, perdonándola todos sus pecados; porque las obras de Cristo nuestro Señor fueron perfectas, y en decir que no queria condenarla, entendió que ni la condenaba con la condenacion temporal, ni con la eterna, sino que la absolvia de la causa por la cual merecia una y otra. Ó dulcísimo y misericordiosísimo Jesús, amparo y refugio de los pecadores, ¿con qué te pagaré, Se-

ñor, el amor y cuidado que conmigo tienes? (*Rom.* VIII, 34). ¿Quién se atreverá á acusarme ó condenarme, si tú me justificas y das por libre? ¿Cómo no me fiaré de tu misericordia, pues en tu presencia se deshace toda mi miseria? (*Psalm.* CXVIII, 134). Tú me libras de las calumnias de los hombres y de las acusaciones de mis enemigos, perdonándome liberalmente la culpa, para que no tenga lugar la condenacion á la pena; y pues es tan copiosa tu misericordia, nunca cesaré de alabarte ni me cansaré de servirte por ella.

3. Últimamente, ponderaré aquella postrera palabra que Cristo nuestro Señor dijo á esta mujer: *No quieras mas pecar.* Como quien dice: Pues te he librado de este peligro, entiende que no es para que vivas en la libertad de carne que hasta aquí has tenido, sino para que vivas con templanza, limpieza y castidad, no volviendo mas á pecar como solias. Y es de creer, que así como sus acusadores nunca mas se atrevieron á proceder contra ella, porque Cristo nuestro Señor así lo quiso, tambien ella nunca mas volvió á sus antiguos pecados, sino que perseveró en servicio de Dios nuestro Señor, no ya por temor de castigo, sino por amor del que tanto bien la hizo, á quien sea honra y gloria por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXVIII.

DE LA CONVERSION DE ZAQUEO, PRÍNCIPE DE LOS PUBLICANOS.

PUNTO PRIMERO.— 1. *Entrando Jesús en Jericó, un hombre llamado Zaqueo, el mas principal de los publicanos y cobradores de las rentas reales, y muy rico, deseaba ver á Jesús, y no podia por la mucha gente y porque era pequeño de cuerpo, y corriendo subióse sobre un árbol, para verle cuando pasase.* (*Luc.* XIX, 1). Aquí se ha de ponderar el principio de la conversion de este hombre rico y poderoso entre los suyos; pero gran pecador y muy codicioso, y el primero y principal de los codiciosos arrendadores, que en aquel pueblo hebreo eran tenidos por grandes pecadores. Su principio fue, un deseo inspirado por Dios de ver á Jesús y conocerle, imaginando que esta sola vista le dejaria medrado, y no le engañó su imaginacion; porque el principio de nuestro remedio está en ver con viva fe á Cristo, y conocerle del modo que pasó y vivió en este mundo, figurado por Jericó, mirándole pobre, manso, humilde y crucificado por nosotros, cuya vista nos mueve á que dejemos nuestros pecados y codicias. Ó buen Jesús, dame deseo eficaz de verte de esta mane-

ra, porque si solo ver la serpiente de metal (*Num.* XXI, 9), puesta sobre un madero, bastó para sanar los heridos de las serpientes verdaderas, mejor bastará verte á tí, Dios y hombre verdadero, con imágen de pecador puesto en la cruz, para sanar yo de todos mis pecados.

2. Lo segundo, ponderaré la eficacia de este deseo de Zaqueo, y la diligencia que puso en cumplirle, atropellando la honra mundana y el qué dirán todos, viendo á un hombre rico y principal correr como niño y subirse encima de un árbol; donde es de creer que los pasajeros se reirian de él, y mas viéndole tan pequeño. Y por este ejemplo entenderé, que cuando Dios me inspirare buenos deseos, he de atropellar la honra del mundo, en razon de cumplirlos por salvarme; y como Zaqueo, subirme sobre el árbol sicomoro, que es higuera loca (*Teophilat.*; *Greg.* XXVII Moral, *c.* 27), hollando los regalos del mundo y sus riquezas y honras, abrazando lo que él tiene por locura, que es la cruz de Cristo. Ó buen Jesús, que por mi causa subiste en el árbol de la cruz, donde fuiste despreciado y mofado de los hombres, dame gracia que yo tambien suba sobre este árbol, que es sabiduría para los escogidos y locura para los mundanos (I *Cor.* I, 23); porque cierto estoy, que si subo en él con espíritu, luego me mirarás como á Zaqueo con ojos de misericordia.

Punto segundo.— 1. *Llegando Jesús al lugar donde estaba Zaqueo, miróle y díjole: Zaqueo, de presto baja de ahí, porque me conviene estar hoy en tu casa.* Aquí se ha de ponderar, la infinita caridad y misericordia de Cristo nuestro Señor, que resplandece en esta obra, cumpliendo los deseos de este publicano, no solo en dejarse ver de él, sino en ofrecérsele por convidado, cosa que no leemos haberla hecho otra vez. Cada palabra tiene misterio particular que ponderar.—Lo primero, llámale por su nombre, Zaqueo, para que entendiese, que aunque nunca le habia visto, le conocia bien y sabia su nombre, y le tenia escrito en el libro de la vida, y deseaba henchir el vacío de su nombre, porque Zaqueo quiere decir puro ó justificado; antes tenia falsamente este nombre, porque era impuro, injusto y súcio; pero en llamándole Cristo, comenzó á purificarse para ser justo y puro.

2. Dícele que se dé priesa á bajar de allí, para significar las grandes ganas que tiene de apresurar su justificacion, y que no quiere perder un punto de tiempo, ni la ocasion que se ofrece de justificarle, antes que se enfrie su buen deseo; enseñando con esto á los

que tratan de convertir almas, que en viéndolas tocadas de Dios, las dén priesa á que cumplan sus propósitos, antes que el cierzo de la tentacion los hiele, ó el estío de la persecucion los marchite. Y por la misma razon quiere Cristo nuestro Señor, que los deseos que él me inspira, los cumpla con presteza y con fervor; y que si estoy en lugar alto, me baje y humille; y si estoy parado, ande y camine con ligèreza á cumplir lo que me manda. Ó Salvador mio, que tomaste por nombre (*Isai.* VIII, 3) el que se da priesa y apresura, date priesa á justificarme y á justificar á todos los pecadores que has tocado con tu inspiracion, moviéndoles con tanta eficacia, que alcancen luego tu copiosa gracia. Amen.

3. Dice lo tercero, que hoy quiere entrar en su casa; no dice mañana ú otro dia, sino hoy, porque no gusta que se dilaten los buenos propósitos para el dia siguiente, si se pueden cumplir el dia de hoy, porque el de hoy es seguro, y el de mañana incierto; y así quiere que hoy con priesa y con fervor tratemos de hospedarle, porque quizá mañana querrémos y no podrémos, ó él se pasará y nos dejará en blanco, porque perdimos la ocasion que nos ofreció. Por tanto, alma mia (*Psalm.* XCIV, 8), si oyeres hoy la voz de tu Señor que te llama, no endurezcas tu corazon, porque quien te llama hoy quizá no te llamará mañana; y si hoy que se ofrece á ser tu convidado en tu casa no le hospedas, quizá no vendrá cuando tú le llames y convides.

4. Pero sobre todo es regalada aquella palabra: *Oportet me; impórtame á mí estar hoy en tu casa.* Ó dulcísimo Jesús, mucho mas importa esto á Zaqueo que á Vos, porque Vos sois nuestro Dios, y no teneis necesidad de nuestros bienes (*Psalm.* XV, 2); y si uno os niega su casa, hallaréis mil que os admitan en ella. Pero á Zaqueo, si Vos le faltais, faltarále todo bien. Pues por qué dices: ¿Á mí me importa estar hoy en tu casa? El amor, Dios mio, que nos teneis, es causa de que digais que os importa á Vos lo que importa á nosotros, tomando nuestros bienes y males como si fuesen vuestros: y pues es así que os importa entrar en mi casa, venid, Señor, y entrad en ella, porque me importa mucho vuestra entrada, y mi importancia la tomais por vuestra.—Finalmente, dice que le importa *manere*, estar de asiento en ella, hasta hacer toda la obra que pretende; porque lo que tanto importa no lo toma Cristo nuestro Señor de paso, sino de asiento. Y aunque se da priesa á venir, no se da priesa á salir, si no fuere echado del alma donde entra. Ó Hijo del Padre eterno, con el cual venís al alma que os ama, y haceis mo-

rada en ella (*Ioan.* XIV, 23), venid, Señor, á la mia, y estad en ella con firmeza, de modo que nunca la dejeis, ni ella dé en tal locura que os eche de sí. Amen.

PUNTO TERCERO. — 1. *Oyendo esto Zaqueo, con priesa bajó, y hospedóle con grande gozo; y todos los que lo vieron murmuraban diciendo, que se habia hospedado en casa de un hombre pecador.* Aquí ponderaré lo primero, la obediencia de Zaqueo, puntual presteza y gozosa en cumplir lo que le dijo Cristo nuestro Señor. Antes teníase por indigno de convidarle, y no se atrevió á pedírselo, contentándose con solo verle; pero en viendo su modestia y afabilidad, y oyendo las palabras tan amorosas que le dijo, luego lleno de gozo, perdido el temor y encogimiento humano, le obedeció y hospedó. De donde aprenderé á obedecer puntualmente y con gozo á la voz de Dios, cuando llama, como dice en su Apocalipsis (*Apoc.* III, 20), á la puerta de mi alma, queriendo entrar á hospedarse en ella y cenar dentro de ella; porque si me detengo por pereza, quizá me sucederá lo que á la Esposa (*Cant.* V, 6), que por haberse detenido cuando fué á abrir, ya era ido su Amado.

2. Lo segundo, ponderaré la ignorancia y malicia de los que murmuraban de este hecho de Cristo nuestro Señor, juzgándole y condenándole temerariamente por indiscreto y mal mirado en hospedarse en casa de un pecador; porque los ignorantes y soberbios murmuradores no sabian el fin que le movia, y tenian por indigno de la persona de Cristo lo que era propio de su oficio; pues no es indigna cosa del médico que vaya en casa del enfermo á visitarle y curarle. Y los que murmuraban eran todos, porque en comenzando uno la murmuracion, luego se pega á otros, y cunde por todos los imperfectos. Pero Cristo nuestro Señor, aunque oia estas murmuraciones, y otras veces habian murmurado de él por esto mismo, no hizo caso de ellas ni dejó por eso de conversar con los pecadores para ganarlos, antes dijo (*Matth.* IX, 12): *Que no tienen necesidad los sanos del médico, sino los enfermos.* Ó Médico soberano, que venísteis del cielo á llamar á penitencia, no á los justos, sino á los pecadores necesitados de ella, venid á visitar mi alma, que está enferma, para que la saneis con vuestra gracia.

PUNTO CUARTO. — 1. *Poniéndose Zaqueo en pié dijo á Jesús: La mitad, Señor, de mis bienes doy á los pobres; y si en alguna cosa engañé á alguno, le vuelvo cuatro doblado.* Aquí se ha de considerar, la conversion perfectísima de este pecador, ponderando lo primero, como Cristo nuestro Señor, antes ó despues de comer, hablaria con él y

le persuadiria la mudanza de la vida con tales razones, que le robaron y trocaron el corazon. Con lo cual nos enseña el modo de tratar con los pecadores en estos casos, recibiendo de ellos la comida del cuerpo, y dándoles la del alma para su salvacion.–Lo segundo, ponderaré aquellos propósitos tan eficaces de Zaqueo, que daba por hecho lo que proponia de hacer. No dice daré y pagaré, sino doy y pago, luego lo ejecutó; y es tan cierto como si ya estuviera hecho, al modo que decia David (*Psalm.* c, 8): Á la mañana mato todos los pecadores de la tierra, porque con tantas veras proponia hacer esto, que ya lo daba por hecho. Con esta eficacia he de proponer la enmienda de la vida con la divina gracia, de modo que luego comience á renovarla, diciendo como David (*Psalm.* LXXVI, 11): Ahora comienzo. Y luego añadió: Esta mudanza de la diestra es del muy Alto; y porque si de verdad digo que ahora quiero comenzar, luego se seguirá la mudanza del corazon, acudiendo la mano de la divina Omnipotencia á favorecerme con su gracia.

2. Pero mas es de ponderar la eficacia de este propósito, siendo no de cosa fácil, sino muy dificultosa, y no de cosa obligatoria solamente, sino tambien de voluntaria y de consejo; porque con ser muy rico y haber estado muy pegado á sus riquezas, y parte de ellas ser mal ganadas, llevado de su codicia, de repente divide su hacienda en dos partes, y la mitad quiere dar á pobres, haciendo limosna por sus pecados; y de la otra mitad quiere pagar lo que debe de justicia, volviendo no solo lo que tomó, sino con el cuatro doble, por mas asegurarse; y por consiguiente le quedaba tan poco, que era como deshacerse de toda su hacienda, para seguir á Cristo con perfeccion. Ó Salvador del mundo, ¡con cuánta verdad dijísteis (*Matth.* XIX, 24) que aunque era mas fácil entrar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el cielo; pero que es posible á Dios lo que es imposible á los hombres! ¡Oh cuán posible y cuán fácil y suave fue á este rico con vuestra gracia desnudarse tan presto de todo lo que tenia, por entrar por la puerta estrecha de la penitencia! Hacedme, Señor, posible por vuestra gracia lo que es imposible á mi flaca naturaleza.

3. Últimamente, ponderaré como esta cuenta dió Zaqueo á Cristo nuestro Señor, no por vanidad ni por ostentacion farisáica, sino con humildad, para que le enderezase en lo que debia hacer, y aprobase aquel propósito, si era bueno; enseñándonos con este ejemplo á dar cuenta á nuestros confesores de semejantes propósitos, para proceder con mas acierto y seguridad en lo bueno; y en especial he

de presentarlos al mismo Dios, diciéndole: Señor mio, estos propósitos tengo por vuestra gracia; si os agrada que los cumpla, ayudadme á ello, pues quien comenzó la obra la ha de acabar y poner en perfeccion.

Punto quinto.— 1. *Respondió Cristo nuestro Señor á Zaqueo: Hoy ha venido la salud por esta casa, por cuanto él es hijo de Abrahan, y porque el Hijo del hombre vino á buscar y salvar lo que habia perecido.* En esta respuesta se ha de ponderar, como Cristo nuestro Señor aprobó este deseo de Zaqueo, y santificó no solamente á él sino á toda su familia; porque como él es la verdadera salud, entrando en una casa toda la salva y santifica, tomándola por suya; lo cual hizo por medio de la cabeza de ella, que era Zaqueo, para descubrirnos la eficacia del buen ejemplo; porque como Zaqueo se convirtió á Cristo, todos sus criados y los de su casa y familia hicieron lo mismo; y quizá por esta razon dijo el Señor, que la salud vino en aquella casa, porque Zaqueo era hijo de Abrahan, imitador de su fe y de su obediencia y liberalidad; y así le siguió é imitó á él toda su familia. De donde tomaré aviso para dar buen ejemplo á todos, pues de este ejemplo se suele aprovechar Cristo nuestro Señor para convertirlos. Verdad es que la principal causa de todo este bien fue la que el Señor añadió, porque el Hijo del hombre vino á buscar y salvar lo que habia perecido,

—como lo ponderarémos en la meditacion XLIX, de la oveja perdida.—

2. *Aparejo para la Comunion.*—Todo lo que se ha dicho en esta historia, se puede aplicar á la Comunion en esta forma:—Lo primero, consideraré que como Zaqueo deseó mucho hospedar á Cristo en su casa; pero no se atrevió á pedírselo, teniéndose por indigno de tanto bien, y este deseo provocó al Redentor para que se le diese por convidado, porque mas es convidado con deseos que con palabras; así yo he de tener grandes deseos de recibir á Cristo nuestro Señor en este Sacramento, y procurar, como Zaqueo, verle primero con los ojos de la fe, ponderando los grandes bienes que hacia en este mundo, donde quiera que entraba. Y luego me subiré sobre el árbol de la cruz, abrazando algunas mortificaciones que provoquen á este Señor, para que guste de entrar en mi alma.

3. Luego imaginaré, que me dice aquellas amorosas palabras: Date prisa y baja, porque me conviene estar hoy en tu casa; ponderando como antes de entrar, quiere que yo con gran prisa y fervor entre en ella y la apareje, barra y limpie con la confesion, y la

aderece y adorne con virtudes, como conviene para recibir tan alto huésped; admirándome de que un Señor tan grande diga que le importa hoy estar en mi casa, siendo yo tan vil y miserable. De donde sacaré que aunque en este Sacramento viene á convidarme, comunicándome los dones de su gracia, tambien viene para que yo le convide como Zaqueo; y el convite de que él gusta es hacerle presencia con encendidos afectos de amor, agradecimiento, alabanza y gozo, con esperanza grande de quedar sano y salvo con su entrada.

4. Últimamente, he de hacer grandes ofrecimientos á este Señor, con propósitos muy eficaces de servirle en obras de misericordia y de justicia, no solo en las de precepto, sino en las de consejo, y ofreciéndole cuanto tengo, y á mí mismo, pues él se me da á sí mismo; y presentándole estos propósitos le pediré que los apruebe. Ó dulce Jesús, pues entrais por este Sacramento á estar en mi pobre morada, decidla con vuestra omnipotente palabra: Hoy se ha hecho salud en esta casa, santificando la familia de sus potencias, para que gusteis de morar en éllas por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXIX.

DE LA MUJER CANANEA, CUYA HIJA LIBRÓ CRISTO NUESTRO SEÑOR DEL DEMONIO.

PUNTO PRIMERO.— 1. *Caminando Jesús hácia las partes de Tiro y Sidon* (*Matth.* XV, 21; *Marc.* VII, 26), *salió una mujer gentil cananea, diciendo á voces: Señor, hijo de David, ten misericordia de mí, porque mi hija está mal atormentada del demonio.* Aquí se han de ponderar las virtudes que resplandecieron en la oracion de esta mujer para imitarlas, porque son excelentes.—La primera fue grande fe y confianza, sintiendo altamente de Cristo nuestro Señor, confesándole por Señor y por Mesías, y por poderoso para echar los demonios, y tan poderoso, que solo bastaba quererlo ó mandarlo; y así no dice ruega por mí, sino ten misericordia de mí y ayúdame, proponiendo en breves palabras su miseria al que creia que la podia remediar.—La segunda fue grande caridad, con la cual tenia los males de su hija como propios; y así no dijo, ten misericordia de mi hija y ayúdala, sino ten misericordia de mí y ayúdame.

2. Y aun aquí tambien resplandeció la humildad, porque quizá atribuia á sus pecados, mas que á los de su hija, el ser atormenta-

da del demonio. En estas dos virtudes se señalan los santos, haciendo propios los males de sus prójimos; el padre, los de sus hijos; y el superior, los de los súbditos, y los súbditos, los del superior, confesando que sus pecados son tambien causa de los trabajos que padecen otros.-De esta humildad nació tambien la reverencia con que oró; porque, como dice san Marcos, se postró á sus piés y le adoró.

3. Finalmente, oró con grande afecto y constancia, como lo denotan así los clamores que daba salidos del afecto del corazon, como el seguir á Cristo, yendo tras él multiplicando sus peticiones. Con estas virtudes he de acompañar mi oracion; y cuando me viere tentado de algun vicio de soberbia, gula ó ira, postrado á los piés de Cristo, le diré una y muchas veces: Señor, hijo de David, ten misericordia de mí, porque mi ánima está mal atormentada del demonio de la soberbia. Ayúdame, compadécete de mí y líbrame. Y de la misma manera cuando veo algun prójimo que me toca, estar rendido al vicio, tomando su miseria por propia, al modo dicho, diré á Cristo nuestro Señor: Hijo de David, ten misericordia de mí, porque el alma de mi hermano está mal atormentada del demonio; ayúdame, pues en compadecerte de él te compadeces de mí, porque su miseria es mia, y mis pecados son la causa de ellos.

Punto segundo. — 1. *No quiso Jesús responderla palabra, y perseverando ella en aclamar, la dijo: No es bueno quitar el pan de los hijos y darlo á los perros;* esto es, no conviene los beneficios que se hacen á los judíos, que son hijos de Dios, darlos á los gentiles, que son perros desconocidos. *Ella respondió: Así es, Señor, pero los cachorrillos tambien comen de las migajas que caen de la mesa de sus señores.* Aquí se ha de ponderar lo que hizo Cristo nuestro Señor en este caso, y lo que hizo la Cananea. Lo primero, ponderaré como Cristo nuestro Señor callaba, como quien no hacia caso de la peticion de esta mujer, no por desprecio, sino para que con esta dilacion creciese mas su deseo y afecto. Y pasando mas adelante la dió muestras de negarla lo que pedia, motejándola de perra y de indigna de ello; lo cual hizo para probarla y humillarla, y con esto disponerla mejor para recibir lo que pedia; porque la humillacion de Dios, como dice san Bernardo (Serm. 34 in Cant.), es señal de que nos quiere ensalzar, y tambien es señal de que halla uso capaz, porque á los flacos suele dar luego lo que piden, como á niños; pero á los fuertes, cuya virtud tiene conocida, pruébalos con dilaciones y ásperas respuestas, como probó á su misma Madre en las bodas, para que

con este ejemplo aprendamos á no descaecernos si no fuéremos oidos tan presto como deseamos.

2. Lo segundo, ponderaré las virtudes en que probó Cristo nuestro Señor á la Cananea, que son la piedra del toque; es á saber, en paciencia, humildad y perseverancia, las cuales ejercitó admirablemente la Cananea con gran prudencia; porque—lo primero, aunque oyó palabras tan duras y ásperas, no se indignó, ni quejó, ni murmuró de Cristo, ni cesó de su demanda, perseverando en ella con gran constancia.—Lo segundo, con rara humildad confesó lo que era, diciendo: Así es, Señor, que soy perra y gentil, y aun perrilla desaprovechada. Y pasó mas adelante, porque aunque los perrillos suelen comer de las migajas que caen de la mesa; pero ni aun de estas se tuvo por digna, y así no pidió que le diese alguna migaja, sino calló, dejándolo á la liberalidad y misericordia del Señor.—Lo tercero, con gran prudencia de las mismas palabras de Cristo nuestro Señor y de su propia bajeza sacó títulos para negociar lo que pedia; como quien dice: Si soy perra, tambien los señores sustentan, no solo á los hijos sino á los perrillos, con las migajas que caen de su mesa. Con este espíritu diré á Cristo nuestro Señor: Ó Rey del cielo, que estais en vuestro reino sentado á la mesa de vuestra bienaventuranza, dando espléndidamente de comer á vuestros hijos, no es vuestra mesa como la del rico avariento, de cuyas migajas no hubo quien diese alguna al mendigo y hambriento Lázaro; porque aunque sois rico no sois avariento sino liberal; no escaso sino largo y maniroto. Á vuestra presencia vengo como cachorrillo, esperando algun mendruguillo de pan de lo que de esa mesa se cae para los que viven en la tierra. Confieso, Señor, que no se ha de dar lo santo á los perros (*Marc.* VII, 26), cuando lo quieren para morderlo y despedazarlo; pero yo, Dios mio, lo deseo para dejar de ser perro, y así pido el pan celestial que tiene virtud de convertir los perros en hijos vuestros: dadme algo de este pan, aunque no lo merezca, pues tan liberal sois en dar lo que teneis á los de vuestra casa.

PUNTO TERCERO.—*Oyendo esto Jesús, respondió: Ó mujer, grande es tu fe, hágase lo que quieres; por esta palabra que has dicho, vete, que el demonio ha salido de tu hija; y al punto salió, y quedó sana la endemoniada.* Donde se ha de ponderar el gusto grande que recibe Cristo nuestro Señor con una alma humilde, sufrida y confiada, como la alaba y engrandece, y como la cumple sus deseos y la da cuanto le pide. Este afecto declaró con aquella exclamacion: *O mujer, grande es tu fe.* ¡Oh qué grande seria, pues un Dios tan grande la califica

por grande! Á los Apóstoles les llamó Cristo muchas veces hombres de poca fe: á esta Cananea llama mujer de grande fe. Ó Señor, dame esta grandeza de fe viva y confianza cierta en tu bondad, para que te agrade con ella.-Tambien ponderaré, que alaba Dios y honra á los que tienen esta grandeza de fe, porque ellos con ella honran á Dios y le glorifican, sintiendo de él en bondad altamente, y arrojándose en su providencia, y es propio de Dios honrar á los que le honran.-Finalmente, se ha de notar aquella palabra: *Por esto que has dicho, vete, que el demonio ha salido de tu hija.* En lo cual Cristo nuestro Señor atribuye la salida de este demonio á la palabra humilde de la Cananea; porque la humildad espanta á los demonios y les hace huir de los cuerpos y de las almas. Ó Redentor mio, pon en mi corazon y en mi lengua palabras de verdadera humildad, con las cuales en virtud tuya destierre de mi alma y de las de mis prójimos todos los demonios que las atormentan, para que libres de su servidumbre te sirvamos en justicia y santidad. Amen.

MEDITACION XXX.

DEL CENTURION, CUYO CRIADO SANÓ CRISTO NUESTRO SEÑOR.

PUNTO PRIMERO.— 1. *Un Centurion que vivia en Cafarnaum, teniendo perlático á un siervo suyo muy querido, no atreviéndose á parecer en persona delante de Jesús, ni á pedirle que viniese á su casa, le envió con unos ancianos del pueblo este recado: Señor, un criado mio está en mi casa enfermo con perlesía y muy atormentado.* (*Matth.* VIII, 5; *Luc.* VII, 2). Aquí se ha de considerar lo primero, la piedad de este Centurion, pues tan solícito estaba de la salud, no de su hijo, como la Cananea, sino de su siervo y esclavo, amando con caridad á los pequeñuelos, sin otras buenas obras que hacia, reparando las sinagogas y haciendo mucho bien á los judíos con ser él gentil.

2. Lo segundo, su profunda humildad, con la cual se tenia por indigno de parecer delante de Cristo nuestro Señor, y de ir en persona donde él estaba, pareciéndole que era tan malo, y Cristo nuestro Señor tan bueno, que no era digno de estar delante de él; y aunque los mensajeros dijeron á Cristo que era digno de que le concediese lo que le pedia, por las buenas obras que les habia hecho, él olvidado de estas buenas obras se tiene por indigno.

3. Lo tercero, su grande fe y confianza, contentándose con de-

clamar á Cristo la necesidad de su criado, que estaba perlático y muy atormentado, creyendo que era poderoso para sanarle en ausencia; y teniéndole por tan misericordioso, que bastaba representarle aquella necesidad, sin pedirle que la remediase. De donde tengo de sacar el modo de negociar con Cristo nuestro Señor, que es, no tanto con palabras como con afectos, no con llegarme presuntuosamente á él, sino con retirarme humilmente de él, porque este modo de retirarse es acercarse. Y así san Mateo dice, que el Centurion se llegó á Cristo nuestro Señor, para dar á entender que á Cristo no se llega ni acerca con pasos del cuerpo sino del espíritu; esto es, con actos y afectos de fe y confianza, de humildad y reverencia con caridad. Ó Dios de mi alma, dame luz de propio conocimiento, como á este Centurion, para que olvidado de cualquier bien que hubiere hecho, me tenga por siervo desaprovechado é indigno de parecer en tu presencia; pero de tal manera, que no me retire tanto con pusilanimidad, que deje de acercarme á tí con verdadera caridad. Mira, Señor, que mi siervo, que es este cuerpo que me sirve, está perlático y muy torpe para obedecer al espíritu; tullido y desfallecido para las obras de virtud; si tú no remedias mi necesidad, no hay quien pueda librarme de ella.

PUNTO SEGUNDO.— 1. *En oyendo esto Jesús, respondió: Yo iré y le curaré; y caminando hácia casa del Centurion, cuando él lo supo le envió otro segundo recado diciendo: Señor, yo no soy digno de que entres dentro de mi casa, por lo cual ni yo me tuve por digno de ir donde tú estabas, solamente dí una palabra, y será sano mi criado.* Aquí se ha de ponderar lo primero, la benignidad de Cristo nuestro Señor y lo mucho que favorece á los humildes y pequeñuelos, desfavoreciendo á los poderosos y soberbios. Al reyezuelo (*Ioan.* IV, 48), que le pidió fuese á su casa á sanar á su hijo, aunque era tan principal, y él mismo en persona venia á pedírselo, le respondió con aspereza, notándole de incrédulo; pero á este Centurion, que con humildad no se tenia por digno de pedirle tal cosa, se ofreció á ello, y de hecho iba á su casa, y no para sanar á su hijo sino á su esclavo. Ó humildad, ¡cuán grande es tu poder, pues así atraes al Hijo de Dios, y le mueves á que venga á visitar la casa donde tú moras! ¡Oh si mi corazon fuese morada tuya, para que el Hijo de Dios gustase de entrar y morar en ella!

2. Lo segundo, ponderaré como con esta merced, que Cristo nuestro Señor ofrecia al Centurion, no solo no se ufanó y envaneció, sino creció mas en humildad, arraigándose mas en el propio conoci-

miento y en la fe de la omnipotencia de Cristo, que con una sola palabra podia sanar á su criado; de donde tomó la Iglesia estas palabras, para decirlas antes de la Comunion. Y así las tengo de decir con estos dos afectos de humildad y confianza, de reverencia y viva fe. Ó Señor del cielo y de la tierra, ¿quién soy yo para que tú vengas á mi pobre morada? no merezco tanto bien, ni casa tan vil es digna de aposentar huésped tan soberano. Basta, Señor, que digas una sola palabra para sanar mi alma y hacer cuanto quisieres en ella. Diciendo (*Genes.* 1, 3), hágase la luz, luego se hizo; dí á mi alma, yo soy tu salud, y luego será sana; dí á este siervo de mi cuerpo, que se levante sano, y luego se levantará para servirme y servirte en todo lo que quisieres.

3. Lo tercero, ponderaré como el Centurion por el propio conocimiento subió á otros actos excelentes de virtud, engrandeciendo á Cristo nuestro Señor, por las palabras que añadió: *Yo soy*, dice, *un hombre que tengo superior, y debajo de mi mando tengo soldados; y en diciendo á uno, vé, luego va; y en diciendo á otro, ven, luego viene;* que es decir: Yo soy un hombre terreno, sujeto á otros por razon de mi estado; pero tú eres hombre celestial y Dios infinito, superior á todos, por lo cual no soy digno de que Señor tan alto venga á casa de hombre tan bajo; y si á mi palabra obedecen los soldados y criados que me sirven, mucho mejor obedecerán á tu palabra todas las criaturas y las mismas enfermedades; y en diciéndolas tú, ven, vendrán; y en diciéndolas, idos, se irán. (*Psalm.* CXXXVIII, 6). Á imitacion de este Centurion, de lo que por mí pasa sacaré la ciencia admirable de lo que puede Dios, gozándome de su excelencia y poder. Gózome, Salvador mio, de que seas supremo Monarca á quien todos obedezcan, y que sea tan grande tu poder, que en diciendo con eficacia, hágase esto, todos cumplan tu mandato. (*Casian. Collat.* VII, *c.* 3). Dame, Señor, este poderío sobre mis potencias, para que en mandándoles algo de tu servicio, luego me obedezcan; diciendo á mi imaginativa, no pienses esto, no lo piense; y diciéndola, imagina esto, luego lo imagine; diciendo á mis apetitos, amad y desead esto, luego lo deseen; y diciéndoles, aborreced esto, luego lo aborrezcan, siguiendo en todo tu santísima voluntad. Amen.

PUNTO TERCERO. — 1. *Maravillado Jesús de estos recados, dijo á los que le seguian: De verdad os digo, que no he hallado tanta fe en Israel; y de verdad tambien os digo, que muchos vendrán del Oriente y Occidente á sentarse con Abrahan, Isaac y Jacob, en el reino de los cielos, y los que debieran ser hijos del reino, serán echados en las tinie-*

blas exteriores, donde habrá llanto y crujir de dientes; y vuelto á los mensajeros del Centurion, les dijo: Decidle que se haga así como creyó, y al punto sanó su criado.—Aquí se ha de ponderar lo primero, la admiracion de Cristo nuestro Señor, cuanto á las señales exteriores, para significarnos como la humildad y la fe es virtud heróica, y tan admirable, que parece basta para causar admiracion al que es sobre todos admirable, y mucho mas cuando tales virtudes se hallan en personas del mundo, en capitanes y soldados, sacando de aquí grande amor y estima de estas virtudes.

2. Lo segundo, ponderaré como Cristo nuestro Señor alabó la fe de este Centurion gentil para honrarle, diciendo: Que despues que predicaba, no habia hallado otro tal en el pueblo judáico, y con ella confunde á los que por razon de su estado habian de ser mas humildes y piadosos, y rendidos á Dios, sacando de esto temor grande de mi dureza en responder á los beneficios recibidos. Ó Rey mio, no permitas que habiéndome llamado para tu fe, y para ser hijo tuyo por la gracia, yo venga por mi culpa á perderla, y á ser desheredado de tu reino, y echado en las tinieblas exteriores, fuera de tu luz y de tu amistad, en los lagos tenebrosos del infierno, donde todo es llanto y rabia. ¡Oh si viniesen á tu santa fe muchos de las Indias, y regiones orientales y occidentales, para que tu Iglesia y tu reino celestial se pueble de muchos justos! pero no permitas, Señor, que los fieles que están ya dentro de tu Iglesia salgan de ella, y sean desechados del reino para que los llamaste.

3. Lo tercero, ponderaré como Cristo nuestro Señor cumplió su deseo al Centurion, sanando á su criado con solo una palabra que dijo: *Hágase como quieres;* porque, como dice David (*Psalm.* CXLIV, 19), cumple Dios la voluntad de los que le temen. Témate yo, y reverénciete, Dios mio, para que cumplas mi voluntad en esto solo, que cumpla yo siempre la tuya. Amen.

MEDITACION XXXI.

DE LA MUJER Á QUIEN SANÓ CRISTO NUESTRO SEÑOR DEL FLUJO DE SANGRE.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Una mujer que habia padecido doce años una terrible enfermedad de flujo de sangre, y habia en este tiempo padecido muchos trabajos de medicinas que le aplicaban los médicos, y gastó su hacienda en esto sin mejoría, antes hallándose peor, oyendo decir los milagros que hacia Jesús, dijo dentro de sí misma: Si tocare su vesti-*

do, seré sana. Llegó por detrás, tocó el ruedo de la vestidura, y al punto sanó. (*Matth.* IX, 20; *Marc.* V, 25, *Luc.* VIII, 43). Aquí se ha de ponderar lo primero, la miseria de esta mujer, y el poco remedio que halló de ella en los médicos de la tierra, permitiéndolo así Nuestro Señor, para que acudiese al Médico del cielo, que puede curar las enfermedades incurables, así del cuerpo como del alma, porque á él todo le es posible; y en persona de esta mujer tengo de considerar á mi alma, que padece un flujo de sangre maligno; esto es, de amor propio, de codicias y aficiones desordenadas, flujo de soberbia, de ira, y de otros innumerables vicios y pecados que se alcanzan unos á otros (*Osee*, IV, 2), y salen con tanta fuerza, que no hay remedio en la tierra para detener su corriente tan furiosa, si Dios no la detiene. Ó Médico soberano y todopoderoso, mira este flujo de pecados sangrientos que padezco; y pues de la tierra no hay remedio para reprimirle, envíale del cielo para sanarle.

2. Lo segundo, se ha de ponderar la grande fe y confianza de esta mujer, porque con ver que su enfermedad era incurable, en oyendo la fama de los milagros de Cristo, concibió tanta fe de su santidad y omnipotencia, que creyó la sanaria sin pedírselo, ni sin que la tocase con su manto, sino solo con tocar ella su vestido, por ser vestido de persona tan santa. Con esta confianza juntó grande humildad, devocion y reverencia, llegándose á Cristo nuestro Señor por las espaldas y con secreto porque no se atrevió á ir por delante; y tocando el ruedo y parte extrema del vestido, al punto quedó sana. ¡Oh virtud inefable de la humilde confianza, que tanto alcanzas tocando con espíritu á Jesús! ¡Oh virtud infinita de Jesús, que tales maravillas obras en los que te tocan con humilde confianza! Cuantos enfermos tocaban el ruedo de su vestidura quedaban sanos, porque de él salia virtud para sanar á todos. (*Marc.* VI, 56; *Luc.* VI, 19). Ó dulce Jesús, ¡quién te tocase con tal espíritu, que saliese de tí virtud para sanar mis enfermedades, y llenarme de tus virtudes!

3. *Aparejo para comulgar.*—Este milagro puedo aplicar á la Comunion, considerando tres puntos; es á saber, la miseria de mi alma, al modo que está dicho: la virtud infinita de Cristo, á quien toco cuando comulgo, y el modo como tengo de tocarle; ponderando que Cristo nuestro Señor quiso quedarse entre nosotros cubierto con la vestidura de aquellas especies sacramentales, para que tocándola los que le comen y reciben, queden sanos del flujo de sangre de sus codicias y pasiones desordenadas; y quizá por esto se quedó en forma de pan, para que tocase, cuando es comido, los miembros que

son fuente de esta sangre, y los sanase. Toca la lengua, para sanar el flujo de parlerías, murmuraciones y otros muchos pecados que de ella nacen; toca la garganta, para reprimir el flujo de gulas y glotonerías de la sensualidad; toca el pecho, para reprimir el flujo de pensamientos y codicias demasiadas de ira, soberbia, etc. Finalmente, si con fe viva se toca y recibe, todo este flujo malo detiene su corriente, y se seca: *Siccatus est fons sanguinis*, dijo san Marcos. Y aunque parezca incurable, como el de esta mujer, hallará remedio en la omnipotencia y misericordia de Cristo que allí está encerrado. Gracias te doy, ó dulcísimo Jesús, porque te quedaste con nosotros para remediar nuestros males. Ó fuente de misericordia, seca en mi corazon la fuente de mi miseria, y muestra conmigo tu omnipotencia, favoreciéndome para que te toque y reciba de tal manera, que cese del todo este abominable flujo que yo padezco.

4. Luego ponderaré el modo como tengo de tocar y recibir á Cristo, porque tengo de llegar como esta mujer, por una parte con gran fe y confianza en la bondad y omnipotencia de este Señor, y por otra parte con gran reverencia y temor por mi indignidad, juzgándome por indigno de tocarle, ni aun de mirarle. ¿Quién soy yo, Señor, para tocaros y recibiros? Merecia que de vuestro vestido y de este santo Sacramento salieran rayos de fuego que me abrasaran; pero de vuestra misericordia espero que saldrán rayos de amor, que sequen esta corriente de mis malas inclinaciones, y con esta confianza me llego á recibiros. Estos afectos y otros tales puedo ejercitar cuando tengo la Hostia sagrada en la boca, y cuando pasa por la lengua y garganta, y cuando está en el pecho.

PUNTO SEGUNDO. — 1. *Hecho este milagro, dijo Jesús: ¿Quién me tocó? Respondió Pedro: Maestro, apriétate tanta muchedumbre de gente, y dices ¿quién te toca? Respondió Jesús: Alguno me ha tocado, porque yo sé que ha salido virtud de mí. Oyendo esto la mujer, públicamente contó lo que habia pasado.* (*Luc.* VIII, 45). En este punto consideraré, como Cristo nuestro Señor unas veces encubria sus milagros, y mandaba que se callasen, para darnos ejemplo de humildad; pero esta vez quiso descubrir este que la mujer encubria, para grandes provechos que de aquí sacó en bien de ella y de todos; en especial tuvo tres motivos de grande provecho. — *Avisos para comulgar bien.* — Lo primero, para que se echase de ver la diferencia que hay entre los que tocan á Cristo, y á sus Sacramentos y cosas sagradas con humildad, reverencia y devocion, y los que tocan sin ella; porque los primeros agrádanle mucho, y de él sale la virtud de

gracia, dones y favores que les comunica. Los segundos le desagradan, aprietan y afligen, y así no participan de su virtud, como la chusma de los que comulgan sin espíritu. Y haciendo reflexion sobre mí mismo, tengo de llorar las veces que toco á Cristo, afligiéndole con mi poca reverencia y devocion: ponderando como por esto saco poco fruto de las comuniones y misas que digo ó que oigo, y de las obras que hago. Ó Rey de gloria, no permitas que yo te toque, y trate tus cosas sin la reverencia y devocion debida. No es justo que toque tu divino cuerpo, y coma el pan de los Ángeles, sin hacer diferencia de él al pan ordinario de los hombres. Mira, ó alma mia, cómo le tocas y recibes, siquiera porque no se convierta en enfermedad y muerte lo que se instituyó para tu salud y vida.

2. Pero tengo de ponderar, que aunque sale virtud de Cristo para santificar á todos los que dignamente le tocan y reciben sacramentalmente; pero tanto sale mayor virtud, cuanto mas dignamente le tocan. Y esta virtud que sale es la caridad, humildad, obediencia, paciencia, oracion, devocion, y las demás virtudes y dones del Espíritu Santo; y tambien sale virtud de paz, gozo y consuelo espiritual, inspiraciones é ilustraciones celestiales. Todo lo cual comunica este Señor á la medida de nuestra disposicion, dando mayores dones de su gracia al que le recibe con mejor aparejo. Ó Fuente de todas las virtudes, concédeme que te reciba con excelentísima disposicion, para que participe de tí alguna excelentísima virtud.

3. Lo segundo, hizo Cristo nuestro Señor, para curar la imperfeccion é ignorancia de esta mujer, la cual, aunque devota, pensó que podia tocar á Cristo sin que él lo sintiese, ni lo echase de ver, tocándole á bulto cuando muchos le tocaban; y por sacarla de esta ignorancia, dijo: ¿Quién me tocó? Para que yo entienda, que Cristo nuestro Señor sabe y conoce todos los que le tocan y se llegan á él, aunque sea muy de secreto, y aunque sean muchos y de tropel; y ve quién le toca y comulga con reverencia y devocion, y quién sin ella, y á su tiempo lo manifestará y publicará todo. Por tanto, ó alma mia, abre los ojos y mira cuando comulgas, que aquel Señor á quien tocas, aunque está encubierto con el velo del santo Sacramento, ve tu corazon y sabe el modo como le tocas; no te puedes encubrir, ni quedará secreto lo que ahora haces. Él lo manifestará para tu honra si fuere bueno, y para tu confusion si fuere malo. Por tanto procura recibirle y llegarte á él con tanta pureza y limpieza de corazon, como quien es visto de Dios, y como si fueres visto de todo el mundo.

4. Lo tercero, quiso Nuestro Señor tambien curar otra imperfeccion de esta mujer, que era la vergüenza y empacho que tenia de manifestar su enfermedad, pareciéndola que era asquerosa, y que todos la desecharian como inmunda. Para quitarla este empacho, y para que se fundase en humildad, y deseo de su desprecio, hizo Cristo nuestro Señor que ella misma se manifestase y descubriese, para que yo entienda, como no le agrada la vergüenza demasiada que yo tengo de manifestar mis culpas en la confesion, ni las ganas que tengo de encubrir mis faltas y flaquezas, y las cosas que me pueden humillar, haciéndolo esto por vano temor de la humillacion; antes quiere que rompa esta vana vergüenza, y que yo mismo las confiese y manifieste, para que mi salud espiritual sea durable y perfecta. Y si alguna vez con la contricion de mis pecados en lo secreto de mi corazon alcanzare perdon de ellos, todavía es necesario confesarlos al confesor, y que él con su sentencia de absolucion ratifique lo que Dios hizo. Líbrame, ó buen Jesús, de la mala confusion que trae consigo el pecado, y cierra la puerta á su remedio, y favorece á mi pusilanimidad, para que tenga brio en manifestar mis culpas sin temor de la ignominia de ellas, pues esta confusion traerá gloria para tí, y gloria para mí, quedando yo glorificado con la gloria que recibiré de tí.

PUNTO TERCERO.— 1. *Estando esta mujer temiendo y temblando, postrada á los piés de Cristo, la dijo: Confia, hija, tu fe te ha hecho salva; vete en paz.* Aquí se ha de ponderar la caridad de Cristo nuestro Señor en consolar á sus escogidos, porque como esta mujer estaba congojada y temerosa, no sabiendo si le habia desagradado en tocarle, ó si le habia de quitar la salud que le habia dado, para consolarla y asegurarla en todo, con amor la llama hija, y la dice, que por la fe que tuvo alcanzó la salud, y así que no se la quitará. De donde sacaré,-lo primero, como es propio de buenas almas temer culpa donde no hay que temer, y recelarse si agradan á Dios con sus comuniones y devociones; y así andan con dudas, si tocarán á Cristo, y le recibirán, ó no. Permitiendo esto Nuestro Señor, para labrarlos y fundarlos en humildad y en diligencia de aprovechar cada dia mas en la virtud, y para que se aparejen mejor para la Comunion.

2. Lo segundo, sacaré como Cristo nuestro Señor gusta mas que nos lleguemos á él con amor, que no de que nos retiremos con temor: y así aprobó el espíritu de esta mujer, y la llamó hija, porque el espíritu de amor y de confianza es propio de los hijos de Dios; el cual muestra su infinita bondad en mirar con buenos ojos nuestras

cosas, aunque vayan mezcladas con algunas imperfecciones, como alabó la fe de esta mujer, y atribuyó á ella la salud que habia recibido, aunque fue imperfecta, para que yo no desmaye cuando viere mis obras mezcladas con alguna imperfeccion. Pues como dijo el profeta David, tambien escribe Dios á los imperfectos en el libro de la vida (*D. Aug.* in Psalm. CXXXVIII), y despues de purgados los admite en su gloria, donde reinarán con él por todos los siglos de los siglos. Amen.

MEDITACION XXXII.

DEL ENFERMO Á QUIEN SANÓ CRISTO NUESTRO SEÑOR EN LA PROBÁTICA PISCINA.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Habia en Jerusalen un estanque ó alberca de agua, en que se lavaban las ovejas y corderos del sacrificio, y cerca de él estaba gran muchedumbre de enfermos, ciegos, cojos y debilitados en sus miembros, esperando el movimiento del agua; porque el Ángel del Señor bajaba á cierto tiempo, y meneaba el agua, y el primero que entonces entraba en ella quedaba sano de cualquiera enfermedad que tuviese.* (*Ioan.* v, 2). Aquí se ha de considerar, como este lavatorio de agua teñida con la sangre de los animales que se sacrificaban, era figura de los Sacramentos y lavatorios que Cristo nuestro Señor habia de instituir con la sangre que derramaria en el sacrificio que ofreció de sí mismo en la cruz. Estos Sacramentos son el Bautismo de agua y la Penitencia, que es bautismo de fuego y lágrimas, cuyas excelencias y propiedades mas principales eran figuradas en este milagro; en el cual habia tres cosas notables, pero con limitacion. — La primera, que sanaba todas las enfermedades del cuerpo; pero no se dice que resucitase muertos. — La segunda, que bajaba para esto un Ángel del cielo, porque el agua de su naturaleza no tenia tal virtud; pero no bajaba cuando lo pedian ó querian los enfermos, ni estaba pendiente su venida de voluntad de algun hombre, sino de solo Dios, que le enviaba de cuando en cuando. — La tercera, que solamente sanaba uno de una vez, y no á muchos, y ese uno era el primero, en premio de su diligencia.

2. Otras excelencias hay en estos Sacramentos nuestros, muy mejores y sin limitacion, presuponiendo que el Bautismo no se recibe mas de una vez. — *Excelencias del Bautismo y Penitencia.* — La primera, que tienen virtud de lavar todas las manchas de los peca-

dos, y sanar todas las enfermedades del alma; y lo que mas es, de resucitarla de la muerte de la culpa á la vida de la gracia; lo cual no tenian los Sacramentos de la ley vieja. Y con este espíritu tengo de llegarme al santo sacramento de la Penitencia: si soy muerto por mis culpas, allí me darán vida; si enfermo por mis vicios y malas costumbres, allí me darán salud; si ciego con errores é ignorancias, allí me darán ojos, y luz para ver; si estoy cojo en el servicio de Dios, allí me darán piés para andar derechamente con sana intencion; si estoy seco y debilitado, allí me darán fervor, devocion y fuerzas para trabajar. ¡Oh! bendito sea quien tal lavatorio instituyó con virtud tan soberana, tomando una tan baja criatura por instrumento de su omnipotencia para librarme de mi miseria.

3. La segunda excelencia es, que el Ángel del gran consejo, Cristo nuestro Señor, cuanto es de su parte, está aparejado para venir á santificarnos en estos Sacramentos, siempre, en todo tiempo, dia y hora, y esto lo ha puesto en voluntad de sus ministros y de los mismos enfermos, cada y cuando que ellos quisieren, asistiendo este gran Dios y Señor nuestro continuamente para dar salud y vida y fervor de espíritu á cualquiera que recibe estos Sacramentos. De donde sacaré la reverencia y confianza con que tengo de ir á recibirlos, mirando al sacerdote y confesor, no como á hombre solo, sino como á ángel visible de Dios enviado para sanarme; y mirando al invisible Dios, que asiste allí con su virtud para obrar mi salud, en quien tengo de poner mis principales esperanzas. Gracias te doy, Salvador misericordiosísimo, por haber puesto en manos de tus ministros el remedio que dejaste para sanarme de mis pecados, asistiendo siempre á los negocios de mi salvacion, como si no tuvieras otra cosa que hacer mas que asistir á ellos. ¡Oh si perpétuamente yo asistiese á los de tu servicio, sin divertirme á cosa que te ofendiese!

3. La tercera excelencia es, que estos Sacramentos tienen virtud de sanar á todos, aunque con efecto á muchos no sanan, por su tibieza y mala disposicion; pero principalmente sanan á los que son primeros. Primero se sana el que acude con mas diligencia y fervor que otros, y con mejor disposicion de dolor y exámen que los demás, y todos deberíamos procurar ser los primeros en esto, como cuidadosos de nuestra salud, y para recibir mas copioso fruto de los Sacramentos; mas es tanta la bondad de Dios, que tambien sana á los imperfectos y tibios que no llevan tan prima disposicion, suplimendo con la gracia del santo Sacramento la falta de nuestro perfecto

dolor. Pero yo, Señor, con vuestra ayuda deseo ser el primero en todo lo que toca á vuestro servicio y al bien de mi alma, sacudiendo toda pereza, aventajándome á los demás para gloria vuestra.

PUNTO SEGUNDO.— 1. *Estaba allí un tullido, echado en un carreton treinta y ocho años habia; y viéndole Jesús, y sabiendo el mucho tiempo de su enfermedad, díjole: ¿Quieres ser sano? Respondió el enfermo: Señor, no tengo hombre que me eche en la piscina cuando se turba el agua, porque cuando llego, ya otro ha entrado.*—Aquí se ha de ponderar lo primero, la gran misericordia de Cristo nuestro Señor, que entrando en aquellos patios ó soportales, solo y desconocido, como ninguno le pidiese nada, puso los ojos en el enfermo mas necesitado de todos y mas desamparado para curarle; porque cuanto es mayor la miseria, tanto mas provoca la misericordia para remediarla.—Lo segundo, se ha de ponderar la razon por que Cristo nuestro Señor preguntó al enfermo, ¿quieres ser sano? Pues era llano que deseaba sanar. Esto hizo, para significar que en el negocio de nuestra salud espiritual son necesarias dos voluntades, la de Dios y la nuestra; la de Dios está cierta, pues nos convida con la salud, y por ella no quedará; la nuestra ha de ser voluntad verdadera y eficaz, y no cumplimiento. Y por esto Cristo nuestro Señor no dijo al enfermo, ¿querrias ser sano? sino ¿quieres ser sano? porque este quiero ha de ser absoluto y eficaz, de modo que quite los afectos desordenados al pecado, y las ocasiones cercanas de él, y haga de su parte todo lo necesario para su salud espiritual, así como este enfermo lo hacia, pues arrastrando como podia, procuraba ir á la piscina; y esta es la primera disposicion necesaria para llegar á este lavatorio de la Penitencia.

2. Lo tercero, se ha de ponderar la respuesta del enfermo, en la cual confesó su voluntad, y juntamente su imposibilidad, diciendo, que ni tenia hombre que le ayudase, ni fuerzas para entrar en el agua; en lo cual se nos avisa, que debemos reconocer y confesar humildemente nuestra flaqueza y necesidad; de modo, que ni yo tengo fuerzas por mí solo para sanarme, ni hay hombre puro ni criatura que pueda por sí misma favorecerme, sino de solo Jesucristo me ha de venir el socorro, y á él tengo de acudir con firme confianza, diciéndole: Redentor mio, tullido estoy y debilitado, sin fuerzas para buscar salud, y sin ayuda de criaturas para procurarla. Ya no puedo decir que no tengo hombre, pues os tengo á Vos, que sois hombre, y mas que hombre, y me podeis ayudar. Ayudadme, Señor, pues no confio en puro hombre, sino en Vos, Dios y hombre ver-

dadero, cuya es la salud y la bendicion por todos los siglos de los siglos. Amen.

3. De lo dicho consta ser necesarias dos disposiciones para este Sacramento, juntando con la voluntad de sanar la confesion humilde de mi imposibilidad, á las cuales se ha de añadir otra, á imitacion de este enfermo, el cual en su respuesta mostró mucha paciencia, sin quejarse ni murmurar de los que no le ayudaban, sino esperando su vez con longanimidad; así he de tener larga paciencia y perseverancia en la pretension de mi perfecta salud, y de la victoria de mis pasiones, sin quejarme, ni murmurar, ni sentirme de las dilaciones y tardanzas de Dios, y sin tener impaciencia, porque dure mucho la guerra y la enfermedad, clamando y perseverando; porque como se dice en Job (*c.* XI, 17): Cuando pensare que estoy consumido, saldré como lucero; y cuando menos pensare vendrá Cristo, aunque disfrazado, y me dará salud, como á este enfermo.

PUNTO TERCERO.— 1. *Díjole Jesús: Levántate, toma tu carreton, y anda; y al punto quedó sano: tomó su carreton, y andaba.* Aquí se ha de ponderar lo primero, la omnipotencia y misericordia infinita del Salvador en este milagro; porque usando de su plenitud de bondad y potestad, no le pidió fe, ni que creyese, como á otros pedia, ni le tocó con la mano, ni le lavó con el agua de la piscina, como pudiera, sino con sola su palabra le dió entera y perfecta salud. Gózome, Salvador del mundo, de que seais tan poderoso y misericordioso; bien se ve que sois mas que hombre, pues tan poderoso sois para hacer lo que no puede hombre ni ángel alguno, usad conmigo de vuestra omnipotencia, dándome salud perfecta para serviros con ella.

2. Lo segundo, se ha de considerar la causa por que le dijo toma tu carrenton, y anda, no solo la litera, para que se viese que la salud corporal que Dios da es perfecta y vigorosa, sino tambien para que se entienda lo mismo de la salud espiritual; porque el enfermo que antes tenia su alma tullida, postrada y rendida en el carreton de su miserable cuerpo, llevada y arrastrada de sus codicias y de las pasiones desordenadas de su carne, en virtud de Cristo se levanta tan sana, que ella misma lleva su cuerpo á donde ella quiere, y le rige y endereza á su voluntad; no es llevada de la pasion de la ira ó temor, tristeza ó gozo, sino ella lleva y rige estas pasiones, y se sirve de ellas conforme al dictámen de la razon, y esta es señal de haber sanado perfectamente. Ó buen Jesús, dí á mí alma: Toma tu carreton, y anda, para que en conformidad con mi cuerpo ande por los caminos de tu santa ley; descárgale de sus de-

masiadas codicias, para que lleve con ligereza la carga de tus preceptos.

3. Lo tercero, se ha de ponderar la obediencia perfectísima de este hombre; porque con ser sábado, dia en que los judíos no tenian por lícito llevar cargas, en diciéndole Cristo, toma tu carreton, y anda, rindió su juicio, y con gran prontitud, presteza y alegría se cargó de él, y comenzó á caminar, diciéndole los que le topaban: *Mira que es sábado, y no te es lícito llevar esa carga. Respondió: El que me sanó me dijo, toma tu carreton, y anda.* Como si dijera: Quien fue tan santo y poderoso que pudo sanarme, ese me mandó esto; y es cierto que será lícito, pues él lo mandó, y esto me basta. Esto decia, sin conocer quién era Cristo, el cual quiere que obedezcan los súbditos á los superiores, y los penitentes á los confesores con semejante obediencia, pronta, puntual, alegre y rendida, donde no se viese claramente pecado, haciendo todo lo que les mandare Dios, y el confesor que les sanó. Ó Dios mio, salud verdadera de mi alma, mándame cuanto quisieres, aunque sea dificultoso, afrentoso y muy pesado, y aunque parezca disparatado, porque á todo me rendiré de buena voluntad; y si alguno quisiere impedir mi obediencia, yo le responderé: Dios me sanó, me lo manda; bástame que él lo mande, para que yo lo cumpla.

Punto cuarto. — 1. *Hecho el milagro, retiróse Jesús de la gente; y yendo al templo, halló allí al hombre que habia sanado; y le dijo: Mira que ya estás sano, no quieras pecar, porque no te acaezca otra cosa peor.* Aquí se ha de ponderar lo primero, de parte de Cristo nuestro Señor, el ejemplo de humildad, escondiéndose, y huyendo las alabanzas de los hombres, y el cuidado con que acudió al templo, no solo para dar gracias á su Padre por aquella obra, sino para perfeccionarla con los avisos que dió á este hombre, sabiendo que iba allá. — Lo segundo, ponderaré el buen afecto de agradecimiento que tuvo este enfermo; pues en viéndose sano, la primera cosa que hizo fue, ir al templo á dar gracias á Dios por la merced que le habia hecho. De donde tomaré ejemplo de acudir luego, despues de confesado, á dar gracias á Dios por la merced que con aquel Sacramento me hizo, recogiéndome en el templo, ó en otro lugár conveniente, á considerar esta merced y agradecerla, como en su lugar se dijo.

2. Lo tercero, ponderaré aquellas palabras que le dijo Cristo nuestro Señor: *No quieras pecar mas, porque no te suceda otra cosa peor.* En las cuales palabras están encerrados tres avisos importantes. — El primero, que las enfermedades suelen venir en castigo de

nuestros pecados, y así lo he yo de pensar de las mias. Otros, como justos, padecerán por la gloria de Dios, y por ejercicio de virtud; mas yo, pecador miserable, padezco por mis culpas; y como dice el profeta Miqueas (*c.* VII, 9), llevaré la ira de Dios, porque pequé contra él.—El segundo es, que no quiera mas pecar; no dice, que no peque mas, porque es de hombres el pecar, especialmente en culpas ligeras, sino no quiera mas pecar; esto es, que haga un propósito firme, y tenga una voluntad muy resoluta de no pecar mas, con la divina gracia; y este propósito se ha de renovar en la confesion, con verdadero deseo de enmendarse.—El tercero es, que la recaida será peor que la caida, por el desagradecimiento que muestra en ofender á quien le perdonó, y en hacer poco caso de la salud que le dió, perdiéndola tan presto; y por consiguiente, será el castigo mayor que antes, pues la culpa es mayor. Ó Maestro verdadero, cuyas obras son perfectas (*Deut.* XXXII, 4), y cuyos desengaños ciertos y provechosos, he oido tus avisos; ayúdame, Señor, para guardarlos en mi corazon, y ordenar mi vida segun ellos; líbrame de las recaidas, y dame firme voluntad de nunca mas pecar, y conserva la que me has dado, para que siempre viva con pureza y santidad. Amen.

PUNTO QUINTO.—*Luego este hombre salió con gran fervor á publicar que Jesús era el que le habia sanado.* Enseñándonos con este ejemplo el celo y fervor de los verdaderos penitentes, que han recibido de Dios singular beneficio de sanidad, los cuales desean que Dios sea conocido y venerado de todos, publicando el bien que de él han recibido, conforme á lo que dijo Cristo nuestro Señor al hombre de quien echó la legion de demonios (*Marc.* V, 19): Vuélvete á tu casa, y publica cuantas mercedes Dios te ha hecho. Y así puedo decir á Nuestro Señor con David (*Psalm.* L, 14): Vuélveme, Dios mio, la alegría de tu salud, y confírmame con el espíritu principal, porque si esto haces, yo enseñaré á los malos tu camino, y los pecadores se convertirán á tí.—Finalmente, es de ponderar la prudencia de este hombre, que no dijo: Jesús el que me mandó llevar el carreton, sino el que me sanó, por no dar ocasion á los judíos de calumniar á Cristo nuestro Señor, de quien habian comenzado á murmurar porque curaba en sábado; sacando de aquí el recato que debe tener en las palabras, y en contar lo bueno que he sabido, sin mezclar cosa de que puedan asir los malos para cebo de su maldad.

MEDITACION XXXIII.

DEL LEPROSO Á QUIEN CRISTO NUESTRO SEÑOR SANÓ, Y MANDÓ SE PRESENTASE Á LOS SACERDOTES.

PUNTO PRIMERO.—*Modo de hacer oraciones jaculatorias.* — 1. *Un hombre lleno de lepra se llegó á Jesús, é hincadas las rodillas, pegando el rostro con la tierra, le adoró, y dijo: Señor, si quieres, puedes limpiarme.* (*Matth.* VIII, 2; *Marc.* I, 40; *Luc.* V, 12). Aquí se han de ponderar las virtudes de este leproso en su oracion.—La primera, grande reverencia exterior é interior, hincando las rodillas, postrándose en tierra, adorando á Cristo, y llamándole Señor.—La segunda fue, grande fe de la omnipotencia de Cristo nuestro Señor, confesando que con querer lo podia sanarle: no dice, si lo pidieres á Dios, sino, si quisieres, puedes, confesando que era Mesías, Hijo de Dios. Ni dijo, si quieres, por dudar de su misericordia, sino por no saber si sus pecados lo desmerecian, ó si le convenia aquella salud corporal.—La tercera fue gran resignacion, porque no pidió alguna cosa expresamente, pues no añadió, límpiame, sino descubrió su necesidad y deseo con brevísimas palabras, y confesó la omnipotencia de Cristo, y remitió á su voluntad el sanarle.

2. Con estas virtudes tengo de ponerme delante de Cristo nuestro Señor, como un hombre lleno de lepra de pecados y de otras miserias, ponderando la lepra de mis potencias y sentidos, y de toda mi alma, que es la ira, gula, soberbia y los demás vicios, y luego con grande humildad y reverencia muy profunda, con viva fe y gran resignacion le diré: *Domine, si vis, potes me mundare;* Señor, si quieres, me puedes limpiar. Y en lugar de la palabra Señor, puedo poner otros nombres de Dios que le provoquen á misericordia, y á mí me provoquen á reverencia; y en lugar de la palabra limpiar, puedo poner otras, en que le pida remedio de algunas miserias, diciendo: Padre mio, Médico mio, Salvador mio y todo mi bien, si quieres me puedes sanar de mi soberbia, de mi gula, etc. Si quieres me puedes alumbrar y abrasar con tu amor. Si quieres me puedes hacer paciente, manso y humilde. No dudo de tu omnipotencia, porque todo lo puedes, ni de tu voluntad en la salud de mi alma, porque sé que la deseas; por mi indignidad dudo; en tus manos me arrojo, y en tu voluntad pongo mi remedio. Esta es una oracion de las que llaman jaculatorias, admirable para repetirla á

menudo entre dia; y á imitacion de esta podemos hacer otras, y aprovecharnos de las que verémos en los milagros siguientes.

PUNTO SEGUNDO.— 1. *Compadeciéndose de él Jesús extendió su mano, y le tocó, diciéndole: Quiero, sé limpio, y al punto quedó sano.* Aquí se han de ponderar las maravillosas virtudes y excelencias de Cristo nuestro Señor.—La primera, su misericordia: *Misertus ejus.* Luego se compadeció de la miseria del leproso, sin dilacion alguna, porque es notablemente compasivo; y quien tanto se compadece de las miserias del cuerpo, ¿cuánto mas se compadecerá de las del alma? Porque la lepra de pecados que provoca la ira é indignacion de Dios cuando es querida, provoca su misericordia cuando es aborrecida, y deseamos sanar de ella. Ó misericordioso Jesús, ten misericordia de mí, pues de tu misericordia nace ser yo libre de mi miseria. Y pone esta palabra el Evangelista, para que se vea que la causa del milagro no fue vana ostentacion sino compasion.

2. La segunda fue una rara muestra de su bondad y omnipotencia, correspondiendo á la fe y confianza del leproso, diciéndole: Quiero, sé limpio. Tú dices si quiero, pues digo que quiero: tú dices si puedo, pues digo sé limpio, y así fue. ¡Oh grandeza de la bondad y omnipotencia de Jesús, que así cumple los deseos de los que confian en él! Dí, Señor, á mi alma (*Psalm.* XXXIV, 3): Yo soy tu salud, quiero, sé limpia, porque tu decir es hacer, y diciéndolo será sana.

3. La tercera fue gran benignidad, porque sin tener asco de la lepra, de que tenian tanto asco los judíos, que ni la tocaban, ni se llegaban al leproso, y era inmundo el que le tocaba; su Majestad extendió su mano, y le tocó amorosamente para darle salud. Y pondera el Evangelista que extendió la mano, para significar que la habia de extender en la cruz para librarnos de la lepra de los pecados, y que su carne sacratísima tenia virtud de sanar al que tocaba; y que cuando Dios extiende y abre su mano, á todos hinche de bendiciones y dones. (*Psalm.* CXLIV, 16). Por donde se ve la eficacia de la oracion, que se hace con las condiciones arriba dichas; y el fin á que tengo de enderezarla, que es alcanzar de Cristo nuestro Señor un quiero, y un sé limpio, un abrir la mano, que tenia cerrada y apretada, y un tocamiento con que sane la lepra de mi alma.

PUNTO TERCERO.— 1. *Díjole Jesús: Vé y muéstrate al sacerdote, y ofrece el don que mandó Moisés en testimonio de tu salud.* Aquí se ha de ponderar lo primero, el celo que tenia Cristo nuestro Señor de que se guardase la ley vieja mientras duraba, queriendo que los le-

prosos guardasen lo que les estaba mandado (*Levit.* XIV, 2), que en siendo sanos se presentasen al sacerdote, y ofreciesen dones y sacrificios á Dios, así en agradecimiento de la merced que les habia hecho, como en testimonio de que estaban limpios; y quien tanto celo tenia de que se obedeciese á los mandatos de la ley vieja, ¿cuánto le tendrá mayor de que se obedezca á los de la nueva?

2. *Del sacramento de la Confesion.* —Lo segundo, mandó esto al leproso, para significar el sacramento de la Penitencia de la nueva ley; en la cual se manda, que cualquier leproso, con lepra de pecados, aunque haya por la contricion alcanzado perdon de ellos, se presente al sacerdote, y le descubra la lepra que ha tenido; y delante de él ofrezca el sacrificio del espíritu atribulado y del corazon contrito y humillado (*Psalm.* L, 18), y oiga la sentencia de absolucion, con la cual se confirma el perdon recibido, y se purifica y se perfecciona mas el alma, mediante la gracia sacramental, y queda hábil para recibir el sacramento de la Comunion, como antiguamente los leprosos (*Levit.* XIV, 8), presentándose al sacerdote, se raian los cabellos y pelos del cuerpo, y lavaban sus vestidos y carne, y ofrecian en sacrificio un cordero sin mancilla, y de esta suerte quedaban limpios de la inmundicia legal, y eran admitidos al trato comun con todos. De donde sacaré dos avisos importantes: —Uno, que cuando me recojo á examinar la conciencia, y aparejarme para la confesion, he de procurar tal dolor, que allí quede limpio de la lepra en virtud de la contricion, porque este es el mejor aparejo para la confesion, como en su lugar se dijo. —El segundo, que luego con humildad me presente al sacerdote, y le diga mis pecados con nuevo sacrificio de corazon contrito, procurando raer los cabellos y pelos, que son las demasías de la vida vieja, y labrar con agua de lágrimas mi alma, y sus vestiduras, que son las obras, y ofrecerme á que el confesor con la navaja de la penitencia, correccion y mortificacion me ayude á purificarme; y de esta manera llegaré limpio á ofrecer el sacrificio del cordero sin mancilla Cristo Jesús, y á recibir su santo cuerpo.

3. Finalmente, ponderaré como Cristo nuestro Señor mandó á este leproso que no divulgase este milagro; y san Marcos dice (*c.* I, 43), que *comminatus est ei.* Que se lo mandó con amenaza ó con brio y vehemencia, para darnos ejemplo de humildad, y para que viésemos cuán de veras huia las alabanzas de los hombres. Pero el leproso, sin embargo de esto, predicó y publicó el milagro, y fue causa de que concurriese mucha gente á oir á Cristo, en lo cual no fue

razon lo mandaras; mas pues te contentas con que lo muestre al sacerdote, yo lo haré así para que me limpies de ella.

3. Lo tercero, ponderaré como en el camino fueron limpios, porque en los ojos de Dios la voluntad se toma por obra, y el dolor perfecto de los pecados, con voluntad de confesarlos, basta para alcanzar la salud del alma y limpiarla de la lepra, aunque sin embargo de esto se ha de ir despues al sacerdote. Por todo lo cual he de alabar á Cristo nuestro Señor, que por tantas vias ha facilitado el remedio de nuestros males.

PUNTO TERCERO. — 1. *Uno de estos diez leprosos, que era samaritano, volvió con grande voz engrandeciendo á Dios, y postrado á los piés de Jesús le daba gracias por la merced que le habia hecho. Viendo esto Jesús, dijo: ¿Por ventura no fueron diez los que sanaron, dónde están los nueve? ¿No se ha hallado quien volviese á dar la gloria á Dios sino este extranjero? Y díjole: Levántate y vete, que tu fe te ha hecho salvo.* Aquí ponderaré lo primero, de parte de los nueve leprosos, como la mayor parte de los hombres cuando se ven en necesidad y aprieto, aunque son devotos é importunos á Dios, y tienen fe y confianza en su misericordia, porque su necesidad les mueve y solicita; pero en recibiendo el beneficio y en viéndose con salud y prosperidad, se olvidan de Dios, y no le dan las gracias convenientes. Lo cual ofende grandemente á Cristo nuestro Señor, como lo demuestran aquellas palabras tan sentidas que dijo: *Diez fueron limpios, ¿los nueve dónde están?* Y este modo de hablar de que usó Dios cuando pecó Adan, diciéndole (*Genes.* III, 9), ¿dónde estás? da á entender que Dios no aprueba los pasos de los desagradecidos, y que los desconoce porque le desconocen.

2. Lo segundo, se ha de ponderar de parte del leproso samaritano, como muchas veces los mayores pecadores, cuando reciben de Dios la salud del alma ó algun otro beneficio; suelen ser mas agradecidos, porque cónocen mas su indignidad, y estiman en mas el beneficio, como dado á quien menos le merecia, aunque por otra parte era mas razon que los justos fueran mas agradecidos, y así en confusion de los nueve leprosos hebreos, dijo Cristo: Ninguno volvió á dar gracias, sino este extranjero; de donde sacaré, cuánto importa despues de la confesion y recibida la absolucion (como se dijo en la parte I, meditacion XXXII), acudir luego á dar gracias á Cristo nuestro Señor, por la limpieza y perdon que me ha dado, con la devocion que lo hizo este samaritano, de quien dice el texto, que volvió engrandeciendo á Dios á grandes voces y postrándose á los

piés de Cristo con humildad, como quien se los queria besar, en agradecimiento de la salud que le dió, y con palabras, dándole gracias por ella. Pero tambien se ha de ponderar la prudencia de este samaritano en callar, cuando Cristo nuestro Señor dijo: ¿Los nueve dónde están? Porque ni los culpó ni exageró su ingratitud, sino atendió á su accion de gracias, para que yo aprenda á no culpar á mis prójimos, aunque se ofrezca ocasion para ello.

3. Lo tercero, se ha de ponderar de parte de Cristo nuestro Señor la modestia con que se quejó de la ingratitud de los nueve, diciendo: Ninguno volvió á dar la gloria á Dios. No dice á dar la gloria á mí, ó darme gracias, para enseñarnos que quien hace el beneficio no ha de pedir para sí el agradecimiento y la loa; sino para Dios, de quien todo lo bueno procede. Además, se ha de ponderar la blandura y amor con que acogió al samaritano, y le habló y honró, atribuyendo á su fe la salud que recibió; y es de creer que le libró de la lepra de la infidelidad, y de los demás pecados, enviándole sano en el cuerpo y en el alma por aquel agradecimiento que mostraba. Ó Señor de mi alma, ¡cuán agradecido os mostrais con los agradecidos, para que siempre tengan que agradeceros! Siempre querria agradeceros las grandes mercedes que siempre me haceis, aunque siempre quedaré corto y vencido en esta parte, porque mi agradecimiento es nuevo beneficio que recibo de Vos, bienhechor mio, á quien sea honra y gloria por el bien que haceis á vuestras criaturas, por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXXV.

DEL CIEGO QUE SANÓ CRISTO NUESTRO SEÑOR CAMINO DE JERICÓ.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Caminando Jesús por Jericó, un ciego que estaba cerca del camino mendigando, oyendo que Jesús Nazareno pasaba por allí, dió voces diciendo: Jesús, hijo de David, ten misericordia de mí; y aunque la gente le reprendia y decia que callase, él daba mayores voces diciendo lo mismo.* (*Marc.* x, 47; *Luc.* xviii, 35; *Matth.* xx, 29). Aquí se han de considerar las virtudes que descubrió este ciego en su oracion. — La primera fue, grande fe y confianza en Cristo nuestro Señor, creyendo que era Mesías, hijo de David, y que era Dios todopoderoso, cuyo es tener misericordia y por ella remediar nuestras miserias. — La segunda fue, gran fervor y afecto en su oracion, nacido del conocimiento de su ceguedad y miseria, y de la es-

peranza que tenia en Cristo, que le libraria de ella; y este afecto declaraba con aquel clamor.—La tercera fue, gran constancia y perseverancia, sin hacer caso de los que le reprendian y mandaban callar; antes tomando ocasion de esto para alzar mas la voz y repetir su oracion.

2. En presencia de este ciego, imaginaré á mí mismo ciego espiritualmente con las dos ceguedades de ignorancia y culpa, error y pasion, las cuales ciegan los dos ojos del alma, que san Bernardo (Lib. de dign. amoris Divin. c. 8) llama conocimiento y amor. De donde se sigue, que toda la vida estoy sentado y ocioso, sin atender á las obras de virtud á que estoy obligado, ocupándome en mendigar de las criaturas que pasan por este mundo alguna cosilla de deleite, honra ó interese, que me entretenga la vida, lo cual todo es poco y perecedero, como limosna de pasajeros y pobres caminantes. Ponderando esta miseria de mi alma, ciega, ociosa y mendiga, he de clamar á mi único remediador, Cristo Jesús, diciéndole: Jesús, hijo de David, ten misericordia de mí. Esta oracion tengo de acompañar con las virtudes que se han dicho, persuadiéndome que, como dice san Bernardo (Serm. 23 in Cant.), cuatro cosas han de impedir mi oracion, si valerosamente no las resisto; es á saber, tropel de pensamientos y varias imaginaciones, que pasan por mi corazon y no le dejan atender á lo que ora. Además, muchedumbre de remordimientos de los pecados que he cometido, los cuales me reprenden y causan desconfianza, y me dicen que, ¿cómo tengo atrevimiento de clamar á Dios, siendo quien soy? Tambien el tropel de las necesidades y miserias del cuerpo, y el de las ocupaciones y cuidados del siglo; y á veces algunos de los que van con Cristo me quitan la oracion, llevándome tras sí á sus negocios con capa de piedad. Pero sin embargo de todo esto he de orar y clamar con el corazon y á tiempos con la boca diciendo: Jesús, hijo de David, compadécete de mí. Y si porfiaren los estorbos, tomaré de ellos ocasion para orar con mas fervor, diciendo con David (*Psalm.* CVIII, 22): Líbrame, Señor, porque soy necesitado y pobre, y mi corazon anda muy turbado: voyme deshaciendo como sombra, cuando declina el dia, y como langosta ando inquieto, arrojándome mis pensamientos de una parte á otra; sosiégalos, Señor, con firmeza, para que ore y te alabe con fervor.

PUNTO SEGUNDO.— 1. *Llegando Jesús mas cerca del lugar donde estaba el ciego, paró y mandó que se le trajesen. Preguntóle: ¿Qué quieres que haga contigo? Respondió: Señor, que vea. Díjole Jesús: Ve.—*

Lo primero, se ha de considerar como Cristo nuestro Señor, aunque desde el principio entendió el primer clamor de este ciego, hizo que no oia, para probar su perseverancia, y para que creciese mas el deseo de la salud. Y lo mismo hace con nosotros, para que nuestra perseverancia en el pedir nos disponga á recibir lo que pedimos. Pero luego mostró su clemencia y benignidad en parar á la voz de un ciego mendigo, aunque iba ocupado con mucha gente, haciendo que todos parasen y se le trajesen para sanarle. Ó buen Jesús, sol de justicia, que obedeces á la voz del hombre (*Iosue*, x, 13), y te detienes en medio de tu carrera, para darle la luz que desea, oye mi clamor y alumbra mi ceguedad; pues no puedo tener gozo (*Tob.* v, 12), si no es viendo la luz del cielo.

2. Luego ponderaré como el ciego, en oyendo decir que Jesús le llamaba (*Marc.* x, 50), dejó su vestido al punto, y saltando de placer, fué donde estaba con gran gozo, por la esperanza de cobrar vista. En lo cual se representa el gozo del alma que siente la interior vocacion de Dios y su divina inspiracion, con lo cual deja luego todas las cosas por acudir á obedecerla, esperando que hallará seguramente lo que desea para su salvacion y perfeccion, como lo experimentan los que son llamados á estado de religion.

3. *De la vida espiritual.*—Lo tercero, se ha de considerar el misterio de aquella pregunta: *¿Qué quieres que haga contigo?* Y la respuesta del ciego: *Domine, ut videam.* Señor, que vea: pues *respice*, ve. Y con sola esta palabra cumplió Cristo nuestro Señor su deseo, correspondiendo á la grande fe con que le pidió la vista, con otra palabra semejante. Ó Dios de mi alma, bien sé que preguntas al ciego lo que quiere, para significar que no quieres dar los dones de tu gracia, si no es al que quiere disponerse para recibirlos. ¡Oh! si me dijeses, ¿qué quieres que haga contigo? Yo, Señor, responderia: *Ut videam*, que vea; no como quiera, ni cualquier cosa, sino que con ojos de fe muy viva vea á tí, Salvador mio, para que te conozca y ame, pues en este conocimiento amoroso está la vida eterna. (*Isai.* xvii, 3). Mas te pido, Señor, *ut videam*, que vea tu divina voluntad y tu santa ley, estimándola en mucho, de modo que la cumpla. Tambien *ut videam*, que vea á mí mismo para conocerme de modo que me aborrezca y me humille. Y tambien *ut videam*, que vea las criaturas, no con ojos del cuerpo por curiosidad, sino con ojos del alma por la contemplacion, mirando en ellas á tí, mi Criador, de quien tantos bienes recibo. Y finalmente *ut videam*, que á su tiempo vea claramente tu divinidad con la Trinidad de las Personas, con cuya

vista quede mi ánima bienaventurada en tu dulce compañía. Ó Rey mio, dí á mi alma, *respice*. Ve lo que deseas, porque tu decir es hacer; y diciendo que vea, luego quedará con vista. De lo que aquí se ha apuntado sacaré que el objeto y materia de la vista espiritual en la oracion mental abraza estas cinco cosas; es á saber, Cristo Dios y hombre, su santa ley, yo mismo, las criaturas, y en ellas el Criador con los bienes eternos de su gloria; y en todas cinco he de ejercitarme, mediante la meditacion y contemplacion, con esperanza de alcanzar lo que deseo, como luego se dirá.

PUNTO TERCERO. — 1. Luego añadió Cristo nuestro Señor: *Tu fe te ha hecho salvo, y al punto vió el ciego, y le seguia glorificando á Dios.* —Lo primero, se ha de ponderar como Cristo nuestro Señor atribuyó á la fe del ciego lo que era obra de su omnipotencia y misericordia, para honrarle y aficionarnos á esta virtud, pues ella dispone para tales maravillas, como lo declaró diciendo á otros dos ciegos que le pedian vista (*Matth.* IX, 28): *¿Creeis que puedo dárosla?* Respondieron: *Sí, Señor. Pues segun vuestra fe se haga con vosotros, y tocándoles vieron luego.* (*Matth.* IX, 29). Y es mucho de notar, que en ambos casos cobraron estos ciegos la vista en un momento por su grande fe, habiéndola recibido otro ciego poco á poco por su corta fe, porque primero veia no mas que bultos de hombres, como árboles que se meneaban, y despues vió claramente todas las cosas. En lo cual tambien se nos representan dos modos que tiene Nuestro Señor de comunicar la luz espiritual y la perfeccion del espíritu; uno extraordinario de repente y en un momento, como la comunicó á Saulo; otro ordinario poco á poco y por sus grados, comunicando primero un conocimiento oscuro de sus misterios; despues otro mas claro, creciendo la claridad, como crece la disposicion: *Ita ut videret clare omnia.* De modo que vea las cosas divinas con tanta luz, que se certifique de ellas, como si las viese, subiendo, como dice el apóstol san Pablo (II *Cor.* III, 18), de una claridad en otra, hasta transformarse en la imágen de su gloria. Á lo cual precede lo que Cristo hizo con este ciego, escupiéndole y tocándole, por lo que se dirá en la meditacion XXXVII.

2. Finalmente, ponderaré como el ciego, viéndose sano seguia á Cristo, glorificando á Dios; porque como las obras de este Señor son perfectas, con la vista del cuerpo le dió la del alma, para que olvidado de todas las cosas se fuese tras quien tanto bien le hizo. En lo cual tambien se representa que la luz interior que Cristo nuestro Señor comunica en la oracion tiene por fin seguirle, imitando sus

virtudes con perfeccion, ocupándose en sus alabanzas con accion de gracias por los beneficios recibidos. Pero ¿qué maravilla es, Salvador mio, que abriéndome tú los ojos del alma para verte, quiera seguirte? ¿Cómo no seguiré tanta bondad? ¿Y cómo no imitaré tanta santidad? Mas merced me haces en admitirme para que te siga, que yo servicio en quererte seguir. Sígate yo siempre en esta vida, hasta que llegue á poseerte en el reino de tu gloria. Amen.

MEDITACION XXXVI.

DEL MILAGRO DEL QUE NACIÓ CIEGO, Á QUIEN CRISTO NUESTRO SEÑOR SANÓ CON LODO HECHO DE SU SALIVA.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Pasando Jesús por donde estaba un hombre ciego desde su nacimiento, miróle con particular modo; y reparando en esto los discípulos, preguntáronle: Maestro, ¿quién pecó, este ó sus padres, para que naciese ciego? Respondió el Señor: Ni pecó este ni sus padres, sino para que se manifiesten en él las obras de Dios á mí me conviene obrar las obras del que me envió, mientras es de dia; vendrá la noche, cuando ninguno podrá trabajar; mientras estoy en el mundo, soy luz del mundo.* (*Ioan*, IX, 2).—Lo primero, se ha de ponderar como Dios nuestro Señor á todos mira, como dice el Sábio (*Prov.* XV, 3), así á buenos como á malos, á escogidos y réprobos; pero á unos mira con un modo especial, que es con ojos de misericordia, como quien desea hacerles bien, como miró á este ciego. Ó dulce Salvador, primero que yo te mire me has de mirar, porque antes que me mires estoy ciego, y con tu mirar cobraré yo ojos para poderte ver.

2. Lo segundo, se ha de ponderar como las enfermedades del cuerpo y otros trabajos, aunque muchas veces vienen en castigo de pecados, otras veces suceden por divina providencia solamente, para que en nosotros se manifiesten las obras que son de Dios, no una obra sino muchas; es á saber, los grandes bienes que Dios saca de ella, labrando á los justos que aflige con variedad de virtudes, y haciendo que descubran las que tienen para gloria de Dios, comunicándoles en medio de ellas tales dones, que descubran la omnipotencia del que se los da, como son, gozarse en los trabajos y amarlos, y glorificar á Dios por ellos. Y de estas obras, dice Cristo nuestro Señor, que le importa hacerlas mientras es de dia. Ó Redentor mio, si tanto te importa obrar las obras de que gusta tu Padre, mien-

tras dura el tiempo de tu vida, haz estas obras en mí; porque mucho mas importa á mí el recibirlas, que á tí el obrarlas; antes, Señor, por el grande amor que me tienes, dices que te importa á tí lo que me importa á mí. Mira, Dios mio, que el dia de este siglo para mí es breve, porque mi vida es corta, y vendrá presto la noche de la muerte, cuando ya no habrá lugar de obrar tales obras. Y pues ahora eres sol y luz del mundo, alúmbrame, enciéndeme y vivifícame con tu gracia, para que despues te pueda ver en tu gloria.— Estas palabras aplicaré á mí mismo, diciéndome: Á mí me conviene é importa sumamente, mientras es de dia y me dura la vida, hacer obras de Dios, obras santas y conformes á la voluntad del que me crió, porque toda la vida apenas es como un dia, y de repente me asalteará la muerte, cuando ya no habrá lugar de trabajar (*Eccles.* IX, 10) y merecer.

PUNTO SEGUNDO.— 1. *En diciendo esto, escupió en la tierra é hizo lodo de la saliva, y con él ungió los ojos del ciego y le dijo: Vé á los baños de Siloé y lávate allí; fué, lavóse, y volvió con vista.* Aquí se han de ponderar las causas de esta misteriosa cura, aplicándolas á nuestro provecho espiritual.—La primera fue, para mostrar Cristo nuestro Señor su omnipotencia en dar la vista con cosa que parecia contraria á ella; pues enlodar los ojos, mas era para cegarlos que para esclarecerlos. Ó poder inmenso de Jesús, ¿cómo no me sujetaré yo á la providencia de quien tanto puede, que un contrario convierte en otro, y enloda para esclarecer, humilla para ensalzar, y arroja en la cárcel al que quiere sacar de ella (*Genes.* XXXIX, 20) para salvador de Egipto?

2. La segunda, para mostrar que el medio de cobrar la luz de la divina gracia, es poner delante de los ojos nuestro lodo; esto es, la nada que somos, la tierra de que fuimos formados y en que nos hemos de convertir, y el lodo de los pecados que hemos cometido, mirándolos y llorándolos, y humillándonos con ellos. Pero este lodo ha de ser de la tierra y de la saliva de Cristo; porque si su sabiduría infinita, figurada por la saliva, no toca nuestros ojos, nunca serán esclarecidos para conocer como conviene nuestra vileza. Ó dulce Maestro, junta tu saliva con mi polvo, de que se haga un lodo que me alumbre. Dame conocimiento de quién eres tú y de quién soy yo, para que conociéndote á tí, y conociéndome á mí, te ame y me aborrezca, y quede lleno de tu gracia y caridad.

3. Lo tercero, con este lodo juntó Cristo, mandar al ciego que se lavase en las aguas de Siloé, que quiere decir el enviado, para

significar los sacramentos del Bautismo y Penitencia; en los cuales se perfecciona la salud espiritual del hombre, por la virtud que está en ellos de nuestro Salvador, que es el que fue enviado de su Padre al mundo para nuestro bien. Pero á estos baños y Sacramentos he de ir con la disposicion de este ciego, el cual tuvo insigne fe, gran humildad y obediencia muy puntual, dejando enlodar sus ojos é yendo así enlodado por las calles á vista de todos, obedeciendo sin tardanza ni réplica al mandato de Cristo, porque no dijo como Naaman (IV *Reg.* v, 10): Pensé que me tocara con sus manos y con esto me sanara. ¿Por ventura no hay otras aguas mejores que las de Siloé, para lavarme en ellas y cobrar la vista? Antes rindió su juicio, y obedeciendo la cobró. Y del mismo modo la cobraré yo, si cuando siento inspiracion de Nuestro Señor, que me envia á estas aguas de Siloé, obedezco, y me aprovecho de la buena ocasion que Dios me ofrece.

PUNTO TERCERO. —Lo tercero, se ha de considerar la ilustre confesion de este ciego, con las persecuciones que padeció, y las virtudes que descubrió, para que las imitemos.—La primera fue grande celo de la honra de Cristo nuestro Señor, que le habia sanado, con espíritu de agradecimiento, publicando el milagro á todos los que no le sabian.—La segunda fue gran fortaleza, porque temiendo sus padres de descubrir lo que sabian, por temor de los fariseos que aborrecian el nombre de Cristo, él sin temor confesó libremente que habia sido ciego, y que Cristo le habia sanado, y el modo como le sanó.—La tercera fue grande celo de la verdad, con prudencia celestial para no dejarse engañar, ni callarla por ningun respeto; porque diciéndole los fariseos: *Da gloria á Dios confesando la verdad, porque siendo este hombre tan pecador, no es posible que él te sanase;* él confiadamente perseveró en confesar la verdad y en defender á Cristo, y acusarles á ellos de que no le conocian, y convidarles si querian ser sus discípulos.—La cuarta fue gran paciencia en sufrir las maldiciones que le echaron y los denuestos, diciéndole: *Eres pecador desde que naciste, y ¿ahora vienes á enseñarnos?* Y tambien sufrió que le echasen de la sinagoga, como á excomulgado é indigno de vivir entre los fieles.—Todas estas virtudes ejercitó, ayudándole Cristo nuestro Señor, el cual se quiso servir de un ciego mendigo y tomarle por su predicador, para confundir á los sábios y fariseos, dando una constancia mas que de hombre al que de suyo era tímido y despreciado. ¡Oh grandeza de la omnipotencia de Cristo, que por instrumentos tan despreciados haces obras tan gloriosas! Tómame,

Salvador mio, por tu instrumento, para que seas por mí glorificado.

PUNTO CUARTO.— 1. Lo cuarto, se ha de considerar lo que Cristo nuestro Señor hizo con este hombre despues de lo sucedido. Porque lo primero, en sabiendo que le habian echado de la sinagoga, acudió á consolarle, para que echemos de ver el paternal cuidado con que acude á consolar á los que padecen por su causa persecuciones, y como no se olvida de los que le confiesan delante de los hombres. Ó Redentor del mundo, ¿quién no padecerá de buena gana por vuestra gloria? pues así teneis cuidado de consolar á los que padecen por ella.—Lo segundo, quiso perfeccionarle en la fe y aumentarle la vista interior del alma; porque como no le tuviese mas que por profeta, preguntóle: *¿Crees en el Hijo de Dios? Respondió: ¿Quién es, Señor, para que crea en él?* Mostrando en esto la prontitud de su corazon; dícele Cristo: *Ya le has visto, y el que habla contigo, ese es.* Como quien dice: Con la vista que te dí me has visto, y yo soy el que hablo contigo. En oyendo esta palabra respondió: *Creo, Señor; y postrándose en tierra le adoró.* ¡Oh qué ojos le dió entonces! oh qué luz le comunicó en su alma! oh qué vista tan perfecta, causadora de tan humilde adoracion! Dame, Señor, tal vista, con que te crea con fe viva y te adore con la reverencia debida.

2. Lo tercero, le sosegó en el escándalo que pudiera recibir por lo que los fariseos habian dicho contra él, diciéndole: *Yo vine al mundo á hacer juicio, para que los que no ven vean; y los que ven se hagan ciegos.* Esto es, vine á hacer diferencia entre unos y otros hombres, para que los ignorantes y rudos por su humildad y pequeñez vengan como tú á cobrar vista, y crean los misterios de mi divinidad y humanidad; y al contrario los que son sábios en la ley, como los fariseos, filósofos y letrados del mundo, por su soberbia vengan á cegar, no por mi causa, sino por su culpa, porque no quieren creer mi doctrina, ni aprovecharse de ella. Ó buen Jesús, no permitas que los que tienen obligacion á ver mas por su soberbia vean menos; y los que habian de tener vista mas clara vengan á estar mas ciegos. Líbranos, Señor, de la soberbia, que es causa de esta ceguedad.



MEDITACION XXXVII.

DEL SORDO Y MUDO QUE SANÓ CRISTO NUESTRO SEÑOR CON SU SALIVA.

PUNTO PRIMERO. - *De la sordera y mudez espiritual.*— 1. *Trajeron á Jesús ciertos hombres un sordo y mudo, suplicándole que pusiese lás manos sobre él.* (*Marc.* VII, 32; *Luc.* XI, 14). Aquí se ha de ponderar, en persona de este hombre miserable, la sordera y mudez espiritual, y las causas de ella, y el remedio que tienen.-Lo primero, la sordez espiritual es falta de fe y de obediencia, cuando el hombre no quiere oir ni entender las verdades de la fe, ni las palabras de Dios, ni los preceptos de la ley, ni las divinas inspiraciones, haciéndose sordo para todo esto. La mudez espiritual es falta de oracion y de confesion, cuando el hombre no sabe ni quiere abrir su boca para llamar á Dios y pedirle misericordia, ó alabarle y darle gracias por los beneficios que le ha hecho, ó confesar sus pecados para alcanzar perdon de ellos.

2. Lo segundo, la sordez suele ser causa de que el sordo sea tambien mudo, y ambas cosas procura el demonio, que por san Lucas se llama demonio mudo (*Luc.* XI, 14), porque cerrando las puertas de estos dos sentidos interiores del alma, queda cerrada la puerta al remedio, el cual entra por el oido de la fe y obediencia, y se alcanza por el hablar, orando á Dios, y confesando sus pecados á su ministro el sacerdote. Todo esto aplicaré á mí mismo, considerándome sordo y mudo, no como David (*Psalm.* XXXVII, 13) para no oir ni hablar lo malo, sino, al contrario, para todo lo bueno; y la causa es, porque siempre tengo abierto el oido del cuerpo y del alma para oir todas las curiosidades y vanidades del mundo, y para dar crédito á sus mentiras y engaños, y obedecer á sus fueros y leyes perversas; y de aquí me nace tenerle cerrado para oir lo que Dios y sus ministros me dicen y mandan. Tambien tengo la lengua muy suelta para hablar y parlar con los hombres de cuanto me da gusto, y para mis alabanzas y para las murmuraciones y lisonjas; de donde nace que la tengo atada para hablar con Dios y para confesar mis pecados, porque la pereza y la vergüenza me la atan fuertemente. Ó Salvador mio, echa de mi alma al demonio sordo y mudo, que la tiene poseida, y remédiame por tu infinita misericordia, pues yo no tengo fuerzas para remediar tan gran miseria.

3. Lo tercero, se ha de considerar que así como este sordo y

mudo nunca fuera por remedio á Cristo si otros no le llevaran y rogaran por él, supliendo con sus lenguas la falta de la lengua del mudo; así hay muchos pecadores tan sordos y mudos y olvidados de su miseria, que nunca se convertirian á Dios si algunos justos no intercediesen por ellos. Y esto me ha de mover á orar á menudo por la conversion de los pecadores, y procurar del modo que pudiere llevarlos á Cristo y á sus ministros, acordándome de que perdonó los pecados al paralítico (*Matth.* IX, 2), viendo la fe de los que se le pusieron delante. Ó Dios infinito, ten misericordia de tantos sordos y mudos como hay en este mundo. Echa, Señor, de sus almas al demonio, que los ensordece y enmudece, para que libremente te oigan, alaben y glorifiquen por todos los siglos. Amen.

PUNTO SEGUNDO. — 1. *Tomando Jesús al mudo por la mano, apartándole de la gente, entró sus dedos en los oidos, y escupiendo tocó su lengua, y mirando al cielo gimió y díjole: Efeta, que quiere decir, ábrete.* Aquí se ha de ponderar como Cristo nuestro Señor hizo todo esto, bastando cualquier parte de ello para significar la dificultad que hay en sanar las almas sordas y mudas, no de parte de Dios, sino de parte de la ruin disposicion que hay en ellas; por lo cual se ha de tomar su cura muy despacio. — Lo primero, tomándole por la mano le apartó de la gente, para significar que estas personas para ser curadas han de apartarse de los que pueden estorbar su cura, y de los bullicios y tráfagos de los negocios temporales, atendiendo á solas á su remedio. — Lo segundo, gimió para denotar la grande miseria de estas almas, y cuán grande pena le dan. ¡Oh cuán grave mal es el que hace gemir al mismo Dios! Ó alma, ¡cómo no lloras y gimes tu miseria, por la cual gime y llora tu Señor! Llora tambien las miserias de tus prójimos, pues tan dignas son de ser lloradas, que llora Cristo por ellas. — Y tambien gimió y miró al cielo, para significar que estos males se han de curar con oracion ferviente y llorosa, levantando los ojos al cielo, de donde ha de venir el remedio, porque no le hay en la tierra.

2. Lo cuarto, entró los dedos en los oidos del sordo, un dedo en un oido y otro en otro, para denotar los dones del Espíritu Santo, figurados por los dedos de Cristo; porque como el dedo procede de la mano, así el Espíritu Santo procede del Verbo divino, que es como mano y brazo del Padre eterno, por quien obra todas las cosas. Estos dones, como se verá en la parte V, abren nuestros oidos para que perciban y entiendan las verdades de la fe, y los hace dóciles y obedientes á las divinas inspiraciones y á todo lo que es cumplimien-

to de la divina voluntad. Ó Hijo de Dios unigénito, que con tu Padre produces al Espíritu Santo, y con ambos comunicas tus dones á los hombres, éntralos dentro de nuestras almas para que todos oigamos y obedezcamos tus palabras, y se cumpla lo que dijiste (*Psalm.* XVII, 45): El pueblo que antes no conocí me sirvió, y con su oido me oyó y obedeció.

3. Lo quinto, escupió en la lengua y la tocó, así como escupió los ojos de otro ciego á quien dió vista, para significar que la Sabiduría celestial, figurada por la saliva que procede de la boca de Cristo, Sabiduría encarnada y cabeza nuestra, es la que suelta nuestra lengua para que sepa hablar con Dios y consigo, y con sus prójimos, como conviene. Ella enseña la oracion, las alabanzas de Dios y la confesion de nuestros pecados, y la debida reprension de los ajenos para curarlos. Tambien como entre los hombres y mas entre los hebreos (*Num.* XII, 14), escupir á otro es señal de desprecio, quizá Cristo nuestro Señor los escupió, para significar que por la ceguedad y mudez espiritual somos dignos de desprecios y castigos, con los cuales nos ejercita Dios para darnos luz, como la hiel del pez restituyó la vista á Tobías. (*Tob.* XI, 8). Ó dulce Jesús, yo gusto de ser escupido de esta manera, pues eres tú el que me escupes, permitiendo trabajos para abrirme los sentidos.

4. Lo sexto, con gran imperio dijo: *Efeta*, ábrete, para significar la virtud de su palabra omnipotente; porque dado que los hombres no hablen con los sordos, porque seria en vano (*Eccli.* XXXII, 6); pero Dios puede hablar con ellos (*Hebr.* IV, 12), porque su palabra es viva, eficaz y penetrativa, y poderosa para abrir el oido, y entrar dentro del alma y hacer en ella lo que quiere, trocándola para que consienta con lo que manda. Ó Dios omnipotente, abre mi oido, que yo no te contradiré (*Isai.* L, 5), porque aparejado estoy para creer lo que me enseñares, y para obedecer á cuanto me mandares. -De estas seis cosas juntamente sacaré lo que tengo de hacer de mi parte para ayudar á las almas, apartándolas de las ocasiones de pecar, llorando sus pecados, orando por ellas, llevándolas á los ministros de Cristo, para que las apliquen los santos Sacramentos y las palabras de Dios, con las cuales vengan á sanar en virtud de Cristo, que es el principal médico de estas enfermedades. Y finalmente, me compadeceré (*Psalm.* LVII, 5) de los que como áspides sordos cierran los oidos al que les quiere quitar la ponzoña, suplicando á este sapientísimo Médico use de su omnipotencia para librarlos de ella.

PUNTO TERCERO.— 1. *Luego se abrieron los oidos del sordo, y la lengua se soltó y hablaba bien; y aunque Cristo les mandó que no dijesen nada, ellos mucho mas predicaban el milagro, diciendo: Bien ha hecho todas las cosas, ha hecho oir á los sordos y hablar á los mudos.* Aquí se ha de ponderar lo primero, la omnipotencia del Salvador en hacer lo que quiere, y en quitar los impedimentos de nuestra salvacion; de modo, que quien antes era sordo y mudo, ya oia muy bien: *Et loquebatur recte*, y hablaba rectamente. De donde tomaré aviso para hablar bien; esto es, buenas cosas y con modo agradable á Dios. Ó buen Jesús, pon guarda á mi boca (*Psalm.* CXL, 3), y toma en tu mano las llaves de mis oidos y lengua, cerrándolos y abriéndolos cuando conviene, para que mi callar y hablar, mi oir y no oir, siempre te agrade. Amen.

2. Lo segundo, ponderaré el efecto de este milagro en aquella gente devota y agradecida, diciendo á Cristo: *Bene omnia fecit.* Bien ha hecho todas las cosas. Ó Sabiduría infinita, que por boca de los niños y sencillos predicas tus grandezas, ¡cuán grande verdad es la que hablaste por boca de estos! Bien has hecho (*Genes.* I, 31), Dios mio, todas las cosas que criaste al principio del mundo, porque en habiéndolas criado y visto, dijiste que eran muy buenas. Bien has hecho todas las cosas que con tu providencia ordenas en este mundo, porque todas tus obras son perfectas. (*Deut.* XXXII, 4). Bien has hecho las obras de nuestra redencion, porque todas están llenas de suma bondad. ¡Oh cuán bien hiciste tus milagros, tus sermones, tus Sacramentos, tus humillaciones y ejercicios virtuosos! Todas las cosas hiciste bien para bien de los hombres, y con todo eso te dieron tan mala paga, que te volvieron innumerables males por innumerables bienes; pero tú eres tan bueno, que como hiciste bien todos los bienes, así padeciste bien todos los males. Concédeme, Señor, que á imitacion tuya haga bien todas las cosas, para que ninguna haya en mí que parezca mal á tí.

3. Finalmente, ponderaré como esta gente, glorificando á Cristo nuestro Señor, aunque no sanó mas que á un mudo y sordo, dicen que hizo oir á los sordos y hablar á los mudos, confesando, que quien hizo este bien á uno, le podia hacer á muchos, y estaba aparejado para hacerle con todos los que están sordos y mudos en el alma, si quieren aprovecharse de su misericordia, porque este es su oficio, y á esto vino al mundo. Ó buen Jesús, haz este oficio con todos los infieles, para que te crean; y con todos los pecadores, para que te obedezcan; y con todos los tibios, para que te sirvan con fervor,

de modo, que todos te glorifiquen y alaben por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXXVIII.

DEL MILAGRO EN QUE SANÓ CRISTO AL ENDEMONÍADO LUNÁTICO, SORDO Y MUDO, Á QUIEN SUS DISCÍPULOS NO PUDIERON SANAR.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Llegó á Jesús un hombre del pueblo, y postrado delante de él, con gran voz le dijo* (*Matth.* XVII, 14; *Marc.* IX, 17; *Luc.* IX, 39): *Señor, Maestro, ten misericordia de un hijo único que tengo lunático y con espíritu mudo que le arrebata y da con él en tierra, y le hace echar espuma por la boca y dar diente con diente, y le pasma, y apenas le deja cási despedazado, y unas veces cae en el fuego, y otras muchas en el agua, y rogué á tus discípulos que le sanasen y no han podido.* Aquí se ha de ponderar en persona de este endemoniado, la fuerza del demonio contra el hombre que posee, y los males que le hace en el cuerpo y en el alma, y los que despues le hará en los infiernos.-Lo primero, esta fiereza y crueldad tiene el demonio contra el hombre para dañarle en todo lo que toca á su cuerpo, si Dios no le detiene; y así trataria á todos, como á este pobre mozo, á quien hizo mudo, sordo y lunático, que es como enfermo de gota coral, con tormentos muy terribles y continuos desde su mocedad, pretendiendo ya abrasarle en fuego, ya ahogarle en los rios y pozos, y esto con tanta pertinacia, que no quiso obedecer á los Apóstoles de Cristo, como quien triunfaba de ellos.

2. Pero mayor fuerza muestra contra el ánima del pecador que se le rinde, á quien hace sordo y mudo, al modo arriba dicho: hácele lunático; esto es, sujeto al mundo variable, mudable é inconstante en lo bueno: da con él en tierra, pegándole con las aficiones á las cosas terrenas. Hácele echar por la boca espumajos de palabras feas y asquerosas, y crujir con los dientes por la furia de la ira y cólera. Hácele estólido y como insensible para las cosas de Dios; unas veces le arroja en el fuego de las codicias carnales, para que se abrase en ellas; otras veces en las corrientes de las aguas de los negocios mundanos, para que se ahogue con ellos (*Iob*, XXIV, 19): y así le trae de un pecado en otro, despedazándole y haciéndole resistir á los predicadores y confesores, sin que haya quien le pueda reducir. Ó Dios eterno, abre los ojos de todos los hombres, para que los que han llegado á esta miseria procuren salir de ella, y los de-

más huyan de caer en ella, resistiendo al espíritu de quien tanto mal les viene.

3. De aquí se saca qué fiereza tendrá el demonio en el infierno contra los pecadores que del todo le están ya rendidos, pues tal crueldad usa con ellos acá en la tierra, cuando Dios le da licencia para ello. ¡Oh qué sordera! qué mudez! qué despedazamiento! qué crujir de dientes! qué espumas rabiosas! qué arrojamiento en llamas de fuego, y en aguas de nieve! qué variedad y perpetuidad de tormentos les dará, vengándose en ellos del mismo Dios! Ó alma mia, ¡cómo no aborreces al que en esta vida y en la otra es verdugo tan cruel del que le obedece! Ó Dios omnipotente, si dieres licencia á este enemigo, para que me trate como á Job en el cuerpo, quítasela para que no me dañe el alma. Amen.

Punto segundo. — 1. Luego se ha de considerar lo que Cristo nuestro Señor hizo y dijo antes de sanar á este mozo. — Lo primero, exclamó contra los incrédulos que estaban allí, y en ellos contra los demás, diciendo: *Ó generacion incrédula y perversa, ¿cuánto tiempo tengo de estar entre vosotros? y ¿cuánto tiempo os tengo de sufrir?* Con lo cual descubrió la pena que recibia, por la incredulidad y pertinacia de aquella gente, de donde procedia que el demonio estuviese pertinaz en atormentar al endemoniado, y parece que estaba como cansado de vivir entre ellos y de sufrirlos por su dureza. Ó pacientísimo Jesús, ¡con cuánta razon podrias estar enfadado de estar conmigo, haciéndome grandes mercedes, y sufriendo mis grandes maldades! pero tu paciencia es infinita, y aunque muestras enojo contra las culpas, tienes compasion de los culpados para librarles de ellas. Líbrame, Señor, de las mias, para que goce de tus misericordias.

2. Lo segundo, *mandó traer allí el endemoniado; y en viéndole, el mal espíritu le atormentó y revolcó por la tierra, en señal de lo mucho que aborrecia al Redentor.* Y si en presencia de Cristo así trata á los que posee, ¿qué hará en ausencia? Afligido con esto el padre del mozo, dijo al Señor: *Si puedes algo, ayúdanos, teniendo misericordia de nosotros.* Pero viendo Cristo nuestro Señor la poca fe de este hombre, para curar primero á él que al hijo, díjole una memorable sentencia (*Marc.* IX, 19): *Si puedes creer, todas las cosas son posibles al que cree.* Todas, dice, sin sacar ninguna, por grandes y dificultosas que sean. ¡Oh omnipotencia del Salvador, que haces omnipotentes á los que confian en tí, con tal que confien como deben en tu infinita misericordia! ¿Cómo no tendré fe y confianza en esta pa-

labra del Señor (*D. Bern. Serm. 8 in Cant.*), pues es fidelísimo en cumplir lo que promete, y omnipotente para ejecutar lo que dice? Ó buen Jesús, pues todo lo puedes, y me dices que si puedo creer lo podré todo, hazme que pueda creer y que crea del modo que tú quieres, para que pueda en tí todo lo que me prometes.

3. El padre del mózo, oyendo esto y viendo que de su fe dependia la salud de su hijo, respondió con fervor y humildad: *Credo, Domine, adiuva incredulitatem meam:* creo, Señor, pero ayuda mi incredulidad, que es decir: creo cuanto puedo, y lo que me falta de fe, súplalo tu bondad. En las cuales palabras enseña un modo de orar maravilloso, haciendo luego todo lo que puedo, y pidiendo á Dios añada lo que me falta. Creyendo, he de pedir aumento de fe, y humillándome, he de pedir aumento de humildad, y amando, pediré aumento de caridad. Ó dulce Jesús, creo y mil veces creo cuanto me dices y espero cuanto me prometes; pero mi fe es muy flaca, y mi confianza corta; suple mi falta, fortaleciendo mi fe y perfeccionando mi esperanza, pues á tu bondad pertenece acabar el bien que ha comenzado.

PUNTO TERCERO. — 1. *Entonces Jesús, amenazando al demonio, dijo: Espíritu sordo y mudo, yo te mando que salgas de este mozo, y nunca mas vuelvas á él. El demonio salió dando gritos y atormentando mucho al hombre, dejándole como muerto; pero tomándole Cristo por la mano, le levantó sano y fuerte, dándole á su padre, admirándose todos de la grandeza de Dios.* (*Marc.* IX, 24; *Luc.* IX, 43). Aquí se ha de ponderar lo primero, el señorío de Cristo nuestro Señor sobre los demonios, y el imperio con que mandó á este dos cosas, salir luego y no volver mas á entrar, y no carece de misterio haberle dicho esta vez (*Luc.* XI, 24): *Amplius ne introeas in eum.* No vuelvas mas á entrar en él, porque sabia bien Cristo nuestro Señor la condicion del demonio, cuando ha estado mucho tiempo en una alma, y le han echado de ella, que no halla descanso hasta volver, llevando consigo otros siete peores que él; ó para reprimir esta fiereza, quiso usar de su cumplida misericordia, mandándole que ni solo ni acompañado volviese mas á este mozo, y así lo hizo.

2. Lo segundo, se ha de ponderar lo mucho que siente el demonio salir del alma, especialmente cuando ha mucho que la posee, y los dolores que padece la pobre alma al tiempo que ha de salir de su tiranía y dejar los vicios en que ha vivido, los cuales son dolores como de muerte, pero necesarios para que cobre la vida; y así por mas que el demonio me amedrente, ó el mundo y la carne me espan-

ten, no tengo de dilatar mi conversion, echando de mí á este tirano lo mas presto que pudiere; porque cuanto mas yo lo dilatare, tanto él mas se embravecerá contra mí, y será mas dificultoso de echar.

3. Lo tercero, ponderaré la bondad de Cristo nuestro Señor y su benignidad en dar la mano al caido, y levantarle y vivificarle, porque él solo puede restituirle la vida y la salud entera, y aunque pudiera tomar este mozo para su servicio, no quiere sino volvérsele á su padre, mostrando en todo su caridad, y cuán sin interese hace el bien que puede. Ó Dios de mi alma, todo esto me convida á que te ame y sirva muy de veras; mas pues me has librado del demonio, manda que no vuelva á mí, y tómame por tuyo, porque no tengo ni quiero otro padre sino á tí, á quien sea honra y gloria por las grandezas que obras en tus hijos, para provecho de ellos. Amen.

PUNTO CUARTO. — 1. *Entrando el Señor en casa, llegaron á él sus discípulos, y le dijeron: ¿Por qué nosotros no pudimos echar este demonio? Respondióles: Por vuestra incredulidad. Dígoos de verdad, que si tuviéreis fe, como un grano de mostaza, y dijéreis á este monte: Pásate de aquí, ninguna cosa os será imposible; pero este linaje de demonios con ninguna cosa puede salir, si no es con oracion y ayuno.* (*Matth.* XVII, 19).—Lo primero, ponderaré la prudencia de Cristo nuestro Señor en no querer manifestar en público la poca fe de sus discípulos, que fue parte de la causa porque el demonio no salió de aquel hombre, sino en público reprendió la incredulidad de la nacion que era pública, y en lo secreto la de sus discípulos que era secreta, enseñándonos el modo de reprender á otros con discrecion.

2. Lo segundo nos avisa, como para alcanzar grandes cosas, es menester una fe semejante al grano de la mostaza, que es pequeño en la cantidad, pero grande en la acrimonia y eficacia; así la fe y confianza ha de ser fuerte, vehemente, viva y eficaz; pero en sujeto humilde y pequeño en sus ojos, y desconfiado de sí, para que totalmente se fie de Dios. (*Marc.* XI, 23). Con esta fe podrémos arrancar de su lugar cualquier monte, por arraigado que esté; esto es, echar de los cuerpos y de las almas al demonio, envejecido en ellas, y arrancar el espíritu de soberbia, de ira ó gula, y los demás estorbos terrenos que nos impiden servir á Dios. Ó Señor omnipotente, siembra en mi alma este grano de mostaza, pues yo no puedo tener tal fe, si tú no me la das. Dame, Señor, una fe que sea vehemente por el ardor de la caridad, y segura por la pequeñez de la

humildad, y en ambas cosas semejante al grano de mostaza, de la cual nazca un árbol de virtudes, en quien puedan recrearse los Ángeles del cielo. Amen.

3. Lo tercero, añade Cristo nuestro Redentor, que este linaje de demonios tan arraigados no puede salir sino con oracion y ayuno. (*D. Bern.* Serm. 4 in 40). De suerte qué con la fe y confianza han de juntarse oracion y ayuno, salidas de la misma fe; porque si la confianza es como grano de mostaza, en tales casos brota humos de oraciones á Dios, y humillacion de ayunos para impetrar lo que pide, confiando de alcanzarlo por estos medios. Y usa Cristo nuestro Señor de palabras comunes al que cura y al que es curado, porque ambos han de tener estas virtudes.-Con estas armas espirituales me tengo de hacer espíritu para pelear y vencer á los malignos espíritus, sutilizando la carne pesada con el ayuno, y levantando el espíritu á Dios con la oracion, para que suba al cielo como vara de humo, salida de mirra y de incienso (*Cant.* III, 6): de mirra de penitencia y de incienso de oracion; y con este humo espante, como dijo el Ángel á Tobías (*Tob.* VI, 8), á todo género de demonios, de modo que no se atrevan á llegar á mí. Ó Redentor mio, que estuviste en el monte Tabor trasnochando en oracion y ayuno antes de echar este demonio, que tus Apóstoles no pudieron rendir, dame el espíritu de oracion y penitencia, con que sujete mi carne, dome mis pasiones y eche de mí los espíritus de soberbia y vanidad, para que subiendo contigo al monte de la mirra (*Cant.* IV, 6) y al collado del incienso, juntando ayuno y oracion, merezca subir contigo al monte Tabor de tu gloria. Amen.

MEDITACIONES

DE LOS DIFUNTOS QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR RESUCITÓ, Y DE LA RESURRECCION ESPIRITUAL DE LOS PECADORES.

—Las meditaciones de los tres difuntos, que Cristo nuestro Señor resucitó, se han de hacer no solamente ponderando el milagro, sino la significacion de él, que es la resurreccion espiritual de todos los pecadores que se convierten á Cristo nuestro Señor, los cuales se reducen á tres suertes. Unos que pecan por flaqueza ó ignorancia, figurados por la doncella de doce años, á quien resucitó Cristo en casa de sus padres. Otros pecan de pasion, figurados por el mancebo, hijo de la viuda de Naim, á quien resucitó el Señor cuando lo llevaban á enterrar. Otros pecan de malicia, figurados por Lá-

zaro, á quien resucitó Cristo despues de enterrado, representando en el modo de resucitarlos el modo de la resurreccion de los pecadores. —

MEDITACION XXXIX.

DE LA DIFUNTA, HIJA DEL ARCHISINAGOGO.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Habiéndose muerto una doncella de doce años, hija única de un príncipe de la Sinagoga, fué su padre á Jesús, y postrado á sus piés, le suplicó con grande instancia viniese á su casa, y pusiese sus manos sobre ella.* (*Matth.* IX, 18; *Marc.* V, 22; *Luc.* VIII, 42). Aquí se ha de ponderar lo primero, la calidad de esta difunta, y la causa de su muerte (y lo mismo se puede ponderar en el hijo único de la viuda de Naim), porque aunque era hija única de sus padres, y de padres ricos y nobles, y por consiguiente muy querida y regalada de ellos; sin embargo de esto, la salteó la muerte, sin que pudiesen atajarla, ni los padres, ni los médicos, ni la hacienda, ni el verdor de la edad, para que yo entienda que en toda edad y en cualquier fortuna y estado no hay seguridad de vida, sino que de repente me salteará la muerte; ponderando que aunque esta mujer y estos otros difuntos pudieron remediar el daño de la primera vez que murieron, despues que Cristo los resucitó, aparejándose para morir bien la segunda vez, yo no podré hacer esto; porque, como se ponderó en la parte I, meditacion VII, ley general es, que todos mueran una sola vez (*Hebr.* IX, 27), y el daño de la primera muerte no tendrá remedio. ¡Oh buen Jesús! no me asegure vanamente la flor de la edad, ni el regalo, ni las riquezas, ni las demás cosas de esta vida, dame que siempre tema con temor santo lo que siempre me amenaza. Y pues mi muerte no ha de ser mas que una, concédeme que sea buena.

2. Lo segundo, se ha de considerar que la muerte de esta gente moza, unas veces sucede por los pecados de los padres que los aman y regalan con demasía, y por su respeto atropellan la ley de Dios. Otras veces por pecados de ellos mismos, que se van sin freno tras sus inclinaciones, y quiere Dios atajarles esos pasos, porque no se condenen ó porque tengan menos infierno. Otras veces por favor, arrebatándolos, como dice el Sábio (*Sap.* IV, 11), antes que la malicia mude su corazon y el fingimiento engañe su alma. Otras veces por otras causas secretas de la gloria de Dios que no alcanzamos. De donde sacaré temor de la culpa por la cual entra la muerte

(*Rom.* v, 12), y arrojarme en la providencia paternal de Dios, suplicándole me dé la muerte en aquel tiempo y coyuntura que conviniere mas para mi salvacion y para su gloria.

3. Lo tercero, se ha de ponderar que así como esta difunta no pudo por sí buscar á Cristo para que le diese vida ni pedírsela, y se quedara muerta para siempre, si su padre no fuera á rogar por ella, así el pecador muerto por la culpa, y aunque es verdad que no está tan muerto, que no pueda llamar á Cristo nuestro Señor; pero importa mucho que tenga intercesores que rueguen por él y soliciten á Dios nuestro Señor que le resucite; y así me tengo de inclinar á pedírselo á menudo, diciéndole: Ó Padre piadosísimo, mira innumerables almas que hay por ese mundo, tan muertas y sumidas en sus culpas, que no te piden vida ni resurreccion. Yo, Señor, aunque indigno, te suplico que vengas á sus casas y toques con la mano de tu inspiracion sus corazones, para que cobren vida. Mira tambien mi hija única, que es mi alma y mi voluntad, la cual está como muerta por la culpa y tibieza en que vive. Ven, Dios mio, á mi indigna casa, tócala con el toque de tu mano poderosa, para que resucite con fervor á nueva vida.

Punto segundo. — 1. *En oyendo Jesús la peticion del archisinagogo, se levantó de donde estaba y se fué tras él, y llegando á su casa, viendo á mucha gente que estaba allí llorando, los dejó y se entró en el aposento de la difunta con solos su padre y madre y tres apóstoles, Pedro, Diego y Juan.* Aquí se ha de considerar lo primero, la benignidad de Cristo nuestro Señor en seguir luego á este archisinagogo, aunque su fe era imperfecta y no lo merecia, por cuanto le pedia como pidió el régulo (*Ioan.* IV, 48), que fuese á su casa á sanar á su hija, como si no pudiera desde allí sanarla sin menearse. Pero no le reprendió, porque le vió postrado á sus piés y humillado, y la humildad suple mucho nuestras faltas y mueve la misericordia de Dios á que las perdone; así como la soberbia del reyezuelo, y la entereza que mostró en pedirle la salud para su hijo, sin humillarse ni postrarse, le movió á indignacion y á que le zahiriese de su poca fe.

2. Lo segundo, ponderaré como Cristo nuestro Señor quiso hacer este milagro en secreto, porque como este era el mas famoso de cuantos habia hecho, por ser el primer difunto que resucitaba, quiso en él darnos ejemplo de humildad y de huir la vana ostentacion de los hombres; y en confirmacion de esto, hecho el milagro, mandó á los que estuvieron presentes con gran fuerza que no lo publicasen;

pero juntamente quiso que hubiese testigos que despues le manifestasen para nuestro provecho. Y no sin misterio escogió para esto á los tres apóstoles dichos, los cuales fueron tambien testigos de su transfiguracion en el monte Tabor y de la afliccion que padeció en el huerto de Getsemaní, para significar que á los mas queridos y fervorosos da mas parte de sus secretos, especialmente en tres cosas; en las obras de la conversion de las almas, en las grandezas de su gloria y en las ignominias de su pasion. ¡Oh quién fuese tan dichoso, que privase con Jesús y siguiese á este Cordero donde quiera que va, sin apartarse un punto de su dulce compañía!

PUNTO TERCERO. — 1. *Tomando Jesús á la difunta por la mano, con voz alta, dijo: Puella, surge. Niña, levántate; y al mismo punto se levantó y anduvo, y la mandó dar de comer, quedando sus padres admirados de este milagro.*-Lo primero, ponderaré la omnipotencia del Salvador, pues con sola una palabra, no rogando como Elías y Eliseo, sino mandando con imperio, da vida á los muertos; y al punto el alma del difunto que está en el limbo, ó donde quiera que estuviere, oye su voz, y viene á entrar en su cuerpo, sin que pueda resistir ni haya quien pueda detenerla. Gózome, Salvador mio, de que seais tan poderoso, que llameis á las cosas que no son como si fuesen (*Rom.* IV, 17), y los muertos oigan vuestra voz y la obedezcan. Llamad, Señor, á todos los que están muertos por la culpa con la voz de vuestra inspiracion, para que resuciten á la vida de la gracia; y si ellos por su libre albedrío resistieren, porque á nadie quereis forzar, tornad á llamarlos con mas eficacia, porque si quereis usar de vuestro poder, ¿quién habrá que no se rinda á vuestra voluntad?

2. Lo segundo, ponderaré la causa por que tomó de la mano á esta difunta, y ella comenzó á andar, y la mandó dar de comer; lo cual no hizo con los otros difuntos. Todo fue para significar, que los pecadores que mueren y pecan por flaqueza, figurados por esta niña, son vivificados por Cristo, ayudándoles con su mano poderosa á vencer aquella flaqueza; y así en resucitando con su virtud, quiere de ellos dos cosas.-La una, que no estén ociosos, ni se queden en la cama de la pereza, sino que luego comiencen á andar y ejercitar buenas obras, aprovechando en el camino de la virtud.-La segunda, que coman èl pan que confirma el corazon (*Psalm.* CIII, 15), que es el santísimo Sacramento del altar, con cuya virtud acaban de fortalecer; y en mandar á otros que dén de comer á la difunta, da á entender, que manda á sus ministros dén este pan de vida á

los pecadores convertidos, para que se alienten á proseguir la jornada que han comenzado. Ó Salvador de mi alma, tomadla de la mano, porque juntándose la vuestra con la mia, luego me levantaré y comenzaré á trabajar, sacudiendo de mí toda pereza. Dadme tambien de comer el pan de vida sobresustancial, que conforta á los flacos, alienta á los corazones desmayados, para que con su virtud no me canse de caminar, hasta que llegue al monte santo de Horeb (III *Reg.* XIX, 8), donde vea vuestra gloria por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XL.

DEL DIFUNTO HIJO DE LA VIUDA DE NAIM.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Caminando Jesús á la ciudad de Naim con sus discípulos y otra mucha gente, llegando á la puerta de la ciudad, sacaban á enterrar á un mancebo difunto, hijo único de su madre, que era viuda, é iba con ella mucho acompañamiento del pueblo.* (*Luc.* VII, 11).-En persona de este mancebo difunto, fuera de lo que se dijo en la meditacion pasada de la muerte, consideraré al pecador que está muerto por culpas nacidas de sus vehementes pasiones, cuya alma está encerrada en su cuerpo, como en unas andas ó ataud; porque todo cuanto piensa, habla y trata, es en carne y de su carne. Los que llevan estas andas son cuatro apetitos ó pasiones vehementes; conviene á saber, lujuria, que es apetito de deleites sensuales; ambicion, que es apetito de honras vanas; codicia, que es apetito de riquezas; y la ira, que es apetito de venganza contra los que le impiden estos bienes. De estas cuatro pasiones es llevado este miserable pecador á entrar en el abismo de innumerables pecados, y despues en el abismo del infierno, si Cristo nuestro Señor no le ataja. De donde sacaré afectos de compasion, viendo el mundo lleno de estos muertos, que salen cada dia en público, y están en las plazas y puertas de las ciudades, diciendo con Jeremías (*c.* IX, 1): ¡Quién diese agua á mi cabeza y fuentes de lágrimas á mis ojos, para llorar de dia y de noche los muertos de mi ciudad!

2. Lo segundo, ponderaré la caridad y providencia de Cristo nuestro Señor en venir á Naim en tal coyuntura, que se encontrase con este difunto, pues no fué acaso sino sabiéndolo, y con deseo de resucitarle, ofreciéndose á ello sin que nadie se lo pidiese: á la doncella resucitó á peticion de su padre; á Lázaro, por peticion de sus hermanas; pero á este de su solo motivo, para significar la grande-

za de su misericordia en buscar las almas muertas, salirlas al encuentro y ofrecerlas el remedio, aunque no se le pidan, movido de la compasion que tiene de ellas; y aun cuando se lo piden, él previene é inspira que se lo pidan, de suerte que todo nuestro bien comienza de su misericordia. Ó Padre de las misericordias, mirad la muchedumbre de pecadores muertos que andan por las plazas de este mundo. Compadeceos de ellas, salidlas al encuentro, atajad sus pasos, antes que la muerte les coja en ellos.

PUNTO SEGUNDO.— 1. *Mirando el Señor á la viuda, tuvo misericordia de ella, y díjola: Noli flere. No quieras llorar; y acercándose mas, tocó las andas, y al punto pararon los que las llevaban.*—Lo primero, se ha de ponderar como Cristo nuestro Señor quiso hacer este milagro, no en secreto como el pasado, sino en público para gloria de su Padre, y para autorizar su doctrina; y para que se viese que no lo hacia por ostentacion, sino de compasion, enterneciése viendo la miseria de aquella mujer, por ser viuda y ser único el hijo que perdió, en lo cual nos enseña la prudencia en hacer las obras públicas, de modo que no se busque ostentacion. Y tambien la compasion que debemos tener de los afligidos y desconsolados, á imitacion de nuestro gran Dios (*Psalm.* LXVII, 6), que es padre de huérfanos, marido de viudas y amparo de todos.

2. Lo segundo, ponderaré como las lágrimas de esta viuda, sin hablar ni pedir nada, movieron á Cristo nuestro Señor á que resucitase su hijo, porque las lágrimas que derramamos por nuestros pecados ó por los pecados ajenos son un modo de oracion poderosa con Dios, para moverle á remediar nuestras miserias. Ó Padre misericordiosísimo, cuyos ojos se enternecen viendo llorosos á los nuestros, muévante á compasion las lágrimas de nuestra madre la Iglesia, viuda por tu ausencia, la cual llora nuestras culpas, como si cada uno fuese hijo único salido de sus entrañas, y por sus lágrimas concededme lo que yo no merezco por las mias. Quita, Señor, la causa de este lloro para consolarla, diciéndola: No quieras llorar, porque yo daré vida al hijo por quien lloras.

3. Lo tercero, ponderaré como Cristo nuestro Señor se llegó á las andas y las tocó, y pararon los que las llevaban, para significar que antes de resucitar al pecador, le toca con la mano de su omnipotencia y con fuertes inspiraciones, ya de temor con amenazas, ya de esperanza con promesas, y hace que cese el ímpetu de las cuatro pasiones que le arrastraban, las cuales por mas bravas que sean, se rinden al toque é imperio de Cristo. Ó manos de Jesús, que tocásteis

el madero de la cruz, por dar vida al que murió tocando con las suyas la fruta del árbol vedado, tocad los pecadores, muertos por la culpa, para que se dispongan á recibir la vida de la gracia.

PUNTO TERCERO. — 1. *Luego dijo Jesús: Mancebo, á tí te digo, levántate; y al punto el difunto se sentó y comenzó á hablar, y Cristo se lo dió á su madre.* Aquí se ha de ponderar lo primero, la omnipotencia del Salvador en este milagro, porque no tuvo necesidad, como Elías y Eliseo (III *Reg.* XVII, 21; IV *Reg.* IV, 34), de detenerse sobre el cuerpo del mozo difunto, juntando rostro con rostro, y ojos con ojos, ni aun le tocó con la mano, como á la hija del archisinagogo, sino con una palabra imperiosa, hablando con el muerto, como si estuviera durmiendo.

2. Lo segundo, ponderaré como este mancebo, no sin misterio, no luego comenzó á andar como la hija del archisinagogo, sino sentándose en las andas comenzó á hablar, para significar que los pecadores que están arrastrados de sus pasiones, van sanando de ellas poco á poco: primero reciben la vida de la gracia, y apartan el afecto desordenado de las cosas carnales, aunque todavía se quedan con algo de aficion que les pega, y traba el corazon con ellas; pero despues vienen del todo á despegarse de las costumbres viciosas. Además luego comienzan á hablar, confesando sus yerros, pidiendo perdon de ellos, proponiendo la enmienda, y alabando á Dios por las mercedes que les hace. De donde sacaré aviso para no indignarme contra los que no dejan de un golpe las costumbres de la vida vieja; pues aunque la justificacion se hace en un momento, la perfeccion de ella va poco á poco.

3. Finalmente, ponderaré la caridad de Cristo nuestro Señor en volver el hijo á su madre viuda, aunque pudiera tomarle para sí; pero no quiso, porque atendiese á servirla en su vejez y viudez, y para que su consuelo fuese cumplido, para significar que es propio de Cristo restituir los pecadores á su madre la Iglesia. Y así como este mancebo que salió de casa de su madre muerto, y llevado de otros, se volvió á ella vivo por su pié con alegría de su madre, así el pecador que sale de la congregacion de los justos, llevado de sus pasiones, vuelve á ella vivificado por Cristo, con libertad de espíritu y alegría de la Iglesia. Gracias te doy, dulcísimo Salvador, por el bien que haces á tantas almas. ¡Oh si todos los pecadores se volviesen á juntar con la congregacion de los justos, para que la Iglesia se goce de tener muchos hijos vivos! Pues tú, Señor, puedes darla este gozo, no la prives de él, para que tu nombre sea glorifi-

cado, y digamos lo que dijo la gente que vió este milagro: Un gran profeta se ha levantado entre nosotros, y Dios ha visitado con misericordia á su pueblo.

MEDITACION XLI.

DE LA RESURRECCION DE LÁZARO.

PUNTO PRIMERO.—*Modo de orar perfecto.*— 1. *Cayendo enfermo Lázaro hermano de Marta y María, que eran muy amadas de Cristo nuestro Señor, ellas le enviaron un recado diciendo: Señor, mira que el que amas está enfermo.* (*Ioan.* XI, 3). En estas palabras se nos enseña un modo de orar breve, perfecto y muy eficaz, propio de los varones espirituales, ejercitados en la vida activa y contemplativa, figurados por Marta y María, el cual llama Hugo de Santo Víctor (Lib. de modo orandi, *c.* 2), modo de orar por insinuacion, y consiste en representar á Dios brevísimamente alguna necesidad del cuerpo ó alma que padezco, alegando títulos del amor que me tiene, dejando en todo lo demás el cuidado de mi remedio á su divina providencia, con grande confianza y resignacion en su voluntad, porque si sé que me ama, bàsta esto para que crea hará lo que me conviene, aunque yo no le pida nada. Este modo de orar presupone grande estima del amor que Dios nos tiene, grande confianza en su bondad y grande resignacion en su voluntad, no queriendo mas de lo que él quisiere, cuanto al remedio de mis necesidades, y al lugar, tiempo y modo de remediarlas.

2. Con estos afectos tengo de decir á menudo y con pàusa esta jaculatoria: *Domine, ecce quem amas infirmatur.* Señor, el que amas está enfermo, y en lugar de esta palabra puedo poner otras semejantes; Señor, el que amas está triste, está desconsolado, tibio, seco, indevoto; está tentado de ira, de impaciencia y de soberbia; está desterrado de tu cielo; está con peligro de muerte y de condenarse para siempre, etc.—Además en lugar de la palabra *el que amas,* puedo poner otras que abracen títulos de amor, diciendo: Señor, el que criaste á tu imágen y semejanza, está desfigurado; el que redimiste con tu sangre, está manchado de pecados; el que prohijaste en el Bautismo, está rodeado de enemigos que le oprimen; el que escogiste para religioso, está lleno de imperfecciones que le afean. Y haciendo pàusa en cada jaculatoria de estas, derramaré mi corazon delante de Dios, esperando que me dará lo que mas me conviene,

resignándome á estar por lo que ordenare. Este modo de orar es semejante al de la Vírgen, cuando dijo en las bodas (*Ioan.* II, 3): *Fili, vinum non habent.* Hijo, no tienen vino, como allí se ponderó. Y tambien al que insinuó la Esposa, cuando dijo: Conjúroos, hijas de Jerusalen, que si topáreis á mi Amado, le digais (*Cant.* V, 8): *Quia amore langueo.* Que estoy enferma de amor. Como quien dice: Basta que llegue á su noticia que estoy enferma, para que acuda á remediar mi enfermedad.

PUNTO SEGUNDO. — 1. *Respondió Jesús á este recado: Esta enfermedad no es de muerte;* esto es, no parará en muerte, *sino para gloria de Dios, y para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella; y detúvose dos dias donde estaba, y en este tiempo murió Lázaro.* Esta respuesta trazó Cristo nuestro Señor, para consolar por una parte á estas devotas mujeres, y por otra parte para probar su virtud fuertemente, porque se viese cuál era la fe y resignacion que mostraba su oracion.—Lo primero, ponderaré el modo como Cristo consuela á estas hermanas afligidas, con la razon de mayor consuelo que hay en la tierra, que es decirlas, que la enfermedad de Lázaro, y las enfermedades y penalidades de los escogidos, así del cuerpo, como del espíritu, todas son para gloria de Dios, y suya; y que sabe el suceso que han de tener antes que vengan, y el bien que ha de sacar de ellas. Y esta gloria de Dios resplandece, ó en librarnos de ellas cuando menos pensamos con un modo maravilloso, ó en darnos en ellas maravillosa paciencia y maravillosos dones de su gracia. Ó gloria mia y Señor mio, si es así que mis enfermedades y trabajos son para gloria tuya, vengan en hora buena, no quiero rehusarlos, por no menoscabar tu gloria; yo me gloriaré en ellos, pues tú eres en ellos glorificado. De buena gana me glorio yo en mis enfermedades (II *Cor.* XII, 9), para que more en mí la virtud de Cristo.

2. Lo segundo, ponderaré la grande prueba y afliccion de estas hermanas, viendo que su hermano murió, habiéndoles Cristo enviado á decir, que su enfermedad no era de muerte; lo cual hizo Nuestro Señor para probar su fe, y rendimiento de juicio en sujetarse á lo que no entendian, y para probar su paciencia y resignacion, viendo por la obra lo contrario de lo que deseaban. En estas dos cosas prueba Dios á los grandes Santos, como probó á Abrahan (*Genes.* XXII, 1), cuando le mandó sacrificar á su hijo, de quien le habia prometido sucesion innumerable, como dice san Pablo (*Rom.* IV, 18), creyó en la esperanza contra la esperanza, pensando que Dios era poderoso para resucitarle. Y lo mismo pretendió Cristo nues-

tro Señor que hiciesen estas hermanas de Lázaro: y lo mismo he yo de hacer, cuando Nuestro Señor me diere lo contrario de lo que pido, como si le pido salud ó humildad, y permite que crezca la enfermedad, y sea mas tentado de soberbia; entonces he de decir aquello de Job (*c.* XIII, 15): Aunque me mate esperaré en él, reprenderé mis obras en su presencia, y él será mi Salvador. Ó Salvador dulcísimo, en tus manos me arrojo, á tí rindo mi juicio y mi voluntad, y me ofrezco á pasar por todo lo que ordenares. Aunque me mates no perderé la esperanza de que me puedes resucitar; y si dijeres que tengo de morir, y me viere morir, creeré en la esperanza contra la esperanza, porque entenderé que esta muerte será para darme mejor vida.

PUNTO TERCERO.— 1. *Pasados dos dias, dijo Jesús á sus Apóstoles: Volvamos otra vez á Judea. Y diciéndole ellos: Maestro, poco há que te querian apedrear los judíos en Judea, y quieres volver allá;* él, sin embargo de esto, dijo que sí, porque en atravesándose la gloria de su Padre, rompia por todas las dificultades del mundo; y para animarles á otro tanto, les dió dos razones maravillosas.—La primera: *¿Por ventura el dia no tiene doce horas?* Que es decir: como el dia tiene doce horas, y es imposible que no las cumpla, así el dia de mi vida, y el de la vuestra, y el de la vida de todos, tiene tasadas las horas por la divina ordenacion, y ninguno podrá cortarlas antes de tiempo. (*Iob,* XIV, 5). Por tanto bien podemos seguramente acometer lo que fuere gloria de Dios, sin miedo de perder la vida antes de lo que Dios quisiere y tuviere ordenado; cuanto mas que en doce horas se mudan los hombres y las cosas, y Dios muda las voluntades; y así por lo que pasó en la primera hora, no hay que temer, que quizá estará mudado en la postrera.

2. La segunda razon fue: *Quien anda de dia y con luz, no tropieza, porque ve la luz.* Que es decir: Quien anda en verdad delante de Dios, no tiene que temer, porque la verdad y luz de Dios le librará de caer y de morir mientras Dios quisiere que viva. Pero los que andan de noche y en tinieblas, esos temen y tropiezan, porque les falta la verdadera luz de la fe y de la gracia; y así en castigo de sus culpas vienen á caer y perder la vida antes de tiempo; porque los malos y engañadores, como dice la Escritura (*Psalm.* LIV, 24; *Amos,* VIII, 9), no dimediarán sus dias, y el sol se les pondrá cuando habia de ser para ellos mediodía. Con estas dos razones he de animarme á no dejar las cosas del servicio de Dios por temor de los hombres y de sus persecuciones; pues como no pueden añadirme un dia,

ni una hora de dia á las que Dios ha señalado, tampoco me la podrán quitar contra su ordenacion; y si soy hijo de la luz agradable á Dios, no hay porque tema á los hombres; pues el mismo Señor dice (*Isai.* LI, 7): No queráis temer los desprecios y vituperios de los hombres, ni os espanten sus blasfemias; porque como el gusano come la ropa, y la polilla el paño, así estos perecerán. Y ¿quién eres tú para que temas tanto al hombre mortal, y al hijo del hombre que se seca como el heno? Como quien dice: Aunque mirando lo que eres de tu cosecha, tienes mucho por qué temer; mas mirando que soy yo tu protector y redentor, no hay razon porque temas.

3. Dicho esto, declaró Cristo nuestro Señor á sus Apóstoles la muerte de Lázaro poco á poco, y con palabras muy misteriosas, diciéndoles primero: *Lázaro nuestro amigo duerme, voy á despertarle de su sueño.* En las cuales palabras llamó sueño á la muerte de Lázaro, no solamente porque le era tan fácil resucitarle, como lo es despertar á un dormido; lo cual es comun á la muerte de buenos y malos, sino tambien para significar la diferencia que hay entre la muerte de sus amigos (*Psalm.* CXXVII, 3) y la de sus enemigos; porque como el dormido con el sueño descansa, y luego vuelve á vivir la vida que solia, así los amigos y queridos de Dios mueren para descansar de sus trabajos (*Apoc.* XIV, 13), y para resucitar á vida, que por excelencia merece nombre de vida, cual es la vida eterna en que se les da la herencia de la gloria. Pero los enemigos mueren para quedarse muertos para siempre, porque su resurreccion no será para vida (II *Mach.* VII, 14), sino para muerte eterna.

4. Á este dicho de Cristo respondieron los Apóstoles: *Maestro, si duerme, estará salvo.* Como quien dice: Señal es de salud dormir el enfermo, no hay para que tomar tanto trabajo con tanto peligro por ir á despertarle. En lo cual se representa la repugnancia de la gente imperfecta, la cual no quiere entender lo que no querria hacer, si no es que se le digan muy claro, y nunca le falta de donde asir para excusar de cumplir lo que Dios y sus ministros le ordenan. Al modo que los Apóstoles con la repugnancia que tenian de ir á Judea, pensaron que Cristo nuestro Señor hablaba de verdadero sueño, siendo fácil de entender que no habia de moverse para solo despertar un dormido. Y así, viendo esto Cristo, díjoles claramente: *Lázaro es muerto, y gózome por vosotros para que creais.* En las cuales palabras descubre la estima que tiene de que crezca nuestra fe y nuestra virtud, pues se goza de la muerte de Lázaro, porque de ella habia de resultar gran bien á sus discípulos; y aunque los Após-

toles ya creian esto, con todo eso dice: *Ut credatis.* Para que creais, enseñándonos un ejercicio de virtud propio de los justos fervorosos, los cuales con cada razon que Dios les descubre de sus misterios, creen de nuevo, y le dicen: Señor, si hasta ahora no hubiera creido, ahora creyera de nuevo, y renuevo mi fe. De la misma manera el perfecto religioso hace sus votos muchas veces, como si de nuevo los hiciera, diciendo á Dios: Si no hubiera prometido castidad, ahora la prometiera, y de nuevo la prometo.

5. Finalmente, viendo Tomás la resolucion de Cristo nuestro Señor, y que decia: *Eamus ad eum:* vamos á donde está Lázaro, respondió con gran valor, hablando con sus condiscípulos: *Eamus et nos, ut moriamur cum eo.* Vamos tambien nosotros para que muramos con él; como quien dice: No dejemos á nuestro Maestro, pasemos por el peligro en que él se pone, muriendo á donde él muriere. En lo cual mostró gran fervor en dos cosas: la una, en ofrecerse á morir con Cristo; y la otra, para exhortar á sus compañeros para lo mismo, ejercitando á la par los dos actos de caridad, que son amor de Dios y del prójimo, amando á Cristo mas que á su vida, y provocando al prójimo que le ame de la misma manera. Ó Maestro soberado, yo me ofrezco de ir y morir contigo, si fuere menester por no dejarte, porque tú eres mi vida, y morir por tí será ganancia. (*Philip.* I, 21).

PUNTO CUARTO. — 1. *Llegando Jesús á Betania, halló que Lázaro estaba muerto y enterrado, cuatro dias habia; y saliéndole á recibir Marta, le dijo: Señor, si estuvieras aquí, no muriera mi hermano.* Como quien dice: Si te hallaras presente, atajarias con tiempo su enfermedad. En lo cual se reprcsenta, que como Lázaro enfermó y murió en ausencia de Cristo, así tambien cuando Nuestro Señor se ausenta de nosotros, escondiendo su rostro, y cesando de hacernos los favores del espíritu que suele, suelen brotar las pasiones y tentaciones, y las enfermedades de tibiezas y flaquezas espirituales; las cuales alguna vez suelen parar en muerte de culpa; pero cuando él está presente todo cesa, y con su presencia lo ataja. Ó Redentor mio (*Psalm.* CXVIII, 8; *Casian. Collat.* IV, *c.* 8), *non me derelinquas usquequaque.* No me desampares con demasía. No te pido que no me dejes á tiempos para ser probado, sino que no me dejes tanto, que venga á ser vencido.

2. Luego añadió Marta: *Sé que te dará Dios cuanto le pidieres.* En lo cual mostró tener muy corta fe de la divinidad de Cristo nuestro Señor, creyendo ser menester que pidiese á Dios lo que habia de

hacer; y así antes de hacer el milagro, quiso curar su imperfeccion, diciendo entre otras cosas: *Yo soy resurreccion y vida; el que cree en mí, aunque muera vivirá; y cualquiera que vive, y cree en mí, no morirá para siempre.* Que es decir: Yo soy autor de la resurreccion de las almas, muertas por la culpa, dándolas la vida de la gracia, y despues la de la gloria. Tambien soy autor de la resurreccion de los cuerpos muertos, restituyéndoles cuando y como quiero la vida que perdieron, y muy mejorada de como antes la tenian; y el que con viva fe creyere esto, no quedará muerto para siempre. *¿Crees esto que te he dicho?* Ella con gran fervor, como quien corregia su corta fe, y estaba corrida de la cortedad que habia tenido, respondió: *Utique, Domine; y como, Señor, creo, y he creido que tú eres Cristo Hijo de Dios vivo, que veniste á este mundo.* Y por consiguiente creo que eres resurreccion y vida, y que puedes resucitar á mi hermano, no solo rogando como hombre, sino mandándolo como Dios. Por donde se ve como los verdaderos discípulos de Cristo son dóciles y fáciles en corregir sus yerros, y de ellos toman ocasion para hacer nuevos actos en la virtud que faltaron, por recompensar con ellos las faltas pasadas.

3. Luego tengo de ponderar la caridad del Redentor, y el cuidado que tiene con los que le aman; porque estando resuelto de resucitar á Lázaro, quiso que se hallase presente María, premiándola con esto el fervoroso amor con que le servia, dándola nuevos motivos de aumentar y perfeccionar el amor con la vista de tan esclarecidos milagros y beneficios; y así le envió un recado con Marta, la cual en secreto la dijo: *El Maestro está aquí, y te llama; y en oyéndolo se levantó de presto, y fué donde estaba Jesús: y en viéndole se postró á sus piés, y le dijo: Señor, si estuvieras aquí no muriera mi hermano.* En este hecho descubrió María tres grandes virtudes.—La primera, obediencia presta, puntual y amorosa, nacida de la grande estima que tenia de Cristo nuestro Señor; porque en oyendo que la llamaba, *ut audivit, surgit cito,* se levantó y fué prestamente, sin despedirse de los que estaban con ella, ni hacer otros comedimientos que la detuviesen, enseñándonos la puntualidad con que hemos de acudir al llamamiento de Dios, sin hacer caso de todo lo que es carne y sangre. (*Galat.* 1, 16).—La segunda virtud fue gran reverencia al Señor, porque en viéndole, al punto se postró á sus piés, sin hacer caso de que estaban allí muchos nobles de Judea, que le aborrecian, y llevaban mal cualquier honra que se le hiciese; y en esto excedió á Marta, de la cual no se dice tal cosa.—La tercera virtud fue mu-

cha mayor fe que su hermana, con gran resignacion, porque llena de amor y dolor dijo: *Señor, si estuvieras aquí no muriera mi hermano*. Pero calló lo demás que añadió Marta, porque estaba mas instruida en la fe de la divinidad de Cristo, como quien sentada á sus piés oia su doctrina. Y esta resignacion tan amorosa y confiada, sin pedir á Cristo nuestro Señor la resurreccion de su hermano, remitiéndola á su providencia y caridad, fue poderosa para recabarla; y así se la atribuye la Iglesia en la oracion de su fiesta, diciendo: *Cujus precibus exoratus*, etc. Por donde veré, cuánto mas pueden con Cristo afectos amorosos, que muchas palabras. Y como la Magdalena fue puntual en obedecer á Cristo, así Cristo lo fue en oir su deseo, y cumplir su peticion.

4. Últimamente, ponderaré el misterio de estas dos hermanas, Marta y María, que representan las dos vidas, activa y contemplativa, las cuales concurren para negociar la conversion y resurreccion de los pecadores; porque la predicacion, la oracion y contemplacion se hermanan muy bien para esta obra. Ni se paga Cristo nuestro Señor, que es autor principal de ella, de hacerla por sola Marta; sino que quiere que concurra María, para que entiendan los ministros del Evangelio, que con sus palabras han de juntar oraciones, y con sus sermones la meditacion y contemplacion de ellos para que hagan fruto. Y finalmente, como María hizo mas en esta obra que Marta, así muchas veces la oracion de los humildes y fervorosos hace mas que las palabras de los predicadores muy letrados, para que todos nos animemos á orar por los pecadores, pues vemos que Cristo nuestro Señor gusta de que María ore, llore, y con gemidos se lo pida.

PUNTO QUINTO.— 1. Lo quinto, consideraré las cosas señaladas que hizo Cristo nuestro Señor antes del milagro.—La primera fue llorar ó gemir, y bramar en su espíritu con señales exteriores de dolor, turbándose á sí mismo y sollozando, y esto fue dos veces. Una vez lloró de compasion por ver llorar á la Magdalena y á los circunstantes; porque propio es de la caridad (*Rom.* XII, 15), *flere cum flentibus*, llorar con los que lloran; y siendo Cristo la misma caridad y misericordia, no habia de faltar á las leyes de ella. La otra vez gimió de compasion del difunto, y por el pecado que introdujo la muerte en el mundo, porque allí se le representó cuán caro le habia de costar destruir la muerte y el pecado; y como por esta causa él habia de morir, y su cuerpo estaria amortajado en otro sepulcro como aquel, y su ánima apartada de él estaria en el limbo; y tambien gimió y bramó de compasion de los fariseos, que estaban allí,

y habian de calumniar aquel milagro, y tomar de él ocasion para procurarle la muerte. Por todo esto, *lachrymatus est Jesus*, derramó lágrimas Jesús. ¡Oh quién se hallara presente, y recogiera estas lágrimas de Jesús, y ungiera con ellas sus ojos, para que se convirtieran en fuentes de lágrimas; las cuales juntas con las suyas lavaran las manchas de mis pecados, y me volvieran la vida de la gracia que perdí por ellos! Ó dulce Jesús, por vuestras lágrimas dadme don de lágrimas.

2. Pero tengo de ponderar los diversos juicios que hubo de estas lágrimas de Cristo, porque los mas sencillos juzgaron que nacian de amor y compasion; y así dijeron: *Ecce quomodo amabat eum.* Mirad cómo le amaba, pues siendo persona tan grave, llora por él. Otros mas malignos las calumniaron, diciendo: *Pues le amaba, ¿por qué, como dió vista al ciego, no preservó á su amigo de la muerte?* Por donde veré, cuán errados son los juicios de los hombres, y cuán poco caso se ha de hacer de ellos, pues de una misma obra unos dicen bien, y otros dicen mal. Con lo cual me consolaré cuando algunos sintieren mal de las lágrimas y obras de devocion que yo ejercitare por voluntad de Dios.

3. Lo segundo, luego mandó Cristo nuestro Señor quitar la losa que cubria el sepulcro, para que todos viesen el cuerpo del difunto; y aunque pudiera con su palabra sola quitarla, no quiso, porque no queria mostrar el milagro en cosa que los hombres podian hacer por sí mismos, sino en lo que excedia á su facultad. Y es de ponderar, que Marta quiso estorbar esto con buen celo, diciendo: *Olerá mal, porque ha cuatro dias que está muerto;* en lo cual se representa, como algunas veces nuestros deudos y amigos impiden con título de amor nuestro bien espiritual; pretendiendo que no quitemos lo que nos estorba alcanzarlo.

4. Quitada la losa, levantó Cristo nuestro Señor los ojos al cielo, de donde habia de venir la vida de aquel difunto, enseñándome que mi remedio consiste en ver mis miserias, no á bulto, y encubiertas con losas blanqueadas, sino al descubierto, sintiendo la hediondez de mis pecados; y luego he de levantar la vista á Dios, de quien me ha de venir el remedio, pidiéndolo con humildad. *Luego dijo: Padre, gracias te hago porque me oiste, bien sé que siempre me oyes; pero digo esto por los circunstantes, para que crean que tú me enviaste.* - Esto fue especial en Cristo nuestro Señor, dar gracias antes de hacer el milagro, como quien estaba cierto de que su Padre gustaba que le hiciese. Y á este gusto y conformidad de voluntades lla-

ma ser oido. Pero tambien nos enseña, que quien desea recibir de Dios nuevas mercedes, ha de comenzar dando gracias por las recibidas, porque con este agradecimiento se dispone para recibirlas.

PUNTO SEXTO. — 1. Despues de esto, levantó Cristo nuestro Señor la voz, como quien hablaba con persona que está muy léjos, como lo estaba el alma de Lázaro (la cual, á lo que se cree, estaria en el limbo); representando tambien con este clamor la voz de trompeta clamorosa con que los muertos han de ser llamados á juicio (I *Cor.* XV, 52), y con gran imperio dijo: *Lázaro, sal á fuera.* Y al mismo punto el alma salió de donde estaba, y se juntó con el cuerpo; y el cuerpo vivo salió del sepulcro atado, como estaba con su mortaja, y cubierto el rostro con el sudario, para que se viese la grandeza del milagro, en dar juntamente á un muerto hediondo la vida y la salud perfecta, y el movimiento con estar atado; y aunque pudiera desatarle, no quiso, sino mandó que le desatasen y le dejasen ir, para que los mismos que le desataron fuesen testigos del milagro.

2. De todo lo cual sacaré afectos de admiracion y gozo por la omnipotencia de este Señor, como se ponderó en las meditaciones precedentes. En especial, consideraré en la persona de Lázaro á un pecador que antes habia sido justo, y ausentándose de él Dios nuestro Señor para probarle, probó mal, porque primero enfermó por tibieza, luego murió por consentimiento en la culpa; fue enterrado, porque se rindió á las aficiones de las cosas terrenas, y se sumió en ellas; despues cayó sobre él la losa de la dureza de corazon por costumbre de largos dias en pecar. Y últimamente, estuvo hediondo por el mal ejemplo que dió de sí á otros, á quien escandalizó. De donde procede, que ni él llama á Cristo para que le ayude, ni tiene cuidado de esto. Pero luego ponderaré cuán propio es de los justos con afecto de hermanos rogar á Dios por los pecadores, y cuán propio es de Cristo oir sus oraciones, y venir á resucitarles para gloria de su Padre, descubriendo la eficacia de su palabra interior, que es la inspiracion en sacarlos con vida del sepulcro, manifestando la eficacia de su palabra, sacándoles de sus abominables pecados, para que con esto no desesperemos de la conversion de ninguno por malo que sea. Mas así como Lázaro salió del sepulcro vivo, pero atado con sus mortajas, las cuales le quitaron los Apóstoles, así suelen los pecadores resucitar á la vida de la gracia atados con muchas reliquias de los pecados y costumbres viciosas de la vida vieja, de las cuales se van desatando despues con la industria y direccion de los confesores,

á los cuales tambien dejó Cristo nuestro Señor sus veces, como lo prometió á san Pedro (*Matth.* XVI, 19), para que con la voz de la absolucion sacramental desaten á los pecadores, á quien él mismo con la voz de su inspiracion despierta, para que confiesen sus pecados. Ó poderosísimo Salvador, pues tus obras son perfectas, y me has sacado vivo del sepulcro de mis culpas, líbrame de las ataduras viciosas que resultaron de ellas. No rehúso acudir por ayuda á tus ministros, sino pido tu favor para quedar libre y sano por medio de ellos. Amen.

MEDITACION XLII.

DEL CONCILIO QUE JUNTARON LOS FARISEOS CONTRA CRISTO NUESTRO SEÑOR, EN QUE CAIFÁS DECRETÓ QUE MURIESE.

PUNTO PRIMERO.— 1. *Algunos de los judíos, que vieron el milagro de la resurreccion de Lázaro, fueron á dar cuenta de ello á los fariseos: y en oyéndolo, juntaron los pontífices un concilio diciendo: ¿Qué hacemos, porque este hombre hace muchos milagros? Y si le dejamos así, todos creerán en él, y vendrán los romanos y destruirán nuestro templo y gente.* (*Ioan.* XI, 46). Aquí se ha de ponderar lo primero, cuán abominables son los que se han sujetado al vicio del odio y de la envidia, fundado en la pretension de su propia honra é interese; pues de los milagros y obras de Cristo sacan motivo de mayores pecados, haciendo de la triaca ponzoña para perecer con ella; y de donde otros toman ocasion de virtud para salvarse, toman estos ocasion de mayor maldad para condenarse. Ó Señor, líbrame de tales vicios por tu misericordia, para que no convierta en mi daño, lo que tú haces en otros para mi provecho y ejemplo.

2. Lo segundo, ponderaré la presteza con que los malos se aunan contra Cristo (*Psalm.* II, 2) y contra los buenos, y cuán ciegos son en sus consultas, porque el odio, como viga les ciega el ojo de la razon. Por una parte confiesan que Cristo hace muchos milagros, y que todos han de creer en él, recibiéndole como á Mesías; y por otra parte no se dignan de nombrarle por su nombre propio, ni de tomarle en la boca, y no quieren creer ellos á sus milagros, ni recibirle por Mesías, por no dejar sus vicios. Finalmente, por justo juicio de Dios, declarando el mal que temian si no mataban á Cristo, declararon el mal en que habian de incurrir por matarle, que fue la destruccion de su templo y gente. Ó buen Jesús, ángel del gran consejo, libradme de los consejos apasionados de mi

carne, que aconsejándome lo que gusta, por huir de dolores y deshonras, viene á caer en ellas. No quiero, Señor, otro consejo que el vuestro, y mis consejos serán vuestras justificaciones (*Psalm.* CXVIII, 24), procurando siempre ordenar mi vida conforme á ellas.

PUNTO SEGUNDO. — 1. *Uno de ellos, por nombre Caifás, que era pontífice de aquel año, díjoles: Vosotros no sabeis cosa, ni entendeis que nos conviene que muera un hombre por todo el pueblo, para que no perezca toda la gente; pero esto no lo dijo de sí mismo, sino profetizando, que Cristo habia de morir por la gente; y no solo por ella, sino para juntar en uno los hijos de Dios que estaban derramados por el mundo.* Aquí se ha de ponderar este decreto y sentencia de Caifás, primero en cuanto salió de su dañado corazon, y despues en cuanto salió del Espíritu Santo, que habló por su boca, porque no habló solamente de suyo, como el Evangelista lo testifica. – Cuanto á lo primero, ponderaré la soberbia de este Pontífice, como comienza su plática motejando á todos de necios, y él da en una grandísima necedad, sentenciando que era bien matar á Cristo porque no muriesen todos muerte corporal á manos de los romanos, siendo esto mismo la causa de su destruccion; y aquí se ve, como la pasion tanto hace mayores daños, cuanto es mas calificada la persona en quien predomina, como sucede cuando ciega á los sábios y sacerdotes, y á los prelados y príncipes; los cuales, como dijo Jeremías (*c.* v, 5), mucho mas quebrantan el yugo de la divina ley, y rompen las ataduras de sus preceptos.

2. Cuanto á lo segundo, ponderaré la traza soberana del Espíritu Santo, que se aprovecha de la lengua de los malos para declarar sus intentos; primero se determinó Caifás á decir estas palabras con odio de Cristo, y luego le inspiró el Espíritu Santo á que las dijese, profetizando la necesidad que tenia el mundo de que muriese Cristo para que no muriesen todos, y para recoger á una fe y caridad los que en la eterna predestinacion eran hijos de Dios y estaban derramados por el mundo. Verdad es, Dios mio, que nos importa mucho que muera un hombre, no hombre puro, sino hombre y Dios; hombre que por excelencia sea hombre, y hombre uno y singular tal que no haya otro como él entre los hombres. Pero ¿qué caridad es esta, Dios eterno, que muera un hombre, que vale infinitamente mas que todos los hombres, porque no mueran ellos? Ó hombre mas que hombre, hombre uno y singular entre los hombres, gracias te doy cuantas puedo, porque escogiste morir por los hombres, para que tu muerte temporal les librase de la muerte eter-

na. No se pierda, Redentor mio, el fruto de esta muerte; recoge los derramados; allega todos tus hijos; puebla tu Iglesia de muchos justos, y llena tu cielo de muchos escogidos, para que de todos seas glorificado por todos los siglos. Amen.

PUNTO TERCERO. — 1. *Desde aquel dia, aprobando todos la sentencia de Caifás, quedó decretado que matasen á Cristo, el cual desde entonces no andaba en público, sino recogióse con sus discípulos á la ciudad de Ephrem.* Donde ponderaré lo primero, el gusto de aquella perversa gente con su resolucion, y el aplauso que hicieron al dicho de Caifás, suplicando á Nuestro Señor me libre de la compañía de aquellos que se alegran cuando hacen mal, y se regocijan en sus grandes pecados. (*Prov.* II, 14).—Lo segundo, ponderaré la paciencia y mansedumbre de Cristo nuestro Señor, que aunque estaba ausente lo veia todo, y no se vengó de tan injurioso decreto, sino dió lugar á la ira de sus enemigos hasta su tiempo, disimulando con ellos, como si no supiera sus malos tratos; en lo cual cumplió lo que habia dicho por Jeremías (*c.* XI, 18): Descubrísteme, Señor, sus estudios y trazas; pero yo húbeme como un cordero, que es llevado al matadero, como si no conociera los consejos que habian pensado contra mí, diciendo: Entremos un madero por su pan, y arranquémosle de la tierra de los vivos. Ó dulce Jesús, Cordero de Dios y Pan de vida, gracias te doy por la mansedumbre que muestras, sabiendo que tus enemigos quieren sacrificarte como cordero, y atravesarte con clavos en el madero de la cruz. Dame parte de esta mansedumbre, para que te glorifique con ella, ofreciéndome á cualquier trabajo y muerte por tu gloria. Amen.

2. Lo tercero, consideraré la fidelidad de los discípulos en acompañar á su Maestro en todos estos trabajos y retiramientos, especialmente en este, ponderando como Cristo nuestro Señor en aquella ciudad, que era pequeñuela y cercana al desierto, se estaba aparejando para la muerte, muy gozoso de ver que se iba acercando su hora. Ó Redentor del mundo, remediador del linaje humano, ya está publicado el decreto de vuestra muerte por boca de un sumo pontífice, aunque malo, pero movido del espíritu de vuestro Padre para ello: no se puede revocar esta sentencia, y para salvacion de todos los hombres conviene que no se revoque, ni Vos quereis que sea revocada; porque estimais en mas las vidas de nuestras almas, que la de vuestro cuerpo. Apercibíos, Señor, á la batalla que os está esperando, para que muriendo alcanceis la victoria que todos esperamos. Y pues ya la habeis ganado, no permitais que yo pierda el

fruto de ella. Ayudadme á pelear en la batalla de esta vida, de modo que con vuestra gracia alcance la eterna. Amen.

—Las meditaciones de la cena en Betania, de la subida á Jerusalen, y entrada en ella con ramos, se pondrán en la parte IV.—

MEDITACIONES

DE ALGUNAS PARÁBOLAS DE CRISTO SEÑOR NUESTRO.

—En los sermones que el Salvador hizo en los seis dias postreros antes de su pasion, predicó algunas parábolas misteriosas y muy provechosas. De estas y de otras que predicó en otros tiempos, escogeré las mas principales, especialmente las que la Iglesia pone en los Evangelios de algunas dominicas y fiestas, para que se puedan meditar en estos dias. Y porque tienen muchos sentidos y declaraciones, aquí solamente seguiré el que va ordenado para el propio aprovechamiento, como si la parábola hablara conmigo solo. Y no siempre guardaré el órden con que se dijeron, por juntar algunas que se pueden enderezar á un mismo intento especial, aunque en general todas van enderezadas á declarar los misterios del reino de los cielos; el cual abraza seis cosas, en las cuales, ó en algunas de ellas, procede la semejanza de la parábola; es á saber, la Iglesia militante con sus miembros y ciudadanos; la triunfante á donde caminan; la doctrina del Evangelio que creen; las leyes y consejos que guardan; las virtudes y obras que ejercitan; las propiedades del Rey que los gobierna, que es Cristo nuestro Señor; el cual, como tiene muchos oficios, pone diversas parábolas para declararlos.—

MEDITACION XLIII.

DEL SÁBIO QUE EDIFICÓ SU CASA SOBRE PIEDRA, Y DEL NECIO QUE LA FUNDÓ SOBRE ARENA.

PUNTO PRIMERO.— 1. Mirando Cristo nuestro Señor la diversa disposicion de los que estaban oyendo su sermon en el monte, concluyóle con esta parábola, diciendo: *El que oye mi doctrina y la guarda, es como un hombre sábio que edifica su casa sobre piedra ó peña viva; y aunque vengan sobre ella lluvias, vientos y rios, no se cae. Pero quien oye mis palabras y no las guarda, es como un hombre necio que funda su casa sobre arena; y viniendo las lluvias, vientos y rios, se cae con pérdida muy grande.* (*Matth.* VII, 24; *Luc.* VI, 47).—Lo primero,

consideraré como Cristo nuestro Señor claramente presupóne, que entre los que oyen su doctrina y la creen, unos hay sábios y cuerdos, que la ponen por obra, y otros hay necios y locos, que se contentan con creerla sin obrarla; y con mucha razon los llama de esta manera, porque no hay mayor necedad ni mas desatinada locura, que creer lo que Cristo dice, y hacer lo contrario de ello; ni hay mayor sabiduría y discrecion, que creyéndolo ponerlo por obra, y así me admiraré de mí mismo, como creyendo lo que creo, vivo como vivo; como creyendo que hay infierno eterno para quien quebranta la ley de Dios, la quebranto como si no lo creyera; y creyendo que Dios está presente en todo lugar, le ofendo como si no lo estuviera. Y esta locura pasa por innumerables hombres; porque (*Eccles.* I, 15), como dijo Salomon, infinito es el número de los necios. Y Cristo nuestro Señor comparó la Iglesia á diez vírgenes, de las cuales las cinco eran necias, como despues verémos. Ó buen Jesús, líbrame de tal locura, por tu infinita misericordia; y pues me diste gracia para creer lo que me dices, dámela tambien para obrar lo que me mandas.

2. *Variedad de tentaciones.*—Luego ponderaré, como todas las casas y conciencias, así de cuerdos como de necios, son combatidas de tres géneros de tentaciones y tribulaciones, figuradas por los rios que vienen por la tierra, por los vientos que andan por el aire, y por las lluvias que bajan del cielo; esto es, de tentaciones y tribulaciones que nacen de nuestra carne y de los hombres terrenos, con quien conversamos, ó que proceden de los demonios, príncipes de este aire tenebroso, ó que vienen del cielo por secretos juicios de la divina Providencia para nuestro ejercicio, como son desconsuelos interiores, sequedades de espíritu, y otros varios infortunios, y las persecuciones que suceden por medio de hombres buenos, con buen celo, pero sin ciencia. Tambien cuerdos y necios son tentados de tentaciones de sensualidad y avaricia, figuradas por los rios; de vanidad y curiosidad, figuradas por los vientos; de soberbia y ambicion, de dignidades y grandezas, figuradas por las lluvias que caen sobre los tejados, conforme á lo que dijo san Juan (*Ioan.* II, 16): Cuanto hay en el mundo es concupiscencia de carne, codicia de ojos, y soberbia de la vida. Finalmente, como los rios baten la casa por los cimientos, los vientos por los lados, y las lluvias por el tejado, así unas tentaciones nos combaten al principio de la vida y de las obras, otras al medio, y otras al fin. Unas al que comienza á servir á Dios, otras cuando aprovecha, y otras cuando ha llegado á la cumbre, para que

furiosos, ni los vientos fuertes, ni las lluvias tempestuosas, ni las potestades del infierno prevalezcan contra ella, sino en tu virtud permanezca firme hasta la vida eterna. Amen.

MEDITACION XLIV.

DE LA PARÁBOLA DEL SEMBRADOR.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Salió el que siembra á sembrar su semilla.* (*Matth.* XIII, 3; *Marc.* IV, 3; *Luc.* VIII, 5). Esta parábola declaró el mismo Redentor; y siguiendo su declaracion se ha de ponderar qué semilla sea esta, quién la siembra, en qué tierra, y por qué causa y cómo se siembra. La semilla es la palabra de Dios, así la exterior que entra por el oido del cuerpo, como la interior que suena dentro del alma, que es la divina inspiracion, de la cual principalmente nacen los frutos que produce nuestro corazon, porque ella da sentimiento de lo que se oye, y es como la virtud seminal que está dentro del grano que se siembra. — El principal sembrador es Dios trino y uno; el cual unas veces siembra esta semilla de su inspiracion por medio de los predicadores en los que oyen, ó por medio de los buenos libros en los que los leen, ó por medio de los buenos ejemplos ó imágenes devotas en los que las ven; y otras veces á sus solas por sí mismo la arroja de repente en nuestro corazon.

2. La tierra en que se siembra es el alma con sus potencias; en la memoria siembra santos pensamientos y devotas imaginaciones, como son: memoria de nuestros pecados, de las penas del infierno, de los premios del cielo, de la brevedad de la vida, de la muerte y juicio, de la presencia de Dios y de sus beneficios. En el entendimiento siembra ilustraciones celestiales, que de repente descubren los secretos que están encerrados en los misterios de nuestra fe, y son como semilla de la meditacion y contemplacion. Siembra tambien buenos consejos, inspirando el consejo que ha de tomar para sí ó dar á otros; y siembra los dictámenes de la conciencia, que exhorta á lo bueno y reprende lo malo. En la voluntad siembra santos deseos y aficiones que brotan como centellas y producen el fuego del perfecto amor y el fruto de las virtudes, como son algunos afectos de temor de Dios, del infierno y de la muerte, dolor de pecados, amor de Dios, deseos de ir á verle y de servirle de veras.

3. La causa por que siembra esta semilla en el alma, no es por su propio interese, como los demás sembradores, sino por el interese

y provecho de la misma alma; porque esta semilla tiene virtud especial de mejorar y trocar la tierra donde se siembra, aunque de suyo sea mala, estéril, seca y desaprovechada; y para este fin la siembra Dios, no por merecimientos de la tierra, sino por sola su bondad y misericordia, porque es bueno y liberal, y es muy amigo de derramar sus dones en nosotros y hacernos buenos con ellos. De aquí es, que muy á menudo siembra esta semilla en todos lugares, tiempos y ocasiones, especialmente cuando nos importa mas para nuestra salvacion; y por esto Cristo nuestro Señor dijo: Salió el que siembra, dando á entender que tiene por oficio sembrar y que siempre hace su oficio de una manera ó de otra.

4. De todas estas consideraciones y de cada una de ellas tengo de sacar afectos de alabanza y agradecimiento á este divino sembrador, grande estima de su semilla, y deseos fervientes de que la siembre en mi alma, pidiéndoselo muy de corazon, haciendo coloquios con todas las tres divinas Personas. Ó Padre celestial, que enviásteis al mundo al Verbo eterno, palabra vuestra engendrada dentro de Vos mismo, para que fuese semilla de todas las semillas, y de todas las palabras vuestras, que son semilla de nuestro bien; por este Verbo, Hijo vuestro, os suplico sembreis en mi memoria copiosa semilla de santos pensamientos, para que nazcan de ella frutos copiosos de buenas obras. Ó Verbo eterno, que salísteis del seno de vuestro eterno Padre, y bajásteis del cielo á nuestra tierra para sembrar la semilla de la doctrina verdadera, semilla propiamente vuestra y no ajena ni mendigada de otro; salid, Señor, á sembrar en mi entendimiento abundante semilla de divinas ilustraciones, con las cuales os conozca y me conozca, y conozca lo que tengo de creer y obrar, de modo que lo ponga por obra. Ó Espíritu santísimo, que inspirais donde quereis (*Ioan.* III, 8), y quereis inspirar donde hay necesidad de vuestra inspiracion; tocad con ella mi voluntad, sembradla con semilla de santos afectos, y arrojad en ella centellas de fervientes deseos, para que se encienda dentro de mi corazon un fuego vehementísimo de amor, y con vuestra semilla brote los frutos copiosísimos del espíritu que de este amor proceden. (*Galat.* v, 22). Ó Trinidad beatísima, gracias te hago por la liberalidad con que siembras tu semilla en tierra tan vil y despreciada. Ó semilla divina, ¡quién te estimase como mereces! oh quién estuviese lleno de tu virtud! Ó alma mia, tierra sin provecho, ¿cómo no deseas esta semilla? Suspira por ella, pídela, solicítala, que no se te negará.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Lo segundo, se ha de ponderar como con ser esta semilla tan preciosa y eficaz, y sembrarla el sembrador en buena sazon y con deseo de que fructifique, con todo eso se pierden las tres partes de ella, por culpa y causa de la tierra en que se siembra, procurando averiguar y examinar en mí qué culpas y causas sean estas, cómo se remediarán, doliéndome de tenerlas y compadeciéndome de los que las tienen, y de que se pierda tanta semilla con tanta injuria del sembrador. — *Una parte de la semilla cayó cerca del camino y fue pisada de los pasajeros, y las aves del cielo la comieron, de suerte que no comenzó á fructificar.* Tierra cerca del camino y sin valladar, es un corazon duro, como camino muy hollado y pisado; el cual oye la palabra de Dios exteriormente, y la recibe superficialmente, sin penetrarla ni abrazarla, y da entrada á todo género de pensamientos terrenos, sin guarda alguna; los cuales pisan y huellan esta semilla, y los demonios con suma ligereza acuden á robársela y quitársela luego de la memoria y del corazon. En esta figura me tengo de poner diciendo: ¡Ay de mí! que por la dureza de mi corazon no he querido recibir la palabra de Dios; y si por un oido me entra, por otro me sale. He sido como camino pasajero, admitiendo cuantos malos pensamientos y deseos querian pasar por mi corazon. He dado lugar á las aves infernales, para que con los picos de sus perversas sugestiones me robasen la semilla de las buenas inspiraciones, recibiendo aquellas y desechando estas. Pésame, Dios mio, de la mala cuenta que he dado de esta semilla, y propongo arar la tierra de mi alma con el arado de la mortificacion, y ablandar su dureza para que reciba vuestra palabra, y la esconda y encubra dentro de sí, para no pecar contra Vos. (*Psalm.* CXVIII, 11). Mas, pues conoceis mi flaqueza, haced que vuestra inspiracion me ablande y enternezca, y me ayude á llevar el fruto que deseais para gloria vuestra. Amen.

2. *La otra parte de la semilla cayó en una tierra pedregosa y de poca hondura, porque estaba cerca la peña, y así brotó la semilla y creció hácia arriba; pero en saliendo el sol, con su calor se secó, porque no tenia echadas raices ni tenia bastante humor.* Tales son los que tienen alguna blandura natural y fácil en oir con gusto la palabra de Dios y leer buenos libros, concibiendo buenos deseos y propósitos y comenzando á ejecutarlos; pero en levantándose tentaciones del demonio y de la carne y persecuciones de hombres, se seca lo bueno que tenian, y lo dejan porque son mudables é inconstantes y no estaban arraigados en humildad y en confianza en Dios, ni tie-

nen humor ni jugo de devocion sustancial; y, como dice san Marcos, *temporales sunt*. Tienen devocion temporal, que presto se pasa como rocío de la mañana (*Osee*, VI, 4), ó como flor que con cualquier estío se marchita. Pero no sin misterio Cristo nuestro Señor compara las persecuciones al sol, cuyas propiedades son resplandecer con la luz y quemar con el calor; por las cuales se entienden dos suertes de persecuciones: una de prosperidades mundanas, de alabanzas y lisonjas y vanaglorias y ambiciones; otra de adversidades, calumnias, deshonras, pobrezas, temores y otras aflicciones, y contra ambas hemos de estar fuertes y arraigados para que no se seque el fruto que la divina inspiracion obra en nosotros, procurando como el Apóstol (I *Cor.* VI, 8; *Rom.* VIII, 38), ser ministros fieles de Dios en lo próspero y en lo adverso, con infamia y buena fama. Ó Dios eterno, pues conoces mi grande mutabilidad, fortifícame con tu gracia, para que eche tan hondas raíces en la caridad, que ninguna cosa criada pueda apartarme de ella. Amen.

3. La otra parte de la semilla cayó entre espinas, y creciendo las espinas ahogaron el fruto. *Estos son los que oyen la palabra de Dios, y no fructifican; porque las riquezas y cuidados del siglo, y deleites de la carne, yéndose tras ellos, le ahogan el espíritu.* De suerte, que tres cosas ahogan la divina inspiracion y estorban nuestro aprovechamiento; riquezas, cuidados congojosos y deleites sensuales, y todas tres en el vocabulario de Cristo y en su escuela se llaman espinas. Ó Maestro soberano, ¡cuán diferentes son vuestros juicios de los nuestros! Lo que el mundo llama riquezas y deleites, Vos llamais espinas y abrojos; porque cuando sea así que regalen al cuerpo, suelen espinar y lastimar el alma, y sacar mucha sangre de pecados, y atravesarla con dolores, congojas y remordimientos. Libradme, Señor, de estas espinas (*Psalm.* XXXI, 4), y coronadme con las vuestras; las cuales, aunque lastimen y puncen la carne, alientan y consuelan el espíritu; pues no hay mayor consuelo que abrazar vuestra corona de espinas en la tierra, con esperanza de alcanzar la corona de la gloria en el cielo.

PUNTO TERCERO.— 1. Lo tercero, se ha de considerar como la cuarta parte de la semilla cayó en buena tierra, y llevó copioso fruto. *Estos son los que con corazon bueno oyen y reciben la palabra de Dios, y la conservan dentro de sí, y producen fruto de buenas obras con paciencia, unos de treinta, otros de sesenta, y otros de ciento.* De suerte, que como hay tres géneros de malos que pierden la semilla, así hay tres géneros de buenos que fructifican con ella; unos en estado de

principiantes, con moderado provecho; otros en estado de los que aprovechan, con mayor fruto; otros en estado de perfectos, con grande excelencia, y todos con paciencia y longanimidad trabajan esperando su galardon; y aunque sean menos en número que los malos, recompensan con su ganancia la pérdida de las tres partes de la semilla. Gózome, ó sembrador soberano, de que haya tierras tales en quien vuestra semilla descubra su virtud y lleve ciento por uno. ¡Oh si hubiese muchas de estas para que hubiese muchos que os glorificasen y sirviesen como es razon! Anímate, ó alma mia, á servir á Dios con diligencia; no te contentes con el fruto de treinta ni de sesenta, sino con el de ciento; pues al fruto de esta vida te corresponderá el premio de la otra; y aun en esta vida te dará Dios ciento por uno, si le sirvieres con fervor.—Otras aplicaciones se pueden ponderar, como dicen los Santos, atribuyendo el fruto de treinta á los casados; el de sesenta á las viudas y á las vírgenes; y el de ciento á los mártires ó á los religiosos que profesan la vida contemplativa ó la vida mística, enseñando á los otros el camino de la perfeccion que ellos siguen. Pero en cualquier estado he de pretender lo mas perfecto, porque bien puede ser que el estado sea de treinta y el fruto sea de ciento, por la grandeza del fervor, que suple la imperfeccion del estado.

MEDITACION XLV.

DE LA PARÁBOLA DE LA ZIZAÑA.

PUNTO PRIMERO.— 1. *Lo que pasa en el reino de los cielos, es semejante á un hombre que sembró buena semilla en su campo, y durmiendo los hombres vino su enemigo y sembró zizaña en medio del trigo, y fuése; y como creciese la yerba y llevase fruto, descubrióse la zizaña.* (*Matth.* XIII, 24). Esta parábola declaró el mismo Cristo nuestro Señor diciendo, que él era sembrador, cuyo oficio es en el campo del mundo sembrar su buena semilla, que son los hijos del reino; esto es, los justos que han de ser herederos de su reino celestial, y se llaman semilla de Cristo, porque son hijos suyos de su generosa y celestial casta, engendrados en el ser de la gracia en virtud de la semilla de la divina inspiracion que se sembró en sus corazones. Tambien son semilla, de la cual nacen otros como ellos; porque los perfectos, á imitacion de su Maestro, procuran engendrar otros justos que sirvan á Dios como ellos le sirven.

2. Pero el enemigo, que es el demonio, en medio de la buena semilla sembró zizaña, que son los malos, porque como la zizaña cuando está ya en yerba, es semejante al trigo; pero despues que crece negrea y es perjudicial al trigo, con quien se cria, y al hombre que de ella se sustenta, porque enturbia la vista, provoca á vómito y turba el sentido; así los malos parecense á los buenos en la naturaleza de hombres, y á veces en la fe y ceremonias exteriores de cristianos (*Vide Salmer.* t. 7, tract. 6); pero de verdad son negros en el alma por los pecados, tienen la vista interior muy turbada con ignorancias y errores, á veces contra la fe, y á veces contra las buenas costumbres, causan escándalos y disensiones, y al fin provocan á Dios que los vomite y eche de sí. (*Apoc.* III, 16). Por lo cual, haciendo comparacion de estas dos semillas, diré á mí mismo: Mira cuál quieres mas, ser semilla de Cristo, que es tu amigo y busca tu salvacion, ó ser semilla del demonio, que es tu enemigo y busca tu condenacion. Ó Dios de mi alma, semilla tuya quiero ser, obedeciendo á tu divina inspiracion; no permitas que obedezca á la sugestion de mi enemigo y tuyo, porque no sea zizaña de tu Iglesia, y te provoque á que me eches de ella.

3. Lo tercero, ponderaré como el enemigo sembró la zizaña despues de sembrado el trigo, estando durmiendo los hombres, para significar, que primero hubo buenos que malos, así entre los Ángeles en el cielo, como entre los hombres en el parasío; y generalmente despues que Cristo nuestro Señor siembra en su Iglesia la semilla de los justos, por medio del Bautismo y Sacramentos, acude Satanás á sembrar zizaña, procurando pervertirlos y convertirlos en neguilla. Y esto hace durmiendo los hombres; esto es, de noche de repente, y cuando están mas descuidados, ó cuando aflojan y duermen el sueño de la pereza. Ó dulcísimo Jesús, sembrador de toda buena semilla, pues siempre velas y nunca duermes, y ves la zizaña que tu enemigo pretende sembrar en tu campo, no te hagas del dormido, permitiendo que siembre en mí lo que me ha de apartar de tí. Y si yo por negligencia me durmiere, vele tu misericordia en despertarme, para que resista al enemigo antes que de mí se apodere.

4. Lo cuarto, ponderaré como el enemigo en sembrando la zizaña, *abiit*, se fué, para significar que se esconde por no ser conocido, como quien tira la piedra y esconde la mano; y unas veces se transfigura en amigo y en ángel de luz para engañarnos; otras veces se va, dejando de tentarnos, para que nos aseguremos, y luego

vuelve con mayor rabia para derribarnos. De aquí es (*D. Chrys.* Hom. 47 in Matth; *D. Hier.* t. 9), que el trigo y la zizaña, por la semejanza que tenian entre sí, no se descubrieron hasta que llevaron fruto, para significar que muchas veces, buenos y malos son semejantes á los principios, porque los malos toman hábito y figura de buenos, y los lobos, como dijo el Salvador (*Matth.* VII, 15), se cubren con piel de ovejas; pero al tiempo de llevar fruto se descubre quién es cada uno, y si son verdaderas ó aparentes las virtudes que tiene por las obras que hace.

PUNTO SEGUNDO.— 1. *Llegaron los criados del padre de familias á su señor y dijéronle: Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿de dónde tiene tanta zizaña? Respondióles: El hombre enemigo lo hizo.*—Lo primero, ponderaré como los Apóstoles y varones apostólicos que les suceden, viendo la muchedumbre de malos y de errores y vicios que hay en el mundo, pasmados y lastimados de esto, acuden á Dios diciéndole: Señor, ¿cómo habiendo tú sembrado en el mundo tan buena semilla, está mezclada con tanta zizaña? ¿Cómo habiendo escogido doce Apóstoles, vino entre ellos un Judas? y en el jardin de tu Iglesia, entre los lirios (*Cant.* II) de los justos hay tantas espinas de pecadores? en las casas de religion, con el trigo de los perfectos hay zizaña de escandalosos? Y entrando dentro de mí mismo, viendo la muchedumbre de vicios y pasiones que alteran mi alma, puedo tambien decir á Cristo nuestro Señor: ¿Por ventura no sembraste en mi corazon buena semilla de santos deseos con propósito de dejar todas las cosas por servirte con perfeccion? pues, ¿de dónde ha salido tanta zizaña como tengo? Descúbreme, Señor, la causa, para que ponga remedio en ella.

2. Luego se ha de ponderar la respuesta de Cristo nuestro Señor á esta pregunta diciendo: *El hombre enemigo hizo esto.* En lo cual apunta tres cosas.—La primera, que Dios nuestro Señor no es sembrador de zizaña ni de mala semilla, sino solamente de la buena, porque es suma bondad, y de la suma bondad no puede proceder cosa mala, ni tentar ó inducir á ella. (*Iacob.* I, 13).—La segunda es, que el demonio es principal sembrador de zizaña, y de él nacen las tentaciones (*Matth.* IV, 3; I *Ioan.* III, 8), por la enemistad que tiene contra Dios y contra los hombres; y por esta causa se llama en la Escritura el tentador, y los que son zizaña se llaman hijos del demonio, imitadores de su padre, cuyos deseos pretenden cumplir. (*Ioan.* VIII, 44).—La tercera es, que aunque el demonio es el principal sembrador de esta semilla; pero, como dice santo To-

más (1 *p. q.* 114, *art.* 3), tambien los hombres con su libre albedrío, incitado de las pasiones de la carne, se hacen zizaña, siendo tentados; y quizá por esto dijo tambien Cristo nuestro Señor: *Inimicus homo hoc fecit.* El hombre enemigo hizo esto; que fue decir: El hombre, que es enemigo de sí mismo y de su alma (*Psalm.* x, 6), y es enemigo mio, sembró esta zizaña en el mundo y en sí mismo, y es la causa de este daño. De estas tres verdades sacaré aviso para conocer el orígen de mis culpas y turbaciones, procurando atajar los pasos de estos enemigos que tanto mal me hacen.

3. De aquí subiré á ponderar otro sentido de esta pregunta mas secreto: *¿Por ventura no sembraste buena semilla en tu campo? ¿de dónde viene á tener zizaña?* Que es decir: ¿Por qué, Señor, siendo el campo del mundo tuyo, pues tú le criaste con tu omnipotencia y le redimiste con tu sangre, y habiéndole sembrado de tan buenas y preciosas semillas, permites que tu enemigo siembre en él tanta zizaña? Porque si tú no lo permitieses y le dieses licencia para ello, no tendria atrevimiento de mezclar en tu propio campo con tu buena semilla la suya mala. Á esta pregunta en este sentido no respondió Cristo nuestro Señor, porque no quiere que escudriñemos con curiosidad sus secretos juicios, sino que los veneremos con humildad, diciendo con David (*Psalm.* CXVIII, 137): Justo eres, Señor, y justo es tu juicio; pero debo creer que es tan grande la bondad de Dios y tan inmenso el amor que tiene á los justos, que no permitiera que el demonio sembrara entre ellos esta zizaña de los malos, si no pudiera y quisiera sacar de esto mayores bienes para ellos; ni permitiera que dentro de nosotros sembrara el enemigo la mala semilla de sus tentaciones, si no quisiera convertirlas en nuestro mayor provecho; y aunque en particular yo no puedo alcanzar todos estos provechos, pueda saberlos en general, creyendo que permite Dios los malos para ejercitar á los buenos en paciencia y humildad; y para que sean muy aventajados en toda perfeccion; y para que se descubra mas la eficacia de su gracia en los vasos de su misericordia, y los buenos sean mas honrados, mostrando su lealtad entre tantos desleales, y por conservar la libertad de los hombres, dejando á cada uno que haga lo que quisiere, dándole bastante ayuda para resistir el mal y seguir el bien. Ó Sembrador justísimo, que con suma bondad permites en tu Iglesia la zizaña de tantos malos, y en mi alma la semilla de tan fuertes tentaciones, concédeme que no se convierta en mi daño lo que tú permites para mi provecho. Muestra conmigo la grandeza de tu misericordia, sacando de tantos males gran-

de abundancia de bienes, para que por ellos seas glorificado por todos los siglos. Amen.

PUNTO TERCERO. — 1. *Dijeron los criados: ¿Quieres que vamos y cojamos la zizaña? Respondióles: No, porque no suceda que juntamente arranqueis el trigo.* En esta segunda pregunta de los criados se ha de ponderar el celo de los justos, cuando ven tantos males en el mundo; el cual celo en algunos es demasiado, por una de cuatro causas. - La primera, porque con su fervor querrian arrancar de un golpe toda la zizaña junta, y quitar del mundo ó de la Iglesia ó de la Religion todos los malos, y de sí mismos todos los vicios y pasiones juntas, lo cual de ley ordinaria no es posible. - La segunda causa (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 33, *art.* 2 *ad* 3) es, porque quieren arrancar la zizaña antes de tiempo y sin sazon. De donde se sigue mayor daño, porque quizá quien hoy es zizaña mañana se convertirá en trigo, y sufriendo con paciencia y larga esperanza al malo, viene con la blandura de la correccion á ser bueno. Y quien se apresura con demasía por ganar la perfeccion, suele quebrar la salud y perder lo que ha ganado. - La tercera causa es, la que se apunta en la parábola, porque quieren arrancar la zizaña con peligro de arrancar tambien el trigo; lo cual sucede cuando imprudentemente corrigen ó castigan los malos con daño de los buenos, por los escándalos, guerras y turbaciones que de esto resultan; lo cual no es otra cosa que arrancar una zizaña y sembrar otra mayor. - La cuarta causa es, porque quieren arrancarla con espíritu de ira y de venganza, llevados mas de la indignacion que de la compasion, como sucedió á los dos apóstoles Juan y Diego (*Luc.* IX, 53), cuando los samaritanos no quisieron recibirlos, y por esto fueron reprendidos de su Maestro.

2. Luego ponderaré la infinita caridad de Dios, que resplandece en la respuesta que dió este Padre de familias, porque con haber sido Nuestro Señor tan riguroso con los Ángeles en el cielo, que al mismo punto que sembró Lucifer la zizaña, arrancó al sembrador y á toda su semilla y la echó en el fuego del infierno, pero con los hombres no quiere usar de este rigor, sino esperarles mucho tiempo, dándoles lugar de penitencia, con deseo no tanto de arrancar la zizaña, cuanto de convertirla en buena semilla; porque la voluntad de nuestro Dios no es la perdicion de las almas sino su salvacion; y aunque desea destruir los pecados no querria destruir los pecadores. Ó Salvador dulcísimo, gracias te doy por la compasion que tienes de los que son zizaña, mirando á que son hechura tuya por la naturaleza, aunque son hechura de tu enemigo por la culpa. Destruye, Señor,

en ellos lo que hizo tu enemigo, y reforma lo que tú hiciste, para que sean semilla tuya y puedan ser guardados en los trojes de tu cielo. Amen.

3. Tambien resplandece la infinita misericordia de Dios en que quiere sufrir la zizaña por el amor que tiene al trigo, tolerando los malos por amor de los buenos, como se vió cuando dijo á Abrahan (*Genes.* XVIII, 24): Que si hubiese diez justos en Sodoma y Gomorra, por estos sufriria los pecadores que allí habia, aunque estaban cargados de innumerables pecados; y cuando quiso castigarlos primero sacó á Lot, poniendo en cobro el trigo antes de arrancar la zizaña; lo cual es de grande consuelo para los buenos, pues pueden tener seguridad de que no les vendrá daño de parte de Nuestro Señor por estar entre los malos. Últimamente advierto, que Dios nuestro Señor no prohibe arrancar la zizaña, cuando se puede hacer sin daño del trigo, antes con su provecho, como ahora la Iglesia, castiga algunos pecadores para ejemplo de otros, porque la zizaña no crezca, y para que los buenos puedan vivir quietos; pero quiere Dios que se excusen las cuatro demasías arriba dichas, y en este sentido prohibió á sus criados hacer lo que pretendian.

PUNTO CUARTO. — 1. *Prosiguiendo su respuesta el padre de familias, dijo: Dejad crecer el trigo y la zizaña hasta el tiempo de la siega, y entonces yo diré á los segadores: Coged primero la zizaña y atadla en sus haces para ser quemada, y recoged el trigo en mi granero.* Aquí se ha de ponderar lo primero, como Cristo nuestro Señor en esta parábola nos asegura, que hasta la fin del mundo, que es el tiempo de la siega, siempre habrá trigo y zizaña, buenos y malos mezclados entre sí. Porque la divina Providencia nunca dejará de sembrar su buena semilla en la Iglesia y en las religiones, por mas que el demonio procure sembrar zizaña; ni tengo de desmayar viendo muchos malos, porque donde yo pienso que hay pocos buenos, porque no los conozco, hay muchos que Dios conoce y se precia de ellos, como sucedió á Elías, pensando que solo él habia quedado entre los fieles, y le dijo Dios que tenia guardados otros siete mil que no habian hincado la rodilla al ídolo Baal. (III *Reg.* XIX, 18).

2. Lo segundo, he de ponderar como todo el tiempo que hay antes de la siega, el trigo y zizaña se van multiplicando y creciendo; porque así los muy buenos como los muy malos crecen en el tiempo de su vida, unos en santidad y otros en maldad, conforme á lo que Cristo nuestro Señor dijo en el Apocalipsis (*Apoc.* XXII, 11): El que daña dañe mas; y el manchado mánchese mas; el justo

justifíquese mas; y el santo santifíquese mas; porque yo vengo presto, y conmigo traigo el jornal para dar á cada uno segun sus obras.—Pero en diferente manera pasa esto, porque la voluntad de Cristo nuestro Señor es, que su trigo crezca, y cada dia vaya de bien en mejor, ayudando para ello. Pero de la zizaña solamente es permision dejarla crecer, y que vaya de mal en peor, hasta la siega; la cual se hace en dos tiempos, generalmente en la fin del mundo, y particularmente al fin de la vida de cada uno, cuando ha llegado el aumento de su bien ó de su mal, al término que ha de llegar segun el órden ó permision de la divina Providencia; y entonces el que fuere zizaña será segado y arrancado de la vida para el fuego del infierno; y el que fuere trigo puro y limpio, será segado y cogido para las trojes del cielo.

3. Pero llegado el tiempo de la siega general, Cristo nuestro Señor enviará sus Ángeles, que son los segadores y ministros de la divina Justicia, los cuales (*Apoc.* XIV, 15): *Colligent de regno ejus omnia scandala, et eos qui faciunt iniquitatem, et mittent eos in caminum ignis.* Cogerán de su reino todos los que han sido zizaña, así los que fueron escándalo y ocasion de pecar otros con su mala vida y doctrina, como los que solamente fueron malos para sí, y á todos los atarán en diferentes haces, juntando en una haz los que fueron participantes y semejantes en la culpa, para que tambien lo sean en la pena; y así serán echados en las llamas eternas, de modo que no puedan huir de ellas.—Y como los haces se ayudan á quemar unos á otros, así los desventurados serán tormento uno del otro: *Ibi erit fletus, et stridor dentium.* Allí será el llanto perpétuo, el crujir de dientes, bramando de rabia contra sí mismos y contra los que fueron causa de su daño. Ó alma mia, ¿cómo no tiemblas de este juicio tan espantoso? ¿Quién podrá resistir al poder de tan fuertes segadores? ¿Quién podrá desatarse de tan terribles ataduras? ¿Quién podrá morar en fuegos tan sempiternos y vivir con tan abominables compañeros? ¿Quién podrá sufrir llanto tan amargo y crujir de dientes tan rabioso? ¡Oh desventurada zizaña, que siembras en la tierra discordia entre los buenos, y en el infierno la padecerás eterna con los mismos malos! Líbrame, Dios mio, de tales culpas, porque no caiga en tan espantosas penas.

4. Finalmente, los mismos Ángeles recogerán el trigo en las trojes del cielo, porque los buenos serán colocados en las sillas celestiales, apartados para siempre de la zizaña y compañía de los malos; y entonces: *Justi fulgebunt sicut sol in regno Patris eorum;* los jus-

tos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre. Ó Padre amantísimo, gracias te doy por el favor que haces á los justos, levantándolos del polvo de la tierra para hacerlos reyes en tu reino y soles en tu cielo; los que fueron singulares en servirte, resplandeciendo como el sol en las buenas obras, son singulares en gozarte, resplandeciendo como el sol en el premio de ellas; acá resplandecieron como el sol de justicia Jesucristo tu Hijo, imitando su vida, y allá resplandecerán como el mismo sol, imitando su gloria por todos los siglos de los siglos. Amen.

MEDITACION XLVI.

DE LA PARÁBOLA DEL GRANO DE MOSTAZA.

PUNTO PRIMERO.— 1. *Semejante es el reino de los cielos al grano de mostaza, que sembró un hombre en su campo y en su huerto, el cual es el menor de las semillas, y crece hasta ser el mayor de las hortalizas, y se hace como un árbol, de modo que las aves del cielo vienen y descansen en sus ramas.* (*Matth.* XIII, 31).—*La Eucaristía es como grano de mostaza.*—Lo primero, se ha de considerar lo que significa este grano de mostaza, reduciéndolo á tres cosas principales.—Primeramente, representa á Jesucristo nuestro Señor rey supremo del reino de los cielos; porque así como el grano de mostaza en lo exterior es pequeñito, y el menor de las semillas, vil en la apariencia, sin color ni olor apacible, pero grande en la virtud encendida que tiene, la cual se descubre cuando es molido ó comido; así Cristo nuestro Señor, en cuanto hombre, fue en lo exterior pequeño y humilde y el menor de los hombres, tanto que dijo de sí mismo por boca de David (*Psalm.* XXI, 7): Yo soy gusano y no hombre, oprobio de los hombres y desecho del pueblo; pero en lo interior, cuanto al alma y mucho mas cuanto á la divinidad, fue de infinita virtud y eficacia, porque dentro de sí encerraba todos los tesoros de la sabiduría, bondad y caridad de Dios, con la cual encendia en amor á todos los que se le llegaban, sazonábales la virtud para que gustasen de comerla, purificábales de sus frialdades y tibiezas, y apartaba de ellos el veneno de los pecados deshaciendo las obras de la serpiente infernal, y en todo hacia el oficio que representa esta pequeña pero virtuosa semilla de la mostaza; y entonces mostró mas su virtud, cuando fue molido en la cruz con tormentos, y ahora la descubre cuando es comido de los fieles en el santísimo

Sacramento del altar, á donde verdaderamente se puede llamar grano de mostaza, porque en la exterior apariencia es pequeñísimo, pues todo Cristo está en una partecica de la hostia, menor que un grano de mostaza, pero en lo interior es de inmensa virtud para encender con fuego de amor las almas que le comen, y es como salsa suavísima para dar sabor á todas las asperezas de esta vida. Ó Verbo divino, Hijo del eterno Padre, gracias te doy cuantas puedo por haberte humillado tanto, que puedas compararte al vil grano de mostaza, gustando tanto de esta pequeñez, que hasta la fin del mundo quieres por medio del Sacramento durar en ella. Concédeme, Señor, que hasta el fin de mi vida te imite, humillándome por tí, como tú te humillaste por mí. Amen.

2. De aquí se sigue, que este grano de mostaza representa tambien á todos los justos, ciudadanos del reino de los cielos y discípulos de Cristo; los cuales á su imitacion en lo exterior son pequeños y despreciados en los ojos de los hombres, pero en lo interior son de gran virtud y eficacia por la grandeza de la caridad y fervor del espíritu, el cual descubren mucho mas cuando son perseguidos y maltratados, como lo fue su Capitan. Por lo que, cual dice de sí la Iglesia (*Cant.* I, 4), que en lo exterior es negra como las tiendas de Cedar, pero en lo interior hermosa como las pieles de Salomon.

3. De donde tambien se sigue, que este grano de mostaza representa las virtudes con que se gana el reino de los cielos, las cuales en la apariencia son pequeñas, pero en el valor son eficacísimas. La fe de los divinos misterios, revelados en la divina Escritura, parece en lo exterior cosa poca y despreciada, pero es de inmensa virtud para quien los muele y desmenuza con la meditacion, con la cual se enciende el fuego del amor. Al modo que dice san Pablo (I *Cor.* I, 23), que Cristo crucificado es escándalo para los judíos y necedad para los gentiles; pero sabiduría y virtud de Dios para los fieles. La misma ponderacion puedo hacer en la humildad y obediencia, y en las ocho virtudes que Cristo nuestro Señor llamó bienaventuranzas (*Matth.* V, 3); las cuales en la apariencia son tan viles que el mundo las tiene por desdichas; pero en la verdad y en lo interior son tan preciosas que en ellas está la verdadera dicha y la posesion del mismo reino de los cielos. Ó Dios omnipotente (I *Cor.* I, 27), que para muestra de tu omnipotencia escoges las cosas viles para confundir las altas, y tomas las cosas flacas para destruir las fuertes; y por instrumentos pequeños haces cosas grandes para que ninguno de los mortales pueda gloriarse en sí, sino en tí; concéde-

me, que de corazon ame y abrace las cosas pequeñas que tú escogiste, para que sea digno de alcanzar las grandes que en ellas encerraste. Sea yo, Salvador mio, grano de mostaza, molido como tú con desprecios y tormentos, para que alcance los eternos descansos. Amen.

PUNTO SEGUNDO.— 1. Lo segundo, consideraré (*Marc.* IV; *Luc.* XIII; *Matth.* XIII) como crece este grano de mostaza hasta ser grande árbol, y en qué consiste su grandeza, discurriendo por las tres cosas que este grano representa.—Lo primero, así como el grano de mostaza es necesario que sea sembrado en la tierra, y allí muere y echa raíces, y luego crece y extiende sus ramos y se hace grande árbol; de modo, que el que era el menor de las semillas, viene en proporcion á ser el mayor de las hortalizas, y el que era uno y solo, produce otros innumerables, semejantes á él en todas sus propiedades; así tambien Cristo nuestro Señor, habiéndose humillado y hecho hombre por nosotros, quiso como grano de mostaza, y como él mismo dijo en otra parte, como grano de trigo, ser sembrado en la tierra y morir en ella (*Ioan.* XII, 24); porque la vida que vivió, siempre fue acompañada de grandes mortificaciones, y despues en un huerto padeció ansias mortales, y en un campo fue muerto con terribles tormentos; y en otro huerto sepultado y puesto debajo de tierra. De esta manera echó sus raíces hasta el limbo, de donde sacó las ánimas de los santos Padres, y resucitó glorioso á nueva vida, y vino á crecer y subir á tanta honra y grandeza, que quien poco antes fue tenido por el mínimo de los hombres (*Philip.* II, 10), vino á ser adorado como cabeza y Señor supremo de los hombres y Ángeles, hincando todos la rodilla á su nombre, que es sobre todo nombre, cumpliéndose lo que estaba profetizado (*Isai*, IV, 2): Que el pimpollo del Señor creceria con grande magnificencia, y su fruto seria muy sublime, porque engendró innumerables hijos espirituales, semejantes á sí mismo en la virtud y santidad. Ó dulcísimo Redentor, gózome de la grandeza que tienes, en premio de la bajeza que por mí tomaste. Dichosa tu muerte, sin la cual, como tú dijiste, quedaras solo, y con la cual has multiplicado tanto fruto, que llena la tierra y puebla el cielo. Y pues con tu muerte afrentosa trajiste á tí mismo todas las cosas (*Ioan.* XII, 52), tráeme tambien á mí, para que sea en todo semejante á tí. Amen.

2. Luego ponderaré, como á imitacion de Cristo nuestro Señor, todos sus discípulos, que fueron tambien granos de mostaza, por el mismo camino vinieron á crecer y hacerse grandes árboles; así co-

mo los Apóstoles, de quien dice san Pablo (II *Cor.* IV, 10; *Rom.* VIII, 36), que traian siempre consigo la mortificacion de Jesucristo, y eran por él mortificados todo el dia, y tratados como ovejas del matadero, vinieron á ser príncipes de la Iglesia, y á dilatar la fe por el mundo, ganando innumerables almas para Cristo, y crecieron tanto, que sobrepujaron á los Patriarcas y Profetas, y á todos los justos del Testamento Viejo. Del mismo modo crecieron los Mártires y Confesores. Y tengo de crecer yo, persuadiéndome que aunque sea grano de mostaza sembrado en la tierra de la Iglesia y en el huerto cerrado de la sagrada religion, si no me mortifico y muero al mundo, no creceré en merecimientos ni en virtudes, y me quedaré solo sin fruto de buenas obras y sin ganancia de almas, y solo en la oracion sin la compañía de Dios, que no gusta de tratar con los inmortificados; pero si muero, creceré en todas estas cosas.

3. De aquí es que por este mismo camino crecen las virtudes y vienen á levantar sus ramas tan altas que llegan al cielo. La fe llega á la vista de Dios por la contemplacion, teniendo su conversacion en los cielos. La esperanza sube á gustar la dulzura de los premios celestiales. La caridad crece hasta la perfecta union con Dios. La obediencia, hasta cumplir la divina voluntad en la tierra, como se cumple en el cielo; y si la confianza es como grano de mostaza, basta, como dijo el Salvador, para arrancar árboles y trastornar montes, al modo que arriba se declaró.

PUNTO TERCERO. — 1. Lo tercero, se ha de ponderar como el grano de mostaza dilata y extiende tanto sus ramos, que las aves del cielo, como dicen los Evangelistas, moran debajo de su sombra, y hacen allí sus nidos y descansan en ellos. En lo cual se ha de ponderar como Cristo nuestro Señor echó de sí muchos ramos; conviene á saber, la doctrina del Evangelio que predicó; la ley de la perfeccion con todos los consejos que promulgó; los Sacramentos y sacrificios que instituyó; los ejemplos maravillosos que nos dió; los milagros y obras insignes que hizo, con los demás misterios de su vida gloriosa, hasta su subida á la alteza que tiene en los cielos. Á estos ramos acuden las aves del cielo, no las águilas ni aves muy grandes, que son figura de los soberbios, sino las aves pequeñas, que son las almas justas y humildes, especialmente las que dejan las cosas de la tierra, deseando con la contemplacion conversar en el cielo, á cuya imitacion me asentaré con reposo á la sombra de estos ramos, considerando la dulzura de sus frutos, y gozándome de la proteccion y amparo que me viene por ellos, diciendo con la Es-

posa (*Cant.* II, 3): Sentéme á la sombra del que deseaba, y su fruto es muy dulce para mi garganta. Tambien haré mi nido y morada en estos ramos, meditando estos misterios: unas veces haré mi nido en el misterio del pesebre; otras veces volaré al árbol de la cruz, y otras al cielo empíreo, poniendo en Cristo toda mi confianza y amor. Allí cantaré cantares de alabanza y agradecimiento, y allí descansaré en las noches de las tribulaciones, y me sustentaré con el grano que hallaré. ¡Oh quién me diese alas de ave para volar á este divino árbol! Ó árbol altísimo y soberanísimo, por mas alto que subas, puedo volar y subir á tí con las alas de la contemplacion que tú me dieres. Levántame, Señor, sobre mí mismo y sobre todo lo criado, para que descanse en tí mi Criador, por todos los siglos. Amen.

2. *La religion es como grano de mostaza.* — De esta misma manera puedo considerar que los Apóstoles y los Santos brotaron muchos ramos y los extendieron por el mundo; conviene á saber, la doctrina que predicaron, los libros que escribieron, las heróicas virtudes que ejercitaron, en cuya meditacion tambien se ejercitan las almas espirituales, animándose á imitarlos, para crecer como ellos crecieron; y en particular los religiosos pueden ponderar, como su fundador y su religion es como grano de mostaza, pequeño en la humildad, y así unos se llaman menores, otros mínimos, y á nuestra religion llamó su fundador la mínima Compañía de Jesús; pero cada una es grande en la virtud y ha crecido como árbol, extendiendo sus ramas por todo el mundo, en varias casas y conventos, y con ejercicios de santidad muy levantados y provechosos para el bien de las almas, las cuales como aves del cielo movidas por el Espíritu Santo, vienen á estas ramas, y allí hacen sus nidos y moradas perpétuas, y viven á su sombra con descanso, meditando y contemplando las vidas de sus fundadores, imitándolos como ellos imitaron á Cristo, guardando sus reglas, alabando á Dios con cánticos y músicas, así de voces como de afectos, por las mercedes continuas que les hace. Y juntamente procuran volar por los ramos de todas las virtudes, haciendo su nido en los grados mas altos que tiene cada una para llegar á la cumbre de la perfeccion que profesaron. Ó Sabiduría divina, cuyos ramos son ramos de honra y gracia (*Eccli.* XXIV, 23), haciéndonos con ellos graciosos á Dios, amables á los Ángeles, honrados de los hombres y venerables en todo el mundo, admíteme debajo de su sombra, confórtame con sus flores, sáname con sus hojas, susténtame con sus frutos, y dame perpétua morada en la cum-

bre de ellos, para que creciendo siempre en la virtud, llegue á la cumbre de la gloria, en la cual descanse por todos los siglos de los siglos. Amen.

MEDITACION XLVII.

DE LA PARÁBOLA DEL MERCADER QUE BUSCABA PERLAS.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Lo que pasa en el reino de los cielos, es como lo que hace un mercader que busca buenas perlas, y hallando una preciosa, vendió cuanto tenia, y la compró.* (*Matth.* XIII, 45).—Lo primero, se ha de ponderar como el oficio y empleo de todos los hombres es buscar buenas perlas, porque todos buscan lo que es bueno y precioso, aunque en diferente manera. Unos buscan perlas de bienes temporales, riquezas, dignidades y las cosas que el mundo tiene por preciosas; otros buscan perlas de artes y ciencias humanas, por solo saber, ó por sus honras é intereses; otros buscan perlas de virtudes morales y políticas para vivir como hombres de razon en su república y comunidad. Pero el oficio y empleo del cristiano, que pretende el reino de los cielos, es buscar perlas de verdades y virtudes celestiales y divinas, las cuales son á boca llena buenas y preciosas, y le hacen bueno y precioso en los ojos de Dios. Y como las perlas se llaman en latin uniones (*Plinio, lib.* 9, *c.* 35), porque cada una es única en sus excelencias, y singular entre las otras; así cada virtud es única y singular en alguna excelencia; aunque sin embargo de esta variedad, todas se unen con perfecta union para enriquecer al que las halla, uniéndole con su Criador.

2. De aquí he de inferir que mi empleo principal ha de ser buscar estas verdaderas perlas, persuadiéndome que ya que soy mercader y tratante, no tengo de tratar trato vil, apocado y poco ganancioso, cuanto mas perdidoso. No ha de ser mi principal oficio buscar perlas de bienes temporales, porque estas no me hacen bueno, ni bastan para entrar en el cielo, ni las he de tener por preciosas, antes hollarlas y despreciarlas de corazon, en cuanto son ocasion de soberbia mundana, de ambicion, avaricia y otros vicios. Ni tampoco mi principal intento ha de ser buscar perlas de ciencias humanas (I *Cor.* VIII, 1), que hinchan y envanecen, y son cebo de curiosidad y vanidad, y sin ellas puedo salvarme. Ni me tengo de contentar con buscar perlas de virtudes políticas, que muchas veces no son mas que aparentes, porque resplandecen con obras exteriores delante de los hombres, ó son perlas falsas y contrahechas, como

las de los hipócritas, que pretenden ser tenidos por buenos y virtuosos. Y si con estas me contento, en la hora de la muerte me hallaré burlado, y pensando que estoy rico, estaré muy pobre y miserable, sino principalmente tengo de buscar las perlas preciosas de las verdades que Dios ha revelado, para entenderlas y creerlas con viva fe, sin la cual es imposible agradar á Dios (*Hebr.* XI, 6), y perlas de las virtudes sobrenaturales, como son la gracia, caridad, obediencia, paciencia, humildad, oracion, religion y otras semejantes, con las cuales seré bueno y santo, y entraré en el reino de los cielos, y esotros bienes temporales ó ciencias puedo buscarlas en segundo lugar, en cuanto me pueden ayudar á buscar estas perlas.

3. Pero sobre todo, mi empleo ha de ser buscar á Jesucristo, verdadero Dios y hombre, perla oriental preciosísima, que como rocío bajó del cielo, y en las entrañas de la Vírgen nuestra Señora, por virtud del Espíritu Santo, se hizo hombre para honra y adorno de los hombres; este es perla por excelencia buena, de quien procede toda la bondad, la cual he de procurar para poseerla y tenerla siempre conmigo, y enriquecerme con los tesoros de sus gracias y virtudes, procurando ser uno de aquellos que dijo David (*Psalm.* XXIII, 6): Esta es la generacion de los que buscan al Señor, de los que buscan al Dios de Jacob. Ó Salvador del mundo, verdadero negociador de perlas, en cuanto bajaste del cielo á buscar las almas, y perla preciosísima, á quien todos los negociadores hemos de buscar para enriquecernos; pues veniste á la tierra para manifestarnos las perlas buenas y preciosas de las verdades y virtudes celestiales, descúbremelas para que las busque, no con apariencia sola, sino con verdad, pretendiendo por ellas, no mi honra, deleite ó interese, sino agradarte y poseerte por todos los siglos. Amen.

PUNTO SEGUNDO. — Lo segundo, se ha de considerar cómo se buscan estas perlas, pues quiere Nuestro Señor que las busquemos y nos ocupemos en esto.-Lo primero, se buscan con la oracion, pidiendo á Dios que nos las descubra, no cesando de importunarle por ello, pues él dijo (*Matth.* VII, 7): Pedid y recibiréis; buscad y hallaréis; llamad y abriros han.-Lo segundo, se buscan con meditacion del entendimiento prevenido y ayudado de la divina ilustracion, cavando y ahondando en las verdades y misterios de la fe, y en las excelencias de las virtudes, hasta hallar la inteligencia y estima de ellas.-Lo tercero, se buscan con deseos y afectos de la voluntad, prevenida de la divina inspiracion, suspirando por estas perlas, y aplicando nuestro libre albedrío á que quiera buscarlas, por

los demás medios que Dios ha dejado para hallarlas, como son obras de penitencia, leccion de buenos libros, frecuencia de Sacramentos, especialmente el de la Eucaristía, que es como la concha dentro de la cual está la preciosísima perla de Cristo nuestro Señor, para comunicarnos las demás perlas de las virtudes; esto es ser negociadores y hacer, como dice san Pablo (I *Thes.* IV, 11), nuestro negocio. Y si los negociantes de la tierra son codiciosos y solícitos en buscar sus perlas terrenas, y se ponen á tantos peligros por haberlas, ¿cuánta mas razon es que yo sea solícito por estas perlas del cielo, pidiéndolas con oraciones, buscándolas con meditaciones, y llamando con afectos y deseos, obedeciendo á lo que Dios manda para hallarlas? Ó Salvador mio, hazme negociador diligente y codicioso para que busque la perla de la divina Sabiduría, con la diligencia que los hombres buscan el tesoro y allegan el dinero, pues prometes que la hallaré, si de esta manera la buscare. (*Prov.* II, 4).

PUNTO TERCERO. — 1. *El mercader en hallando una perla preciosa, vendió todo lo que tenia, y la compró.* — Lo primero, se ha de ponderar que esta perla se llama una y preciosa, porque Cristo nuestro Señor es uno, Dios y hombre verdadero; y aunque las virtudes son muchas, todas están unidas y trabadas como si fuesen una, con la caridad que es vínculo y atadura de la perfeccion (*Colos.* III, 14), y ella es la que une al hombre con Dios y con Cristo, y con todos los prójimos, y los hace entre sí unos, como si tuviesen una ánima y un corazon (*Act.* IV, 32); y así como entre las conchas del mar, donde están las perlas, hay una como capitana, á quien siguen las demás, y cogida esta, es fácil coger las otras, así la caridad es la capitana de las virtudes, y quien la alcanza, con ella las trae todas; porque como dice el Apóstol (I *Cor.* XIII, 7): La caridad todo lo cree, espera y sufre, y en todas las cosas obedece.

2. Lo segundo, hallar esta perla preciosa, es descubrirla con la luz de la fe, y ver su excelencia y hermosura, y gozar su dulzura y suavidad, la cual es tan grande que arrebata el corazon del que la halla, el cual luego fácilmente vende y da de mano á todas las cosas que le estorban el poseerla con entereza, y echa de sí todos los amores y aficiones terrenas, contrarias á ella, por comprarla y poseerla dentro de sí, y aun todo esto que da le parece poco, segun aquello de los Cantares (*Cant.* VIII, 7): Si diere el hombre toda su hacienda por la caridad, estimarlo ha como nada. ¡Oh caridad preciosísima! ¡Oh union de amor excelentísima! Ó Dios amabilísimo, que te llamas caridad y eres perla de infinito valor, uno en esencia,

aunque trino en personas, y tan amigo de unidad, que á todos los que se juntan y llegan á tí, los haces un espíritu contigo (I *Cor.* VI, 17); descúbreme esta perla una y preciosa, y aficióname á ella, y dámela en posesion; ves aquí te ofrezco por ella cuanto tengo, y si mas tuviera mas te diera, porque todo es poco para lo que ella vale. Dámela, Señor, de gracia, para que yo te sirva tambien de gracia, no por interese, sino por puro amor.

3. En conformidad de esto, tengo de entrar dentro de mí mismo, y examinar bien.-Lo primero, si busco perlas fingidas y aparentes, llorando el tiempo que en esto he gastado y gasto.-Lo segundo, si busco las perlas verdaderas con tanta tibieza que no las halle, por no poner los medios convenientes para ello.-Lo tercero, si estoy resuelto de dar el precio que valen, que es la renunciacion de todas las cosas que poseo, á lo menos con el afecto, mirando si hay en mi corazon algo de amor propio y de aficiones terrenas, y proponiendo varonilmente mortificarlo y arrancarlo del alma; porque la diminucion de la codicia es aumento de la caridad.

PUNTO CUARTO.— 1. Lo cuarto, consideraré como esta perla una y preciosa es tambien la perfeccion evangélica que profesan los religiosos, á imitacion de Cristo nuestro Señor, la cual por excelencia se dice una, porque encierra con eminencia el cumplimiento de los dos preceptos del amor, que son amar á Dios de todo corazon y fuerzas; y el otro que llama Cristo semejante á este (*Matth.* XXII, 57), que es amar al prójimo como á sí mismo, ó como él nos amó; y así como entre los hombres son de grande precio dos perlas del todo semejantes, y se cuelgan como zarcillos de las orejas; así estas dos perlas de amor de Dios y del prójimo por Dios, que son semejantes y causan admirables uniones, son preciosísimas y muy estimadas de Dios y de sus Ángeles, y en la religion se platican excelentemente, y con ella se adornan como con zarcillos las orejas del alma, que son la fe y la obediencia, acudiendo todos los religiosos á una en conformidad á todos los ejercicios de la religion, no por necesidad ni por fuerza, sino con obediencia de caridad y por amor (I *Petr.* V, 2), lo cual agrada tanto al celestial Esposo, que dijo (*Cant.* IV, 9, *ex D. Greg.* ibid.): Llagaste mi corazon, hermana y esposa mia, con el uno de tus ojos; esto es, con la union que tienen tus justos, porque como los dos ojos del hombre son en todo semejantes, y á una hacen sus obras, así los religiosos son semejantes en las costumbres, y á una acuden á sus obras religiosas.

2. Finalmente, es tanta la preciosidad de esta perla, que cuan-

do Dios la descubre al hombre con su ilustracion, luego con grande gusto vende cuanto tiene, y deja al mundo, y se sale de su tierra, y desapropiándose con efecto de todas sus cosas, las da por esta perla, para tomar estado de religion; y como dijo san Lorenzo Justiniano (In eius vit.), de propósito no quiere Nuestro Señor mostrar á todos su preciosidad; porque si la viesen todos, querrian comprarla, y no habria quien quisiese vivir en el siglo. Ó Dios eterno, que dijiste (*Isai.* LXV, 1): Halláronme los que no me buscaban, porque con tus inspiraciones los previenes para que te hallen, muéstrame la preciosidad de estas perlas, para que las busque de modo que las halle. No permitas que llague tu corazon con llaga de dolor por la desunion con mis hermanos, sino con llaga de amor por la union con ellos. Descubre la preciosidad de la vida religiosa á los que son aptos para ella, para que con gusto la compren, y descúbrela mucho mas á los que ya la han comprado, para que se gocen de la compra que hicieron, y alcancen el fin para que la compraron. Amen.

—El modo como Cristo nuestro Señor busca las perlas preciosas de las almas, se dirá en la meditacion que se sigue.—

MEDITACION XLVIII.

DEL PASTOR QUE BUSCÓ LA OVEJA PERDIDA.

PUNTO PRIMERO. — 1. Murmurando los fariseos de Cristo nuestro Señor, porque recibia los pecadores, díjoles esta parábola: *¿Qué hombre de vosotros habrá, que si tiene cien ovejas y pierde una de ellas, no deje las noventa y nueve en el desierto, á buen recado, y vaya á buscar la que se le perdió, hasta que la halle?* (*Luc.* XV, 4). Sobre esta primera parte de la parábola se ha de considerar quién es este Pastor, qué ovejas sean estas, cuál es la que se pierde, y cómo la busca, y halla su Pastor.—Lo primero, este hombre es Jesucristo nuestro Señor, que bajó del cielo para ser pastor de los hombres (*Ioan.* X, 11), el cual con admirable providencia y con vigilancia rige sus ovejas, y las conoce muy bien, y las señala con la señal de su gracia y caridad; va delante de ellas, dándolas ejemplo de santa vida; cúralas de la roña de sus pecados; defiéndelas de los lobos infernales; dales pasto escogido de doctrina y Sacramentos; y es tan grande el amor que las tiene, que él mismo se hace pasto, y las apacienta con su propio cuerpo y sangre, cubierto con especies de pan y vino. Y

finalmente, por su bien dió su propia vida. Ó buen Pastor, y por excelencia bueno, ¡dichosas las ovejas que están debajo de tu gobierno, regidas por tu providencia y amparadas con tu proteccion! Gracias te doy, porque tomaste tal oficio, y por el cuidado con que le haces; hazle conmigo cumplidamente, porque si tú me riges, (*Psalm.* XXII, 1), nada me faltará.

2. *Propiedades de las ovejas de Cristo.* — Las cien ovejas en general, son todos los fieles de la Iglesia, pero mas en particular son los justos, significados por el número de ciento, que es número de perfeccion, y los tiene Dios contados, y sabe muy bien los que son suyos. Estas ovejas, mientras están debajo de la sujecion de su Pastor, conócenle muy bien por la fe y contemplacion; oyen su voz, obedeciendo á cuanto les manda; siguen sus pasos, imitando sus virtudes; reciben el pasto de la doctrina y Sacramentos que les da, sin divertirse á otro que sea contrario; gozándose de ser apacentadas con tan divinos pastos. Danle toda su lana, ofreciendo su hacienda á su servicio; danle la leche de sus pechos, ofreciéndole todos los afectos de su corazon, y los regalos de su cuerpo dejándolos por servirle; danle sus crias y corderos, ofreciéndole sus obras para gloria suya, y si es menester le darán su propia carne y sangre, y su vida, perdiéndola por su amor. De suerte, que como el Pastor se da todo á ellas, así ellas se dan todas á su Pastor, diciendo cada una (*Cant.* II, 16): Mi amado para mí, y yo para él. Ó Pastor soberano, estampa en mi corazon las señales de tus ovejas, y toma todo cuanto tengo para tu servicio, pues tú me das cuanto tienes para mi regalo.

3. Lo tercero, la oveja que se pierde es el pecador que se sale de la congregacion de los justos, y de la sujecion y obediencia de su Pastor, no por falta del Pastor sino por su dañada libertad, porque el Pastor ninguna oveja quiere detener en su rebaño contra su voluntad. Mas ¿por qué se sale y se pierde? Porque falta en las propiedades de leal y fiel oveja, es á saber, porque no conoce á su Pastor, ni los bienes que tiene en él, ni hace estima de lo que es estar debajo de su proteccion y en compañía de los justos. Además, hácesele pesado oir su voz y guardar sus mandamientos, teniéndolos por duros; siente mucho seguir los pasos del Pastor, que son escabrosos, de cruz y mortificacion. Tiene hastío del pasto de doctrina y Sacramentos, y gusta de los pastos del mundo y de la carne; y finalmente, quiere para sí la lana, la leche y las crias, ordenando la hacienda, dignidades, oficios y todas sus obras, para su honra y

provecho, amándose á sí mismo con amor propio y desordenado, rehusando dar algo de esto á Dios. Por estas causas ó alguna de ellas se sale del rebaño, y se pone á peligro de condenacion eterna, dando en las bocas de los lobos infernales, que andan rabiando por despedazarla y tragarla. ¡Oh desdichada oveja, si la desamparase del todo su Pastor! ¡oh miserable de mí, que tanto tiempo he vivido como oveja descarriada (*Isai.* LIII, 6), siguiendo mis antojos y haciendo mi voluntad contra la de Dios! ¡oh qué de ovejas andan de esta manera por el mundo, siguiendo cada una su camino, cuyo paradero es el infierno! Ó Pastor piadosísimo, llamadlas con el silbo de vuestra inspiracion, y abridlas los ojos interiores para que vean su yerro, antes que se pase el tiempo del remedio.

4. Lo cuarto, ponderaré la infinita caridad del Pastor, que dejando las noventa y nueve ovejas á buen recado en el desierto, viene á buscar la oveja perdida, y no descansa hasta hallarla. Por esta causa bajó del cielo á la tierra á llamar y buscar los pecadores, y en este ejercicio gastó los tres años postreros de su vida, padeciendo excesivos trabajos, persecuciones, hasta recibir la muerte con terribles tormentos; y aunque es verdad que murió por todas las cien ovejas, porque en virtud de su muerte reciben todos los hombres cualquier bien sobrenatural que se les concede, pero con mayores ansias buscaba las ovejas que en su tiempo estaban perdidas, no cesando de poner medios para hallarlas. Ó Pastor soberano, ¡cuán caras te cuestan estas ovejas, con no tener necesidad alguna de ellas! Cuando ellas se perdieran, ¿qué es lo que tú perdias? ¿Por ventura has de vestirte con su lana, ó sustentarte con su leche, ó enriquecerte con sus crias? Y si ovejas quieres, ¿no tienes otras muy mejores en el cielo, las cuales acuden fielmente á tu servicio? Mas tu caridad, Dios mio, causa todo esto; y porque á ellas importa estar debajo de tu gobierno, dices que te importa traerlas á tu rebaño (*Ioan.* x, 16): *Et illas oportet me adducere,* y á mí me importa recogerlas. Recógelas, Señor, y tráelas á tu obediencia, para que como es uno y muy perfecto el Pastor, así sea uno y muy cumplido su rebaño.

5. Tambien tengo de ponderar el modo como ahora busca Cristo nuestro Señor la oveja perdida hasta hallarla, como viene en su busca con inspiraciones é ilustraciones del cielo, con toques interiores al corazon; ya mueve las lenguas de los predicadores, para que la hablen y persuadan la penitencia; ya la habla por medio de los libros devotos, ó de los buenos ejemplos, ó de los castigos que pasan por otros. Mil medios inventa para buscarla, sin descansar has-

ta hallarla; y cuando yo sintiere alguna de estas inspiraciones en mi alma, tengo de imaginar que Cristo nuestro Señor viene á buscarme, y reconociendo su divina presencia, tengo de obedecer á cuanto me mandare, para volverme con él al rebaño de donde salí.

PUNTO SEGUNDO. — 1. *En hallando la oveja, pónela sobre sus hombros con gozo; y viniendo á su casa, llama á sus amigos y vecinos, y les dice: Gozaos conmigo, y dadme el parabien, porque hallé mi oveja que se habia perdido.* — Lo primero, se ha de ponderar lo que dice san Mateo, trayendo otra parábola semejante á esta (*Matth.* XVIII, 13): *Si contigerit ut inveniat eam*, si acaeciere que la hallare; porque algunas ovejas se pierden, y aunque Cristo las busca, no las halla, no por falta de diligencia de su parte, sino porque ellas huyen de él, y resisten sus inspiraciones y llamamientos, como se perdió Judas, aunque su Maestro hizo mucho por reducirle. Ó Pastor dulcísimo, he errado como oveja perdida (*Psalm.* CXVIII, 176), busca á tu siervo antes que perezca. No te canses de buscarme, por mas que yo huya y me esconda como Adan; ni ceses de llamarme, por mas que te resista y contradiga como Caín. Compadécete de mi peligro, y multiplica las ayudas hasta que me halles y me vuelvas al rebaño de tus escogidos, con los cuales goce de tí para siempre. Amen.

2. Lo segundo, se ha de ponderar la inmensa caridad de este divino Pastor, el cual en topando con la oveja, no la dió con el cayado, ni la lleva arrastrando, ó á puntapiés, sino con grande gozo se carga de ella sobre sus hombros, hasta volverla á su rebaño, que es decir: Trata á los pecadores que se convierten con grande amor y afabilidad; no les lleva arrastrando, mal que les pese, á fuerza de castigos y palos, como á esclavos, sino de su voluntad mudada y trocada por la gracia; no les deja ir por solo su pié, porque ellos á sus solas no pueden dar paso en el camino del cielo. Él les sirve de ojos, dándoles luz de la fe y sabiduría celestial; sírveles de piés, enderezando sus pasos y afectos para que no tuerzan ni se aparten de la ley divina. Sírveles de manos, ayudándoles en todas las buenas obras; cárgase de ellos sobre sus hombros, porque les ayuda á llevar con suavidad las cargas de esta vida, y por ellos paga la deuda de sus pecados, aplicando sus satisfacciones y merecimientos por ellos. Ó Pastor amorosísimo, ¿qué te daré por tales favores y regalos como me haces? ¿cómo no te serviré de buena gana, y llevaré tu yugo y carga sobre mis hombros, pues tú me llevas sobre los tuyos? Con mucha razon dices que tu yugo es suave, y tu carga es ligera (*Matth.* XI, 30), pues así me ayudas á llevarla. Yo la llevaré con

grande gozo por tu amor, pues llevándome tú á mí, llevas tambien la carga que has puesto sobre mí.

3. Lo tercero, ponderaré á cuánto llega la caridad de nuestro Pastor soberano, pues no solo se goza de hallar estas ovejas y de que se conviertan los pecadores, sino tambien convida á todos los Ángeles del cielo y á los justos de la tierra, á todos los moradores de su casa y de su Iglesia triunfante y militante, para que se gocen, y le dén el parabien de haber hallado á la oveja perdida. Ó Padre amantísimo, este parabien á la oveja se habia de dar, porque á ella le importa el ser hallada; pero quereis que os demos el parabien, porque la oveja es vuestra, y os ha costado trabajo el buscarla y hallarla. Yo, Señor, os doy el parabien de los pecadores que con vuestra gracia habeis sacado de pecado, y me gozo del gozo que por ello teneis; ¡ojalá todos los que ahora hay en el mundo se convirtiesen, para que pudiese daros mil parabienes, y gozarme del gozo que recibís con sus conversiones!

PUNTO TERCERO.— 1. *Dígoos que así habrá en el cielo gozo por un pecador que hace penitencia, mas que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de penitencia.* La conclusion de esta parábola es, que así como un padre, que tiene muchos hijos sanos y prósperos, si uno de ellos cae enfermo de muerte, ó en una grande adversidad, cuando sale de aquel peligro recibe un gozo nuevo actual grande, diverso del que tiene con la salud y prosperidad de los otros, así cuando un pecador se convierte, los Ángeles reciben nuevo gozo accidental por su conversion, diferente del que tienen por los demás justos que no tienen necesidad de penitencia para convertirse á Dios, porque están ya convertidos. De donde se ha de sacar lo primero, que es voluntad de Cristo nuestro Señor que nos holguemos de la conversion de los pecadores, y no solo no murmuremos como los fariseos del que procura convertirlos y agasajarlos para este fin, sino que nosotros hagamos lo mismo, ayudando á su conversion, y siendo cooperadores de Cristo en buscar las ovejas perdidas y volverlas á su rebaño, teniendo esto por suma dicha.

2. Lo segundo, que si yo fuere oveja perdida, procure reducirme al rebaño de Cristo, siquiera por darle esta materia de gozo, y por alegrar á los Ángeles del cielo. Y si Dios me ha hecho merced de ponerme en gracia suya, procuraré no perderla, porque como la conversion del pecador alegra á los Ángeles y entristece á los demonios; así la caida del justo alegra á los demonios, y cuanto es de su parte entristece á los Ángeles de la paz (*Isai.* XXXIII, 7), que llo-

rarian nuestra perdicion amargamente, si fueran capaces de lágrimas y amarguras. Ó Ángeles de la paz, suplicad al supremo Pastor, príncipe de los pastores, me dé su santo amor y en él me conserve. Y si por mi desventura le perdiere, me ayude luego á recobrarle, para que mi conversion sea materia de gozo en el cielo, y yo goce de Dios en vuestra compañía. Amen.

MEDITACION XLIX.

DEL HIJO PRÓDIGO.

PUNTO PRIMERO. — 1. Deseando Cristo nuestro Señor, que todos entendiesen la benignidad con que recibe á los pecadores arrepentidos, dijo esta parábola (*Luc.* xv, 11): *Un hombre tenia dos hijos, y el menor de ellos le dijo: Padre, dame la parte de la herencia que me cabe; y repartiéndola entre los dos hermanos, el menor, de ahí á pocos dias, recogida su hacienda, se fué á una region muy apartada, donde gastó cuanto tenia, viviendo lujuriosamente.* — Lo primero, se ha de considerar como Dios nuestro Señor, significado por este padre, tiene dos suertes de hijos. Unos buenos, figurados por el hermano mayor, porque la virtud es mas antigua y mas preciosa, y en ella consiste la verdadera sabiduría, en que está la venerable ancianía. Otros son malos, figurados por el hijo menor y mancebo, porque con el vicio anda la imprudencia y liviandad, la cual mostró en pedir á su padre la hacienda que le pertenecia, para gobernarla por sí mismo, dando á entender con secreta soberbia, que Dios le debe algo, y presumiendo que á sus solas sabria gobernarlo. Al contrario de los buenos hijos, que con humildad creen que lo que tienen es de gracia, y no se fian de su propia prudencia.

2. De aquí subiré á ponderar la infinita liberalidad de Dios en repartir los dones y talentos naturales, y muchos bienes sobrenaturales á los buenos y malos hijos, dándoles libertad para usar bien ó mal de ellos, y para estarse en su casa, ó salirse de ella, sin querer hacer fuerza á ninguno; porque, como dice el Sábio (*Eccli.* xv, 14), á todos dejó en la mano de su consejo, y les dió facultad de escoger agua ó fuego, vida ó muerte, bueno ó malo; pero de manera que siempre les inspira, y ayuda á la buena eleccion y al buen uso de lo que les ha dado.

3. De aquí pasaré á considerar lo tercero, como la buena dicha de los hijos está en quedarse en la casa de su Padre celestial, de-

bajo de su proteccion y gobierno, para que él los gobierne y enderece en el uso de los talentos y dones recibidos, obedeciéndole en todo; porque quien se deja gobernar de Dios alcanzará, como él lo promete por Isaías (*Isai.* XLVIII, 18), un mar de justicia y un rio de grande paz. Y al contrario, la desdicha de los malos hijos comienza por querer salirse de la casa de su padre y de su gobierno, gobernándose ellos por su propio juicio y propia voluntad, viviendo á sus anchuras. De donde procede, que luego se van á una region muy distante, alejándose mucho de Dios por la culpa y por la desemejanza de la vida, y por el olvido de su divina presencia, gastando y empleando cuanto tienen en vivir lujuriosamente amancebados con las criaturas, amándolas mas que al Criador. Por donde se ve que la secreta soberbia para en manifiesta lujuria; y el fiarse mucho de sí, en alejarse mucho de Dios; y el olvidarse mucho de Dios, en pegarse con demasía á las criaturas, hasta perder los bienes sobrenaturales de la gracia y caridad, y destrozar y afear los dones naturales, con pérdida muchas veces de hacienda, honra y contento. En persona de este mancebo me consideraré á mí mismo, diciendo á Nuestro Señor: Ó Padre celestial, ves aquí un hijo pródigo, que habiendo recibido de tu liberal mano grandes dones, me salí de tu casa y de tu gobierno, por seguir mi propia voluntad y juicio. Heme alejado de tu presencia por innumerables pecados, y despreciado los bienes que me diste, usando de ellos para mi deleite. Ó Señor, ¡cómo me has sufrido con tanta paciencia! ¡Oh quién nunca se hubiera salido de tu casa! ¡oh miserable de mí, que como mozo libre y mal experimentado, me dejé engañar de mi sensualidad! Dios mio, ten piedad de mí, y no me niegues tu misericordia, pues pequé por ignorancia.

PUNTO SEGUNDO. — 1. *Despues que el mancebo consumió toda su hacienda, sucedió una grande hambre en aquella region; y viéndose en necesidad, se llegó á un ciudadano, el cual le envió á su granja, á que apacentase puercos, y deseaba hartar su vientre de lo que comian los puercos, y ni aun eso le daban.* Aquí se han de ponderar las miserias espirituales y corporales en que los pecadores caen por su rebeldía, cuando han consumido los bienes de la gracia, y llegado al profundo de su maldad.—La primera es, una grande hambre y falta de la comida espiritual (*Amos,* VIII, 11); la cual hambre prevalece en la region de los muy malos, sin que haya entre ellos quien la remedie; esto es, no recibir Sacramentos, ni oir la palabra de Dios, ni leer buenos libros, ni ver buenos ejemplos, ni gustar los consuelos inte-

riores del alma.—La segunda es, sujetarse al ciudadano mayor de esta region, que es el demonio; y servirle miserablemente, amando con amor estrecho lo que habia de aborrecer, y obedeciéndole en cosas infames, y en vicios indignos de la generosidad de hombre.

2. La tercera es, apacentar puercos, que es ocuparse en solo el gobierno de sus sentidos y apetitos carnales, buscándoles en qué se ceben, y en apacentar á los demonios, cuya comida es nuestras lujurias y carnalidades, con que ellos se deleitan.—La cuarta es, ser tanta la hambre de sus deleites, que nunca se ve harto, ni alcanza lo que desea, porque el manjar que come no es de hombres, sino de bestias inmundas, y así no basta para hartarle. Pues ¿qué mayor miseria puede venir por un hombre que era hijo de Dios, y pudiera vivir con honra y hartura en casa de su Padre celestial? ¡Oh ceguedad de mi corazon, que á tanto mal me llevas encaminado! Nunca Dios tal quiera, que viva en region tan hambrienta, ni sirva á tan cruel amo, ni me ocupe en tan vil oficio.

3. Tambien se ha de considerar como Cristo nuestro Señor suele afligir á los pecadores con miserias temporales, y sembrar, como él lo dijo por Oseas (*c.* II, 6), sus caminos de abrojos y espinas, para que siquiera por la pena sean cuerdos, y se vuelvan á Dios, y así los castiga con pobreza y hambre, con deshonra y servidumbre; y cuanto son mayores pecadores, suele permitir que caigan en mayores miserias, para que abran los ojos del alma, y se conviertan, en lo cual les hace mayor misericordia que si los dejara en su prosperidad temporal; porque disimular con ellos (*Isai.* XXVI, 10; *Ezech.* XVI, 42), aunque parece misericordia, mas es castigo, apartando de ellos su santo celo, por haberlos reprobado. Ó Dios de mi alma, no apartes tu celo misericordioso de mí; si me apartare de tí, llámame luego de tormentos, hasta que me vuelva á tí, haciendo penitencia de mis pecados.

PUNTO TERCERO. — 1. *Volviendo en sí el hijo pródigo, dijo: ¡Cuántos jornaleros tienen abundancia de pan en la casa de mi padre, y yo perezco aquí de hambre! Quiero levantarme, é ir á mi padre, y decirle he: Padre, pequé contra el cielo, y delante de tí; ya no soy digno de ser llamado tu hijo, hazme como uno de tus jornaleros; y como lo propuso, así lo hizo, levantándose y caminando á la casa de su padre.* Aquí se ha de ponderar lo primero, como el principio de la conversion del pecador está en entrar dentro de sí mismo, considerar sus miserias, de las cuales anda olvidado, porque anda fuera de sí, derramado por las criaturas. Y para esto le previene Dios con la inspiracion é ilus-

tracion interior, la cual nunca falta; antes en medio de sus maldades le suele decir aquello del Profeta (*Isai.* XLVI, 8): ***Redite praevaricatores ad cor.*** Volved, ó pecadores, á entrar en vuestro corazon, y á cobrar el seso que habeis perdido. Oidme, los duros de corazon, que andais léjos de la justicia, cerca está ya de vosotros, y no está léjos de mí la salud; venid, y tomadla si la quereis. Ó alma mia, que andas fuera de tí, entra dentro de tu corazon, y estudia en conocerte, porque halles á Dios que puede remediarte.

2. Lo segundo, ponderaré cuánto importa al pecador hacer comparacion de su estado miserable con el estado de los justos, aunque sean los mas imperfectos; y los que sirven á Dios como jornaleros, por interés del premio, porque con esto echa mas de ver su hambre y necesidad; y tambien la abundancia con que Dios provee á los que le sirven, y las mercedes que les hace en el uso de los Sacramentos, y en los sermones, y en otros manjares del alma; y así se anima á desear y pretender el estado que tanta ventaja hace al suyo; y si en algun tiempo ha sido justo y vivido concertadamente, es bien que compare el estado presente con el pasado, para que, como dice el profeta Oseas (*c.* II, 7), corrido de la miseria presente, se vuelva al primer marido y esposo de su alma, con quien tenia mejor vida. Ó alma mia, conviértete á tu Señor Dios, pues no puede faltar su palabra, que dice (*Malach.* III, 18): Convertíos, y veréis la diferencia que hay entre el justo y el injusto; y entre el que sirve á Dios y el que no le sirve. Presto puedes verlo por experiencia, si comienzas presto á mudar la vida.

3. Lo tercero, se ha de considerar cuánto importa concebir grandes propósitos de volvernos á Dios, fundados por una parte en humildad, y en el conocimiento de nuestra indignidad, y juntamente en la bondad y misericordia de nuestro Padre celestial, porque con esto se facilita mucho nuestro remedio. Conozco, Padre mio, que soy tan miserable, que no merezco ser llamado tu hijo, ni es razon que nombre tan glorioso se dé á hombre tan infame, que se ha envilecido á guardar puercos; pero tambien conozco, que aunque yo sea indigno del nombre de hijo, tú no has dejado de ser Padre. Á tu casa me vuelvo, confiado de tu misericordia, que me admitirás en ella. Pequé, Señor, contra el cielo y contra tí, y en tu presencia, haciendo tantas maldades á vista de los Ángeles y de tus purísimos ojos. Pequé contra el cielo, usando de su luz y de sus influencias para injuriarte. Pequé delante de tí, saliéndome de tu casa y gobierno, anteponiendo mi voluntad á la tuya. Pésame de mi culpa,

no merezco ser admitido á los regalos de los hijos muy queridos. Admíteme siquiera á los de los jornaleros, que por gran dicha tendré estar en tu casa, aunque sea el menor de ella.

4. Lo cuarto, se ha de considerar como importa poner luego por obra los buenos propósitos, antes que se enfrien, como hizo este hijo pródigo, que luego se levantó, y comenzó á caminar; porque no hemos de estar mano sobre mano, ni aguardar á que Dios lo haga todo, y nos venga él á buscar, y traernos por los cabellos; sino tambien quiere, que pues nos previene con su gracia, que le busquemos, y hagamos algo, dejando la mala vida, y obedeciendo á lo que nos inspira para comenzar la buena.

Punto cuarto. — 1. *En viendo el padre al hijo desde léjos, movido de misericordia, corrió para él, y echó los brazos sobre su cuello, y le besó, y comenzando á decir el hijo: Padre, pequé contra el cielo, y delante de tí, no soy digno de ser llamado tu hijo. El padre le atajó, y dijo á sus criados: De presto traed la primera vestidura, y vestidle: dadle un anillo para su mano, y calzado para sus piés: matad un grueso becerro, comamos y hagamos un banquete, porque este hijo mio era muerto, y ha resucitado; estaba perdido, y se ha hallado; y comenzaron á comer en su banquete, con grande música de instrumentos y voces.* Aquí se ha de considerar la infinita caridad y bondad de nuestro Padre celestial, la cual resplandece en muchas cosas. Lo primero, en que mira con ojos de misericordia al pecador, aun cuando está léjos de él, y no ha acabado de convertirse, pero trata de ello; y con esta piedad acude como corriendo con gran presteza para ayudarle con inspiraciones y toques interiores, hasta que se convierte del todo, y se junta con él, abrazándole y dándole beso de paz; esto es, restituyéndole á su gracia y amistad. Ó Padre amorosísimo y purísimo, ¿no teneis asco y horror de besar y abrazar á un porquerizo hediondo y desfigurado, y á un hijo descortés y desconocido? y á un hombre feo, desnudo, descalzo y desarrapado? Bien se ve, Señor, que sois Padre, y que el amor de Padre os hace salir de Vos para daros á vuestros hijos.

2. Lo segundo, muestra su caridad en que le restituye lo que perdió con gran liberalidad; dale la estola y vestidura de la gracia y caridad: el anillo del Espíritu Santo, y del trato familiar con Dios, y el ejercicio de las buenas obras para sus manos: el calzado para los piés de la divina proteccion, y de las virtudes que mortifican los afectos del ánima, y enderezan sus pasos, y le adornan para predicar á otros el Evangelio de la paz: convídale con el becerro grueso

de su sacratísimo cuerpo en el Sacramento del altar, y con la abundancia de los consuelos y regalos espirituales que allí le comunica. Ó Padre de misericordias, y Dios de toda consolacion, ¡cuántas misericordias juntas haces á un pecador, y cuánta muchedumbre de consolaciones le das sin merecerlo!

3. Lo tercero, se muestra esta misericordia en el gusto con que hace todo esto por el pecador, como si él interesara algo en su conversion, queriendo que todos sus criados se alegren, y tengan banquete de alegría por ella. Mucho te debo, Padre mio, por los bienes que me das; pero muy mas obligado me siento por el gusto y exceso de amor con que me los das. Deseo servirte con este contento y gusto, pagándote algo de lo mucho que te debo, pues no se puede pagar amor, si no es con amor.—Finalmente, ponderaré como el hijo pródigo, admirado de la misericordia y caridad que su padre le mostraba, y enternecido con ella, no le pidió que le hiciese como uno de sus jornaleros, segun lo habia propuesto, antes se arrojó en las manos de su padre, confiado que le admitiria á la dignidad de hijo. (*D. Bern.* Serm. 85 in Cant.). ¡Oh cuánta razon tengo, Padre mio, de confiar en tu misericordia, pues tanto favor haces á los que se acogen á ella! y demás de esto, procuras que lo sepan todos, para que no desmayen los grandes pecadores, viendo la buena acogida que les haces, y la grande dignidad á que tan liberalmente los levantas.

Punto quinto.— 1. *Viniendo del campo el hijo mayor, oyendo la música y el regocijo, y sabiendo la causa, no queria entrar en casa de enojado; y así dijo á su padre: Ha tantos años que te sirvo sin quebrantar jamás tu mandamiento, y nunca me diste un cabrito para comer con mis amigos, y en viniendo este tu hijo, que ha gastado su hacienda con malas mujeres, ¿mataste un becerro grueso para convidarle? A lo cual respondió el padre: Hijo, tú siempre estás conmigo, y todas mis cosas son tuyas; convenia que te holgases y comieses en este banquete, porque este tu hermano era muerto, y resucitó, estaba perdido, y se cobró.* Aquí se ha de ponderar lo primero, como algunos imperfectos, que han sido inocentes y preservados de grandes pecados, suelen tener envidia de los favores que hace Dios á los que han sido muy pecadores, y murmuran y se quejan de que Nuestro Señor no los regala así á ellos, pareciéndoles que lo merecen mejor; lo cual nace de falta de humildad y de caridad, y es muy ofensivo á Dios; el cual gusta mucho de que nos gocemos del bien que hace á nuestros hermanos, y digamos como Moisés (*Num.* xi, 29): ¡Ojalá todo el pueblo profe-

tizase! ojalá, Señor, recibas á todos los pecadores, y los levantes á grande alteza de justicia y santidad!

2. Lo segundo, se ha tambien de considerar el intento de Cristo nuestro Señor en este dicho del hijo mayor, que fue exagerar la misericordia y liberalidad que hizo con el menor, la cual era tan grande, que bastaba para provocar á envidia y queja á los justos, aunque ellos por su virtud no dén entrada á tales vicios, venerando los secretos juicios de Dios, y la grandeza de su bondad en comunicarse á las criaturas, dando algunas veces muestras de mayores regalos á los que son mas indignos de ellos.

3. Lo tercero, ponderaré las palabras que responde el Padre de misericordias interiormente á los justos que de veras le sirven: Hijo, tú siempre estás conmigo, y todas mis cosas son tuyas. Ó Padre amantísimo, ¿qué mayor favor puede ser que este? qué estola? qué anillo? qué calzado? y qué becerro grueso puede haber mas estimado, que estar yo siempre en vuestra casa, en vuestra obediencia, debajo de vuestro gobierno, y que todas vuestras cosas sean mias? Si todas son mias, mia es vuestra gracia, mios vuestros dones, mio vuestro cielo, mio vuestro Hijo y mi Redentor, y mio sois Vos mismo, en quien están todas vuestras cosas. Ó Padre mio, Dios mio, y todas mis cosas; Vos sois mi regalo, mi honra y mis riquezas; y si vuestras cosas son mias, las mias tambien son vuestras. Con este solo favor me contento, que yo esté siempre con Vos, y Vos conmigo, y que vuestras cosas sean mias, de modo que ninguna cosa quiera sino la que de vuestra mano me viniere, contentándome con solo servir á Vos, Padre mio celestial, á quien sea gloria y honra por todos los siglos. Amen.

MEDITACION L.

DEL QUE CAYÓ EN MANOS DE LADRONES, Y FUE REMEDIADO POR EL SAMARITANO.

Punto primero. — 1. Preguntando un letrado á Cristo nuestro Señor, quién era su prójimo (*Luc.* x, 30), para amarle como á sí mismo, respondióle con la parábola que se sigue, descubriendo en ella la compasion que tuvo de los pecadores: *Un hombre*, dice, *bajaba de Jerusalen á Jericó, y cayó en manos de ladrones, los cuales le despojaron; y habiéndole dado muchas heridas, se fueron, dejándole medio vivo.* Sobre este primer punto se ha de considerar quién sea este

hombre, y qué ladrones sean estos, qué bienes le robaron, y qué llagas le hicieron, y cómo quedó medio vivo, ó medio muerto. Este hombre es cualquier hijo del Adan terreno, que á imitacion de su padre, estando en gracia y amistad de Dios, señalado por heredero de la ciudad de Jerusalen celestial, va cayendo de este estado, inclinándose á los bienes de este mundo miserable y mudable, figurado por Jericó, que quiere decir Luna. El principio de esta caida ó bajada es aficionarse á las cosas de este mundo con algun desórden, y ocuparse con demasía en los negocios de la tierra.

2. Á este hombre le salen al camino los demonios, que son ladrones y salteadores, y enemigos nuestros; los cuales con sus tentaciones y sugestiones malas, ya al descubierto, ya con traicion y engaño, pretenden destruirnos; y para esto se aprovechan de los enemigos visibles, que son mundo y carne; esto es, de los malos que viven en el mundo y de las pasiones de nuestra carne; y aquel se dice caer en sus manos, que miserablemente consiente con sus persuasiones, y admite la culpa que llamamos mortal.

3. Los bienes que roban á este miserable son la gracia de Dios, los siete dones del Espíritu Santo, la caridad con las virtudes infusas que la acompañan siempre, y en especial á unos roban la castidad, á otros la humildad, á otros la paciencia, á otros la templanza, la obediencia y otras tales; y á veces llegan á robar la misma fe, derribando en pecados de infidelidad; y tambien la esperanza, derribando en pecados de desesperacion, porque sus ansias son robar y destruir todo lo que tenemos de Dios, diciendo aquello del salmo (*Psalm.* CXXXVI, 7): Destruidla, destruidla, hasta que arranqueis los cimientos de ella.—Las llagas y heridas que le dan, son los daños que dejan en nuestras potencias; la ignorancia del entendimiento oscurecido con nieblas y errores; la debilitacion del libre albedrío flaco para resistir al vicio; la furia desordenada de los apetitos y pasiones inclinadas á lo terreno; y tantas llagas recibe cada uno, cuantas ignorancias, pasiones y perversas inclinaciones tiene.—De esta manera queda el miserable hombre medio vivo, porque solamente le queda la lumbre de la fe, ó la lumbre de la razon natural; pero queda medio muerto, y á pique de morir eternamente.

4. Considerando todo esto, tengo de imaginar yo que soy este desdichado hombre, de quien habla esta parábola, lamentando mi desventura. Yo soy el que me descuidé en conservar la gracia que Dios me dió en el Bautismo, inclinándome á los bienes deleitables de esta vida. Yo soy el que caí en manos de los demonios mis enemi-

gos, mia fue la culpa de caer en ellos; porque si yo resistiera, ellos huyeran de mí; y si yo llamara en mi favor á Dios y á los Ángeles, ellos acudieran á defenderme; porque tan lleno está el camino de Ángeles que nos guardan, como de demonios que nos tientan. Y como dijo el profeta Eliseo (IV *Reg.* VI, 16): Mas son por mí, que contra mí. ¡Oh miserable de mí, que me dejé robar de estos ladrones, pudiendo defenderme de ellos! ¡Ay de mí, que perdí la gracia de Dios y sus dones celestiales! ¡oh qué de llagas y heridas he recibido en mi alma! Desde la planta del pié hasta la coronilla de la cabeza, no hay en mí cosa sana. (*Isai.* I, 6). No hay potencia ni sentido que no tenga su propia herida y perversa inclinacion; y aunque me queda algo de vida, mas estoy muerto que vivo, y en peligro de morir del todo para siempre. Ó Dios eterno, mira á este miserable con ojos de misericordia, y socórrele con tu gracia, antes que acabe de morir desdichada muerte.

PUNTO SEGUNDO.— 1. *Sucedió que un sacerdote bajaba por el mismo camino; y aunque vió á este hombre, pasó de largo. De la misma manera un levita, llegando cerca de él, y viéndole, pasó adelante. Caminando por allí un samaritano, llegó cerca de él, y en viéndole, movióse á misericordia y compasion del miserable.* Sobre este punto se ha de considerar, quién son este sacerdote y levita que pasan de largo sin remediar á este hombre, y quién es el samaritano que se compadeció de él.—Lo primero, el sacerdote y levita representan el linaje de los hombres constituidos en cualquier dignidad y excelencia que sea; los cuales no son bastantes para remediar un pecador, y así todos le dejan y pasan de largo; y aunque tienen ojos para ver su miseria, no tienen de sí mismos posibilidad para remediarla. Demás de esto, unos tienen poca compasion de los males ajenos, por estar muy metidos en sus propias comodidades. Otros por parecerles que tienen harto que ver consigo y defenderse de los ladrones que les acometen en el camino; y que si se detienen á curar al caido, vendrán ellos á caer. Finalmente, ninguna pura criatura puede socorrer á este miserable, ni sanarle de sus llagas; por lo cual, si no le viene socorro del cielo, es fuerza que venga á perecer.

2. El samaritano, que tuvo de él misericordia y compasion, es el Verbo eterno, hijo de Dios vivo, guarda y amparo de los desamparados, porque esto significa samaritano. Este Verbo divino, viendo nuestro peligro y desamparo, quiso hacerse hombre, y bajar de la celestial Jerusalen á este mundo, y vivir como hombre, caminando por los caminos que andan los demás hombres, pero sin pecado,

aunque conversaba y se acercaba á los pecadores; por lo cual fue tenido por pecador y por samaritano, y abominado de los judíos (*Ioan.* VIII, 48); pero sin embargo de esto, se le van los ojos tras cualquier pecador que ve despojado de su gracia, y rendido á los demonios, con peligro de su eterna condenacion. Ó misericordiosísimo Samaritano, Dios y hombre verdadero, guarda y guardador de los que no se saben ni pueden guardar, ¿quién nos pudiera guardar de tantos enemigos, y librar de tantos peligros si tú no nos guardaras? Pues si el Señor no guardare la ciudad, en vano trabaja el que la guarda. (*Psalm.* CXXVI, 1). ¿Qué fuera de nosotros miserables, si tú no te compadecieras de nuestra miseria? Pasó Moisés con todo el estado de los sacerdotes y profetas antiguos, y no pudieron dar salud á nuestra enfermedad, porque ellos estaban enfermos, y tenian necesidad de ser curados. Pasó el linaje de los escribas y fariseos, y como soberbios y duros de corazon no tenian compasion de los que estaban en pecado; pero tú, piadosísimo Samaritano, veniste del cielo á pasar por este mundo, y pasaste haciendo bien á todos, y sanando á los que estaban llagados y oprimidos del demonio. (*Act.* X, 38). Gracias te doy por la misericordia que tuviste de nosotros, y por el bien que nos hiciste, remediando nuestra miseria, la cual totalmente quedara sin remedio, si no fuera por tu gran misericordia.

PUNTO TERCERO. — 1. *Acercándose al llagado, alóle las llagas, echando encima aceite y vino; y poniéndole sobre su jumento, llevóle al meson, y tuvo cuidado de él, y á otro dia dió dos denarios al mesonero, diciéndole: Ten cuidado de este herido, y lo que mas gastares, cuando vuelva te lo pagaré.* Sobre este punto se ha de considerar el modo como este divino Samaritano tuvo misericordia de nosotros, y los innumerables bienes que nos hizo; porque su infinita misericordia no para en sola compasion, ni se contenta con solas palabras, sino con obras de infinita caridad.—Lo primero, acercóse, y llegóse al llagado; porque si él no viniese á visitar al pecador, no podria el pecador ir á buscarle. Ó amantísimo Jesús, confieso que, como el hijo pródigo, me salí de tu casa, y me alejé de tí, y vine á tanta miseria, que postrado en el suelo no tuve piés para levantarme y buscarte para que me dieses remedio de ella; pero tu caridad me ganó por la mano, y vino á visitarme, previniéndome con santas inspiraciones, y acercándose á mí con toques interiores, tocando mi corazon con deseo de sanarle y remediarle. Gracias te doy, Señor, porque te acercaste á mí, habiéndome yo alejado tanto de tí.

2. Lo segundo, atóle las llagas y todas las heridas, sin dejar ninguna por atar y curar, pero ¿con qué lienzo y con qué vendas las ató? ¡Oh cirujano piadosísimo, que nos tomas la sangre, y atas la corriente de nuestros pecados, y atas la furia de nuestras pasiones con la venda purísima de tu gracia y caridad, y con las demás virtudes que nos comunicas para justificar nuestras almas, purgarlas de todas sus culpas pasadas, y atajar las que podian venir! ¡Oh cuán piadoso eres para con nosotros, habiendo sido cruel para tí, permitiendo por nuestras innumerables culpas ser llagado con terribles llagas, y atado con crueles sogas, y fijado en una cruz con agudos clavos! Por tus llagas te pido humildemente que cures las mias, y por tus crueles ataduras te suplico me ates de manera que nunca mas cobre libertad de carne, ni me suelte en vicios, abrazándome firmemente con todas las virtudes.

3. Lo tercero, echó encima de las llagas óleo y vino, porque nos aplica Sacramentos eficacísimos llenos de misericordia y virtud celestial, con los cuales nos unge, y nos cura y sana, nos conforta y sustenta, y nos alegra el corazon. Ó Samaritano dulcísimo, ¡cuán bien proveido veniste del cielo, pues luego tan á mano hallaste el remedio de nuestras llagas! ¿Qué son los Sacramentos que instituiste, sino vasos de óleo de gracia, y de vino de caridad, la cual echas encima de nuestras llagas, y con ella quedan sanas? Úngeme, Señor, con este óleo de alegría, confórtame con este vino del espíritu, y sánome, para que todo me consagre y ofrezca en servicio de quien con tanta misericordia me sanó de mis llagas. Tambien nos aplica otra medicina, que es la palabra de Dios, y la divina Escritura llena de óleo y de vino; esto es, de verdades blandas y amorosas, que regalan y convidan á penitencia por via de amor; y de otras verdades ásperas y terribles, que amedrentan y mueven á dolor de pecados por via de temor; y con unas y otras nos provoca á varios afectos y deseos santos, con los cuales negociemos nuestra salud.

4. Lo cuarto, no contento con esto, viendo la flaqueza del enfermo, y que no podia por su pié andar, le puso sobre su jumento, porque sobre su cuerpo santísimo cargó las cargas de nuestras culpas, y con los socorros de sus inspiraciones nos ayuda y lleva como en piés ajenos por el camino de las virtudes, haciéndonos suave el yugo de su ley y la observancia de sus preceptos. – Y prosiguiendo en su misericordia, saca al enfermo del camino donde estaba postrado, sacándole de las ocasiones y peligros de pecar, y le pone en un meson honrado, seguro y muy acomodado, que es la santa Igle-

sia católica, á donde tiene todo lo necesario para convalecer y sanar perfectamente con grande seguridad y regalo; y él mismo por su persona, *curam illius egit*, tiene de él cuidado, y como padre tiene providencia de él, y le regala. Ó caridad infinita de Jesús, ¿qué gracias te podré yo dar por tantos favores y regalos como me has hecho? Los Ángeles te alaben por ellos, y mi ánima se deshaga en tus alabanzas. Bendito seas por el óleo y vino con que curas mis llagas; y bendito mil veces por el socorro con que alivias mis flaquezas; y cien mil veces bendito porque me has sacado de tantos peligros, y puéstome en la posada gloriosísima de tu Iglesia. Y además de esto, seas millones de veces bendito, porque tambien me has sacado de los peligros y tráfagos del mundo, y puesto de tu mano en la posada segurísima de la sagrada Religion, la cual tienes dentro de tu Iglesia, para coger en ella á los que tienes escogidos para mas altos grados de perfeccion.

5. Finalmente, cuando este Señor se fué al cielo, y se ausentó segun su humanidad, aunque no perdió el cuidado que tenia de nosotros, manda al mesonero de este meson, que es á su vicario, y á todos los prelados de la Iglesia y de las religiones, que tengan cuidado de este enfermo, y de su cura y convalecencia, y para esto les da dos denarios, que son el caudal necesario para gobernarle. Ofréceles virtud y ciencia, gracias de santidad y gracias gratis datas para el bien de otros, potestad de órden y jurisdiccion; y les encarga, que de su parte añadan cuanto pudieren para el bien del enfermo, no contentándose con cumplir lo que es de precepto, sino que añadan mucho mas de supererogacion y de gracia; porque cuando vuelva á juzgar, les pagará todo cuanto hubieren hecho en bien del prójimo necesitado. Aquí, Dios mio, se me agota el sentido, y no sé qué decirme, sino alabarte en silencio por la grandeza de la misericordia y providencia paternal que tienes con los necesitados, y suplicar á tu divina Majestad inspires con eficacia á los prelados de tu Iglesia, cumplan con gran fidelidad todo cuanto les encargas, para que cuando vengas á juzgar, halles con salud á los enfermos pecadores, y con grandes merecimientos á los cuidadosos prelados.

PUNTO CUARTO. — Últimamente, se ha de considerar la conclusion de la parábola; porque preguntando Cristo nuestro Señor al legisperito: *¿Cuál de estos tres se mostró prójimo al que cayó en manos de ladrones, y le amó como á tal? Respondió el legisperito: El que usó con él de misericordia. Pues vé, dice Jesús, y hazlo tú de la misma manera.* En lo cual se descubre aun mucho mas la infinita caridad de

este Señor. Lo uno, en querer que todos tengamos compasion unos de otros, usando con ellos de misericordia, y remediando sus necesidades corporales y espirituales, como este samaritano lo hizo; el cual con ser extranjero, tuvo misericordia del israelita llagado, mas que los sacerdotes y levitas de su nacion. Lo otro, en que tácitamente se nos pone por ejemplo á sí mismo, diciendo: Usad de misericordia unos con otros, como yo, que soy figurado por este samaritano, la he usado con vosotros; mirad lo que yo hice con este enfermo pecador, y haced vosotros otro tanto con cualquier necesitado, remediando lo mejor que pudiéreis su trabajo de cuerpo y de alma; y en esto no seais cortos sino largos, haciendo mucho mas de lo que estais obligados por precepto; así como yo hice incomparablemente mas de lo que era necesario para vuestro remedio, pagándome con esto el amor que os tengo (*Luc.* VI, 38); y cuando yo vuelva á juzgar, os pagaré muy copiosamente cuanto hubiéreis hecho con una medida de gloria, llena, colmada, apretada y muy sobrada. Ó Salvador dulcísimo, yo propongo con vuestra gracia de amar á mis prójimos como Vos nos amásteis, compadeciéndome de ellos como Vos os compadecísteis de nosotros, por imitar á quien tanto debo, y á quien sea honra y gloria por todos los siglos. Amen.

MEDITACION LI.

DEL SIERVO QUE DEBIA DIEZ MIL TALENTOS.

—Esta parábola es un vivo dibujo de la misericordia liberalísima de Dios en perdonar fácilmente sus injurias, aunque sean muchas y graves; y de la dureza abominable del hombre que no quiere perdonar al prójimo las suyas aunque sean pocas y pequeñas, y en ambas razones será materia de esta meditacion.—

PUNTO PRIMERO. — 1. *Lo que pasa en el reino de los cielos es semejante á lo que sucedió á un rey que quiso tomar cuenta á sus criados, y comenzando á tomarla, le presentaron uno que le debia diez mil talentos; y no teniendo de dónde pagar, mandó que le vendiesen á él, y á su mujer, y á sus hijos, y cuanto tenia, para que pagase.* (*Matth.* XVIII, 23). - Lo primero, se ha de considerar como Dios nuestro Señor ha de tomar cuenta á todos los hombres de lo que han hecho en esta vida; la cual toma á cada uno en el instante de la muerte, y allí se remata; pero antes de la muerte la comienza á tomar, cuando interiormente nos avisa de lo que le debemos, y nos pide que le paguemos

en vida con la penitencia; y en especial cuando nos pone en alguna grave enfermedad ó peligro de muerte, parece que es comenzar á tomar la cuenta. Pero se ha de ponderar esta diferencia, que si en el instante de la muerte me alcanza Dios de cuenta, y me halla cargado de graves culpas, la cuenta se concluye sin remedio ni esperanza de perdon; pero en vida, siempre que se toma cuenta, hay esperanza de salir bien de ella, por la infinita liberalidad del Rey eterno. Por tanto, alma mia, entra en cuenta con tu Dios en vida, y mira lo que te alcanza, pues ahora es tiempo de misericordia, y despues será tiempo de rigurosa justicia.

2. El siervo que debe diez mil talentos, es el pecador cargado de pecados, cuyas propiedades se significan por los diez mil talentos.—La primera es, que son contra los diez mandamientos de la ley de Dios, quebrantándolos con injuria del Legislador; y aunque el pecado sea contra un solo mandamiento, es, como dice Santiago apóstol (*Iacob.* II, 10), de tal jaez, que encierra alguna manera de injuria contra todos, como arriba se dijo.—La segunda, que son muchísimos ó innumerables; y por esto se comparan al número de diez mil; y si en este número entran los pecados veniales, podemos decir que son mas que los cabellos de la cabeza y que las arenas del mar.—La tercera, son gravísimos, y cada uno es pesadísimo como talento, y encierra grande carga y gravísima injuria, por ser contra un Dios infinitamente bueno, y contra sus innumerables y altísimos beneficios, y por ser con desprecio de la sangre de Jesucristo, que es de infinito valor, y en daño de las almas que se compraron con este infinito precio, y con destruccion de los talentos que Dios nos da con infinita caridad.

3. La cuarta, que se sigue de las dichas, es, que ningun hombre puede por sí mismo pagar esta deuda, ni tiene caudal para poder pagar á Dios un solo pecado mortal, cuanto mas tantos; porque siendo enemigo de Dios, nada puede hacer que le satisfaga, y cuanto le puede dar es nada, en respeto de lo infinito que le debe. La quinta, es estar sujeto á una pena tan terrible como es ser vendido él y su mujer é hijos, y cuanto tiene; esto es, ser condenado á perder su libertad, y ser perpétuo esclavo del demonio en el infierno, y á perder todos los bienes que Dios le ha dado, corporales y espirituales, quitándoselos como á traidor é indigno de ellos. De suerte, que así el hombre, como su mujer, que es su sensualidad, y sus hijos, que son sus obras, y su hacienda, que son los dones de gracia que recibió, todo será enajenado y quitado del poder y señorío de quien

lo tenia, y lo natural que le dejan es para su mayor tormento. Ponderando estas cinco cosas, despertaré en mi alma un gran dolor de las injurias que he hecho á Nuestro Señor, viéndome cargado con tantas deudas, y un grande temor de su justicia y del castigo que tengo merecido por ellas, acogiéndome al remedio con que este siervo alcanzó perdon de su señor.

Punto segundo.— 1. *Oyendo el siervo lo que el rey mandaba, postróse en tierra, y orando le dijo: Ten paciencia, señor, en esperarme, y yo pagaré todo lo que debo. Entonces tuvo el señor misericordia del criado, y perdonóle la deuda.* Aquí se ha de ponderar, en la persona de este siervo, los medios que hay para negociar perdon de nuestros pecados, procurando aprovecharme de ellos.—El primero es, no negar la deuda, sino reconocerla y confesarla con entereza y con gran arrepentimiento de haber incurrido en ella.—El segundo es, humillarse delante de Dios con profunda reverencia, hasta postrarse en tierra, reconociendo su nada y su miseria.—El tercero es, orar y pedirle humildemente misericordia y espacio de penitencia, para satisfacer por las ofensas que contra él hemos cometido.—El cuarto es, un propósito eficaz de pagarle toda la deuda; esto es, de hacer de nuestra parte con su ayuda todo lo que pudiéremos para pagarle. Con estos afectos tengo de ponerme delante de Dios y decirle: *Patientiam habe in me, et omnia reddam tibi.* Ó pacientísimo Señor, que con paciencia infinita sufres á los que tantas veces y tan gravemente te ofenden, añade esta paciencia á la que hasta aquí has tenido, dándome tambien esta vez lugar de penitencia para pagarte lo que te debo; y porque yo no tengo caudal para ello, me aprovecharé de la paga que mi Redentor hizo con el precio de su sangre; con la cual, favorecido de tu gracia, te pagaré lo que pudiere por mi deuda.

2. Lo segundo, se ha de ponderar, en la persona de este rey, la infinita misericordia y liberalidad de nuestro gran Dios en conceder á los pecadores humillados mucho mas de lo que ellos se atrevieron á pedir y desear; pues de pura gracia revoca la sentencia del castigo que les habia amenazado, y les perdona la deuda, sin reparar en que era mucha y muy gruesa, y todo esto de pura misericordia; porque el perdon de la culpa y de la pena eterna no se da por nuestro merecimiento. Ó Rey misericordiosísimo, liberalísimo y magnificentísimo, alaben los Ángeles tu infinita misericordia, publiquen los hombres tu inmensa largueza, y mi ánima te magnifique por tu inefable magnificencia. Menester era un Dios tan mise-

mar venganza de los rebeldes y desagradecidos, y á sacar de sus crueles manos á los pequeños, conforme á lo que dijo el mismo Señor (*Luc.* XVIII, 7): ¿Por ventura no vengará Dios á sus escogidos, que claman á él de dia y de noche?

2. Lo segundo, se ha de ponderar como el Señor mandó luego llamar al criado con el último llamamiento á juicio, porque en castigo de una maldad crecida suele Dios acortar los dias de la vida, y llamar luego al pecador para tomarle la postrera cuenta; y hallándole culpado, le entrega á los atormentadores y verdugos infernales, hasta que pague toda la deuda; y como nunca puede acabar de pagar, así nunca le acaban de atormentar. ¡Oh si tuvieses presente este último llamamiento, con cuánta suavidad tratarias á tus prójimos, para que Dios te trate con la blandura que deseas! ¡Oh si te acordases de los atormentadores y tormentos que te esperan por las deudas que en esta vida no pagares, sin duda las pagarias luego, negociando con Dios el perdon de ellas!

3. Finalmente, ponderaré como este mal siervo fue castigado (*D. Thom.* 3 *p. q.* 88, *art.* 3), no solo por el pecado presente, sino en cierto modo tambien por los pasados que le perdonaron, en cuanto creció grandemente su pecado, por haber sido ingrato al beneficio que recibió de su señor, y al modo que tuvo en perdonarle, no haciendo caso de él cuando habia de perdonar á su prójimo, para que yo tiemble del vicio de la ingratitud contra Dios; la cual aumenta la gravedad de la culpa; porque cuantos son los pecados que Dios me ha perdonado, tantos desagradecimientos puedo imaginar en el pecado que despues hago; y así, aunque es uno, virtualmente incluye muchos. O ingratitud abominable, tras la cual entran en el alma siete demonios (*Luc.* XI, 26), peores que el primero que salió de ella. Líbrame, Dios mio, de tal maldad, pues tanto te desagrada.

PUNTO QUINTO.—*Razones para perdonar las injurias.*—Luego consideraré la conclusion de la parábola, que fue esta: *Así lo hará mi Padre celestial con vosotros, si no perdonare cada uno á su hermano de todo corazon.* En lo cual se ha de ponderar la infinita caridad de Nuestro Señor, que resplandece en querer que nos perdonemos unos á otros, no de cumplimiento, sino de corazon, fundándolo todo en leyes de caridad, sacadas de estas palabras que aquí dice.—Lo primero, porque así lo quiere nuestro Padre celestial, cuyos hijos somos, y esto basta para darle contento en lo que nos manda.—Lo segundo, porque todos somos hermanos, hijos de un mismo padre, y

es razon que un hermano perdone al otro.—Lo tercero, porque cada uno tiene algo que su hermano le haya de sufrir y perdonar, y es justo que le perdone, como quiere ser perdonado.—Lo cuarto, porque el Padre celestial nos perdona liberalmente deudas incomparablemente mayores; con lo cual nos obliga á que perdonemos las que otros nos deben, que son muy menores.—Lo quinto, porque si la ley del amor no nos convence á cumplir esto, entrará la ley del temor y del castigo; el cual será terrible, porque no será perdonado otra vez quien con rebeldía no quiso perdonar; y por consiguiente será entregado á los demonios, verdugos de la justicia de Dios, para que le castiguen como merece. Considerando todas estas razones, tengo de sacar propósitos muy eficaces de tener misericordia de mis prójimos y perdonarles cualquier injuria que me hicieron, deseando, si sin ofensa de Dios se pudiere hacer, ser injuriado, solo por tener ocasion de perdonar, para que Dios me perdone. Ó Padre celestial, de todo mi corazon perdono las deudas que me deben los que me han injuriado, por parecerme á Vos, que tan liberal eres en perdonar á los que te injurian, pues es justo que el hijo sea semejante á su padre. Recibe esta buena voluntad, y dame gracia para que ofreciéndose la ocasion la ponga luego por obra.

MEDITACION LII.

DE LA PARÁBOLA DEL MAYORDOMO QUE DESPERDICIABA LA HACIENDA DE SU SEÑOR.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Un hombre rico tenia un mayordomo, el cual fue infamado delante de él, de que desperdiciaba sus bienes.* (*Luc.* XVI, 1). Aquí se ha de ponderar quién es este hombre rico, quién su mayordomo, y en qué manera desperdiciaba sus bienes, y cómo es infamado delante de su señor.—Lo primero, este hombre rico representa á Dios nuestro Señor, cuyas son todas las riquezas del cielo y tierra, de que gozan Ángeles y hombres, las cuales son en tres maneras.—Unas son riquezas corporales, que sirven al cuerpo para su mantenimiento, vestido y adorno.—Otras son espirituales, que adornan y enriquecen el espíritu con la gracia y virtudes.—Otras son riquezas eternas (*Ephes.* II, 4; *Rom.* X, 12), con las cuales son premiados los justos en el cielo. Estas riquezas reparte Dios á los hombres; y las primeras da á buenos y malos, fieles é infieles. Las segundas á solos los fieles, y algunas á solo los justos. Las postreras

solamente á los bienaventurados. Ó Dios soberano, rico en misericordia y rico para todos los que invocan tu santo nombre, concédeme que de tal manera use de las riquezas temporales, que no pierda las espirituales; y que de tal manera negocie con estas, que alcance las eternas. Amen.

2. El mayordomo de este soberano Señor es el hombre, á quien entrega el gobierno de las riquezas que posee, así en el cuerpo como en el alma; y aunque le da verdadero dominio de algunas, llámase siempre mayordomo, porque su dominio no es absoluto, sino sujeto al dominio de Dios y á sus leyes, y no puede lícitamente distribuir ni usar de los bienes que tiene, si no es conforme á la voluntad del supremo Señor que se los dió, á quien ha de dar cuenta y razon de todo, el dia que se la pidiere; para lo cual hay libro de recibo y gasto, en que se asienta lo que nos da y el modo como lo distribuimos.

3. De aquí se sigue, lo tercero, que aquel mayordomo desperdicia los bienes de su Señor, que los gasta ó usa de ellos contra su divina voluntad y contra los preceptos que nos ha puesto en su santa ley. Desperdicio el manjar si le como por gula, y el vestido si uso de él para sola jactancia, y el dinero si lo gasto en cosas prohibidas, ó si lo detengo y no reparto á los pobres cuando Dios lo manda; y de la misma manera desperdicio la vida y la salud, los sentidos y potencias del alma, cuando las empleo en cosa que sea ofensa del que me las dió.—Por estas cosas viene el mayordomo á ser infamado delante de su señor, porque nuestra buena ó mala fama para con Dios no depende de los dichos de los hombres, sino de nuestras obras. Estas nos acreditan ó desacreditan, honran ó infaman en sus ojos, á los cuales no pueden esconderse; y aunque todo el mundo tenga buena opinion de mí, si de verdad soy malo, mis obras clamarán contra mí como contra los de Sodoma (*Genes.* XVIII, 20), y me infamarán delante de Dios. Ó Dios eterno, que por tu infinita misericordia hiciste al hombre mayordomo de esta gran casa del mundo, y pusiste todas las cosas debajo de sus piés (*Psalm.* VIII, 8), no permitas que yo siga los pasos del viejo Adan, que dió mala cuenta de su mayordomía en el paraíso terreno, sino ayúdame con tu gracia para que haga tales obras, que me acrediten contigo, y por ellas me admitas en tu paraíso celestial. Amen.

PUNTO SEGUNDO.— 1. *Llamóle su señor, y díjole: ¿Qué es lo que oigo decir de tí? Dame cuenta de tu mayordomía, porque ya no podrás hacer oficio de mayordomo.*—Lo primero, se ha de ponderar que así

como este hombre rico, por la noticia que tuvo de que su mayordomo desperdiciaba los bienes, le quitó antes de tiempo el oficio, y le mandó dar cuenta de él; así el clamor de nuestros pecados que llegan al tribunal de Dios, es causa de que nos acorte los dias de la vida, y nos llame á que le demos cuenta de ella. Por lo cual dijo el Sábio (*Eccles.* VII, 18): No seas muy malo ni muy necio, porque no vengas á morir antes de tiempo; y esto hace nuestro Señor, parte con justicia y parte con misericordia, atajando los malos pasos del que si viviese muchos años tendria peor cuenta y mas terrible pena.

2. Pero este llamamiento suele suceder en dos maneras.—La primera es terribilísima cuando llama Dios á los pecadores tan de repente, que no tienen aviso de que se mueren, ni tiempo de aparejarse para la cuenta que han de dar.—La otra manera es, llamando poco á poco por medio de alguna enfermedad; la cual es aviso de la muerte, y da lugar de aparejarse para la cuenta, y entonces dice aquella palabra: *Quid hoc audio de te?* ¿Qué es lo que oigo decir de tí? En virtud de la cual nos trae á la memoria todos los pecados de que estamos notados é infamados delante de él, para que oyendo el cargo, demos el descargo con tiempo; porque si no, en el instante de la muerte nos la dirá para convencernos de la culpa y sentenciarnos por ella. Por tanto, ó alma mia, oye ahora la voz de Dios, que con sus inspiraciones y recuerdos interiores te dice: ¿Qué pecados son estos que haces? qué tibieza es esta en que vives? qué olvido es este que traes de tu salvacion? qué quejas son estas de los pobres y afligidos por tu causa, que suben á mis oidos? qué descuido es este que tienes en tu oficio y en las cosas que te he encomendado? Oye, pues, luego esta palabra, y enmienda con tiempo lo que Dios te avisa por ella; porque si no estuviere enmendado en la muerte, la palabra que ahora te dice para tu salvacion, entonces te la dirá para tu condenacion.

3. Luego ponderaré la terribilidad de aquella palabra: *Redde rationem villicationis tuae, iam enim non poteris villicare.* Dame razon del oficio de mayordomo, porque ya no podrás hacerle; que es decir: Dame cuenta de la casa y granja de este mundo, que crié para tu morada; de las plantas y animales que hice para tu sustento; de los tesoros y riquezas, oficios y dignidades que has tenido; de los años de vida, salud y fuerzas, y talentos que te he dado. Dame, otrosí, cuenta de los pensamientos que has revuelto por tu memoria; de las palabras que han salido de tu boca; de las obras que has

hecho con tus manos; y de los pasos que has andado con tus piés; y de todos los afectos y deseos que has fraguado dentro de tu corazon. Finalmente, dame cuenta de todo lo que pertenece al oficio de mayordomo, porque ya no podrás mas hacerle; ya pasó el dia en que podias negociar (*Joan.* IX, 4), y viene la noche en que no se puede merecer; ya es llegada la hora en que, mal que te pese, has de ser presentado ante mi tribunal, para dar razon de lo que has hecho, viviendo en ese cuerpo, y recibir premio ó castigo por ello. (II *Cor.* V, 10). Esta palabra he de traer siempre delante de los ojos, pues es cierto que ha de llegar hora en que se me ha de decir; y es gran cordura vivir tan bien apercibido, que pueda dar buena cuenta cada y cuando que fuere llamado.

PUNTO TERCERO.— 1. *Dijo el mayordomo dentro de sí mismo: ¿Qué haré, pues mi señor me quita la mayordomía? No puedo cavar, tengo vergüenza de mendigar; sé lo que haré, para que cuando me la quite haya quien me reciba en su casa. Y llamando á los deudores de su señor, dijo á uno que le debia cien medidas de aceite: Toma tu obligacion, siéntate de presto, y escribe cincuenta. Y á otro que debia cien medidas de trigo, dijo: Toma tú escritura, y escribe ochenta. El señor, cuando supo esto, alabó al mayordomo malo de la prudencia que habia tenido; porque los hijos de este siglo son mas prudentes en su modo de vida, que los hijos de la luz en la suya.* Aquí se ha de ponderar primeramente el hecho de este mayordomo, cuando á la corteza de la parábola, en el cual se representa un género de hombres mundanos, astutos y sagaces para todo lo malo; los cuales ni quieren cavar trabajando para ganar de comer, porque son regalados y amigos de ociosidad; ni quieren mendigar, porque son muy honrados y enemigos de ejercicios bajos; y así buscan su comida á costa de hacienda ajena con engaños, proveyendo de esta manera sus necesidades. Y en este sentido no trae Cristo nuestro Señor el hecho de este mayordomo para que le imitemos, sino para que de la providencia que tuvo en remediar con tiempo las necesidades del cuerpo aprendamos á ser prudentes en remediar las del alma; porque los hijos de este siglo hacen ventaja en la prudencia que tienen para sus negocios temporales, á la que tienen los hijos de la luz para los eternos, y así pueden aprender de ellos. Ó alma mía, mira la prudencia de los mundanos en su modo de vida mundana, y confúndete de ver la que te falta en la tuya religiosa y cristiana. Aquellos son diligentes para el vicio, tú perezosa para la virtud; aquellos se desvelan en inventar medios para cumplir sus malos intentos, tú te echas

á dormir, descuidando de cumplir tus buenos propósitos; aquellos sin dilacion hacen luego cuanto pueden, aunque sea trabajoso, tú con dilaciones de dia en dia no haces lo que podrias, aunque sea fácil. Avergüénzate, pues, de ser menos prudente para lo bueno, que estos lo son para lo malo; y dejando lo malo que tienen, imita con espíritu lo bueno, proveyendo con tanto fervor lo necesario para tu alma, como ellos proveen lo necesario para su cuerpo.

2. *Modos de granjear la vida eterna.*—Luego ponderaré el espíritu que está encerrado en el hecho de este mayordomo, en el cual se apuntan varios ejercicios para granjear la vida eterna; unos hay que la granjean cavando; esto es, tomando por principal asunto la penitencia y mortificacion de su carne, con grandes rigores y asperezas. Pero esta vida, aunque es muy excelente, no es para todos, como dijo san Pablo á su discípulo Timoteo (I *Tim.* IV, 7): Porque muchos son flacos y enfermos, y no pueden con tanto rigor. Otros hay que granjean la vida eterna mendigando; esto es, tomando por principal asunto el ejercicio de la contemplacion y oracion, en la cual no se hace otra cosa que mendigar y pedir á Dios y á sus Santos lo necesario para la salvacion y perfeccion. Pero este modo de vida, aunque tambien es muy excelente, no es para todos, porque algunos no pueden siempre ocuparse en oracion retirada y prolija, como los solitarios; porque los pecados de la vida pasada, sus vicios y malas inclinaciones les ponen un modo de vergüenza y empacho en el trato con Dios, y el estado, oficio y complexion natural les ayuda poco para ello. Los que no son para ninguno de estos dos modos de vida y dicen como este mayordomo: No puedo cavar y tengo vergüenza de mendigar, resta que tomen otro tercero modo de granjear la vida eterna con limosnas y obras de misericordia, corporales ó espirituales, conforme á su talento y capacidad, siguiendo el consejo que san Pablo dió á Timoteo: Ejercítate en la piedad, que es buena para todo, á quien están hechas las promesas de esta vida y de la otra; porque con estas obras de caridad y misericordia se alcanza de Nuestro Señor perdon de pecados (*Tob.* IV, 10), y dones grandes de su gracia en esta vida, y despues el premio de la vida eterna.

3. Esto es lo que Cristo nuestro Señor infirió de esta parábola (*Luc.* XVI, 9), diciendo: *Por tanto yo os aviso que ganeis amigos con las riquezas de maldad, para que cuando murieredes os reciban en las eternas moradas* (*D. August.* Lib. II, qq. Ev. c. 34, t. 2; *D. Ambr.* Lib. VII in Lucam, c. ult.). En las cuales palabras llama riquezas

de maldad á las riquezas temporales, aunque sean lícitamente adquiridas, ó porque solamente las tienen por riquezas los malos que ponen en ellas su descanso, y llaman bienaventurados á sus poseedores; pero los justos, perfectos como el Apóstol, tiénenlas por basura y huyen de ellas, porque son ocasion de innumerables males de culpa y pena á los que desordenadamente las aman, como otras veces se ha dicho. Pero sin embargo de esto, pueden ser instrumento de ganar las riquezas espirituales, siguiendo el consejo que Cristo nuestro Señor da aquí á los ricos, diciéndoles que ganen con ellas amigos, para que cuando fallecieren los reciban en las eternas moradas, ejercitando con los pobres todas las obras de misericordia; las cuales son amigos fidelísimos y poderosos para negociar con Nuestro Señor, como dijo Tobías (*Tob.* IV, 12), que si murieren muerte de culpa les libre de ella, dándoles las riquezas de su gracia; y que cuando mueran muerte temporal, les libre de la eterna, dándoles las riquezas de su gloria en las moradas que llama eternas; las cuales exceden tanto á las de esta vida en la grandeza, cuanto exceden en la duracion; y esto nos ha de mover á dar infinitas gracias al que tal cambio y trueco ha ordenado, dándonos facultad de poder con tanta facilidad trocar lo terreno por lo celestial, y con riquezas tan viles como son las de la tierra, poder granjear dos suertes de amigos que nos negocien las del cielo (*Tob.* IV, 12); es á saber, obras de misericordia, que puestas en el seno del pobre, como dice el Sábio, oran por nosotros (*Eccli.* XXIX, 15), y los mismos pobres, cuyas oraciones oye Dios cuando ruegan por quien les hace bien. Ó Dios misericordiosísimo, ilustra y enciende los corazones de los ricos de este siglo con el resplandor y fuego de tu gracia y caridad, para que con las riquezas que les has dado se hagan ricos en buenas obras (I *Tim.* VI, 17), y ganen por amigos á los pobres y justos de la tierra, y á los Ángeles y Santos del cielo, por cuya intercesion sean recibidos en las eternas moradas. Amen.

MEDITACION LIII.

DEL PUBLICANO Y FARISEO QUE SUBIERON AL TEMPLO Á ORAR.

PUNTO PRIMERO.—*Actos de soberbia.*— 1. *Dijo Jesús á algunos que presumian de justos, y despreciaban á los demás, esta parábola: Dos hombres subieron al templo á orar, uno fariseo y otro publicano. El*

fariseo, puesto en pié, oraba consigo mismo, diciendo así: Dios, gracias te doy, porque no soy como los demás hombres, robadores, injustos, adúlteros, ni como este publicano; ayuno dos dias cada semana, y pago diezmos de todo lo que poseo. (*Luc.* XVIII, 10). En esta primera parte de la parábola se han de considerar los abominables actos de soberbia que descubrió este fariseo en su oracion, haciendo reflexion sobre mí para ver si los tengo, y desecharlos.-El primero, fue tenerse por santo y lleno de virtudes, de donde procedió que en su oracion ninguna cosa pidió á Dios, ni perdon de sus pecados, ni que le conservase ó aumentase sus dones, como si de esto no tuviera necesidad.-El segundo acto, fue con título de accion de gracias, alabarse á sí mismo y jactarse de sus obras buenas, saboreándose en ellas, de modo que con la boca sola daba gracias á Dios, porque con el corazon á sí mismo se daba las gracias; y así dice que oraba, *apud se*, cerca de sí y consigo, y no *apud Deum*, con Dios, ni cerca de Dios.

2. El tercero, fue anteponerse á todos los demás hombres teniéndose por mejor que todos y por singular en la virtud, como si él solo fuera bueno entre todos.-El cuarto, fue hacer mucho caso de sus buenas obras, aunque pequeñas de suyo, porque las comparaba con las malas de los otros, debiendo hacer lo contrario, y solamente hizo caso de cosas exteriores, como era ayunar y pagar diezmos; lo cual hacia por vanidad y jactancia, no reparando en que era sepulcro blanqueado, y que dentro de sí estaba lleno de huesos muertos y hediondos de graves pecados.

3. El quinto, fue despreciar á todos los hombres y á su compañero el publicano, teniéndolos en poco; y demás de esto, juzgar temerariamente al publicano, que todavía era pecador, pudiendo sospechar que estaba arrepentido, por las señales que de ello daba. En todo lo cual se echa de ver cuán ciego estaba este fariseo, y cuán ciega es la soberbia para conocer sus cosas y las ajenas, cual la pinta Cristo nuestro Señor en el Apocalipsis, de un prelado semejante á este fariseo, que decia de sí (*Apoc.* III, 17): Rico soy, y no tengo necesidad de cosa alguna. Y no sabes, dice Cristo, que eres miserable, pobre, ciego y desnudo de todo bien. ¡Oh soberbia abominable! oh bestia monstruosa, ciega para ver los males que tienes, y presuntuosa de los bienes que no tienes! Ves la paja en el ojo de tu hermano, y no ves la viga que está en el tuyo, porque no te ves á tí, que eres viga que ciegas los ojos del alma. Confieso, Dios mio, que he seguido los pasos de este fariseo, que siendo religioso en la

profesion era profano en la vida; mas tu gracia me puede trocar, para que la vida conforme con la profesion.

PUNTO SEGUNDO.— 1. Lo segundo, se ha de considerar la oracion del publicano; *el cual puesto en pié, apartado muy léjos de lo superior del templo, no se atrevia á levantar los ojos al cielo, é hiriendo su pecho, decia: Dios, sé propicio á mí pecador.— Actos de humildad.*— Aquí se han de ponderar los actos de humildad de este publicano, contrarios á los del fariseo, para imitarlos.—El primero, fue tenerse por indigno de estar cerca de Dios, y aun de estar cerca del fariseo, y así se apartó léjos á la parte inferior del templo, escogiendo el postrer lugar de todos.—El segundo, fue no atreverse á levantar los ojos al cielo, pareciéndole que ni merecia premio de Dios, ni sus obras podian parecer delante de él; y así de vergüenza y confusion los tenia clavados en tierra.

2. El tercero, fue herir su pecho, mostrando con esto el dolor interior que tenia de sus pecados, y el deseo que tenia de castigar su carne por ellos, juntando las tres partes de la humilde penitencia; es á saber, corazon contrito y humillado, humilde confesion de sus pecados, y satisfaccion del modo que podia.—El cuarto, fue pedir perdon á Dios para sí solo, como si él solo fuera pecador en el mundo, no juzgando de otros que lo fuesen, ni del fariseo; y si por ventura oyó las palabras con que le despreciaba, no se indignó contra él, teniéndose por digno de ser despreciado.

3. El quinto, fue confiar mucho en la misericordia de Dios, porque no oró con muchas palabras, pareciéndole que para Dios bastan pocas, y que no está el ser oido en la muchedumbre de ellas. Ó virtud soberana de la humildad, maestra de todas las virtudes, tú me enseñas á amar y confiar en Dios, y á tenerle reverencia y amor, y á no despreciar á nadie, sujetándome á todos, teniéndome por el mas vil de todos. ¡Oh quién imitase á este dichoso publicano (*Casian. Collat.* XV, *c.* 7), no ya publicano, sino santo, pues su humildad publica su santidad. Con este espíritu del publicano he de repetir muchas veces su breve y fervorosa oracion, diciendo: *Deus, propitius esto mihi maximo peccatori.* Dios, sé propicio á mí, pecador, y grande pecador. Dios, sé propicio á este hombre soberbio, á este impaciente y vengativo, etc.

PUNTO TERCERO.— 1. Lo tercero, se ha de considerar la sentencia que Cristo nuestro Señor dió, como rectísimo juez, entre estos dos hombres: *Dígoos de verdad*, dice, *que este publicano bajó del templo justificado mas que el fariseo; porque todo hombre que se ensalza,*

será humillado; y el que se humilla, será ensalzado. – Lo primero, ponderaré en esta sentencia, como Cristo, nuestro soberano juez, no se paga de cosas exteriores, sino penetra los corazones y las intenciones y afectos del corazon, de donde nacen las obras, y segun estos da la sentencia de justificacion ó condenacion; al revés de los demás hombres, que miran lo exterior solamente, y así se engañan muchas veces. – Lo segundo, cuán poderosa es la humildad y cuán agradable á Dios, pues de públicos pecadores hace hombres muy justos; y al contrario, cuán abominable es la soberbia, pues á los que eran justos pervierte y trueca en grandes pecadores; y la causa es, porque el soberbio, atribuyéndose las virtudes á sí mismo, con vana complacencia las destruye, humillándole Dios, porque se ensoberbeció; pero el humilde, atribuyéndose los pecados á sí, con verdadera displicencia los deshace, ensalzándole Dios porque se humilló.

2. De aquí subiré á ponderar aquella sentencia general (*Prov.* XVI, 19; *Luc.* XIV, 11): Todo hombre de cualquier estado y condicion que sea, eclesiástico, seglar ó religioso, noble ó plebeyo, letrado ó idiota, grande ó pequeño, si se humilla de verdad, será ensalzado; y en lo mismo que se humillare, Dios le ensalzará, ó en esta vida si le conviene, honrándole y acreditándole con los hombres y engrandeciéndole con sus dones; y despues en la otra vida mas copiosamente con esclarecida corona de gloria, colocándole con los príncipes de su reino celestial. Y al contrario, quien quiera de estos, que soberbiamente se ensalzare, será humillado en esta vida ó en la otra, como se ponderó en la parte I, en la meditacion XVII. De todo lo cual tengo de sacar amor de la humildad y aborrecimiento de la soberbia, teniendo firme esperanza en esta promesa de Cristo, que por humillarme no perderé la exaltacion que me conviniere para mi salvacion, y temblaré de ensoberbecerme, pues será cierta mi caida y confusion.

MEDITACION LIV.

DEL PADRE DE FAMILIAS QUE LLAMÓ OBREROS PARA SU VIÑA.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Lo que pasa en el reino de los cielos, es semejante á lo que hace un padre de familias, que sale en amaneciendo á llamar obreros para su viña, y se concierta con ellos por su jornal. Despues sale á hora de tercia, que es las nueve del dia, y cogió otros, diciéndoles que les daria lo que fuese justo. Hizo lo mismo á hora de sex-*

ta, nona y undécima, que es á las doce, y á las tres de la tarde, y á las cinco, una hora antes de la noche, reprendiendo estos últimos, porque todo el dia estaban ociosos. (*Matth.* xx, 1). Aquí se ha de ponderar quién es este padre de familias, qué viña sea esta, quién son los obreros, cómo los llama, y á qué horas y en qué manera.—El padre de familias es Dios nuestro Señor, verdadero padre de familias, que tiene en el cielo y en la tierra espíritus bienaventurados y hombres viandantes, cuidadoso notablemente del bien de los suyos, y tan por menudo de cada uno, como si la familia fuese muy pequeña; y por esto, aunque es rey y supremo monarca, se llama Padre de familias, cuyos cuidados suelen ser muy menudos, y en particular de los que están en su casa. ¡Oh dichoso el que está en la suya, debajo de su proteccion y amparo!—Su viña es la congregacion de los fieles, pero mas particularmente de los justos, que son las cepas ó sarmientos mas escogidos de ella; los cuales producen frutos de bendicion y el vino del amor divino, y de aquí los va cortando y trasplantando á la viña del cielo, que es la congregacion de los bienaventurados.—Los obreros de esta viña son los hombres, á quien pertenece labrar sus almas, cavándolas y podándolas con la azada y podadera de la mortificacion y penitencia, procurando que lleven buen fruto y copioso, no de agrazones, sino de uvas maduras y obras agradables á Dios. Y mas perfectos obreros son los que con ejemplos y palabras trabajan por enseñar y labrar á otros, para que de veras sirvan á Dios, como son los prelados y muchos religiosos.

2. Para esto los llama el mismo Dios (*Ioan.* VI, 44), porque sin su llamamiento ninguno puede entrar en esta viña, ni trabajar en ella; y los llama interiormente con sus inspiraciones é ilustraciones, tomando por instrumentos á los predicadores, á otras cosas exteriores; y otras veces por sí solo, arrojándoles de repente la luz y fuerte inspiracion.—Sale á la mañana, porque su deseo es, que todos los hombres, desde que les amanece la luz de la razon, sean buenos obreros y no estén ociosos; y así á todos los llama y convida con la vocacion bastante para que vengan, aunque no todos le obedecen ni quieren venir; pero es tan grande su misericordia, que no cesa de llamarlos en todas las edades de su vida, una y muchas veces; unos reciben la vocacion eficaz, y se convierten desde la niñez; otros en la mocedad; otros al medio de la vida; otros en la vejez; otros poco antes de la muerte.—Á unos llama con promesas y pactos, y se convierten como jornaleros por el interese y esperanza del galardon; á otros llama con reprensiones interiores, afeándoles su mala vida y

ofreciéndoles que les dará lo que fuere justo; á otros solo con imperio, mandándoles ir á trabajar por el amor de la virtud y del trabajo virtuoso.

3. De todas estas consideraciones tengo de sacar afectos varios de agradecimiento y alabanza de este Padre de familias, por el cuidado que tiene de llamarnos, y afectos de dolor y pena, por ver los muchos que resisten á su llamamiento, y por las veces que he resistido, deseando obedecerle muy de veras. ¡Oh Padre de familias soberano, cuidadoso de tu viña y de llamar obreros para ella! Tú, Señor, en la ley natural y en la escrita saliste muchas veces á llamarlos, y escogiste gran muchedumbre de patriarcas y profetas, y otros justos, queridos tuyos, y despues saliste por la encarnacion, haciéndote hombre, y con tu predicacion llamaste y escogiste muchos apóstoles y discípulos, y por medio de estos á otros innumerables, y nunca cesas de salir cada dia á llamar obreros. Sal, Señor, por esa gentilidad, y llama con eficacia á los infieles para que reciban tu fe. Sal, por medio de tu Iglesia, llama eficazmente á los pecadores para que se conviertan á tí. Sal por ese mundo, y llama á muchos justos, para que te sigan con perfeccion; y no te olvides de salir muy á menudo para llamarme con eficacia al ejercicio de todas las virtudes, para que mi alma bien cultivada y labrada lleve los frutos copiosos que tú deseas.

PUNTO SEGUNDO.— 1. *Acabado el dia, dijo el dueño de la viña á su mayordomo: Llama á los obreros, y págales su jornal, comenzando por los postreros, hasta los primeros; y habiéndolos llamado, dió á los postreros un denario, y el mismo dió á los primeros.* Aquí se ha de ponderar lo primero, como el Padre eterno ha encomendado á Jesucristo nuestro Señor, en cuanto hombre, el juicio de los obreros (*Ioan.* v, 23), y el llamamiento para recibir su jornal, y esto se hace al fin de la vida de cada uno, la cual se cuenta como un dia; porque toda ella, por larga que sea, no es mas que un dia respecto de la eternidad, y porque cada dia deberíamos trabajar como si aquel fuese el último de la vida. (*Psalm.* LXXXIX, 4). Acuérdate, pues, ó alma mia, de este postrer llamamiento para recibir la corona, porque con esta memoria te animes á consentir con cualquier llamamiento con que fueras llamada para el trabajo; porque si resistes á este primero no gozarás del segundo.

2. Lo segundo, se ha de ponderar como todos los obreros han de recibir su premio, los primeros y los postreros; los que comienzan temprano, y los que vienen tarde, y ninguna hora de trabajo se

pasará sin galardon; y por consiguiente, cuanto las obras fueren mas y mejores, tanto será el prêmio mas copioso, conforme á lo que dijo Cristo nuestro Señor (*Matth.* XVI, 27): Que vendria á juzgar, y daria á cada uno segun sus obras.—Lo tercero, sobre todo se ha de ponderar qué este trabajo, para premiarle, no se mira tanto el tiempo que dura, cuanto el fervor y diligencia y amor con que se toma. De donde procede que los postreros obreros en una hora sola merecieron tanto galardon como los primeros que trabajaron todo el dia, porque aquellos trabajaron con mucho fervor, con grande humildad y caridad, teniéndose por indignos de premio alguno, y esotros trabajaron con tibieza, y por fines mas bajos é interesables, y con alguna presuncion de sí mismos y de su trabajo por haber sido largo; pero mucho mas estima Dios una hora de trabajo fervoroso, que doce de trabajo tibio; y así además del premio esencial, da á los postreros otro accidental de honra, que llama el Evangelio comenzar la paga por ellos.

3. De donde tengo de sacar para mi provecho algunas ponderaciones; porque si los obreros postreros en una hora merecieron tanto premio, ¿cuán grande le merecieran si hubieran de aquella manera trabajado todo el dia? Y si en el cielo pudieran tener pena los Santos, ¿cuán grande la recibieran de no haber respondido con tiempo á la divina vocacion, y comenzado desde niños á servir á Dios? Y los que comenzaron desde niños á servirle, y le sirvieron mucho tiempo, pero con tibieza, ¿qué pena recibieran por esto, viendo que si le hubieran servido todo aquel tiempo con fervor, hubieran alcanzado grande gloria? Ó alma mia, pues estás en tiempo de trabajar, trabaja ahora como querrias haber trabajado el dia que se te ha de dar el galardon; date priesa, que el tiempo es breve y el premio grande, y cualquier grado de gloria que se merece es eterno, y no es justo perder por tibieza la grandeza que durará por la eternidad.

PUNTO TERCERO.— 1. *Los primeros obreros, viendo que no se les daba mas premio que á los postreros, murmuraron contra el padre de familias, diciendo: Estos postreros no trabajaron mas que una hora, ¿y los has igualado con nosotros que llevamos el peso del dia y del estío? El padre de familias respondió á uno de ellos: Amigo, no te hago agravio. ¿Por ventura no te concertaste conmigo por un denario? Toma lo que es tuyo y vete. ¿No puedo dar yo otro tanto á este postrero, y hacer de mi hacienda lo que quisiere? ¿Y tu ojo ha de ser malicioso y envidioso, por ser yo bueno?* Aquí se ha de ponderar lo primero, el in-

tento de Cristo nuestro Señor en estas palabras; que es decir: Son tan grandes los premios y favores que se hacen á los fervorosos que en poco tiempo trabajan mucho con gran perfeccion, que si los otros bienaventurados, que no lo fueron tanto, no tuvieran luz divina para conocer la justicia y bondad de Dios, y si solamente lo miraran como los hombres de la tierra miran cosas semejantes, se quejaran y murmuraran, y tuvieran envidia de lo que Dios hace con los fervorosos. ¡Oh bendita sea la liberalidad de este Padre de familias, que dando á cada uno lo que merece, premia liberalísimamente lo que por él se hace!

2. Lo segundo, se ha de ponderar como Nuestro Señor pinta aquí las propiedades de los que en esta vida le sirven muchos años, pero con tibieza, contrarias á las de los otros, que sirven menos, pero con fervor.—La primera, que presumen de sus obras y servicios por su antigüedad, y así piensan que han de recibir gran premio; los otros ni presumen de sí, ni se tienen por dignos de premio.—La segunda, que llevan el peso del dia y del estío, porque la tibieza es causa de que sientan mucho los trabajos de la virtud, aunque sean pequeños; y al contrario, el fervor es causa de que no se sientan, aunque sean grandes; y así los tibios penan mucho y medran poco; los fervorosos penan poco y medran mucho.—La tercera, que los tibios son jornaleros é interesables, buscando sus propios intereses; y así andan llenos de quejas y murmuraciones secretas contra Dios, que no los regala ni favorece, y contra los hombres, que no les honran ó ayudan. Los otros sirven á Dios sin interese, por solo amor; y así no hallan de qué quejarse, y con humildad cualquier favor que Dios les hace le estiman en mucho, y se tienen por indignos de él.

3. La cuarta, que los tibios son envidiosos y se carcomen por la merced que Dios hace á los fervorosos; quieren hundirlos y despreciarlos, notándolos de nuevos en la virtud, y de que vinieron tarde á trabajar en su Iglesia; pero los fervorosos trabajan y callan, deseando que haga Dios bien á todos. Ó Padre celestial, que tanto favoreces á los obreros diligentes y cuidadosos en tu servicio, destierra de mi corazon la tibieza y flojedad; ayúdame para que te sirva con fervor, y para que me goce de que otros muchos te sirvan de esta manera; no permitas que yo sea tan malo, que mi ojo sea envidioso, porque tú eres bueno. Gózome de que seas tan bueno, que hagas bien á todos; y alégrome del bien que haces á otros mas que á mí, porque sé que en todo eres bueno, justo y santo.

PUNTO CUARTO.— 1. Cristo nuestro Señor concluyó la parábola diciendo: *Los postreros serán primeros, y los primeros postreros, porque muchos son los llamados, y pocos los escogidos.*—Lo primero, tengo de ponderar en la primera parte de esta sentencia, como hay muchos que en esta vida son tenidos por los primeros en la santidad, ó por la antigüedad de años que han servido á Dios, ó por la apariencia de obras exteriores, que campean mucho, ó por razon de la excelencia de su estado y oficio, que es estado y oficio de perfeccion, ó por la fama que cobraron de justos en algun tiempo, y estos el dia del juicio y de la cuenta serán tenidos por los postreros, porque en los ojos de Dios fueron tibios, interesables y muy imperfectos en lo interior. Y al contrario, algunos que en esta vida parecian postreros, por haber sido grandes pecadores, ó haber servido á Dios poco tiempo, ó por ocultarse con humildad y paciencia, y emplearse en obras muy bajas y humildes, serán despues los primeros, porque en los ojos de Dios fueron muy fervientes y puros; y así como tambien sucederá, que algunos de los que acá parecian justos serán condenados como pecadores; y otros que parecian pecadores serán engrandecidos como justos. De lo cual tengo de sacar aviso para mirar cómo vivo, y desear ser el primero, no en los ojos de los hombres sino en los ojos de Dios, que lo ve todo y me ha de juzgar, no haciendo caso del lugar alto ó bajo que tuviere en la opinion del mundo. Y juntamente tengo de sacar afectos de temor, temblando de los juicios de Dios y de la suerte que me ha de caber, porque puede ser que hoy sea el primero, y mañana por mi culpa sea el postrero.

2. Lo segundo, ponderaré la otra parte de la sentencia, *muchos son los llamados, y pocos los escogidos;* porque así como entre todos los hombres del mundo, que son llamados de Dios para que reciban su fe y su gracia, son muchísimos los pecadores que resisten á este llamamiento, y pocos los justos que consienten y quedan escogidos para el cielo; así tambien entre los justos, que son llamados para vida perfecta, muchos son los que resisten á este llamamiento y viven con tibieza, contentándose con medianías, y pocos son los escogidos y perfectos, porque siempre lo precioso es raro. Ó Dios infinito, que llamas y convidas á todos para que sigan la perfeccion, suplico á tu divina Majestad que aumentes el número de los escogidos para que haya muchos perfectos, como tú eres perfecto. Haz, Señor, que sea yo uno de estos, respondiendo á mi vocacion, para que en mí y por mí seas glorificado por todos los siglos. Amen.

MEDITACION LV.

DE LA PARÁBOLA DE LA VIÑA.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Un hombre, padre de familias, plantó una viña, púsola su cerca, hizo en ella lagar, y edificó una torre, arrendóla á ciertos labradores, y él partióse á lejanas tierras.* (*Matth.* XXI, 33; *Marc.* XII, 1; *Luc.* XX, 9). Lo primero, se ha de considerar la soberana providencia de Dios con la viña de su Iglesia, la cual resplandece señaladamente en tres cosas, figuradas por la cerca, lagar y torre. (*Psalm.* XXXIII, 8; XC, 11). Cerca es la proteccion de los Ángeles, que la rodean y defienden de los demonios, y detienen las fieras de los perseguidores, para que no la huellen, y guardan con tanto cuidado á cada uno, como si él solo fuera la viña (*Psalm.* CXXIV, 2); pero muy mas fuerte cerca es la proteccion del mismo Dios, que está al rededor de su pueblo, amparándole con el socorro de sus inspiraciones, y le tiene cercado con preceptos, fortificados con promesas de grandes premios para quien los guardare, y con amenazas de terribles castigos á quien los quebrantare. — Lagar es la muchedumbre de Sacramentos y sacrificios (*Isai.* V, 2), en que se recoge la sangre de Jesucristo, pisada y estrujada con la viga de la cruz, en cuya virtud se comunica el perdon de los pecados y el vino de la caridad. Y entre todos tiene la primacía el santo Sacramento y sacrificio del altar, en el cual este divino Lagarero depositó su mismo cuerpo y sangre, para embriagarnos con el vino de su amor. Lagar es tambien la divina ley, con sus preceptos y consejos de perfeccion, cuyo fin es el vino puro de la caridad (I *Tim.* I, 5), apartado del orujo de las cosas terrenas, y de la hez de nuestras culpas, exprimido con la viga y piedra de la mortificacion y penitencia, y con la carga de la humillacion y obediencia.

2. Torre es la providencia especial de nuestro gran Dios, que previene las cosas que están por venir para bien de su Iglesia y de cada una de las almas. Además el templo y casa de oracion, donde invocamos el nombre de Nuestro Señor (*Prov.* XVIII, 10), que es torre fortísima para nuestra defensa; y tambien la muchedumbre de prelados y maestros, que como atalayas guardan la viña, para que ni las fieras la destrocen, ni las raposas la destruyan. Y finalmente, es torre la doctrina alta (*Cant.* IV, 4) y soberana de la sagrada Escritura y Evangelios, con la cual se levanta nuestro corazon de lo

terreno á lo celestial, y tiene, como la torre de David, armas ofensivas y defensivas de grandes avisos y remedios contra las tentaciones y molestias de nuestros enemigos públicos y secretos. Ó Padre de familias soberano, gracias te doy por los bienes que haces á esta viña, que plantaste por tu mano (*Psalm.* LXXIX, 16); y pues me has puesto en ella, tómame debajo de tu proteccion y amparo, embriágame con el vino de tu amor, alégrame en la casa de tu oracion, gobiérname por medio de tus ministros, y dame luz para aprovecharme de tu santísima doctrina, de modo que alcance la perfeccion para que se ordena.

3. Lo segundo, ponderaré como Dios nuestro Señor entrega esta viña á los labradores y renteros, que son los hombres, no por venta sino por arrendamiento, porque él se queda con el dominio, y á nosotros nos pide que la labremos, para que lleve fruto de bendicion, y cada uno ha de labrar la parte que le cabe, que es su propia alma, y las almas de los que están á su cargo. Y hecha la entrega dice, que se parte muy léjos, para dar á entender que se trata como ausente, dejándonos en nuestra libertad, sin hacernos fuerza y como si no nos viese, aunque realmente lo ve todo, y está en todo lugar. Con estas consideraciones, hablando conmigo mismo, me diré: Procura ser liberal con Dios, como Dios lo es contigo; y pues Dios te ha hecho rentero de viña tan preciosa, vuélvele copiosos frutos, aprovechándote de la cerca, lagar y torre que hay en ella. Y pues se hace del ausente para probar tu fidelidad, sírvele fielmente como si le vieras, para que llegues á verle como deseas. Ó Dios liberalísimo, que me pides renta de esta viña, no por tu provecho sino por el mio; concédeme que lleve abundantes frutos, no para mi gloria sino para la tuya, por todos los siglos. Amen.

PUNTO SEGUNDO.— 1. *Llegado el tiempo de los frutos, envió el padre de familias diversas veces muchos criados á los renteros para recoger los frutos, pero ellos maltrataron y mataron á los criados; visto esto, envió á su propio hijo diciendo: Quizá tendrán respeto á mi hijo; pero en viéndole dijeron: Este es el heredero, venid y matémosle, y quedarnos hemos con la viña y heredad. Y prendiéndole, sacáronle de la viña, y allí le mataron.* Aquí se ha de considerar la suave providencia de Dios con los renteros en solicitarlos á lo bueno por vários medios, y la maldad abominable de los renteros contra Dios en atropellarlos todos. Presuponiendo que el tiempo de los frutos es todo lo que dura esta vida mortal; porque despues de la fin del mundo, y de la muerte de cada uno, no es tiempo de fructificar; por lo cual

dice san Pablo (*Galat.* VI, 10), que mientras tenemos tiempo, obremos lo que es bueno para nuestras almas y para nuestros prójimos; porque si se pasa el tiempo nos hallarémos sin remedio.

2. Esto presupuesto, se ha de ponderar la infinita caridad de nuestro Padre de familias Dios; el cual en todo tiempo tuvo cuidado de enviar patriarcas, profetas y predicadores, que exhortasen á los renteros á trabajar en bien de sus almas; y aunque los hombres fueron tan rebeldes y descomedidos, que maltrataron y mataron á estos profetas y predicadores, él por su infinita bondad, en lugar de abrasar á estos homicidas, les dió á su Hijo unigénito hecho hombre, para que viniese en persona á predicarles y exhortarles lo mismo; pero creció tanto la maldad de los renteros de aquel tiempo, que se atrevieron á querer matar á este Hijo unigénito, y echarle de la viña que era suya, entregándole á los gentiles; de los cuales, como manso cordero, se dejó prender, azotar y crucificar fuera de la ciudad de Jerusalen, y con su sangre preciosa quiso regar la viña, para que llevase fruto con abundancia. Ó Padre eterno, ¿qué provecho te traen los frutos de esta viña, para que envies á tu Hijo á solicitarlos, sabiendo cuán mal le habian de tratar sus renteros? Ó Hijo de Dios vivo, ¿por qué amas tanto á esta viña, que quieras morir por ella? Ó amor excesivo del Hijo de Dios, ahora, Señor, veo con cuánta verdad dijiste (*Isai.* V, 4): ¿Qué mas pude hacer por mi viña de lo que hice? Verdaderamente hiciste lo sumo que podias en hacerte hombre, y morir por el hombre. Pero el hombre ingrato y rebelde no pudo hacer mayor mal del que hizo, quitándote la vida, resistiendo á tu predicacion, y queriéndose alzar con los bienes que le diste. Mas todo esto me convida á que te ame y trabaje por darte el fruto que te débo, haciendo lo sumo que pudiere en tu servicio, como tú lo hiciste en mi provecho.

3. Luego ponderaré el cuidado cotidiano que tiene Dios nuestro Señor de avisarme, que cuide de la viña de mi alma por medio de los predicadores y maestros de espíritu, y por criados invisibles, que son las inspiraciones, aunque soy tan malo, que muchas veces los maltrato, y ahogo el espíritu que me incita á lo bueno, y piso el dictámen de la conciencia que me reprende lo malo, y crucifico dentro de mí (I *Thes.* V, 19; *Hebr.* VI, 6) al Hijo de Dios, echándole fuera de mi corazon por dar entrada al pecado. Y habiendo sido tanta la bondad del Padre eterno, que quiso que su propio Hijo estuviese en medio de la viña de la Iglesia, en el santo Sacramento del altar, para que teniendo respeto á su presencia, me animase á trabajar y

cultivar mi alma, ni esto ha bastado para que yo lo hiciese. ¡Oh dureza rebelde, oh rebeldía ingrata! Ó ingratitud abominable de mi corazon, ¿por qué no te ablandas con tantos favores, para servir como debes á este Señor, de quien tanto bien recibes? Ayúdame, Salvador mio, con tu gracia, para que desde luego comience nueva vida.

PUNTO TERCERO.— 1. *Propuesta la parábola, preguntó Jesús á los judíos: Cuando venga el señor de la viña, ¿qué hará con tales renteros? Respondieron ellos: Destruirá á los malos malamente,* esto es, terriblemente, *y arrendará su viña á otros renteros, que le paguen sus frutos á sus tiempos. Así será,* dice Cristo, *que os será quitado el reino de Dios, y se dará á la gentilidad, que producirá frutos con él.* Aquí tengo de ponderar lo primero, cuán justo és Dios en sus juicios, pues sus mismos enemigos pronuncian contra sí la sentencia que él habia de pronunciar; y cuán abominable es la maldad del hombre contra Dios, pues el mismo que la hace, puesta en tercera persona, la reprueba y condena, pronunciando contra sí la misma sentencia que Dios justísimamente habia de pronunciar contra él, para castigarle como merece. Ó Padre misericordioso y juez muy justo, templa tu justa ira con tu grande misericordia; y si con tales parábolas nos quieres convencer, no sea para condenarnos como á estos fariseos; sino para que, conociendo nuestras culpas como David (II *Reg.* XII, 13), hagamos penitencia de ellas.

2. Lo segundo, se ha de ponderar el terrible castigo, pero justísimo, que Cristo amenazó á los judíos, diciendo que les quitaria el reino de Dios, que es lo mismo que la viña, con su cerca, lagar y torre; desamparándolos por su pertinacia, para que fuesen destruidos. Quitóles el derecho que tenian á los Sacramentos y sacrificios, á los libros sagrados y leyes del reino del Mesías, trasbasando todo esto en la gentilidad, de la cual recogió su Iglesia. Por tanto, ó alma mia, escarmienta en cabeza ajena, antes que venga el castigo por la propia. Mira que Dios desampara á los que le dejan, y sabe pasar su fe de un reino á otro, y los reinados y dignidades de una persona en otra, quitándolas por su culpa al que las tiene, y poniendo otros en su lugar (*Iob,* XXXIV, 24); y si uno falta en la fe ó religion que profesó, llamará otros innumerables que la guarden y lleven el fruto de ella. Ten, pues, lo que tienes, porque no reciba otro tu corona. (*Apoc.* III, 11).

MEDITACION LVI.

DE LAS PARÁBOLAS DE LOS CONVIDADOS Á LAS BODAS Y Á LAS CENAS.

—Estas dos parábolas se pueden meditar juntas, por la grande semejanza que tienen entre sí, y porque se pueden enderezar á un mismo fin.—

PUNTO PRIMERO. — 1. *Lo que pasa en el reino de los cielos es semejante á lo que hizo un rey, que celebró las bodas de su hijo, y llamó para ellas á muchos.* (*Matth.* XXII, 2; *Luc.* XIV, 16). Aquí se ha de ponderar lo primero, como el Padre eterno, Rey de cielos y tierra, por sola su bondad y misericordia quiso que su Hijo unigénito se desposase con la naturaleza humana, uniéndola consigo en unidad de persona, dotándola con tantas joyas de gracia y virtudes, cuantas convenian á esposa de un Hijo, que era en todo igual á su Padre. Ó Padre soberano, ¿qué os movió á querer que vuestro Hijo tomase tan vil y fea esposa? ¿Por ventura no era mas noble y mas hermosa la naturaleza angélica? Pues ¿por qué, Señor, dejásteis esta y le dísteis aquella? Si es porque era mas vil, mas fea y mas necesitada, así es la verdad; mas en esto veo el exceso de vuestra caridad, que se inclina mas á honrar y remediar á los que están mas despreciados y necesitados. Alábenos por esto todas vuestras criaturas, y mi alma se deshaga en vuestras alabanzas.

2. Pero mas adelante pasó la bondad de este celestial Padre, porque tambien quiso que su Hijo, Dios y hombre verdadero, se desposase y celebrase las bodas con la Iglesia, que es la congregacion de los fieles, juntando consigo las almas justas con union de caridad y adornándolas con virtudes, cuales convienen á esposas de tan soberano Rey. Reconoce, ó alma mia, la dignidad á que Dios te quiere levantar; lávate con la penitencia, úngete con devocion, adórnate con virtudes celestiales, para que seas recibida por esposa de este Esposo celestial. (*Osee,* II, 19; II *Cor.* XI, 2; *Ephes.* V, 25).

3. Mas no para aquí la bondad de nuestro Dios; porque si esta merced la ofreciera solamente á pocas almas, y esas de personas muy nobles ó muy letradas, ó de grandes prendas, fuera sin duda grande beneficio; pero mayor es, que llama á muchos, para que tengan parte en estas bodas, sin excluir á ningun hombre, aunque sea vil, idiota ó grande pecador, y aunque le haya quebrantado muchas veces la lealtad de este divino desposorio. Ó piélago inmenso de la ca-

ridad de Dios, ¿cómo no salgo de mí, considerando el abismo de esta caridad? Ó alma mia, anímate á aceptar este divino desposorio que te ofrecen, pues con él te trocarás de fea en hermosa, de vil en noble, de pobre en rica, y de terrena en celestial.

PUNTO SEGUNDO. — 1. *Para solemnizar estas bodas, así el Rey del cielo, como su hijo Jesucristo, hicieron un convite solemne y una cena grande; y despues de aparejada, enviaron sus criados para que llamasen á los convidados, que vengan á ella.* Aquí se ha de ponderar la grandeza de este convite y de esta cena que apareja Dios para los hombres, en la cual se sirven tres platos ó tres suertes de manjares preciosísimos. – El primero es de doctrina celestial y divina, para sustento del entendimiento ilustrado con la fe, el cual come este manjar cuando oye la palabra de Dios ó lee los libros sagrados y devotos, ó cuando á sus solas la medita, comunicándole Dios luz y gusto grande en ella. – El segundo es de preceptos y consejos admirables y de grande perfeccion, para sustento de la voluntad deseosa de su salvacion, la cual come este manjar cuando cumple la voluntad de Dios en todas las cosas que manda, y en las que aconseja, infundiéndola grande alegría en esta amorosa obediencia.

2. El tercero es de Sacramentos llenos de gran virtud, para comunicar la gracia y las virtudes y dones celestiales, que vivifican, sustentan y perfeccionan las almas; entre los cuales el mas principal es el santísimo Sacramento del altar, en el cual el mismo esposo Jesucristo, Dios y hombre verdadero, da real y verdaderamente por manjar su cuerpo, con especies de pan, y por bebida su sangre, cubierta con especies de vino, para regalo y sustento de las almas que le reciben, y para unirlas consigo como esposas con union de amor perfecto. ¡Oh convite soberano! oh cena grande y sobre todas las que ha habido y habrá por extremo excelentísima! ¡Oh bienaventurados los que son llamados á esta cena del Cordero (*Apoc.* XIX, 9), donde el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo, es el que convida y el convite, el que da de comer y el que es comido, purificando con esta comida al que le come, y llenándole de los deleites del cielo! Abre, pues, los ojos, alma mia, y pondera que eres llamada, no á llantos sino á bodas y banquetes; y si eres llamada á llantos es para que llores tus pecados y la ruin disposicion que tienes para hallarte en estos convites, y de esta manera te hagas digna de hallarte en ellos.

3. Finalmente, ponderaré como para comer de estos tres platos están convidados todos los hombres del mundo, y por medio de los

predicadores, que son los criados del Rey y del Esposo, y por secretas inspiraciones son llamados para que vengan al convite; y así cuando sintiere algun toque interior dentro del corazon, que me mueva al ejercicio de las tres cosas arriba dichas, he de entender que Dios me llama para que me halle en sus convites, y goce de sus deleites.

PUNTO TERCERO.— 1. *Muchos de los convidados no quisieron venir al convite, yéndose unos á su granja, otros á su negociacion, y otros maltratando y matando á los criados que los llamaban.* Aquí se ha de ponderar como los que se excusaron de ir á la cena fueron tres, dando cada uno por excusa los vicios que le detenian y nos detienen á nosotros, que son los que san Juan en su primera canónica (*c.* II, 16), llama soberbia de la vida, codicia de ojos, y concupiscencia de la carne.—El primero dijo: *He comprado una heredad, tengo necesidad de salir á verla, ruégote me tengas por excusado.* Donde se denota que la soberbia de la vida, la curiosidad de la vista y de los sentidos, y la solicitud de mirar y atender á las cosas propias, nos impide responder al divino llamamiento.—El segundo dijo: *Compré cinco yuntas de bueyes, y voy á probarlos, ruégote me tengas por excusado.* Por lo cual se entiende que la codicia de los bienes temporales, de granjerías demasiadas y de la muchedumbre de ocupaciones poco necesarias, impide lo mismo.

2. El tercero dijo: *Heme casado, y por esto no puedo ir.* No dice, tenme por excusado, para significar que el deleite del matrimonio le tenia embriagado y enajenado de sí; el deleite de la carne, de suyo lícito, pero tomado con demasía ilícita impide, ¿cuánto mas impedirá el ilícito y prohibido por la ley de Dios? Por aquí entenderé yo, cuál de estos vicios me detiene de no acudir á este convite, ni gustar de oir la doctrina de Cristo, ni de leerla y meditarla, ni de ponerla por obra, ni de recibir sus Sacramentos; y habiéndolo entendido procuraré quitar este impedimento, respondiendo al divino llamamiento; porque donde no, incurriré en la sentencia de este Señor contra estos rebeldes, que dice: *Dígoos de verdad, que ninguno de estos gustará de mi cena;* porque por justos juicios de Dios, que lo permite, en castigo de sus rebeldías mueren sin Sacramentos, ó sin que les entren en provecho, y vienen á ser excluidos de la cena y convite que tiene Dios aparejado en el cielo para los que acá le obedecieron. Tiembla, pues, alma mia, de esta sentencia; y si el amor no te aguija para que vayas á esta cena (*Matth.* XXII, 5), aguíjete el temor de no ser para siempre excluida de ella.

3. Finalmente, los que con mas desvergüenza matan á los criados que les llaman, son los que aborrecen á los predicadores y confesores, y á los que les reprenden sus vicios y les aconsejan lo que les conviene, y con el cuchillo de la lengua les quitan la honra, fama, y cuanto es de su parte, la vida de cuerpo y alma, contra los cuales se indigna el Rey del cielo vehementemente; porque sobre el pecado de no venir al convite, añadieron otro de afrentar á sus mensajeros; y así su pena será, no solo ser excluidos de la cena, sino ser muertos y abrasados con cuanto tienen, creciendo la pena como creció la culpa. Ó Rey eterno, ablanda la dureza de los rebeldes, judíos, herejes é infieles, que resisten á tus inspiraciones y matan á tus ministros que les llaman á tus bodas y convites; refrena, Señor, tu ira, y ten de ellos misericordia.

PUNTO CUARTO. — 1. *Luego dijo el Rey á sus criados: Las bodas y el banquete está aparejado, y los que estaban convidados no fueron dignos de venir á él, salid por todos los caminos, y llamad á cuantos topáredes, que vengan á las bodas. Hiciéronlo así, y juntaron muchos buenos y malos, de modo que se hinchó la mesa de convidados.* Aquí se ha de ponderar lo primero, la inmensa liberalidad y caridad de Dios, que no se cansa del linaje de los hombres, porque muchos desprecian sus convites y favores, aunque sean los mas principales del mundo, y los mas letrados y aventajados, los cuales de razon habian de ser mas comedidos; antes viendo que estos son indignos por su culpa de estos beneficios, quiere que con eficacia sean llamados los viles y despreciados, y la gente que no tiene cosas en el mundo, que les traen el corazon.

2. Y admite á los buenos y á los malos; esto es, á los que tienen buen natural ó mal natural, buenas ó malas inclinaciones, para que todos se hagan buenos y santos, gozando de su convite, aunque algunos despues hayan de ser malos. Y lo que mas admira es, que en especial manda llamar á los pobres y tullidos, ciegos y cojos; y que si estos no bastan, llamen á cualesquier otros que toparen, y les compelan á entrar, no con fuerza de brazos, sino con fuerza de milagros y razones, y con la fuerza que hace la buena y santa vida del predicador. Y el mismo Señor, interiormente, con la luz de sus divinas y eficaces inspiraciones les fuerza á venir con grande gusto y voluntad rendidos, á los que quiere. Ó Padre de misericordia, que á ninguno quieres forzar contra su voluntad á que te sirva, fuérzame, Señor, con esta fuerza interior, que trueque mi voluntad rebelde, y la haga rendida con mucho gusto á la tuya. Mira, Padre

soberano, que está este mundo lleno de ciegos y cojos, de tullidos y miserables pecadores, que ni ven el camino por donde han de venir á tus bodas, ni tienen piés para andarle, ni fuerzas para comenzarle, ni caudal para proseguirle. Bien sé, Dios mio, que estás aparejado para darles todo lo que les falta; pero á tu bondad suplico, que con efecto dés luz de fe á los ciegos; piés derechos de recta intencion y aficion á los cojos; fortaleza á los tullidos; y caudal de gracia á los mendigos, forzándoles con la dulce fuerza de tu inspiracion para que obedezcan á tu santa vocacion.

3. Lo tercero, ponderaré como la casa y la mesa de Dios se hinche de los llamados, porque nunca le faltan medios para llenar sus trazas y para cumplir el número de los escogidos; porque si unos le resisten, sabe, puede y quiere llamar á otros, de modo que no le resistan; y así no hay que temer de que la casa de Dios estará despoblada, si Dios quiere poblarla, ni las casas de la religion tendrán falta de gente llamada para ellas, pues Dios es el que las fundó, y el que ha de llamar quien entre en ellas. De lo cual tengo de sacar motivos de consuelo para sufrir las miserables caidas que veo en el mundo, confiando en la providencia del Padre celestial, que las reparará por los medios que su sabiduría sabe, aunque yo no los alcance.

Punto quinto. — 1. *Entró el Rey á ver los que estaban sentados á la mesa, y entre ellos vió á un hombre que no estaba vestido con vestidura de bodas, y díjole: Amigo, ¿cómo entraste aquí sin ropa de bodas? Y él enmudeció.* Aquí ponderaré lo primero, como no basta consentir con el divino llamamiento, y venir á su convite y cena, con sola la virtud de la fe, sino que es necesario venir con vestidura de bodas, que es la caridad y pureza de vida, la cual hace digno al hombre de estar en este convite, de modo que agrade á Dios que le convidó. Con esta ropa se ha de comer el manjar de la doctrina y de la obediencia á la ley, y el de los Sacramentos, especialmente del cuerpo y sangre de Jesucristo, Señor nuestro; y quien no la tiene ha de llegar de tal manera á los Sacramentos, que por ellos la reciba.

2. Lo segundo, se ha de ponderar como el Rey del cielo al fin de las bodas y del convite, que es á la fin del mundo ó al fin de la vida de cada uno, ha de venir á ver todos los convidados y á juzgar sus obras y vidas, mirando si hay entre ellos alguno que no haya asistido con la dignidad y decencia que convenia, para castigarle severamente, como castigó á los que no quisieron venir al convite;

porque como le ofende quien no quiere venir, así le ofende quien viene, y no procura ropa de caridad y de pura vida; antes asiste con ropa vieja, remendada y manchada con pecados.

3. Y de este juicio ninguno se puede escapar, y esta es la causa por que siendo muchos los malos que se condenan, solamente dice Cristo nuestro Señor, que vió á uno sin ropa de bodas, para que se entienda, que aunque entre todos los cristianos del mundo no hubiese mas que un solo malo que comulgase mal, ó no guardase la ley de Dios, ese no se podria esconder, porque los ojos de Dios le descubririan y condenarian. Además, para que entendamos que es tan terrible mal la condenacion, que aunque de todos los cristianos uno solo se hubiese de condenar, esto bastaria para que todos temiesen y temblasen de miedo, por no saber si tengo de ser yo este uno, cuanto mas habiendo de ser muchos; porque luego añadió el Señor: *Muchos son los llamados, y pocos los escogidos.* Porque pocos son los que vienen al convite, y pocos los que están en él con ropa de bodas, respecto de los innumerables que resisten á la divina vocacion.—Finalmente, ponderaré la terribilidad de aquella reprension de Cristo, dada, no por odio de la persona, sino por celo de la justicia, contra el pecado y pecador obstinado; y por eso le llama *Amigo*, y le dice: *¿Cómo entraste aquí? ¿Quién te dió atrevimiento para entrar con vestidura tan súcia y asquerosa?* ¡Qué confusion tan grande padecerá el desventurado pecador, cuando se vea reprender de Cristo en presencia de sus Ángeles, y quede tan convencido que enmudezca, no teniendo qué responder! Ó buen Jesús, repréndeme en esta vida con misericordia, de modo que yo calle con humildad, y acepte tu correccion para mi enmienda, y alcance la vida eterna. Amen.

PUNTO SEXTO.— 1. *Luego el Rey dijo á sus ministros: Atadle de manos y piés, y echadle en las tinieblas exteriores, donde habrá llanto y crujir de dientes; porque muchos son los llamados, y pocos los escogidos.* Aquí se ha de ponderar la terribilidad de esta sentencia y las penas que contiene, que son cuatro.—La primera es cárcel perpétua sin remedio de poder salir de ella. Esto denota atarle de piés y manos, de modo que no pueda desatarse, en castigo de la soltura con que vivió en esta vida.—La segunda es obstinacion en el mal, sin quedarle libertad para obras buenas significadas por las manos, y para buenos afectos significados por los piés, en castigo de que él se ató en esta vida los piés y manos con las cadenas de sus pasiones y aficiones desordenadas.—La tercera es tinieblas extremas y terribles,

así del alma por la privacion de la vista de Dios, y oscuridad del juicio túpido con su miseria, como tinieblas exteriores del lugar infernal, porque el fuego abrasará y no dará luz, como en su lugar se dijo.—La cuarta es llanto y crujir de dientes perpétuo, porque llorará, acordándose del convite á donde estuvo, y del aparejo que tuvo para salvarse, y de que por su descuido no se aprovechó de la buena ocasion, y llorará por la miseria que ahora padece, y el lloro será con crujimiento de dientes por la rabia é impaciencia que tendrá en los tormentos, viéndose sin esperanzas de salir de ellos.

2. Todo esto mandará el Rey á los ministros ejecutores de su justicia, que son los demonios; los cuales arrebatando al miserable convidado, le arrancarán de la casa del convite, que es la Iglesia, y le arrojarán en la cárcel del infierno, que es su morada. Ó Rey eterno y juez justísimo, cuyos juicios son rectos, aunque terribles, con los malos, yo me presento delante de tu Majestad, atado de piés y manos, no con cadenas de obstinacion, sino con cadenas de obediencia, aparejado para no resistir á cuanto me mandares. Confirma, Señor, esta voluntad con las ataduras de la caridad, para que siendo constante en amarte y obedecerte, llegue á verte y gozarte por todos los siglos. Amen.

MEDITACION LVII.

DE LAS DIEZ VÍRGENES.

Punto primero. — 1. *Lo que pasa en el reino de los cielos es como lo que sucedió á diez vírgenes que tomaron sus lámparas para salir á recibir al esposo y á la esposa. Las cinco de ellas eran necias, y no se proveyeron de aceite; las otras cinco eran prudentes, y proveyeron sus lámparas y vasijas de aceite.* (*Matth.* XXV, 1).—Lo primero, se ha de considerar como en la Iglesia hay justos y pecadores, figurados por estas diez vírgenes, y los unos y los otros están esperando la venida de Cristo nuestro Señor á juzgar, y celebrar las bodas con su esposa la Iglesia triunfante; y todos se aperciben con la fe y obras comunes de cristianos, cuanto á lo exterior, que pide el ser cristiano; pero en diferente manera, porque unos son prudentes, y se aperciben de todo lo necesario para la venida del Esposo, otros son necios, y proveyéndose de algunas cosas, dejan otras muy necesarias.

2. Los necios son como las cinco vírgenes locas, que tienen lámparas, pero con muy poco aceite, ni lo tienen en las vasijas para ce-

barlas; esto es, tienen fe, y no caridad; tienen luz de verdades, y no el óleo de las virtudes; tienen lámparas que lucen con obras exteriores, y no los afectos fervorosos de obras interiores; tienen á veces devocion sensible de lágrimas, que duran poco, y no la devocion interior y sustancial, que dura mucho; tienen virginidad y entereza del cuerpo, y no la pureza y entereza del espíritu; tienen estado de perfeccion, y mucha imperfeccion con intenciones muy terrenas y groseras. Finalmente, conténtanse con tener lo bueno, que no dura mas que la vida presente, y dejan lo que ha de durar en la futura por la eternidad; y por consiguiente, cuando viene la muerte se hallan desapercibidos de lo que habian menester para recibir al Esposo. Pues ¿qué mayor locura puede ser, que esperar con tan corto aparejo la venida de un Juez tan riguroso, y de un Esposo que tiene ojos de lince, y penetra lo exterior y lo interior, y no se paga de cosas exteriores, si están todas vacías de la virtud interior? Ó Juez soberano y esposo amable de mi alma, líbrame de esta locura por quien tú eres, y no permitas que me contente con hacer la mitad de lo que mandas, sino que lo cumpla todo enteramente.

3. Los cuerdos son como las vírgenes prudentes, que tienen lámparas llenas de aceite, y sus vasijas bien proveidas para irlas cebando, porque tienen fe y caridad, luz de verdades y virtudes, obras exteriores é interiores, pureza del cuerpo y del espíritu; y finalmente todo lo bueno que ha de durar hasta la vida eterna. No se contentan con la fe que ha de cesar, ni con lo lucido y apacible á los hombres, que para en la muerte, sino procuran la sabiduría del espíritu y la piedad, que vale para todo, y la caridad (I *Tim.* IV, 8; I *Cor.* XIII, 8; *Matth.* XXII, 12; *Ephes.* I, 17) que nunca desfallece ni se acaba, y la ropa de bodas que agrada al Esposo. ¡Oh prudencia y discrecion digna de hombres cristianos, que obran lo que creen, y se aperciben de modo que pueden recibir lo que esperan! Ó Dios de mi alma, dame esta prudencia y discrecion, para que de tal manera aperciba y aderece la lámpara de mi corazon, con luz de verdades y óleo de heróicas virtudes, qué tenga todo lo necesario y bastante para esperar tu venida, y parecer en tu presencia sin vergüenza.

PUNTO SEGUNDO.— 1. *Tardando el esposo, todas diez vírgenes dormitaron y durmieron; y á la media noche sonó un gran clamor que decia: Mirad que viene el esposo, salidle á recibir.* (Llama dormitar un sueño ligero, que pasa de presto, y así en este sentido usarémos de este vocablo).—Lo primero, se ha de considerar como la venida del

Esposo tarda al parecer de todos los hombres, porque todos piensan que su vida será larga, y que hay mucho de aquí á la muerte y al juicio que en ella se hace: de donde procede, que los buenos dormiten con el sueño de la pereza, dando cabezadas de pecados veniales; y los malos duerman con el sueño del pecado mortal, muy descuidados de la venida del Juez. Ó Juez soberano, líbrame de este mal sueño, no dormite mi alma, porque no venga á dormir del todo. No se descubre en muchas culpas ligeras, porque no venga á dar en las graves. Despierta, ó alma mia, que duermes, y clama á Cristo, para que te resucite y vivifique con su gracia muy copiosa, para que vivas eternamente.

2. Lo segundo, se ha de considerar como todas las diez vírgenes dormitaron y durmieron, porque todos los hombres vienen á caer en enfermedad ó vejez, ó flaqueza, ó en otra alguna causa, que dispone para el sueño de la muerte, y al fin todos vienen á dormir este sueño último, sin que ninguno se pueda escapar de él. Y llámase la muerte sueño, porque como el sueño, mal que nos pese, nos vence, por mas qué le resistamos y porfiemos, y por entonces nos priva del uso de los sentidos, y de todas las cosas deleitables de esta vida, así tambien la muerte; y como viendo la imágen me acuerdo de la cosa que representa, así siempre que me acomete el sueño, ó voy á dormir, tengo de acordarme de la muerte, y traerla delante de los ojos lo mas que pudiere; y por consiguiente, en viendo la cama donde se cubre el cuerpo dormido, me deberia entonces acordar de la sepultura donde se esconde el cuerpo muerto.

3. Lo tercero, se ha tambien de considerar como á media noche sonó aquella clamorosa voz: *Mirad que viene el esposo, salidle á recibir*. Porque de repente, y cuando estuviéremos descuidados, seremos llamados al juicio, así al juicio particular que se hace al fin de la vida de cada uno, como al universal que se ha de hacer al fin del mundo; y aunque el que viene es esposo de las almas justas, pero tambien es juez; y así viene con adorno de esposo para los buenos, y con rigor de juez para los malos. Viene como esposo para regalar y enriquecer á los que hallare bien dispuestos y aparejados, y como juez para excluir y desechar á los que hallare mal apercibidos. Ó alma mia, suene á menudo en tus oidos esta temerosa voz, y procura estar aparejada, pues no sabes el dia ni la hora en que ha de sonar. Cuando te toca la enfermedad, imagina que es sonido de esta voz para que te apercibas, pues no sabes en lo que ha de parar, y para oirla entonces con seguridad, óyela tambien cuando vas á comulgar,

imaginando que te dicen: Mira que viene tu esposo, sal á recibirle con el debido aparejo, pues viene para desposarte consigo en misericordia y caridad.

PUNTO TERCERO.— 1. *Todas las vírgenes en oyendo la voz se levantaron, y prepararon sus lámparas. Las necias echaron menos el aceite; pidiéronselo á las prudentes, y ellas respondieron: Que no podian dárselo, porque todo lo que tenian habian menester para sí, que lo fuesen á comprar. Y entre tanto que iban, llegó el esposo; y las que estaban aparejadas entraron con él á las bodas.* - Lo primero, se ha de considerar como los buenos y malos han de resucitar y parecer en el juicio universal; y antes de esto en muriendo han de abrir los ojos, como quien despierta del sueño que tenian en esta vida mortal, y se han de hallar en el juicio particular, y cada uno ha de llevar consigo su lámpara con el aparejo que granjeó en esta vida, ó sin aceite, ó con aceite, poco ó mucho, porque sus obras le han de seguir (*Apoc.* XIV, 13), malas ó buenas, tales cuales fueron, y segun ellas ha de ser juzgado.

2. Lo segundo, es cierto que los malos y necios en aquella hora se hallarán burlados, y caerán en la cuenta de su necedad, viendo sus lámparas muertas por falta de aceite; y aunque acudan á los buenos á pedir misericordia é intercesion, no habrá quien interceda ni abogue por ellos, porque cada uno tendrá harto de ver consigo, y porque ya cesó el tiempo de la intercesion por otros; antes como por escarnio les dirán: Id á comprarlo de los que lo venden; que es decir: Tarde habeis acordado, porque ya no hallaréis quien os lo dé, ni os lo venda, ni lo podréis comprar, porque se pasó la hora de la compra. Ó alma mia, sé cuerda (*Isai.* LV, 1), comprando con tiempo este aceite, pues Dios está aparejado para venderle, y él mismo te da el precio con que le has de comprar, que es como dártelo de balde; él te convida con su gracia y caridad, con sus virtudes y dones celestiales, y él te dará la disposicion para alcanzarlas, previniéndote con sus divinas inspiraciones; oye con tiempo lo que te inspira, y haz lo que te manda. Ahora tienes intercesores que rogarán por tí, y serán sus ruegos admitidos; la Vírgen sacratísima nuestra Señora, los Apóstoles, los Mártires y los Santos del cielo, con todos los coros angelicales, serán tus abogados; acude ahora á esta muchedumbre de espíritus prudentes, que todos te favorecerán; porque despues de la vida, ni querrán, ni podrán.

3. Lo tercero, se ha de considerar como llegando el Esposo á juicio, todas las almas puras y prudentes, que están aparejadas con el aparejo que ganaron en la vida, serán admitidas á las bodas ce-

lestiales en compañía de su dulce Esposo. ¡Oh qué contentas se hallarán por haberse apercibido con tiempo! ¡oh qué alegres de verse con quien tanto amaron! ¡Oh qué dulzura será la suya, y qué consuelo, cuando vean á su Esposo celestial cara á cara, y le abracen con el amor beatífico, y coman con él á su mesa los manjares de la divinidad, y beban del rio de sus deleites! ¡Oh qué resplandeciente estará la lámpara de su alma con la lumbre de su gloria! qué ardiente con el fuego de la caridad! qué devota y alegre con el óleo de la divina consolacion! qué segura de no quebrar con la proteccion de Dios! ¡Oh dichosos trabajos que llevan á tan preciosos descansos!

Punto cuarto.— 1. *En entrando el esposo con las vírgenes prudentes, se cerró la puerta; y viniendo las necias á llamar, diciendo: Señor, Señor, ábrenos. Él respondió: Dígoos de verdad, que no os conozco.* —Lo primero, se ha de considerar como la puerta del cielo se cierra el dia del juicio universal, de tal manera, que nunca mas se abre para echar de allí al que una vez entró, porque su gloria será perpétua, mientras Dios fuere Dios, gozando eternamente de su compañía, sin miedo ni recelo de perderle. En esta vida algunas veces nos entra Dios en la bodega de sus vinos (*Cant.* II, 4), ó en su retrete y recámara, y nos visita y consuela con inspiraciones, pero siempre queda la puerta abierta; y cuando menos pienso, me echan fuera, ó me salgo; pero en entrando en el cielo, luego se cierra la puerta, de modo que ni Dios me echará de él, ni yo querré salir. ¡Oh entrada dichosa y bienaventurada! oh lugar seguro! Entré yo, Dios mio, en esa bodega celestial y en ese retrete de los bienaventurados, para estar siempre contigo, alegrándome con ellos.

2. Lo segundo, se ha de ponderar como esta puerta está cerrada para todos los que en aquella hora no están aparejados, y fueron una vez excluidos, de modo que eternalmente nunca se les abrirá: y aunque giman y dén voces, pidiendo á Dios que les abra, no serán oidos; antes les dirá: No os conozco, ni apruebo vuestras vidas: no conozco esas voces ni las quiero admitir. Apartaos de mí (*Matth.* VII, 23; *Luc.* XIII, 27), obradores de maldad, condenados al fuego eterno. Ó alma mia, ¿qué haces oyendo esto? ¿Cómo no tiemblas de espanto? Qué, ¿es posible que si una vez en el juicio de la muerte eres excluida del cielo, has de quedar para siempre desterrada de él? que nunca has de entrar á ver á Dios? que tu Criador te ha de desconocer, y tratar como á extraña y enemiga? que has de ser para siempre encarcelada en las cavernas oscuras del infierno? Ó

misericordiosísimo Dios, esposo de las almas, templad la justa indignacion que contra mí teneis, reconocedme, pues soy criatura vuestra, hecha á vuestra imágen y semejanza, y esclavo vuestro, comprado con vuestra preciosísima sangre. Confieso, Señor, que no es mucho me desconozcais, pues con mis innumerables pecados he borrado lo que en mí hicísteis; y pues yo no os he conocido, ni aprobado con la vida vuestros mandamientos, bien merecido tengo que no me conozcais ni aprobeis para vuestro paraíso; no merezco que oigais los clamores con que os pido me abrais la puerta del cielo, pues yo no quise oir los vuestros con que me pedíais os abriese la puerta de mi corazon. Mas pues todavía es tiempo de misericordia, veis aquí abiertas las puertas de mi corazon para recibiros, abridme las de vuestro cielo para recibirme en él, donde os vea y goce por todos los siglos de los siglos. Amen.

3. Finalmente, se ha de ponderar la conclusion de la parábola, que es el fin é intento de ella, en aquellas palabras: *Velad, porque no sabeis el dia, ni la hora.* Las cuales he de tener impresas en mi memoria; pues, como refiere el evangelista san Marcos (*Marc.* XIII, 37), á todos y á cada uno en particular se dicen; y así me tengo de avivar y despertar con ellas, diciéndome: Alma mia, vela en oracion y penitencia, y en continuo ejercicio de buenas obras; y si dormitares por tibieza, despierta luego con diligencia, pues no sabes si la hora presente será la postrera de tu vigilia, en que serás llamada para las bodas; y si estás desapercibida, para siempre serás excluida; y si aparejada, para siempre serás admitida para que te goces con tu esposo Jesús por todos los siglos de los siglos. Amen.

MEDITACION LVIII.

DE LAS PARÁBOLAS DE LOS TALENTOS Y MINAS.

PUNTO PRIMERO.— 1. *Lo que pasa en el reino de los cielos es como lo que hace un hombre, que quiere partirse á lejanas tierras; llama á sus criados, y les entrega sus bienes; á uno da cinco talentos, á otro dos, y á otro uno, á cada cual segun su propia virtud.* (*Matth.* XXV, 14; *Luc.* XIX, 12). Aquí se ha de considerar qué talentos sean estos, quién los reparte, á quién se dan, en qué manera, y para qué fin.—Lo primero, talento es el caudal necesario y conveniente para negociar nuestra salvacion y la de nuestros prójimos, y todo lo que

para esto ayuda, lo cual se puede reducir á cinco suertes de cosas. -La primera abraza los dones y partes de naturaleza, así de cuerpo como de alma, como es salud, fuerzas corporales, habilidad, ingenio, viveza de sentidos; y sobre todo la lumbre natural de la razon, que es comun á fieles y á infieles, la cual descubre el bien y el mal (*Psalm.* IV, 7), inclinando á seguir lo bueno y á huir de lo malo.- La segunda abraza los dones y partes adquiridas por industria humana, como son riquezas, honras, dignidades, ciencias y artes liberales, y virtudes morales y políticas, todo lo cual tambien es don de Nuestro Señor, y puede ayudar á nuestra salvacion.- La tercera abraza las virtudes sobrenaturales, comunes á los fieles, así buenos como malos, como son la lumbre de la fe, y la virtud de la esperanza, y el derecho para usar de los Sacramentos de la Iglesia, con los cuales se negocia la gracia y la salvacion eterna.- La cuarta abraza la misma gracia y caridad, con las virtudes y dones que la acompañan, con las cuales se negocia el aumento de los merecimientos y de los premios eternos.- La quinta encierra todas las gracias *gratis datas*, que se ordenan para edificacion de la Iglesia, y para salvacion de los prójimos, como son, gracia de entender las divinas Escrituras, de predicar y enseñar, don de aconsejar, de convertir almas, con los demás oficios de la Iglesia ordenados á este fin. De todas estas cosas se componen varios y diversos talentos que tienen los hombres.

2. El que los reparte es Dios nuestro Señor, porque todos son bienes suyos, y de su liberal mano proceden. Él da los bienes de naturaleza, y los de fortuna, y los de gracia, y á él se le deben todos; y quien quisiere atribuirse á sí estos bienes, excluyendo á Dios, es soberbio, é indigno de lo que tiene, y Dios le castigará en quitárselo como á ingrato; y así es justo que por todos le demos gracias, alabándole por la liberalidad con que reparte á sus esclavos los bienes que tiene, solo por hacerles bien, y porque es bueno y amigo de dar lo que tiene á otros.- Estos talentos se dan á los hombres en tres grados significados por los tres siervos. Á unos da Dios talentos en grande abundancia, significada por el número de cinco. Á otros con medianía, significada por el número de dos. Á otros da el ínfimo grado, significado por el número de uno; en lo cual no hace agravio á nadie, porque á nadie debe nada; y á quien nada se le debe, honra se le hace en darle algo. Cuanto mas, que basta quererlo Dios, y ordenarlo así con su providencia, para que yo lo tenga por bueno, y me agrade de ello.- Estos talentos se dan á cada uno,

segun su propia virtud; esto es, segun la capacidad y posibilidad que tienen en órden al fin para que los talentos se ordenan y reparten. De suerte, que á ninguno carga Dios nuestro Señor mayor carga de la que ve que puede llevar, ni quiere obligarle á mas de lo que puede hacer; y así en la distribucion y repartimiento de los talentos, mira las fuerzas naturales, y la disposicion del hombre, así la que tiene de su complexion, como la que granjea de su industria, mediante la divina inspiracion; la cual siempre nos previene, y ayuda con suavidad á disponernos para recibir los talentos sobrenaturales, y al buen uso de ellos.

3. El fin de estos talentos es negociar con ellos nuestra salvacion, perfeccion, y la de nuestros prójimos, conforme á nuestro caudal. Esto es lo que dijo por el evangelista san Lucas mas claramente á los siervos, á quien repartió las diez minas ó libras de dinero (*Luc.* XIX, 13): *Negociad mientras vuelvo*. Como quien dice: Mirad que este dinero no os le doy para que esté ocioso, ni para que lo gasteis pródigamente, sino para que negocieis con ello, y saqueis alguna ganancia; de suerte, que les prohibe dos vicios en el uso de los talentos, uno de ociosidad y flojedad, no usando de ellos por pereza; y otro de prodigalidad, usando de ellos sin tiento ni discrecion, con peligro de perderlos. — Y para que estén alerta añade, *mientras vengo*, asegurándoles que ha de venir á tomarles cuenta; pero no les quiere decir cuándo vendrá, porque negocien todo aquel tiempo hasta que venga. Ó Redentor del mundo (*Ephes.* IV, 8), que subiste á lo alto, y diste dones á los hombres, repartiendo entre tus discípulos varios talentos y gracias para su bien y de tu Iglesia, dame el espíritu que procede de tí, para que conozca las cosas que por tí me han sido dadas (I *Cor.* II, 12); porque si no conozco los talentos, ni sabré agradecerlos, ni negociar con ellos; pero conózcalos con humildad, de modo que no me engañe, pensando que son mas y mayores de lo que son de verdad. Dame tambien, Señor, que esté contento con los que me has dado, de tal manera, que ni desprecie por soberbia á los que tienen menos, ni tenga envidia de los que tienen mas, atendiendo solamente á darte contento con lo mucho ó con lo poco que me has dado. Concédeme tambien, que siempre me acuerde de tu venida á tomarme cuenta, para que siempre negocie lo que querria haber negociado. No se me pase dia sin negociar algo, pues no gustas que esté un punto ocioso, para que cogiéndome la muerte negociando, me admitas en tu santo reino. Amen.

PUNTO SEGUNDO. — 1. *El que recibió cinco talentos negoció con ellos,*

y ganó otros cinco; y de la misma manera el que recibió dos, ganó otros dos; y el que recibió uno, cavó en la tierra, y escondió el dinero de su señor. Aquí se ha de considerar lo primero, que la mucha ó poca medra espiritual no consiste tanto en los talentos recibidos, cuanto en el mayor ó menor cuidado y diligencia en trabajar y negociar con ellos; porque quien recibió cinco talentos pudiera enterrarlos por flojedad, como el que recibió uno; y el que recibió uno pudiera negociar y doblar su caudal, como los que recibieron mas; y así por su culpa no negocia el perezoso; pero el fervoroso medra por su diligencia, cooperando con la gracia de Dios, que previene y ayuda á su libre albedrío. Y para declarar mas esto, dice la parábola del evangelista san Lucas, que con una misma mina uno ganó diez, y otro ganó cinco; porque se vea que la ganancia procedió de la diligencia, pero ayudada de la gracia. Y así lo confesaron ellos, cuando dijeron: *Señor, tu mina ha ganado otras diez.* Como quien dice: No yo solo, sino yo en virtud de ella, y mas ella que yo. (I *Cor.* xv, 10; *Psalm.* lviii, 11). Por tanto, alma mia, mira lo que haces, y pon manos á la obra, porque la mano de tu Señor Dios irá siempre acompañando á la tuya, y su misericordia te prevendrá (*Psalm.* xxii, 6), y será en tu ayuda, y te seguirá todos los dias de tu vida, si por tí no queda.

2. Lo segundo, se ha de considerar que puso Nuestro Señor ejemplo de los fervorosos y diligentes en el que recibió cinco talentos, y en el que recibió dos: porque ordinariamente los que han recibido mucho caudal cobran grande ánimo y confianza para trabajar, y como mercaderes ricos se abalanzan á grandes empleos, y ganan mucho, con tal que tengan humildad, atribuyendo su fervor, no á solo su albedrío, sino principalmente á la divina gracia, como lo hacia el apóstol san Pablo, cuando dijo (I *Cor.* xv, 10): He trabajado mas que todos, no yo, sino la gracia de Dios conmigo; y al contrario, puso Cristo nuestro Señor ejemplo de los perezosos en el que recibió un talento solo, porque los que tienen poco caudal, si no son muy humildes, suelen ser muy quejijosos y envidiosos, y pusilánimes, y así se rinden á la pereza; y si tienen otros talentos de mundo y carne, empléanse en buscar los bienes terrenos, y debajo de esta tierra sepultan el talento que recibieron para negociar los dones del cielo. ¡Oh Dios de mi alma, si pusiese yo tanto cuidado en negociar con mi caudal los bienes eternos, como ponen los negociantes del siglo en negociar con el suyo los temporales! No permitas, Señor, que talentos tan preciosos estén enterrados debajo de tan vil cu-

bierta. Ayúdame para que use de ellos, y los doble y redoble con grande ganancia, pues no has puesto tasa en ella.

3. Lo tercero, se ha de ponderar que el buen negociante ha de negociar y trabajar con todos los talentos que tiene, y con cada uno de ellos, porque de todos y de cada uno le han de tomar cuenta. Y cuanto mas ha recibido, tanto mas tiene que dar cuenta, si no obra con ello; porque como dice san Gregorio (*Hom.* 9 in Evang.), cuanto crecen los dones, tanto crece la obligacion á dar buena cuenta de ellos.

PUNTO TERCERO.— 1. *Despues de mucho tiempo vino el señor de aquellos siervos, y púsose á cuenta con ellos. Llegó el que habia recibido cinco talentos diciendo: Señor, cinco talentos me has dado, ves aquí que con ellos he ganado otros cinco. Respondió el señor: Alégrate, siervo bueno y fiel, pues fuiste fiel en cosas pocas, yo te haré señor de muchas, entra en el gozo de tu señor; y lo mismo pasó con el que recibió dos talentos y ganó otros dos.* Aquí se ha de considerar lo primero, que la venida de Cristo nuestro Señor á tomar cuenta á sus criados, es despues de mucho tiempo. -Lo uno, porque la venida á juicio universal se dilata por muchos dias; y lo otro, para denotar que da á cada criado tiempo bastante y sobrado para negociar lo necesario para su salvacion; de suerte que ningun hombre de razon se puede quejar que le faltó tiempo para convertirse á Dios, si él quisiera; y si cuando quiere le falta la vida, suya es la culpa, porque harto tiempo tuvo para negociar la eterna. -Lo segundo, se ha de considerar la grande confianza y seguridad que tienen los fervorosos en la hora de la muerte y de la cuenta, viendo que la tienen buena, porque allí ven lo que han recibido y lo que han ganado; y así confiadamente dicen: Cinco talentos me diste, y otros cinco he ganado aumentando los dones que recibí de tu gracia, y granjeando con ella otros de nuevo. ¡Oh dichoso fervor, que tal seguridad causas en tiempo de tanto temor!

2. Lo tercero, se ha de considerar el premio que Cristo nuestro Redentor le da, calificándole por siervo bueno y fiel; bueno, porque vivió santamente, guardando la ley de Dios; fiel, porque usó fielmente de los dones y gracias que habia recibido, aunque en sí grandes, pero pequeños, respecto de los eternos; y por eso dice: Pues fuiste fiel en lo poco, cual es lo que pasa en esta vida mortal, yo te constituiré en el cielo sobre mucho, y te haré muchas mercedes, y muy grandes; entra en el gozo de tu Señor, engólfate en el abismo de los deleites celestiales, para que de dentro y de fuera estés lleno

y relleno de gozo, bebiendo del rio copioso de su alegría hasta tener perfecta hartura. (*Psalm.* XXXV, 9; *Ioan.* XVI, 22). ¡Oh gozo inmenso! oh gozo eterno! oh gozo digno de Dios! oh dichosa negociacion, con la cual se negocia el gozo del cielo, del cual ninguno nos podrá echar!

3. Lo cuarto, se ha de considerar como dijo las mismas palabras al que con dos talentos negoció otros dos, para darnos á entender, que en la paga del cielo mas se atiende á la diligencia de las obras que al número de los talentos; y si el que recibió dos trabajó tanto en granjear con ellos como quien recibió cinco, recibirá igual premio. Pero sin embargo de esto, quien mas trabaja y aumenta los talentos recibidos, será mas premiado; lo cual declaró mas Cristo nuestro Señor en la parábola de las minas, porque al que con una negoció diez, por cuanto fue su diligencia mayor, le dió diez ciudades; y al que con una negoció cinco, porque fue su diligencia menor, le dió solas cinco. Por tanto, ó alma mia, trabaja en todo tiempo con todo el fervor posible; porque en el cielo tiene Dios muchas moradas; y si con una mina ó talento puedes merecer diez ciudades, esto es, diez grados excelentes de gloria, no te contentes con cinco: no tanto por tu interés, cuanto por amar mas al que es digno de ser amado con infinito amor por todos los siglos. Amen.

PUNTO CUARTO. — 1. *El siervo que recibió un talento dijo á su señor: Sé que eres hombre duro, y que coges de lo que no sembraste, y allegas de lo que no derramaste; y así temiéndote, escondí tu talento en la tierra, ves aquí tienes guardado lo que es tuyo.* En este dicho se representa la malicia del siervo perezoso, que para encubrir su pereza, finge dificultades y peligros terribles, y teme donde no hay que temer, como ahora lo hacen muchos. Unos entierran el talento de la oracion y contemplacion, y la dejan por temor de que serán engañados. Otros esconden el talento de predicar y tratar almas, temiendo que perderán la suya. Otros peores dejan de guardar la divina ley, fingiendo que es áspera, y que no tienen fuerzas para ello, notando á Dios de duro para con ellos, porque quiere coger el fruto que no siembra, y sin darles fuerzas quiere que fructifiquen las buenas obras. ¡Oh ceguedad abominable! oh pereza maldita, que por disculparte á tí quieres culpar á Dios! Ó Redentor mio, muy al contrario de este mal siervo, digo yo, que sé muy bien como sois hombre, no duro, sino blando; no cruel, sino misericordioso; nunca quereis coger de lo que no sembrais; porque si Vos primero no sembrais las semillas de vuestros talentos, es imposible coger algunos frutos: estais tan léjos de querer coger lo que no sembrásteis, que

muchas veces sembrais mucho y cogeis poco, y es tanta vuestra blandura, que os contentais con cualquier ganancia.

2. *A este dicho respondió el señor: Siervo malo y perezoso, ¿sabias que cojo donde no siembro, y allego donde no derramo? Luego importábate dar mi dinero á cambio, para que cuando viniera, recibiera lo que es mio con ganancia. Quitadle el talento, y dadle al que tiene cinco; porque al que tiene, se le dará, y abundará: y al que no tiene, le quitarán lo que parece que tiene; y á este siervo desaprovechado echadle en las tinieblas exteriores, donde habrá llanto y crujir de dientes.* En esta sentencia hay tres cosas terribles que considerar.—La primera es, la reprension asperísima del Señor, para grande confusion del mal siervo. ¿Qué confusion puede ser mayor que ser calificado de Dios, delante de sus Ángeles, por siervo malo, perezoso, desaprovechado é infiel? Y ¿qué afrenta mayor que ser convencido por sus mismas razones? (*Luc.* XIX, 22). *Ex ore tuo te judico, serve nequam.* De tu boca te condeno, siervo malo. Si sabias que yo quiero coger fruto de lo que no sembré, ¿cuánto mas debias saber que querria coger fruto del talento que te dí?

3. La segunda, fue quitarle el talento que tenia, y despojarle de todos los bienes de gracia, y de todos los dones añadidos á su naturaleza, en castigo de su pereza. Lo cual algunas veces hace Dios en esta vida, castigando á los que no usan de los talentos recibidos con quitárselos, como suele permitir que pierda la fe quien usa mal de ella; pero en la otra vida se los quitan sin remedio (como se ponderó en la parte I en la meditacion IX); y decir que se dén al que ganó cinco talentos, es decir que los Santos de todo sacan gloria accidental, así del buen uso de sus propios talentos, como del gozo que tienen por los que Dios da á otros con liberalidad, y por los que les quita con justicia.

4. La tercera, fue echarle en las tinieblas extremas del infierno, donde perpétuamente llore y rabie por su pereza desaprovechada; y si tal castigo se dá al que por pereza no usa del talento que recibió, ¿qué castigo se dará al que usa de él para ofender á Dios, y escandalizar ó dañar á su prójimo? Ó Dios eterno, juez justo y santo, no entres conmigo en juicio riguroso, porque bien sé que de mis mismas palabras me podrás justamente condenar. Merecia que me hubieras quitado los talentos que me diste, por haberlos enterrado; mas ya que por tu misericordia me has sufrido, ayúdame á desenterrarlos, para que negociando con ellos lo que me pides, alcance lo que me prometes, reinando contigo por todos los siglos de los siglos. Amen.

PARTE CUARTA.

DE LAS MEDITACIONES

SOBRE LOS

MISTERIOS DE LA PASION DE JESUCRISTO NUESTRO SEÑOR.

INTRODUCCION DE LA ORACION MENTAL,

CERCA DE LA PASION DE CRISTO NUESTRO SEÑOR.

Aunque las meditaciones de los misterios de la pasion de Jesucristo nuestro Señor pertenecen, segun se dijo en la introduccion de este libro, á la via iluminativa, especialmente á lo supremo de ella que confina con la via unitiva; con todo eso son muy provechosas para cualquier suerte de personas, por cualquier via que caminen, y en cualquier grado de perfeccion que vivan (*D. Bonav.* In stimulo divini amoris, *c.* 1), porque los pecadores hallarán en ella motivos eficacísimos para purificarse de sus pecados; los principiantes, para mortificar sus pasiones; los que aprovechan, para crecer en todo género de virtudes; y los perfectos, para alcanzar la union con Dios por el ferviente amor. Por lo cual dice san Bernardo (*Serm. in fer. 4 maioris hebdomadae*), que la pasion de Cristo, hasta el dia de hoy, hace temblar la tierra, quebranta las piedras, abre los sepulcros, y parte por medio el velo del templo, rasgándole de alto abajo. Porque los que debidamente la meditan, si son tierra por la culpa y aficion á cosas terrenas, tiemblan con el santo temor de Dios y de la justicia rigurosa (*Matth.* XXVII, 51) que hace en su Hijo, moviéndose con esto á dejar su terrestridad: si son piedras, por la dureza de corazon, se enternecen y desmenuzan por la grandeza del dolor, así de sus pecados, como de las penas que Cristo padece

por ellos; y si son sepulcros cerrados, con la vergüenza de manifestar sus culpas, se abren por la confesion para lanzar de sí la muerte, y resucitar á nueva vida. Y finalmente, para todos se rompe el velo que ponia division entre Dios y nosotros, para que podamos, como dice san Pablo (II *Cor.* III, 18), contemplar mas al descubierto la gloria del Señor, y el abismo de los celestiales secretos. Y no sin causa se partió el velo de alto abajo, para significar que por medio de Cristo crucificado podemos contemplar la alteza de la Divinidad y de sus soberanas perfecciones, y tambien la profundidad de la humanidad y de sus esclarecidas virtudes. De suerte, que los pecadores, que como erizos están espinados con sus culpas (*Psalmus* CIII, 18), hallarán entrada en las aberturas de esta divina piedad, y meditando con dolor en ellas, quedarán libres de sus espinas. Los mas puros y sencillos, como palomas, podrán volar mas alto; haciendo sus nidos y moradas en los agujeros de esta piedra y en las hendiduras de esta pared, quedarán con mayor pureza y hermosura. Y los perfectos, que como ciervos suben á los montes altos (*Cant.* II, 14), meditando en Cristo levantado de la tierra, serán traidos con gran fuerza para tener su conversacion en el cielo. Y todos, como dice san Bernardo (Serm. 2 de Pentecost; *Deut.* XXXII, 13), podrán chupar miel de esta piedra, y aceite de este durísimo peñasco; el cual, habiendo sido duro en sufrir injurias, y mas duro en sufrir azotes, y durísimo en sufrir los tormentos de la cruz, es para nosotros fuente de aceite y miel, sanando nuestras llagas, ablandando nuestras durezas, confortando nuestras flaquezas, y regalando nuestras almas con la suavidad de sus divinas consolaciones. Y á esta causa con mucha razon decia Alberto Magno (*Vide* Rosetum Spirit. exercitior. *tit.* 22, *c.* 1), que la sencilla memoria y devota meditacion de la pasion de Cristo aprovecha mas al hombre, que ayunar un año entero á pan y agua, y que disciplinarse cada dia hasta derramar sangre, y que rezar cada dia todo el Salterio; porque estos ejercicios, aunque son buenos y muy provechosos, pero como son obras exteriores, si se toman á solas, no son tan poderosos para purificar el corazon de vicios, é ilustrarle con verdades y virtudes, y perfeccionarle con los afectos encendidos del divino amor, como lo es la meditacion atenta y profunda de la pasion de Cristo nuestro Señor, la cual causa todo esto, dando tambien espíritu y vida á las penitencias y obras exteriores, y moviendo con eficacia al ejercicio fervoroso de ellas.

§ I.

Del fin que se ha de tener en meditar la pasion.

De este principio que se ha puesto consta claramente, que como son diferentes las personas que meditan la pasion de Cristo nuestro Señor, así son diferentes los fines particulares que deben tener en meditarla, pretendiendo cada una aquel afecto y fruto espiritual que es conforme al estado de su alma y al camino por donde camina: es á saber, ó purificarse de culpas y aficiones desordenadas, ó adornarse con heróicas virtudes, ó unirse á Dios con ferverosos afectos de caridad, tomando por medio para todo esto el afecto de la compasion, que abre camino para los demás.

Para lo cual se ha de presuponer que la pasion de Cristo, como dice san Lorenzo Justiniano (Lib. de triumph. agone Christi, *c.* 20), puede ser motivo de gozo y motivo de tristeza, porque se puede considerar en dos maneras.—La una es, en cuanto es sumo beneficio de Dios: *In quo divinae miserationis reseratur abyssus, coelorum aperitur janua, caritatis latitudo ostenditur, et quantus sit homo apertissimè demonstratur; vile enim esse non potest, quod Filii Dei sanguine comparatur:* en el cual se descubre el abismo de la divina misericordia, ábrese la puerta del cielo, manifiéstase la anchura inmensa de la caridad, y declárase la estima que Dios tiene del hombre; pues no puede ser cosa vil la que con la sangre del Hijo de Dios se compra. De esta manera la meditacion de la pasion mueve afectos de gozo y alegría, como se alegró Abrahan (*Ioan.* VIII, 56; *Chrys.* Homil. 84 in Ioan.), cuando en figura del sacrificio que ofreció del carnero en lugar de su hijo Isaac, vió la muerte de Jesucristo, gozándose de los grandes bienes que por ella vendrian á todo el mundo. Y el mismo Cristo nuestro Señor se alegraba por esta causa con la memòria de su pasion; y en el libro de los Cantares (*c.* III, 11), á este dia, en que su madre la Sinagoga le coronó con corona de espinas, llama dia de su desposorio y de la alegría de su corazon; y así entró en Jerusalen con grandes señales de regocijo para recibir esta corona, y celebrar en el tálamo de la cruz el desposorio con la Iglesia. Este modo de meditacion es mas propio de los que están en la via unitiva, considerando la pasion, como los demás beneficios divinos de que se trata en la parte VI.

La otra manera de meditar la pasion, de que ahora principalmente se ha de tratar, es en cuanto fue amarga y muy penosa á Jesu-

cristo nuestro Señor, y en cuanto fue ocasionada de nuestros pecados, y fue dechado de todas las virtudes, especialmente las que resplandecen en medio de grandes trabajos; y de esta manera nos mueve á tristeza y compasion del Señor, que tanto padeció por nosotros; y el mismo Cristo se entristecia con su memoria, y es razon que todos nos entristezcamos con él, porque no diga de nosotros aquello del salmo LXVIII: Miré si alguno se entristecia conmigo, y no le hubo: busqué quien me consolase, y no le hallé.

Mas para que se entienda cuál ha de ser esta compasion, y á qué fines se ha de ordenar, advierto que Cristo nuestro Señor en dos maneras bebió el cáliz amargo de su pasion.-La una fue corporalmente por mano de los ministros y sayones, cuando fue preso, azotado, coronado de espinas y crucificado.-La otra fue espiritualmente por la memoria y viva representacion é imaginacion de los mismos trabajos, y de la causa de ellos, que fueron nuestros pecados. De ambas hizo mencion su Majestad, hablando con los hijos del Zebedeo, como en su lugar se dijo; porque san Mateo refiere, que les dijo (*c.* XX, 22): ¿Podréis beber el cáliz que yo tengo de beber? Donde habla de la bebida corporal, que estaba por venir. Y san Marcos refiere, que les dijo (*c.* X, 38): ¿Podréis beber el cáliz que yo bebo, y ser bautizados con el bautismo que yo soy bautizado? Donde tambien declara la bebida espiritual que continuamente cada dia bebia, aunque con mayor amargura la bebió en el huerto de Gethsemaní, á donde con el sentimiento interior fue espiritualmente azotado, espinado y crucificado; y en ambos modos de beber el cáliz resplandecieron excelentísimas virtudes, como despues verémos.

De aquí se siguen los fines que hemos de tener en estas meditaciones, y los provechos que de ellas hemos de sacar; los cuales se reducen á unirnos, transformarnos y conformarnos con Cristo afligido y atormentado en las dos maneras dichas, bebiendo tambien á nuestro modo el cáliz de su pasion en ambas formas.

Lo primero, procurando en la meditacion sentir, como dice san Pablo (*Philip.* II, 5), en nosotros lo que sintió Cristo, con los afectos de compasion, dolor y tristeza, de modo que quedemos transformados en Cristo, triste y afligido por nosotros, espiritualmente crucificados con él, de la manera que la Vírgen santísima sintió los dolores de su Hijo; por razon de lo cual dijo de ella Simeon (*Lucae*, II, 35), que traspasaria su ánima el cuchillo, no corporal, sino espiritual, de compasion y dolor. Este modo de sentimiento de la pasion de Cristo es don especial del mismo Señor, el cual da ojos

para ver sus trabajos y para llorarlos. Por lo cual dijo por Zacarías (*Zach.* XII, 10), que derramaria sobre la casa de David y sobre los moradores de Jerusalen espíritu de gracia y de oracion; y que mirarian al que enclavaron, llorarian con gran llanto, como se suele llorar la muerte del unigénito: y aunque esto se suele declarar de otra vista y otro llanto que habrá el dia del juicio en los judíos incrédulos (*Hebr.* VI, 6); pero tambien se puede entender de los que recibèn de Dios el espíritu de oracion, y en su virtud, con ojos de viva fe miran al que con sus pecados crucificaron, llorando su muerte amargamente. De aquí consta el desórden de algunos, que van á meditar la pasion, y desean en ella lágrimas y ternuras, principalmente por su propio consuelo y gusto, que aunque parece espiritual, pero, como dice san Buenaventura (In stimulo divini amoris, *c.* 1 *ad fin.*), es de amor propio, y muy desordenado, pues es gran desórden pretender dulzuras en las amarguras de Cristo, y querer consuelos meditando sus desconsuelos; los cuales no se han de meditar sino para sentirlos y tener parte en ellos; aunque es tanta la bondad de este Señor, que el mismo desconsolarnos con él es modo de consuelo, y no pequeño.

El segundo fin que hemos de pretender en estas meditaciones, es beber tambien el cáliz de la pasion corporalmente, conformándonos con Cristo nuestro Señor en el mismo padecer, sacando ánimo y esfuerzo para esto, y propósitos de esto muy eficaces, tomando algunas cosas penosas de nuestra voluntad, como es ayunos, disciplinas y otras mortificaciones voluntarias, ó sufriendo con paciencia y alegría las que Dios nos enviare ó permitiere, creyendo que, como dice san Pablo (*Philip.* I, 28), tambien es don de Dios este modo de padecer por Cristo, como el compadecerse de Cristo. Y así á imitacion del mismo Apóstol hemos de procurar (II *Cor.* IV, 10; *Galat.* VI, 17), cuando meditamos la pasion, traer siempre en nuestro cuerpo la meditacion de Cristo, y las señales de Jesús, que son las llagas y penalidades que afligen nuestra carne, como afligieron la suya. De suerte, que de ambas maneras pueda decir cada uno: *Christo confixus sum cruci.* Con Cristo estoy enclavado en la cruz, así por la compasion, como por la imitacion en el padecer por él, como él padeció por mí.

De aquí se sigue el tercer fin principal de aquestas meditaciones, que es conformarnos con Cristo en las heróicas virtudes que ejercitó, bebiendo su cáliz, así espiritualmente como corporalmente; es á saber, en el amor de Dios y de los hombres, en el celo de la salva-

cion de las almas, en la pureza de intencion, y en el afecto de obediencia, humildad, paciencia y pobreza, y las obras exteriores de estas y otras virtudes; y en especial en el desprecio de las cosas terrenas, y en la mortificacion de las aficiones que puede haber en procurarlas ó retenerlas. De modo, que armados, como dice san Pedro (II *Petr.* IV, 1), con el pensamiento de lo que Cristo padeció, en todo nos parezcamos á él; y la meditacion de su pasion nos sirva de un arnés tranzado, fuerte, lúcio y hermoso, que nos arme y cubra de piés á cabeza, y nos haga espantables á los demonios y terribles á la carne, admirables al mundo, agradables á los Ángeles y amables á Dios.

§ II.

De las disposiciones que se han de procurar para meditar la pasion.

Para alcanzar estos fines, que se pretenden con la meditacion de la pasion, es importante aparejarnos lo mejor que nos fuere posible para ella: porque aunque es necesario, como dice el Espíritu Santo (*Prov.* XVIII, 23), aparejar el alma antes de toda oracion, y no ir á ella, como quien tienta á Dios, esperando la racion del cielo sin aparejo; pero en especial es mas importante para la oracion y meditacion, que tiene por materia los dolores y trabajos de Cristo nuestro Señor, para los cuales él se aparejó con grande amor, y quiere que sean pesados y meditados con mucho fervor.

Y así puedo imaginar que me dice aquello de Jeremías (*Thren.* III, 19): Acuérdate de mi pobreza y trabajo, de mi amargura y de mi hiel; y que yo le respondo: Con memoria me acordaré, y mi ánima se secará en mí; y repitiendo esto en mi corazon, esperaré en él, que es decir: Me acordaré muy en particular y con grande fervor de sus trabajos y aflicciones, sintiéndolas tan tiernamente que mi ánima se seque por la grandeza de la tristeza y dolor; y no contento con pensar una vez todas tus penas, las repetiré muchas veces con grande atencion y afecto, sacando de ellas grande confianza.

Las disposiciones convenientes para meditar con provecho estos misterios, declaró brevemente san Buenaventura, diciendo (In stimulo divini amoris, *c.* 2): *Debet homo aggredi hoc tam nobile opus humiliter, confidenter, instanter, et cum quanta potest cordis sui munditia.* Debe el hombre acometer esta obra tan noble, humilde y confiadamente, instantemente y con cuanta limpieza de corazon pudiere. Donde pone cuatro principales virtudes que disponen gran-

demente para recibir de Dios los dones y gracias que suele comunicar á los que se ejercitan en estas meditaciones.

La primera es humildad de corazon, entrando en la meditacion con vergüenza y confusion de sus culpas, no solo por la razon general (*Prov.* XVIII, 17), de que el justo en el principio de la oracion se acusa á sí mismo, sino en especial porque con sus pecados es causa de los tormentos de Cristo, á quien está mirando y contemplando, á la manera que si un padre estuviese preso en la cárcel, aherrojado en un calabozo, con grillos y cadenas, entre ladrones, padeciendo graves dolores y deshonras, no por sus propias culpas sino por las de su hijo; si el tal hijo entrase á visitarle, sin duda entraria con una humilde vergüenza y confusion de sí mismo, por haber sido causa de aquellos tormentos á su padre. Y á esta humildad pertenece cubrirse de luto; esto es, de humildad exterior en el vestido y traje, especialmente cuando se celebra la memoria de la pasion, ó se medita muy de propósito; pues quien va á visitar al afligido, no ha de ir con ropas de fiesta sino de llanto, conformándose con el atribulado, como lo hicieron los amigos de Job (*Iob,* II, 7), cuando le vieron llagado y tendido en un muladar. Tambien pertenece á la humildad subiéndola de punto, reconocerse por indigno de asistir á estos misterios, y tener sentimiento de ellos, creyendo que esto es favor especial que hace Dios á sus amigos muy queridos, como lo fue dar parte á tres apóstoles de su tristeza en el huerto, y querer que su Madre, san Juan y la Magdalena asistiesen en el monte Calvario. Y esta gracia no se da sino á los humildes, porque los soberbios, como se dice en el libro de Job (*c.* XXXVII, 24; *D. Greg.* Lib. XXVII Moral. *c.* 27), no se atreven, esto es, no les es concedido contemplar á Dios segun las grandezas de su divinidad, ni tienen espíritu para contemplar segun las bajezas de su humanidad.

La segunda disposicion es confianza grande en la misericordia de Cristo nuestro Señor, que pues se dignó padecer tanto por nosotros, tambien se dignará concedernos que nos compadezcamos con él, de modo que de la meditacion de sus trabajos saquemos el provecho para que ellos se ordenaron; y así juntando la humildad con la confianza, he de pedirle esta gracia, alegándole tres títulos.-El primero, la misma pasion que padece.-El segundo, la compasion que allí tuvo de los pecadores, haciéndose su abogado y orando por ellos, para que fuesen capaces del fruto de su pasion.-El tercero, la liberalidad que usó con uno de ellos; esto es, con el buen ladron; el

cual con humildad y confianza le pidió se acordase de él en su reino, y alcanzó mas de lo que pedia, como en su lugar verémos. Pero yo, dice san Lorenzo Justiniano (Serm. de Passion.), despues que me hubiere confesado por pecador como el ladron, hablaré á mi Señor, colgado en la cruz, y le diré con humildad y confianza: Señor, acuérdate de mí, no solo para que vaya á tu reino: *Sed ut doloribus compatiar tuis, tuaeque communicem passioni*, sino para que me compadezca de tus dolores, y participe de tu pasion; porque bien sé que si tengo parte contigo en padecer, la tendré tambien en reinar. (*Rom.* VIII, 17; II *Tim.* II, 12). Con estos títulos hemos de ensanchar la confianza en Cristo, la cual, como dice san Bernardo (Serm. 32 in Cant.), cuanto es mayor, tanto nos hace mas capaces de los divinos dones, estando el vaso del corazon con la humildad vacío de sí mismo para recibirlos.

La tercera disposicion es gran fervor y diligencia en esta obra de la oracion; porque seria cosa vergonzosa pensar con tibieza lo que Cristo padeció con tanto fervor. Este se ha de mostrar en que la meditacion sea muy atenta, profunda y devota, sacudiendo de la memoria las vagueaciones; del entendimiento la torpeza en los discursos para ahondar en los misterios; y de la voluntad la frialdad en los afectos, procurando que sean muy fervientes, como los de Cristo nuestro Señor, haciendo una generosa determinacion de acompañarle, no durmiendo como los tres apóstoles en el huerto, sino velando como él velaba, y orando con la agonía, instancia y perseverancia que él oraba, gastando en esto algunas horas como él las gastaba.

La cuarta disposicion es limpieza de corazon, procurando purificarle y conservarle limpio de culpas, para que entrando limpio en la oracion, esté con grande confianza, sin remordimiento y bien dispuesto para recibir los dones de Dios y los frutos de su preciosa sangre; porque ningun hombre cuerdo quiere echar un licor precioso en un vaso muy súcio. Por tanto, dice san Bernardo (*Serm. in feria 4 hebdom. poenos.*), pues la bendicion es muy copiosa, aparejad para recibirla vasos limpios, almas devotas, espíritus vigilantes, afectos bien regidos, y conciencias puras en quien se derramen tantas gracias como aquí se comunican. Estas son las disposiciones que se han de llevar para meditar estos misterios. Mas quien se hallare falto de ellas, no por eso deje la meditacion, porque ella misma encenderá el deseo de ellas, como tambien mueve á otras virtudes que luego dirémos.

§ III.

De varios modos de meditar la pasion.

Para quitar el fastidio que podria tener nuestra tibieza, meditando siempre una cosa de una misma manera, es bien saber los varios modos que hay de meditar la pasion, demás de los que se han puesto, meditándola como beneficio nuestro, ó como dolorosa á Cristo. Otros dos muy principales hay, á que se reducen los demás, al modo que en los convites se suele servir en dos maneras: la una, poniendo cada plato de por sí, y comido aquel poner otro; otra, poniendo muchos juntos, y tomando de cada uno algun bocado, conforme al gusto ó necesidad del que come. Así en este convite espiritual de los misterios de la pasion hay dos modos de comerlos espiritualmente. El primero y mas ordinario es, meditando cada misterio por sí, ponderando en cada uno lo que es digno de ponderacion, siguiendo el órden de la historia, y en especial poniendo los ojos en las cuatro cosas que se notaron en la introduccion de la parte II (*Ex S. P. N. Ignatio, in* 1 *exerc.* 3 *hebdom.*); conviene á saber, mirar las personas que allí intervienen, así la de Cristo nuestro Señor, como la de su Madre y discípulos, y tambien de sus perseguidores, penetrando las calidades y condiciones de cada una. Además, mirar las palabras que hablan, y tambien las obras que hacen, aprendiendo de las que dice y hace Cristo nuestro Señor, y huyendo de las malas que dicen y hacen sus perseguidores. Y finalmente, mirar las cosas que Cristo padece, ponderando como la divinidad en cierto modo se escondió, no destruyendo á sus enemigos, sino permitiéndoles que atormentasen á la sacratísima humanidad. De donde inferiré lo que es razon haga y padezca yo, por quien tanto hizo y padeció por mí, trabando en razon de esto coloquios con Dios nuestro Señor, en la forma que luego verémos.

El segundo modo de meditar estos misterios es, teniéndolos todos en la memoria, tomar por materia de meditacion algun trabajo especial ó especial virtud de Cristo nuestro Señor, ponderando lo que hay cerca de ella en todos los pasos de la pasion, discurriendo por ellos. Como si quiero meditar la humildad de Cristo nuestro Señor, iré discurriendo y ponderando los actos de humildad que hizo, primero, cuando lavó los piés á los Apóstoles; despues los del prendimiento, cuando estaba debajo de los piés de sus enemigos, y así procederé hasta los que ejercitó en la cruz. Y si quiero tomar la car-

rera de mas atrás, puedo discurrir por los actos de humillacion que hizo en el tiempo de su nacimiento, niñez y predicacion, sacando de todos ellos motivos para ejercitar esta virtud enteramente, y porque en cada misterio resplandece algo especial que pertenece á su perfeccion. De este mismo modo se puede meditar la obediencia y caridad, ó paciencia del Salvador.

Y de la misma manera se puede tomar por materia de meditacion algun género especial de trabajo, dolor ó deshonra, discurriendo por los misterios de la pasion, ponderando solamente lo que toca á este trabajo, como seria meditar las veces que fue desnudado con grande ignominia; las veces que derramó su preciosa sangre; las estaciones que anduvo en este tiempo; las afrentas en materia de virtud, ó en materia de sabiduría, que sufrió, procurando con cada cosa de estas compadecerme del Salvador, y alentarme á sufrir algo por él en aquella suerte de trabajo. Y otras veces puedo tomar por materia de meditacion el dolor especial que Cristo nuestro Señor padeció en algunos de sus miembros ó sentidos, como seria meditar el dolor de las manos cuando las ataron en la prision y despues en la coluna, y cuando las clavaron en la cruz, y así en lo demás.

Á estos dos modos de meditar la pasion se puede añadir el tercero, por aplicacion de los sentidos interiores del alma, cerca de cada misterio, en la forma que se declaró en la meditacion XXVI de la parte II.—Lo primero, ver con los ojos del alma la figura exterior de Cristo nuestro Señor tan lastimosa, y la interior de su alma, por una parte tan bella y por otra tan afligida, admirándome y compadeciéndome de que el resplandor de la gloria del Padre, y figura de su sustancia, esté por mis pecados tan desfigurado.—Lo segundo, oir interiormente y sentir las palabras tan blandas y amorosas de este Señor; los clamores contra él tan ásperos y furiosos de sus enemigos; el ruido de las bofetadas, de los golpes, de los azotes y mártilladas, sintiendo en mi corazon lo que Cristo sentiria en el suyo.—Lo tercero, oler con el olfato interior, así la hediondez de los pecados que causaron la muerte de este sumo sacerdote, como la suavidad del sacrificio que ofreció por ellos, y de las virtudes que ejercitó en esta oblacion tan devota de su pasion, ponderando como se aplacó con ella la ira del eterno Padre, poniéndonos por señal de reconciliacion, no el arco que se hace en las nubes (*Genes.* IX, 13), sino á su Hijo, extendido como arco en la cruz, lloviendo sangre por nosotros.—Lo cuarto, gustar las amarguras é hieles de Cristo nuestro Señor, amargándome y entristeciéndome con ellas, como si cor-

poralmente las gustara. Y gustar tambien la dulzura del amor con que las padecia, y la que Dios comunica á los que padecen por su causa con amor, admirándome de ver unida tanta dulzura con tanta amargura.—Lo quinto, tocar con el tacto del alma los terribles instrumentos de la pasion de Cristo, el rigor y aspereza de las sogas, azotes, espinas, cruz y clavos, sintiendo en mi espíritu lo que el Señor sentiria en su cuerpo, y ejercitando los afectos que suelen brotar de tales sentimientos. La práctica de este modo de orar se pondrá en los misterios del huerto, y la de esotros dos modos se verá en la meditacion que se sigue, y es fundamento y preámbulo para las demás.

MEDITACION PRIMERA FUNDAMENTAL.

DE LA PASION DE CRISTO NUESTRO SEÑOR, EN QUE SE PONE UNA SUMA DE LAS COSAS QUE SE HAN DE MEDITAR EN CADA MISTERIO.

—Lo que se ha de ponderar en cada misterio de la pasion se puede reducir á seis ó siete puntos principales: conviene á saber, quién es la persona que padece estos tormentos; cuántos y cuán graves fueron; de qué personas los padece; por quién, y por qué causa; con qué amor y afectos; y las virtudes que ejercita padeciéndolos, y los que con él padecia su gloriosa Madre. Todo esto se tocará en esta meditacion en general, para que pueda despues aplicarse á cada misterio en particular.—

PUNTO PRIMERO. - *De la persona que padece.* — 1. En la persona de Cristo nuestro Señor, que padece estos tormentos, se pueden considerar principalmente tres cosas, que mueven con mas eficacia á los afectos de compasion y agradecimiento, amor é imitacion.—La primera, es la inocencia y santidad de este Señor; el cual era inocentísimo, sin mancha de pecado: santísimo con todo género de santidad, lleno de todas las gracias y virtudes; sapientísimo y discretísimo, en quien estaban encerradas las riquezas espirituales de la sabiduría de Dios (*Colos.* II, 3), y su divino espíritu sin medida (*Ioan.* III, 34): por lo cual se ve, que cuanto padecia era sin culpa suya, aunque sus enemigos fingian que la tenia, y le atormentaban como á culpado. Pues ¿cómo no me compadeceré de ver padecer á un Señor tan inocente, sábio y santo? Si el Centurion y otros muchos que se hallaron en el monte Calvario herian sus pechos de dolor, viendo padecer al que tenian por justo, ¿cómo no hie-

ro yo el mio, considerando que padece, no cualquiera justo, sino el supremo de los justos, sin haber dado ocasion culpable para tantos trabajos? Ó corazon mio mas duro que las piedras, ¿cómo no te partes por medio de dolor, pues ellas se partieron y desmenuzaron cuando padeció esta Piedra viva, fuente de la gracia, y dechado de toda santidad?

2. La segunda, consideraré la omnipotencia y liberalidad de este Señor en hacer bien á todos, y ser universal bienhechor de todos; porque toda la vida se ocupó, como dijo san Pedro (*Act.* x, 38), en hacer bien y curar á todos los oprimidos del demonio: alumbraba los ciegos, limpiaba los leprosos, sanaba los enfermos y resucitaba los muertos. Y además de esto, hacia bien á las mismas almas, perdonando los pecados, librándolas del infierno, abriendo las puertas del cielo, comunicándolas luz de doctrina maravillosa y fuego de caridad, con el resplandor de todas las virtudes. De donde consta, que padecia tormentos y deshonras, no solo sin culpa, sino por lo que merecia sumo descanso y honra. Por lo cual dice san Agustin (in Psalm. XLIX), que Cristo nuestro Señor vivió en el mundo: *Mira faciens, et mala patiens donec suspenderetur in ligno*, haciendo cosas maravillosas, y padeciendo cosas muy trabajosas, hasta ser colgado en un madero. Pues ¿cómo, alma mia, no te deshaces de pena viendo padecer este Bienhechor tuyo y de todo el mundo, el cual haciendo bien y provecho á todos, recibe mal y daño de todos? ¡Oh quién pudiese alcanzar tal gracia, que obrando bien como mi Señor, padezca algun mal y trabajo por su amor! No quiero de los hombres premio de mis buenas obras, pues mi Redentor recibió de ellos graves tormentos por las suyas.

3. La tercera, consideraré la infinita caridad de este Señor en darse á todos y hacerse uno con todos, ponderando como es mi Padre, mi Maestro, mi Médico, mi Redentor, mi Pastor, mi Criador, mi Bienaventuranza, Esposo de mi alma, Dios mio y todas mis cosas. Y poco antes de su pasion se hizo mi manjar y bebida para entrar dentro de mí, y hacerse una cosa conmigo; por lo cual he de tomar sus trabajos como mios, y compadecerme de ellos, y sentirlos como si fueran mios, pues tan mio es el que los padece, y tanto amor me tiene. Si el hijo llora la muerte de su padre, y la esposa la de su esposo, y el amigo la de su amigo muy querido, ¿cómo no lloraré yo la pasion y muerte de tal Padre, de tal Esposo, de tal Amigo? —Para este fin ayudará lo que se dirá en el punto octavo.—

PUNTO SEGUNDO.—*De la muchedumbre y gravedad de los tormentos de*

Cristo nuestro Señor. — 1. La muchedumbre y gravedad de los tormentos que Cristo nuestro Señor padeció en su pasion, en general se pueden reducir á dos órdenes: unos exteriores, figurados por el Bautismo, que baña el cuerpo por defuera; otros interiores, figurados por la bebida del cáliz, que entra y penetra á lo de dentro, porque de estas dos semejanzas usó el mismo Señor para declararlos (*Marc.* x, 38), comenzando por los tormentos exteriores. Primeramente, se ha de discurrir por todos los géneros de cosas que son materia de trabajos corporales, en las cuales padeció Cristo nuestro Señor grandemente.—En la hacienda y cosas que poseia (*Ex D. Thom.* 3 *p. q.* 46, *art.* 5, 6 *et* 7), llegó á padecer tanta pobreza y desnudez, que murió públicamente desnudo en la cruz, tomándole los soldados sus vestiduras, y repartiéndolas entre sí.—En la honra padeció innumerables irrisiones y escarnios, tratándole como á ladron, malhechor y blasfemo contra Dios, blasfemando de él por esta causa.—Lo tercero, en la fama padeció muchos falsos testimonios con que pretendian desacreditarle; de suerte, que en materia de virtud y santidad, fue despreciado y tenido por pecador, por samaritano, endemoniado, revolvedor del pueblo, comedor, bebedor y blasfemo. Y por consiguiente, fue tenido por hombre reprobado de Dios y condenado, que es la suma afrenta que puede haber. De la cual dice el mismo Señor en persona de David (*Psalm.* LXXXVII, 5): Fuí tenido por uno de los que bajan al lago infernal, pusiéronme en el lago inferior, en el lugar oscuro, que es sombra de la muerte.

2. Demás de esto, en materia de sabiduría y ciencia fue despreciado y tenido por idiota, sin letras, por loco y furioso, por imprudente y necio. (*Marc.* III, 21).—En materia de potencia y milagros fue tenido por embustero y encantador, y por hombre que tenia pacto con Belzebuth y Satanás. (*Luc.* XI, 15).—Además en su propio cuerpo padeció gravísimos dolores, así porque de su género eran penosísimos, como porque su complexion era delicadísima, así sentia mucho mas que otros cualquier dolor y lesion corporal.—Finalmente, padeció en sus amigos y allegados: parte, porque los mas le desampararon; parte, porque teniéndolos presentes, sentia el dolor y afrenta que ellos padecian, especialmente su Madre santísima. Ó liberalísimo Redentor, ¡cuán bien pagais nuestras deudas con vuestras penas! Porque todas las cosas del mundo fueron cebo de nuestra codicia, carnalidad y soberbia, quereis padecer en todas pobreza, tormento y humillacion. Séanme de hoy mas instrumento para serviros, como hasta aquí lo fueron para ofende-

ros. Ó alma mia, compara las excelencias de esta divina Persona con las ignominias y dolores que padece, para que te confundas de tu soberbia y sensualidad, y te alientes á padecer por imitarle.

3. Lo segundo, se puede discurrir por los cinco sentidos de Cristo nuestro Señor, ponderando lo mucho que padeció en cada uno de ellos.—Porque primeramente sus ojos fueron afligidos viendo los visajes, mofas y meneos de sus enemigos, y las lágrimas y sollozos de sus amigos; y fueron tambien enturbiados con las salivas y gotas de sangre que corrian de su cabeza, y con el ardor de las encendidas lágrimas que por ellos se vertian.—Sus oidos padecieron oyendo contra sí muchas y muy grandes blasfemias, injurias y falsos testimonios, y terribles acusaciones de sus enemigos.—El olfato padeció sufriendo el mal olor del monte Calvario, donde fue crucificado.—El gusto padeció terrible sed, y en ella fue, no aliviado, sino atormentado con hiel y vinagre.—El tacto padeció gravísimos dolores de azotes, espinas y clavos, que traspasaron su cuerpo. Ó sentidos de mi dulce y amado Jesús, dignos de ser recreados con todas las cosas apacibles de la tierra, ¡cómo estais afligidos con todas las cosas amargas y penosas de esta vida! ¡Oh si mis sentidos se conformasen con los de mi Señor, padeciendo las mismas penas, pues de ellos salieron las culpas!

4. Lo tercero, se puede discurrir por todos los miembros y partes principales del cuerpo de Cristo nuestro Señor, en los cuales padeció exquisitos dolores y tormentos. La cabeza fue punzada con espinas, y aporreada con la caña; los cabellos y barbas arrancadas; los carrillos abofeteados; los brazos descoyuntados, de modo que se podian contar los huesos; las muñecas atadas fuertemente con sogas; las manos y piés agujereados con clavos; las espaldas y todo el cuerpo acribado con azotes muy crueles; y como las heridas eran en partes tan sensibles, causaban dolores excesivos. Ó cuerpo delicadísimo, ¡con cuánta razon se puede decir de tí (*Isai.* 1, 6), que desde la planta del pié hasta la coronilla de la cabeza no tenias parte sana, sino todas llenas de heridas y cardenales, de llagas y dolores muy terribles! ¡Oh cuánta mayor razon habia, para que mi cuerpo fuera atormentado en todas sus partes y sentidos, pues con todas y de todas han manado innumerables pecados! Sana, ó buen Jesús, con las llagas de tu cuerpo las llagas de mi alma; y por tus dolores corporales líbrame de mis males espirituales. Amen.

5. Lo cuarto, se ha de considerar las aflicciones y dolores interiores de Cristo nuestro Señor, los cuales acompañaban á estos ex-

teriores, y fueron tambien muchos y muy graves en todas las cosas que el ánima purísima del Salvador podia padecer sin imperfeccion, como fueron desamparos interiores de la divinidad, suspension de los consuelos sensibles del corazon, tristezas vehementes de la voluntad, por las injurias que se hacian á Dios, y por la perdicion de los hombres, temores, tédios y agonías terribles, de las cuales fue testimonio el sudor de sangre, como verémos en la meditacion de los misterios del huerto. Finalmente, aunque fueron terribles los dolores del cuerpo, fueron mayores los del espíritu; porque en lo interior tomaba tanta pena, cuanta queria; y como amaba mucho, queria que fuese mucha, para mayor bien de los que tanto amaba. Ó dulce Redentor, ahora veo con cuánta razon te llama Isaías (*Isai.* LIII, 3) varon de dolores y curtido en enfermedades, pues por todas partes estás rodeado de dolores y cercado de aflicciones! Las tempestades del mar amargo bañaron y atormentaron tu cuerpo, y sus olas entraron dentro de tu alma. (*Psalm.* LXVIII, 2). Por defuera te afligió el bautismo de sangre (*Luc.* XII, 50) muy penoso, y por de dentro el cáliz (*Marc.* X, 38) de la tristeza muy amargo. Concédeme, Señor, que sea semejante á tí en todas estas penas, para que mi cuerpo y espíritu te agraden y queden limpios de todas sus mancillas. Amen.

PUNTO TERCERO. - *De los perseguidores y enemigos que atormentaron á Cristo nuestro Señor en su pasion.* — 1. Cerca de este punto, lo primero, se ha de considerar la muchedumbre y calidad de las personas que se conjuraron contra Cristo nuestro Señor, para despreciarle y atormentarle en su pasion, ponderando como concurrieron reyes, jueces, gobernadores, sumos pontífices, sacerdotes, letrados y religiosos de aquel tiempo, cortesanos, soldados, gentiles y judíos, y hasta de sus mismos discípulos no faltó quien le persiguiese: el rey Herodes con su corte le escarnece; el juez Pilato le condena; Anás y Caifás, sumos sacerdotes, le reprueban; los escribas y fariseos le acusan; los soldados le prenden y mofan; los verdugos le azotan, coronan y crucifican; la canalla del pueblo da voces contra él, pidiendo que muera; un discípulo le vende, otro le niega, y todos le desamparan. Á lo cual se ha de añadir, que á todos estos tenia este Señor obligados con innumerables beneficios, para que le amasen, honrasen y sirviesen, porque demás de los beneficios generales que como Dios y redentor comunicaba á todos, en especial habia hecho otros muy particulares á los de aquel pueblo, enseñándoles su doctrina, haciendo en su presencia muchos

milagros, curándoles sus enfermedades y las de sus hijos, criados ó amigos, y dándoles de comer milagrosamente en los desiertos, por lo cual le querian alzar por rey, y le recibieron en su ciudad con la mayor pompa que jamás fue recibido príncipe de la tierra.

2. Pues todos estos se trocaron y convirtieron contra su Dios y redentor, y contra su bienhechor infinito, injuriando, atormentando y matando á quien tanto bien les habia hecho, y á quien poco antes juzgaban por digno de suma honra, y le aclamaban por autor de la vida. Ó dulce Jesús, rey de los reyes, juez de los vivos y muertos, sumo pontífice y supremo sacerdote, fuente de la ciencia y santidad, piedra angular del pueblo gentílico y judáico, ¿cómo eres perseguido de los reyes y jueces terrenos, de los sacerdotes y sábios de la tierra, y de todos los pueblos y naciones del mundo? No me espanto que te persigan los que no te conocen; pero ¿qué diré viéndote perseguido de los que te conocian, y por mil títulos estaban obligados á servirte? ¡Oh quién nunca te hubiera perseguido con mis pecados! No permitas, Señor, que te persiga mas con ellos, sino que fielmente con mis servicios corresponda á tus innumerables beneficios.

3. Lo segundo, se ha de ponderar la crueldad y fiereza de estos enemigos y perseguidores, porque como eran soberbios, ambiciosos, codiciosos, hipócritas y fingidos, eran tambien enemigos de la verdad, y del maestro que la enseñaba, y del médico que deseaba curar sus mortales llagas. Y demás de esto, estaban poseidos de la pasion del odio, rencor y envidia de Cristo, porque les reprendia sus vicios, y oscurecia sus honras vanas con la autoridad de su sabiduría, santidad y milagros, y así deseaban hundirle; unos por malicia, para vengar sus injurias; otros por pasion de temor, por no perder la gracia del César ó del pueblo; otros por ignorancia, por no conocer bien quién era; otros por falso celo de la religion y del bien público, el cual celo, cuando se junta con envidia, atiza la crueldad, y la hace mas terrible que de fieras. Ó Cordero mansísimo, ¡con mucha razon decís (*Psalm.* XXI, 13) que os han cercado muchos perros y novillos y toros gruesos, leones y unicornios muy feroces, porque vuestros enemigos, á modo de fieras, os rodean y espantan con sus bramidos, desgarran con sus uñas, muerden con sus dientes, y con sus cuernos os voltean de una parte á otra, trayéndoos de tribunal en tribunal, hiriéndoos con tanta crueldad, como si no fuérais hombre, sino estatua de hombre, gusano y desecho del pueblo! ¡Oh quién pudiera libraros de su furia endemoniada! Mas vuestra

caridad no da lugar á vuestra omnipotencia, que pudiera hacerlo, para que en medio de tantas fieras resplandezcan vuestras soberanas virtudes.

4. Lo tercero, ponderaré como los principales perseguidores de Cristo nuestro Señor fueron las potestades de las tinieblas infernales (*Luc.* XXII, 53), que son los demonios, los cuales sumamente le aborrecian, porque los echaba de los cuerpos, y sacaba de su poder las almas, y destruia su reino, que era el reino del pecado, y así por vengarse de él atizaban la fiereza de los hombres para que le persiguiesen. Á Judas instigó Satanás que le vendiese; á los soldados que inventasen los escarnios que le hicieron; y en los judíos encendia el fuego de ira con que ardian; y como la licencia que para esto le dieron no fue con la limitacion que se le dió contra el santo Job, no se contentó con arrojarle en un muladar lleno de llagas, sino con quitarle la vida con terribles tormentos. Ó Jesús, gran sacerdote (*Zach.* III, 1), ¿qué á tí con Satanás, para que tal poderío se le dé sobre tu sagrado cuerpo? ¡Oh amor insaciable, que no contento con ser atormentado de los hombres, quieres que sus atizadores sean los demonios, para librarme con estos tormentos de lo que ellos me habian de dar por mis pecados!

5. Finalmente, ponderaré como crecieron las penas de este Señor, porque con los ojos de su alma sapientísima conocia la rabia de sus enemigos, no solamente por las obras y señales exteriores, como los demás hombres, sino porque penetraba sus corazones, y veia claramente las ansias endemoniadas que tenian de atormentarle, mucho mas de lo que por defuera mostraban (*Ierem.* XI, 19); porque aunque fueron muchos y muy graves los tormentos que le dieron, muchos mas y mayores quisieran darle si pudieran. Ó sapientísimo Jesús, vuestra misma ciencia aumenta vuestro dolor (*Eccles.* I, 18), sin entibiarse por esto vuestro amor, porque mas lleno está vuestro corazon de amor con vuestros enemigos, para padecer por su provecho, que el suyo de aborrecimiento, para buscar vuestro daño. Llenadme, Señor, de vuestra encendida caridad, para que imite vuestra invencible paciencia. Amen.

PUNTO CUARTO. — *De las personas por cuyo bien padece Cristo nuestro Señor, y de las causas por que padece.* — 1. Lo primero, se ha de considerar como Cristo nuestro Salvador padeció todos estos desprecios y dolores por los pecados de los hombres, pasados, presentes y por venir, pagando las deudas de todos con el precio de su sangre, derramada con tanto dolor y desprecio. De donde podemos

sacar algunas causas particulares de esta soberana pasion, es á saber, para volver por la honra de su Padre, injuriado con tantas ofensas, y para aplacar la justa indignacion que tenia contra los hombres, reconciliándolos con él, y librándolos de sus culpas y de las penas que por ellas merecian, así temporales como eternas, y para merecerles y alcanzarles la gracia y caridad, y todas las virtudes, con los medios necesarios y convenientes para su justificacion y perfeccion. Y finalmente, para abrirles la puerta del cielo, y entrarlos en la gloria y vida eterna, quitando todos los estorbos que para ello habia. De aquí es, que como los pecados de los hombres eran infinitos en el número y en la gravedad, por ser contra Dios infinito, era necesario que fuese de infinita excelencia la persona que padecia estos dolores, para pagar con ellos la deuda con igualdad; y aunque cualquier dolor de Cristo nuestro Señor y cualquier gota de su sangre bastara para esto, por ser de persona tan infinita, quiso padecer tanta muchedumbre de tormentos, para que su redencion fuese mas copiosa (*Psalm.* CXXIX, 7), y los hombres conociésemos la infinita gravedad de nuestros pecados, porque, como dice san Bernardo (*Serm.* 3 *de Nativit.*), por la consideracion del remedio veo la grandeza de mi peligro. ¡Oh cuán graves son las llagas, por las cuales fue necesario que Cristo fuese llagado! Si no fueran llagas de muerte, y de muerte sempiterna, nunca por su remedio el Hijo de Dios muriera.

2. Miraba nuestro Redentor todo el cuerpo místico del linaje humano, llagado de piés á cabeza con innumerables culpas, y para curarle quiere que su cuerpo sea de piés á cabeza llagado con innumerables heridas, y su espíritu afligido con muy graves ignominias, proporcionando la medicina con la llaga. Por nuestras codicias desordenadas de hacienda estais, Señor, desnudo en una cruz; por la soberbia de los letrados sois tenido por loco; por la vanidad de los que presumen de santos sois escarnecido como pecador; por la hinchazon de los poderosos sois tratado como miserable y flaco; por los regalos de los sensuales sois cargado de tormentos. Los dolores de vuestros cinco sentidos pagan las demasías de los nuestros; vuestra cabeza es coronada de espinas, en castigo de nuestras ambiciones; vuestra lengua es aheleada con hiel y vinagre, por nuestras glotonerías; vuestras manos y piés son agujereados con clavos, en pena de nuestras malas obras y peores pasos; vuestras espaldas son aradas con azotes, por los hurtos y maldades que cargamos sobre las nuestras; vuestros hombros fueron oprimidos con la carga

de la cruz, porque los nuestros desecharon la carga de vuestra ley. Ó Redentor liberalísimo, cuya redencion es tan copiosa que bastara para redimir infinitos mundos, si los hubiera, aplicad esta redencion á este único mundo que criásteis, para que todos gocen de ella y se salven. Amen.

3. Lo segundo, ponderaré como Cristo nuestro Señor padecia todos estos tormentos por los mismos enemigos que se los daban, y derramaba su sangre preciosa, para pagar los pecados que sus perseguidores hacian derramándola; y en testimonio de esto, estando en la cruz, oró por ellos, y los excusó. Y es tan inmensa su caridad, que ofrece su pasion por dar la misma caridad á los que le aborrecen, por dar honra á los que le deshonran, por dar libertad á los que le prenden, por dar descanso á los que le afligen, y por dar eterna vida á los que le dan cruel muerte. Bendita sea, Salvador mio, vuestra inmensa caridad, y glorificada sea vuestra infinita misericordia. ¡Oh si vuestros enemigos la conocieran, cómo se confundieran de su ingratitud, y convertidos en amigos no cesaran de alabaros y serviros con mas amor, que antes os perseguian con rencor! Abrid, Señor, los ojos de los que ahora os persiguen, para que cesando de perseguiros traten muy de veras de serviros.

4. Lo tercero, he de considerar con mas particular atencion, como Cristo nuestro Señor de tal manera padecia todos estos desprecios y dolores por todos los hombres del mundo, que en especial los padecia y ofrecia por cada uno de ellos, como si él solo estuviera en el mundo, teniéndole presente en su memoria y en su corazon, y ponderando sus pecados, miserias y necesidades, como si no tuviera otras que mirar y remediar. De modo, que yo puedo decir por mí, lo que san Pablo dijo de sí (*Galat.* II, 20), hablando de Cristo nuestro Señor, el que me amó y se entregó á la muerte por mí. ¡Oh alma mia, si te vieras en el corazon de tu dulce Jesús, al tiempo que padecia estos dolores! ¡Oh si entendieras el amor y cuidado con que los ofrecia por tus pecados! sin duda te deshicieras de dolor, por ser causa de sus dolores, y te abrasaras en amor, por verte tan amada en medio de ellos. Llora, pues, ahora tus pecados, por los cuales padece tanto el que tanto te amó, y ama con todas tus fuerzas al que por tí tanto padeció, y como si por tí sola los padeciera, así le alaba y glorifica por todos los siglos. Amen.

PUNTO QUINTO. – *Del amor y afecto con que Cristo nuestro Señor padecia.* — 1. Este punto es el mas tierno y el que ha de servir de salsa para hallar gusto y sabor espiritual en todo lo que meditaré-

mos de la pasion, ponderando la grandeza é inmensidad del amor con que este Señor padecia todos sus tormentos, porque no los padecia por necesidad y fuerza, sino, como dijo el profeta Isaías (*Isai.* LIII, 7), por su voluntad y de gana, solamente porque quiso, porque era bueno y misericordioso, é inclinado á dar gusto á su Padre eterno y hacer bien á todos los hombres, y para descubrir las riquezas y tesoros infinitos de caridad, y misericordia y liberalidad de Dios para con sus criaturas. De aquí procedia, que como amaba tanto á su eterno Padre, y por su respeto amaba tanto á los hombres, con ese mismo amor inmenso padecia todo lo que padeció por ellos; aceptándolo todo con grande gusto y consuelo por su bien. ¡Oh quién pudiera rastrear la longura y anchura, la alteza y profundidad de la caridad de Jesús! (*Ephes.* III, 18). ¡Oh quién entrara en su encendido corazon, y viera el horno de fuego infinito que en él ardia, y se derritiera con aquel fuego, saliendo todo lleno de amor, para amar como soy amado, y para padecer con amor por quien padece con tanto amor! De este amor interior nacian tales señales y muestras exteriores, que bastan para derretir el corazon mas helado que el mismo hielo y mas duro que el peñasco.

2. Porque lo primero, señal de amor á los trabajos es desear que vengan presto; hablar con gusto de ellos, refrescar á menudo su memoria, entrar con alegría y gozo en el lugar donde se han de padecer, y afligirse de ver que se dilatan, y reprender á los que se lo quieren estorbar, llamándolos Satanás y adversarios suyos. Todo esto hacia nuestro dulce Jesús, como verdadero enamorado del padecer, como adelante se verá. Por razon de lo cual dijo á sus discípulos (*Luc.* XII, 50): Con un bautismo tengo de ser bautizado. ¡Oh cómo me aflijo hasta que esté acabado! Ó Amado mio, si este bautismo fuera de agua, no me admirara que te diera pena su tardanza y dilacion; mas siendo bautismo de sangre, y de sangre salida de tus venas con terribles penas, ¿cómo le deseas con tantas ansias? ¡Oh quién me diese tal hambre y deseo de padecer trabajos, que gustase de ellos mas que de los descansos!

3. Mas porque muchos blasonan de los trabajos y los desean antes que vengan, y despues de venidos los aborrecen y huyen de ellos; hay otra señal mas cierta del amor al padecer, que es acometer los mismos trabajos, salirlos á recibir, no huir de ellos, ni impedirlos aunque pueda; no excusarse, ni volver por sí, ni hablar en su defensa, aunque sea provocado á ello, para eximirse de ellos; ofrecerse aparejado sin resistencia á todo cuanto quisieren hacer de él sus

atormentadores, con tal modo de mansedumbre que no pierdan el ánimo de atormentarle, por muchos tormentos que le dén. Todo esto y mucho mas descubrió Cristo nuestro Señor en su pasion, porque se fué al huerto, donde le habian de prender; podia rogar al Padre que enviase legiones de Ángeles que le defendiesen, y no quiso; dió licencia á sus enemigos, que estaban postrados en tierra, para que se levantasen y le prendiesen; entregó su rostro á las bofetadas y su cuerpo á los azotes, sin volver el rostro, ni desviar el cuerpo á dolor alguno; no quiso hacer milagros para que Herodes le amparase, ni hablar en su defensa para que Pilatos le soltase, aunque le provocaba á ello y se admiraba de su silencio. Y finalmente, aceptó su injusta sentencia, y abrazó dulcemente la cruz y se tendió en ella, dejándose enclavar con duros clavos de hierro, porque estaba ya muy mas enclavado con los clavos del amor. ¡Oh amor infinito y fuego inmenso, á quien no pudieron apagar las aguas de trabajos tan inmensos (*Cant.* VIII, 7), antes con ellas se encendia mucho mas! Abrasadme, Salvador mio, con este fuego, y encendedme con este amor.

4. Pero mas adelante pasó el amor inmenso de Jesús, en dar señales de inmensidad, pues no se hartó con padecer lo que padeció, sino deseó padecer infinitamente mas. Miraba las ansias con que sus enemigos deseaban inventar nuevos tormentos para afligirle; y dilatando mas su amor, no solamente deseaba padecer los tormentos que le dieron, sino estaba aparejado á sufrir todos los que deseaban darle. Y aun no contento con esto, estaba deseoso y aparejado para sufrir otros incomparablemente mayores, si fuera necesario, para nuestro bien. Ó fuego infinito, que siempre ardes y nunca dices basta, ¿con qué te pagaré tal deseo de padecer? Mucho te debo, por lo mucho mas que por mí padeciste; pero mucho mas te debo, por lo mucho mas que deseaste padecer, si fuera necesario para nuestra redencion. Si recibiste cinco mil azotes, amor tenias para recibir cinco mil millares mas crueles. Si tu cabeza fue traspasada con setenta y dos espinas, tu amor estaba rendido para dejarse traspasar de setenta mil de ellas. Si estuviste colgado tres horas en la cruz con excesivos dolores, aparejado estabas para estar millares de horas con tormentos mucho mayores. Mas deseaste ser atormentado, que tus enemigos atormentarte; y mas amaste el padecer, que todos los hombres mundanos aman el descansar. ¡Oh quién me diese un amor tan insaciable, que no se viese harto de padecer por quien tanto padeció por mí con tan insaciable amor! Buen testimonio de

este amor es lo que pasó en el huerto, adonde este Señor, previniendo á los tormentos de los verdugos, quiso de su voluntad dar principio á sus trabajos, con tales muestras de dolor que sudó sangre, como en su lugar ponderarémos.

PUNTO SEXTO.—*De las heróicas virtudes que Cristo nuestro Señor ejercitó en su pasion.*— 1. Lo primero, se ha de considerar como Cristo nuestro Señor ejercitó en su pasion todas las principales virtudes de la vida cristiana y perfecta, y cada una de ellas en grado heróico, cuanto á los actos exteriores, y mucho mas cuanto á los interiores que los acompañan. Las causas de esto fueron:—La primera, porque habia venido á ser maestro, ejemplar y dechado de las virtudes, y entonces quiso hacer un epílogo de todas, y dar de ellas singular ejemplo, como lo dijo en acabando de lavar los piés á sus Apóstoles. (*Ioan.* XIII, 15).—La segunda, porque con su pasion nos habia de merecer y ganar todas las virtudes, y así quiso que los merecimientos se fundasen en el ejercicio actual de todas ellas.—La tercera, para volver por la honra de las virtudes que estaban muy caidas y desacreditadas en el mundo, especialmente las que tienen por oficio hollar las cosas mundanas.—La cuarta, para dejarnos por testamento y última voluntad, confirmada con su muerte, las obras excelentes de todas las virtudes; porque así como dijo en el último sermon: Un mandamiento nuevo os doy, que os ameis unos á otros, como yo os amé; así pudo decir y dijo con la obra: Un mandamiento nuevo os doy, que os humilleis como yo me humillé, y que obedezcais y sufrais como yo obedecí y sufrí. Ó dulce Maestro, enseñadme á ejercitar estas virtudes, imitando el ejemplo que me dísteis, para que yo en mi tanto vuelva por la honra de ellas para gloria vuestra. Amen.

2. *De las ocho bienaventuranzas.* (*Matth.* v, 3).—Lo segundo, puedo ponderar la muchedumbre y grandeza de estas virtudes, discurriendo por los ocho actos heróicos, que Cristo nuestro Señor en el sermon del monte llamó bienaventuranzas, las cuales ejercitó en su pasion con eminencia.—Lo primero, ejercitó la pobreza de espíritu, renunciando todas las cosas hasta el propio vestido, quedando desnudo en la cruz. Y con la pobreza ejercitó la humildad, que se encierra en ella, hollando todas las vanas honras y pompas del mundo, y abrazando todo género de desprecios, como está referido.—Ejercitó la mansedumbre heróicamente en medio de tantas fieras que le mordian y despedazaban, estando como cordero sin hablar, ni defenderse, ni indignarse, y con tanta fortaleza como si fuera un dia-

mante en todo lo que sufria.-Lloró amargamente por nuestros pecados, con grande dolor y tristeza, hasta derramar no solamente lágrimas por sus ojos, sino sangre por todos los poros de su delicado cuerpo.-Tuvo hambre y sed insaciable de la justicia, no viéndose harto de hacer bienes y de padecer males, por justificarnos y darnos ejemplos de santidad, por lo cual dijo en la cruz: Sed tengo.

3. Señalóse en tener misericordia de los miserables, dándoles cuanto tenia, hacienda, honra, sangre y vida para remediar sus miserias, y su mismo cuerpo en manjar para hartar su hambre, y su sangre en bebida para satisfacer á su sed.-Tuvo limpieza de corazon eminentísima, conservándose en medio de tan terribles ocasiones sin pecado, antes tomando de ellas motivo para ejercitar admirables actos de virtud.-Fue excelentísimamente pacífico, pacificándonos con su eterno Padre, ganándonos la verdadera paz, y conservándola él mismo con los que le hacian tan terrible guerra.-Finalmente, fue por extremo paciente, padeciendo por la justicia las mayores persecuciones que jamás se han padecido, y con la mayor paciencia que jamás se ha tenido, por lo cual con mucha razon le son debidos todos los premios que á estas virtudes corresponden, los cuales tambien ganó para los que le imitasen en ellas. Ó Maestro soberano, ¡quién te oyera hablar en el primer monte cuando predicabas estas virtudes, y quién te viera padecer en el monte Calvario cuando las ejercitabas! El mismo eras, y el mismo fin tenias en ambos montes, hablando y obrando, enseñando á padecer y padeciendo. Dame gracia, Señor, para que oiga lo que me enseñaste, y ejercite lo que ejercitaste, conformándome contigo en todo lo que hiciste y padeciste.

4. *De la obediencia de Cristo nuestro Señor.*—Lo tercero, se pueden ponderar estas virtudes de Cristo nuestro Señor, cada una por sí, discurriendo por las propiedades y grados que tiene cada una. Y porque seria cosa larga poner ejemplo en cada una, solamente le pondré en la obediencia, que las abraza todas; de la cual dijo san Pablo (*Philip.* II, 8), que se humilló Cristo nuestro Señor haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz; y que siendo Hijo de Dios, por las cosas que padeció, aprendió la obediencia (*Hebr.* V, 8), la cual fue heróica.-Lo primero, porque no solo obedeció en cosas fáciles y prósperas, sino en cosas dificultosísimas y asperísimas, cual fue la muerte de cruz, con lo demás que precedió á ella.-Lo segundo, con ser las cosas tales, fue su obediencia enterísima, sin dejar una jota ni una tilde de todo cuanto habian profe-

tizado los Profetas. Lo cual ponderó san Juan cuando dijo (*Ioan.* XIX, 28): Sabiendo Jesús que todas las cosas de su pasion estaban ya cumplidas, para que se cumpliese la Escritura, dijo: Sed tengo, que fue decir: Para que se cumpliese una penalidad de las que estaban profetizadas, y faltaba por cumplir, que habian de darle á beber vinagre cuando tuviese sed, dijo: Sed tengo.—Lo tercero, fue su obediencia prontísima y puntual, sin dilacion ni tardanza, ni réplica, ni excusas á cuanto se le mandaba, aunque fuese muy áspero, y de parte de los jueces y verdugos muy injusto.

5. Lo cuarto, fue general y humilde, sujetándose á todo género de hombres malos y perversos, por entender que esta era la voluntad de su Padre, conforme á lo que él dice por Isaías (*c.* L, 5): El Señor me abrió la oreja, esto es, mandóme obedecer, y yo no contradije ni volví atrás; dí mi cuerpo á los que le herian, mis barbas á los que las arrancaban, no aparté mi rostro de los que me injuriaban y escupian.—Finalmente, fue obediencia perseverante hasta la muerte, queriendo que primero le faltase la vida que el obedecer, y morir obedeciendo, y obedecer muriendo, y todo con obediencia de amor, segun aquello que el mismo Señor dijo (*Ioan.* XIV, 31): Para que conozca el mundo que amo á mi Padre, y que como mi Padre me dió el precepto así le cumplo; levantaos y vamos á padecer. Gracias te doy, dulcísimo Señor, por el heróico ejemplo que me diste de obediencia. ¡Oh quién tuviese otra semejante, fuerte, entera, pronta, puntual, perseverante y amorosa, sujetándome á toda humana criatura por tu amor, para que todo el mundo conociese que te amo, y que cumplo tus mandamientos con el modo que los mandas! Por tu santísima obediencia te pido esta obediencia; mándame, Dios mio, lo que quisieres, con tal que me dés esta virtud para cumplir lo que me mandas. De esta manera se puede discurrir cerca de la humildad y pobreza, silencio, modestia y demás virtudes.

PUNTO SÉPTIMO.—*De las siete estaciones que Cristo nuestro Señor anduvo en su pasion.*—Los caminos ó estaciones que Cristo nuestro Señor anduvo la noche de su pasion y el dia siguiente, se pueden reducir á siete, para meditarse en los siete dias de la semana, comprendiendo en ellas todo el discurso de la pasion.—La primera, fue con sus discípulos, desde el cenáculo al huerto de Getsemaní, donde se entristeció, oró y sudó sangre.—La segunda, desde el huerto, donde fue preso, hasta casa de Anás, donde fue examinado y recibió una cruel bofetada.—La tercera, á casa de Caifás, donde fue escupido, abofeteado, y padeció gravísimas injurias y dolores toda aque-

lla noche.—La cuarta, á casa de Pilatos presidente, donde fue acusado de los judíos con muchos falsos testimonios.—La quinta, al palacio del rey Herodes, donde fue escarnecido de él y de todo su ejército.—La sexta, fue la vuelta á casa de Pilatos, donde fue azotado, coronado de espinas y escarnecido, y condenado á muerte.—La séptima, fue de aquí al monte Calvario con su cruz á cuestas, en la cual fue allí crucificado. Por estas siete estaciones deberia, como David (*Psalm.* CXVIII, 164), dar gracias á Dios siete veces al dia, glorificándole por los juicios de su justicia y misericordia, que en ellas resplandecen, rumiando muy despacio quién es la persona que anda estas jornadas y el fin que tiene en ellas, la compañía que lleva, el lugar de donde sale, el modo como camina, el lugar donde para, las cosas que dice, hace y padece, sacando de todo el espíritu y provecho á que se ordenaron. —

1. En la persona de Cristo nuestro Señor se ha de considerar su infinita dignidad, como está dicho, ponderando los pasos y afectos del espíritu con que acompañaba los pasos del cuerpo, ordenándolos á gloria del eterno Padre, para satisfacer por nuestros pecados. Y quizá fueron siete las estaciones en castigo de los malos pasos que hemos andado en los siete pecados mortales, y para quebrantar el orgullo del dragon bermejo de siete cabezas, que tenia tiranizado el mundo (*Apoc.* XII, 3), y para domar la soberbia y rebeldía de los mundanos, y darnos á todos ejemplo de humildad y paciencia, conforme á lo que está escrito (*Habac.* III, 6), que los montes del siglo se desmenuzaron, y los collados del mundo se encorvaron con los caminos de su eternidad, esto es, que los soberbios y altivos corazones, los rebeldes y protervos ánimos se humillaron y sujetaron por las jornadas y caminos que anduvo este Señor eterno, trazadas desde su eternidad para este fin. Ó eterno Dios y Salvador nuestro, Cordero sacrificado por nosotros desde el principio del mundo (*Apoc.* XIII, 8), esclarece los ojos de mi alma, para que considere estas jornadas y pasos que anduviste por nuestro remedio, de modo que alcance el fin para que tú las ordenaste. Perdona, Señor, por ellas mis malos pasos, y enderézalos de aquí adelante segun tu ley, para que no se señoree de mí ninguna injusticia. (*Psalm.* CXVIII, 133). ¡Oh Padre eterno, que cuentas los pasos de los hombres, así los malos para castigarlos, como los buenos para galardonarlos! (*Iob,* XIV, 16). Mira los pasos de tu querido Hijo, y por ellos te suplico endereces los mios, para que sean en todo conformes con los suyos. Amen.

2. Cuanto á la compañía que Cristo nuestro Señor lleva en estas estaciones, se ha de considerar como unas veces va acompañado de sus discípulos, como va el pastor en medio de sus ovejas. Y así fue la primera estacion del cenáculo al huerto, consolándolos y exhortándolos á velar y orar, amparándolos de los lobos que los querian perseguir y destrozar. Pero en las demás estaciones iba rodeado de enemigos, como oveja entre lobos, y como cordero entre leones y tigres; los cuales con excesiva crueldad y fiereza le mordian y despedazaban, afligiéndole con injurias, desprecios, dolores y tormentos, llevándole maniatado como una oveja cuando es llevada al matadero, sin abrir su boca para quejarse. Cumplió aquí en su persona lo que habia dicho á sus discípulos (*Luc.* x, 3): Mirad que os envio como á corderos entre lobos; sed prudentes como las serpientes, y sencillos como las palomas; porque en estas estaciones, con ser terribles las persecuciones, calumnias y astucias de sus enemigos, siempre se mostró manso como cordero, sin resistirlos; sincero y puro como paloma, sin ofenderlos; prudente mas que las serpientes, sin ser engañado de ellos, antes con admirable sabiduría los confundia, ya callando, ya hablando como convenia.

3. Cuanto á los lugares de donde sale y el modo como camina, y á donde va á parar su estacion, se ha de considerar como todos son para él lugares de afliccion y tormento, dejando unos y tomando otros; y cási siempre los postreros son mas terribles que los primeros, subiendo del trabajo menor al mayor. Y todos los pasos son con apresuracion, por la furia de sus enemigos que le hace salir de paso, y por la grandeza del amor con que gusta de apresurarse para concluir de presto nuestra redencion. De modo, que podemos decir de él aquello de los Cantares (*Cant.* II, 8): Mirad que viene saltando por los montes, y atrancando collados. Montes y collados son los tribunales y palacios de los pontífices, presidentes y reyes; en los cuales no se detenia este Señor á gozar de los bienes que allí gozan los mundanos, sino con grande apresuracion, como ciervo perseguido de los perros, pasaba por cada uno de ellos, siendo allí mortificado, herido y atormentado, hasta que en el monte Calvario le dieron el último alcance, y quedó descoyuntado y muerto en la cruz.

4. Últimamente, en cada lugar de estos edificaré espiritualmente algunos tabernáculos, como san Pedro queria edificarlos en el monte Tabor, para morar allí con Cristo transfigurado en dolores, ponderando por menudo lo que allí dice, hace y padece por mi cau-

sa. Primero, edificaré un tabernáculo en el huerto de Getsemaní, y allí moraré con Cristo triste y afligido, velando y orando con él, oyendo las palabras que habla con su Padre eterno y con sus discípulos, oyendo tambien las que el Ángel le dice cuando le conforta, y las que él le responde, y mirando la lucha que padece dentro de sí y el sudor de sangre que arroja de sí, y los pasos que anda, yendo y viniendo á sus Apóstoles para despertarlos, y al lugar de la oracion para rogar por sí y por ellos. Unas veces le pediré como discípulo á maestro, que me enseñe á orar y velar; y otras veces como amigo ó fiel criado, le consolaré en sus desconsuelos, compadeciéndome de verle desconsolado, acompañándole en su soledad. Y en esta misma morada miraré como sale á recibir á sus enemigos, las palabras que les dice, los milagros que obra en ellos, y los tormentos que de ellos recibe, siendo preso, pisado y maniatado. Y aunque todo esto se hizo de priesa, yo lo pensaré despacio, deteniéndome en esta morada y estacion, hasta que mi alma quede satisfecha, enseñada y movida al amor é imitacion de lo que allí ha visto en su Señor. Todo esto se ha de sacar de lo que dirémos en la meditacion de este misterio, y á este modo se ha de proceder en las demás estaciones.

Punto octavo. – *De los dolores que la Vírgen nuestra Señora padeció en la pasion de su Hijo.* — Tambien se han de considerar en estos misterios de la pasion los dolores y trabajos de la Vírgen nuestra Señora, para compadecernos de ella por lo mucho que padece, y para compadecernos de lo mucho que por esta causa padeció su Hijo, sintiendo lo que padecia su gloriosa Madre; y pues tambien lo es nuestra, y nuestros pecados son causa de sus aflicciones, justo es sentirlas, y alentarnos tambien á imitar las excelentes virtudes que descubrió en ellas. —

— *El amor de Nuestra Señora con su Hijo.* — 1. La grandeza de estos dolores se ha de sacar de dos raíces principales. La primera, del grande amor que tenia á Cristo nuestro Señor, porque á la medida del amor es el gozo de los bienes que tiene la persona amada, y el dolor de los males que padece. Este amor y dolor fueron vehementísimos en la Vírgen por muchos títulos.-El primero, porque Cristo nuestro Señor era hijo natural, á quien amaba con amor mas tierno y puro que todas las madres y padres del mundo amaron á sus hijos, por cuanto ella sola fue madre sin padre, en quien se recogió todo el amor de padre y madre; y como la concepcion de este Hijo fue singular por obra del Espíritu Santo que es amor, así el

dome sentimiento de lo que padeció, y gracia para imitarle en ello. Amen.

—De estas consideraciones he de sacar, que la mas alta disposicion para sentir los dolores de la pasion de Cristo nuestro Señor, es el amor; y como dice san Buenaventura (In stimulo divini amor. *c.* 2): Cuanto este fuere mas encendido, tanto será mayor el dolor y compasion, y con la misma compasion se aumenta el amor. Y así de los siete títulos que se han referido, tomaré los que me hacen al caso para granjear este fervoroso amor y la union con Cristo, por la cual me haga participante de sus dolores y de los dones que proceden de su preciosa imitacion. —

PUNTO NONO.—*De las heróicas virtudes que la Vírgen nuestra Señora ejercitó en la pasion de su Hijo.* — 1. Últimamente, se han de considerar las virtudes que en esta ocasion ejercitó la Vírgen nuestra Señora, para imitarla en ellas. Las mas principales fueron cuatro, en que se encierran otras muchas.—La primera fue altísima resignacion en la divina voluntad, negando la suya natural para conformarla con la de Dios, diciéndole como su Hijo: No se haga lo que yo quiero, sino lo que tú quieres; y esta resignacion tanto es mas heróica, cuanto son mayores los trabajos á que nos ofrecemos por ella.—La segunda fue profundísima humildad, no huyendo los desprecios, sino acometiéndolos y abrazándolos, gustando de manifestarse por Madre del que tantos desprecios padecia, tomando la mucha parte que le cabia de ellos. Y con esta humildad asistia á la cruz de su Hijo, haciéndose cargo de su pasion y muerte; porque aunque ella no tuvo pecados, por los cuales muriese Cristo, pero murió por preservarla de ellos.—La tercera fue grande fortaleza y magnanimidad, con gran paciencia, acercándose á la cruz de su Hijo, y estando en pié junto á ella, sin que fuesen parte para desviarla de su presencia ni la crueldad de los perseguidores, ni la terribilidad de los dolores que por esta causa padecia, deseando se le ofreciese ocasion de padecer y morir por quien tanto padecia por ella.

2. La cuarta fue encendidísima caridad y amor de los hombres, y de los mismos enemigos de su Hijo, sin que sus blasfemias y crueldades la moviesen á indignacion, sino antes á compasion, doliéndose de los pecados que hacian, y de los daños que incurrian, rogando á Dios por ellos, y excusándolos al modo que lo hizo su mismo Hijo, como en su lugar verémos. De esta manera juntó la Vírgen con sus terribles aflicciones admirables ejercicios de virtudes; por lo cual pudo decir en este tiempo aquello de los Cantares (*Cant.* 1, 4):

Negra soy, pero hermosa, hijas de Jerusalen, no os admireis de verme así morena, porque el sol me ha quitado el color. Negra estais, Vírgen santísima, en lo exterior por las penas que padeceis; pero hermosa en lo interior por las virtudes que ejercitais; el Sol de justicia os ha puesto descolorida, porque sus tristezas son causa de las vuestras; y él mismo os hace hermosa, porque con su ejemplo resplandece el vuestro, imitando sus virtudes. Suplicadle, Madre piadosísima, que con los rayos encendidos de su luz ilustre y encienda mi corazon, para que de tal manera medite sus trabajos, que tenga parte en ellos, imitando sus virtudes. Amen.

—Por lo que se ha dicho en estos nueve puntos, quedan declaradas en general las cosas que mas en particular se han de ponderar en cada misterio de la pasion, así en la persona de Cristo nuestro Señor, como de la Vírgen su Madre, tomando á los dos por principal materia de la meditacion é imitacion, y á la Madre por abogada, para alcanzar sentimiento de lo que padece el Hijo. La práctica de todo se irá poniendo en las meditaciones que se siguen.—

MEDITACION II.

DE LA SUBIDA DE CRISTO NUESTRO SEÑOR Á JERUSALEN, EN QUE DESCUBRIÓ Á SUS APÓSTOLES LO QUE ALLÍ HABIA DE PADECER, Y DE LAS VECES QUE HABLÓ CON ELLOS DE SU PASION.

PUNTO PRIMERO.— 1. Lo primero, se ha de considerar como sabiendo Nuestro Señor que el tiempo de su pasion estaba cerca, y que los judíos trataban en Jerusalen de matarle, quiso ir allá desde la ciudad de Ephren, donde se habia recogido con sus Apóstoles (*Matth.* XX, 18; *Ioan.* XI, 54), y en este camino iba con paso extraordinario (*Marc.* X, 32): *Praecedebat illos Iesus, et stupebant, et sequentes timebant.* Iba Jesús delante de ellos, de modo que los Apóstoles se admiraban, y procuraban seguirle llenos de temor. Sobre este punto se han de ponderar las causas de este nuevo modo de caminar de Cristo con paso tan apresurado, y los afectos que causó en sus discípulos.—La primera causa fue, para declarar la prontitud de voluntad y el fervor de espíritu con que iba á padecer, sin temor de los trabajos que le esperaban en Jerusalen, ponderando que á las obras de suyo fáciles y gloriosas, como predicar, hacer milagros, sanar enfermos, etc., iba Cristo nuestro Señor con su paso ordinario; mas á la obediencia penosa y afrentosa de su pasion y muerte quiso ir con

paso extraordinario, sacándole de su paso la fuerza de su divino amor, el cual es como fuego, y como aguijon y espuela que apresura y hace correr con mas fervor á la obediencia, que es mas penosa á la carne y mas agradable á Dios. Al contrario del amor propio, que va con piés de plomo á los ejercicios trabajosos de virtud, y nos saca de paso, y apresura á todo lo que es regalo y honra. Por donde conoceré cuán lleno estoy de amor propio, y cuán vacío del divino. Ó dulcísimo Jesús, que subiste á Jerusalen á padecer tormentos con tanto fervor y priesa, como si fueras á recibir descansos, llena mi corazon del amor divino que te sacó de tu paso, para que yo salga del mio perezoso y tibio, ofreciéndome á obedecer y padecer cuanto quisieres, con un espíritu ferviente semejante al tuyo.

2. La segunda causa por que iba delante de todos, fue para significar, que en materia de padecer trabajos interiores y exteriores quiso preceder y llevar la delantera á todos sus Apóstoles y discípulos, y á todos los Mártires y Santos que ha habido y habrá: ponderando que en los milagros, que es cosa honrosa, dió la delantera á sus Apóstoles (*Ioan.* XIV, 12; *D. Thom.* 3 *p. q.* 46, *art.* 6) y á otros Santos, queriendo que los hiciesen mayores que él; mas en materia de padecer, ninguno se le adelantó ni igualó. Padeció mas que Job, mas que Lázaro el mendigo, mas que los Profetas y Mártires; todos quedan atrás, y le miran como á ejemplo y dechado de padecer. Ó buen Jesús, ¡cuán contrario es tu espíritu al espíritu del mundo! Este quiere llevar la delantera á todos en honras y regalos; el tuyo en deshonras y tormentos. Aquel desea preceder en las obras de mayor gloria, el tuyo en las de mayor ignominia. Dame, Señor, este espíritu de que tanto te preciaste, para que procure señalarme sobre todos en ser por tu amor mas abatido y afligido que todos.

3. La tercera causa fue, para provocar á sus Apóstoles á admiracion é imitacion: *Stupebant sequentes.* Admirábanse, y dábanse priesa por seguirle y alcanzarle, procurando cada uno adelantarse mas que el otro por acercarse mas á Jesús, venciendo el temor y miedo que llevaban, con el fuego de amor que le tenian, el cual les sacaba tambien de su paso, provocados por su ejemplo. En lo cual se nos descubre el modo como hemos de mirar á Cristo en su pasion y meditarla, que es admirándonos de lo que hace y padece, y siguiéndole en ello. Cuando miro á Cristo azotado, vestido de púrpura, coronado de espinas y llevando su cruz, tengo de admirarme de que un Señor tan grande padezca con tanto amor cosas tan penosas, y acercarme á él, cuanto mas pudiere, siguiéndole en tomar

disciplinas y cilicios, y traer vestido pobre, y llevar mi cruz cada dia, dándome priesa por adelantar mas que otros, y seguirle, no *à longe*, desde léjos, como le seguia Pedro la noche del prendimiento (*Matth.* XXVI, 58), sino de cerca, suplicando á este Señor me ayude á vencer las repugnancias que me desviaren de esto, y haciendo de mi parte lo que pudiere para vencerlas.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Caminando de esta manera Cristo nuestro Señor, detúvose un poco hasta que llegasen los doce Apóstoles; y tomándolos aparte, les dijo en secreto (*Matth.* XX, 18): *Mirad que subimos á Jerusalen, y allí se cumplirán todas las cosas que están escritas por los Profetas del Hijo del hombre, porque será entregado á los príncipes de los sacerdotes, y á los escribas, y estos le condenarán á muerte, y le entregarán á los gentiles para que escarnezcan de él, y le azoten y crucifiquen, y al tercero dia resucitará.* Esta fue la tercera vez en que Cristo nuestro Señor descubrió su pasion á los Apóstoles (*Matth.* XVI, 21; XVII, 22), porque otras dos veces habia hecho lo mismo, aunque no con tanta distincion.—La primera, cuando san Pedro le confesó por Hijo de Dios vivo.—La segunda, cuando curó al endemoniado lunático, con grande admiracion y pasmo de toda la gente, como lo cuenta san Lucas. (*Luc.* IX, 44). Sobre todo esto ponderaré las causas que tuvo Cristo nuestro Señor para descubrir á sus Apóstoles tantas veces y en tales ocasiones los trabajos de su pasion y muerte, tomando las que hacen mas al caso para nuestro provecho espiritual.

2. La primera, para que se entendiese cuán presente tenia siempre en su memoria esta pasion, gustando continuamente la amargura de ella, y bebiendo sin cesar este cáliz tan penoso; de modo, que cuando comia y bebia, cuando predicaba y razonaba, cuando hacia milagros y obras maravillosas, allí la tenia presente; y en la misma transfiguracion gloriosa hablaba de ella (*Luc.* IX, 22) como de cosa de que gustaba hablar, aunque fuese muy amarga; y todo esto á fin de moverme con su ejemplo á que yo tenga siempre presente su pasion, y guste de pensar en ella, y de hablar de ella á menudo, y que sea como pan que se come con todos los otros manjares. Ó dulce Jesús, ¿cómo no gustaré yo de pensar lo que pensabas, y de hablar en lo que tú hablabas? Este es mi deseo, Amado mio (*Cant.* I, 12), hacer un ramillete de tus dolores, y ponerle delante de mis ojos, y entre mis pechos, acordándome siempre de ellos, compadeciéndome de tí, y amándote mas que á mí. Nunca le echaré á las espaldas, sino entre mis pechos, como cosa que gusto ver y que de-

seo abrazar, y no tomaré á bulto tus trabajos, sino uno por uno los iré contando, mientras camino por esta vida mortal, confortándome con su olor, hasta alcanzar la vida eterna.

3. La segunda causa era, para confirmar á sus discípulos en la fe y creencia de estas ignominias, que eran mas dificultosas de creer que sus grandezas, y para que se apercibiesen con grande constancia para ellas. Y por esta causa, cuando se vió mas honrado entre sus discípulos por la confesion de san Pedro, y entre la gente del pueblo por la grandeza de sus milagros, entonces les descubre su pasion, acordándose en el dia de los bienes, como dice el Sábio (*Eccles.* XI, 17), del dia de los males, y apercibiéndoles en el un dia para el otro. Mirad, dice, que subimos á Jerusalen, y allí tengo de ser entregado á la muerte con grandes dolores y desprecios; pues subís conmigo, apercibíos á padecer algo conmigo, porque no desfallezcais en la fe y en el amor que me debeis. Ó Maestro soberano, donde Vos subís quiero subir, porque padecer con Vos no es bajar, sino subir y medrar; y si yo voy en vuestra compañía, no tengo que temer, porque será cierta vuestra ayuda. Con Vos quiero padecer en la Jerusalen de la tierra, para reinar con Vos en la Jerusalen del cielo. De estas palabras de Cristo me tengo de aprovechar en mis trabajos, imaginando que me dice: *Ecce ascendimus Hierosolymam;* mira, hombre, que subimos á Jerusalen, primero á padecer, y despues á reinar; no subes solo, yo subo contigo para ayudarte; yo subí primero, sube tú tras mí para imitarme; porque padeciendo conmigo, reinarás conmigo por todos los siglos. Amen.

PUNTO TERCERO. — 1. Luego añaden los Evangelistas (*Luc.* XVIII, 34; IX, 45; *Matth.* XVII, 22): *Que los Apóstoles no entendian lo que Cristo les decia, y que era para ellos palabra escondida y encubierta, y que no la sentian ni alcanzaban, y que temian preguntársela, y que se entristecian vehementemente.* En lo cual se ha de ponderar: — Lo primero, como no todos los que oyen predicar la pasion ó la leen, y oyen hablar de ella, la entienden, penetran y sienten, como no la entendian ni penetraban en este tiempo los Apóstoles, que eran imperfectos; porque sentirla y penetrar los misterios y frutos de ella, y las grandezas que en sí encierra, es don de Dios, el cual le da á sus escogidos á su tiempo; y así se le tengo de pedir, diciéndole: Redentor mio, mi entendimiento está oscurecido, y los misterios de vuestra pasion están para mí encubiertos, dadme sentimiento de ellos, pues me mandais por vuestro Apóstol que sienta en mí lo que padecísteis Vos. (*Philip.* II, 5).

2. Lo segundo, ponderaré las causas de donde procedió que los Apóstoles no entendiesen ni penetrasen lo que se les decia de la pasion; es á saber, porque tenian baja estima con demasiado temor de las ignominias y desprecios, y grande estima con demasiado amor de las honras y grandezas; y así cuando les decia Cristo sus dolores y desprecios, entristecíanse vehementemente con gran caimiento de ánimo; porque sentian ser cosa indigna que Cristo la permitiese. Y de aquí procede tambien, que cuando yo medito la misma pasion, estoy seco y sin sentimiento, porque llego con disposicion contraria á estos misterios; y para sentirlos, tengo de desnudarme del vano temor de los desprecios y dolores, y del amor propio de honras y grandezas, procurando tener grande estima y aprecio de todo lo que es padecer aflicciones y desprecios por cumplir la voluntad de Dios.

3. Para sentir mas esta verdad, ayudará mucho ponderar lo que en esta coyuntura sucedió á Cristo nuestro Señor con san Pedro (*Matth.* xvi, 16); el cual en acabando de confesarle por Hijo de Dios vivo, por revelacion que de ello tuvo, luego descubrió la grosería que de su cosecha tenia; porque oyendo decir á su Maestro lo que hemos dicho, sintió tan bajamente de su pasion, que se atrevió á reprenderle, diciendo: *Guárdete Dios de tal cosa, no será así como dices.* Pero Cristo nuestro Señor, mirando á los demás Apóstoles, le amenazó y respondió asperísimamente, diciéndole: *Vente tras mí, Satanás: éresme escándalo, porque no sabes las cosas que son de Dios, sino las cosas que son de los hombres;* como quien dice: Tú que me has honrado, confesándome por Hijo de Dios vivo, ¿eres ahora Satanás y adversario mio, pues contradices á mi pasion, y cuanto es de tu parte me escandalizas, queriéndome apartar de ella, siendo la voluntad de mi Padre que la padezca? Todo esto nace en tí, de que no tienes entera sabiduría celestial, para conocer y gustar las cosas que son ordenadas por Dios, sino sabiduría humana y terrena, para conocer y gustar de las cosas de los hombres, las que ellos estiman y aprecian. Vente, pues, tras mí, y sígueme, porque no tengo yo de seguir tu juicio errado, sino tú has de seguir el mio, que es acertado.

4. De donde sacaré la grande estima que Cristo nuestro Señor tenia de su pasion y muerte, por ser trazada por voluntad del eterno Padre para bien del mundo, y la grande estima que quiere tengamos todos de los trabajos y desprecios padecidos por esta causa. De modo, que á cualquiera que nos desviare de esto le tengamos por Satanás y por piedra de escándalo; y no nos vamos tras él, sino

traerle tras nosotros, para que sienta lo que sentimos; y aunque nos contradiga con pio celo, y aunque sea santo ilustrado de Dios en otras cosas, y aunque sea amigo y querido, le hemos de atropellar como aquí atropelló Cristo á san Pedro. Ó Maestro soberano, que sentias tan altamente de tu pasion, por la sabiduría del cielo con que mirabas la causa de ella, desnúdame de toda sabiduría terrena, y víste-me de tu sabiduría celestial, para que yo tambien sienta altamente de tus trabajos, y de los que quisieres que padezca por tu amor. No quiero, Redentor mio, traerte yo á que sigas mi propio parecer y deseo, porque es parecer errado y deseo terreno. Tras tí quiero ir, á tí quiero seguir, estimando lo que tú estimas, amando lo que tú amas, y aborreciendo lo que aborreces; y pues me das tal deseo, dame gracia para ejecutarlo. Amen.

MEDITACION III.

DE LA ENTRADA DE CRISTO NUESTRO SEÑOR EN JERUSALEN CON RAMOS.

PUNTO PRIMERO.— 1. Lo primero, se ha de considerar como Cristo nuestro Señor, cinco dias antes de su muerte, quiso entrar en Jerusalen, donde habia de ser crucificado y muerto, con grandes muestras de alegría, y con grande pompa exterior; así como solian los hebreos recoger en su casa el cordero pascual cinco dias antes de sacrificarle. (*Exod.* XII, 5). Esta entrada ordenó el Salvador por algunas causas muy amorosas.—La primera, para manifestar las ganas que tenia de padecer, y la alegría con que recibia los trabajos que le esperaban en Jerusalen, entrando en ella con tanto regocijo, como si fuera á bodas; porque el celo de la gloria de Dios, y de cumplir la voluntad de su eterno Padre, por la salvacion de los hombres, le ponia gusto en padecer todos aquellos trabajos, aunque los tenia tan presentes como si ya los estuviera padeciendo. Y de este ejemplo nació, que los Mártires iban á las cárceles como á bodas, y estaban en las parrillas de fuego como en cama de flores. Ó dulce Jesús, corrido estoy en tu presencia, por la repugnancia que tengo á padecer trabajos por tu amor; ayúdame, gozo mio, á que me goce en padecer algo por tí, como tú te gozabas en padecer por mí.

2. La segunda causa fue, para que entendiésemos (*D. Thom.* 3 *p. q.* 46, *art.* 7), que cuando en el huerto de Getsemaní, y en el discurso de su pasion, habia de tener temores, tristezas, tedios y agonías, todo esto era principalmente en la parte inferior del alma, á

cuya natural inclinacion contradecian los dolores del cuerpo, mas tambien los tomaba de su voluntad, y con gran contento de la parte superior del espíritu, en cuanto resplandecia en ellos la voluntad de su Padre. Y en esto mismo perseveró hasta la muerte, enseñándonos con esto, que la suma paciencia consiste en ofrecerse con gran contento del espíritu á sufrir no solamente trabajos exteriores, sino aflicciones interiores. Y á esto me tengo de alentar, diciendo con el Apóstol (II *Cor.* XII, 10): Agrádome, y alégrome en las enfermedades, en las afrentas, en las necesidades, en las persecuciones y en las angustias por Cristo. De buena gana, Salvador mio, recibiré las tristezas y agonías de la carne, y renuncio los gustos sensibles de ella, aceptándolas por imitarte con gozo del espíritu.

3. La tercera causa fue, para manifestar que todas las injurias y persecuciones que habia recibido en Jerusalen las veces que habia estado en ella, no eran parte para entibiarle la caridad y amor que la tenia, y el deseo y gusto que recibia en visitarla y enseñarla, y hacerla todo el bien que pudiese, y con esto tambien la aseguraba que las afrentas y dolores que en ella habia de padecer esta vez, tampoco le entibiarian su caridad, ni serian parte para que no volviese á recibirla en su amistad, si ella quisiese. ¡Oh inmensa caridad de Jesús! oh fuego encendidísimo de amor, á quien ni las muchas aguas, ni los rios de las tribulaciones pueden apagar! Hasta el dia de hoy dura en él este amor, porque visitando mi alma con su gracia, si peco mortalmente, aunque con este pecado le crucifico dentro de mí (*Hebr.* VI, 6), y huello su sangre preciosa, echándole de mí con ignominia, sin embargo de esto vuelve segunda vez con grande alegría á entrarse por mis puertas, y á querer visitarme, y darme de nuevo su gracia, y si otra vez le torno á crucificar, hollar y echar de mí, volverá la tercera vez con el gusto que la primera. ¡Oh bendita sea tal caridad, y mil veces le alaben los Ángeles por ella! Venga, venga vuestra Majestad, Redentor mio, á esta ingrata Jerusalen de mi alma, pues tanto gusto tiene en visitarla, que yo le ofrezco de nunca mas echarle de ella, tratándole siempre con la reverencia y obediencia que merece tal caridad. Mas porque yo soy mudable, ayúdeme vuestra gracia á tener constancia en retenerla.

4. La cuarta causa fue, para que entendamos que padecer trabajos y desprecios por cumplir la divina voluntad, y por la virtud, es cosa gloriosa y honrosa en los ojos de Dios, y de los Ángeles, y de los justos; y así se ha de entrar en ellos no solo con gozo, sino con muestras de honra y pompa, como quien se precia de ellos, y

se honra con ellos, sin avergonzarse ni correrse por esto. Guárdeme Dios, como dice san Pedro (II *Petr.* IV, 15), de padecer como homicida, ó maldiciente, ó ladron, en castigo de tales culpas, porque esto es cosa vergonzosa; mas padecer como cristiano, por razon de la justicia, honra mia es, como lo fue de mi Señor.

5. Pero mas adelante pasó la caridad de Jesús y sus ganas de padecer, porque quiere entrar en Jerusalen con tanta honra y acompañamiento, para que despues sus deshonras é ignominias fuesen mayores, como quien caia de una grande honra, como lo dijo por David (*Psalm.* LXXXVII, 16): *Exaltatus autem, humiliatus sum, et conturbatus*). Despues de ser ensalzado, fuí humillado y conturbado. Y su Padre dice de él por Isaías (*c.* LII, 13): Mi siervo será ensalzado y levantado; mas como será á todos muy glorioso, así será entre muchos muy despreciado. De suerte que nuestro buen Jesús siempre huyó la honra exterior de los hombres; y si esta vez la procuró ó aceptó, fue para que con ella fuese despues muy mayor su deshonra, ordenando la honra á padecer mas ignominia. Gracias te doy, dulcísimo Jesús, por la hambre insaciable de padecer ignominias que tuviste, por la cual te suplico humilmente me dés tales ganas de padecer por tí afrentas, que no se menoscaben, aunque reciba honras. Amen.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Lo segundo, se ha de considerar la traza que Cristo nuestro Señor tomó en esta entrada: *Envió dos de sus discípulos, diciéndoles: Id á un lugar que está enfrente de vosotros, allí hallaréis una jumenta atada con su pollino, desatadlos y traédmelos. Y si alguno os dijere algo, decidle que el Señor tiene necesidad de ellos, y luego os dejarán. Hiciéronlo así los discípulos, y poniendo sus capas sobre el pollino, subió en él Jesús.* Aquí se ha de ponderar como el Rey del cielo, queriendo dar muestras de su reino, estando acostumbrado á andar siempre á pié por toda Galilea y Judea, esta vez no quiso entrar á pié ni tampoco en carros de cuatro caballos, ni en caballo ó mula aderezada con ricos aderezos, sino en un jumentillo, aderezado con las pobres capas de sus discípulos, hollando con esto la pompa mundana, y manifestando su pobreza, humildad y mansedumbre, por la cual habia de ser conocido en el mundo por Mesías y Salvador, como estaba profetizado por el profeta Zacarías, cuando dijo: Decid á la hija de Sion (*c.* IX, 9): *Ecce Rex tuus veniet tibi justus, et salvator, ipse pauper, et ascendens super asinum:* alégrate, hija de Sion, porque tu Rey vendrá para tí justo y salvador, pobre y sentado sobre un jumento.

2. Con este ejemplo procuraré aborrecer la pompa del mundo, y abrazar la pobreza, mansedumbre y humildad de Cristo; porque si estas son señales de mi Rey y de mi Señor, razon es que lo sean tambien de los que se precian de sus vasallos, y con ellas tengo de aparejarme para salir á recibirle, pues á mí tambien se dice: *Ecce Rex tuus venit tibi:* tu Rey viene para tí. ¡Oh si entendiese quién es este Rey mio, y como viene para mí! Tú, Salvador mio (*Psalm.* CXLIV, 13), eres mi Rey, y Rey de reyes, Rey de hombres y de Ángeles, de cielos y tierra: Rey por tu naturaleza, Hijo del eterno Padre y Monarca de todo lo criado; y tú vienes del cielo para mí, para mi salud, para mi consuelo, para mi remedio, para mi ejemplo, para mi defensa y proteccion. Ó Rey, Amado mio, tú para mí, y yo para tí. Véisme aquí dedicado para tí, para tu servicio, para tu honra y gloria, para obedecerte, adorarte y amarte, y ser todo tuyo, pues tú eres todo mio; y pues tú vienes pobre, manso y humilde, yo tambien quiero ir á recibirte con pobreza, mansedumbre y humildad, vistiéndome de la librea que traes vestida.

3. Lo segundo, ponderaré el misterio que está encerrado en las menudencias de este hecho. Envia dos discípulos por el jumentillo, y no uno solo, por llevar adelante su costumbre de que anduviesen acompañados, y de dos en dos unidos en caridad. Manda que suelten á los jumentos atados, y se los traigan, para significar que el oficio de los Apóstoles era soltar á los pecadores que viven vida bestial, y están atados con las sogas de sus pecados (*Prov.* V, 22), y traerlos á Cristo, para que se apodere de ellos, y los rija como rige al jumento el que va sentado en él. Manda que si alguno se lo impidiere, le digan que el Señor tiene necesidad de ellos, como quien avisa que ha de haber quien impida su oficio de desatar las almas de los pecadores, y que estos impedimentos cesarán con el nombre del Señor, que les envia por ellos, porque tiene de ellos necesidad para su gloria. ¡Oh palabra omnipotente, que así tapa las bocas y ata las manos de los que quieren impedir el mandato del Señor! Ó Rey de gloria, ¿qué necesidad teneis Vos de un jumentillo tan vil y despreciado como el pecador? Yo, miserable, soy el que tengo necesidad de Vos, que no Vos de mí; yo por mis pecados soy como jumento, y estoy atado con las sogas de mis pasiones. (*Psalm.* XLVIII, 13). Mandad, Señor, que me desaten y me presenten delante de Vos, porque mi gozo será llevar sobre mí la carga de vuestra ley, á Vos, Dios mio, por gobernador en ella; no permitais que el demonio,

mundo y carne estorben esta soltura, decidles con vuestra palabra que teneis necesidad de vuestro siervo, porque luego me dejarán libre para serviros como deseo.

PUNTO TERCERO. — 1. Caminando Cristo nuestro Señor sentado en su jumento, á deshora, por inspiracion del cielo, le salió á recibir innumerable gente, y unos echaban sus vestiduras en el suelo, para que pasase por ellas; otros cortaban ramos de los árboles y olivos que estaban en aquel valle; otros venian desde Jerusalen á recibirle con palmas en las manos, en señal de victoria, y todos con gran gozo alababan á Dios, diciendo á voces (*Luc.* XIX, 38): *Hosanna Filio David, benedictus qui venit in nomine Domini Rex Israël. Hosanna in excelsis, benedictum regnum quod venit Patris nostri David, pax in coelo, et gloria in excelsis.* Gloria sea al Hijo de David, salva, Señor, al Hijo de David, y por él nos salva á nosotros: bendito sea el que viene en nombre del Señor, bendito y prosperado sea su reino, paz sea en el cielo, y gloria sea á Dios en las alturas. – Sobre este hecho tan maravilloso, que todo procedió de inspiracion del Espíritu Santo, ponderaré: – Lo primero, cuán de verdad honra el Padre eterno á su Hijo con honras y alabanzas verdaderas; porque así cuando entró la primera vez en el mundo, naciendo pobre en el portal de Belen, envió ejércitos de Ángeles que solemnizasen su entrada y dijesen: Gloria sea á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad; así cuando entró esta vez en Jerusalen, pobre y manso sobre un jumento, despierta ejércitos de hombres y de mozos inocentes y puros, para que solemnicen su entrada, y digan con el mismo espíritu: Paz tenga el cielo con los que vivimos en la tierra, y gloria á Dios en las alturas. Bendito sea el que viene en nombre del Señor. Los Ángeles piden paz en la tierra de los hombres para con Dios; y estos hebreos piden paz en el cielo de Dios para con los hombres. Ó Padre eterno, gracias te doy por la honra que haces á tu Hijo unigénito, cuando va por cumplir tu voluntad á ser menospreciado. Ó Espíritu santísimo, gracias te doy, porque inspiraste á esta gente tal modo de alabanzas para gloria de mi Redentor. Gózome, Redentor mio, de que todos te alaben y bendigan; y yo con el mismo espíritu te alabo y bendigo, diciendo: *Hosanna Filio David.* Bendito sea el que viene en nombre del Señor. Estas palabras dice la Iglesia en la misa, al fin del prefacio, en memoria de la venida que Cristo nuestro Señor hace en el santo Sacramento del altar, y con este espíritu las diré yo exclamando: Ben-

dito sea el que viene en nombre del cielo á este Sacramento para salvarnos, venga con él la paz de los cielos, y sea gloria á Dios en las alturas.

2. Lo segundo, ponderaré la devocion de la gente, que se quitaba sus capas, y las tendia en el suelo para que las pisase Cristo nuestro Señor, en señal de reverencia, teniéndose por dichosos de que tocase sus cosas. Y con este espíritu arrojaré todas las mias á los piés de Cristo, para que él haga de ellas lo que quisiere. Veis aquí, Redentor mio, arrojo á vuestros piés, no solo mi hacienda, sino mi honra y mi contento, mi corazon y á mí mismo todo, pisadme y holladme, y haced de mí lo que quisiéreis, triunfad de mí que he sido enemigo vuestro, yo llevaré en mis manos la palma de esta victoria, y la publicaré por el mundo; porque rendirme á Vos es victoria vuestra y ganancia mia, y es victoria mia en virtud vuestra.

PUNTO CUARTO.— 1. *En esta sazon algunos fariseos se llegaron á Cristo, y le dijeron: Maestro, reprende á tus discípulos, y hazlos callar.* El Señor les respondió: *Digoos, que si estos callaren, las piedras hablarán.* (*Luc.* XIX, 39). Aquí se ha de ponderar lo primero, la maldad del envidioso, que le pesa de la gloria de su prójimo, y condena por malo lo que es bueno, y llama pasion á lo que es inspiracion de Dios, y quiere que sea reprendido; por lo cual se hace indigno de que Dios le inspire y mueva, como mueve á la gente sencilla y devota para que se ocupe en alabanzas de Cristo.

2. Tambien ponderaré la eficacia de la divina inspiracion, que así trueca los corazones y enseña á los ignorantes, y los mueve á glorificar á Dios con fervor, dejando á los soberbios y presuntuosos fariseos en su tibieza. Esto denotan aquellas palabras: *Digoos de verdad, que si estos callaren, las piedras darán voces;* que fue decir: No dejarán estos de hablar, porque Dios con gran fuerza les inspira y mueve á ello; pero si callaren, Dios despertará otros, aunque sean tan duros como piedras, que clamen y digan lo que ellos dicen, porque para todo es poderoso, y de las piedras sacará hijos de Abrahan (*Matth.* III, 9): y cuando estos callen ahora, de aquí á poco en mi pasion las piedras mismas, partiéndose con grande estruendo, me predicarán por Dios. Ó dulce Jesús, ablanda la dureza de los corazones judáicos y gentílicos, para que halle entrada en ellos tu divino Espíritu, y conociéndote por verdadero Mesías clamen y dén voces, diciendo: Bendito sea el que ha venido á salvarnos en el nombre del Señor. Sálvalos á todos, Salvador mio, y no te olvides de mi corazon mas duro que las piedras, ablándale, muévele y enter-

nécele con espíritu de devocion cuando ora, para que siempre te ame y alabe por todos los siglos. Amen.

MEDITACION IV.

DE LAS LÁGRIMAS QUE DERRAMÓ CRISTO NUESTRO SEÑOR SOBRE JERUSALEN, CUANDO COMENZÓ Á VERLA, Y DE LO QUE LE SUCEDIÓ AQUEL DIA.

PUNTO PRIMERO. — 1. Prosiguiendo Cristo nuestro Señor su camino (*Luc.* XIX, 41), con el acompañamiento y aplauso de toda la gente que se ha dicho, en llegando á ver la ciudad de Jerusalen, *flevit super illam*, lloró sobre ella. Aquí se ha de ponderar el motivo de estas lágrimas de Cristo, el cual tiene mas particular misterio que las otras veces que lloró. Las que sabemos fueron cuatro. Lloró en el pesebre cuando niño, y esto no era mucho, porque es propio de niños llorar en su nacimiento. (*Sap.* VII, 3). Además, lloró cuando resucitó á Lázaro (*Ioan.* XI, 35), y ni esto fue mucho, porque estaban llorando la Magdalena y todos los circunstantes, y es propio de los justos llorar con los que lloran. (*Rom.* XII, 15). Tambien lloró en la cruz (*Hebr.* V, 7), y ni esto es tanto de maravillar, porque estaba lleno de trabajos y dolores, escarnecido de todos, y como desamparado de su Padre. Pero lo que admira es, que llore esta vez cuando se ve en tanta honra y gloria, y cuando todos le dicen mil cantares de alabanza. Las causas de este lloro fueron estas: —La primera, para que conociésemos cuán poco caso hacia de la gloria mundana, y cuán poco se le pegaba al corazon, pues en medio de tantas alabanzas y regocijos, y cuando todos le cantaban loores, él derramaba lágrimas. ¡Oh cuán léjos estaba de reirse y envanecerse con aquellas prosperidades, quien las aguaba con lágrimas y suspiros!

2. La segunda causa mas principal fue su infinita caridad, de la cual procedió el gozo de entrar en Jerusalen á morir, por el bien que de allí resultaba á los escogidos; y juntamente el llanto que ahora tiene, por el mal que ha de venir á los réprobos. No dice san Lucas solamente que lloró sobre la ciudad de Jerusalen, para que se entendiese que no lloraba sobre sí mismo, por los trabajos que habia de padecer, sino que olvidado de estos, lloraba sobre la desdichada Jerusalen, por los pecados que habia de cometer matándole, y por los castigos que por esta causa habian de venir sobre ella; lo cual todo se le puso delante al tiempo que la vió. Ó dulce Jesús, ¡quién os pudiera acompañar en estas lágrimas, y olvidándose de los

trabajos propios, llorar con caridad los pecados de mis prójimos, y los castigos justísimos que han de venir por ellos! ¡Oh cuán grave mal es el que mueve á Cristo á llanto, en medio de tanto regocijo! Ó alma mia, ¡cómo no tiemblas de mal tan espantoso, que hace llorar á Dios de compasion!

3. Lo tercero, podré ponderar como es creible que así como Cristo nuestro Señor, mirando á esta ciudad de Jerusalen, en la cual habia algunos buenos, pero muchos malos, lloró los pecados de los malos, y la destruccion que por su causa vendria sobre ella; así tambien entonces se le representaria la ciudad de este mundo, y la Jerusalen terrena, donde están mezclados pecadores con justos; y mirando los pecados de los malos, y los castigos que por ellos habian de venir, tambien lloraria sobre ellos: y por consiguiente, lloraria tambien por mis pecados, pues los tenia presentes. Ó Redentor mio, ¡cuánto me pesa de la causa que os he dado y doy, para que así lloreis! Deseo, cuanto es de mi parte, enjugar vuestras lágrimas, quitando de por medio mis pecados, que son causa de ellas. Yo, yo soy el que tengo de llorar, porque yo soy el que pequé; ayudadme, Señor, á que llore, de modo que merezca ser consolado.

Punto segundo.— 1. Lo segundo, se ha de considerar las palabras de Cristo nuestro Señor cuando lloraba. Lo primero, dijo: *Si conocieses tú en este dia las cosas que son para tu paz, y ahora te están escondidas.* Que es decir: Ó Jerusalen, si conocieses tú lo que yo conozco en tí y de tí, sin duda llorarias como yo lloro; y si conocieses las cosas que te ofrezco para tu paz y prosperidad, como esta gente que viene conmigo las conoce, sin duda tambien me alabarias, y aceptarias el bien que se te entra por las puertas. Y si conocieses este dia tuyo, y este buen dia que amanece por tu casa con mi venida, sin duda le admitirias, y no dejarias pasar partecica de él. (*Eccli.* xiv, 14). Pero todo esto te está escondido por tus pecados, y por eso ni lloras, ni lo buscas, ni lo admites. De donde sacaré que el principio de mi remedio consiste en el conocimiento vivo y profundo de dos cosas; es á saber, mis miserias y el remediador de ellas, que es Cristo nuestro Señor, con los medios que él me ofrece para ello, que son creerle, amarle y obedecerle. Y en especial me importa conocer los medios que me ofrece para la paz de mi alma, en el estado que tengo en la Iglesia ó en la religion. Y al contrario el principio de mi perdicion es la ignorancia y poca estima de esto, y no conocerlo con tenerlo entre las manos. Ó buen Jesús, ahora veo con cuánta razon llorais nuestra ceguedad, pues en tan poco estimamos

el bien que nos ofreceis, siendo digno de infinita estima. Quitad de mí y de todos los hombres este velo de ignorancia, para que veamos y lloremos; porque el ojo que no ve no llora; y si viese, luego lloraria.

2. Lo segundo, profetizó los castigos que habian de venir sobre esta ciudad, diciendo: *Serás cercada de tus enemigos, y apretada por todas partes, y echada por tierra, sin dejar en tí piedra sobre piedra, porque no conociste el tiempo de tu visita.* Esto es, porque no conociste este dia, en que Dios te visita y viene á salvarte. De donde inferiré, que si la Jerusalen presente, que son las ciudades y almas de los fieles, no conocen esta visita de Dios, y las ocasiones muchas que Cristo les ofrece para su salvacion y perfeccion, tambien serán castigadas con terribles castigos; y por consiguiente, pues apenas hay dia en que Dios no me visite en la oracion, ó fuera de ella (*Iob*, VII, 18), con inspiraciones y toques interiores, provocándome á que le sirva, si no conozco este tiempo de su visita, tambien seré castigado. Por tanto, alma mia, abre los ojos para conocer este dichoso tiempo, no seas mas torpe que el milano y la golondrina y la cigüeña, que conocen el tiempo de sus idas y venidas (*Ierem.* VIII, 7), mira bien las veces que Dios te visita cada dia, pues viene para tu provecho; si le dejas, será para tu daño.

3. Finalmente, ponderaré que si Cristo nuestro Señor tanto lloró el castigo temporal de aquella ciudad, por el amor que la tenia, cuánto mas lloraria el castigo eterno que habia de recibir en la otra vida cuando venga á visitarla, no con visita de misericordia, sino de justicia en el dia de la cuenta. (*Isai.* XIII, 11). Ó piadosísimo Jesús, ¡con cuánto afecto llorábais los desventurados hijos de esta perversa Jerusalen, mirando como habian de estar cercados y apretados, no de los romanos, sino de los demonios; postrados, no solo hasta la tierra, sino hasta el mismo infierno; atormentados en todas sus potencias, con turbacion y desórden sempiterno, sin dejar piedra sobre piedra, ni casa que no esté llena de confusion! Allí llorarán con llanto perpétuo, porque no lloraron con Vos en esta vida, ni se aprovecharon de las lágrimas que por ellos llorásteis, ni de los avisos que les disteis. Abrid, Señor, los ojos de todos los pecadores, para que temamos la visita que habeis de hacer en la hora de la muerte, previniéndonos para ella con llorar nuestros pecados, porque no caigamos en los llantos sempiternos.

PUNTO TERCERO. — 1. Lo tercero, se ha de considerar (*Matth.* XXI, 12), como entrando Cristo nuestro Señor en Jerusalen, luego se fué

al templo á dar gracias á su Padre eterno, como lo tenia de costumbre, y allí sanó á muchos ciegos y cojos; y los niños que estaban en el templo, á imitacion de los demás, renovaron el cántico: *Hosanna Filio David.* Y los fariseos indignados le dijeron: *¿Oyes lo que dicen estos? Respondió: Sí oigo. ¿No habeis leido lo que dice la Escritura* (*Psalm.* VIII, 3): *De la boca de los infantes, y de los que maman sacaste perfecta alabanza?* Aquí se ha de ponderar, por una parte la bondad y liberalidad de Cristo nuestro Señor en hacer bien á cuantos se le llegaban, ciegos, cojos y tullidos, dando con esto testimonio de quién era. Además, la eficacia de la divina inspiracion en mover las lenguas de los niños para glorificar á Cristo, atestiguando sus grandezas con estas alabanzas. Y por otra parte la maldad de los fariseos en sacar de todo ponzoña; porque carcomidos de la envidia, ni les enternecia la mansedumbre de Cristo, ni la grandeza de sus obras, ni las alabanzas de los niños, que apenas sabian hablar. Ó Dios eterno, líbrame de esta ceguedad y dureza de corazon, para que no saque daño de lo que ordenas para mi provecho; y hazme niño en la sinceridad y pureza, para que mi boca sea digno instrumento de tus alabanzas, por las cuales muchos te glorifiquen por todos los siglos. Amen.

2. Finalmente, ponderaré como habiendo estado Cristo nuestro Señor todo aquel dia trabajando en predicar (*Marc.* XI, 11) y hacer tantas maravillas, siendo ya tarde, miraba á todos, para ver si alguno le convidaba y hospedaba en su casa, y no hubo quien se moviese á ello por temor de los fariseos; y así se volvió con sus Apóstoles ayuno á Betania, que distaba dos mil pasos de Jerusalen. Para que se vea la infinita liberalidad y misericordia de Dios con los hombres, y la infinita cortedad y desagradecimiento de los hombres contra Dios, y cuán poco se puede fiar de ellos, pues tan presto desampararon, por temor humano, al que habian recibido con tanto regocijo; cuya pena profetizó Cristo el dia siguiente por la mañana (*Matth.* XXI, 19), maldiciendo á la higuera que no tenia fruto de que comiese, y al punto se secó. Ó Juez justísimo, ¡cuán justamente echarás tu maldicion á los malos el dia del juicio, porque teniendo hambre no te dieron de comer, y siendo peregrino no te quisieron hospedar! Ó alma mia, no dejes por temor humano de convidar y hospedar á Cristo, porque no te excluya de su reino; y no ceses de trabajar por hacer bien á tus prójimos, aunque no recibas premio de ellos. Acompaña á tu Salvador como los Apóstoles en la entrada de Jerusalen tan gloriosa y en la salida tan ignominiosa, sirviéndole

con honra y con deshonra (II *Cor.* VI, 8), para que él te reciba en su eterna compañía. Amen.

MEDITACION V.

DE LA CENA DE CRISTO NUESTRO SEÑOR EN BETANIA.

—Aunque esta cena se hizo seis dias antes de la pascua del cordero (*Marc.* XIV, 3; *Ioan.* XII, 1), y un dia antes de la entrada en Jerusalen con ramos, como refiere san Juan; mas san Mateo y san Marcos la cuentan despues, por la ocasion que de allí tomó Judas para vender á Cristo nuestro Señor, y por la misma causa sigo yo su órden. —

PUNTO PRIMERO. — 1. *Habiendo sido convidado Jesús en Betania, estando en la mesa llegó María, hermana de Lázaro, con un vaso de alabastro, que cabia una libra de ungüento, hecho de nardo y de su espiga, muy precioso y puro, y con él ungió los piés de Jesús, y los limpió con sus cabellos; y quebrando el alabastro, derramó lo que tenia sobre su cabeza, quedando la casa llena del buen olor.* -Lo primero, consideraré como la Magdalena dos veces ungió á Cristo nuestro Señor. -La primera, en su conversion, para alcanzar perdon de sus pecados, como se declaró ya en la parte III, en la meditacion XXV.- La segunda, en esta cena, en agradecimiento de la resurreccion de su hermano Lázaro; de lo cual quiso dar público testimonio, arrojándose á los piés de Cristo, y lavándolos, á lo que se cree, con lágrimas de amor como la primera vez; luego los limpió con la mejor toalla que tenia, que eran sus cabellos, y los ungió con un ungüento muy precioso, y cobrando nueva confianza se atrevió á ungirle la cabeza, quebrando el vaso de alabastro, para que no quedase nada, con ser la cantidad de una libra. ¡Oh qué atento y qué contento estaba el Salvador, mirando la obra de esta su sierva; y mucho mas ponderando la devocion y afecto interior con que la hacia, deseando hubiese muchos en su Iglesia, que en esto la imitasen! Y así para imitar el espíritu de estas dos unciones, he de procurar, con todo el fervor posible, pagar á Dios nuestro Señor las dos deudas que le debo; una por mis pecados, y otra por sus beneficios, y esta con mas fervor y espíritu de agradecimiento, dando muestras de ello en las obras, sirviéndole con todo lo mejor y mas precioso que tuviere.

2. Especialmente he de traer un grande vaso de alabastro, lle-

no de uncion espiritual con que ungirle. Vaso de alabastro es mi corazon y mi cuerpo, el cual he de quebrantar con ejercicios de mortificacion y penitencia, con la contricion y dolor de pecados, quebrantando mis quereres y apetitos. La uncion ha de ser con un ungüento fiel y puro de la espiga de nardo (*D. Bern.* Serm. 42 in Cant.); esto es, con muchedumbre de afectos y obras muy excelentes de humildad y caridad, con fidelidad y pureza de intencion en ellas, para que mi caridad, como dice el Apóstol (I *Tim.* I, 5), sea de corazon puro, con buena conciencia y fe no fingida. Con este ungüento he de ungir espiritualmente á Cristo, primero los piés y despues la cabeza; porque primero tengo de meditar las bajezas é ignominias de su humanidad, figurada por los piés, procurando imitarlas y abrazarlas con obras de penitencia y mortificacion; y despues subir á meditar las grandezas de su divinidad, figuradas por la cabeza, gozándome de ellas, y agradeciéndole los beneficios que proceden de ambas. Ó dulcísimo Jesús, Dios y hombre verdadero, pues de tu mano he recibido lo bueno que tengo en este vaso quebradizo, yo te lo ofrezco todo, aunque se haya de quebrar el vaso, cuando fuere menester para tu servicio.

3. Finalmente, ponderaré que como toda la casa se hinchó de la fragancia del oloroso ungüento que derramó la Magdalena, así toda la Iglesia y casa de religion se edifica y conforta con estos ejercicios de virtud tan gloriosos; por lo cual tengo de animarme á ejercitarlos, para ser, como dice san Pablo, buen olor de Cristo (II *Cor.* XI, 15), y provocar con mi ejemplo á que hagan otro tanto aquellos con quien vivo.

PUNTO SEGUNDO.— 1. *Viendo Judas Iscariotes lo que habia hecho María* (*Matth.* XXVI, 10; *Marc.* XIV, 4), *dijo: ¿Por qué este ungüento no se vendió en trescientos dineros y se dió á los pobres? Y esto lo decia, no porque tuviese cuidado de los pobres, sino porque era ladron, y tenia la bolsa comun, y hurtaba de lo que le daban; y tambien los discípulos llevaban esto pesadamente, y se enojaron contra ella, diciendo lo mismo.* —*De los juicios temerarios.*—Aquí se ha de ponderar lo primero, como nunca ha de faltar quien juzgue temerariamente y murmure de las buenas obras de los justos. Unos por dañada intencion, como Judas; otros por ignorancia ó buen celo, aunque indiscreto, como los discípulos que murmuraron de esta obra de la Magdalena, pareciéndoles que era pródiga en despreciar aquel ungüento tan precioso en cosa de que su Maestro no gustaba, como era aquella recreacion de ser ungido; y que era indiscreta en no remediar con el

valor de aquel ungüento muchos pobres; y tambien tácitamente esta murmuracion redundaba contra el Maestro que lo permitia. Pero todos erraban en su juicio, porque no sabian ponderar el espíritu que movia á esta santa mujer para hacer esta santa obra, ni el que movia á Cristo para aceptarla; y por su poca devocion ó por su aprension superficial la condenan, y se indignan y murmuran de ella. De donde sacaré aviso para nunca juzgar mal de nadie con temeridad, ni echar á la peor parte las cosas que pueden ser buenas, y mucho menos murmurar de ellas, dejando el juicio de todo esto á Dios que es el verdadero juez, porque de otra manera erraré, y pecaré contra los prójimos y contra el Espíritu Santo, que les mueve á la obra de que yo murmuro, el cual vengará su injuria. Por lo cual Cristo nuestro Señor nos dijo (*Luc.* VI, 37): No juzgueis, y no seréis juzgados; no condenels, y no seréis condenados. Ni me excusará el color aparente de piedad con que encubro los juicios temerarios y murmuraciones, porque muchas veces con esta capa se cubren perversas intenciones; como Judas encubrió las ganas de hurtar el dinero en que se vendiera el ungüento, con capa de darlo á pobres.

2. Tambien ponderaré, como es muy creible que esta murmuracion comenzó por Judas, y él despertó con su mal ejemplo á los demás á que tambien murmurasen, para que se vea cuánto daña el mal ejemplo, y como un malo lleva tras sí á otros muchos buenos. Y así como aquella casa se hinchó del buen olor, que procedió de la obra buena que hizo María, así tambien se hinchó del mal olor (II *Cor.* II, 16), que salió de la boca pestilencial de Judas, y turbó á los demás discípulos, inficionándolos con el vicio de la murmuracion.

PUNTO TERCERO. — 1. *Cristo nuestro Señor, viendo todo esto, dijo á sus discípulos: ¿Para qué sois molestos á esta mujer? Porque buena obra es la que ha obrado en mí; siempre tendréis con vosotros á quien podréis hacer bien, pero á mí no me tendréis siempre, y esta ha querido prevenirse, ungiendo mi cuerpo antes de la sepultura. Dígoos de verdad, que donde quiera que fuere predicado mi Evangelio, se predicará en todo el mundo lo que esta hizo en mi memoria.* Aquí se han de ponderar las heróicas virtudes que Cristo nuestro Señor descubrió en este caso. La primera fue grande fidelidad en defender á su sierva la Magdalena, callando ella, como lo habia hecho otras veces (*Luc.* VII, 44); porque propio es del Señor volver por la honra de los que por su causa padecen murmuraciones, no queriendo excusarse

ni defenderse por humildad, fiándose de su divina providencia. Por lo cual es gran cordura callar con paciencia en casos semejantes, porque mejor sabrá y podrá Dios excusarme, y volver por mi honra, que yo. Así como Cristo nuestro Señor defendió á la Magdalena, mucho mejor que ella supiera defenderse; porque si ella quisiera excusarse, quizá no acertara, ni saliera con su intento.

2. La segunda virtud fue grande benignidad y blandura en corregir á sus discípulos y á Judas; porque aunque vió turbada su escuela, ni se turbó ni indignó, sino con mansedumbre les quitó los engaños que tenian, y deshizo sus falsas aprensiones, aprobando aquella obra, diciendo que habia sido por instinto del divino Espíritu, que movió á esta mujer para que ungiese con aquel ungüento su cuerpo vivo, porque no le podria ungir despues de muerto. Lo cual fue así, porque cuando fué á ungirle, ya era resucitado. Ó Maestro sapientísimo, enséñame á corregir con espíritu de blandura (*Galat.* VI, 1), para que cure los males con la mansedumbre, y no los empeore con mi indignacion.

3. La tercera virtud fue grande caridad y liberalidad, con muestras de la providencia que tiene en convertir todas las cosas que suceden á los que le aman en su mayor provecho (*Rom.* VIII, 28); porque si la Magdalena no fuera murmurada en esta obra, no fuera publicada ni premiada con tanta honra suya. Ni permitiera nuestro amoroso Salvador que sus justos fueran murmurados, si no pudiera y quisiera sacar de estas murmuraciones mayores bienes para ellos. Y por esta causa prometió que en todo el mundo seria esta obra publicada y predicada, como su Evangelio, para honra de quien le honró con ella; y así lo cumplió, porque todos los fieles creemos que esta obra fue santa y por inspiracion divina, y alabamos á la que la hizo. Y yo, Redentor mio, en cumplimiento de vuestra promesa me gozo de la devocion de esta vuestra sierva, y la doy gracias por el servicio y regalo que os hizo; pero mucho mas alabo la liberalidad que teneis en premiar lo poco que por Vos hacemos y padecemos; pues por cuatro ó seis que de esta obra murmuraron, quereis que millones de hombres la engrandezcan. No quieras, ó alma mia, servir á otro señor sino á Cristo, pues tan liberal es en honrar á los que le honran y en premiar á los que le sirven.

MEDITACION VI.

DE COMO JUDAS VENDIÓ POR TREINTA DINEROS Á CRISTO NUESTRO SEÑOR, Y LOS PRÍNCIPES DE LOS SACERDOTES SE RESOLVIERON DE MATARLE.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Entonces entró Satanás en Judas, por sobrenombre Iscariotes, y fué á los príncipes de los sacerdotes, y díjoles: ¿Qué me quereis dar, y yo os le entregaré? Ellos le ofrecieron treinta dineros de plata, y entonces buscaba oportunidad para entregarle.* (*Matth.* XXVI, 15; *Marc.* XIV, 11; *Luc.* XXII, 3). El primer paso de la pasion de Cristo nuestro Señor, y la primera de sus injurias fue ser vendido por Judas á sus enemigos, y esta fue una de las mayores ignominias que padeció, y la que mas exageró despues, estando cenando con sus discípulos; y así en ella se han de ponderar todas las cosas que concurrieron en esta venta; es á saber, quién es el que es vendido, y por qué se deja vender; quién le vende, y por qué motivo; quién se lo persuade, y por qué causa y con qué color; á qué personas le vende, en qué ocasion y para qué fin; por qué precio y con qué modo; y finalmente lo que resulta de esta venta, porque todo esto exagera la grandeza de esta injuria. -Lo primero, se ha de considerar como el que es vendido injuriosamente es Jesucristo, Hijo de Dios vivo, Señor de todo lo criado, cuya propiedad es ser inestimable, porque su valor es infinito; el cual por su inmensa caridad bajó del cielo á comprarnos con el precio de su sangre (*Isai.* LII, 3), y á comprar para nosotros los bienes de gracia y gloria que perdimos, y en esto gastó toda su vida, haciendo innumerables bienes á los hombres para sacarlos de la servidumbre del demonio, á quien de su voluntad se habian vendido por el pecado.

2. Este Señor tan soberano, y bienhechor de todos, es vendido á traicion y como si fuera esclavo, permitiendo esta venta tan afrentosa por dos causas principalmente. -La primera, para satisfacer con ella por la injuria que yo hice á Dios en vender mi alma al demonio por la culpa. Ó Redentor misericordiosísimo, confieso que como Achaz me he vendido y entregado á innumerables pecados (III *Reg.* XXI, 20), por los cuales merecia me mandaras vender como al siervo que debia diez mil talentos. (*Matth.* XVIII, 24). Mas, pues tú has querido ser vendido para pagar mis deudas, perdónalas por tu misericordia, y no permitas que otra vez vuelva á ellas. -La

segunda causa fue, para darnos ejemplo de rara humildad, porque como tomó por nuestro amor forma de siervo y esclavo, quiso humillarse á la suprema bajeza de los esclavos, que es ser vendidos por dineros. Ó dulce Jesús, ¡qué de invenciones buscas para humillarte por curar mi soberbia con tu humildad! Cúrala, Señor, de una vez, pues tanto lo deseas, para que yo pueda imitar tu humildad como deseo.

PUNTO SEGUNDO.—*Daños de la avaricia.*— 1. Lo segundo, se ha de considerar como la injuria de Cristo nuestro Señor creció; porque quien le vende, no es algun enemigo descubierto sino discípulo suyo, y no discípulo de los que comunmente le seguian, ó de los setenta y dos discípulos que eran mas allegados, sino uno de los doce, que llamó Apóstoles, á quien hizo extraordinarios favores y mercedes, descubriéndole sus secretos, y dándole potestad para lanzar los demonios y hacer milagros. El motivo principal que tuvo para esto fue avaricia; por aquí comenzó su maldad, por aquí prosiguió y llegó á la cumbre, cumpliéndose en él lo que dijo san Pablo (1 *Tim.* VI, 10), que la codicia es raíz de todos los males, y por ella muchos faltan en la fe, y se meten en grandes trabajos. Era Judas inclinado á tener dineros y cosas propias, y dejándose vencer de esta pasion en cosas pequeñas (*Eccli.* XIX, 1), vino á caer en otras muy grandes. Porque teniendo cuidado de recoger las limosnas que daban á su Maestro, comenzó á hurtar algo (*Ioan.* XII, 6), y gastarlo á su albedrío y en sus comodidades. Con esto comenzó á quebrantar el voto de pobreza, si es verdad que los Apóstoles ya le tenian hecho, y así vino á perder la gracia de Dios; y cuando la Magdalena ungió á Cristo nuestro Señor, murmuró de aquella obra tan santa, y de que Cristo la consintiese; por lo cual le aborreció, y vino á dar en tal alevosía, como fue venderle, para reparar la pérdida de lo que hurtara, si el ungüento se vendiera en trescientos dineros. De suerte que de la codicia nació el hurto, el quebrantamiento del voto, la murmuracion, el escándalo, el aborrecimiento de su Maestro, y el venderle con traicion á sus mismos enemigos; por donde se ve el extremo de maldad á donde llega un hombre desamparado de Dios y que se deja llevar de sus pasiones, pues del estado mas alto que habia en la Iglesia cayó en el abismo mas profundo de maldad que jamás hubo; lo cual ponderó con grande sentimiento Cristo nuestro Señor, cuando dijo á sus Apóstoles (*Ioan.* VI, 71): *¿Por ventura no os escogí yo á todos, y el uno se ha hecho diablo?* Que fue decir: Con ser yo propio el que os escogí para el apos-

tolado por mi gracia, uno de vosotros se ha convertido en hijo del demonio, y grande adversario mio por su culpa.

2. De esta consideracion sacaré un grande temor y temblor de los juicios de Dios. Porque, como dice el glorioso san Bernardo (Serm. de ligno, foeno, et stipula), en ningun lugar de viandantes hay perfecta seguridad, ni en el cielo, pues de allí cayó Lucifer; ni en el paraíso, pues de allí fue echado Adan; y mucho menos en el mundo, pues Judas se perdió en la escuela del Salvador. Lo cual no se dice, porque no se haya de escoger el lugar mas seguro, sino para que despues de escogido, ninguno se descuide con falsa seguridad, ni cese de pedir á Dios le tenga siempre de su mano. Ó alma mia, aunque ahora estés en pié, teme y mira que no caigas (I *Cor.* x, 12); porque si cayó el que era apóstol de Cristo, y conversaba con él familiarmente, oyendo sus sermones, viendo sus ejemplos y gozando de sus milagros, ¿cómo no temerás tú de caer, pues nada de esto tienes? Ó Maestro piadoso, tenèd de vuestra mano á este pobre discípulo, para que no caiga en las miserias de este falso apóstol.

PUNTO TERCERO. — 1. El que persuadió á Judas esta maldad, como dicen los Evangelistas, fue Satanás (*Ioan.* XIII, 2); *lo uno* por robarle el alma, y lo otro por el odio que tenia á Cristo nuestro Señor, deseando quitarle la vida y sacarle de su poder aquel discípulo. En lo cual he de ponderar, que la perdicion de Judas, aunque de su parte comenzó por querer seguir su mala inclinacion; pero creció mucho, por la solicitud del demonio que la iba atizando y soplando por momentos, el cual entró dentro de su alma; porque la pasion no mortificada es como enemigo doméstico que abre la puerta del corazon á Satanás, para que entre y le despeñe en el abismo de la maldad; y mientras la pasion dura, tiene su morada y posesion muy segura. De donde sacaré (*D. Dorotheus*, Serm. XI), cuán perjudicial cosa es no mortificar una sola pasion, porque de ellas hace Satanás lazo para enlazarme y arrastrarme á su voluntad; como el cazador que tiene atada el águila por una sola uña, fácilmente la puede quebrar las alas y cortar la cabeza. Ó Salvador fortísimo, que veniste á echar de las almas al fuerte armado que pacíficamente las poseia (*Luc.* XI, 21), muestra tu fortaleza en echarle de la mia, de modo que nunca mas se atreva á entrar en ella.

2. Lo segundo, ponderaré la razon aparente con que esta serpiente astuta engañó á este miserable, coloreando la maldad de esta manera: Tu Maestro dice, que ha de morir esta Pascua, y los judíos lo desean y procuran mucho; pues ello ha de ser, y tu Maestro

lo quiere, poco daño le haces en venderle; antes cumples su deseo, y de camino cumplirás el tuyo cobrando el dinero que perdiste. Esta razon convenció á Judas, porque la pasion ciega el entendimiento, y le hace creer fácilmente todo lo que el demonio le dice en su favor, aunque sea muy injusto. De donde aprenderé á no dar crédito á pensamientos conformes á mi corazon apasionado, persuadiéndome que nacen de la serpiente infernal, cuyo oficio es engañarnos como á Eva, diciéndonos lo que nos da gusto, coloreando el mal con apariencia de algun bien.

PUNTO CUARTO.— 1. Lo cuarto, se ha de considerar las personas á quien Cristo nuestro Señor es vendido, y el fin para que le compran. Estos fueron los príncipes de los sacerdotes, con los demás escribas y fariseos y ancianos del pueblo, al tiempo que estaban tratando de matar á Cristo, por la ira y rabia que tenian contra él. De suerte, que el traidor no le vende á su Madre, que le comprara segunda vez, como le compró en el templo para regalarle, ni le vende á otros discípulos ó amigos, que le compraran para libertarle y tomarle por señor, sino véndele á los mayores enemigos que tiene; los cuales le compran para quitarle la vida con terribles tormentos. ¡Oh crueldad endemoniada del vendedor! oh furia infernal de los compradores! Bien se ve que Satanás era el tercero de esta venta y de esta compra, pues para tales fines se ordenaba. Ó mansísimo Cordero, ¿qué injuria es esta que padeces, siendo vendido para ser sacrificado por manos de tan crueles verdugos? Ó Salvador del mundo, vendido eres hoy, como el patriarca José lo fue de sus hermanos (*Genes.* XXXVII, 28), aunque con diferente fin; porque aquel fue vendido para librarle de la muerte, y tú lo fuiste para darte cruel muerte; aquel con su vida salvó á Egipto, y tú con tu muerte salvaste al mundo. Sálvame, Señor, por tu misericordia; y pues me compraste con el precio de tu sangre, no permitas que me venda por el vil precio del pecado.

2. Lo segundo, se ha de ponderar la grande afrenta que resultó á Cristo nuestro Señor de esta venta, en la opinion de aquella gente, y la grande paciencia con que la llevó, cuando le estaba mirando, aunque estaba léjos. Porque es de creer que Judas, para encubrir una cosa tan fea, como era vender á su Maestro, diria de él mucho mal á los del concilio, diciendo que se salia de su escuela porque era quebrantador de la ley, enemigo de las costumbres antiguas, comedor y bebedor en los convites; que era regalado y pródigo, consintiendo que una mujer le ungiese piés y cabeza con un

ungüento que valia trescientos dineros, etc. Y todo esto oian con grande gusto aquellos sacerdotes, sin haber quién volviese por Cristo. Ó dulce Maestro, ¿cómo no hay quien tape la boca de este falso murmurador, ni quién vuelva por vuestra inocencia, como Vos volvísteis por la Magdalena? ¡Oh con cuánta razon os quejais por la boca de vuestro Profeta, diciendo (*Psalm.* LIV, 13): Si mi enemigo me maldijera, sufriéralo; y si el que me aborrecia dijera males contra mí, quizá me guardara de él! Pero ¡que hagas esto tú, ó Judas, mi amigo y compañero, y tan mio, que comíamos los dos con mucho gusto juntos, y andábamos en la casa de Dios muy unidos! Grande, Señor, fue vuestra injuria; pero mayor fue vuestra paciencia, porque mas sentís la culpa del injuriador, que el daño que os viene de ella. Con este ejemplo se han de consolar los maestros y los prelados y príncipes, cuando sin culpa suya dijeren mal de ellos sus discípulos, y sus súbditos ó vasallos.

3. Tambien fue grande afrenta de Cristo nuestro Señor, en los ojos de aquella gente y del pueblo, que de su escuela saliese un discípulo tan codicioso y abominable, que vendiese á su Maestro con muestras exteriores de grande aborrecimiento, de donde tomarian ocasion sus enemigos para decir: Cual es el discípulo, tal es el Maestro. Ó Maestro celestial, no permitais que yo con mi mala vida os afrente, ni que por mi causa sea vuestro nombre blasfemado entre las gentes. (*Isai.* LII, 5). Seamos, Señor, todos vuestros discípulos tales cuales sois Vos, único Maestro nuestro, para que todos seamos gloria vuestra. Amen.

PUNTO QUINTO.— 1. El precio por que es vendido Cristo nuestro Señor, fue treinta dineros de aquel tiempo; precio vilísimo, en el cual comunmente los judíos apreciaban á su esclavo, cuando alguno se le habia muerto. (*Exod.* XXI, 32). Y esto acrecienta mucho la injuria del Salvador, pues por aquí se ve la baja estima que tenian de él, así el que le vende como los que le compran. Pero mucha mayor injuria se le hizo en el modo del concierto, porque el discípulo, codicioso de algun dinero, puso el precio en la voluntad de los mismos compradores, diciéndoles: *Quid vultis mihi dare, et ego eum vobis tradam?* ¿Qué me daréis, y yo os lo entregaré? Como quien dice: Dadme lo que quisiéredes, y yo le pondré en vuestras manos.

2. Ellos, parte por ver la codicia del vendedor, parte por la baja estima y odio que tenian de Cristo, á la primera palabra le ofrecieron los treinta dineros, que se daban por los esclavos, no en satisfaccion de la muerte, sino para dársela cruelmente. Ó Salvador del

mundo, ¡cuán diferente estima teneis de los pecadores, de la que ellos tienen de Vos! Ellos os venden por treinta dineros, y Vos los comprais con vuestra sangre preciosa. Ellos ponen en voluntad de su carne el precio de esta venta, y Vos poneis en voluntad del Padre el precio de esta compra. Ó Padre eterno, formador de todo lo criado, mirad el precio en que es apreciado vuestro Hijo. Ó Hijo de Dios vivo, ¡con cuánta razon podeis decir (*Zach.* xi, 13): *Decorum pretium, quo appretiatus sum ab eis:* Donoso precio en que me han apreciado! mas pues habeis tomado forma de esclavo, no es mucho paseis por las bajezas del esclavo, siendo vendido por el precio de los esclavos. Gracias os doy por esta primera injuria que recibísteis en vuestra pasion, y en agradecimiento de ella me ofrezco por vuestro perpétuo esclavo, con deseo de nunca apartarme de vuestro servicio.

3. De aquí tambien tengo de sacar grande confusion y vergüenza, acordándome de las veces que he vendido á Cristo nuestro Señor, por precio mas vil que treinta dineros; esto es, por un deleite de carne, ó un punto de honra, ó un interesillo de hacienda, entregándole otra vez á sus enemigos los pecados, para que dentro de mi corazon le crucifiquen. Y así puedo imaginar que Cristo nuestro Señor me dice lo que refiere el profeta Zacarías (*Zach.* xi, 12): *Si os pareciere galardon por los bienes que os he hecho; y sino dejadlo, porque no os quiero forzar.* Y á esta peticion tan justa, lo que yo respondo con las obras, es venderle por tan vil precio, que me diga: *¡Oh donoso precio en que me apreciais!* Ó alma mia, ¿cómo no te cubres de vergüenza, oyendo esta palabra de tu Redentor? Ó Redentor mio, ¡cuán justo fuera quitaras de mí la vara de tu gobierno, y me cortaras el hilo de la vida, pues tan mal me sé aprovechar de ella! Perdóname, Señor, la injuria pasada, y ayúdame á que te aprecie como mereces, de modo que puedas decir sin ironía: *Hermoso precio es este en que me aprecias.*

Punto sexto. — 1. Lo sexto, se ha de considerar lo que sucedió despues de esta venta, así en Judas, como en los príncipes de los sacerdotes. Porque lo primero, Judas, concertado el precio, *spopondit,* prometió de cumplir lo que habia ofrecido, y con gran cuidado buscaba oportunidad para hacer la entrega, por cobrar el precio; y así se volvió al colegio de los Apóstoles y á la compañía de Cristo, disimulando su maldad; porque como habia perdido la fe, pensó que Cristo no lo sabria. Pero Cristo nuestro Señor le admitió con tanto amor, como si no supiera lo que habia hecho, ejercitando en

esto el amor de los enemigos con grande eminencia, sin reprenderle ni afrentarle, ni descubrir su traicion. Quizá le diria: Amigo, seas bien venido; ¿dónde has estado? ¿qué has hecho? Y á sus falsas respuestas calló con gran disimulacion. Ó mansísimo Pastor y dulcísimo Padre, ¿qué sentísteis en vuestro corazon cuando vísteis entrar á este lobo en medio de vuestras ovejas, cubierto con piel de oveja, para hacer presa en su propio Pastor? Él disimula por no ser conocido, y Vos, aunque le conoceis, haceis el disimulado; él viene de procuraros la muerte, y Vos le recibís con tanto amor, como si en ello os fuera la vida. ¡Oh caridad inmensa! oh mansedumbre infinita! Hacedme, Señor, manso como oveja, para sufrir por vuestro amor los agravios de cualquier lobo.

2. Lo segundo, los príncipes de los sacerdotes quedaron tambien contentísimos y mudaron luego de parecer; porque habiéndose resuelto de no matar á Cristo en el dia de la fiesta, porque no se levantase algun alboroto en el pueblo, no quisieron perder la ocasion, y se resolvieron de matarle cada y cuando que Judas se le entregase, sin hacer caso del alboroto del pueblo. En lo cual se echa de ver por una parte la rabia de estos crueles enemigos, y las ansias que tenian de hundir á Cristo nuestro Señor; y por otra parte resplandece la sabiduría y providencia de Dios, en salir con su traza, que Cristo muriese en el dia de aquella fiesta, para que fuese sacrificado el verdadero Cordero de Dios, cuando lo era él figurativo. Ó Cordero inocentísimo Jesús, ¡con cuánta razon os podemos llamar Cordero pascual, porque vuestras fiestas y pascuas son morir por librarnos de la muerte y ser sacrificado por darnos la vida; y si vuestros enemigos se dan priesa á querer mataros, aunque sea en fiesta solemne, mucha mas priesa teneis Vos en querer morir por ellos. Bendita sea vuestra infinita caridad, por la cual os suplico encendais mi corazon con tanto fervor, que tenga por fiesta y pascua padecer algo por vuestro amor. Amen.

3. De lo dicho en esta meditacion sacaré dos causas principales, por las cuales Cristo nuestro Señor permitió tanto tiempo á Judas en su escuela, esperándole á penitencia.—La primera, para que entendamos, que en todas las congregaciones, aunque sean muy religiosas, ha de haber algunos malos, sin culpa del que las gobierna, como la hubo en esta, escogida por Cristo. Por lo cual dijo san Agustin (Concione 1 in Psalm. XXXVI): *Ad quamcumque professionem te converteris, para te pati fictos.* En cualquier profesion de vida que escogieres, aparéjate á sufrir algunos fingidos; porque si no

tragas esto y te aparejas á sufrirlo, hallarás lo que no esperabas, y vendrás á faltar en tu vocacion, ó á turbarte en ella.-La segunda causa fue, para que le diese ocasion de ejercitar para nuestro ejemplo los heróicos actos de mansedumb e, paciencia y caridad, y otras virtudes, que no pueden ejercitarse, si no es con enemigos. Y en particular, para dar ejemplo á los prelados y superiores, de tolerar á los malos súbditos y ayudarlos, aunque les dén muchas ocasiones de padecer, pues como dice san Bernardo (Epist. 37), los malos súbditos, como aumentan la carga del Gobierno, así aumentan el merecimiento: *Et in quantum gravaris, in tantum lucraris:* Cuanto mas cargado, tanto mas ganancioso.

MEDITACION VII.

DE LA ÚLTIMA CENA, EN QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR COMIÓ EL CORDERO LEGAL CON SUS APÓSTOLES, Y COMO ANTES DE ELLA SE DESPIDIÓ DE SU MADRE SANTÍSIMA.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Llegado el primer dia de los ázimos, cuando segun la ley se habia de sacrificar el cordero pascual, que fue jueves, envió Cristo nuestro Señor, luego por la mañana, dos de sus apóstoles, Pedro y Juan, á Jerusalen desde Betania, diciéndoles: Cuando entraréis en la ciudad, topareis un hombre con un cántaro de agua, seguidle; y decid al dueño de la casa donde entrare: El tiempo de mi partida está cerca, quiero celebrar en tu casa la Pascua con mis discípulos. Y él os enseñará un cenáculo grande y bien aderezado, y allí aparejaréis lo necesario para esta pascua.* (*Matth.* XXVI, 17; *Marc.* XIV, 13; *Luc.* XXII, 10). Aquí se ha de ponderar lo primero, el cuidado grande que Cristo nuestro Señor tenia con la observancia de la ley, pues quiso ir á Jerusalen, á donde era necesario comer el cordero, con saber que le habia de costar la vida, y que allí habia de ser preso y crucificado, haciéndose obediente hasta la muerte. Además, como es propio de los perfectos obedientes prevenir con tiempo las cosas necesarias para cumplir su obediencia; así quiso con tiempo prevenir lo necesario para esta, dándonos ejemplo de obediencia y de diligencia, y providencia en la ejecucion de ella, para confusion de mis desobediencias, y de los descuidos y negligencias que tengo en la guarda de su santísima ley, aun en las cosas que me han de costar poco. Por tanto, ¡ó alma mia, acuérdate de lo que dice el Sábio (*Prov.* XXIV, 27): Apareja primero tu obra, y luego labra tu cam-

po, y edifica tu casa, porque no podrás labrar bien el campo de tu alma con mortificaciones, ni edificar la casa de tu conciencia con virtudes, si primero no aparejas lo necesario para el ejercicio de ellas.

2. Lo segundo, ponderaré como Cristo nuestro Señor escogió dos apóstoles, los mas queridos y los mas señalados en fe, amor y obediencia, Pedro y Juan, para que fuesen á prevenir la casa y huésped, y para que le ayudasen con su destreza y diligencia en la prevencion de lo necesario para el sacrificio del cordero. Y demás de esto, para enseñarnos el cuidado que hemos de poner en aparejar nuestras almas con lo necesario para celebrar el sacrificio y comida del Cordero purísimo de la ley nueva, que se nos da en el santísimo Sacramento del altar, cuyo aparejo pertenece á la virtud de la fe, figurada por san Pedro, y á la caridad, figurada por el glorioso san Juan, ambas fervorosas y acompañadas con obediencia muy perfecta. Ó Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, justo es que te comamos con grande aparejo, limpiando y aderezando el cenáculo y sala donde has de ser espiritualmente sacrificado y comido. Envia, Señor, desde el cielo á esta pobre alma viveza de fe y fervor de caridad, con prontitud de obediencia que la ensanchen, adornen y aparejen, como conviene, para esta celestial comida; porque si tú no me envias esta ayuda, nunca me aparejaré como debo para ella.

3. Lo tercero, ponderaré aquel breve y tierno recado que mandó dar al dueño de la casa. El Maestro dice: Mi tiempo es llegado, en tu casa quiero celebrar la Pascua con mis discípulos; el cual recado fue tan eficaz, que luego aquel hombre, tocado del divino Espíritu, ofreció la mejor pieza de su casa, muy bien aderezada, para que Cristo nuestro Señor celebrase allí su pascua, sirviéndole con cuanto tenia. Ó Maestro soberano y Redentor mio, cuyo dicho es tan poderoso, que hace luego lo que dice, dí á mi alma: Mi tiempo es llegado, en tu casa quiero celebrar la Pascua con mis discípulos. ¡Oh dichoso tiempo, en el cual mi Redentor quiere aplicarme el fruto de su pasion y entrar en mi alma á celebrar la Pascua, que es tránsito de lo terreno á lo celestial! Ven, ó Maestro dulcísimo, con la dulce compañía de tus virtudes, y con ellas celebra dentro de mi alma esta Pascua y convite celestial; yo te ofrezco no solamente la mejor pieza de mi casa, sino toda ella, pues toda es tuya; y ojalá fuera mejor de lo que es, para que te agradaras de estar siempre en ella.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Lo segundo, se ha de considerar como Cristo nuestro Señor, antes de salir de Betania, quiso despedirse de su Madre santísima, diciéndola como era ya llegada la hora de su pasion y muerte, la cual habia deseado tantos años, para dar fin á la redencion del mundo, que su Padre eterno le habia encargado; y para prevenirla, es de creer que con un ánimo muy tierno, pero muy varonil; la contaria todas las cosas que habian de pasar por él, diciéndola: Yo voy á Jerusalen á sacrificar y comer el cordero pascual, y á instituir el sacrificio y Sacramento que por él es representado; y luego seré preso como ladron de mis enemigos en el huerto de Getsemaní; de allí me llevarán atado con gritería en casa de Caifás, donde pasaré toda la noche en graves desprecios y tormentos; y en siendo de dia me llevarán al tribunal de Pilatos, por cuyo mandado seré cruelmente azotado, y despues coronado de espinas y escarnecido y sentenciado á muerte de cruz, y cargado con ella saldré de su pretorio al monte Calvario, donde seré crucificado entre dos ladrones, y al cabo de tres horas espiraré. Todo esto está decretado por mi eterno Padre, y es conveniente para la redencion del mundo, y por esta razon gusto mucho de pasar por ello, pues basta que mi Padre lo quiera, para que yo lo acepte, y todos los que aman á mi Padre se conformen con su santa voluntad.

2. Oyendo la Vírgen estas y otras semejantes palabras que su Hijo la diria, fue su bendita alma traspasada con gravísimos dolores, porque cada palabra de aquellas era un cuchillo que atravesaba su corazon; pero levantando los ojos al cielo, hablando con el Padre eterno, le diria: Padre, si es posible, no beba vuestro Hijo y mio este cáliz tan amargo de su pasion; pero no se haga mi voluntad, sino la vuestra. Y volviéndose á su Hijo, le diria: Hijo, pues vuestra voluntad es beber este cáliz, dadme licencia que yo le beba enteramente con Vos, asistiendo á todos vuestros trabajos; pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que Vos quereis. De esta manera la Vírgen sintió en esta ocasion sumo dolor, con suma resignacion en la divina voluntad.

3. Tambien se puede piamente meditar, que Cristo nuestro Señor, como quien conocia la fe y valor de su Madre, la encomendaria que en esta su breve ausencia recogiese el rebaño descarriado de sus Apóstoles y discípulos, y los confirmase en la fe de su resurreccion, y los alentase y consolase. Y en razon de esto, es de creer la diria algunas razones de las muchas que dijo á sus discípulos en el sermon de aquella noche. Ó Vírgen soberana, ¡cuán amargo dia

fue este para Vos, bebiendo por junto el cáliz de la pasion que vuestro Hijo os iba relatando! Ya el cuchillo que Simeon profetizó comienza á traspasar vuestra alma con gravísimo dolor; y si este es muy agudo, aparejad vuestro corazon, que mañana se aguzará mucho mas. ¡Oh quién se hallara en vuestra compañía, para que siquiera gustara una gota de ese cáliz, y le tocara la punta de ese cuchillo! Alcanzadme, Señora, favor del cielo, para que de tal manera oiga y medite vuestros trabajos y los de vuestro Hijo, que merezca tener parte en ellos. Amen.

PUNTO TERCERO. — 1. *Venida la tarde del jueves, salió Cristo nuestro Señor de Betania con sus Apóstoles; y en llegando á Jerusalen, al lugar señalado, sentóse con ellos á la mesa, y díjoles: Con deseo he deseado comer con vosotros esta Pascua*, esto es, este cordero pascual, *antes que padezca.* (*Luc.* XXII, 15). Aquí se ha de ponderar lo primero, los semblantes diferentes de los que iban en este camino desde Betania hasta Jerusalen. Cristo nuestro Señor iba contento, porque iba á padecer. Judas iba gozoso, porque se le acercaba el tiempo y ocasion de entregar al que vendió, y cobrar el precio que le ofrecieron. Los Apóstoles iban tristes por la muerte que temian de su Maestro, acordándose que les habia dicho el dia antes: De aquí á dos dias será la Pascua, y el Hijo del hombre será entregado para ser crucificado. Ó Hijo del hombre, Dios y hombre verdadero, ¿cómo llevas en tu compañía al que ha de entregarte para ser crucificado? Mira que ese lobo ha de alborotar tu rebaño; y pues tanto has trabajado en recogerle, echa fuera al que ha de esparcirle. ¡Oh qué pláticas tan dulces trabaria el Señor con sus discípulos, para moderar la tristeza de su corazon y aliviar el trabajo del camino! Dichoso el que camina con Jesús, no con fingimiento como Judas, sino con verdad como los demás discípulos, porque con su dulce compañía hallará alivio en su tristeza.

2. Lo segundo, se ha de ponderar la entrañable caridad y afabilidad de Cristo nuestro Señor, la cual mostró en aquellas tiernas palabras: *Con deseo he deseado comer este cordero con vosotros.* Como quien dice: Muchos dias há que deseo grandemente este dia, para daros muestras de lo mucho que os quiero, comiendo con vosotros, no solo este cordero legal, sino otro mas precioso que os daré antes que padezca. Ó dulcísimo y amorosísimo Maestro, estando tan cerca vuestra pasion tan amarga, ¿decís que con gran deseo habeis deseado este convite antes de veros en ella? ¿Con qué os pagaré tales deseos, sino con procurar otros tales para serviros? Y si Vos, Se-

ñor, deseais mucho comer conmigo esta última Pascua, yo tambien deseo mucho comerla con Vos. Ó Rey del cielo, que estais llamando á la puerta del corazon, deseando con gran deseo que os abramos, para entrar y cenar con nosotros (*Apoc.* III, 20); venid á mi casa, que la puerta tengo abierta, y con gran deseo estoy deseando vuestra venida, para tener parte en vuestra cena.

PUNTO CUARTO. — 1. Lo cuarto, se ha de considerar el modo como Cristo nuestro Señor comió el cordero pascual, guardando todas las ceremonias de la ley, y contemplando lo que significaban con sentimiento de su corazon. – Mirando el cordero sobre la mesa muerto, desollado y asado en fuego (*Exod.* XII, 9–11), se le representó como habia de estar tendido en la mesa de la cruz, muerto, y desollado con azotes, desangrado y asado con fuego de tormentos. Mirando como le despedazaban, sin quebrarle hueso, se vió á sí mismo descoyuntado, sin que le quebrantasen las piernas, como á los ladrones. Mirando la priesa con que le comian, miraba tambien la priesa con que descargaria sobre él la furia de sus enemigos, para consumirle con tormentos. Gustando las lechugas amargas, se acordaria de las hieles y amarguras que le estaban esperando. Y cuando se vió con el báculo en las manos, se acordó de la cruz con que se habia de abrazar, y en que habia de estar enclavado. Ó dulce Jesús, ¡cuán amarga era esta comida, mezclada con salsa de tan amarga representacion! Con esta salsa deseo siempre comer, acordándome de los trabajos que por mí padecísteis, y de la hiel y vinagre que por mí gustásteis.

2. Finalmente, acabada esta cena legal, es de creer que Cristo nuestro Señor daria gracias á su eterno Padre, porque se habia puesto fin á esta figura y representacion, y se ofreceria á padecer todo cuanto en ella se representaba, por cumplir enteramente su voluntad, diciendo (*Psalm.* XXXIX, 7): Padre mio, bien sé que estos holocaustos y sacrificios antiguos no te han agradado perfectamente, y que por esto me enviaste al mundo con cuerpo apto para ser sacrificado. Ya es llegada la hora de este sacrificio, vesme aquí aparejado para cumplir tu voluntad; como lo has ordenado, así lo quiero. Gracias te doy, Hijo de Dios unigénito, por este nuevo ofrecimiento que haces á tu eterno Padre; yo tambien me ofrezco á cumplir tu voluntad; mándame lo que quisieres, ayudándome con tu gracia á cumplir lo que me mandares.

MEDITACION VIII.

DEL LAVATORIO DE LOS PIÉS.

PUNTO PRIMERO.—*Propiedades del amor de Cristo con los suyos.*— 1. *Sabiendo Jesús, que era llegada su hora de pasar de este mundo al Padre, como hubiese amado á los suyos, que estaban en este mundo, amólos hasta el fin.* (*Ioan.* XIII, 1). Sobre este punto, que es el proemio y entrada que hace el glorioso san Juan para los misterios que se siguen, se han de ponderar las propiedades del amor que Cristo nuestro Señor tuvo á sus discípulos y á todos los suyos, que vivian y habian de vivir en este mundo; presuponiendo que este Señor tenia entonces tres familias de personas suyas: una de Ángeles en el cielo; otra de almas justas en el limbo; y otra de discípulos en el mundo; y aunque estos estaban mezclados con otros muchos que no eran suyos, porque eran malos, y ellos tambien tenian mezcla de algunas culpas é imperfecciones, con todo eso los amó con un amor tierno y paternal, porque eran suyos; esto es, eran sus hijos, sus amigos y sus fieles devotos. De aquí se siguen las propiedades de este amor.—La primera es, que los amó como á cosa suya propia, y por consiguiente, como á sí mismo, y en cierto modo mas que á sí mismo; pues con estar cercano á la muerte, como olvidado de sí y de sus trabajos, todo se ocupó en regalarlos, y perdió su vida por la vida de ellos (*Isai.* LIII, 12), tomando los pecados y miserias de sus escogidos como suyas (*Psalm.* XXI, 1), y pagando con su muerte las deudas que ellos debian. Ó Amado de mi alma, si tú me amas como á cosa tuya, yo digo que te amo como á cosa mia; porque como yo soy tuyo, así tú eres mio. Yo soy criatura tuya, esclavo é hijo tuyo; pero tú eres mi Criador y Redentor, mi Señor y mi Padre, y te quiero amar no como á mí, sino sobre mí, y sobre todas las cosas criadas y por criar, porque eres dignísimo de ser amado mas que todas ellas.

2. La segunda es, que los amó con amor perseverante hasta la fin; amólos mientras vivió en esta vida y hasta que llegó el fin de ella; y amólos mientras vivieron, hasta que llegó para ellos su fin; y amará á todos los suyos hasta la fin del mundo. Ó amor constantísimo de Jesús, cuyo fuego no pudieron apagar las aguas de inmensas tribulaciones, ni los rios de innumerables tormentos. ¡Oh qué de veces con mis pecados, cuanto es de mi parte, he querido aho-

garle! pero siempre ha prevalecido, haciendo bien á quien le servia mal, arrojando nuevas brasas en la cabeza del que multiplicaba ofensas. (*Prov.* XXV, 21). No ceses, Salvador mio, de amarme hasta el fin, para que yo tambien te ame sin fin. Amen.

3. La tercera propiedad fue, que los amó con un amor excesivo sin tasa, hasta el fin donde puede llegar el amor, haciendo y padeciendo por ellos lo sumo que podia y convenia hacer y padecer, y deseando mucho mas sin fin, si fuera necesario para su remedio. Ó Amado mio, yo tambien deseo amarte, como manda el precepto del amor, con todo mi corazon, con toda mi alma, con todo mi espíritu y con todas mis fuerzas, sin tasa alguna, llegando, si pudiese, al fin donde puede llegar el amor de una criatura para con su Criador. Querria amarte mas que los Ángeles y Serafines; y si fuera posible amor infinito, con ese te quisiera amar, sin cansarme con tu ayuda de crecer en el amor, hasta llegar al fin de lo que tú has ordenado que te ame, pues mereces ser amado sin fin.

4. La cuarta fue, que los amó para el fin; esto es, para el fin que fueron ordenados, que es amarle y servirle en esta vida mortal y gozar de él en la vida eterna. No los amó para darles riquezas, ni honras ó regalos temporales, porque no era este su fin, sino para darles todos los medios de su gracia, con que alcanzasen el fin de la gloria. Y amólos para sí mismo, que es principio y fin de todas las cosas, para unirlos consigo con union de amor, en quien descansasen como en su último fin. Ó Amado mio, ¡si te amase para el fin que me amaste! No te amo para que me dés bienes temporales, sino ámote porque me amas, y para que me dés los bienes espirituales con que crezca en tu amor y me junte sin fin contigo, que eres mi último fin y suprema bienaventuranza. Amen.

—Estos afectos de amor tengo de ejercitar en todas las meditaciones siguientes, con las propiedades que quedan referidas.—

Punto segundo.— 1. *Acabada la cena legal del cordero, habiendo el demonio puesto en el corazon de Judas Iscariotes, que le entregase á la muerte, sabiendo que el Padre puso todas las cosas en sus manos, y que salió de Dios y volvia á Dios, levantóse de la mesa, y quitándose la vestidura de encima tomó un lienzo y ciñóse con él; y echando agua en una vacía comenzó á lavar los piés de sus discípulos, y á limpiarlos con el lienzo que tenia ceñido.* Sobre este paso se ha de considerar la excelencia de la persona que hace esta obra, el modo como la hace por sí mismo, y el misterio que representa de su encarnacion y pasion.—Lo primero, se ha de hacer páusa en lo que la hizo

san Juan, ponderando la excelencia de la persona que se humilla á obra tan baja, como es lavar los piés de sus discípulos; porque tanto será mayor la humillacion, cuanto es mas alto el que se humilla; y tanto la humildad será mas heróica, cuanto fuere mas excelente la persona en quien se halla. Para esto miraré en Cristo nuestro Señor lo que tiene en cuanto Dios y lo que tiene aquí en cuanto hombre: en cuanto Dios está en el cielo en medio de innumerables Ángeles, que postrados á sus piés le adoran; en cuanto hombre está en un pobre cenáculo y en medio de unos viles pescadores, postrado á sus piés para lavárselos; en cuanto Dios está vestido de hermosura y ceñido de fortaleza, criando con sus manos todas las cosas; en cuanto hombre está desnudo de sus vestiduras, ceñido con un lienzo, y con sus manos lava los piés lodosos de sus criaturas.

2. Pero en especial se ha de ponderar, como lo ponderó el Evangelista, que este Señor, que aquí se humilla, es infinitamente sábio, á quien nada se le esconde, ni la excelencia de su persona, ni la maldad del discípulo que le vende, ni la vileza y cobardía de los otros que tiene delante. Es tambien infinitamente poderoso, porque el Padre eterno puso todas las cosas en su mano y potestad, comunicándole su omnipotencia en cuanto Dios por la eterna generacion; y en cuanto hombre por la union hipostática al Verbo. Es tambien Hijo natural de Dios, de quien nació *ab aeterno*, y vino al mundo para remediarle, y despues de muerto volverá á Dios á sentarse en su trono á la mano derecha de su Padre; y con saber todo esto claramente, quiso humillarse á esta obra; de suerte, que no se humilló por ignorancia de lo que era, ni por fuerza que otro le hiciese, ni por ser de baja ralea, ni por tener bajos intentos y fines, sino solo porque quiso humillarse y tomar forma de siervo por nuestro amor, cumpliendo perfectísimamente aquel consejo del Sábio, que dice (*Eccli.* III, 20): Cuanto fueres mas grande, humíllate en todas las cosas. ¡Oh infinita humildad que así resplandeces en persona de tan infinita dignidad, para confundir la soberbia de mi infinita bajeza! Si Jesús, infinitamente sábio y poderoso, así se humilló, ¿cómo yo, sumamente ignorante y flaco, así me ensoberbezco? Si el Hijo de Dios, que procedió de Dios y se vuelve á Dios, se bajó á tomar forma de siervo (*Philip.* II, 7); ¿cómo yo, hijo de ira y esclavo del demonio, que fuí hecho de polvo, y me convertiré en el mismo polvo, presumo de engreirme y querer ser servido como señor? Ó humilde Jesús, líbrame de este espíritu de soberbia, y fúndame en profunda humildad, pues tanta razon tengo para ser humilde.

3. Lo segundo, ponderaré como la humildad de este Señor tan alto fue amorosa y diligente, haciendo toda esta obra por sí mismo, sin ayuda de otro en señal de amor. Él mismo se desnuda y ciñe; él echa el agua en la vacía y la lleva á donde están sus discípulos, y se postra en tierra y les lava, no las manos, sino los piés muy polvorientos y lodosos; y él mismo amorosamente se los limpia con la toalla con que estaba ceñido, regalándose y saboreándose en hacer todo esto por su persona, enseñándome á ejercitar las obras de humildad y caridad por sí mismo, gustando mas de hacer que de mandar, y haciendo la obra humilde, sin mezcla de cosa jactanciosa. Ó amantísimo Maestro, que sin hablar estais clamando: Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon (*Matth.* xi, 29), comunicadme esta mansedumbre y humildad tan amorosa para hallar gracia en vuestros ojos, á quien siempre han agradado los mansos y humildes de corazon.

4. Pero si es grande la humildad de esta obra exterior, mucho mayor es la humildad y solicitud que representa; la cual ejercitó con todos nosotros, pues por nuestra causa, siendo Hijo de Dios, se apocó á sí mismo, tomando forma de siervo, y se desnudó las vestiduras de su gloria y grandeza, ciñéndose con carne mortal y pasible, sujeta á grandes penalidades; y en el monte Calvario consintió ser despojado de sus vestiduras con grande ignominia, y allí derramó en lugar de agua toda la sangre preciosísima de sus venas, depositándola en los Sacramentos que ordenó para lavarnos de nuestras culpas; y porque nosotros quedásemos limpios, quiso que el purísimo lienzo de su sacratísima humanidad, con que se ciñó, quedase en la apariencia súcio y manchado con ella. Ó Dios eterno, ¿con qué te pagaré lo mucho que por mí has hecho? Deseo desnudarme de toda grandeza temporal, y ceñirme con rigor de penitencia, y derramar mi sangre por tu amor, cargándome con las penas de que te cargaste por mis culpas; y despues que hubiere hecho todo, diré (*Luc.* xvii, 10), que soy siervo sin provecho; pues no hago la mínima parte de lo que hizo mi Señor.

Punto tercero.— 1. El tercer punto será considerar lo que pasó á Cristo nuestro Señor con san Pedro, cuando llegó á lavarle los piés, y las razones que sobre esto hubo.-Lo primero, pasmado Pedro de la humildad de su Maestro, dijo: *Domine, tu mihi lavas pedes?* Señor, ¿tú me lavas los piés? En las cuales palabras descubrió la viva fe que tenia de la grandeza de Cristo nuestro Señor, y de su propia bajeza, y de la vileza de aquella obra á que Cristo se humi-

llaba. Y de la interior consideracion y ponderacion de todo esto, vino á decir con afecto de grande admiracion y pasmo: Señor, ¿tú á mí lavas los piés? ¿Tú, Dios infinito, Criador de cielos y tierra, Señor de los Angeles y Serafines, á mí criatura tuya, esclavo tuyo, pecador vilísimo y asquerosísimo, con esas manos que dan vista á los ciegos, salud á los enfermos y vida á los muertos, quieres lavar no mi cabeza ó mis manos, sino mis súcios y miserables piés? Yo, Señor, te habia de servir á tí, y lavar tus piés; y aun de esto no me tengo por digno, y ¿tú quieres lavármelos á mí? De aquí tengo de aprender á sentir altamente de Cristo y bajamente de mí, y haciendo comparacion de lo que un Dios tan alto hizo por un hombre tan bajo, sacar afectos de admiracion, de accion de gracias y de imitacion.

2. Á este dicho de san Pedro, que procedia de gran fervor, respondió Cristo nuestro Señor, enderezándole á lo que convenia, con estas palabras: *Lo que yo hago no lo entiendes ahora, despues lo entenderás.* Como quien dice: Esto que hago tiene misterio que no alcanzas, yo te lo descubriré despues, ahora déjate gobernar. Respondió Pedro: *No me lavaras jamás los piés.* Replicóle Cristo: *Si non lavero te, non habebis partem mecum:* pues si no te lavare, no tendrás parte conmigo. En lo cual se ha de ponderar lo mucho que ofende á Cristo nuestro Señor cualquiera desobediencia y rebeldía, y cualquier asomo de pertinacia en su propio parecer, aunque sea con capa de humildad y de reverencia, pues este vicio solo bastó para que dijese á Pedro aquella tan terrible amenaza: *No tendrás parte conmigo;* que fue decir: No serás mas mi discípulo, ni te tendré mas en mi escuela y compañía, ni te admitiré á la herencia de mi reino. De donde aprenderé á no resistir á la voluntad de Dios y de mis superiores, por ningun título de aparente virtud, sino rendir mi juicio al primer aviso y á la primera correccion de amor, antes que venga la segunda correccion con amenaza y temor; porque aunque sea tan privado de Cristo como san Pedro, y tan favorecido del eterno Padre como él lo fue, no durará mas la privanza de cuanto durare la obediencia; y en faltando esta con pertinacia, faltará luego la privanza. Ó buen Jesús, dechado de toda perfecta obediencia, no permitas que me engañe mi propio juicio, anteponiéndole al tuyo, ni que con capa de humildad siga mi propia voluntad, dejando la tuya, porque no caiga sobre mí amenaza tan terrible, como es no tener parte contigo.

3. Lo tercero, tambien ponderaré la necesidad que tengo de que

Cristo nuestro Señor me lave y limpie de mis culpas; pues si él no me lava, no tendré parte con él. Y á esta causa no dijo: si no lavare tus piés, antes dijo: Si no te lavare, no tendrás parte conmigo. Ó Salvador del mundo, confieso que estoy súcio y manchado con innumerables pecados, de los cuales yo no me puedo lavar, porque el pecar fue mio, mas el perdonar es vuestro. Por tanto (*Psalm.* L, 4): *Amplius lava me ab iniquitate mea, et à peccato meo munda me:* lavadme, Dios mio, de mi grande maldad, y limpiadme de mi pecado; y despues que me hubiéredes una vez lavado, lavadme mucho mas, para que tenga mayor parte con Vos, con mas seguridad de no perderla.

Punto cuarto.— 1. Lo cuarto, consideraré el efecto que obró en san Pedro esta amenaza de Cristo, y lo que Cristo le respondió. Porque primeramente á esta amenaza respondió Pedro: *Señor, no solamente los piés, sino manos y cabeza.* En lo cual descubrió el grande amor que tenia á Cristo nuestro Señor, y la grande estima que tenia de estar siempre con él, y lo mucho que sentiria apartarse de su compañía; y así dijo: Señor, si para tener parte contigo es menester que me laves, lávame no solamente los piés, sino manos y cabeza. De donde aprenderé á rendirme á Dios y á mis superiores, siquiera por temor de que Dios no me aparte de sí, aunque este temor no es servil y de esclavos, sino temor filial y de muy justos, porque es rendirse á Dios, por no carecer de Dios. Y á esta causa, Cristo nuestro Señor no dijo á Pedro: Si no te lavare, echaréte en los infiernos; sino, no tendrás parte conmigo, como quien deseaba ser obedecido, por temor casto y no por temor de esclavo.

2. Á este dicho de Pedro respondió Cristo nuestro Señor, diciendo: *El que está lavado, no tiene necesidad sino de lavar los piés, porque todo está limpio; vosotros estais limpios, aunque no todos, porque sabia quién era el que le habia de entregar.* En las cuales palabras pretendió enseñarnos, que quien está lavado por el Bautismo y Penitencia de las culpas mortales, aunque está todo limpio, por cuanto tiene la limpieza necesaria para estar en gracia y amistad de Dios; pero tiene todavía necesidad de lavarse los piés de los afectos terrenos, y de las culpas ligeras que se le pegan, tratando en las cosas de la tierra; y esto tambien es necesario para tener parte con Cristo en este sentido, que no entrarémos en el cielo hasta habernos lavado de estas culpas, de las cuales tambien nos ha de lavar el mismo Cristo. De donde sacaré, cuán grave mal es un pecado venial, como pondera san Bernardo (Serm. in coena Domini), y cuánto debe ser abor-

recido, por dos títulos.—El primero, porque no se perdona, si no es á costa de la sangre de Jesucristo, en cuya virtud somos lavados de estas manchas.—El segundo, porque no es posible tener parte con Cristo en el cielo, hasta lavarnos de él, ó en esta vida, ó en la otra con el fuego del purgatorio. Y pues el lavatorio del purgatorio es terribilísimo, como se dijo en la meditacion última de la parte I, gran cordura será, ya que cada dia me mancho con culpas veniales, lavarme á menudo de ellas con los suaves lavatorios que Cristo ha dejado en su Iglesia.

3. Finalmente, ponderaré la causa por que dijo el Señor: Vosotros estais limpios, aunque no todos, queriendo con esto secretamente avisar á Judas, que estaba súcio y que tenia necesidad de ser lavado, so pena de que nunca tendria parte con él; y de camino avisarme, que mire con diligencia si estoy limpio de culpas graves; porque entre muchos limpios hay algunos que no lo están, y quizá seré yo uno de ellos; y aunque no sea mas que uno, no se puede encubrir á Cristo, el cual ve y conoce muy bien quién está limpio y quién súcio.

Punto quinto.—Lo quinto, se ha de considerar como Cristo nuestro Señor, prosiguiendo su ejercicio de humildad y caridad, quiso ejercitarle con Judas, y llegando con su vacía á donde estaba, puesto á sus piés, se los lavó y limpió con su lienzo como á los demás, y aun con algunas muestras de mayor caricia y amor para enternecerle. Y es de creer que le hablaria al corazon, diciéndole: Ó Judas, discípulo y apóstol mio, ¿qué te he hecho, porque así me aborreces y tratas de venderme? Si tienes alguna queja contra mí, aquí me tienes á tus piés, haz de mí lo que quisieres, con tal que no me ofendas, ni te pierdas. Quien te lava los piés del cuerpo, desea lavarte las manchas del alma; no te rehuses ser lavado, porque de otra manera nunca tendrás parte conmigo; y si no tienes parte conmigo, tu parte será con los hipócritas y fingidos, en aquel miserable lago, donde todo será crujir de dientes y perpétuo llanto. (*Matth.* XXIV, 51). Puédese creer que derramaria lágrimas de sus ojos, por la dureza y miseria de aquel alma, y las mezclaria con el agua de la vacía, lavándole tambien con ellas; pero nada aprovechó, porque tenia el corazon obstinado y poseido de Satanás. Pero este ejemplo ha de aprovechar para que aprenda yo á amar á mis enemigos, haciéndoles todo el bien que pudiere, para reducirlos á la verdadera amistad con Dios y conmigo, por amor de Dios. Y de la dureza de Judas tengo de sacar aviso para escarmentar en cabeza ajena, acor-

dándome de lo que dice el Sábio: Que el pecador, cuando viene al profundo de los males, todo lo despreeia (*Prov.* XVIII, 3); y que ninguno basta para corregir al que Dios ha despreciado (*Eccles.* VII, 14), porque él quiso despreciar á Dios. Ó alma mia, contempla con atencion los dos retratos que tienes delante de tí, uno de la mayor caridad, y otro de la mayor dureza que jamás hubo en el mundo. ¿Á dónde pudo mas subir la caridad que á bajarse el mismo Dios á lavar los piés del traidor que trataba de venderle? Y ¿á dónde pudo llegar mas la dureza del traidor, que no ablandarse con la inmensa caridad del que estaba postrado á sus piés? Ó Dios de mi alma, trueca mi corazon de piedra en carne (*Ezech.* XXXVI, 26), para que sienta tus divinos toques, y abrace tus amorosos ejemplos. Amen.

PUNTO SEXTO.— 1. Acabado el lavatorio, Cristo nuestro Señor se desciñó el lienzo, considerando en él las manchas de los pecados ajenos, que habian de ser causa que su humanidad quedase teñida con su propia sangre, derramada para librarnos de ellos; y tomando sus vestiduras, tornó á sentarse á la mesa, y dijo á sus Apóstoles: *¿Sabeis lo que he hecho con vosotros? Llamáisme Señor y Maestro, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, siendo vuestro Señor y Maestro, os he lavado los piés, ¿cuánto mas vosotros debeis lavar los piés unos á otros? Porque yo os he dado ejemplo, para que vosotros hagais lo que yo he hecho. Si sabeis estas cosas, seréis bienaventurados si las hiciéredes. No digo esto de todos vosotros, porque yo sé los que he escogido.* Aquí se ha de ponderar lo primero, aquella pregunta de Cristo nuestro Señor: ¿Sabeis lo que he hecho con vosotros? Esto es, ¿el misterio que está encerrado en ello, y el fin para que lo hice? En lo cual nos da á entender, que no todos los que ven sus obras entienden el secreto y el espíritu de ellas. Ó Maestro celestial, esclareced mis ojos con vuestra soberana luz, para que con viva fe crea, entienda y penetre las cosas que habeis hecho con nosotros, para que de todas me aproveche para gloria vuestra. Amen.

2. Lo segundo, ponderaré la fuerza de aquella razon que dice Cristo: Si yo, siendo vuestro Señor y Maestro, os he lavado los piés, ¿cuánta mayor razon es que os lavéis los piés unos á otros? esto es, que ejerciteis unos con otros obras de humildad y caridad; pues toda mi vida he gastado en daros ejemplo de estas virtudes, para que á imitacion mia os ejerciteis en ellas.

3. Últimamente, ponderaré aquella postrera palabra: Si esto sabeis, seréis bienaventurados si lo hiciéredes. En que claramente en-

seña, que no basta saber los ejemplos de virtud que nos dió, si no los ponemos por obra; y que no es bienaventurado ni escogido para el cielo el que los sabe por saberlos, sino por imitarlos; pues Judas, que estaba allí presente, los sabia y no los imitaba, y por esto era de los réprobos. Ó bienaventuranza mia, pues me has hecho merced de que sepa lo que por mí hiciste, ten por bien que ejecute todo lo que me mandaste. Confieso que no hago lo que sé, ni obro lo que entiendo, por lo cual merezco ser castigado con grandes castigos; como el siervo que sabe la voluntad de su señor y no la cumple. (*Luc.* XII, 47). Perdona, Señor, mis yerros pasados, y aliéntame á la enmienda de ellos, para que sea del número de tus escogidos y llegue á ser bienaventurado, gozando de tí para siempre. Amen.

MEDITACIONES

DE LA INSTITUCION DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

— Acabado el lavatorio de los piés de los Apóstoles y concluido el razonamiento que Cristo nuestro Señor tuvo con ellos para declarar el misterio que en él estaba encerrado, quiso darles otras mayores muestras del amor que les tenia, y otras mas regaladas señales de que los amaba hasta el fin, no solo hasta el fin de su vida, sino hasta el fin del mundo; y para esto quiso instituir un excelentísimo Sacramento, en el cual se quedase con ellos real y verdaderamente, mientras durase el mundo (*Matth.* XXVIII, 20), haciéndoles un solemne y continuo convite, con darles á comer su propio cuerpo, y á beber su propia sangre, con un modo maravilloso, suave y muy regalado, como se verá por las meditaciones siguientes. —

MEDITACION IX.

DE LO QUE HIZO CRISTO NUESTRO SEÑOR ANTES DE INSTITUIR EL SANTÍSIMO SACRAMENTO PARA REPRESENTAR LA DISPOSICION QUE HAN DE TENER LOS QUE LE HAN DE RECIBIR.

PUNTO PRIMERO. — 1. Lo primero, consideraré las causas por que precedió el lavatorio de los piés á la institucion de este soberano Sacramento. — La primera fue, para enseñarnos la grande pureza y limpieza que han de tener los que le han de recibir y participar de este convite, procurando no contentarse con estar limpios de los pe-

cados graves, sino en cuanto pudieren de los ligeros, lavando sus piés del polvo que se les pega con las aficiones terrenas, porque siendo Cristo la misma limpieza, razon es recibirle con la mayor limpieza que nos fuere posible, lavándonos con el sacramento de la Confesion y con agua de lágrimas, suplicando á este Señor que él nos lave y purifique, para dignamente recibirle. Tengo de imaginar que Cristo nuestro Señor me dice lo que dijo á san Pedro: Si no te lavare, no tendrás parte conmigo en este convite, porque no recibirás la parte de los frutos y gozos que reciben los que asisten lavados y puros. Ó Dios de mi alma, si esto es así, lavadme cabeza, manos y piés, lavad mis pensamientos, obras y afectos, para que lavado, puro y limpio, asista en este convite y participe de su fruto. Amen.

2.. La segunda causa fue, porque era costumbre, cuando uno convidaba á otro, lavarle los piés en señal de humildad y caridad; y por esto se quejó Cristo de Simon (*Luc.* VII, 44), que cuando entró Cristo en su casa á comer, no le dió agua para sus piés; y debajo de esta loable costumbre, quiso significar Cristo nuestro Señor, que los que han de asistir á este convite, á imitacion suya, se han de ejercitar en grandes afectos de humildad y caridad, que son las dos mejores disposiciones que pueden llevar, humillándose delante de Dios y de los hombres, y amando entrañablemente á Dios y á todos los hombres por Dios, cumpliendo con ellos las obras de piedad con reverencia y caridad. Por tanto, alma mia, si quieres gozar del convite de Cristo, aprende primero la leccion que te leyó, cuando dijo: ¿Sabeis el ejemplo que os he dado? Sigue, pues, su ejemplo, para que te entre en provecho su Sacramento.

PUNTO SEGUNDO.— 1. Lo segundo, consideraré las causas por que precedió la cena del cordero pascual (*Exod.* XII, 11) á la cena misteriosa en que se instituyó y comió este divino Sacramento, que fueron dos principales, en que la figura y lo figurado se podian conformar.-La primera, para que entendiésemos que así como aquel cordero se sacrificaba en agradecimiento de la merced que Dios hacia á su pueblo en sacarle del cautiverio de Faraon, y con su sangre se señalaban las puertas de las casas de los hebreos, para que el Ángel de Dios, que mataba todos los primogénitos de Egipto, no tocase en ellas, y con su carne se confortaban los que habian de hacer aquella jornada para comenzarla y proseguirla con esfuerzo; así tambien este Cordero de Dios (*D. Thom.* 3 *p. q.* 83, *art.* 1), cuya carne y sangre está en este santísimo Sacramento, se sacrifica en la

misa, en memoria y agradecimiento de la merced soberana que nos hizo el mismo Cristo en sacarnos del cautiverio del demonio, por medio de su pasion y muerte, y con su sangre y en virtud suya somos preservados de la muerte de la culpa y de la muerte eterna, y con su carne preciosa somos sustentados y confortados, para salir de esta servidumbre de Egipto, y comenzar con fervor la jornada de la virtud, y proseguirla hasta la vida eterna. Ó Cordero de Dios (*Apoc.* XIII, 8), muerto desde el principio del mundo, no en tu santa humanidad, sino en las figuras de ella, comenzando desde el principio del mundo á comunicar las gracias y dones que con tu muerte habias de merecer, ¿qué te daré por los innumerables bienes que con tu preciosa muerte me has ganado? No tengo, Señor, cosa mas preciosa que darte, que es ofrecer este sacrificio de tí mismo, y recibir el cáliz de mi salud, con alabanzas de tu santo nombre (*Psalm.* CXV, 12). ¡Líbrame, ó purísimo Cordero, de la esclavonía del demonio! No muera en la casa de mi alma su primogénito, que es mi libre albedrío, y confórtame para que camine por el desierto de esta vida, hasta llegar al descanso de la gloria. Amen.

2. La segunda causa fue, para enseñarnos en la comida del cordero legal las disposiciones con que habíamos de comer este divino Cordero, figurado por él.—Porque primeramente se ha de comer ceñidos los cuerpos con la santidad, mortificando todos los deleites sensuales de la carne, porque es cordero castísimo y amicísimo de esta pureza virginal.—Lo segundo, calzados los piés con la guarda del corazon y de todos nuestros afectos, para que no se enboden ni lastimen con las cosas de la tierra.—Lo tercero, teniendo báculos en las manos, con la confianza en la cruz de Cristo nuestro Señor, y en su proteccion y gobierno, haciendo obras agradables á sus ojos.—Lo cuarto, comiéndole aprisa con apresuracion de fervor espiritual, sacudiendo toda pereza y flojedad, comiendo este Cordero, no con acedía, tédio ni fastidio, sino con hambre y deseo grande de comerle.—Lo quinto, comiéndole con pan sin levadura, y con lechugas amargas; esto es, con pureza de alma sin corrupcion de culpa, y con ejercicio de mortificacion amarga á la carne.—Finalmente, comiéndole no crudo ni cocido en agua, sino asado en fuego, porque no tengo de comerle sin consideracion de lo que es este manjar, ni con sola consideracion fria y helada, sino con tal meditacion, que encienda el fuego del amor en el corazon.

3. Ponderadas estas seis cosas, haré reflexion sobre mí mismo para confundirme de la ruin disposicion con que como este celestial

Cordero, y para alentarme á procurarle con grandes veras, diciendo aquello del Apóstol (I *Cor.* v, 7): Pues Cristo, nuestro Cordero pascual, ha sido sacrificado por nosotros, comámosle en este convite, no con levadura de malicia y fingimiento, sino con sinceridad y verdad.

Punto tercero. — 1. El tercer punto, será refrescar la memoria de aquellas palabras amorosas, que referimos haber dicho Cristo nuestro Señor á sus Apóstoles al principio de la cena, y quizá las dijo al principio de esta cena sacramental (*Luc.* xxii, 15): *Con gran deseo he deseado comer con vosotros este cordero pascual, antes que padezca. Dígoos de verdad que no le comeré mas, hasta que se cumpla, y venga el reino de Dios.* En las cuales palabras se nos avisan dos cosas para disponernos admirablemente á recibir este Sacramento. - La primera, que le debemos comer con gran deseo y muy vehemente, así como él deseó comerle vehementísimamente con los suyos, porque cordero tan precioso se ha de comer con grandísima hambre y deseo, nacido de la consideracion de nuestra necesidad, y de su excelencia y dignidad; porque ni la necesidad puede ser mayor que la mia, ni la excelencia del manjar mayor que la suya, y así no ha de haber hambre mayor que esta.

2. La segunda es, que hemos de comer este cordero cada vez como si fuese la postrera, y como quien no le ha de comer mas hasta el cielo, pues por esto se llama Viático para pasar á la otra vida; y si con este afecto comulgo, será la comunion devota y provechosa, acordándome de lo que dice el Sábio (*Prov.* xxiii, 1): *Cuando te sentares á comer á la mesa con el príncipe, diligentemente considera lo que se te pone delante, y entra un cuchillo por tu garganta.* Esto es, come este manjar que te da el Príncipe del cielo, como quien tiene el cuchillo á la garganta y está cerca de espirar, y cómele habiendo primero mortificado los afectos desordenados de la carne, como los mortificarias si entendieses que esta comida habia de ser la postrera. Ó Rey del cielo, pues quieres que me siente contigo á esta soberana mesa, dame valor para degollar todas las aficiones que me hacen indigno de ella, aparejándome para este convite como quien está de paso para ir luego al eterno, donde goce de tí por todos los siglos. Amen.

MEDITACION X.

DEL TIEMPO, LUGAR Y COMPAÑÍA QUE ESCOGIÓ CRISTO NUESTRO SEÑOR PARA INSTITUIR ESTE SANTÍSIMO SACRAMENTO.

PUNTO PRIMERO.— 1. Lo primero, consideraré las causas por que Cristo nuestro Señor instituyó este Sacramento la noche de su pasion y víspera de su muerte, pudiendo dilatar la institucion para despues de su resurreccion.—La primera causa fue, para descubrir la grandeza del amor que nos tenia, pues cuando los hombres trataban de quitarle la vida con terribles tormentos y deshonras, él estaba instituyendo un convite celestial para darles la vida con admirables regalos y favores, del cual habian de gozar muchos de aquellos que actualmente trataban de darle la muerte, con lo cual juntamente nos enseñaba, que como las injurias y persecuciones de los malos no fueron parte para entibiar su caridad, ni para que dejase de regalar con este banquete á los escogidos, así ningunos trabajos, desprecios ó tormentos han de ser parte para que los escogidos dejen de servirle, y de participar de este soberano convite, y coger su copioso fruto. Por donde echaré de ver con cuánta razon dijo san Pablo (*Rom.* VIII, 35): ¿Quién nos apartará de la caridad de Cristo, así de la caridad que él nos tiene, como de la que nosotros con su ayuda le tenemos? ¿Por ventura podrán hacer divorcio y apartamiento entre estas caridades y amistades, la tribulacion ó la angustia, la persecucion ó el cuchillo? Cierto estoy, que ni la vida ni la muerte, ni criatura alguna nos podrá apartar de la caridad de Dios, que está en Cristo Jesús. Ó dulce Jesús, cierto estoy que ningunas persecuciones amortiguarán tu caridad, pues en medio de ellas nos diste por prendas de perpétuo amor tu cuerpo en manjar y tu sangre en bebida, por la cual te suplico me concedas otra caridad tan encendida, que ninguna persecucion baste para entibiarla.

2. La segunda causa fue, para descubrir el entrañable deseo que tenia de estar siempre con nosotros (*D. Thom.* 3 *p. q.* 83, *art.* 5), no solo en cuanto Dios sino en cuanto hombre; y así cuando se habia de apartar de nosotros, segun la presencia corporal, visible y ordinaria de su humanidad, trazó quedarse con otro modo de presencia, tambien ordinaria y perpétua, hasta la fin del mundo, debajo de las especies de este Sacramento. Y aunque bastara instituirle

poco antes de su ascension y subida á los cielos, no quiso sino antes de la pasion, por dejar entablado en su vida mortal este modo de quedarse con los hombres mortales, por cuyo amor le instituia, y para que se viese su infinita caridad, pues cuando los hombres querian echarle del mundo por envidia y rencor, él trataba de quedarse con ellos en el mundo por otro modo, con grande piedad y amor. Ó Amado de mi corazon, si tanto deseas estar siempre conmigo, yo deseo estar siempre contigo, mirándote presente en todo lugar en cuanto Dios, y en este santísimo Sacramento en cuanto hombre. ¡Oh quién pudiera asistir siempre en la iglesia cuando se celebra este divino misterio, y á donde está este divino Sacramento, para gozar de su presencia! mas ya que no puedo lo que deseo, haré lo que puedo, procurando estar allí las veces que pudiere con alma y cuerpo, y siempre con el corazon y afecto.

3. La tercera causa fue, para que nunca faltase en el mundo un memorial de su pasion sacratísima (*Luc.* XXII, 19), y algun sacrificio ordenado para aplacar y glorificar á Dios; y como en aquella cena y con su pasion cesaba ya el memorial del cordero, y los sacrificios de la ley vieja, quiso entonces instituir este divino Sacramento y sacrificio, para que fuese memorial y representacion de su pasion, por el cual se nos aplicase el fruto de ella; y aunque bastara instituirle despues de su resurreccion, no quiso sino antes, porque el amor vehemente gusta mas de anteponer el bien que ha de hacer por su amado, y por obligarnos con esto á que tuviésemos mas tierna memoria suya, porque lo que los padres encomiendan á sus hijos cuando están cercanos á la muerte, suele quedar mas impreso en sus memorias. Ó Padre amantísimo, pues en tal hora me dejaste memorial tan amoroso de tu pasion y muerte, con gran memoria me acordaré de tí, hasta que la vida se me acabe (*Thren.* III, 20): si me olvidare de tí, olvidada sea mi mano derecha; y mi lengua se pegue al paladar, si de tí no me acordare. (*Psalm.* CXXXVI, 5).

PUNTO SEGUNDO.— 1. Lo segundo, consideraré el lugar que Cristo nuestro Señor escogió para instituir este Sacramento (*Marc.* XIV, 15) y el misterio que en él está encerrado, porque escogió un cenáculo grande y bien aderezado, ofrecido con muy buena voluntad, por un hombre cuyo nombre no se declara, y Cristo nuestro Señor le aceptó y apropió para sus obras misteriosas, porque en este cenáculo se recogieron los Apóstoles con la Vírgen despues de la pasion; allí se les apareció Cristo despues de su resurreccion; allí se recogieron en oracion á esperar la venida del Espíritu Santo (*Act.* I,

13), y allí vino sobre ellos con lenguas de fuego, y de allí salieron á predicar la ley evangélica. Y aunque este cenáculo principalmente es figura de la Iglesia católica, en la cual sola y no fuera de ella se puede comer este Cordero (*Exod.* XII, 46), y recibir las gracias y dones que de él proceden, tambien lo es del alma donde Cristo nuestro Señor entra y reside por medio de este divino Sacramento, la cual ha de ser grande y muy capaz por los dones celestiales; ancha por la latitud de la caridad y amor de Dios y del prójimo; larga por la longanimidad de la esperanza, y aderezada con todo género de virtudes, que son la tapicería de la casa en que Dios mora, porque como está el cielo adornado con estrellas, así ha de estar el alma adornada con virtudes. Ó Dios eterno, pues te dignas venir á esta pobre alma, mira que de su cosecha es morada pequeña, estrecha, corta y sin adorno alguno; engrandécela con tus dones y ensánchala con tu caridad, dilátala con tu confianza, adórnala con tus virtudes, inclina esos cielos estrellados (*Psalm.* CXLIII, 5), y estampa en mí una viva figura de ellos, para que sea digna morada tuya. Amen.

—El misterio de los dos discípulos que vinieron á negociar este cenáculo, hace tambien á este propósito, como se declaró en la meditacion VII.—

2. Lo segundo, ponderaré como Cristo nuestro Señor estima en mucho una voluntad buena y pronta de recibirle, sin hacer caso de grandezas ni excelencias del mundo, y por esto no quiso que se declarase el nombre de este hombre que le dió su cenáculo, para significar que no repara ni hace caso de que sea rico ó pobre, noble ó plebeyo, letrado ó idiota, el que le ha de recibir en su alma, sino solamente de que le ofrezca lo que tiene, con una voluntad buena y devota, inspirada por Dios, consintiendo el hombre.—Finalmente, cuando entra en el alma que dignamente le recibe, se la apropia y toma por suya, y la hace su casa de oracion, y la descubre sus misterios, y comunica los dones del Espíritu Santo, y la hace salir á publicar sus grandezas, para que ayude á sus prójimos. ¡Oh dichoso el que acierta á ser cenáculo de Cristo, en quien se agrade y á donde resida y obre sus misterios! Venid, Señor, á este cenáculo de mi corazon, y tomadle por vuestro, que de hoy mas no quiero que sea mio.

PUNTO TERCERO. —Lo tercero, consideraré la compañía de personas que escogió Cristo nuestro Señor para instituir en su presencia este santo Sacramento, y darles parte de él, que fueron sus Após-

toles, entre los cuales lo mas cierto es, como dice santo Tomás (*D. Thom.* 3 *p. q.* 81, *art.* 2), que estuvo Judas, que aun no era salido del cenáculo, ponderando cuán diferentemente estaban allí los once Apóstoles y este traidor; porque los once estaban presentes con el cuerpo y con el espíritu, con atencion y reverencia, mirando y entendiendo lo que Cristo nuestro Señor hacia, y recibiendo aquella comida con grandísima devocion, y haciendo diferencia de ella á las otras; pero Judas estaba allí presente con solo el cuerpo, porque con el espíritu estaba en sus malvadas pretensiones; y así ni atendia, ni entendia lo que Cristo estaba haciendo, y recibió aquel pan de vida sin hacer diferencia de él al pan ordinario, y así no le entró en provecho, antes se le convirtió en daño, y de allí salió para vender á su Maestro, y paró en muerte desastrada, cumpliéndose en él lo que dijo san Pablo (I *Cor.* XI, 27), que quien comulga indignamente es culpado contra el cuerpo y sangre del Señor, como si otra vez le entregara á sus enemigos. Por lo cual muchos caen enfermos, y se debilitan y aun mueren desastradamente; y así por no hacer tal injuria á cuerpo tan venerable, he de procurar asistir á este convite como los Apóstoles, con cuerpo y con espíritu, con atencion, reverencia y devocion, reparando en lo que Cristo nuestro Señor hace por mí, y en lo que yo voy á hacer cuando le recibo, apartando el corazon, no solamente de las cosas malas, sino de otros negocios diversos, atendiendo, como dice el Sábio (*Prov.* XXIII, 1), con diligencia á mirar lo que me ponen delante.

MEDITACION XI.

DE LA MARAVILLOSA CONVERSION QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR HIZO DEL PAN EN SU CUERPO, Y DEL MODO COMO ÉL Y LOS APÓSTOLES COMULGARON.

PUNTO PRIMERO. — 1. Lo primero, se ha de considerar como estando Cristo nuestro Señor sentado en la mesa, tomó en sus benditas manos un pan de los que allí estaban, y diciendo estas palabras (*Matth.* XXVI, 26): *Esto es mi cuerpo*, en virtud de ellas mudó la sustancia del pan en su santísimo cuerpo. De suerte, que lo que al principio de las palabras era verdadero pan, en el instante que las acabó se convirtió en su verdadero cuerpo, cubierto con los accidentes exteriores del pan. Sobre esta verdad de nuestra fe tengo de ponderar las infinitas grandezas que Cristo nuestro Señor descubrió

en esta obra, en especial su infinita sabiduría, omnipotencia, bondad y caridad.—La sabiduría descubrió en inventar un modo tan inefable de comunicarse á los hombres y darles sustento de vida, el cual modo solo Dios con su saber infinito pudo alcanzar, y así como la sabiduría de Dios resplandeció en la encarnacion, hallando modo como juntar cosas tan extremas, como son Dios y hombre, en unidad de persona para nuestro remedio; así en este misterio de la Eucaristía resplandece en haber hallado modo como juntar á Dios hecho hombre, con especies y accidentes de pan y vino, en un Sacramento para nuestro sustento. De donde sacaré afectos de admiracion, gozo y alabanza, gozándome de tener un Dios tan sábio, y alabándole por estas invenciones de su sabiduría, y rindiendo mi juicio con actos de fe á lo que inventó con ella, pues no es mucho que el infinitamente sábio sepa hacer lo que yo no alcanzo á entender. Ó sapientísimo Jesús, en quien están depositados los tesoros de la ciencia y sabiduría de Dios (*Colos.* II, 3), dame alguna parte de ellos, para que sepa conocer y estimar esta merced, y darte las gracias debidas por ella.

2. Lo segundo, resplandece aquí la omnipotencia de Cristo nuestro Señor, en que con una sola palabra en un momento hace innumerables milagros, así en el pan como en su mismo cuerpo, para amasarlos y juntarlos para nuestro sustento, porque en un instante muda y convierte la sustancia del pan en su cuerpo, quedándose solos los accidentes del pan para encubrirle, y le dispone de tal manera, que todo él está debajo de una cantidad muy pequeña de una hostia; de modo, que todo está en toda y en cada parte de ella, sin que se divida el cuerpo, aunque se divida la hostia. Todo lo cual tengo de creer con viva fe, pues basta ser Dios omnipotente, para creer que lo pudo hacer y que lo hizo, pues lo dijo. ¡Oh grandeza de la omnipotencia de Cristo! ¿qué es esto que haceis, omnipotentísimo Salvador? Para sustentar á un vil gusanillo, trastornais el órden de la naturaleza, guisando con nuevo modo la disposicion de vuestro cuerpo, para acomodarle á la pequeñez de vuestro esclavo. Bendita sea vuestra omnipotencia, por la cual os suplico me troqueis en otro varon, para que goce el fruto de ella.

3. Lo tercero, se descubre aquí la infinita bondad y caridad de Cristo nuestro Señor con las mayores muestras que pudo dar de ella para nuestro sustento. Porque así como el Padre eterno mostró su bondad y caridad en dar al mundo para su remedio la cosa mas preciosa que tenia, que era su Hijo (*Ioan.* III, 16), y con él nos dió

todas las cosas para que fuese copiosa nuestra redencion; así el Hijo de Dios mostró su bondad y caridad en darnos para nuestro sustento la cosa mas preciosa que tenia, que era á sí mismo, y su precioso cuerpo, con todo cuanto dentro de él estaba, como si un rey tuviese un cofre muy rico lleno de grandes tesoros de oro y plata, perlas y joyas de inestimable valor, y dijese á uno: Toma este cofre para tí, dándole el cofre, le da cuanto está dentro de él; así nuestro soberano Rey, dándonos su cuerpo y carne santísima, nos da tambien su sangre, su alma, su divinidad, y los tesoros de sus merecimientos y satisfacciones, para que gocemos de ellas, queriendo estar siempre con nosotros y ser nuestro compañero, nuestro convite y regalador perpétuo. Ó Amado mio, ¿con qué podré responder á tanta bondad y caridad como mostrais en este Sacramento? Vos me dais lo mejor que teneis, yo os quiero dar lo mejor que tengo; Vos me dais á Vos mismo y á todas vuestras cosas, veis aquí os ofrezco á mí mismo y á todas mis cosas, mi cuerpo y mi alma, mi sangre y mi vida, y cuanto puedo tener ofrezco á vuestro servicio. Ayudadme para que cumpla lo que deseo, en agradecimiento de lo mucho que por esta merced os debo.

4. Finalmente, aquí resplandece el celo ferventísimo que tuvo Cristo nuestro Señor de nuestra salvacion, inventando tal medio para aplicarnos él mismo los frutos de su pasion, de suerte, que pueda ya decir: *Zelus domus tuae comedit me:* el celo de tu casa me comió, no solamente me comió y consumió la honra, hacienda y vida, sino me hizo comedero, y que me dejase comer por dar salud y vida á los que moran en mi casa. Ó dulce Jesús, gracias te doy por este celo tan encendido que tienes de la casa de tu Padre, que es tu Iglesia; y pues tambien mi alma es casa tuya, por la cual te haces manjar para mi sustento, concédeme tan ferviente celo de tu gloria, que me deje comer y deshacer en razon de volver por ella.

PUNTO SEGUNDO.— 1. Lo segundo, consideraré las grandezas misteriosas que se encierran en las palabras que Cristo nuestro Señor dijo consagrando el pan. San Lucas refiere que dijo (*Luc.* XXII, 19): *Esto es mi cuerpo, que se da por vosotros.* Y san Pablo dice (I *Cor.* XI, 24): *Esto es mi cuerpo, que será entregado por vosotros.*—Lo primero, se ha de ponderar que no dijo: Esto es figura ó representacion de mi cuerpo, sino es mi cuerpo real y verdadero, para declarar la presencia real de su cuerpo santísimo, y dar muestras excelentísimas de su misericordia y providencia paternal, porque en realidad de verdad, para lo que es santificarnos y sustentarnos espiritualmente,

bastara que este Sacramento fuera puro pan, en cuanto representaba á Cristo, así como agua pura en el Bautismo nos lava y santifica; pero la infinita caridad de Cristo no se contentó con esto, sino quiso él mismo por su propio cuerpo y por su propia persona estar en este Sacramento, y santificarnos para manifestacion del amor que nos tenia y del cuidado con que tomaba nuestro regalo y sustento; porque lo que uno hace por sí mismo, hácelo con mayor amor, con mas compasion, y con mas diligencia y providencia, como la madre que estima y ama mucho á su hijo, y por esto no consiente que otra ama le crie, ni quiere que sea sustentado con leche ajena, sino ella misma le cria con leche de sus pechos, y se los da muy tierna y amorosamente, con muy gran cuidado y compasion de su necesidad. (*Osee*, XI, 3). Ó Padre amantísimo, ó madre y ama nuestra piadosísima, ¿cómo no me deshago en servirte con amor, haciendo por tí lo que tú haces por mí? No me quiero contentar de hoy mas con hacer lo que tú me mandas para cumplir tus preceptos, sino con hacerlo de tal modo, que cumpla perfectísimamente tus consejos.

2. Lo segundo, se ha de ponderar que no dijo: Esto es parte de mi cuerpo ó de mi carne, sino esto es mi cuerpo todo entero y perfecto; porque aunque cualquier partecica de su carne bastara para santificarnos, quiso poner allí su cuerpo entero, su cabeza, ojos, oidos, boca, lengua, pecho, corazon, manos y piés, para significar que con sus miembros sacratísimos queria santificar todos los miembros del que le recibe, y sanar á todo el hombre entero. Con sus ojos quiere santificar los mios, con su corazon el mio, y con sus manos las mias; á la manera que el profeta Eliseo para resucitar al niño difunto (IV *Reg.* IV, 34), se encogió y juntó sus ojos, boca y manos con las del niño, y de este modo le dió vida. Y así cuando le recibo tengo de hablar con él, discurriendo por sus miembros benditísimos, y decirle: Ó dulce Jesús, pues os habeis encogido tanto en este Sacramento por dar vida á mi alma con vuestros ojos y oidos, santificad los mios, para que solamente vean y oigan lo que os agrada; con vuestra lengua purificad la mia, para que no hable palabra que os ofenda; con vuestros piés y manos fortaleced los mios, para que no falten en hacer lo que os da gusto. Ó Amado mio, abrid esos vuestros ojos de misericordia, miradme con ellos, y alumbrad los mios, para que os conozcan y crean con viva fe. Abrid esos oidos, y oid mis oraciones y gemidos, haciendo que los mios se abran para oir vuestra palabra y obedecer á vuestra santa ley. Abrid esa boca y lengua benditísima, y decidme algo al corazon, con que mi

boca se abra para bendeciros, y mi lengua nunca cese de alabaros. Abrid, Dios mio, vuestro pecho, y dilatad vuestro corazon, y metedme dentro de él, para que todo me encienda y abrase con el fuego de vuestro amor. Extended vuestras manos, y tocadme con ellas para santificar las mias en las obras que hicieren: por los pasos que dieron vuestros piés santísimos, os suplico que endereceis los mios, para que sean conformes á los vuestros, y todo mi cuerpo sea un vivo retrato de la santidad que tuvo el vuestro.

3. Lo tercero, se ha de ponderar aquella palabra última: Esto es mi cuerpo, que se da ó se entregará por vosotros, en la cual se nos da á entender que allí está el cuerpo, que habia de ser vendido y entregado á la muerte por nosotros, y que él mismo se entregaba para ser comido, y uno y otro procede de un mismo amor para con nosotros, y así tengo de considerar en este cuerpo santísimo las cinco llagas que recibió en la pasion, que son señales de su muerte y de nuestra vida, y por ellas pedirle que me vivifique y santifique, y me entre dentro de ellas, diciéndole: Ó cuerpo santísimo de mi Salvador, que fuiste en la cruz traspasado con clavos y lanza, recibiendo cinco llagas muy crueles, y ahora estás en el cielo y en este Sacramento con las mismas muy resplandecientes, yo te adoro, alabo y glorifico, y te suplico por esas llagas que cures las mias, y conviertas en hermosura y resplandor con tu gracia la fealdad é ignominia en que yo caí por mi culpa.

Punto tercero. — 1. Lo tercero, consideraré como Cristo nuestro Señor comulgó á todos los Apóstoles, ponderando la reverencia y devocion altísima con que los Apóstoles tomaron aquel benditísimo pan, y le comieron, porque en aquel instante hizo Dios otro milagro de su omnipotencia en los entendimientos y corazones de aquellos rudos pescadores y discípulos imperfectos, ilustrándolos con una lumbre extraordinaria, para que con viva fe certísimamente creyesen que lo que estaba debajo de aquella cubierta de pan era el mismo cuerpo de su Maestro; y así con la reverencia y amor que le tenian, y con la grande admiracion del nuevo milagro, le recibieron por una parte temblando de respeto, y por otra gozándose con amor por meterle dentro de sus entrañas. Ó Apóstoles sagrados, suplicad á vuestro Maestro y mio me dé el santo temor y amor con que comulgásteis, para que le reciba con el provecho que vosotros le recibísteis.

2. Lo segundo, ponderaré la grande dulzura y afectos maravillosos que sintieron los Apóstoles en aquella primera comunion; los

cuales sin duda fueron tan excelentes, que por ellos conocieron la excelencia y dignidad infinita de aquel divino manjar, probando por experiencia la diferencia del sabor y gusto de aquel divino pan, al que poco antes habian comido. Solo el desventurado Judas no halló sabor en esta comida, porque comia sin fe, sin atencion ni reverencia alguna. Para sentir mas esto, puedo piamente discurrir por los once Apóstoles, ponderando el modo como comulgaban. San Pedro avivarià allí la fe, diciendo á lo que estaba encerrado en aquel pan (*Matth.* XVI, 16): Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo. Y Cristo nuestro Señor le pudo responder: Bienaventurado eres, Simon, hijo de Juan, porque no te lo ha revelado carne y sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y cuando Cristo nuestro Señor le diese el pan consagrado, con esta viva fe llena de reverencia, diria dentro de sí (*Luc.* v, 8): Apártate de mí, Señor, porque soy gran pecador; pero por obedecer le tomaria y comeria. En san Juan puedo considerar, como avivaria los afectos de amor, viendo que su Maestro no solamente le pegaba consigo, sino le queria entrar en su propio pecho, y quédó tan absorto y con tanta éxtasis de este excesivo amor, que acabada esta cena mística, se reclinó sobre el pecho de Cristo, durmiendo el dulcísimo sueño de la contemplacion. ¡Oh quién pudiera tener tal fe y reverencia como Pedro, y tal amor y caridad como Juan, para recibir con ellos á mi Señor! ¡Oh cuán bien les pagó Cristo el trabajo que tomaron en aparejar la cena del cordero, porque como á mas queridos y fervorosos les daria mejorada la racion! Alcanzadme, Apóstoles gloriosos, este espíritu con que comulgásteis para que goce tambien de la dulzura que gustásteis. Á este modo puedo discurrir por los demás apóstoles, conforme á la devocion que en cada uno puedo imaginar.

PUNTO CUARTO. — Lo cuarto, consideraré como Cristo nuestro Señor, segun dicen comunmente los Santos, tomando un bocado de aquel pan santísimo se comulgó á sí mismo (*D. Thom.* 3 *p. q.* 81, *art.* 1), para animar á los Apóstoles á que le comiesen, y para darles ejemplo de la reverencia, modestia y devocion con que habian de comerle, porque en todo quiso enseñarnos primero con el ejemplo que con el precepto, y con la obra primero que con la palabra, y como quiso ser bautizado, así quiso comulgarse tambien. ¡Oh qué reverencia y devocion tan grande mostraria exteriormente, cuando llegaba aquel bocado á su boca, mirando la divinidad que estaba junta con la carne que allí recibia! ¡Oh qué nuevos júbilos de alegría brotarian en su ánima santísima al tiempo que se comió á sí mismo,

por el grande gozo que se le recreció de haber instituido tan admirable Sacramento! Ó dulce Jesús, ¡quién pudiera recibiros con el amor y reverencia que Vos os recibísteis, imitándola en el modo que puede ser imitada! Esta, Dios mio, os ofrezco por la que á mí me falta, y por ella os suplico me deis la mayor parte que me fuere posible, pues toda será muy debida á tan soberana Majestad.

MEDITACION XII.

DE LA CONVERSION DEL VINO EN LA SANGRE DE CRISTO NUESTRO SEÑOR, Y DE LOS GRANDES TESOROS QUE ESTÁN ENCERRADOS EN ESTA SANGRE.

PUNTO PRIMERO.— 1. Acabada la consagracion y comunion del pan, tomó Cristo nuestro Señor en sus manos un cáliz de vino, y dijo (*D. Thom.* 3 *p. q.* 78, *art.* 3): *Este es el cáliz de mi sangre del nuevo Testamento, que por vosotros y por muchos será derramada en remision de los pecados.* Y en virtud de estas palabras, el vino se convirtió en su preciosa sangre. En lo cual se ha de ponderar, primeramente la infinita caridad, liberalidad y omnipotencia de Cristo nuestro Señor, que resplandece en poner toda su sangre, sin dejar una sola gota en el cáliz para nuestro regalo y sustento. Bastara sin duda para nuestra santificacion, que en el cáliz estuviera tanta cantidad de sangre, cuanta era la del vino, ó una sola gota de sangre; pero no quiere sino que esté allí toda la sangre de sus venas, la que entonces tenia y ahora tiene en su cabeza, corazon y brazos y en todo su cuerpo, dándonosla toda liberalmente, sin dejar nada, mostrando en esto su amor y largueza, y convidándome á mí, para que yo tambien le dé toda mi sangre, si fuere menester, para su servicio.

2. Pero mas adelante pasa su caridad y liberalidad, porque no solamente da la sangre, sino la misma vasija preciosísima en que está. Como si un príncipe convidase á beber con un excelente vino en una taza sembrada de piedras muy preciosas, y dijese: Toma el vino y tambien la taza; así Cristo nuestro Señor nos da su preciosa sangre, y tambien la copa y vaso en que está, que es sus venas, su carne y cuerpo santísimo, con su ánima y su divinidad, para que todo sea bebida y comida nuestra. ¡Oh caridad inmensa! oh prodigalidad santísima! ¿Cómo no te daré yo, Señor, cuanto tengo, pues tú me das cuanto tienes con modo tan admirable?

3. Tambien tiene grande misterio aquella palabra, *mei*, mio,

de la sangre mia, no ajena, sino propia. En que nos significa su caridad, bien diferente de la de los reyes de la tierra, los cuales beben la sangre ajena de sus vasallos, y de ella hacen liberalidades, y á costa de ella defienden sus tierras y conquistan las ajenas; pero Cristo nuestro Señor con su sangre preciosa da de beber á sus vasallos, de ella hace franquezas y liberalidades, y con ella gana tesoros y reinos para ellos. Ó Rey soberano, no tirano sino padre, y padre amantísimo, que con la sangre de tus venas das la vida y sustento á tus vasallos é hijos, para que todos seamos de tu sangre real, haciéndonos (I *Petr.* II, 9): *Genus electum, regale sacerdotium, gens sancta.* Linaje escogido, real sacerdocio gente santa. ¡Oh si todo el pueblo cristiano conociese su linaje y sangre, y se preciase de ella bebiendo tus santas y generosas costumbres!

PUNTO SEGUNDO. — 1. Lo segundo, consideraré como Cristo nuestro Señor á este cáliz de su sangre llamó su nuevo Testamento. - Lo primero, para declarar la excelencia del nuevo Testamento sobre el viejo, porque este estribaba en sangre de animales, en cuanto figuraban la sangre de Cristo; pero el nuevo en la misma sangre de Cristo, en la cual está fundado, establecido y confirmado. Y así tengo de ponderar, que Cristo nuestro Señor esta noche de su pasion hizo su testamento, con muchos legados y promesas de infinito valor, porque abrazan todos los tesoros de gracia y gloria que tiene Dios para repartir con los escogidos. En este Testamento nos promete perdon de pecados, y por consiguiente de las penas eternas que merecemos por ellos. Prométenos tambien la gracia y adopcion de hijos de Dios, con la caridad, y todas las virtudes y dones del Espíritu Santo, y la herencia del cielo, que es la eterna bienaventuranza; y que oirá nuestras oraciones, y asistirá con nosotros á nuestros trabajos, y para ayudarnos en nuestras obras.

2. De todas estas promesas y legados es esta sangre la firmeza, prendas, arras, escritura y carta de privilegio: *futurae gloriae nobis pignus datur:* por la cual hemos de cobrar lo que Cristo nos ganó, y lo que nos prometió y dejó por legado en su testamento; y así el tenerle con nosotros nos ha de ser motivo de grandes afectos de amor, confianza, alegría, y seguridad de nuestra salvacion. Y cuando decimos misa, ó la oimos, ó comulgamos, hemos de ofrecer esta sangre al Padre eterno confiadísimamente, para alcanzar todo esto, diciéndole: Ó Padre eterno, la sangre de este cáliz preciosísimo te presento como escritura y señal del testamento de tu Hijo, por el cual me prometió que me darias lo que pidiese; y pues tú

eres el testamentario, cumple en mí su testamento, concediéndome lo que te pido.

3. Tambien en este testamento nos dejó Cristo nuestro Señor grandes avisos y consejos, el nuevo mandato del amor de unos con otros, la observancia de sus preceptos, y lo que pertenece á las obras de humildad, paciencia y perfeccion cristiana. Para todo esto vale la sangre que está en este cáliz; y por ella alcanzamos fuerzas para cumplirlo, procurando, como dicen, tener sangre en el ojo, y preciarnos de ser siempre valerosos en su servicio.

PUNTO TERCERO. — 1. Lo tercero, consideraré lo que Cristo nuestra Señor dijo de su sangre á los Apóstoles, que por ellos y por muchos se derramaria en remision de los pecados. — Lo primero, dice, será derramada por vosotros, para moverlos á compasion y dolor, y tambien á grande amor y agradecimiento, como quien dice: Mirad que os doy la misma sangre que tengo de derramar con graves dolores, no por mi causa, sino por la vuestra y por vuestro remedio: compadeceos de mí, que la derramo, y amadme, pues tambien os amo. Y como dijo aquella palabra, por vosotros, porque hablaba con muchos, pudiera decir á cada uno: Esta es la sangre que derramo por tí: y así puedo imaginar que me lo dice á mí. Ó amantísimo Redentor, que derramaste tu sangre por mí con tanto dolor, y me la das en este Sacramento con tanto amor, dame gracia para que me compadezca de tus dolores, y corresponda á tu amor con grandes servicios.

2. Lo segundo, dice, que será derramada por muchos, esto es, por todos los hombres del mundo, cuanto á la suficiencia, y por muchos, cuanto á la eficacia y fruto que de ella sacarán. Y en este cáliz se pone para todos aquellos por quien se derramó, y hace mencion de esto, para que conozcamos su liberalidad; pues no hay hombre en el mundo, por vil que sea, por quien no haya derramado esta sangre, y á quien no convide con el fruto de ella, aunque sea esclavo y la hez de la tierra. Ó Salvador liberalísimo, pues una gota de vuestra sangre basta para todo el mundo, aplicad su valor á muchos, para que muchos gocen el fruto de ella. Amen.

3. Lo tercero, dice, que se derramará en remision de los pecados, sin poner tasa alguna, ni en el número ni en la gravedad; porque no hay número tan crecido de pecados, ni pecado tan grave y abominable, que por esta sangre no se pueda perdonar; hasta los pecados de los sayones y verdugos, que con crueldad endemoniada la derramaron, pudieron ser perdonados por ella, porque por ellos

se derramó; y si ellos quisieran, fácilmente alcanzaran perdon. Ó sangre preciosísima del cordero Jesús, en cuya virtud todos podemos lavar y blanquear nuestras estolas (*Apoc.* VII, 14), limpiando nuestras almas de las manchas de nuestros pecados, lávame, blanquéame, límpiame y hermosea mi alma, quitando de ella las fealdades de la culpa, y poniendo en ella las virtudes de la divina gracia. - Tambien se ha de ponderar aquella palabra, *effundetur*, será derramada, en que nos representa como saldrá de su cuerpo, no gota á gota, destilándola con escasez, sino á borbollones, derramándola toda por todas las partes de su cuerpo, como se dirá en la meditacion siguiente.

—El cuarto punto puede ser del modo como Cristo nuestro Señor y sus Apóstoles gustaron de este cáliz, ponderando lo mismo que dijimos del pan. —

MEDITACION XIII.

DE LAS ESPECIES SACRAMENTALES DEL PAN Y VINO, Y DE LO QUE POR ELLAS SE NOS REPRESENTA.

—Esta meditacion y la siguiente pueden servir para cuando se oye misa, tomando algun punto de ellas, para ejercitar allí los actos de devocion, cerca del misterio que se representa. —

PUNTO PRIMERO. — 1. Lo primero, consideraré las causas por que instituyó Cristo nuestro Señor este Sacramento en dos especies diferentes de pan y vino, poniendo en la una principalmente su cuerpo, y en la otra su sangre, supuesto que verdaderamente con el cuerpo está tambien la sangre, y con la sangre su cuerpo, haciéndose compañía. Dos causas fueron las principales. - La primera, para significar que el convite que nos hacia era perfectísimo; y pues en los convites de la tierra hay comida y bebida, así tambien la hubiese en este convite celestial, aunque por su infinita excelencia con lo uno está junto lo otro; y cualquiera parte de él juntamente harta nuestra hambre y satisface á nuestra sed, por lo cual tengo de darle gracias innumerables, gozándome de que sea tan perfecto en todas sus obras.

2. La segunda causa mas principal fue para significar que su sangre preciosísima estuvo toda apartada de su cuerpo en la pasion, derramándola por nuestros pecados con dolores y tormentos gravísimos. Y así cuando oigo misa y veo alzar por sí la hostia y despues el cáliz, tengo de acordarme de este apartamiento tan doloroso, pon-

derando como en aquel cáliz está recogida toda la sangre que Cristo nuestro Señor derramó la noche y el dia de su pasion en cinco veces; es á saber, por el sudor, azotes, espinas, clavos y lanzada. Y discurriendo por cada una, puedo hacer con Nuestro Señor coloquios y peticiones, con afectos de amor y agradecimiento, y de dolor de pecados de esta manera: Ó sangre preciosísima de Jesús, que fu ste derramada en el huerto de Getsemaní por los poros de su cuerpo, con grandes tristezas y agonías de su alma; gozome de que estés recogida en este cáliz, para ser adorada de los fieles; yo te adoro y glorifico cuanto puedo, y te suplico que me libres de las tristezas y agonías eternas, que tengo merecidas por mis pecados, pues por ellos fuiste derramada. Ó cáliz preciosísimo lleno de aquella sangre que mi Señor derramó por sus espaldas, cuando fueron heridas con crueles azotes; y de la que derramó por su cabeza, cuando fue traspasada con agudas espinas, embriágame con el divino licor de esta sangre, para que todo me convierta en amor del que por mí la derramó. Ó amantísimo Jesús, que depositaste en este cáliz la sangre que derramaste en la cruz por los agujeros que hicieron los clavos en tus sagrados piés y manos, y por la herida que hizo la lanza en el costado, ¿qué te daré por tan grande beneficio (*Psalm.* CXV, 12), sino ofrecerte esta misma sangre en este cáliz de mi salud, glorificando por él tu santo nombre? Amen.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Lo segundo, consideraré las causas por que Cristo nuestro Señor quiso que la conversion y mudanza del pan y vino en su cuerpo y sangre fuese invisiblemente, quedando los accidentes visibles del pan y vino para encubrirle; pues si quisiera, pudiera fácilmente hacer alguna mudanza visible, ó poner alguna señal exterior que descubriera la grandeza interior que allí estaba encerrada. -La primera causa fue de parte del mismo Cristo nuestro Señor para humillarse, y dar nuevo y continuo ejemplo de humildad, y tambien de heróica paciencia. Porque así como en la encarnacion, el que era Hijo de Dios se humilló tomando forma de siervo, encubriendo la alteza de su divinidad con la bajeza de su humanidad, por razon de lo cual fue de muchos desconocido, despreciado y maltratado, como si fuera puro hombre; así en este Sacramento, el que era juntamente Dios y hombre verdadero, quiso humillarse á tomar sacramentalmente aquella figura exterior de pan y vino, y encubrir con ella la alteza de su divinidad y humanidad; por razon de lo cual tambien es de muchos desconocido, despreciado y maltratado, y á veces pisado, como si fuera puro pan y puro vino; lo

cual sufre con gran paciencia, sin dar muestras de venganza, para ejemplo nuestro. Ó humildísimo y pacientísimo Jesús, gracias os doy por esta rara humildad y paciencia que ejercitais para nuestro ejemplo. Ayudadme, Señor, para que á imitacion vuestra encubra lo que me puede causar honra vana entre los hombres, y sufra cualquier desprecio y agravio que recibiere de ellos. Esclareced nuestros ojos con la lumbre de vuestra fe, para que creamos y veneremos la infinita grandeza que está dentro de ese velo; pues cuanto mas por nuestra causa os humillais, tanto es mas razon que todos os engrandezcamos y alabemos por todos los siglos. Amen.

2. La segunda causa es de parte nuestra (*D. Thom.* 3 *p. q.* 75, *art.* 5), para que tuviésemos un nuevo y continuo ejercicio de heróica fe, negando todos nuestros sentidos, y los discursos que de ellos saca nuestro entendimiento, rindiéndole y cautivándole á lo que nos dice la fe. Por lo cual en las palabras de la consagracion del cáliz, llama Cristo nuestro Señor á este Sacramento: *Mysterium fidei*, misterio de la fe por excelencia. Y así uno de los grandes milagros que Cristo hizo esta noche, fue, como arriba dijimos, mudar los corazones y entendimientos de los Apóstoles de repente, á que creyesen que lo que tenia en sus manos, en diciendo: *Esto es mi cuerpo*, dejó de ser pan, y se convirtió en cuerpo del mismo que lo decia. Y conforme á esto, cuando oigo misa, ó comulgo, ó entro en la iglesia, es admirable ejercicio actuar y avivar la fe, discurriendo por los sentidos de esta manera: Creo, Señor, que aunque mis ojos ven color y figura de pan; pero no está ahí verdadero pan, sino Tú, Hijo de Dios vivo, resplandor de la gloria del Padre, y figura de su sustancia (*Hebr.* I, 3), blanco y colorado, escogido entre millares. (*Cant.* V, 10). Creo, Dios mio, que aunque mi olfato percibe olor de pan y vino; pero allí debajo estás tú mismo, verdadero Jacob (*Genes.* XXVII, 27), cuyo olor es como de campo lleno, á quien bendijo el Señor. Creo tambien que aunque mi gusto percibe sabor de pan, y mi tacto toca blandura y calidades de pan; pero con todo eso no hay allí pan terreno, sino tú, pan vivo que veniste del cielo, fuente de toda dulzura y suavidad. (*Joan.* VI, 51). Ó Salvador dulcísimo, ilustra mi entendimiento, como ilustraste el de tus Apóstoles, para que con viva fe conozca la infinita hermosura que está allí encerrada, y sea confortado con el olor suavísimo de tus virtudes, y sustentado y recreado con la dulzura de tus deleites.

3. Otra tercera causa se puede ponderar, que fue para alentar nuestra confianza, y darnos ánimo y atrevimiento á tocarle, recibir-

le y comerle; porque si no estuviera así encubierto ¿quién se atreviera á ello? Y así el amor que le hizo quedarse con nosotros, le hizo tambien que se quedase disfrazado, para que pudiésemos gozar de él con mayor union, metiéndole dentro de nosotros. ¡Oh bendito sea tal amor, que olvidado de su grandeza se acomoda á nuestra bajeza, para que los viles gusanillos no se espanten, ni huyan de ella!

PUNTO TERCERO. — 1. Lo tercero, consideraré las causas por que Cristo nuestro Señor quiso quedarse con nosotros, debajo de especies de pan y vino, mas que debajo de otra cosa visible, aplicándolas á nuestro provecho espiritual. — La primera fue, para unirse y juntarse con nosotros, no solo espiritualmente en cuanto Dios, sino corporalmente en cuanto hombre, con la mayor junta que era posible; porque no hay cosa que mas se junte con el hombre, que el manjar y bebida, la cual no se pega solamente por defuera, sino entra por la boca, y penetra las entrañas, y allá se pega con ellas: y como el amor es unitivo del que ama con la cosa amada, quiso nuestro amantísimo Jesús, no solo quedarse cerca de nosotros, sino entrar dentro de nosotros, y con esta union sacramental causar la union espiritual de verdadero amor. Ó Jesús amorosísimo, ¿cómo no tienes asco de entrar en las entrañas de un cuerpo asqueroso como el mio? ¿Quién causa esto, sino la grandeza de tu amor, que atropella las grandezas, por juntarse con nuestras bajezas? Júntame contigo con perfecta union de caridad, para que nunca me aparte de tí por toda la eternidad. Amen.

2. La segunda causa fue, para significar que obraba dentro de nuestras almas todos los efectos que el pan y vino obran en los cuerpos; porque con su presencia, y con la gracia que nos da por este Sacramento, nos sustenta, conserva y aumenta la vida espiritual; da fuerzas y alegra el corazon; resiste al calor perverso del amor propio, y repara los daños que por él nos vienen; y finalmente, nos hace semejantes á sí, imprimiéndonos sus virtudes y propiedades; y por esto dijo (*Ioan.* VI, 58): El que me come, vivirá por mí. Con estas consideraciones despertaré en mí grande hambre de este santo Sacramento, con grande estima de lo que me importa recibirle á menudo para sustento de mi alma, como importa comer á menudo el manjar corporal para sustento del cuerpo. Ó manjar del cielo, ó pan de Ángeles y pan de cada dia, ¡quién te pudiera cada dia comer para vivir por tí vida celestial y divina! Ó vino que engendras vírgenes (*Zach.* IX), y alegras el corazon del hombre (*Psalm.* CIII, 15),

ven y purifica mi alma con tu pureza, y alegra mi espíritu con tu alegría, embriagándome con la fuerza del amor.

3. La tercera causa fue, para significar que como el pan se hace de muchos granos de trigo molidos y hechos una masa, y el vino de muchos granos de uva pisados y exprimidos; así este divino manjar y bebida pide corazones unidos con verdadera caridad, y se ordena para causar esta union de muchos fieles en un espíritu, y por esta causa se llama Comunion, como union de muchos entre sí y con Cristo, de cuyo espíritu todos participan; y si para esta union es menester que yo me deje moler, pisar y hollar, mortificando en mí el ser que tengo del hombre viejo, tengo de ofrecerme á ello, en razon de gustar la dulzura de este divino manjar, y unirme con Cristo. Ó Cristo dulcísimo, que juntaste tu cuerpo con especies de pan, que primero fue molido, y tu sangre con accidentes de vino, que primero fue pisado y exprimido; yo me ofrezco á ser molido y desmenuzado, y á ser pisado y hollado, por conservar tu amor, y la union y concordia con mis hermanos, para que tú, Dios mio, te dignes de unirte conmigo en esta vida por copiosa gracia, y despues con la perpétua union de la eterna gloria. Amen.

MEDITACION XIV.

DE SEIS COSAS MISTERIOSAS QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR HIZO Y DIJO CUANDO CONSAGRÓ EL PAN Y EL VINO.

PUNTO PRIMERO. — 1. Lo primero, consideraré como Cristo nuestro Señor, con un semblante exterior grave, modesto y devoto, y poderoso, para causar reverencia y admiracion á sus discípulos, tomó de la mesa un pan en sus santas y venerables manos; y aunque pudiera consagrarlo sobre la mesa, quiso tomarle en ambas manos, para significar que la mudanza de este pan en su cuerpo era obra de su omnipotencia y liberalidad, y de sus obras meritorias, que son figuradas por las manos. -Lo primero, era obra de su omnipotencia en cuanto Dios, y de la potestad de excelencia que tenia en cuanto hombre, dada por su Padre (*Ioan.* XIII, 3); el cual puso todas las cosas en sus manos, y con ellas hizo esta mudanza tan maravillosa, de modo que él mismo tuviese á sí mismo todo entero en sus propias manos; y quedándose donde estaba, se pusiese todo entero en las manos de sus discípulos para que le comiesen. ¡Oh grandeza del poder divino! oh mudanza de la diestra del muy Alto! Gózome, Sal-

vador mio, de que vuestras manos sean tan poderosas. Mudadme con ellas, y trocadme con vuestra diestra, para que reciba la virtud de este soberano pan.

2. Lo segundo, mostró aquí la liberalidad infinita de sus manos; porque como dice David (*Psalm.* CIII, 27; CXLIV, 16), que Dios da á todos su manjar en el tiempo conveniente, y abriendo su mano los llena de bondad y bendicion; así tambien liberalísimamente nos da este manjar celestial, y abre ambas manos para llenarnos con él de bendiciones y virtudes. ¿Qué mayor liberalidad puede ser, que dársenos todo entero, sin reservar nada para sí, en precio y en sustento, y por compañero; y todo esto de balde y sin interés, solamente por ser bueno y liberal? Con esta consideracion pediré á este Señor me dé sus poderosas y liberales manos para besárselas, por las mercedes que me hace, dándole la gloria de todo lo que con ellas obra.

3. Lo tercero, fue obra de sus manos, porque con sus merecimientos, y con los trabajos de sus manos, y con el sudor de su rostro ganó este pan que nos dió á comer: y juntamente quiere que este pan sea comida, no de holgazanes, sino de trabajadores (*Psalm.* CXXVII, 2), que comen los trabajos de sus manos, y por eso son bienaventurados, disponiéndonos con ejercicio de buenas obras para comerle; y despues de comido prosiguiendo el trabajo de nuestras manos en servirle. Ó Adan celestial, que á imitacion del Adan terreno trabajaste y sudaste para ganar el pan que habias de dar á tus hijos, yo te alabo y glorifico porque me das de gracia lo que tú compraste con tan caro precio, y ganaste con tanta fatiga. Justo es, Señor, que yo trabaje con mis manos, para no ser indigno de este divino pan; pues está escrito, que quien no trabaja, no es razon que coma. (II *Thes.* III, 10).

PUNTO SEGUNDO.— 1. Lo segundo, consideraré como teniendo Cristo nuestro Señor el pan en sus manos, levantó sus ojos al cielo para significar que el pan que pretendia darles no era pan de la tierra, sino pan del cielo y pan de Ángeles, pan sobresustancial, dado por su eterno Padre (*D. Thom.* 3 *p. q.* 83, *art.* 4 *ad* 2), en cumplimiento de lo que habia prometido en un sermon cuando dijo (*Ioan.* VI, 32): *No os dió Moisés pan del cielo, sino mi Padre os da pan del cielo verdadero. Yo soy pan vivo, que bajé del cielo.* Y así levanta los ojos al cielo para mover á sus discípulos y á todos nosotros que levantemos allá los corazones con afectos de esperanza, de oracion y pureza, esperando recibir este manjar de nuestro Padre celestial que está en los cielos, y pidiéndosele con oracion afectuosa, y

disponiéndonos á recibirle con pureza de vida celestial, cumpliendo lo que dice la Iglesia en el prefacio de la misa: *Sursum corda*, arriba los corazones. Á lo cual respondemos: Ya los tenemos levantados al Señor. Ó Padre nuestro, que estás en los cielos, levanta nuestros corazones donde tú estás, y danos hoy este pan sobresustancial que bajó del cielo para dar vida celestial al mundo.

2. Luego dió gracias á su eterno Padre por esta merced tan señalada, que por sus manos hacia al mundo en darle tal Pan para su comida y sustento; enseñándonos con esto, que este pan se ha de comer con grandes afectos de agradecimiento, antes y despues de comerle, por lo cual se llama Eucaristía, que quiere decir accion de gracias. ¡Oh qué hacimiento de gracias tan fervoroso haria Cristo en aquella hora! Porque si dió gracias por el pan de cebada (*Ioan.* VI, 41) que dió á los cinco mil hombres en el desierto, ¿cuánto mayores y mas afectuosas las daria por este pan del cielo que da á los hombres en el desierto del mundo? Porque á medida del beneficio, crece el afecto del agradecimiento; y pues yo no puedo dárselas como debo, he de ofrecerle las que él dió á su Padre, y recibir el Sacramento que para este fin instituyó.

3. Hecho esto, bendijo el pan; de suerte que no solo bendijo á su Padre eterno con bendicion de alabanza y accion de gracias, sino al mismo pan con bendicion de oracion obradora de lo que bendecia. Nosotros bendecimos á una cosa con el deseo y oracion, deseando algun bien, y pidiendo á Dios que se le dé; pero Cristo nuestro Señor bendijo el pan, no solo pidiendo al Padre la conversion y transmutacion que de él pensaba hacer, sino comunicándole virtud divina, é imprimiéndole un bien tan grande, como era mudarle en su propio cuerpo, y hacerle principio y causa de las bendiciones espirituales que por su medio vienen del cielo para nuestra salud. ¡Oh eficacia de la bendicion de Cristo! Bendíceme, Salvador mio, pues tu bendecir es bien hacer, para que bendito por tí, llegue á comer este benditísimo pan, y participe de las bendiciones que nos das por él.

4. Luego partió el pan, porque no sin gran misterio tomó de la mesa un pan entero, y despues le partió y dió á sus Apóstoles; para significar,—lo primero, que todos habian de comer de un mismo pan, y beber de un mismo cáliz; y así todos habian de tener un mismo amor, por el cual habian de ser unos entre sí.—Además, para que entendiésemos, que aquel pan se podia partir sin que se partiese lo que dentro de sí tenia, porque en toda parte iba su cuerpo, y con

cada bocado daba á cada uno de los discípulos tanto como estaba en todo el pan.—Y finalmente, para significar que este divino pan no se ha de comer entero y á bulto, sino partido y desmenuzado con la meditacion, considerando todo lo que está encerrado en él, que es la carne de Cristo, su ánima santísima, su sangre preciosa, su divinidad y todos sus merecimientos; y ponderar cada cosa de estas por sí, es como partir espiritualmente el pan para comerle. Ó Redentor mio, pues yo como pequeñuelo no sé partir este pan, ni le tengo de comer si no es partido, pártemele con tu mano, para que le coma con provecho, sintiendo muy por menudo lo que en él está encerrado.

Punto tercero. — 1. Últimamente, consideraré como partido el pan, Cristo nuestro Señor le dió á sus Apóstoles, diciendo: Tomad y comed, porque esto es mi cuerpo. En lo cual se ha de ponderar aquella palabra: *Deditque discipulis suis.* Diólo á sus discípulos. ¡Oh qué dádiva tan preciosa, en la cual les dió todo lo que era, y lo que tenia, de pura gracia, solo porque es amigo de dar! oh caridad infinita! oh bondad inmensa, la cual aquí no se quiere á sí, para sí, sino á sí, para darse á nosotros! Ó Dador liberalísimo, dáteme á tí mismo, pues yo tambien soy discípulo tuyo; y aunque no merezco tal don, pero bien sé que no le das porque le merecemos, sino porque eres bueno, y gustas darnos un bien tan grande, que excede á todo merecimiento.

2. Luego ponderaré, como era tan grande la reverencia y estima que los Apóstoles tuvieron de aquel divino pan, por la luz interior de fe viva que Cristo les comunicó, que si no les dijera: Tomad y comed todos, no se atrevieran á tomarle en sus manos, ni á comerle; y así fue menester que se lo mandase, y les dijese: Tomad este pan, y mirad que no os le doy solamente para que le beseis, adoreis, y pongais sobre vuestras cabezas, ó le guardeis como reliquias para vuestro consuelo, sino para que le comais y os sustenteis con él, y comed de él todos, ninguno se excuse por título de humildad, porque le doy para todos los que sois de verdad mis discípulos, y no solamente á los presentes, sino tambien á los que sucederán hasta la fin del mundo. Ó Amado mio, pues me mandais comer este divino manjar, yo le tomaré y adoraré, y despues le comeré por obedeceros y por gozar de vuestra dulce presencia, confiado que supliréis mi indignidad con la abundancia de vuestra misericordia y liberalidad.

MEDITACION XV.

DE LA POTESTAD QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR DIÓ Á SUS APÓSTOLES PARA HACER LO MISMO QUE ÉL HABIA HECHO, Y DE LA QUE TIENEN AHORA LOS SACERDOTES PARA CONSAGRAR Y OFRECER EL SACRIFICIO DEL CUERPO Y SANGRE DE CRISTO.

PUNTO PRIMERO. — 1. Lo primero, se ha de considerar como Cristo nuestro Señor despues de haber instituido este santísimo Sacramento, dijo á sus Apóstoles (*D. Thom.* 3 *p. q.* 82, *art.* 1): *Hoc facite in meam commemorationem.* Haced esto en mi memoria. Por las cuales palabras consta, que les dió potestad de hacer lo mismo que él habia hecho, convirtiendo el pan en su cuerpo, y el vino en su preciosa sangre, mandándoles, así á ellos como á los sacerdotes que les sucediesen en la dignidad sacerdotal (*Luc.* XXII, 19), que hiciesen esto mismo en la forma que él lo habia hecho. Sobre este punto tan regalado ponderaré lo primero, la infinita caridad de Cristo nuestro Señor en haber querido dar potestad sobre su verdadero cuerpo y sangre, no á los Ángeles del cielo, sino á los hombres que viven en la tierra, para que ellos en su nombre, y representando su misma persona, puedan con verdad decir sobre el pan: Esto es mi cuerpo, y en virtud de estas palabras conviertan el pan en el cuerpo de Cristo, como el mismo Señor le convirtió, con tanta muchedumbre de milagros, que excede á los milagros de dar vista á ciegos, salud á enfermos, y vida á muertos. Ó amantísimo Jesús, ¿qué mas podias hacer de lo que hiciste por los hombres, dándoles una potestad que excede á la dignidad de Ángeles? Habias hecho al hombre poco menor que á ellos, constituyéndole sobre las obras de tus manos (*Psalm.* VIII, 6), y ahora le engrandeces mas, dándole facultad para traer del cielo tu cuerpo y sangre, y ponerla en sus propias manos. Bendígante, Señor, por esta merced todas tus criaturas, y mi ánima con sus potencias se deshaga en tus perpétuas alabanzas. Amen.

2. Pero mas hay que ponderar en la infinita liberalidad de este divino Señor, el cual no quiso limitar esta potestad á cierto número de personas, ó á lugares y tiempos determinados, para que todos pudiesen gozar del fruto de su Sacramento con abundancia. Pudiera ordenar, que no hubiera mas de un sacerdote en el mundo, ó uno en cada provincia ó ciudad; ó que los sacerdotes no pudieran consagrar, si no es siendo muy santos; ó que este Sacramento, como el

cordero pascual (*Exod.* XII, 46), no se celebrara sino en un lugar señalado, y una vez al año; pero su liberalidad no quiso poner estas tasas, dando plena facultad de que hubiese muchos sacerdotes; los cuales, aunque fuesen malos, pudiesen consagrar en todo tiempo y lugar, cada dia, y en cada iglesia y oratorio de cualquier aldea. ¡Oh largueza sin medida de nuestro Salvador! ¿Por ventura, Señor, no sabeis nuestra condicion, que si lo precioso no es raro, luego lo tenemos en poco? Pues ¿por qué quereis haya tantos sacerdotes con plena potestad de celebrar tan á menudo este venerable Sacramento? Pero vuestro amor es sin medida, y pasa por la desestima que los malos tienen de vuestros dones, en razon de hacer bien á los buenos, que usan bien de ellos. ¡Oh si todos sin tasa fuésemos largos en serviros, pues sin tasa sois largo en regalarnos!

3. Aun mucho mas hay que ponderar en la infinita humildad y obediencia que Jesucristo nuestro Señor muestra á la voz y palabra de los sacerdotes; porque desde este punto se obligó hasta la fin del mundo de venir á la voz del sacerdote, cuando consagrase, sin dilacion ni tardanza, en cualquier lugar y hora que lo hiciese, aunque fuese malo, y consagrase con dañada intencion, y aunque fuese para pisarle y echarle en el fuego, pasando por todo esto por el bien de los escogidos. ¡Oh piélago inmensísimo de la caridad de Cristo! Qué, ¿es posible que obedezca Dios la voz del hombre, y no de hombre santo como Josué (*Iosue,* X, 14), sino perverso como Judas? y que se deje tratar de manos tan sangrientas, y se sujete á tantas y tales bajezas? Ó Señor, ¡cuán amigo eres de humildad y obediencia, pues cada dia quieres darnos tan ilustre ejemplo de ellas! De este ejemplo tengo de aprender á obedecer á los prelados en todo lo lícito que mandaren, aunque sean malos y malintencionados, cumpliendo su mandato con obediencia puntual, pronta y perseverante hasta la muerte, sin cansarme de obedecer, como no se cansa Cristo de cumplir lo que una vez ofreció.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Lo segundo, consideraré como en estas mismas palabras mandó Cristo nuestro Señor á los Apóstoles, y manda á los sacerdotes de su Iglesia, que ofrezcan este sacrificio, que instituyó de su cuerpo y sangre, debajo de estos accidentes de pan y vino, en lugar de los sacrificios de la vieja ley, ponderando la excelencia de este sacrificio, y los bienes que por él nos vienen. — Lo primero, sacrificio es una ofrenda que hace el hombre á Dios de alguna cosa que le agrada, para reverenciarle y honrarle, en reconocimiento de su infinita excelencia y majestad. Pues ¿qué cosa se

puede ofrecer al Padre eterno mas preciosa, ni que mas le agrade, que su mismo Hijo, Dios y hombre verdadero, de quien él dijo (*Matth.* III, 17): Este es mi Hijo muy amado, en quien yo me he agradado? ¡Oh cuánto te debemos, Salvador del mundo, en habernos dado por Sacramento y sacrificio la cosa mejor que nos podias dar, que es á tí mismo! Y porque la ofrenda, aunque preciosa, no fuese desechada, por ser malo el que la ofrece, tú mismo quieres ser el principal oferente como sacerdote eterno (*Psalm.* CIX, 4; *Hebr.* VII, 17), segun el órden de Melchisedech, ofreciendo este pan y vino celestial por mano de los sacerdotes terrenos.

2. Lo segundo, ponderaré como este sacrificio con eminencia es causa de los tres efectos para que se ordenan los sacrificios; es á saber, en satisfaccion por nuestros pecados, en hacimiento de gracias por los beneficios recibidos, y para impetrar de Dios los bienes que deseamos, temporales ó eternos. Para estos fines he de oir ó celebrar la misa, dilatando las velas de la confianza todo lo posible, pues para todo hay en ella fundamento, confiando que por medio de este sacrificio aplacaré la ira del Padre eterno, y pagaré las deudas de mis pecados, y alcanzaré las virtudes y dones que le pidiere; y con la caridad extenderé todo el bien de mis prójimos, así vivos como difuntos del purgatorio, pues á todos puede aprovechar, diciéndome á mí mismo, para avivar mi confianza: ¿Qué pecados habrá tan graves, cuyo perdon no se alcance con este divino sacrificio del cuerpo y sangre, que se ofreció en la cruz por todos los pecadores? Y ¿qué penas por nuestras graves culpas no se pagarán con esta paga, ofreciendo las satisfacciones que nuestro Salvador ofreció para pagarlas? Y ¿qué bienes se pueden pedir á Dios, que no se alcancen por medio de tal ofrenda, en la cual sumamente se agrada? Ó Padre eterno, si tanto te agradó la ofrenda del inocente Abel, á quien mató por envidia su hermano Cain, mucho mas te agradará la ofrenda de tu inocentísimo Hijo Jesús, á quien por envidia mató su hermano el pueblo hebreo, ofreciendo su vida para remediarnos con su muerte. Acepta, ó Padre misericordiosísimo, este sacrificio en remision de mis pecados: acéptale tambien en hacimiento de gracias por los innumerables beneficios que de tu mano liberalísima he recibido, y por él te suplico me dés aquí tu copiosa gracia, y despues la vida eterna. Amen.

PUNTO TERCERO.— 1. Lo tercero, consideraré como en estas mismas palabras encarga Cristo nuestro Señor á sus Apóstoles, que hagan esto en su memoria, y especialmente en memoria de su pasion

y muerte, ponderando como Cristo nuestro Señor ofreció dos sacrificios por nuestra causa. – Uno sangriento en la cruz, y otro sin sangre la noche de la cena, y este quiso que fuese en memoria del otro, para que echemos de ver lo mucho que desea tengamos memoria de él y de su pasion sacratísima, por el bien que de ella nos resulta; pues por esta causa instituyó este Sacramento y sacrificio, en que él mismo se queda entre nosotros para despertar esta memoria, y movernos con ella á ejercitar los tres actos de agradecimiento, que son, reconocer y estimar el beneficio, y alabar al bienhechor, y hacerle algun servicio.

2. Para esto ponderaré, como Nuestro Señor, siempre que hacia á su pueblo algun beneficio señalado, ordenaba alguna cosa en su agradecimiento, por lo mucho que nos importa serle agradecidos para recibir de él nuevas gracias. Y como este beneficio de la pasion, con los dones que de él proceden, no podia ser dignamente agradecido por los hombres, quiso suplir nuestra falta, haciéndose nuestra ofrenda, para que se la ofreciésemos por los dones que nos habia dado; y como ella misma es otro nuevo beneficio, no queda otro medio para agradecerla, sino frecuentarla con la memoria dicha, procurando asistir cada dia á este venerable sacrificio, y recibir espiritualmente este divino Sacramento, y á sus tiempos sacramentalmente, al modo que se dijo en la parte I en la meditacion XXXIII y XXXIV. Ó dulcísimo Salvador, pues te quedas con nosotros para que tu presencia despierte nuestra memoria, concédeme que siempre me acuerde de tí, como tú te acordaste de mí, para que siempre te alabe por los innumerables bienes que de tí recibo. Amen.

3. Últimamente, ponderaré como Cristo nuestro Señor quiere tambien que celebremos este misterio en memoria de las heróicas virtudes que ejercitó en su vida y muerte, de las cuales es un vivo dechado este venerable Sacramento; porque como vino al mundo, no solo á redimirnos, sino á darnos ejemplo de todas las virtudes, así viene al Sacramento, no solo á santificarnos, sino á renovar los mismos ejemplos, los cuales, por ser presentes y continuos, mueven mucho á su imitacion. Y así puedo imaginar, que desde allí me está diciendo (*Ioan.* XIII, 15): Ejemplo os he dado para que hagais lo que yo hice con vosotros; y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon. Estas virtudes son la caridad, misericordia y liberalidad; la humildad, paciencia y mansedumbre, y la obediencia pronta y puntual, con perseverancia en todo esto hasta la fin del mundo, como se ha ponderado en esta meditacion y en las pasadas,

y en la parte VI se dirá mucho mas, para declarar todo lo que pertenece á este soberano beneficio. La imitacion de estas virtudes ha de ser uno de los principales frutos que he de sacar de estas meditaciones, suplicando á Nuestro Señor me ayude á ponerlas por obra. Ó Dios de las virtudes, que hiciste de ellas un memorial, dándote por manjar á los que te temen (*Psalm.* CX, 4), concédeme que de tal manera medite y reciba estos misterios, que imite tus esclarecidos ejemplos. Amen.

MEDITACION XVI.

DE COMO CRISTO NUESTRO SEÑOR EN LA CENA DIJO Á SUS APÓSTOLES QUE UNO DE ELLOS LE HABIA DE ENTREGAR, Y COMO JUDAS SE SALIÓ PARA ESTO.

PUNTO PRIMERO.— 1. *Estando Cristo nuestro Señor sentado en la mesa con sus doce Apóstoles, á deshora, se turbó á sí mismo en el espíritu, y con gran sentimiento dijo: De verdad os digo, que uno de vosotros que está conmigo en la mesa, y con su propia mano come conmigo de un mismo plato, me ha de entregar á la muerte; pero el Hijo del hombre morirá como está determinado: mas ¡ay de aquel por quien será entregado! mejor le fuera no haber nacido.* (*Matth.* XXVI, 20; *Ioan.* XIII, 21; *Luc.* XXII, 2; *Marc.* XIV, 18). Sobre este punto se ha de ponderar, lo primero, las causas de esta turbacion y sentimiento interior de Cristo nuestro Señor, que fue por ver allí á Judas entre los suyos, hombre perverso, impenitente y reprobado; el cual, aunque era solo, bastaba para turbarle, entristecerle, y aguarle el contento que allí tenia con tantos buenos y escogidos, no porque aborreciese la persona por sí misma, sino porque sumamente aborrecia su maldad, y en particular su abominable ingratitud, despues de haber recibido de él tantos beneficios. La cual quiso declarar su Majestad con gran ponderacion, diciendo: Uno de vosotros, á quien yo escogí por apóstol, y descubrí mis secretos, y dí potestad de hacer milagros, á quien he lavado los piés, y dádole á comer mi cuerpo y á beber mi sangre, comiendo conmigo de un plato y bebiendo de un cáliz, este me ha de entregar á la muerte. Ó buen Jesús, ya no me espanto de que os turbeis á Vos mismo, tomando voluntariamente esta turbacion y tristeza, pues tan horrendo crímen como este es motivo de ella: pésame de la causa que con mis desagrade-

cimientos he dado á vuestras tristezas, y con vuestro favor propongo enmendarme de ellos.

2. Lo segundo, se han de ponderar dos causas que movieron á Cristo nuestro Señor para decir estas palabras delante de los Apóstoles. – La primera, para que todos entendiesen que era Dios, y que conocia los corazones de todos, y lo que contra él tramaban; y esta ciencia era una de las circunstancias que agravaba sus trabajos, y de ella se aprovechaba, no para vengarse de sus enemigos, sino para padecer mas por ellos. - La segunda causa muy especial fue la compasion que tenia de Judas, deseando reducirle con las razones que allí le dijo, que fueron tres eficacísimas para convertir á un pecador. – La primera, avisándole que sabia sus ocultos pensamientos y malos tratos, y por consiguiente, que era su Dios y su juez, á quien nada estaba oculto. – La segunda, deshaciéndole el engaño en que fundó su pecado; porque, como arriba se apuntó, excusaba Judas su maldad, diciendo: que pues Cristo habia de morir entonces á manos de los judíos, poco daño era venderle para sacar algun dinero. A este pensamiento responde Cristo: El Hijo del hombre morirá, como está decretado; pero ¡ay del que le entregare! Como quien dice: El decreto de mi Padre, de que yo muera, no te fuerza á tí á que me vendas: libertad tienes para no hacerlo, y tuya es la culpa en quererlo hacer.

3. La tercera, fue amenazarle terriblemente con decir: Mejor le estuviera no haber nacido, que cometer tal pecado, por el cual será condenado al fuego eterno, donde deseará no ser, por no padecer tales tormentos, y no le será concedido. Con estas tres razones tengo de moverme á temblar de cualquier pecado; pues ni puede ocultarse á Dios, ni atribuirse á otra causa que á mi dañada voluntad; y es tan grave mal, que fuera mejor no ser que hacerle, y ser por él condenado.

Punto segundo. — 1. Lo segundo, consideraré lo que de aquí resultó en los demás Apóstoles, y lo que Cristo nuestro Señor hizo en este caso. Porque primeramente todos los Apóstoles se entristecieron grandemente, y preguntaron á Cristo nuestro Señor: *Maestro, ¿soy por ventura yo?* En lo cual se descubre como es de buenas almas temer culpa donde no la hay, porque temen tanto el pecado, por el grande amor que tienen á Dios, que no querrian ver su sombra ni oir que entre ellos hubiese rastro de él. ¡Oh quién tuviese tan entrañado en el corazon el amor de Cristo, que temblase de solo pensar que puede ofenderle!

2. Lo segundo, Cristo nuestro Señor, con su acostumbrada caridad y providencia, no quiso publicar el traidor, porque todavía estaba oculto, y porque no fuese ocasion de que sus Apóstoles se alborotasen contra él, dándonos ejemplo así de encubrir los pecados del prójimo aunque se hayan presto de descubrir, como tambien de quitar cualquier ocasion de discordia y alboroto en la comunidad donde estamos.

3. Solamente descubrió esto á dos personas. La una fue el mismo Judas, que con desvergüenza grande, por encubrir su delito preguntó como los demás si era él. Pero Cristo nuestro Señor, sin indignarse ni decirle injuria alguna, con grande mansedumbre y con voz baja sin que los otros lo entendiesen, le respondió: *Tú lo dices.* Que fue decirle: Tú eres el que me ha de entregar, y por tí he dicho todo esto: á tiempo estás de arrepentirte si quieres que yo te perdone. La otra persona fue su querido Juan, que estaba reclinado sobre su pecho, para que fuese testigo de la caridad que usaba con Judas, y así le dijo: *Aquel es á quien yo diere un pedazo de pan mojado, y diósele á Judas.* Y es de creer se le daria con grandes caricias y muestras de amor, como una madre le suele dar á un hijo, ó un amigo á otro muy familiar y querido suyo (*Prov.* xxv, 22), para que se vea dónde llegó la caridad de Cristo, que con haberse turbado y entristecido con la traicion de aquel hombre, no cesó de darle muestras de amor para reducirle á su amistad. Gracias te doy, Salvador amorosísimo, porque no te cansas de echar brasas sobre la cabeza del que te aborrece, regalándole con tan amoroso bocado, para enternecer y ablandar su corazon.

PUNTO TERCERO. — 1. Lo tercero, se ha de considerar como el desventurado Judas tomó aquel bocado, pero con grande pertinacia y obstinacion en su propósito, como quien decia: Por mas que me regales tengo de venderte y sacar el dinero que perdí; y en pena de esta pertinacia le sucedieron dos terribilísimos castigos. -El primero, fue permitir que tras el bocado entrase en él Satanás. Dos veces entró en Judas, como consta del Evangelio. (*Luc.* xxii, 3). -La primera, para persuadirle que vendiese á Cristo nuestro Señor, á lo cual dió su consentimiento, como arriba se dijo. -La segunda, para que lo ejecutase con diligencia, instigándole á que se saliese de aquel cenáculo (*Ioan.* xiii, 27), y fuese á poner por obra la entrega que tenia tramada. Y esta fue en tomando aquel bocado de pan, para que se vea cuán peligrosa cosa es usar mal de los regalos de Dios y de las señales de amor que nos da; y por consiguiente, cuán peligroso es recibir en

mal estado el pan de vida mojado en la sangre preciosísima que en sí encierra, y se nos da en señal del perfecto amor que Cristo nos tiene. Porque en castigo de este atrevimiento y desagradecimiento, tras el bocado entra Satanás, y se apodera del corazon, y le instiga á otros innumerables y abominables pecados.

2. El segundo castigo fue, decirle Cristo nuestro Señor (*Ioan.* XIII, 27): *Quod facis, fac citius.* Lo que haces, hazlo mas presto. Que fue como desampararle y dejarle de su mano, permitiendo que cumpliese su dañada voluntad, como quien dice: Hasta ahora te he detenido en mi compañía y en este cenáculo, haciéndote muchos regalos y favores para que te arrepintieses de tu pecado; mas pues no quieres, yo alzo la mano de tí, y permito que vayas á ejecutar lo que deseas, y pues has de ir, vé presto, porque mayores ganas tengo yo de morir, que tú de entregarme á la muerte. ¡Oh caridad inmensa de Jesús! oh dureza endemoniada de Judas! Por mucho que Judas desea vender á Jesús, mucho mas desea Jesús ser vendido y entregado á la muerte por salvar á Judas; mas cuando la maldad llega á resistir á la caridad, entra su hermana la justicia á vengar su injuria, y juzga que sea desamparado quien con rebeldía no quiso ser curado, conforme al dicho del Profeta (*Ierem.* LI, 9): Curado hemos á Babilonia, y no ha sanado, desamparémosla. Por tanto, alma mia, canta á tu Dios misericordia y juicio (*Psalm.* C, 1), para que si la misericordia no te aficionare á lo bueno, el juicio te aparte de lo malo, y recabe el temor del justo Juez lo que no recaba el amor del misericordioso Padre.

PUNTO CUARTO. — 1. Lo cuarto, se ha de considerar como habida esta licencia permisiva, Judas se salió del cenáculo, y Cristo nuestro Señor dijo (*Ioan.* XIII, 31): *Ahora es clarificado el Hijo del hombre, y Dios es clarificado en él, y luego le clarificará.* Por las cuales palabras pretendió enseñarnos dos cosas de mucho consuelo.-La primera, que con la salida de Judas quedaba glorificado, porque su escuela y rebaño quedaba puro y santo, al modo que lo será el dia del juicio, cuando con grande gloria venga á juzgar, apartando los malos de entre los buenos y escogidos. De suerte, que como se turbó y entristeció de ver á Judas entre sus escogidos, así se gozó y glorificó de verle apartado de ellos. ¡Oh quién fuese tal que pudiese glorificarse Cristo de tenerle en su santa compañía! No permitas, Señor, que lleguen á tanto mis pecados, que sea honra tuya echarme de ella.

2. La segunda fue, que con la salida de Judas se daba principio á su pasion por la cual era glorificado, porque su gloria era mo-

rir por la gloria de su Padre; y Dios era glorificado en él, y le glorificaria con milagros en la pasion, y luego con la gloria de la resurreccion. Por donde se ve con qué ojos miraba Cristo nuestro Señor sus ignominias, pues la llamaba su gloria: y tambien con qué ojos mira Dios las ignominias de los escogidos, pues se glorifica en ellas, y por ellas los glorifica y honra con suma gloria, para que yo aprenda á gloriarme de padecer por Cristo, pues Cristo es glorificado en que yo padezca, y él me glorificará porque padezco. Por tanto, ó alma mia, gloríate con el Apóstol en las tribulaciones y en la cruz de Cristo (I *Cor.* XII, 10), pues de ellas y por ellas es glorificado Cristo á quien sea honra y gloria por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XVII.

DE LA CONTIENDA DE LOS APÓSTOLES SOBRE LA MAYORÍA, Y COMO CRISTO NUESTRO SEÑOR LES CORRIGIÓ Y AVISÓ DEL ESCÁNDALO QUE HABIAN DE PADECER AQUELLA NOCHE; Y Á PEDRO DE QUE LE NEGARIA TRES VECES.

PUNTO PRIMERO. — 1. En acabando Cristo nuestro Señor de decir que ahora era clarificado y que su Padre le clarificaria, luego brotó en los Apóstoles un espíritu de ambicion y contienda sobre quién de ellos era el mayor. (*Luc.* XXII, 24). En lo cual se descubre la viveza de esta pasion de honra, la cual luego salta en cualquier ocasion; y los que poco há estaban tristes por la nueva de que uno de ellos habia de entregar á su Maestro, ahora andan en porfías sobre quién privará mas con él, y quién seria mayor y mas honrado. Cristo nuestro Señor luego atajó esta contienda y la raíz de ella, diciéndoles. — Lo primero, que en su escuela se habia de proceder diferentemente que en el mundo y entre los reyes de las gentes; porque quien quisiere ser mayor ha de procurar ser como el menor, y el que desea preceder á todos ha de tratar de servir á todos, al modo que él estaba entre ellos como siervo, sirviéndoles con humildad, como ya se ponderó en la meditacion XXIII de la parte III.

2. Luego añadió para animarles á esto: *Vosotros habeis permanecido conmigo en todas mis tentaciones y tribulaciones; pues perseverad en esto, y no en pretender mayorías, porque yo por testamento dispongo y ordeno daros mi reino, como mi Padre me lo dió á mí, esto es, ordeno que entreis en mi reino por humillaciones y tribulaciones, como yo entré en él por ellas.* Ó dulce Jesús, yo acepto el legado de vuestro

reino con condicion de la perseverancia en los trabajos por vuestro servicio. Ayudadme Vos á la perseverancia, porque no pierda la corona. De aquí sacaré, que si hubiese de tener algun modo de contienda con otros, no ha de ser sobre la excelencia, sino sobre la bajeza, deseando el postrer lugar y la sujecion á todos, porque este es el camino para ser mayor en el reino de Cristo.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Lo segundo, consideraré como Cristo nuestro Señor dió á sus Apóstoles otra triste nueva, diciéndoles (*Matth.* XXVI, 31; *Ioan.* XIII, 37; *Zach.* XIII, 7): *Todos vosotros seréis escandalizados en mí esta noche, porque escrito está: Heriré al Pastor, y serán esparcidas sus ovejas; pero despues que resucitare os veré en Galilea.* Como quien dice: Vosotros, á quien he favorecido y regalado tanto, habeis de recibir escándalo con lo que veréis pasar por mí esta noche, y me desampararéis, y vendréis á perder la fe ó titubear en ella; pero no desespereis por esto, porque yo resucitaré, y os recogeré en Galilea. Esto dijo para humillarlos por una parte y abajar los humos de su ambicion, avisándoles de la flaqueza y cobardía que habian de tener, y por otra parte para prevenirlos porque no desesperasen ni se amilanasen por su caida, prometiéndoles que los visitaria. Y de ambas cosas he de sacar aviso para vivir con temor de no escandalizarme y dejar á Cristo, y para no desesperar si alguna vez le dejare, pues tan benigno se muestra en querer recibirme.

2. Á esto respondió Pedro: *Aunque todos se escandalicen, yo no me escandalizaré; antes estoy aparejado para ir contigo á la cárcel y á la muerte.* En las cuales palabras se descubre, que el fervor sin humildad es causa de muchos yerros. Tres cometió Pedro aquí. — El primero fue contradecir á Cristo, que fue un modo de no darle crédito á lo que habia dicho. — El segundo fue presumir de sí mas que de los otros, anteponiéndose á ellos. — El tercero fue presumir de sus fuerzas mas de lo que podia, y jactarse de ello. De aquí resultó que los demás Apóstoles por no quedar inferiores á Pedro y no ser notados de cobardes todos dijeron lo mismo, que estaban aparejados á seguir á Cristo hasta morir. Y si esto dijeran con humildad, pidiendo á su Maestro que los ayudara, no erraran; pero como nacia de presuncion, no fue agradable á Cristo nuestro Señor, el cual pudiera responderles aquello de Jeremías (*Ierem.* XLVIII, 29): Oido habemos la soberbia de Moab, en gran manera es soberbio. Yo conozco su jactancia, y que no es conforme á ella su fortaleza, ni aun hará lo poco que podia. Lo cual se cumplió á la letra en los discípulos.

3. Pero Cristo nuestro Señor, dejando á los demás, se volvió á Pe-

dro, y le dijo: *Dígote de verdad, que antes que el gallo cante, me negarás tres veces.* Que fue decirle: Tú que presumes mas que todos, te escandalizarás mas que todos esta misma noche, porque en ella me negarás tres veces. Parece que permitió Nuestro Señor estas tres negaciones de Pedro, en castigo de los tres yerros que cometió en las palabras que dijo, como despues verémos en la meditacion XXVIII. De donde sacaré aviso para no presumir de mí ni anteponerme á otros, sino con humildad, temiendo mi flaqueza, suplicaré á Nuestro Señor no me deje de su mano, porque soy tal, que aunque todos no se escandalicen, yo me escandalizaré si él no me favorece. Mira, Dios mio, esta gran flaqueza mia, compadécete de ella; porque si tú no me ayudas, en cualquiera ocasion de escándalo será cierta mi caida.

Punto tercero. — 1. Lo tercero, se ha de considerar otro aviso que Cristo nuestro Señor dió á Pedro, y de camino á los demás discípulos, diciendo (*Luc.* xxii, 34): *Mirad que Satanás ha deseado y pedido cribaros como á trigo, pero yo he rogado por tí, ó Pedro, para que no falte tu fe, y tú despues de convertido confirma á tus hermanos.* En las cuales palabras se encierran tres grandes avisos.—El primero, que Satanás su adversario habia pedido licencia para tentarlos, porque sin esta licencia no pudiera, como ni pudo tentar á Job (*c.* i, 12), ni aun entrar en los cuerpos ni hacerles daño. (*Matth.* viii, 31). Pero concedióselo la licencia porque así convenia; porque dado caso que el demonio pretendia turbarlos y esparcirlos, como quien criba trigo sin tiento alguno; pero Dios nuestro Señor pretendia convertir aquella tentacion en provecho suyo, para que quedasen mas humildes y puros en adelante, como el trigo bien cribado queda limpio de la neguilla y paja. Y esto me ha de ser motivo de consuelo cuando soy tentado, imaginando que la tentacion es como el cribo; y aunque el demonio me cribe con furia, no para apurarme sino para derribarme, pero la divina proteccion suele cercar el cribo y defender al que es cribado, y tener la mano al demonio con tal tiento, que no derribe, sino limpie y perficione, y no me faltará esta proteccion, si con humildad y confianza acudo á la divina misericordia.

2. El segundo aviso fue, que él habia rogado por Pedro para que no desfalleciese ni faltase su fe, dándole á entender que sin duda pereciera, y Satanás prevaleciera contra él hasta del todo destruirle, si no fuera por su oracion y proteccion. Ó amantísimo Jesús, suplico á tu divina Majestad que si dieres licencia á Satanás que me cribe como á trigo, tú seas mi abogado y protector para que no desfallezca mi fe, ni falte en la caridad: convierte, Señor, la tenta-

cion en mi provecho, para que la aficion que padeciere sirva de apurarme en el crisol, apartando de mí todo lo malo que tuviere. (I *Cor.* x, 13).

3. El tercer aviso fue: *Y tú despues de convertido, confirma á tus hermanos.* En lo cual se descubre la misericordia de este Señor con que templó el rigor pasado; porque como le reveló que habia de negarle tres veces, así le reveló que se convertiria, para que no desesperase cuando se viese caido. Además, le exhorta á que se muestre agradecido por las mercedes que recibirá en su conversion, ayudando él á sus hermanos para que tambien se convirtiesen; donde se ve la caridad de Cristo nuestro Señor para con los suyos, pues no le dijo, cuando te convirtieres dame muchas gracias, porque rogué por tí, sino confirma á tus hermanos en la fe y confianza: mira por ellos, ayúdalos en lo que fuiste ayudado, y en esto me pagarás algo de lo mucho que por tí he hecho.

MEDITACION XVIII.

DEL SERMON QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR HIZO DESPUES DE LA CENA.

—Acabada la cena, hizo Cristo nuestro Señor á sus Apóstoles un devotísimo y excelentísimo sermon, en el cual ejercitó maravillosamente los tres principales oficios que tuvo de maestro, consolador y abogado. Como maestro, les exhortó á heróicos actos de virtud; como consolador, les hizo grandes promesas para su consuelo, y como abogado, rogó por ellos á su eterno Padre, como se irá ponderando en esta meditacion y en la siguiente.

PUNTO PRIMERO. – *Del amor de Dios.* — 1. Comenzando por el amor de Dios, que es el primero y supremo mandamiento, en este sermon exhortó Cristo nuestro Señor á sus Apóstoles á que le amasen, trayéndoles grandes razones para ello. Entre otras cosas les dijo (*Joan.* xv, 9): *Como el Padre me amó, así os he amado, permaneced en mi amor;* como quien dice: El amor que os he tenido no es como quiera, sino como el amor que mi Padre me tiene, comunicándoos de gracia muchos de los dones que mi Padre me ha dado, y por esto os aviso que permanezcais en mi amor, procurando de vuestra parte conservar este amor que os tengo para que yo por vuestra culpa no deje de amaros, y procurando tambien amarme como yo os amo, porque amor no se paga sino con semejante amor, y el amor

mueve á ser amado. Ó Amador dulcísimo, ¡con qué palabras mas encarecidas podias declarar la grandeza del amor que nos tienes, que con decir que nos amabas como tu Padre te amó! ¡Y con qué razones mas eficaces nos podias mover á que te amásemos, que con decirnos la grandeza del amor con que nos amas! ¡Oh si pudiese amarte con un amor semejante al tuyo, pues con tal amor quieres ser amado!

2. *De la obediencia á los mandamientos.* — Lo segundo, les dijo como este amor principalmente se descubria en la obediencia y guarda de sus mandamientos, trayéndoles grandes motivos para ello, y así les dijo (*Ioan.* XIV, 15): *Si me amais, guardad mis mandamientos; el que guarda mis mandamientos, ese es el que me ama; y el que me ama será amado de mi Padre, y yo le amaré, y le manifestaré á mi mismo: si alguno me ama, guardará mis palabras, y mi Padre le amará, y ambos vendrémos á él y harémos morada en él.* En las cuales palabras nos enseña que el verdadero amor de Dios no está ocioso ni vive á su libertad, sino trabaja por cumplir la voluntad de Dios, y en esto se encierran tres grandes bienes. — El primero, ser amado del eterno Padre con especiales señales de amor, y si tan gran bien es ser amado y querido de los reyes de la tierra, ¿cuán gran bien será ser amado del Rey del cielo, porque nada puede faltar al que priva con tal rey? — El segundo, que el Padre y el Hijo, y por consiguiente el Espíritu Santo, morarán dentro de él, y estarán en su alma rigiéndola, regalándola y teniendo especial cuidado de ella. — El tercero, es que Cristo se les manifestará así en esta vida, por la luz de la fe muy esclarecida con la gracia de la contemplacion, como en la otra, por la vision beatífica con que se ve á Dios claramente. ¡Oh dichosos los que aman á Cristo cumpliendo sus mandamientos, pues tan grandes bienes alcanzarán por ello! Ó alma mia, ama obedeciendo y obedece amando para que te purifiques con esta obediencia de caridad (I *Petr.* I, 22), y veas al que amas, y te goces con su vista por todos los siglos. Amen.

3. Lo tercero, púsose á sí mismo por ejemplo y dechado de todo esto, diciendo: *Si guardais mis mandamientos permaneceréis en mi amor; como yo guardé los preceptos de mi Padre y permanezco en su amor, así en el amor que me tiene como en el que yo le tengo.* De modo, que la guarda de los mandamientos de Dios conserva el amar nosotros á Dios y el ser amado de él, y todo á imitacion de Cristo, mirando cómo guardó él estos mandamientos poniendo su vida por cumplirlos. Ó Amado mio, deseo cumplir la voluntad de tu Padre

como tú la cumpliste, amándote como le amaste, para ser amado como tú lo fuiste. *Diligam te, sicut diligor à te.* Ámete como me amas. Y pues me mandas que te ame, dame lo que me mandas, para que pueda amarte como quieres.

—En la parte VI se dirá mas largamente de este punto.—

PUNTO SEGUNDO. – *Del amor de unos con otros.* — 1. Con el precepto del amor de Dios anda junto el precepto del amor del prójimo, al cual exhortó Cristo nuestro Señor á sus Apóstoles tres veces en este sermon, con palabras muy encarecidas. La primera vez les dijo (*Ioan.* XIII, 34): *Un mandamiento nuevo os doy, que os ameis unos á otros como yo os amé, y con esto conocerán que sois mis discípulos, si tuviéreis amor unos con otros.* Llama á este mandamiento nuevo, porque él le renovó, que estaba muy caido, y le puso en perfeccion, y como fundamento de la ley nueva, que toda es ley de amor, y por él somos semejantes al Adan nuevo, y somos renovados en el espíritu, y alcanzamos la nueva dignidad de hijos de Dios, por la adopcion de Cristo, y porque nos pone nuevo dechado y ejemplo de amor. El precepto de amor antiguo decia: Amarás á tu prójimo como á tí mismo. Este precepto nuevo dice: Que le amemos como Cristo nos amó, esto es, con la pureza y fervor y con la intension que él nos amó, á semejanza suya, queriendo y procurando para nuestros prójimos, principalmente los bienes espirituales, aunque sea con pérdida de nuestras comodidades temporales. Y para que estimemos este amor dice, que este ha de ser la divisa y señal de sus discípulos, por la cual han de ser conocidos por tales, que fue decirles: Los discípulos de Moisés son conocidos por la observancia de las ceremonias de la ley: los del Bautista por ayunos y asperezas; los de los fariseos por los vestidos y ceremonias exteriores; los de los filósofos por dichos y sentencias agudas, pero los discípulos de mi escuela por el amor de unos con otros; y aunque puede haber otras señales, como son: la fe, la profecía, los milagros y otras obras muy gloriosas; pero esta del amor es la certísima y puede hallarse en todos, sin la cual las demás son imperfectas. Y por esto dijo el Sábio: Que los hijos de la divina sabiduría son la Iglesia y congregacion de los justos, cuya nacion y condicion propia es obediencia y amor (*Eccli.* III, 1); porque como las naciones del mundo se conocen por los lenguajes ó trajes, ó por los fueros y otras señales exteriores, así la nacion de los hijos de la Sabiduría encarnada, que es Cristo, se conoce por obediencia y amor de Dios y de unos con otros entre sí. Ó Maestro dulcísimo, dame la señal de los que cursan en tu escuela, para que por ella no solamente

yo sea conocido, sino tambien tú seas glorificado, pues la virtud del discípulo es gloria de su maestro.

2. La segunda vez les dijo (*Ioan.* XV, 12): *Este es mi precepto, que os ameis unos á otros como yo os amé: ninguno tiene mayor amor que este, que es dar la vida por sus amigos.* En las cuales palabras al mandamiento del amor que llamó nuevo, llama ahora suyo; porque aunque los demás sean tambien suyos, pero este lo es por excelencia: es suyo, porque en él funda su ley, y se preció de guardarle perfectísimamente, y porque le estima en mas que á los otros, y con él hace á los hombres suyos, sus hijos, sus amigos y sus fieles siervos, y con él les da sus cosas propias; esto es, su gracia y la herencia de la gloria, y á sí mismo se da por suyo. Finalmente, es precepto suyo, porque él mismo se pone por dechado de este amor, cuya suprema perfeccion consiste en dar la vida, si fuere menester, por sus amigos, esto es, por aquellos á quien ama, como él la dió por nosotros. (*Rom.* V, 10). Ó Amador infinito que diste la vida por todos, porque á todos amaste, y aunque eran tus enemigos la ofreciste por ellos para convertirlos en amigos, dame un amor tan perfecto como este, pues no es razon quiera yo mi vida siendo tan vil y miserable, mas que tú quisiste la tuya siendo tan preciosa y admirable.

3. La tercera vez les dijo (*Ioan.* XV, 17): *Estas cosas os mando, que os ameis unos á otros.* En las cuales palabras claramente da á entender, que todas las cosas que mandó en su ley y todos los demás mandamientos están cifrados en este uno del amor, y por esto dijo: Estas cosas os mando, que os ameis, porque si os amais, con esto cumpliréis todas las demás; porque el cumplimiento de la ley es el amor. (*Rom.* XIII, 10). Tres veces repite este precepto para que esté mas firme en el corazon, y todas tres le llama precepto, con no haber usado de este vocablo cuando les encargó que le amasen, como quien dice: Para que me ameis, no será menester diga yo que os lo mando, porque el amor que os tengo y los bienes que os he hecho están diciendo que me ameis; mas para que ameis á vuestros prójimos quiero mandarlo expresamente una, dos y tres veces, porque no os descuideis en este amor.

PUNTO TERCERO. — *De la oracion y confianza.* — 1. Otras tres veces exhortó Cristo nuestro Señor á sus Apóstoles en este sermon al ejercicio de la oracion, declarándoles la confianza y las demás condiciones que habian de acompañarla. — Lo primero, les dijo (*Ioan.* XIV, 12-14): *El que cree en mí, hará las obras que yo hago y otras mayores, porque voy al Padre, y cualquier cosa que pidiéreis en mi*

nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo: y si me pidiéreis alguna cosa en mi nombre, tambien lo haré. En las cuales palabras nos enseña que la oracion con la fe viva y esperanza cierta en su palabra, es poderosa para alcanzar del Padre eterno y del mismo Cristo fuerzas y poder para hacer obras maravillosas semejantes á las que él hizo en este mundo, así obras de virtud y santidad, como obras de milagros mayores que los suyos, si fuere menester; y para certificarnos de esto, repite lo mismo segunda vez, y dice, que es gloria de su Padre conceder esto por su Hijo, para que entendamos cuán de buena gana lo cumplirán ambos.

2. *Obediencia con amor hace ser oida la oracion.* —Lo segundo, les dijo (*Joan.* XV, 7): *Si permaneciéreis en mí, y mis palabras permanecieren en vosotros, todo lo que quisiéreis pediréis, y dárseos ha.* En las cuales palabras nos enseña la maravillosa eficacia y trabazon de la oracion, con la union á Cristo por amor y por obediencia á sus palabras; porque en manos de la voluntad unida de esta manera con Cristo, se pone el querer y el pedir; y el mismo Cristo nuestro Señor se obliga á conceder lo que pidiere: lo cual se entiende cuando quiere y pide, movida de esta divina union y segun ella, la cual nunca quiere mas de lo que Dios quiere, ni pide sino lo que da gusto á Dios, porque no tiene voluntad propia, sino la de Dios toma por suya: y por esta razon dice santo Tomás (3 *p. q.* 21, *art.* 4), que siempre se cumple la oracion de los que de esta manera oran. Ó Dios de mi alma, concédeme que siempre esté unido contigo, y tus palabras y preceptos estén siempre unidos conmigo, amándolos y cumpliéndolos de corazon; porque cierto estoy que si te amo, obedezco y concierto mis quereres conforme á la ley del amor, cuanto quisiere puedo pedir, y cuanto pidiere me darás, porque gustas de hacer placer á quien te le hace, y de cumplir la voluntad del que siempre cumple la tuya. (*Psalm.* CXLIV, 19).

3. *De la promesa de oir nuestras oraciones.* —Lo tercero, les dijo (*Ioan.* XVI, 23): *De verdad, de verdad os digo, si alguna cosa pidiéreis al Padre en mi nombre, él os la dará: hasta ahora no habeis pedido nada en mi nombre, pedid y recibiréis, para que vuestro gozo sea lleno.* En las cuales palabras con grande asseveracion les hace una solemne promesa de que se les dará cuanto pidieren en su nombre, y luego les exhorta á que usen de ella, para que por la experiencia prueben su verdad, y se gocen enteramente cuando la vieren cumplida. Para que se entienda la excelencia de esta promesa, se ha de ponderar quién es el que la hace, á quién se hace, quién la ha de

cumplir, á quién se ha de pedir, por qué títulos, qué cosas, y con qué modo. - El que hace esta promesa es el Hijo de Dios vivo, cuyo nombre es fiel y verdadero (*Apoc.* XIX, 11), y la misma verdad y sabiduría infinita que no puede engañarse ni engañarnos: y sabe muy bien lo que promete, y lo que puede y quiere cumplir y conviene que se cumpla, y así de todas partes es certísima.

4. Á quién se hace la promesa, es á los discípulos de Cristo que estaban con él en aquel cenáculo, habiéndose ya salido Judas; que es decir, hácese solamente á los que creen en Cristo y esperán en él, y desean servirle y obedecerle como discípulos, y no á los pecadores rebeldes y obstinados que se apartan de su escuela y obediencia. Y en este sentido dijo el otro ciego (*Ioan.* IX, 31), que Dios no oye á los pecadores. Y el Sábio dice: que quien cierra su oido para no oir la ley, su oracion será desechada. Pero aunque sean pecadores, si desean no serlo, sino ser discípulos de Cristo, tambien tienen parte en esta promesa cuando piden ser admitidos á su escuela, porque nuestro Padre celestial da su espíritu bueno al que se le pide, para dejar de ser malo; pero mas especialmente gozan de ella los que permanecen en Cristo, y sus palabras permanecen en ellos, como está dicho. (*Ioan.* XV, 4).

5. El que ha de cumplir la promesa ó á quién se ha de pedir es el Padre; esto es, aquel Señor que por excelencia merece este nombre, y es padre amoroso, cuidadoso y todopoderoso para dar á sus hijos cuanto le pidieren, mucho mejor que todos los padres de la tierra, porque da sin perder nada, y sus gustos son dar á todos. Y por esto dijo Cristo nuestro Señor (*Luc.* XI, 13): *Si vosotros siendo malos, dais á vuestros hijos los bienes que habeis recibido, ¿cuánto mas vuestro Padre celestial, que por naturaleza es bueno, dará su buen espíritu á cualquiera que se le pidiere?* Tambien ha de cumplir esta promesa el mismo Hijo de Dios, que nos amó tanto que murió por nosotros, y es tan liberal y amigo de dar que se da á sí mismo, y nos manda que pidamos por el deseo que tiene de darnos. Y finalmente, tambien la ha de cumplir el Espíritu Santo, que es un Dios con los dos, el cual, como dice el Apóstol (*Rom.* VIII, 26), pide por nosotros inspirándonos á pedir, por las ganas que tiene de dar. - Los títulos para pedir son el nombre de Cristo, esto es, la bondad de Cristo nuestro Señor con todas sus virtudes y merecimientos, y por los trabajos de su vida y muerte, y por los servicios que hizo al Padre, y por su gloria y honra, para que sea su nombre glorificado. De suerte, que no tengo de pedir en mi nombre, ni confiando en mi

virtud ni en mis merecimientos, ni para gloria de mi nombre, sino dejando todo esto, y desconfiando de mí, estribar en Cristo mi Señor, y ordenar lo que pidiere para gloria suya.

6. Las cosas que abraza la promesa, son todas las que son decentes y convenientes á la bondad del Padre que las ha de dar, y al nombre y virtud del Hijo por quien se piden, y á la necesidad del que las pide para bien de su alma, ó de otros para quien pide, sin poner tasa en esto, pues no la puso el que hizo la promesa. De donde se sigue (*D. Basil.* De Constit. Monastic. *c.* 1), que pues Dios quiere ser largo en dar, no tengo yo de ser corto en pedir, sino pedir como quien pide al liberalísimo Dios, y pedir como dice Cristo nuestro Señor: *Ut gaudium vestrum sit plenum.* Que nuestro gozo sea lleno, esto es, pedir no principalmente cosas terrenas que no pueden dar gozo lleno, sino las cosas celestiales, y esas no cortamente, sino con tanta abundancia, que llenen nuestro gozo y harten nuestro deseo, primero en esta vida temporal, y despues en la eterna.

7. El modo con que se ha de pedir es con gran fe y confianza en la bondad y liberalidad del que promete y ha de dar lo que se pide, y en los merecimientos del medianero por quien se pide. Esta es la fe de quien dijo Cristo nuestro Señor por san Marcos (*Marc.* xi, 22): *Habete fidem Dei,* tened fe de Dios, esto es, una fe que sea grandísima, fe digna de Dios, fe altísima, que dejando todo lo bajo de la tierra, ponga sus áncoras en el cielo, y espere de Dios todo lo que ha prometido, estribando en su palabra y en quien él es. Esta es la fe que en otras partes compara al grano de mostaza, de la cual se dijo en la parte III, meditacion XXXVIII. Con esta fe se ha de juntar grande perseverancia, hasta que nuestro gozo sea cumplido; esto es, hasta que por experiencia veamos que somos oidos, y nos gocemos de ello, y alcancemos el gozo lleno que se recibe con los dones que nos dan. ¡Oh Redentor del mundo, que tan liberal eres en prometer y tan fiel en cumplir lo que prometes! Gracias te doy por esta liberalidad y fidelidad que en todo muestras, suplícote me dés gracia para que te pida lo que me mandas pedir, y con el modo que quieres que lo pida, para que mi gozo sea lleno, recibiendo lo que pido, y gozándome con tus dones, y mucho mas contigo, dador de ellos, porque nunca mi gozo será lleno, si no es teniéndote á tí que eres mi sumo gozo por todos los siglos. Amen.

—Lo que resta de esta promesa, pondrémos en la meditacion XXXIII de la parte VI.—

PUNTO CUARTO.—*Razones de consuelo en los trabajos.* — 1. Gran parte del sermon gastó Cristo nuestro Señor en animar á sus Apóstoles, y consolarlos en los trabajos presentes, y en otros que despues habian de padecer en el mundo, trayéndoles muchas razones, de las cuales apuntaré algunas, aunque no por el mismo órden, para que nos sirvan de puntos de meditar y de motivos para consolarnos y alentarnos á sufrir con paciencia las persecuciones y trabajos que nos sucedieren.—La primera razon es, por el ejemplo de lo que el mismo Cristo padeció (*Ioan.* XV, 20): *Acordaos*, dice, *de las palabras que os he dicho: No ha de ser el siervo mayor*, ó mas privilegiado *que el señor: si á mí persiguieron, tambien perseguirán á vosotros. Echaros han de las sinagogas, y vendrá hora en que quien quiera que os matare, piense que hace servicio á Dios, y estos trabajos os vendrán por mi causa.* ¡Oh dichosos trabajos cuya causa es Cristo, y por los cuales somos semejantes á Cristo! No quiero, Señor mio, privilegio de exencion de trabajos, pues siendo yo vuestro siervo, es grande honra mia pasar por la ley que pasó mi Señor.—La segunda, porque ser perseguidos, es señal y prenda de que no son del bando reprobado del mundo; y por consiguiente, que son del bando de Cristo, y de sus escogidos. *Si el mundo*, dice, *os aborrece, sabed que primero me aborreció á mí: si fuérais del mundo, el mundo amara lo que es suyo; mas porque no sois del mundo, sino yo os escogí y saqué del mundo, por eso os aborrece el mundo.* Ó buen Jesús, de tu bando quiero ser, y no del mundo; y si el mundo me aborreciere y persiguiere, de esto me alegraré, porque tú volverás por mí, pues me persigue por tí.

2. La tercera razon es, porque estos trabajos y tristezas se convertirán presto en gozo. Así como la mujer cuando pare tiene gran tristeza y dolor, pero despues se goza por el hijo que le ha nacido en el mundo (*Ioan.* XVI, 20), y el mismo hijo, que fue causa de su dolor, es despues causa de su gozo: el dolor duró poco tiempo, el gozo mucho, y es tan grande, que hace olvidar los dolores del parto; así tambien vosotros teneis tristeza por mi ausencia, y por mi muerte; pero yo resucitaré, como quien de nuevo nace en el mundo, y convertiré vuestro llanto en gozo. Teneis grandes dolores, como de parto, predicando mi ley, haciendo lo que os mando, porque se levantarán grandes persecuciones contra vosotros; pero eso mismo que os diere tristeza, será ocasion de alegría tan grande que os haga echar en olvido la tristeza pasada, por el fruto que de ella cogísteis; el dolor durará poco tiempo, pero el gozo será perpétuo, porque ninguno

os lo podrá quitar. Ó alma mia, no codicies el gozo del mundo, pues ha de parar en llanto (*Iacob*, 1, 2), escoge la tristeza y el dolor por Cristo, pues se ha de convertir en gozo: ama las tribulaciones, y luego hallarás gozo en ellas.

3. La cuarta, porque en el cielo hay moradas eternas, donde serán aposentados por Cristo los que acá padecen por su amor (*Ioan.* XIV, 1). *No se turbe*, dice, *vuestro corazon, creed y confiad en Dios y en mí, porque en la casa de mi Padre hay muchas moradas, y yo voy á aparejaros el lugar que habeis de tener, y volveré por vosotros, y os llevaré conmigo, para que donde yo estoy, allí esteis gozando de mi compañía y de mi gloria.* Ó alma mia, no te turbes ni aflijas con tus trabajos, porque la morada de este mundo es como de paso, y Cristo vendrá por tí en la hora de la muerte para premiarte lo que hubieres padecido en vida, colocándote con sumos gozos en sus eternas moradas. – La quinta, porque en medio de los trabajos de esta vida viene Cristo nuestro Señor á visitarnos y ayudarnos; y así dice (*Ioan.* XVI, 16): *No os dejaré huérfanos, yo volveré á vosotros: no se turbe vuestro corazon, ni tema, pues os he dicho, que voy y vengo á vosotros: un poco no me veréis; y de ahí á poco me veréis, y se gozará vuestro corazon, y ninguno podrá quitar el gozo que yo os diere.* – Ó Padre amantísimo, que nunca dejas huérfanos á tus hijos, aun cuando á su parecer estás ausente de ellos, porque nunca lo estás para mirar por su bien, deseo no turbarme con mis trabajos, pues tan presto has de venir á visitarme y consolarme en ellos. Dame, Señor, el gozo interior, del cual, ni el demonio, ni el mundo, ni criatura alguna me puede privar; porque poseyendo este gozo, me será sabroso cualquier trabajo.

4. La sexta, porque aunque sean atribulados, son amados del Padre eterno (*Ioan.* XVI, 26): *Cuando yo*, dice, *no rogara por vosotros, sabed que el Padre os ama, porque me amásteis, y creísteis que salí de Dios.* Como quien dice: No os turbeis ni temais, ni perdais la confianza y el ánimo en medio de los trabajos que padeciéreis por mi causa, porque son prendas de que mi Padre os ama, por el amor que mostrais en padecer por mí: y si el Padre os ama, él os amparará y consolará; pues un Padre tan amoroso y poderoso no puede faltar al consuelo de sus hijos. Ó Padre amantísimo, no quiero otro consuelo en la tierra, sino saber que me amas; porque si me amas, nada me puede faltar, pues no sabes amar y desamparar. – La séptima razon de consuelo es, por las grandes prendas de confianza que tenemos para salir con la victoria de todos los enemigos que nos per-

siguen. (*Ioan.* XVI, 33). *En el mundo*, dice, *tendréis aprietura; pero confiad, que yo vencí al mundo.* Esto es, yo vencí al demonio, príncipe de este mundo, y vencí la fiereza de los trabajos y persecuciones, y vencí al pecado y á la muerte; y en virtud de mi victoria podeis seguramente confiar que venceréis, pues yo vencí para vosotros, y estoy en vosotros peleando para vencer. Gracias te doy, Padre eterno, por la victoria que nos das por tu Hijo Jesucristo (I *Cor.* XV, 57); y pues tuya ha de ser la victoria y la gloria de ella, no quiero dudar ni desconfiar de que podré alcanzarla.

—Otras razones de consuelo trae Cristo nuestro Señor, fundadas en la venida del Espíritu Santo, las cuales dejo para la parte V, en las meditaciones XVII y XXII de su venida. —

MEDITACION XIX.

DE LA ORACION QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR HIZO Á SU PADRE AL FIN DEL SERMON DE LA CENA.

—Esta oracion de Cristo nuestro Señor es un vivo y perfectísimo ejemplo de todas las cosas que han de concurrir en una oracion fervorosa y excelente, cuanto á las personas por quien se ha de orar, y las cosas que se han de pedir, y los títulos que se han de alegar, y el órden que en esto ha de haber. Reducirla hemos á tres puntos, por tener ella tres partes (*D. Thom.* 3 *p. q.* 21, *art.* 3); porque primero oró en cuanto hombre por sí y por sus cosas; luego oró por sus Apóstoles, que tenia presentes, y estaban á su cargo, y despues por todos los escogidos y por todos los fieles que habia de haber hasta la fin del mundo: y este órden pide la caridad bien ordenada, y es el que debemos guardar en la forma y manera que Cristo nuestro Señor le guardó. —

PUNTO PRIMERO.—*Órden que se ha de tener en el pedir para sí y para otros.* — 1. Estando Cristo nuestro Señor en pié, en presencia de sus Apóstoles, levantando los ojos al cielo, con voz clara oró á su Padre por sí mismo, diciendo: *Padre, llegada es la hora, clarifica á tu Hijo, para que tu Hijo te clarifique á tí.* Aquí se ha de ponderar lo primero, la reverencia interior y exterior con que Cristo nuestro Señor oraba, la devocion que mostró levantando los ojos al cielo, la voz tan tierna, y palabras tan regaladas y sentidas que decia, para enseñar á sus Apóstoles con este ejemplo cómo habian de orar, y para consolarnos con el cuidado que de ellos mostraba tener.—Lo segun-

do, se ha de ponderar lo que pidió en esta oracion; es á saber, que fuese clarificado en el tiempo de su pasion con milagros, para que se descubriese que aunque padecia cosas tan ignominiosas, era Hijo de Dios. Además, ser tambien clarificado con la claridad y gloria de la resurreccion y ascension á los cielos, y ser clarificado en el mundo, y conocido de los hombres por Hijo de Dios; y para que se entendiese que no pedia esto por su propia honra, añade: Pídolo, Padre, para que tu Hijo te clarifique á tí; esto es, para que por mi gloria y en ella seas glorificado; y para que yo, despues de glorificado por tí, de nuevo te clarifique, y publique tu gloria á mis discípulos, y por ellos á todo el mundo.

2. De esta oracion de Cristo nuestro Señor tengo de usar en muchas maneras. - Unas veces pidiendo al Padre eterno clarifique á su Hijo en todo el mundo, entre todos los infieles, dándoles luz para que le crean y glorifiquen como á Hijo suyo, para que con esto sea el mismo Padre mas glorificado, y con este espíritu le diré muchas veces: *Pater, clarifica Filium tuum, ut Filius tuus clarificet te.* Padre, clarifica á tu Hijo unigénito Jesucristo, para que tú seas en él y por él clarificado en todo el mundo. - Otras veces apropiaré á mí mismo esta oracion, pidiendo al Padre eterno clarifique á mí, miserable é indigno hijo suyo, con la claridad de su gracia, y con obras excelentes de virtud, no para honra mia, sino para gloria suya, y para que yo le glorifique y predique sus grandezas; y así con este espíritu, pidiendo para mí, diré: Padre, clarifica á tu hijo, para que tu hijo te clarifique á tí; y no es atrevimiento usar de esta oracion, porque supuesto que Dios quiere que le llame Padre, bien puedo llamarme yo hijo; y si no tuviere tanto ánimo, en lugar de esta palabra hijo, pondré esta palabra siervo ó esclavo, diciendo: Dios mio, clarifica á tu siervo, para que tu siervo te clarifique á tí: Padre, ama á este esclavo tuyo, para que tu esclavo te ame á tí.

3. Lo tercero, con esta oracion juntó Cristo nuestro Señor títulos para lo que pedia, diciendo: *Yo te he clarificado en la tierra, y acabado la obra que me encomendaste. Clarifícame, pues, ó Padre, cerca de tí mismo, con la claridad que tuve cerca de tí, antes que el mundo se hiciese.* Como quien dice: Justo título tengo para pedir esto, porque yo he procurado siempre tu gloria en la tierra, y he obedecido á tu voluntad, cumpliendo todo lo que me has mandado, justo es que tú me clarifiques con la claridad y con el premio que me tienes señalado en tu predestinacion eterna. De donde se han de sacar dos cosas. - La primera, que los varones perfectos, cuando piden algo á

Dios nuestro Señor, pueden, como arriba se dijo en la introduccion de la obra, párrafo I, con humildad alegarle los servicios que le han hecho, buscando su gloria, y obedeciendo á su voluntad, y cuando la conciencia les da testimonio de esto, piden con gran confianza. Ó Padre amantísimo, ¡si pudiera decirte con verdad, que siempre te he clarificado en la tierra, y acabado la obra que me has encomendado! Pero muy al contrario he vivido, buscando mi gloria con menoscabo de la tuya, y atropellando tu voluntad por hacer la mia; y así te suplico, no como fiel criado, sino como pobre necesitado, que me clarifiques con tu gracia, para que de hoy mas te clarifique sobre la tierra, y acabe todo lo que me has encomendado. (*D. Thom.* 2, 2, *q.* 83, *art.* 2).—La segunda es, que la oracion es medio para negociar las cosas que Dios tiene ordenadas en su eterna predestinacion; y así no hemos de faltar en la continua oracion, pues quizá por ella se nos ha de dar lo que Dios ha predestinado para nuestra salvacion, y así le hemos de pedir con instancia, no la gloria del mundo cerca de los hombres, sino la gloria cerca de Dios, para la cual nos tiene señalados.

PUNTO SEGUNDO.— 1. Luego se ha de considerar la *oracion que* Cristo nuestro Señor hizo por sus Apóstoles, en la cual primero declaró por quién rogaba, diciendo á su Padre: *No ruego por el mundo, sino por estos que me diste, porque son tuyos.* Llama mundo á la muchedumbre de los reprobados, rebeldes á Dios y á su ley; los cuales por su culpa se hacen indignos de que Cristo nuestro Señor ore por ellos, cuanto á la eficacia de su oracion, la cual no tiene en ellos efecto. Y así dice, que ruega por los Apóstoles escogidos del Padre, *quia tui sunt*, porque son tuyos, son tus amigos, tus siervos fieles, tus escogidos, y los tienes debajo de tu amparo. Este título es maravilloso para alegar á Dios en nuestras oraciones, diciéndole: Padre celestial, favorece á los que me has encomendado, y da tu ayuda á todos los fieles, porque son tuyos. Dios mio, mira por mi alma y cuerpo, y por todos los sentidos y potencias que me diste, porque son tuyas. Conserva los deseos y propósitos buenos que me has dado porque son tuyos. ¿Quién hay que no mire por lo que es suyo? (*Psalm.* CXVIII, 94). *Tuus sum ego, salvum me fac.* Tuyo soy, sálvame: tuya es mi alma, sálvala: tuyo es mi entendimiento, ilústrale: tuya es mi voluntad, rígela, etc. No permitas, Señor, que yo sea parte del mundo, por el cual no ruegas, porque si me excluyes de tu oracion, tambien quedaré excluido de tu reino.

2. Despues de esto pidió Cristo nuestro Señor para sus Apósto-

les tres cosas excelentísimas. — *Union de caridad.* — La primera fue, diciendo: *Padre santo, en tu nombre y por tu gloria guarda estos que me diste, para que sean una cosa, como yo y tú lo somos.* En las cuales palabras pide al Padre eterno que mire por ellos, y los conserve, dándoles union de caridad entre sí mismos y con Dios; no union cualquiera, sino perfectísima, y á semejanza de la que el Padre y el Hijo tienen en unidad de esencia. De modo que como los dos, por ser un Dios, tienen un mismo sentir, querer y obrar, así ellos se conformen en todo con el sentir de Dios y con su divina voluntad, obrando solamente lo que Dios quiere que obren; y conviniendo todos en esta union con Dios, quedarán tambien unidos entre sí. — La segunda cosa que pide es, los libre de todo lo que es contrario á esta divina union, diciendo: *No te ruego que los saques del mundo, sino que los libres del mal.* Que es decir: En el mundo han de padecer grandes persecuciones y trabajos; no te pido, Padre mio, que los saques del mundo, porque conviene se queden en él, sino que los libres de lo malo; esto es, del pecado, de la desunion y discordia del demonio, y de todo mal eterno, de modo que vivan en el mundo sin que se les pegue el mal del mundo.

3. La tercera cosa que pide es, les dé la plenitud de todas las virtudes, diciendo: *Santifícalos en verdad, pues yo me santifico por ellos, para que ellos queden santificados en verdad.* Que es decir: No solamente los libra del mal, sino santifícalos con abundancia de virtudes verdaderas, libres de toda hipocresía y fingimiento, conformes á la verdad que yo les he predicado, pues yo me he consagrado y ofrecido en sacrificio y hostia santa, por hacerlos santos. Por todo esto se ve, como Cristo nuestro Señor quiere que pidamos en la oracion cosas grandiosas, dignas de Dios, alegándole principalmente dos títulos: uno la gloria y majestad de su santísimo nombre; otro la santidad del sacrificio que él mismo ofreció por nosotros en la cruz. Ó Padre soberano, oye la oracion de tu Hijo unigénito, librándome de lo malo que inficiona el mundo, y santificándome con verdadera santidad para que goce de la union que tienes con él, unido contigo en perfecta caridad. Amen.

Punto tercero. — 1. Últimamente, se ha de considerar la oracion que hizo por todos los demás fieles, pidiendo para ellos los bienes de gracia y la vida eterna. — Lo primero, dijo: *No ruego solamente por estos, sino por todos los que por su predicacion han de creer, para que todos sean una misma cosa; y como tú, Padre, estás en mí, y yo en tí, así ellos sean uno en nosotros, para que crea el mundo que tú me*

enviaste. De donde consta, que oró por todos los que ahora vivimos en su Iglesia; y por consiguiente, que oró por mí mismo, porque á todos y á cada uno, y á mí tambien, nos tenia tan presentes como á los que estaban en aquel cenáculo, y para todos pidió esta union de caridad perfectísima con Dios y entre sí, al modo dicho, la cual fuese tan grande y maravillosa, que bastase para convertir al mundo, y para que los infieles creyesen que Cristo era Dios, pues tenia discípulos tan unidos en caridad. Ó dulcísimo Jesús, ¡cuán cuidadoso y celoso eres del bien de tus escogidos; pues antes que nazcan oras por ellos, y pides para ellos dones tan soberanos! Ó Padre amantísimo, oye esta oracion, que tu Hijo unigénito ofrece por mí, y hazme participante de la soberana union que tienes con él. Concede tambien esta union á los religiosos, para que por ella conozcan los seglares que tu Hijo unigénito mora en ellos. Concédela tambien á todos los fieles, para que los infieles, admirados de esta milagrosa union, reciban tu santa ley. Y pues tu Hijo nos ofrece la claridad de su gracia, para que todos seamos *consummati in unum,* muy perfectos y acabados en lo que es ser una cosa, concede á todos los justos, que han participado esta claridad, que lleguen á la excelencia de ella, para que se dilate por todo el mundo la claridad de su gloria. Amen.

2. Lo segundo que pidió, fue: *Padre, quiero para los que me diste, que á donde yo estoy, allí estén ellos conmigo, para que vean la claridad que me diste.* Que es decir: Padre, no solamente pido para mis fieles la union de caridad y perfeccion en esta vida, sino que despues de ella estén conmigo en el cielo, donde yo estoy, gozando de mi compañía, para que vean la claridad que me diste en cuanto Dios y en cuanto hombre, y sean bienaventurados con esta vista. Ó Amador dulcísimo, ¡con qué eficacia orabas cuando esto decías! pues hablando con tu Padre, interpones tu suprema autoridad, y la igualdad que tienes con él, diciendo: Padre, *volo;* quiero que donde yo estuviere, estén mis discípulos. ¿Quién podrá ir contra ese *quiero* tuyo, pues lo que tú quieres eficazmente (*Isai.* XLVI, 10), todo se cumplirá? ¡Oh quién estuviera donde tú estás! Bien sé que estás en todo lugar, donde están buenos y malos; pero no todos están contigo, gozando de tu dulce compañía. (*D. Dionis.* c. 3 de Divin. nominib.). Concédeme que siempre esté yo donde estás tú, viéndote en esta vida por fe muy esclarecida, y despues con clara vista en tu gloria. Amen.

MEDITACION XX.

DE LA IDA DE CRISTO NUESTRO SEÑOR AL HUERTO, Y DE LA TRISTEZA Y AFLICCION INTERIOR QUE ALLÍ TUVO.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Acabado el sermon de la cena, y dicho el himno acostumbrado, en accion de gracias* (*Ioan.* XVIII, 1), *salióse Jesús con los once Apóstoles del cenáculo, y fuese de la otra parte del arroyo de Cedron, al monte de las Olivas, á un campo que se llama Getsemaní, donde estaba un huerto, y allí entró como tenia de costumbre.* Sobre este paso se han de ponderar las causas de esta salida de Cristo nuestro Señor del cenáculo al huerto.—La primera fue, por guardar la costumbre que tenia de recogerse á lugares solitarios á oracion retirada, despues de haber cumplido con el oficio de predicar. Y es mucho de ponderar la magnanimidad y entereza de este Señor, que por ningunos trabajos ni peligros queria dejar sus buenas costumbres, y así predicó y dijo su himno acostumbrado despues de la cena, y se fué á la soledad, como si no esperara ningun trabajo. De donde sacaré confusion de mi tibieza, porque con cualquier ocasion dejo mis loables costumbres, en especial la de la oracion, habiendo de ser al contrario, que en tiempos de mayor aprieto habia de acudir mas á ella.

2. La segunda causa fue, porque su prision no se hiciese en el cenáculo y en casa ajena, sino en la soledad y en el campo, donde se podia hacer mas cómodamente, sin que viniese daño á su huésped. Y para que se viese que no huia, fuése al lugar que era muy sabido del traidor que le habia de entregar, como quien de su voluntad se va á ofrecer á la prision y muerte, llevado, no con cadenas de hierro, sino con cadenas de amor y de obediencia; y así dijo á sus discípulos en el sermon de la cena (*Ioan.* XIV, 31): *Para que conozca el mundo, que amo á mi Padre; y que como él me dió el mandamiento, así lo cumplo: levantaos, vamos de aquí.* Ó dulce Jesús, dame estos afectos de amor y de obediencia, para que no huya de los trabajos, sino antes me ofrezca á ellos, siguiéndote con amor y acompañándote con obediencia.

3. La tercera causa fue, para significar que como la pérdida del mundo comenzó por la mala libertad que Adan pretendió en un huerto; así la salvacion del mundo comenzase por la prision de Cristo en otro huerto, plantado en el valle de las Olivas; porque todo lo

que allí sucedió, fue para nosotros rio inmenso de misericordia, aunque para él fue arroyo impetuoso de tristezas y trabajos; y aunque al tiempo que pasó el arroyo de Cedron, se acordó de las avenidas de dolores que habian de penetrar su alma, con todo eso iba con sus Apóstoles, mostrándoles grandes caricias. Dame, Salvador mio, licencia que te acompañe, y pase contigo por el arroyo de los trabajos y penas; pues todos serán para mí valle de olivas, y misericordias.

PUNTO SEGUNDO.— 1. *Llegado al lugar señalado, dejando á los Apóstoles, tomó tres de ellos, Pedro, Diego y Juan. Et coepit contristari, et maestus esse, pavere, et taedere.* Comenzó á entristecerse y á estar afligido, á tener miedo y tédio. (*Marc.* XIV, 33; *Matth.* XXVI, 31). —Lo primero, se ha de considerar como Cristo nuestro Señor quiso dar principio á los trabajos de su pasion con dos cosas terribles, que la hicieron penosísima.—La primera fue, privarse voluntariamente de toda alegría sensible; de suerte, que aunque solia tener gusto de padecer con muestras de alegría, ahora se privó de esta alegría en la parte inferior de su alma, y cerró la puerta á todo consuelo sensible, que de la parte superior le podia venir.—La segunda fue, tomar voluntariamente los afectos contrarios de temor y tristeza, dando licencia á sus apetitos que brotasen estos afectos penosos con grande vehemencia; porque como estaba en su mano tomarlos ó dejarlos, y tomarlos con poca ó mucha intension, tomólos con grandísima fuerza, para que su pasion fuese mas amarga; porque los trabajos, cuando hay alegría sensible, siéntense poco, como lo experimentaron muchos mártires; mas cuando hay tristeza, siéntense mucho; y así la paciencia entonces es muy mas gloriosa, porque padece sin ayuda de costa sensible, y se come sin salsa el manjar desabrido y amargo de la tribulacion, puramente por amor de Dios. Ó dulce Jesús, gracias te doy por este principio que diste á tus trabajos, tomando lo que habia de ser aumento de ellos, concédeme que por tu amor me prive de cualquier gusto sensible, y me ofrezca á beber el cáliz de tu pasion, puro como le bebiste.

2. Lo segundo, ponderaré la muchedumbre y gravedad de estas aflicciones interiores de Cristo, que los Evangelistas llaman temor ó pavor, tédio, tristeza y agonía. El temor fue de los tormentos y muerte tan terrible que tenia cercana, el cual suele á veces atormentar mas que la misma muerte, y causa un modo de temblor ó espanto, que se llama pavor, y una congoja interior que se llama agonía, de que despues diremos. Este temor acometió á Cristo nuestro Se-

ñor, como un ejército de soldados innumerables, imaginando tantos temores, cuantos fueron despues sus tormentos; porque tuvo temor de la prision, de las injurias de aquella noche, de los azotes, de la corona de espinas, de la cruz y clavos, y hasta de la lanzada que le habian de dar despues de muerto. Todos estos temores tomó de su voluntad, para afligirse con ellos y mostrar su fortaleza en resistirlos, sin volver por su causa atrás de lo comenzado. Ó fortísimo guerrero, ¡con cuánta mas razon podiais decir lo que dijo David (*Psalm.* LIV, 5): Mi corazon se ha turbado, y el miedo de la muerte ha descargado sobre mí; el temor y el temblor me han cogido, y las tinieblas me han cubierto! mas no por eso deseais alas de paloma para huir, porque tomais el temor para vencerle. El tédio fue un enfado y desgana de todas las cosas de este mundo, no hallando en la tierra cosa que le diese gusto y consuelo ó alivio; y hasta de la misma vida, como otro Job (*c.* X, 1), tenia tédio, viéndola cercada de tantos males y peligros; con lo cual pagaba los tédios que yo tengo de las obras de virtud, y las desganas de sufrir lo amargo de ella.

3. La tristeza fue un pesar y afliccion interior de los males que miraba como presentes, contrarios á la inclinacion natural de su carne; y como los trabajos eran muchos y muy terribles, y la aprension de todos ellos muy viva, y los aprendia como inevitables, supuesta la divina ordenacion, tuvo la mayor tristeza que jamás hubo ni habrá en esta vida; y esta tristeza tambien le acometió como otro ejército de soldados terribles, entristeciéndose de verse afrentado, despreciado, escupido, desamparado y perseguido. Ó alegría de los Ángeles, ¿por qué te sujetas á tantas tristezas? Quieres convertir tus gozos en penas, para convertir mis penas en gozos. Alábente los Ángeles por esta caridad tan grande, con la cual escogiste para tí la tristeza, por llenarme á mí de alegría. Concédeme, Señor, tal esfuerzo en tu servicio, que ni el temor me acobarde, ni el tédio me oprima, ni la tristeza me consuma. Amen.—En todo esto tengo de ponderar que así como resplandeció la infinita caridad de Cristo en desear la muerte y gozarse de su pasion para nuestro bien, así resplandece ahora en tomar voluntariamente estos afectos penosos, para padecer los trabajos interiores que sus escogidos padecen, y hacerse semejante á sus hermanos, en lo que era natural sin culpa, y para darnos ejemplo de paciencia en sufrirnos á nosotros mismos, cuando nos viéremos en el estado que estaba Job, cuando dijo (*Job*, VII, 20): *Factus sum mihi metipsi gravis.* Yo mismo me soy grave y pesado en sufrir.

PUNTO TERCERO. — 1. Lo tercero, se ha de considerar las demás causas que acumuló Cristo nuestro Señor para moverse á esta tristeza y afliccion interior, en las cuales se representan los motivos que yo puedo tener de justa tristeza, que es la que san Pablo llama tristeza (II *Cor.* VII, 10) segun Dios. — La primera fue la memoria y viva aprension de los pecados de todos los hombres, así pasados como presentes y por venir; los cuales tenia presentísimos, y con grande evidencia conocia y pesaba tres cosas que hay en ellos muy terribles; es á saber, su muchedumbre sin cuento, su gravedad como infinita, por la injuria que con ellos se hace á Dios, y el grandísimo daño que causan en los hombres, condenándolos á terribles tormentos del infierno. Todo esto le causó terrible tristeza, y la tomó de buena gana. Lo uno, para suplir la falta de tristeza que los hombres tienen por sus culpas, y pagar por ellas con este dolor interior que tenia; y lo otro, para librarlos de la eterna tristeza que por sus pecados merecian.

2. Considerando esto, tengo de imaginarme á mí mismo dentro de la memoria y corazon de Cristo nuestro Señor, y ver como está mirando todos mis pecados y tibiezas, y como con ellos le causo tristeza y desconsuelo terrible, por lo cual me tengo de entristecer, ponderando las tres cosas dichas; es á saber, su muchedumbre y gravedad, y la pena eterna que por ellos merecia, y procurando aborrecer el pecado, pues tan grande mal es, que basta su consideracion á causar en Cristo tal tristeza. Ó Padre eterno, yo te ofrezco esta tristeza y dolor de tu Hijo unigénito, en satisfaccion de mis muchos y graves pecados. Pésame de haberlos cometido; mas porque mi pesar y tristeza es muy pequeña, yo la junto con la suya, por la cual te pido aumentes la mia, para que pague con esta pena lo que debo por mi culpa. Ó Salvador mio, gracias te doy por la tristeza que tomaste por mis pecados. ¡Oh quién nunca los hubiera cometido, por no darte tal pena con ellos! Bórralos, Señor, de mi alma, para que no haya en ella cosa que pueda darte tristeza y pena.

3. La segunda causa de esta tristeza fue la consideracion del poco provecho que habian de hacer en muchos hombres los medios de su encarnacion, pasion y muerte, los Sacramentos y sacrificios, la doctrina y ejemplos de su vida, y en todo esto ponderaba la terrible ingratitud de los hombres, su ceguedad, dureza y rebeldía en desechar estos bienes, que tan á su costa les ofrecia, por lo cual con efecto muchos se habian de condenar. Y tambien le daba pena la tibieza y pereza que otros muchos tendrian en aprovecharse de

estos medios tan eficaces para su salvacion y perfeccion. Y en esta consideracion tambien tengo de imaginar, que yo soy uno de los que afligian á mi Salvador con mis tibiezas, por no hacer el caso que debia de su pasion y muerte, por lo cual me tengo de entristecer con él, suplicándole que quite de mí esto que tal tristeza le causaba.

4. La tercera causa de esta tristeza fue la consideracion de todos los trabajos y tristezas que habian de padecer sus escogidos y todos los justos por su causa, las cuales tenia presentísimas, y las sentia como si él mismo las padeciera, porque lós tenia unidos consigo con entrañable amor y caridad, y quien tocaba á uno de ellos, le tocaba á las niñas de sus ojos (*Zach.* II, 8), porque mas unidos estaban con su corazon, que la niñeta con el ojo. Allí sentia las aflicciones de los Apóstoles y Mártires, las persecuciones de los Doctores y ministros del Evangelio, las tentaciones que padecieron los Confesores y Vírgenes, las tristezas y desconsuelos de los justos atribulados; y allí tenia tambien presente mis tribulaciones y tentaciones, mis temores y tristezas, y compadeciéndose de mí se entristecia por ellas, queriendo por este afecto de compasion padecer lo mismo que yo padezco, obligándome á que yo, con el mismo afecto de compasion, padezca lo que él padeció. Ó piadosísimo y clementísimo Jesús, ¿qué es lo que haces para entristecerte y afligirte? ¿Por ventura no te basta considerar tus propias penas, sino que tambien quieres considerar las ajenas, y entristecerte por ellas como si fueran propias? Bastara, Señor, que te entristecieras por mis pecados, holgándote de las penas que justamente se me dan por ellos; pero como tu inmensa caridad no tiene tasa, quiere sentir tristeza de mis culpas y de mis penas para librarme de ellas. Concédeme, Señor, que yo me entristezca de tus trabajos, como tú te entristecias de los mios, pues los tuyos de verdad son mios, habiéndolos tomado por mi causa.

5. Á estas causas generales de la tristeza de Cristo nuestro Señor se pueden añadir otras especiales, que son la perdicion de aquel pueblo hebreo, á quien habia escogido por suyo, y la grande ingratitud que mostraba en quitarle la vida; y á este modo tengo de imaginar que sentia Cristo nuestro Señor la perdicion de algunos reinos de la cristiandad, que habian de negarle y perder la fe.—Además, la condenacion y perdicion de Judas, viendo que el demonio se le quitaba y arrebataba de su escuela, imaginando que así como un hombre siente grande tristeza y dolor, cuándo le cortan un miembro que está unido con todo el cuerpo; así Cristo nuestro Señor sen-

tia en su corazon todos los empellones y vaivenes del demonio, con que le cortaba ó arrancaba algun miembro vivo de su cuerpo místico, que era como atravesarle las entrañas y arrancarle al que tenia metido dentro de ellas. Ó mi buen Jesús, ¡cuán innumerables tormentos de estos padecias por junto, teniendo presentes las caidas de tantos justos que el demonio arrebataba para sí! Duélete, Señor, de mí, y no permitas que yo sea apartado jamás de tí.

6. Tambien se entristecia por el escándalo de sus discípulos, y por la afliccion de su afligida Madre, la cual tambien tenia allí presente. Y en conclusion, siendo verdad lo que dice el Sábio (*Eccles.* 1, 18), que quien añade ciencia añade dolor; Cristo nuestro Señor aumentó grandemente sus dolores, por la grande ciencia y viva aprension que tuvo de todas las cosas que eran causa de ellos. Ó Dios y Señor de las ciencias, dame esta ciencia de tus dolores, para que yo tenga parte en ellos.

Punto cuarto. — 1. Lo cuarto, consideraré como Cristo nuestro Señor, habiéndose apartado con sus tres discípulos, Pedro, Diego y Juan, les declaró su afliccion, diciéndoles con un semblante demudado: *Triste está mi alma hasta la muerte; esperadme aquí, y velad conmigo.* Aquí se ha de ponderar, primeramente estas palabras de Cristo nuestro Señor, y lo mucho que por ellas significa cuando dice: *Tristis est anima mea usque ad mortem.* Que es decir: Mi alma está triste con una tristeza, cual se padece en las agonías de la muerte, y tan grande, que bastara á causarme la muerte si no guardara la vida para padecer mas cruel muerte; y será tan larga, que durará sin cesar hasta el instante de mi muerte, despidiéndome de tener mas alegría mientras viviere en esta vida mortal. Ó Salvador mio, ¡cómo no traspasan mi corazon estas palabras y le hieren con herida mortal, viéndote á tí entristecido con tristeza de muerte por mi causa! Ó Vírgen santísima, si oyérais estas palabras, ¡cómo fueran cuchillo de dolor que pasaran de parte á parte vuestra purísima alma, por estar tan unida con la de vuestro Hijo que tan triste estaba! Ó pecado mortal, ¡cuán grave eres, pues causas en Cristo tristeza mortal!

2. Lo segundo, se han de ponderar los motivos que tuvo para decir estas palabras á sus Apóstoles, que fueron dos. — El primero, porque como esta tristeza era interior, era necesario que él nos manifestase su grandeza, para que conociésemos lo mucho que por nosotros padecia, y se lo agradeciésemos, y nos alentásemos á imitarle en ello. Así como en la cruz dijo, sed tengo, para que se conociese

aquel trabajo que en secreto padecia por nuestra causa.—El segundo, para mostrar que era hombre, y que se sujetaba á tristezas y temores, y como tal se consolaba con sus amados discípulos, descubriéndoles su aficion, para que se compadeciesen de él, y le consolasen; y por eso les dijo: Velad conmigo y hacedme compañía. Ó consuelo de los desconsolados, ¿quién te ha sujetado á pedir consuelo á tus criaturas? Mis pecados han hecho esto, y el deseo que tienes de mi consuelo, comprándole con el precio de tus desconsuelos. De aquí tambien puedo sacar, que no es contra la perfeccion de la paciencia, dar cuenta de sus desconsuelos y tristezas á los confesores y maestros de espíritu, y á los fieles amigos que nos pueden consolar en Cristo con verdadero consuelo.

3. Lo tercero, ponderaré la causa por que Cristo nuestro Señor declaró esta tristeza á estos tres apóstoles mas que á otros; es á saber, para que los mismos que habian sido testigos de la gloria que tuvo en su transfiguracion, fuesen tambien testigos de la tristeza y agonía que tomaba en su pasion, y comparando una con otra, conociesen y testificasen lo mucho que debemos al que por nuestro amor privó á su cuerpo de tanta gloria, y ahora le aflige con tan terrible tristeza; y tambien para que entendamos, que si Dios da consuelos en esta vida á los escogidos, es para prevenirlos y alentarlos á grandes trabajos; y que si es favor estar con Cristo en el monte Tabor, viéndole glorificado y participando los gozos de su gloria, tambien es favor estar con el mismo Cristo en el huerto, viéndole entristecido y atribulado, y participando con él de sus aflicciones y tristezas; y que este favor no se hace á todos, sino á los mas queridos y regalados. Así lo creo, Salvador mio, y así lo deseo, y te suplico me hagas este favor, que sea yo uno de los pocos á quien dés parte de tus trabajos, con grande sentimiento de ellos.

MEDITACION XXI.

DE LA ORACION QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR HIZO EN EL HUERTO.

PUNTO PRIMERO. — 1. Estando Cristo nuestro Señor triste al modo dicho, y viendo que sus Apóstoles le estaban, les avisó que orasen, diciéndoles (*Matth.* XXVI, 41; *Luc.* XXII, 41; *D. Thom.* 3p. *q.* 21, *art.* 4 *ad* 1): *Velad conmigo y orad, porque no entreis en tentacion: y tomando para sí el mismo consejo, se apartó de ellos como un tiro de piedra á orar.* Aquí se ha de ponderar lo primero, como Cristo nuestro Se-

ñor con palabra y ejemplo nos enseña que el remedio de nuestras tristezas no es parlar, y enternecerse con los hombres, que no pueden dar consuelo cordial, sino hablar con Dios en la oracion, á quien hemos de acudir como á principal consolador, el cual nos puede quitar la tristeza ó moderarla, como mas nos conviniere. De este ejemplo he de aprender en mis tristezas á no esperar principalmente, ni consuelo de hombres, ni desordenarme en buscar consuelos terrenos, sino en primer lugar, como dice el apóstol Santiago (*Iacob.* v, 13), pedirle á Dios y esperarle de él, y experimentaré lo que dice David: Mi alma rehusó ser consolada, acordéme de Dios, y alegróse mi corazon.

2. Lo segundo, tambien nos avisa que la oracion es único remedio para no caer en las tentaciones y no perecer en los peligros; y así cuando estamos cerca de ellos hemos de orar con fervor. Y no dice Cristo, orad que no seais tentados, sino orad para que no entreis en la tentacion y os anegueis en ella; porque muchas veces nos conviene ser tentados y afligidos; pero la oracion sirve para que no caigamos en ella, ó si cayéremos para que no perezcamos del todo, sino que nos levantemos con el favor que Dios nos dará para ello: y porque la tentacion es cada dia, así cada dia tengo de decir con gran devocion la última peticion del Padre nuestro, no nos dejes caer en la tentacion, mas líbranos de mal. Amen.

3. Lo tercero, tengo de ponderar aquella palabra: *Velad conmigo;* esto es, en mi compañía, y como yo velo imitándome á mí, en lo cual nos da á entender que él mismo vela con los que velan, y ora con los que oran; y los que velan y oran hacen esto con él, teniéndole por maestro, por compañero y ayudador. Pues con tal compañía, ¿cómo no gustaré yo de velar y orar? Ayudadme, dulcísimo Jesús, para que siempre vele con Vos, gastando los dias en trabajar y las noches en orar, y dias y noches en obedecer á quien siempre veló, oró y trabajó por mi amor.—Finalmente, ponderaré aquel acto de mortificacion que hizo Cristo nuestro Señor en apartarse de la compañía de sus Apóstoles para orar; porque en las grandes tristezas y aflicciones gusta la naturaleza estar en compañía de sus amigos para consolarse con ellos; pero Cristo nuestro Señor venció esta inclinacion con valor. Lo cual denota el Evangelista, diciendo (*Luc.* XXII, 41): *Avulsus est ab eis*, que fue arrojado ó arrancado de ellos cuanto un tiro de piedra, como quien vencia con el ímpetu del espíritu la inclinacion de la carne, y se apartaba de las personas á que estaba pegada con amor natural, por orar á solas. ¡Oh

Dios mio, concededme que me aparte de la leche, y me arranque de los pechos de las consolaciones humanas (*Isai.* XXVIII, 9), para dedicarme á la oracion, y en ella entender tu santísima voluntad para ponerla por obra. Amen.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Llegado Cristo nuestro Señor al lugar de su oracion, hincó ambas rodillas y postróse, pegando el rostro con la tierra, y puesto así dijo (*Matth.* XXVI, 39): *Padre mio, si es posible, pase de mí este cáliz; pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que Vos quereis.* Que fue decir: Padre mio, si es hacedero, salvo el decreto de vuestra justicia, que pase de mí el cáliz de esta pasion sin que yo le beba, concedédmelo; pero no se haga lo que mi voluntad natural desea conforme á su inclinacion, sino lo que fuere vuestra voluntad, porque esta quiero sea preferida á la mia. ¡Oh altísima oracion! oh excelentísima resignacion! Ó Maestro de oracion y de obediencia, ¡cuán alta leccion me estás leyendo de estas dos virtudes! abre mis ojos para que la entienda, y mis oidos para que la oiga y cumpla.

2. Cuatro cosas señaladas hubo en esta oracion, las cuales tengo de ponderar para mi provecho.—Lo primero, fue oracion retirada y sola, quitando todas las ocasiones de divertirse para hablar á solas con Dios, rompiendo por las dificultades de la inclinacion natural, como está dicho.—Lo segundo, fue con profunda reverencia y humildad interior y exterior, nacida de la grandísima estima que Cristo nuestro Señor tenia de la divina majestad, y del conocimiento de la bajeza de su humanidad en cuanto criatura, y de la necesidad en que estaba, porque otras veces oraba en pié; pero esta vez, como estaba en aflicion del ánima, oró de rodillas, postrado y cosido con la tierra.—Lo tercero, fue acompañado de grande confianza y amor; lo cual declara aquella palabra, Padre mio. Otras veces llámale solamente Padre, pero esta vez añadió Padre mio, dando muestras de aumentar la confianza y amor con quien era particularmente Padre suyo, no por adopcion sino por naturaleza.

3. Lo cuarto fue con grande abnegacion de la propia voluntad, y con grande resignacion en la divina, porque los trabajos eran terribles, la inclinacion natural de huir de ellos era grande, la congoja interior muy crecida, y así resignarse entonces á lo que Dios quisiese contra su inclinacion, fue acto de heróica virtud. Considerando todo esto he de confundirme por la falta que tengo de estas virtudes, suplicando á Cristo nuestro Señor me las comunique; y cuando me viere en algun trabajo, cualquiera que sea, tengo de usar de esta

misma oracion, procurando decirla con el espíritu que la dijo el mismo Señor. Ó Padre celestial, si es posible, pase de mí este cáliz de amargura que me aflige; pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que tú quieres.

4. Tambien se ha de ponderar otra cosa señalada de esta oracion de Cristo nuestro Señor, que fue ser larga, porque no hemos de pensar que daró solamente el tiempo que gastó en decir estas breves palabras, sino por lo menos duró una hora, como consta de lo que dijo á san Pedro: *¿No has podido velar conmigo una hora?* Esta hora gastó Cristo pensando las cosas que le movian á la reverencia, confianza, amor y resignacion, y á los demás afectos que ejercitó en su oracion. Tambien pasaba por su memoria todas las partes de su cáliz, y en todas se resignaba, como si dijera: Padre, si es posible, pase de mí este cáliz de la tristeza; pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que tú: pase de mí el cáliz de la prision, el cáliz de los azotes, etc., pero no se haga mi voluntad sino la tuya.

5. Tambien se puede creer que en esta hora diria esta oracion con otros sentidos, que refieren los Santos haberla dicho, como en el que santa Catalina de Sena supo por revelacion que Cristo nuestro Señor con las ansias de padecer, para concluir la redencion del mundo, pidió, que si era posible se abreviase y pasase de presto la bebida de aquel cáliz. En lo cual fue oido, porque en pocas horas se concluyó el negocio de su pasion, y asimismo en otros sentidos que luego dirémos. Y á imitacion de todo esto tengo yo de gastar una hora ó mas en la oracion recogida, de modo que aunque el tema y materia de ella sea una breve sentencia; pero la variedad de consideraciones y afectos la puede alargar mucho, como se dice de san Francisco, que gastó una noche en oracion diciendo solamente: Dios mio y todas mis cosas, ó como decia san Agustin hablando con Dios: Conózcame á mí, y conózcate á tí.

PUNTO TERCERO.— 1. Acabada esta primera oracion, Cristo nuestro Señor volvió á sus Apóstoles para ver si velaban como les habia mandado, y hallólos durmiendo. Despertólos, y con blandura les dijo, especialmente á Pedro, que se preciaba de mas fervoroso: *¿Así no pudísteis velar una hora conmigo? Velad y orad porque no entreis en tentacion; porque aunque el espíritu está pronto, la carne está flaca.* Sobre este punto se ha de ponderar lo primero, en Cristo nuestro Señor su grande caridad, solicitud y cuidado que tenia de sus discípulos, pues en medio de tantas aflicciones interrumpe su oracion por visitarlos y alentarlos, y aunque los halló durmiendo no se indignó

contra ellos, sino con blandura los corrigió y avisó del peligro en que estaban, repitiéndoles lo que les habia dicho, que orasen por no caer en la tentacion; pues aunque el espíritu esté pronto, como la carne es flaca, si no es ayudada con oracion será vencida. De todo esto he de sacar avisos y consejos de perfeccion, procurando de tal manera darme á la oracion y recogimiento, que no falte al cuidado de las personas y cosas que están á mi cargo. Además de no reprender con aspereza, sino con espíritu de mansedumbre y con razones amorosas, especialmente á los que faltan por flaqueza mas que por malicia.

2. Lo segundo, ponderaré en los discípulos el descuido del hombre en los negocios de su salvacion, tomándolos Cristo nuestro Señor tan de veras y con tanto cuidado. Y en persona de estos que duermen me consideraré á mí mismo que duermo y aflojo en mi aprovechamiento, imaginando que Cristo nuestro Señor me reprende con las mismas palabras, diciéndome: ¿No puedes velar ni una hora conmigo? ¡Oh Señor, y cuán justamente merezco ser reprendido; pues velando Vos, duermo yo! no solo no velo una hora, pero ni aun media velo como debo, llevado de mi flojedad; mas pues veis que mi carne es flaca, socorred á mi flaqueza, para que no me canse de velar en vuestra compañía.

3. Tambien ponderaré la diferencia de los perfectos á los imperfectos; porque en estos la tristeza causa somnolencia, desmayo y enfado de la oracion, y porque la dejan vienen á caer en la tentacion, como cayeron los Apóstoles desamparando á Cristo; pero en los perfectos la tristeza les convida y lleva á la oracion, y les aviva en ella; y cuanto mas crece la tristeza, tanto mas crece el fervor de la oracion, como creció en Cristo nuestro Señor, y por esto no desfallecen en la tentacion, antes permanecen con gran fortaleza en ella. (*Psalm.* LXV, 20). Ó Dios bendísimo, no apartes de mí la oracion ni tu misericordia, y no permitas que yo deje la oracion; porque si yo no la dejo, tu misericordia nunca me dejará.

PUNTO CUARTO. — 1. Volvióse Cristo nuestro Señor segunda vez á la oracion, repitiendo las mismas palabras, aunque con mayor instancia, porque es de creer diria las que pone san Marcos (*Marc.* XIV, 39): *Abba Pater, Padre, Padre, todas las cosas te son posibles, traspasa de mí este cáliz, mas no se haga lo que yo quiero, sino lo que tú quieres.* Aquí se ha de ponderar el grande afecto de amor y confianza que descubre la repeticion de aquella palabra Padre, Padre, y la confesion de su omnipotencia en que estriba la oracion, ala-

ritu Santo consolador suele inspirar al corazon para su consuelo.

PUNTO SEGUNDO. — 1. *En oyendo Cristo nuestro Señor las razones del Angel, puesto en àgonía oraba más prolijamente, y vínole un sudor como de gotas de sangre que caian en la tierra.* Sobre este paso tan lastimoso se han de considerar las causas de este sudor tan extraordinario y prodigioso, en el cual se manifestó la terribilidad de la afliccion interior que padecia el ánima santísima de este Señor, ponderando como dentro de ella se levantó una lucha terribilísima entre el temor y la tristeza de la muerte y de los tormentos por una parte, y el celo de la gloria de Dios y del bien de los hombres por la otra. La imaginativa, con la viva aprensión de los dolores, avivaba los afectos del temor, tristeza y congoja interior; pero la razon superior, con las conveniencias de la muerte, por las causas dichas, avivaba los afectos del celo y del amor, resistiendo á los otros que le detenian, y con esta lucha creció tanto la congoja, que vino á reventar la sangre por sudor de todo el cuerpo, en tanta abundancia que corrió hasta la tierra. Ó Luchador fortísimo, ¿qué necesidad teneis de pelear contra los temores y tristezas con tanto celo, pues en todo están sujetas á vuestra voluntad? ¿Por ventura es ensayaros para la lucha que os espera con los verdugos y sayones? ó es pasear la carrera de vuestra pasion antes de veros en ella? ó es darme ejemplo de luchar contra mis pasiones, resistiendo valerosamente hasta derramar la sangre por vencerlas? Por todo os doy inmensas gracias, y os suplico me prevengais con vuestra gracia, para que luche con grande fortaleza.—El modo de luchar contra mis pasiones, á imitacion de lo que aquí hizo Cristo nuestro Señor, ha de ser poniendo delante de los ojos distintamente todas las cosas que me causan temor y espanto en el camino de la virtud y en el cumplimiento de la divina voluntad, ora sea temor de pobreza ó desprecio, ó de algun dolor ó enfermedad, ó cualquier otra dificultad, y contra todas luchar con gran valor, procurando con el celo fervoroso de la gloria de Dios y de mi salvacion vencerlas y rendir mis apetitos á la divina voluntad, resistiendo á mis inclinaciones, hasta que reviente la sangre, por el santo coraje que concibo contra ellas.

2. Lo segundo, tengo de ponderar la inmensidad del amor de Cristo nuestro Señor, y la liberalidad grande que muestra en derramar su sangre por nosotros de su voluntad, por razon de lo cual en el libro de los Cantares es comparado al árbol de la mirra, el cual primero destila como sudor por los poros el licor que se llama mirra, y despues es punzado y descortezado para que la brote con

mas abundancia (*Plinio, lib.* 1, *c.* 14): así Cristo nuestro Señor no quiso esperar á que los verdugos sacasen su sangre con los azotes, espinas y clavos, sino antes de esto quiere que su imaginacion y su santo celo sean sus verdugos, sus azotes y clavos, aprendiendo tan al vivo todos los tormentos que habia de padecer en cada parte de su cuerpo, que bastase á sudar sangre por la cabeza, rostro, espaldas, pecho, y las demás. De modo, que en aquella hora padeció espiritualmente de tropel y por junto lo que despues habia de padecer en diferentes horas, como si en su espíritu fuera preso, azotado, coronado de espinas, crucificado, ahelеado, y atormentado con dolores de muerte, para que entendiese que mas ganas tenia él de derramar su sangre por nuestro bien, que los verdugos de sacársela por hacerle mal. Ó árbol de mirra benditísimo, que antes de ser punzado y descortezado, brotas la mirra primera por los poros de tu cuerpo, gracias te doy por este amor tan liberal y por esta liberalidad tan amorosa que aquí mostraste. Bastaba, Señor, ser una vez atormentado, mas tu caridad quiere mostrarse tan liberal, para que nuestra redencion sea mas copiosa, y el ejemplo que nos das de padecer mas eficaz. ¡Oh quién le pudiese imitar, cogiendo un hacecico de esta mirra primera, y poniéndole entre mis pechos (*Cant.* v, 13), para que pensando con dolor las amarguras que aquí padeciste, mis manos destilasen mirra muy escogida, castigando con penitencias mi carne, como tú afligiste la tuya! Ayúdame, Amado mio, con tu gracia, para que cumpla este deseo con fortaleza.

3. La tercera causa de este sudor fue para mostrar el vivo y tierno sentimiento que tenia de nuestros pecados y de las llagas mortales que padece todo el cuerpo místiço de su Iglesia, para cuyo remedio quiso, como cabeza nuestra, tomar la purga y medicina de dolor interior con tanta vehemencia, que sudó sangre por todo su cuerpo natural; y como los pecados se purgan y perdonan con lágrimas nacidas de este dolor, el suyo fue tan excesivo, que no solo derramó lágrimas por los ojos, como gotas de agua, sino derramólas por todos los poros del cuerpo, como gotas de sangre que bañaron la tierra. ¡Oh sangre preciosísima, derramada por mis pecados con infinito amor y excesivo dolor! ¡Oh quién fuera la tierra en que caiste, para quedar limpio y santificado con tu baño! Lávame, ó buen Jesús, con esa sangre, y aplícame una gota de ella, pues una basta para mi salud. ¿Y qué digo para mi salud? Para la salud de todo el mundo bastara una sola; pues, ¿por qué, Salvador mio, derramas tantas? Ó amor sin medida, ¡quién te amase sin medida!

¡Oh si todos los miembros y partecicas de mi cuerpo se convirtiesen en lenguas para alabar tus misericordias y en ojos para llorar lágrimas de sangre por mis pecados!

4. La cuarta causa fue para mostrar el sentimiento grande que tenia de las aflicciones y tormentos que habia de padecer el cuerpo místico de sus escogidos, cuyos trabajos sintió tanto, que por la compasion de ellos derramó sangre; y como dice san Lorenzo Justiniano (Lib. de triumph. Christi agone, *c.* 19), allí fue espiritualmente apedreado con san Estéban, crucificado con san Pedro, aspado con san Andrés, desollado con san Bartolomé, asado en parrillas con san Lorenzo, despedazado de bestias con san Ignacio; y en resolucion, padeció con el espíritu lo que sus Mártires padecieron en el cuerpo, y en testimonio de esto suda sangre por el suyo. Dignísimo eres, ó Salvador de los hombres, que todos te alaben, sirvan y amen por este amor que les mostraste. ¡Oh quién me diese que sintiese yo tus dolores, que solo el pensamiento de ellos me hiciese sudar sangre! porque si la cabeza siente tanto el dolor de los miembros, razon es tambien que los miembros sientan el dolor de su cabeza.

5. Finalmente, tengo de ponderar cuán debilitado quedaria nuestro dulce Jesús de este sudor, y cuán solo estaba, sin tener con qué enjugarse, ni quién le aliviase. Solamente el Ángel, pasmado de esta extrañeza, le confortaria de nuevo; hasta que fue tiempo de partirse. Ó afligido Jesús, ¡quién se hallara en ese huerto para haceros compañía en este trabajo! ¡Oh quién pudiera daros su alma y corazon, para enjugar vuestro sudor con algun alivio! Dadme, Señor, licencia para que con el espíritu me halle presente á vuestro tormento, y haga con verdadera compasion lo que entonces quisiera hacer para vuestro consuelo.

PUNTO TERCERO. — 1. Acabada esta lucha y sudor de sangre, Cristo nuestro Señor se levantó de la oracion y volvió tercera vez á sus discípulos, y hallándolos durmiendo, los despertó, diciéndoles: *Basta ya, levantaos, y vamos de aquí, porque ya se acerca el que me ha de entregar*. Aquí se ha de ponderar; -lo primero, el ánimo y esfuerzo que la carne de Cristo nuestro Señor sacó de la oracion para acometer los trabajos de la pasion, enseñándonos con este ejemplo la eficacia de la oracion, para fortalecer á la carne flaca, y darla vigor para acometer lo que antes aborrecia y huia. -Lo segundo, ponderaré la mansedumbre de este Señor, que con haberse visto tan congojado, y ver á sus discípulos tan descuidados y dormidos, no

se indignó, sino compadeciéndose de ellos, les dijo: *Dormid y descansad.* Ó buen Jesús, ¡cuánta mayor necesidad teníais Vos de dormir y descansar! Pero como buen Padre, quereis para vuestros hijos el descanso y tomais para Vos el trabajo.—De ahí á un rato los despertó, y dijo: *Levantaos, que ya viene el traidor.* Como quien los reprendia amorosamente, diciendo: Vosotros, mis amigos, dormís, y mi enemigo no duerme. Con lo cual me tengo de confundir, viendo que los malos son mas diligentes en perseguir y ofender á Cristo, que yo en servirle; pero confiado en la virtud de este Señor, tengo de levantarme como los discípulos y acompañarle en sus trabajos, ofreciéndome con prontitud á sufrirlos por su amor.

MEDITACION XXIII.

POR APLICACION DE LOS SENTIDOS INTERIORES DEL ALMA, CERCA DE LA SANGRE QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR DERRAMÓ EN EL HUERTO.

—Presupuesto lo que está dicho de este modo de orar (*Part.* II, *med.* XXVI), por aplicacion de los sentidos, servirá esta meditacion para los demás pasos en que Cristo nuestro Señor derramó su preciosa sangre en la pasion, y tambien para la que derramó en su circuncision.—

Punto primero.—Lo primero, con la vista interior del alma miraré la sangre que vierte Cristo nuestro Señor, ponderando quién es el que la derrama, por qué causa, con qué modo y con qué afecto; es á saber, como la derrama Dios por mis pecados con infinito amor, excesivo dolor y desprecio, y como sale matizada con los vivos colores de sus virtudes, humildad, paciencia y caridad, sacando de aquí afectos de admiracion, amor, agradecimiento y de imitacion en esta forma: Qué, ¿es posible que un Dios de tan infinita majestad derrame sangre tan preciosa por una criatura tan vil como yo! ¿y que tan á costa suya busque mi remedio, haciendo de su sangre medicina para mi pecado! ¡Oh bendita sea bondad tan sin medida! ¡Qué alabanzas te daré, Señor, por tanta merced! cómo podré debidamente agradecértela! cómo te amaré de todo mi corazon! y cómo imitaré tus gloriosas virtudes! Yo propongo con tu gracia de imitarlas, aunque sea derramando mi sangre por seguirte en ellas.

Punto segundo.—Lo segundo, oiré con los oidos del alma las palabras, voces y clamores que suenan con el derramamiento de esta

sangre y con el ejercicio de tantas virtudes.-Lo primero, oiré como esta sangre clama y da voces al Padre eterno (*Hebr.* XII, 24), no pidiendo venganza como la sangre de Abel, sino pidiendo misericordia y perdon para los hombres, alcanzando lo que pide, porque no puede el Padre eterno dejar de oir este clamor. De donde sacaré grandes afectos de confianza, para pedir por esta sangre perdon de mis culpas.-Lo segundo, oiré las voces que me da Cristo con esta sangre, diciéndome: Pues yo doy mi sangre preciosa por tu provecho, dame tu sangre vil por mi servicio, resistiendo al pecado, y derramándola, si fuere menester, por no hacerle.-Lo tercero, tambien oiré las palabras que el Salvador diria á su eterno Padre, ofreciéndole su sangre por nosotros. ¡Oh cuán bien las recibiria su Padre, aceptando la oferta y prometiendo darle cuanto le pidiese por ella! -Lo cuarto, oiré los gemidos del Salvador y el ruido de la sangre que vertia, compadeciéndome de sus dolores, y sintiéndolos como si fueran mios, y llorando mis culpas, que fueron causa de ellos.

PUNTO TERCERO.—Lo tercero, se ha de oler con el olfato interior la fragancia y olor suavísimo de esta sangre, que sube al eterno Padre, aplacando con esta suavidad su ira é indignacion, mucho mejor que con el sacrificio sangriento de animales que Noé le ofreció. (*Genes.* VIII, 20). ¡Oh cuán bien le huele verla derramar con tanto fuego de amor! ofreciéndosela su Hijo en sacrificio y ofrenda por nuestras culpas, entregándose, como dice san Pablo (*Ephes.* V, 2), á sí mismo por oblacion y sacrificio en olor de suavidad. Tambien ponderaré cuán bien le huele cuando nosotros se la ofrecemos en el sacrificio de la misa, sacando grandes afectos de amor y confianza por todo esto. Tambien he de oler la fragancia de las virtudes olorosísimas que acompañan este derramamiento de la sangre de Cristo, y con este olor confortaré mi corazon para imitarlas, corriendo tras Cristo por darle un alcance en ellas; ponderando que humildad, paciencia y obediencia, teñidas con mi sangre, mezclada con la de Cristo, son muy olorosas y agradables al Padre eterno, por la semejanza que tienen con las de su Hijo, y así me animaré con gran fervor á procurarlas.

PUNTO CUARTO.—Lo cuarto, se ha de gustar con el gusto interior del alma la suavidad y dulzura de esta sangre, y de las virtudes que en su derramamiento resplandecen, viendo el gusto de la parte superior del espíritu con que este Señor la derrama, y cuán sabroso le es derramarla por obedecer al eterno Padre y para nuestro remedio. Además, gustar la suavidad de esta sangre cuando se bebe

en el Sacramento del altar, recreando mi alma con esta dulzura, y deseando siempre tener parte en ella. Gustar tambien la dulzura inmensa que tiene para endulzurar todas las cosas amargas de esta vida, mojándolas en ella, haciendo propósitos de tomarla por salsa de la obediencia y humillacion, y de los trabajos y desprecios que se me ofrecieren. Tambien he de gustar las amarguras y dolores que este Señor padece en su carne, y sentirlas dentro de mí, conforme á lo que dijo san Pablo (*Philip.* II, 5): Sentid en vosotros lo que en Cristo Jesús. Ó dulcísimo Jesús, ¡quién pudiera sentir lo que sentias, y gustar lo que gustabas, cuando derramabas por mí tu preciosa sangre! Dámelo á sentir, aunque sea muy amargo; porque habiendo pasado por tí, para mí será muy dulce.

PUNTO QUINTO.—Lo quinto, con el tacto interior del alma se ha de tocar esta sangre, besarla y bañarme con ella, para quedar limpio, blanco y puro, con la sangre de este Cordero sin mancilla. (*Apoc.* I, 5; VII, 14). ¡Oh quién pudiera colocarse sobre aquella tierra en que cayó esta preciosa sangre! ¡oh si mi corazon fuera relicario en que estuviera depositada! ¡Oh sangre de Jesús, derramada con infinito amor, abrásame en amor del que por mí te derramó! ¡oh sangre vertida con excesivo dolor y desprecio, enciéndeme en deseo de padecer dolores y desprecios por quien te vertió! ¡oh sangre de mi Señor, que en el Sacramento del altar entras dentro de mi pecho! yo te toco y te palpo, te gusto y te abrazo, y me incorporo y junto contigo, y deseo estar siempre abrazado y unido con quien te me dió, por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXIV.

DE LA VENIDA DE JUDAS CON LOS SOLDADOS Á PRENDER Á CRISTO NUESTRO SEÑOR, Y DE LO QUE SUCEDIÓ ANTES DE LA PRISION.

PUNTO PRIMERO.— 1. *Estando Cristo nuestro Señor en el huerto con sus once Apóstoles, llegó Judas con un escuadron de soldados con su tribuno, y con otros magistrados y ancianos, y muchos criados de los pontífices y fariseos, á los cuales dijo Judas: A quien yo besare, ese es Jesús, prendedle, y llevadle con cautela. Y acercándose á Jesús, besóle y díjole: Dios te salve, Maestro. El Señor le respondió: ¿Amigo, á qué has venido? ¿Y cómo, Judas, con beso entregas al Hijo del hombre?* (*Matth.* XXVI, 48; *Marc.* XIV, 44; *Luc.* XXII, 48; *Ioan.* XVIII, 3).

ca de Cristo, cuando estaba en tanta afliccion, es tan poderosa que derriba en tierra á sus enemigos, ¿cuánto mas poderosa será la que dijere, cuando venga como rey á juzgar, y diga á los malos: Apartaos de mí, malditos? será sin duda como un viento impetuosísimo, que dará con ellos, no solo en tierra, sino en el profundo del infierno. Por tanto, alma mia, busca á Cristo con humildad, y hallarle has para tu provecho; porque si le buscas con soberbia y para tus intentos vanos, le hallarás para tu daño.

3. Lo tercero, se puede ponderar la causa por que esta gente cayó hácia atrás y no hácia adelante, pues no fue acaso, sino para significar que la caida de los malos es peligrosísima, sin ver á dónde caen, ni ver los terribles castigos que les esperan, en los cuales caerán de repente y cuando menos piensan. Líbrame, Dios mio, de tal caida, para que ni vuelva atrás del bien que comencé, ni caiga de tu gracia en el abismo de la culpa. Delante de mi rostro quiero caer con humildad, reconociendo mi pecado y la nada que de mí tengo, y la tierra de que fuí formado, para que cayendo de esta manera, me levante á gozar de tu eterna gloria. Amen.

PUNTO TERCERO. — 1. Dando Cristo nuestro Señor licencia á los soldados que se levantasen, les preguntó segunda vez: *¿A quién buscais? Y diciendo ellos, á Jesús Nazareno, les respondió con gran imperio: Ya os he dicho que yo soy; si me buscais á mí, dejad ir á estos.* Aquí se ha de ponderar; lo primero, la ceguedad y dureza de Judas y de estos hombres miserables, que con haber visto un milagro tan manifiesto de la divinidad y potencia de Cristo, no se le rindieron ni reconocieron por Dios, sino como endemoniados perseveraron en su obstinacion; pero aunque tales, no sin misterio, á la pregunta que les hizo Cristo nuestro Señor respondieron que buscaban á Jesús Nazareno, queriendo el Espíritu Santo por sus bocas, aunque tan malas, declarar que el que buscaban para prenderle y matarle, era Jesús Salvador del mundo, nazareno y santo, consagrado á Dios y florido con virtudes celestiales, porque tal habia de ser el que con su muerte nos habia de salvar. Ó Jesús Nazareno, si los hombres te conociesen, todos te buscarian, no para darte la muerte, sino para que tú les dieses la vida. Búsquete yo, dulce Jesús, para que seas para mí Jesús; búsquete yo, santo Nazareno, para que por tí sea yo santo y consagrado á tu servicio.

2. Mas sobre todo, se ha de ponderar la inmensa caridad de Cristo nuestro Señor para con los suyos, y el cuidado que tiene en mirar por ellos, y defenderlos con su omnipotencia; porque aquella

palabra, *sinite hos abire*, dejad ir á estos, fue un mandato tan poderoso y eficaz, que no pudieron sus enemigos ir contra él, ni hacer daño alguno á los Apóstoles. Ó amantísimo Jesús, ¡cómo no cesas de mostrar en todas ocasiones el amor que nos tienes! Das licencia á tus enemigos contra tí, y quítasela contra tus amigos. Quieres que los males descarguen sobre tus espaldas, para librar de ellos á tus escogidos. Sirve, ó alma mia, de corazon á este Señor, sin cuya licencia ninguno te puede molestar, y cuya bondad es tan grande, que no la dará para tu daño, si le sirves con cuidado.

Punto cuarto.— 1. *Viendo los Apóstoles que los soldados acometian á Cristo nuestro Señor, le dijeron: Herirles hemos con nuestros cuchillos. Mas Pedro, arrebatado de su fervor, sin esperar respuesta cortó con su cuchillo la oreja de un siervo del pontífice, llamado Malco. Cristo nuestro Señor les dijo: Dejadles hacer lo que quieren.* Y á Pedro reprendió y reprimió su fervor indiscreto con breves y admirables sentencias, mezcladas de rigor y blandura.—La primera fue: *Torna la espada á su vaina, porque quien mata con cuchillo, á cuchillo morirá.* Que es decir: Quien con espíritu de venganza mata, digno es de muerte. En lo cual se ha de ponderar cuán léjos quiere Cristo nuestro Señor que estemos de este espíritu de venganza en cosas propias, pues así reprende á su discípulo, porque con mezcla de este espíritu le queria defender; y tambien se descubre aquí la mansedumbre de este Señor, el cual no se cansa de dar lecciones de sufrimiento en medio de tantos enemigos que le injuriaban, como si estuviera en la cátedra, en medio de muchos discípulos que le oyeran.

2. La segunda fue: *¿El cáliz que me dió mi Padre, no quieres que le beba?* Por las cuales palabras se ve, con qué ojos miraba Cristo nuestro Señor el cáliz de su pasion, la estima que tenia de beberle. No le miraba como dado por mano de sus enemigos, sino como recetado y ordenado por la voluntad de su eterno Padre, la cual deseaba cumplir, y sentia mucho que se lo impidiesen; y aunque el cáliz fuese amargo, bastaba ser dado por Padre tan sábio y amoroso, para beberle como si fuera dulce. Con estos ojos tengo yo de mirar todos los trabajos y tribulaciones que me sucedieren; y si sintiere tentacion interior ó pensamiento que me aparte de beber con gana este cáliz, tengo de responder á mi tentacion: ¿Y cómo no quieres que beba el cáliz que mi Padre me da? Ó Padre amantísimo, yo me ofrezco á beber cualquier cáliz que me dieres, y á recibir cualquier purga que ordenares, por amarga y desabrida que

sea; pues siendo ordenada por tu sabiduría y providencia, sin duda será para mí muy justa y provechosa.

3. La tercera fue: *¿Por ventura no podria yo hacer oracion á mi Padre, y luego enviaria mas de doce legiones de Angeles para mi defensa? Pero ¿cómo se cumplirian las Escrituras, que dicen convenir que asi se haga?* En las cuales palabras nos enseña cuán fácil cosa le fuera defenderse por medio de la oracion, alcanzando con ella mayores ejércitos de Ángeles, que los que venian á prenderle. Pero que cesaba de pedir esto, porque se cumpliese la divina ordenacion de su muerte, declarada en las Escrituras. Ó buen Jesús, gracias te doy porque dejaste de pedir lo que tu Padre te concediera, atendiendo mas á la necesidad que teníamos de tu muerte, que al descanso de tu persona. De aquí sacaré dos avisos:—Uno, de cuán eficaz es la oracion hecha con confianza en Dios, persuadiéndome que por ella, si fuere necesario, me defenderán legiones de Ángeles; y que es verdad lo que dijo Eliseo á su criado (IV *Reg.* VI, 16): Mas están por nosotros, que contra nosotros.—El segundo, que cuando me consta ya de la voluntad de Dios, no tengo de pedirle cosa en contrario, aunque supiese que la habia de alcanzar; porque ninguna cosa tengo tanto de desear y pedir, como que se cumpla en mí su santísima voluntad y ordenacion.

PUNTO QUINTO.— 1. *Luego Cristo nuestro Señor, tocando la oreja de aquel siervo Malco, le sanó.*—Este es el segundo milagro que hizo en su pasion, cuyos motivos fueron por cumplir con la ley del amor perfecto, haciendo bien á su enemigo, y al que tanto mal le queria hacer. Además, por las entrañas de misericordia que tenia, doliéndose de que alguno por su ocasion recibiese daño; y porque sus enemigos no tomasen de allí ocasion de hacer daño á sus discípulos, calumniándoles como á gente que resistia á la justicia. Ó dulcísimo Jesús, que pudiendo hacer milagro para defenderos, no quereis usar de vuestro poder, y usais de él para hacer bien al que os ofende; comunicadme este espíritu de amor, con el cual sea conmigo riguroso, y con mis enemigos blando. Amen.

2. Tambien se puede ponderar el espíritu de este milagro, porque sanar Cristo la oreja derecha, significa que por los méritos de su pasion se nos ha de restituir el oido derecho del alma, que es la fe y la obediencia á todo lo que Dios revela y manda; y es de creer, que como las obras de Cristo nuestro Señor fueron perfectas, dando con la salud del cuerpo la del alma (como se dijo en la parte III, en la introduccion de la meditacion XXV). Este Malco, en recibien-

do este beneficio, admirado del milagro y de la omnipotencia de Cristo, creyó en él, y quedó sano en el alma. Y apartándose de la maldita canalla, se fué á su casa, llorando las injurias que se hacian á hombre tan santo y poderoso. ¡Oh mudanza de la diestra del muy alto! Toca, Señor, el oido de mi alma, y sánale con perfeccion, para que dejando el espíritu de siervo, me haga verdadero Malco, que quiere decir rey, sirviéndote muy de veras con señorío de mis pasiones; pues servirte á tí es reinar por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXV.

DEL PRENDIMIENTO.

Punto primero. — 1. *Entonces dijo Jesús á los sacerdotes, magistrados y ancianos que allí estaban: ¿Como á ladron habeis venido con espadas y lanzas á prenderme? Cada dia estaba con vosotros en el templo enseñándoos, y no me prendísteis. Pero esta es vuestra hora, y el poder de las tinieblas.* (*Luc.* xxii, 52). Aquí se ha de ponderar lo primero, como este Señor inocentísimo fue tenido y tratado como ladron, y como á tal vinieron á prenderle; y es de creer, que con esta voz iban los soldados gentiles á ello. Ó buen Jesús, ¡cuán léjos estais de ser ladron, robador de lo ajeno, pues dais por nuestro bien todo lo que teneis por propio! Si es ser ladron robar los corazones y sacar las almas del poder de Satanás, es verdad que sois ladron, cuyo nombre es: date priesa, despoja, apresúrate y roba (*Isai.* viii, 3); mas esto no es injuria, sino honra; no es culpa digna de prision, sino hazaña digna de eterna loa. Robad, Señor, mi corazon y tomadle para Vos, porque ni tomaréis lo ajeno, pues tambien es vuestro, ni será contra la voluntad de su dueño, porque yo gusto de ser robado.

2. Lo segundo, ponderaré la reprension que de Cristo nuestro Señor á esta gente, diciéndoles: *Cada dia estaba con nosotros en el templo enseñándoos.* Que fue decir: ¿Este pago me dais por el continuo trabajo que he tomado en enseñaros, tratando como á ladron al que siempre ha sido vuestro maestro? Ó Maestro celestial, ¡cuán mala paga le damos por la enseñanza y doctrina que nos distes! perdona nuestras descortesías, y apiádate de nuestras miserias; pues aunque seamos malos discípulos, tú no dejas de ser buen Maestro.

3. Lo tercero, ponderaré aquellas sentidísimas palabras: *Esta es vuestra hora, y el poder de las tinieblas.* Por las cuales Cristo nuestro

Señor dió licencia y poderío sobre su cuerpo á todos sus enemigos, y á los demonios, cuyos ministros eran, para que le prendiesen y atormentasen á su voluntad, no con limitacion de reservar la vida como á Job (*Iob*, I, 12), sino con plena potestad de quitársela á fuerza de tormentos, lo cual me ha de mover á grandes afectos de compasion y dolor, viendo entregado á mi Señor á enemigos tan crueles por mi causa. Gracias te doy, ó amantísimo Jesús, por esta caridad tan grande que mostraste en querer entregar tu cuerpo y vida á los poderes del infierno, por librar de ellos á mi alma. Yo, yo, Señor, era el que habia de ser entregado á ellos, pues yo he sido el que pequé; mas tu caridad quiere pasar por esta pena, para librarme de la culpa. Suplícote, Dios mio, que me libres de sus furias, para que ni en esta vida ni en la otra caiga en sus tinieblas.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Habida esta licencia, todo aquel escuadron de soldados arremetió furiosamente á Cristo nuestro Señor para prenderle; y es de creer, que con aquel ímpetu darian con él en tierra, y le pisarian boca, rostro y todo el cuerpo, hollándole con rabia increible. Luego le levantarian del suelo con grande violencia, dándole récios golpes con los palos que traian; y como dice el Evangelista (*Ioan.* XVIII, 12), le ataron. Y puédese creer que le ataron cruelmente las manos por las muñecas con duras sogas, y despues le echarian una soga á la garganta, haciendo todo esto con gran regocijo y alegría, como se alegran los vencedores con la presa, especialmente cuando ha sido muy deseada, y se han visto muchas veces á punto de perderla. En este hecho tengo de ponderar las heróicas virtudes del Salvador, para imitarlas, compadeciéndome de los trabajos que padece. — La primera es extremada humildad, considerando como está debajo de los piés de los hombres, y de los hombres pecadores, el que tiene su silla sobre todos los Querubines y Serafines. ¡Oh qué sentimiento tan tierno tendria este Señor, viéndose así pisado de todos, diciendo á su eterno Padre aquello de David (*Psalm.* LV, 2): Ten misericordia de mí, Señor, porque me ha pisado el hombre; todo el dia me ha combatido y atribulado; hollado me han mis enemigos, porque son muchos los que pelean contra mí. Gracias te doy, dulcísimo Jesús, por la humildad tan profunda que aquí mostraste: grande humildad fue arrojarte á los piés de tus Apóstoles y de Judas para lavárselos; pero ¿qué tiene que ver con permitir que Judas con su maldito escuadron ponga sobre tí sus piés? Concédeme, humildísimo Redentor, que guste ser pisado, y estar debajo de los piés de todos los hombres, pues merecia estar á los

piés de Lucifer hollado de los demonios. De aquí subiré á ponderar en este paso la diferencia entre los pecadores y justos. Porque los pecadores, cuando pecan, pisan, como dice san Pablo (*Hebr.* x, 29), al Hijo de Dios, y ponen debajo de los piés su santa ley. Mas los justos, como dice el mismo Apóstol (I *Cor.* vi, 20), glorifican y llevan á Dios en su cuerpo, y ponen la divina ley sobre sus hombros y cabezas; y haciendo reflexion sobre mi vida pasada, lloraré las veces que pisé al Hijo de Dios, y hollé su voluntad para salir con la mia.

2. Lo segundo, ponderaré la invencible paciencia de este Cordero mansísimo, sufriendo tantas injurias y golpes, sin responder palabra, ni quejarse, ni tenia movimiento de ira ó indignacion alguna, aunque estaba viendo los corazones rabiosos de sus enemigos, y los regocijos que hacian por haberle prendido, cumpliéndose lo que dijo por David (*Psalm.* xxi, 13): Me han cercado muchos becerros y toros gruesos: abrieron contra mí su boca, como leon que roba y brama. Ó pacientísimo Cordero, ¿qué haces rodeado de tantos lobos y leones tan feroces? ¿cómo no balas ni abres tu boca contra ellos, pues con solo decir: yo soy, puedes derribarlos á todos? Mas ya, Señor, pasó la hora de hablar; y callando con sufrimiento, quieres dejarte pisar para darme ejemplo de paciencia. Ayúdame para que le tome, sufriendo con silencio cualquier agravio y desprecio que me viniere.

3. Pero sobre todas las virtudes campea la infinita caridad de este dulcísimo Salvador en dar sus benditísimas manos para ser atadas con tanta crueldad, manos que siempre se ocuparon en hacer bien á los mismos que se las ataban; y aunque pudiera romper las ataduras con mas facilidad que Sanson rompió las suyas (*Judic.* xvi, 9), no quiso hacerlo, porque él mismo se las quiso atar con las sogas y cadenas de la caridad, en castigo de la mala libertad y demasiada soltura que han tenido las nuestras, y para librarnos de la cárcel, á donde merecíamos estar atados de piés y manos. Entonces se cumplió lo que habia dicho por David (*Psalm.* cxviii, 61): Los cordeles de los pecadores me ataron, pero yo no me olvidé de tu ley. Y ¿qué ley es esta, sino la ley de la caridad? De la cual no se olvidó Cristo cuando le ataban los pecadores, amándolos, y deseando traerlos y atarlos consigo con cuerdas de Adan (*Osee.* xi, 4) y con cadenas de caridad. Ó amabilísimo y amorosísimo Jesús, ¿quién pudiera atar tus manos, si tu amor primero no las atara? Ó manos liberalísimas y poderosísimas, que poco há repartísteis á los vuestros el

pan del cielo, y nunca estuvísteis atadas para hacer bien á los hombres, ¿por qué os dejais atar con tanta crueldad? ¡Oh atrevimiento endemoniado de los hombres, que con tanta ignominia maniatais á Dios! No permitas, Señor, que con mis pecados y desagradecimientos ate tus manos, para que no me hagas bien; antes te suplico ates las mias para todo lo que es culpa, y las sueltes para todo lo que es virtud.

PUNTO TERCERO. — 1. *Viendo los once Apóstoles lo que pasaba, todos huyeron dejando solo á su Maestro.* Aquí ponderaré, lo primero, de parte de los discípulos, la cobardía y miedo que se apoderó de ellos, mirando como los que poco antes habian recibido de Cristo tantos favores y oido tan saludables consejos y visto tantos milagros, y blasonaban que estaban aparejados para morir con él, olvidados de todo esto se escandalizan en viéndole preso, y le desamparan, y huyen, no solamente con el cuerpo, sino tambien con el espíritu, ó perdiendo la fe, ó titubeando en ella. Los piés, que poco antes habian sido lavados por las manos de Cristo, fueron enlodados y manchados con la culpa de esta huida tan cobarde. El corazon, que habia sido fortificado con el cuerpo y sangre de Cristo, perdió la fortaleza por el miedo de perder la vida. La fé, arraigada con la vista de tantos milagros, se oscureció con la niebla que levantó el temor de las persecuciones; para que yo eche de ver lo poco que se puede fiar de hombres, cuya condicion es acompañar al amigo en la vida, y dejarle en la muerte, seguirle en tiempo de prosperidad, y huir de él en tiempo de adversidad. Y en persona de estos discípulos me miraré á mí mismo, que en tiempo de paz blasono y presumo; y en viniendo la guerra y contradiccion, huyo: sigo á Cristo al tiempo del partir el pan, y cuando me regala; y huyo de él, cuando se ha de beber el cáliz de la pasion, y cuando me aflige; y así me olvido de los beneficios que me ha hecho, como si nunca los hubiera recibido. Ó Salvador mio, líbrame de tal escándalo y cobardía, y no me desampares en el tiempo de la tentacion, porque amparándome tú, no te desampare yo.

2. Lo segundo, ponderaré de parte de Cristo nuestro Señor, el grande sentimiento que tuvo cuando vió derramado su rebaño, y el escándalo que padecia; y cuando se vió solo y desamparado de sus amigos, entonces diria aquello de David (*Psalm.* LXXXVII, 9): Mis conocidos se alejaron de mí, tuviéronme por abominable, como hombre aborrecible: fuí entregado á mis enemigos, y no me defendí, y mis ojos se enflaquecieron viendo su miseria. Ó Amado mio, ¡quién

te pudiera acompañar en esa hora, siendo preso contigo, de modo que unas mismas sogas ataran tus manos y las mias! Esta será mi honra, y guárdeme Dios de dar en tal locura, que tenga por abominacion al que es todo mi consuelo y santificacion.

MEDITACIONES

DE LOS MISTERIOS DE LA PASION, QUE SUCEDIERON ESTA NOCHE, DESPUES DEL PRENDIMIENTO.

—Por fundamento de las meditaciones siguientes, advierto, que Cristo nuestro Señor, para padecer mayores ignominias en su pasion, quiso ser presentado á cuatro tribunales, ó concilios, y juntas de las personas mas calificadas que habia en Jerusalen, dos eclesiásticos, y dos seculares.—El primero (*Ex Baronio*, tom. 1, an. 30 et 34 Christi Dni.) fue de Anás, príncipe y cabeza de los escribas y letrados de la ley; de los cuales se juntaba un concilio de setenta personas ancianas, para las causas que pertenecian á la doctrina que se predicaba y enseñaba, segun las Escrituras.—El segundo fue de Caifás, sumo pontífice y supremo sacerdote, con quien se juntaban los demás pontífices, sacerdotes y fariseos, religiosos de aquel tiempo, para las cosas tocantes á la religion, y este era el tribunal eclesiástico del juez legítimo de aquel tiempo.—El tercero fue de Pilatos, juez y presidente de Judea, á cuyo tribunal concurria muchedumbre de escribanos, alguaciles, y otros ministros de justicia, como es costumbre.—El cuarto fue de Herodes, rey de Galilea, con quien estaba muchedumbre de cortesanos, y un ejército de gente de guarda. En estos cuatro tribunales y concilios fue Cristo nuestro Señor presentado y despreciado ignominiosamente; de suerte, que á sus desprecios concurrieron todas las personas de Jerusalen mas calificadas en letras, en religion, en justicia y en grandeza; y el que era sapientísimo Maestro de todas las ciencias, quiso ser despreciado de los sábios y profesores de ellas. El que era sumo Sacerdote, y dechado de toda religion, fue despreciado de los sacerdotes y de los que profesaban santidad. El que era justísimo Juez de vivos y muertos, fue escarnecido de los jueces y ministros de justicia. Y el que era Rey de reyes y Señor de señores, fue despreciado de los reyes y cortesanos, y de sus ejércitos, sin otra muchedumbre del pueblo que concurrió á estos desprecios, queriéndolo así su divina Majestad, para darnos ejemplo de humildad y paciencia, y para consuelo de los que fueren despreciados en este mundo, por cualquier suerte

de personas, y para otros fines que irémos ponderando en las meditaciones que se siguen. Y cerca de ellas se advierta, que presupongo haber sucedido en casa de Anás el primer exámen con la bofetada, como dicen muchos doctores (*Ignat.* in suis exercitiis), conformándome con el órden que san Juan lleva en contarlo; y de las tres negaciones de san Pedro hago juntamente una meditacion, ora hayan sucedido todas en casa de Caifás, ora solamente las dos postreras, y la primera en casa de Anás; porque para el intento de estas meditaciones no importa haber sucedido todo esto mas en un lugar que en otro. —

MEDITACION XXVI.

DE LOS TRABAJOS QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR PADECIÓ DESDE EL HUERTO Á CASA DE ANÁS, Y DE LO QUE ALLÍ LE SUCEDIÓ.

PUNTO PRIMERO. — 1. *El escuadron de los soldados, con su tribuno, y los ministros de los judíos, luego que prendieron á Jesús le llevaron á casa de Anás, suegro de Caifás, pontífice.* Sobre este paso tengo de ponderar todos los trabajos que Cristo nuestro Señor padeció en aquel largo camino. – Lo primero, padeció graves dolores, porque era llevado con grande crueldad de sus enemigos, tirando de él por las sogas, dándole de golpes y empellones, haciéndole ir aprisa, medio corriendo y tropezando, y arrodillando, como en semejantes casos suele acontecer á los que van presos y maniatados. Acordaríase este Señor de la postrera vez que caminó á Jerusalen con sus discípulos, yendo muy aprisa delante de ellos, para significarles las ganas que llevaba de padecer. (*Marc.* x, 32; *Supr. medit.* II). Ó dulcísimo Jesús, ¡qué apresurado paso llevais, arrastrado de vuestros enemigos; pero mucho mas de vuestra caridad, que les da licencia para ello! ¡Oh qué diferente compañía llevais ahora, de la que llevábais entonces! ¿Dónde están vuestros discípulos, que entonces os seguian? ¿No pudieron seguir paso tan apresurado y doloroso, y por esto os han dejado solo? No permitais, Señor, que yo deje de seguiros con esfuerzo al paso que llevaredes, aunque sea muy penoso.

2. Lo segundo, ponderaré la fatiga que sentia el cuerpo tierno de Cristo nuestro Señor, por razon del sudor de sangre que poco antes habia tenido; y puédese creer, que con la demasiada furia que le llevaban, se tornarian á abrir los poros, y á sudar de nuevo, si no sangre, á lo menos sudor de congoja y fatiga. Tambien al pasar

el arroyo de Cedron, quizá tropezaria en aquellas piedras y caeria, bebiendo, no del agua del arroyo, sino del arroyo de las fatigas y amarguras que traspasaban su corazon. (*Psalm.* CIX, 7). Ó cuerpo santísimo, gracias te doy por el cansancio que en este camino padeciste. Ó piés benditísimos, yo os glorifico por los pasos apresurados que en esta jornada disteis. Ahora comienzan, ó buen Jesús, vuestros piés á pagar los pecados que hicieron los piés apresurados para el mal. (*Psalm.* XIII, 3). Detened, Señor, los mios en semejantes pasos, y apresuradlos con ligereza para el bien.

3. Lo tercero, padeció Nuestro Señor en este camino grande ignominia, siendo llevado como ladron con gran vocinglería; y especialmente, al tiempo que entraban por la puerta de la ciudad, levantarian el grito aquellos fieros ministros del demonio, pregonando la presa que llevaban con gran orgullo. Ó Redentor mio, ¡cuán diferente entrada es esta en Jerusalen de la que hiciste el domingo pasado! En aquella iban muchos con palmas en las manos, en señal de vuestra victoria; en esta van con espadas y lanzas, en señal de la suya: en aquella levantaban todos la voz para alabaros, diciendo: Bendito sea el que viene en el nombre del Señor; en esta levantan la voz para vituperaros, diciendo mil injurias y blasfemias contra Vos: en aquella tendian sus ropas por el suelo para que pasase por ellas el jumento en que íbadeis sentado; en esta tiran de vuestra ropa, y os la rasgan, y os llevan á pié, y medio arrastrando. ¡Oh mudanza de hombres contra su Dios! oh paciencia de Dios en sufrir tales hombres! Líbrame, Señor, de mudanza tan perversa, y dame paciencia tan admirable, que me haga superior á cualquier mudanza. - Finalmente, ponderaré el espíritu y afecto con que Cristo nuestro Señor iba por el camino con grande humildad y paciencia, ofreciendo con grande caridad al Padre eterno aquellos sus pasos trabajosos, en satisfaccion de los que nosotros damos para ofenderle, sacando de esto afectos de agradecimiento y de imitacion, como despues dirémos.

PUNTO SEGUNDO. — 1. *Preguntó el pontífice á Jesús de su doctrina, y de sus discípulos.* Sobre este punto se ha de considerar, primeramente los desprecios que Cristo nuestro Señor padeció en aquella entrada en casa de Anás, á donde se habian juntado los ancianos, letrados y maestros de la ley, como personas á quien tocaba calificar la doctrina de Cristo, á quien el pueblo llamaba profeta; y como todos eran sus enemigos, y juntamente eran letrados soberbios, en viendo á Cristo, comenzaron á escarnecer y mofar de él, mostrando grande

regocijo en verle preso y humillado, para que se vea como la ciencia que hincha da principio á los desprecios de Cristo nuestro Señor, en castigo del pecado de Adan, que tuvo principio del apetito de la ciencia, para saber como Dios el bien y el mal. Ó Maestro sapientísimo, autor y principio de todas las ciencias del mundo, ¿por qué se levantan contra Vos los sábios, y escarnecen al Autor de la sabiduría? Mi soberbia es la causa de esto, y mi ciencia hinchada pedia tal cura, para que viendo al que es la misma sabiduría despreciado de los sábios de este siglo, guste ser humillado de ellos, y no haga caso de sus errados juicios. Dadme, Dios mio, humildad en sabiduría; porque la sabiduría del humillado levantará su cabeza, y en medio de los grandes le hará glorioso. (*Eccli.* XI, 1).

2. Lo segundo, se ha de ponderar la soberbia con que el pontífice y sus letrados comenzaron á examinar á Cristo nuestro Señor, con ánimo de calumniarle; y así le preguntarian, qué doctrina era la suya, si era contraria á la de Moisés; si era doctrina del cielo, y habida por revelacion; cuántos discípulos tenia; quiénes eran; dónde estaban. Todo lo cual oia Cristo nuestro Señor con grande humildad y mansedumbre, sin embargo de que conocia su dañada intencion. De donde sacaré grandes afectos de confusion propia, y de compasion de Cristo, mirándole en medio de aquellos sayones, ellos sentados como jueces, y él en pié como reo; ellos con insignias y borlas de doctores, y él maniatado con insignias de malhechor. Ó Doctor excelentísimo, doctor de los doctores y de todas las gentes; cuando eras de doce años estabas sentado en medio de los doctores, oyéndoles y preguntándoles con admiracion de todos (*Luc.* II, 49); y ahora estás en pié en medio de los mismos, oyendo y respondiendo con escarnio de ellos. Pero si fue admirable la sabiduría que mostraste en las respuestas que entonces diste, no es menos admirable la que muestras en las que ahora das, sufriendo las ignominias que de ellas te resultan. ¡Oh! si tu Madre santísima se hallara aquí presente, con qué sentimiento repitiera aquella su amorosa queja, diciendo: Hijo ¿por qué lo has hecho conmigo así? ¿por qué me has dejado sola, y te has entrado en medio de estos doctores, mas lobos carniceros que maestros piadosos? Pero tú, Señor, le respondieras como entonces: En las cosas que son de mi Padre me conviene siempre estar, y mi Padre quiere que pase por este exámen. Gracias te doy, amantísimo Redentor, por la obediencia que tienes á tu Padre, y por la humildad que muestras entre los hombres por su amor.

PUNTO TERCERO. — 1. *Respondióle Jesús: Públicamente he hablado*

al mundo, siempre enseñé en la Sinagoga y en el templo, donde concurrian todos los judios, y nada he dicho en secreto, pretendiendo que lo fuese, ¿ para qué me preguntas á mí eso? Pregúntalo á los que me oyeron, pues ellos saben lo que les he dicho...Aquí tambien ponderaré lo primero, como Cristo nuestro Señor, aunque preso y humillado, no estaba acobardado en este concilio, sino con gran libertad de espíritu que procedia de la santidad de su vida y de la verdad de su doctrina, porque la conciencia que se funda en santidad y verdad es libre y animosa para todo lo bueno, sin temor ni encogimiento alguno, aunque esté delante de los sábios y grandes del mundo; y así tengo de procurar para mí tal modo de conciencia y santa libertad, como despues lo mostraron los Apóstoles, imitando á su Maestro. (*Act.* v, 29).

2. Lo segundo, ponderaré la grande prudencia de Cristo nuestro Señor en no querer decir en particular de su doctrina qué tal era, porque sabia cuán mal recibida habia de ser la verdadera respuesta; sino remitióse á los que le habian oido, porque estaba tan seguro de su verdad, que á sus mismos enemigos que estaban presentes y la habian oido hacia testigos de ella. Y bien se vió ser así, porque todos enmudecieron, y no hubo quien le notase de alguna cosa mal dicha. Ó pureza de la doctrina del Salvador, ¡cuán poderosa es tu fuerza! pues no solo das libertad generosa al que la dice, sino rindes y tapas la boca del enemigo que la oye. Concédeme, Salvador mio, luz para entenderla, libertad para publicarla, y obediencia para ejecutarla con perfeccion. Amen.

3. Lo tercero, es de ponderar la causa por que Cristo nuestro Señor no dijo nada de sus discípulos; porque como habian dado mala cuenta de sí, ni los quiso acusar publicando su flaqueza, ni se pudo preciar de ellos alabando su lealtad. Y demás de esto, como algunos contemplan (*D. Cyril.* lib. xi, c. 31), estaba allí Judas esperando á que le diesen el dinero de la venta, porque estaba remitido á Anás; y como este desventurado era conocido por discípulo de Cristo, con su presencia desacreditaba á su Maestro. Todo lo cual afligia no poco á Nuestro Salvador. Ó Maestro amantísimo, no permitas que yo desdiga de la lealtad que te debo como fiel discípulo (*Luc.* ix, 26), para que no te avergüences de confesarme por tuyo delante de tu Padre y de sus Ángeles. Amen.

MEDITACION XXVII.

DE LA BOFETADA, Y DE LA REMISION Á CAIFÁS.

PUNTO PRIMERO.— 1. *Uno de los ministros dió una bofetada á Jesús, diciendo: ¿Así respondes al pontífice?* (*Ioan.* XVIII, 22). Esta bofetada fue la primera injuria de las que recibió Cristo nuestro Señor en casa del pontífice por mano de sus ministros, y tan señalada, que san Juan quiso hacer mencion especial de ella. Tuvo todas estas circunstancias:-Lo primero, fue cruel, dada por un sayon encendido en ira, con deseo de vengar la injuria de su amo, pareciéndole que con esto le ganaba la voluntad y hacia placer á todos los circunstantes.-Lo segundo, fue afrentosa, porque se dió en presencia de muchos nobles y principales, y á una persona que hasta entonces era venerada y respetada de todos, de cuyo rostro salia tal resplandor que movia á reverencia á los que le miraban sin pasion. -Lo tercero, fue injusta, porque se dió por venganza, y calumniando una respuesta prudentísima, juzgando temerariamente que era descomedida contra la autoridad del pontífice.

2. Lo cuarto, fue con aprobacion y aplauso de todos los presentes, sin que hubiese quien volviese por Cristo y reprendiese la furia de aquel mal hombre, y así abrió camino para que otros se descomediesen á hacer con él otro tanto. Mira, pues, ó alma mia, el rostro de tu Señor lastimado con el furioso golpe de este sayon, sonroseado con la vergüenza natural de tan grave injuria, y corrido por el regocijo que sus enemigos recibieron con ella, y compadécete de ver abofeteado el soberano rostro en quien se desean mirar los Ángeles del cielo. Ó Hijo de Dios vivo, resplandor de la gloria del Padre, y figura de su sustancia (*Hebr.* I, 3), ¿quién ha puesto en vuestro divino rostro la figura de tan abominable mano? Ó Padre eterno, mirad el rostro de vuestro Hijo señalado con los dedos de un insigne pecador; y pues él sufre esta injuria por amor de los pecadores, sufridlos y perdonadlos por lo que él sufrió por ellos.

PUNTO SEGUNDO.— 1. Respondióle Jesús: *Si hablé mal, da testimonio de ello; y si bien, ¿por qué me hieres?* Aquí se ha de ponderar lo primero, la grande paciencia y mansedumbre que Cristo nuestro Señor conservó en su ánima recibiendo tal injuria; y aunque este malvado merecia que bajara fuego del cielo y le abrasara, ó se abriera la tierra y le tragara, ó la mano se le secara para siempre, como

se secó la mano de Jeroboan porque quiso asir con ella á un santo profeta (III *Reg.* XIII, 4): y aunque fuera fácil á Cristo nuestro Señor castigarle con estas y otras penas semejantes; pero no quiso vengar su injuria, sino llevóla con tanta serenidad, que mostró con la obra estar aparejado á recibir otra bofetada en el otro carrillo, y otras muchas sin cuento. Ó dulcísimo Jesús, profeta verdadero, que por decir la verdad, como otro Miqueas (III *Reg.* XXII, 24), fuiste herido en tus mejillas, sufriendo este golpe con admirable paciencia y mansedumbre, dame parte en estas virtudes para que sufra mis injurias sin venganza ni turbacion por ellas.

2. Lo segundo, se ha de ponderar como Cristo nuestro Señor, que sabia bien callar y disimular sus afrentas, esta vez con grande mansedumbre quiso dar razon de sí, porque no entendiesen que habia pretendido injuriar al pontífice, y de camino tácitamente corrige á su injuriador para que reconozca su pecado, diciéndole: Si hablé mal en lo que dije, da testimonio de ello primero que me castigues, pues no eres juez sino testigo. Y si hablé bien, ¿por qué me hieres contra razon, y me notas de descortés y descomedido? Y con ser esta razon tan concluyente, no fue admitida ni le valió, ni se hizo caso de ella, para que aprenda yo á tener paciencia cuando no fueren oidas ni admitidas las mias, ni se hiciere caso de ellas. Ó amantísimo Jesús, cuya propiedad fue hablar siempre bien, y en cuya boca nunca se halló engaño (I *Petr.* II, 22), de quien con toda verdad se dijo (*Ioan.* VII, 46): Nunca así habló hombre alguno; gracias te doy por la injuria y dolor que padeces hablando bien, en castigo de las culpas que yo hice hablando mal. Concédeme, Señor, que siempre hable lo que te agrada, aunque desagrade á los hombres, sufriendo con paciencia sus calumnias.

PUNTO TERCERO.—1. *Envió Anás atado á Cristo al pontífice Caifás.*—Aquí se ha de ponderar lo primero, la resolucion que tomó Anás y todos aquellos sábios de que fuese llevado Cristo nuestro Señor á casa de Caifás, que era el pontífice y juez legítimo de estas causas, donde estaban juntos los sacerdotes y fariseos y otros ancianos, para que todos juntamente tratasen de esta. Y dice el Evangelista que Anás le envió atado, para significar que le tenian por culpado. Y quizá le ataron de nuevo y le doblaron las ataduras, porque no se les fuese, ni alguno se le quitase, como habian de pasar por medio de la ciudad. Ó Cordero mansísimo, aunque de este primer concilio salís mas atado y apretado para entrar en el segundo; pero no se menoscaba por esto vuestra caridad, antes os ata y aprieta con nuevos deseos

de padecer, por desatar de sus graves culpas á los que os atan con tan crueles sogas. Aumentad, Señor, en mí los trabajos, con tal que aumenteis el amor de padecerlos.

2. Lo segundo, tengo de ponderar la fatiga é ignominia que padeció Cristo nuestro Señor en esta segunda jornada, siendo llevado por medio de la ciudad con gran priesa y vocinglería, saliendo mucha gente á saber lo que era, y muchos se juntarian con los soldados ayudándoles á injuriar al Salvador, olvidados del bien que de él habian recibido. Pero no por esto nuestro dulce Jesús perdia un punto de su faz y caridad, ofreciéndose á padecer muchos por bien de todos, por lo cual es digno de ser glorificado de todos por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXVIII.

DE LAS TRES NEGACIONES DE SAN PEDRO.

PUNTO PRIMERO.— 1. *Despues que todos los Apóstoles huyeron, Pedro volvió á seguir á Cristo, pero desde léjos, y con él iba otro discípulo, el cual por ser conocido del pontífice entró dentro del patio; y entrando tambien Pedro, se juntó con los demás criados al fuego, porque hacia frio.* (*Matth.* XXVI, 58; *Marc.* XIV, 54; *Luc.* XXII, 54; *Ioan.* XVIII, 15). Sobre este paso tengo de ponderar los escalones por donde llegó Pedro á negar á Cristo nuestro Señor, para escarmentar en cabeza ajena y huir de ellos.—El primero, fue tibieza en el amor, nacida del temor humano, porque el amor de Cristo le movió á seguirle; pero el temor humano le entibió, de modo que le siguiese de léjos, como antes siempre le siguiese de cerca.—El segundo, fue olvidarse de lo que Cristo nuestro Señor le habia dicho, que le negaria tres veces aquella noche; y es propiedad de los que confian mucho de sí olvidarse de las palabras de Dios y de los avisos que les da para reprimir su orgullo, como si no hablaran con ellos.

2. El tercero, fue, con título de amar á Cristo, ponerse en la ocasion de negarle, juntándose con malas compañías que le provocasen á ello, llegándose al fuego donde habia trulla de gente ruin y ruines pláticas. Y no carece de misterio decir que hacia entonces frio, para significar la frialdad del corazon de Pedro, y la oscuridad y tinieblas de su alma. Todo esto nació originalmente de la secreta presuncion y confianza que tenia de sí mismo; la cual no se curó con el aviso que le dió Cristo nuestro Señor, y como quedó viva brotó

estos malos frutos. De donde tengo de sacar tres grandes propósitos.—El primero, de no presumir de mí ni fiarme de mí mismo, acordándome de lo que dice san Pablo (*Rom.* XI, 20): Si estás en la fe, no presumas, sino teme; y el que piensa que está en pié, mire bien no caiga. (I *Cor.* X, 12).—El segundo propósito es, de seguir á Cristo nuestro Señor, no desde léjos, sino desde cerca y con fervor, porque quien le sigue de léjos no pone los piés donde los puso Cristo, ni advierte bien sus pisadas, ni es amparado de él en sus peligros.—El tercer propósito es, de huir las ocasiones de tropezar y las malas compañías que me provocaren á caer, acordándome de lo que dice el Sábio (*Eccli.* III, 27): Quien ama el peligro, perecerá en él.

3. Tambien puedo ponderar que si es así, como dicen algunos doctores, que este discípulo conocido del pontífice era san Juan Evangelista, aunque estuvo en las mismas ocasiones que san Pedro, no negó á Cristo nuestro Señor, ni tuvo ese peligro, principalmente por la proteccion especial del mismo Cristo que le guardó y preservó, y porque no tenia la secreta soberbia y presuncion de Pedro. Ó Dios omnipotente, líbrame de las ocasiones de caer; y si en ellas me viere por mi gran miseria, ampárame con tu divina misericordia. Ponme siempre cerca de tí, y pelee cualquier mano contra mí (*Iob*, XVII, 3), porque si me tienes de tu mano, ninguno me derribará ni sacará de ella.

PUNTO SEGUNDO. — 1. *A esta sazon llegó una mujercilla, criada del pontífice y portera de la casa; la cual mirando á Pedro, y reconociéndole por discípulo de Cristo, dijo á los que estaban allí: Este con Jesús andaba. Y volviéndose á Pedro dijo: ¿Por ventura tú no eres discípulo de este hombre? Sin duda tú con Jesus Nazareno estabas. Respondió Pedro: No soy su discípulo, ni le conozco, ni sé lo que dices.* Sobre este punto se ha de ponderar lo primero, la astucia del demonio en acometer á san Pedro la primera vez por medio de una mujer, como acometió á Adan por medio de otra para derribarle; porque las mujeres, como mas atrevidas y blandas, suelen derribar las rocas y piedras de la Iglesia, si no hay cuidado en huir de ellas.

2. Lo segundo, ponderaré en Pedro la grande flaqueza del hombre; pues el que era piedra fundamental de la Iglesia, y habia tenido revelacion de la divinidad de Cristo, y le confesó por Hijo de Dios vivo, y se ofreció á morir por él, ahora solamente con la voz de una mujercilla teme tanto, que le niega, y dice que no le conoce, ni es su discípulo, ni se precia de ello. Y con este ejemplo aprenderé á no presumir de mí, pues no soy Pedro, ni piedra, sino polvo y lo-

do, fundándome en el conocimiento propio y en el temor de mi mutabilidad y flaqueza; porque todo el oro y plata de mis virtudes está fundado sobre mis piés de barro, y una chinita basta á derribarlos y dar con toda la máquina en el suelo. (*Dan.* II, 33). Ó Dios eterno, dame conocimiento profundo de este barro que soy de mi cosecha, para que no presuma de mí sino de tí, en cuya virtud resista al golpe de la tentacion, y conserve los dones que me has dado.

3. Lo tercero, ponderaré cuán dañoso es el temor demasiado de la deshonra ó de la muerte; porque quien me derriba no es tanto la noche de la adversidad, cuanto el vano temor de ella, por el cual muchas veces he negado á Cristo (*Tit.* I, 16), ya que no con palabras, á lo menos con las obras, desdeñándome de algunas cosas de virtud obligatorias, por no perder un punto de la honra mundana, ó algun interés ó regalo de la carne. Y así he de suplicar á Nuestro Señor me cerque con el escudo de su proteccion (*Psalm.* XC, 5), para que no tema los temores de la noche, ni ellos se apoderen de mi corazon.—Lo cuarto, ponderaré la grave injuria que hizo Pedro á su Maestro en este caso, y lo mucho que Cristo nuestro Señor sintió ver que su querido y regalado se desdeñase de ser su discípulo, condenando con esto la vida del que negaba por Maestro, y con esta consideracion me compadeceré de ver á mi Señor tan desconocido y desamparado de los suyos. Ó Maestro soberano, ya no me espanto que Judas el tibio te niegue por codicia, pues Pedro el fervoroso te niega por pusilanimidad; mas tu sabiduría permite esta ignominia, para que se descubra mas tu paciencia en el sufrir, y nuestra flaqueza en el pecar, y tu gracia en convertir al que pecó.

PUNTO TERCERO. — 1. *Viendo Pedro lo que habia sucedido y el peligro en que estaba, salióse del patio hácia el portal, y entonces cantó el gallo la primera vez; pero con la turbacion no advirtió en ello, y de ahí á poco tornó á entrar donde estaban los demás calentándose al fuego, y dijéronle: ¿Por ventura tú no eres de los discípulos de ese hombre? Y uno de ellos afirmó que verdaderamente lo era. Y Pedro con juramento negó, diciendo que no conocia tal hombre. De ahí á una hora tornaron tercera vez á hacer instancia en que era su discípulo, dándole señas de ello. Uno dijo que le habia visto con Cristo en el huerto: otro, que era galileo, como se conocia por el habla: y Pedro tornó á negar, echando maldiciones si le conocia.* Sobre estos sucesos de Pedro se ha de ponderar lo primero, las astucias de Satanás en tentarle, haciendo lo que Cristo nuestro Señor dijo, que habia deseado cribarle como á trigo, ya con unas tentaciones, ya con otras, hasta que le derribó

una, dos y tres veces, porque á los mejores combate con mayor furia; y si no están arraigados en humildad, derríbalos de la cumbre de la santidad. Ó Dios eterno, no entre dentro de mí el pié de la soberbia, porque la mano del pecador no me mueva (*Psalm.* XXXV, 12), echándome del lugar que tenia por tu gracia.

2. Lo segundo, se ha de ponderar cuán malo es durar en la ocasion, no escarmentando en la primera caida, porque un pecado llama á otro, y el menor trae luego á otro mayor, yendo de mal en peor, como Pedro, que primero negó á Cristo sencillamente, y la segunda vez con juramento, y la tercera con juramento y maldicion; y así es muy importante atajar á los principios el temor humano, y huir del peligro cuando asoma, porque los demonios siempre con el deseo están diciendo contra el alma aquello del Salmo CXXXVI: Destruidla, destruidla hasta los cimientos de la fe y esperanza en que estriba.

3. Lo tercero, se ha de ponderar que como Pedro tres veces aquella noche habia presumido de sí mismo, diciendo que estaba aparejado á morir por Cristo, y que no se escandalizaria aunque todos se escandalizasen, y que no le negaria aunque supiese morir por él; así en castigo de estas tres presunciones permitió Dios las tres negaciones de esa misma noche, porque la soberbia luego trae consigo la humillacion en la materia misma en que se ceba, y por esto es muy importante llorar luego la culpa de la soberbia antes que se apresure la pena de la humillacion.

PUNTO CUARTO. — 1. *Luego cantó el gallo la segunda vez, y al mismo tiempo volviendo el Señor sus ojos á Pedro, miróle; y acordándose Pedro de lo que Cristo le habia dicho, salióse á fuera y lloró amargamente.* Aquí se pinta la conversion de Pedro y su penitencia, en la cual se ha de ponderar lo primero, la infinita misericordia y caridad de Cristo nuestro Señor; el cual aunque estaba rodeado de enemigos, y metido en un fuego de terribles persecuciones y calumnias, como olvidado de sus trabajos se acuerda del discípulo, que se los aumentaba con aquella injuria; y aunque estaba léjos de Pedro, conoció los pecados en que habia caido; y en lugar de castigarle se compadeció de él, con deseo de provocarle á penitencia para perdonarle, y todo con suma presteza por sacar de presto aquella oveja de la garganta del lobo infernal que se la habia tragado, y para esto hace que luego cante el gallo; pero no bastara el segundo canto como ni bastó el primero, si el mismo Cristo no convirtiera sus ojos misericordiosos á Pedro, alumbrándole los suyos con luz del cielo, para

que conociese sus yerros, y ablandándole el corazon para que los llorase. Ó amorosísimo Jesús, ¿cómo no te amaré con todo mi corazon, pues cuando trato de ofenderte pones medios para perdonarme? Y cuando habias de mostrar tu ira en el castigo, ¿muestras tu misericordia en el perdon? (*Habac.* III, 2). Compadécete, Señor, de todos los pecadores, míralos con ojos de misericordia, abre sus oidos para que oigan el canto y voz de los predicadores, tocándoles su corazon para que lloren sus pecados, y cuando yo pecare por flaqueza, no te olvides de mirarme con ojos de misericordia.

2. Lo segundo, se ha de ponderar las lágrimas amargas de san Pedro, las cuales no procedian de temor de algun castigo, sino de amor de su Maestro; porque acordándose de los favores y beneficios que de él habia recibido, y de la ingratitud que mostró negándole en tan récia coyuntura, sus ojos se convirtieron en fuentes de lágrimas con grande amargura de su corazon, como quien sentia lo que dice Jeremías (c. II, 19), ser cosa muy amarga haber dejado á su Dios y negado á su Señor. ¡Ay de mí! diria, ¿cómo vivo habiendo negado al Autor de la vida! ¿Cómo no se abre la tierra y me traga, habiendo injuriado al Criador de ella? Ó boca abominable, ¿cómo te abriste para jurar que no conocias al que tanto bien te ha hecho? Ó lengua maldita, ¿cómo te soltaste para maldecirte, si conocias al que tanto amor te ha mostrado? ¡Oh cuán justo fuera que viniera sobre mí la maldicion, pues la escogí, y que penetrara todos mis huesos, pues la abracé! (*Psalm.* CVIII, 18). ¡Oh quién diese amargura de mar á mi corazon, y fuentes de lágrimas á mis ojos, para llorar amargamente de dia y de noche la muerte de mi alma, y la traicion que ha cometido contra su Criador! Mas, pues ya conozco su misericordia, y que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva (*Ezech.* XXXIII, 11), miraré al que me miró, convertiréme al que se convirtió á mí, y con el corazon me llegaré á él, y postrado á sus piés le diré como el hijo pródigo (*Luc.* XV, 18): Ó Padre y maestro mio, he pecado contra el cielo y contra tí, no soy digno de ser llamado tu hijo ni tu discípulo, admíteme siquiera como á uno de los jornaleros de tu casa, porque no hay para mí mas duro infierno que ser echado de ella. De esta manera lloraba san Pedro, y se movia á confianza del perdon, acordándose de lo que Cristo nuestro Señor le dijo: que habia rogado por él para que no desfaleciese su fe, y que cuando se convirtiese, confirmase á sus hermanos. Y de esta misma manera lloró toda la vida, cuando oia el canto del gallo; y así se dice de él, que tenia

sulcados y cavados los lagrimales de los ojos por la muchedumbre de las encendidas lágrimas que por ellos vertia.

3. Finalmente, ponderaré el modo como la divina inspiracion ilustró y tocó á Pedro, y le convirtió, porque primero le hizo que se acordase de las palabras de Cristo, luego que saliese del lugar y ocasion donde estaba, y despues que á sus solas llorase amargamente; y lo mismo hace con nosotros cuando nos toca con eficacia. —Con lo primero, nos mueve á temor, confianza y amor.—Con lo segundo, quita los estorbos de la verdadera penitencia.—Y con lo tercero, alcanza el fruto de ella, que es el perdon de los pecados, como haya propósito de confesarlos á su tiempo. Ó alma mia, como viste en Pedro tu flaqueza para pecar, así mira en él la eficacia de la divina gracia para convertirte, y como él lloró, así llora tus pecados, para que alcances cumplido perdon de ellos. Amen.

MEDITACION XXIX.

DE LOS FALSOS TESTIMONIOS QUE DIJERON CONTRA CRISTO NUESTRO SEÑOR EN CASA DE CAIFÁS, Y DE LO QUE RESPONDIÓ Á SU PREGUNTA.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Los sumos sacerdotes, con todo su concilio, buscaban algun falso testimonio contra Cristo para condenarle á muerte, pero no le hallaron, aunque vinieron muchos testigos falsos para ello. Y entre otros unos dijeron: Este hombre ha dicho, puedo destruir el templo de Dios, y en tres dias reedificarle; pero ninguno de estos testimonios era bastante, ni Jesús les respondió palabra.* (*Matth.* XXVI, 59; *Marc.* XIV, 59). Sobre este punto tengo de considerar lo primero, la forma de este juicio que intentó Caifás contra Cristo nuestro Señor, ponderando quién son los jueces, sus dañados corazones, y la soberbia y ambicion con que están sentados. Además, quién son los acusadores y testigos, su muchedumbre y perversas entrañas. Además, quién el preso y acusado, su divinidad y soberanía, junta con la modestia y humildad; admirándome de que el Hijo de Dios, juez de vivos y muertos, esté como reo en pié y atadas las manos, oyendo contra sí tantas calumnias delante de tan malditos jueces, los cuales eran sus crueles perseguidores; y haciendo forma de juicio iban contra todas las leyes de justicia, convocando testigos falsos para condenar al inocente. Ó Cordero inocentísimo, ¿quién te ha puesto en medio de lobos tan crueles? Ó Juez justísimo, ¿quién te ha sujetado á jueces tan injustos? Las injusticias que yo hice son causa de las ca-

lumnias que padeces por librarme de ellas. Líbrame, Señor, de las calumnias de los hombres, para que guarde con quietud tus santos mandamientos. (*Psalm.* CXVIII, 134).

2. Lo segundo, se ha de ponderar la grande inocencia y pureza que resplandeció en Cristo nuestro Señor, pues andando sus enemigos á buscar con tantas ansias algo de que acusarle, por fas ó por nefas, no hallaron fundamento aparente para testificar contra él cosa digna de castigo. Por donde se ve con cuánta verdad dijo (*Ioan.* XIV, 30): *Vino á mí el príncipe del mundo, y no halló en mí cosa alguna.* Porque Satanás, por medio de sus ministros, vino á prenderle, y prendido condenarle á muerte con título de justicia, y no halló en él cosa suya; esto es, cosa que fuese pecado, ni cosa digna de tal castigo. ¡Oh inocentísimo y purísimo Salvador! Por la inocencia y pureza de tu vida santísima, te suplico me concedas una vida tan inocente y pura, que cuando venga el Príncipe de este mundo en la hora de mi muerte, no halle en mí cosa suya, de que me pueda acusar para condenarme. Amen.

3. Lo tercero, se ha de ponderar el maravilloso silencio de Cristo nuestro Señor en todas estas calumnias, sin querer volver por *sí*, ni excusarse, ni tachar los testigos, ni cogerlos á palabras, descubriendo su falsedad; lo cual le fuera muy fácil, por su gran sabiduría; pero quiso callar, confiado de su inocencia y de la fuerza que tiene la verdad, cumpliendo lo que dijo por boca del santo rey David (*Psalm.* XXXVII, 13): Los que buscaban males contra mí, hablaron vanidades y tramaron engaños; pero yo, como sordo, no los oia, y como mudo no abrí mi boca. Fuí como hombre que ni oia, ni sabia qué responder á sus calumnias. Todo esto hacia nuestro Redentor, para darnos ejemplo de silencio y sufrimiento en tales casos, remitiendo nuestra defensa á Dios y á la verdad conocida. Y tambien es un modo secreto y muy glorioso de triunfar de nuestros enemigos, los cuales desean que respondamos para tener algo de que asir con nuestra impaciencia ó indiscrecion, ó calumniando nuestra excusa, y así Caifás, enfadado de ver tanto silencio en Cristo nuestro Señor, se levantó en pié, y le dijo: *¿No respondes algo á tantas cosas como testifican contra tí? Pero Jesús callaba y no respondió nada.* Ó Verbo divino, palabra eterna del Padre, ¿por qué no hablais alguna palabra en defensa vuestra? Mirad no digan que quien calla consiente, y os tengan por culpado, por no haberos defendido. Pero vuestra misericordia quiere con su silencio satisfacer por mis parlerías, y enfrenar mi lengua para que no excuse mis cul-

pas. Enfrenadla, Señor, con vuestra gracia, para que sufra callando, como Vos sufristeis, y triunfe de mis enemigos, como Vos triunfásteis de los vuestros.

PUNTO SEGUNDO. — 1. *Viendo Caifás que Cristo callaba tanto, díjole: Conjúrote por Dios vivo, que nos digas si tú eres Cristo Hijo de Dios bendito. Respondióle Jesús: Tú lo dices que yo soy; y dígoos de verdad, que de aquí á poco veréis al Hijo del hombre sentado á la diestra de la virtud de Dios, y venir en las nubes del cielo.* Aquí se ha de ponderar la reverencia grande que Cristo nuestro Señor tenia al santo nombre de Dios; pues habiendo callado con tanto teson, en oyendo conjurar por el nombre de Dios, luego respondió y obedeció al pontífice, aunque sabia que le conjuraba con mala intencion, para sacarle alguna palabra de que le acusar: y aunque sabia que su respuesta le habia de costar muy caro, pues le habian de condenar por ella, dándonos ejemplo de reverenciar su santo nombre, y por él obedecer á los prelados de su Iglesia, aunque sean malos, sin resistirlos ni porfiar en nuestro silencio con dureza, cuando nos mandan hablar ó hacer algo contra lo que habíamos determinado.

2. Lo segundo, se ha de ponderar la respuesta que dió, confesando sencillamente la verdad de que era Cristo, y juntamente desengañándoles del error que tenian contra esto, por verle tan oprimido, y para de camino ponerles algun temor que les enfrenase y apartase de sus dañados intentos; como quien dice (*Psalm.* CIX, 1; *Dan.* VII, 13): Yo soy Cristo, y aunque me desconoceis por verme tan humillado, dia vendrá en que veréis al Hijo del hombre sentado á la diestra de Dios, y venir en las nubes del cielo á juzgar al mundo, como está profetizado de Cristo; por tanto, mirad bien lo que haceis. ¡Oh Hijo de Dios vivo é Hijo del hombre Dios y hombre verdadero, humillado y ensalzado, que estás en pié como reo para ser juzgado de Caifás, y estarás sentado como juez en las nubes del cielo para ser juez de todo el mundo! Mi alma se abrasa con el fuego de tu amor, cuando te miro humillado para redimirme, y tiembla con gran temor, cuando te considero entronizado para juzgarme. Séame, Señor, tu amor espuela para servirte, y tu temor freno para no ofenderte.

3. Tambien se ha de ponderar aquella palabra: *De aquí á poco tiempo veréis al Hijo del hombre,* etc. Porque en los ojos de Dios (*Psalm.* LXXXIX, 4) mil años son como un dia; y aunque nos parece que la venida de Cristo á juzgar se dilata, será muy presto. Con lo cual pretendió enseñarnos, que cuando nos viéremos humillados

y atribulados, nos consolemos con pensar que de allí á poco vendrá la exaltacion; y al contrario, cuando nos viéremos engreidos y soberbios, nos humillemos, entendiendo que vendrá presto el dia del juicio en que serémos humillados, y en ambos casos nos ayudará considerar lo que sentirán Caifás y los demás que estaban en este concilio congregados contra Cristo, cuando le vean sentado en tanta gloria, como juez para condenarlos. ¡Oh cómo se han de trocar las suertes, llorando con amargura irremediable los que aquí se atrevieron á ofenderle! Por tanto escoge ser con Cristo humillado en esta vida, para que seas por él glorificado en la otra.

PUNTO TERCERO. — 1. *Oida esta respuesta por el pontífice, rasgó sus vestiduras, diciendo: Ha blasfemado, ¿para qué deseamos mas testigos? ¿no habeis oido la blasfemia? ¿qué os parece? Y luego todos le condenaron, y dijeron: Digno es de muerte.* Sobre este punto se ha de considerar lo primero, la hipocresía endemoniada de este mal pontífice, para indignar á todos contra Cristo nuestro Señor: por una parte rasga sus vestiduras en señal de tristeza, como quien habia oido una grande blasfemia contra Dios, y por otra parte se goza de haber hallado ocasion para condenarle; y así como quien habia alcanzado victoria, dice: ¿Para qué buscamos testigos? Y atropellando el órden del juicio, él se hace acusador, y á los circunstantes hace jueces, pidiéndoles que ellos le juzguen, y digan su parecer, provocándoles á que le condenen como á blasfemo, y así lo hicieron, diciendo: Digno es de muerte. Para que yo vea cuán errados son los juicios de los hombres, especialmente cuando están apasionados, pues llegan á condenar por digno de muerte al que es autor de la vida, y á juzgar por blasfemo contra Dios al que es el mismo Dios.

2. Con esto tengo tambien de ponderar la humillacion de Cristo nuestro Señor en este caso, compadeciéndome de verle calumniado y oprimido, por haber respondido la verdad, y admirándome que el Hijo de Dios llegue á tal extremo de desprecio, que sea juzgado por blasfemo, y sus palabras, que son de vida eterna, sean tenidas por blasfemias, dignas de muerte eterna, sacando de este ejemplo motivos tambien para consolarme, cuando me viere despreciado y condenado sin culpa. Ó dulce Jesús, ¿con cuánta mas razon pudieras rasgar tu vestidura, cuando oiste las palabras de Caifás tan llenas de blasfemias contra Dios, como las suyas estaban llenas de verdad y gloria del mismo Dios? ¡Oh si mi corazon se rasgase de dolor y pena, oyendo las blasfemias que aquí dicen contra tí! No eres tú,

Señor, el blasfemo, sino el blasfemado, y por las blasfemias que los hombres dicen contra Dios permites ser tú blasfemado de ellos, pagando sus culpas con tus penas.

3. Últimamente, ponderaré el ánimo con que Cristo nuestro Señor oyó aquella sentencia: *Reus est mortis:* reo es, y culpado, digno de muerte. Y cuando vió que todos en conformidad la pronunciaban, por una parte se entristeceria viendo su injusticia, y que personas á quien tanto bien habia hecho le condenaban tan presto á muerte, y por otra parte interiormente la aceptasia y se ofreceria á morir por darles á ellos vida. ¡Oh caridad inmensa de Jesús, que así te dueles de nuestras culpas por el daño que nos hacen, y juntamente te ofreces á morir por librarnos de ellas! Alábente, Señor, todos los Ángeles, y á una voz contradigan á este perverso concilio, diciéndole: Digno es de vida, digno es de vida. Vosotros sois los merecedores de la muerte, y Cristo solo es digno de sempiterna vida.

MEDITACION XXX.

DE LAS INJURIAS Y DOLORES QUE PADECIÓ CRISTO NUESTRO SEÑOR EN PRESENCIA DE CAIFÁS Y DE SU CONCILIO, Y EN LO RESTANTE DE LA NOCHE.

PUNTO PRIMERO. — 1. Oida esta sentencia (*Matth.* XXVI, 65), los que tenian asido á Cristo nuestro Señor, porque no solo estaba atado, sino otros muchos le tenian asido porque no se les fuese, tomaron atrevimiento y ocasion para injuriarle y atormentarle, instigándoles Satanás á ello, mezclando con las cosas ignominiosas otras dolorosas, para que la pena fuese mayor. Estas penas se reducen á cinco ó seis géneros. — La primera injuria, fue escupirle en el rostro, que era un tormento ignominioso y asqueroso, usado entre los judíos y tenido por grande injuria; y como los soldados y ministros eran muchos, y todos á porfía le arrojaban salivas, quedó el rostro de Cristo afeado y oscurecido grandemente. Pondera, pues, ó alma mia, quién es el escupido, y quién son los que le escupen, qué rostro es el afeado con salivas, y qué bocas son las que le afean con ellas, y hallarás que el escupido es el Dios de la majestad, el Criador de cielos y tierra, el que con su saliva da vista á los ciegos (*Marc.* VIII, 33), lengua á los mudos, y oido á los sordos; es escupido el rostro que enamora á los Serafines, á quien no se hartan de ver los Ángeles, en quien está la salvacion de todos los hombres,

por quien suspiraban los Profetas, diciendo (*Psalm.* LXXIX, 4): Muéstranos tu rostro y serémos salvos. Este es escupido de viles hombrecillos, de abominabilísimos pecadores, de gente dignísima de que todos escupiesen en ella, como en el lugar mas vil y desechado del mundo. Pues, ¿cómo no te compadeces de ver escupido á tal Señor por tales esclavos? á tan excelente Criador por tan viles criaturas? Ó rostro venerable de Jesús, mas resplandeciente que el sol, mas hermoso que la luna y mas gracioso que las estrellas del cielo, ¿cómo te han oscurecido y afeado las salivas de los pecadores de la tierra? Sus pecados son la causa de esto, y por lavarles de ellos quieres tú ser afeado. Antiguamente era escupido el que no queria resucitar la familia de su hermano (*Deut.* XXV, 9), que habia muerto sin hijos; pero tú, Señor, eres escupido por resucitar la familia de Adan, que mató á sí y á todos sus hijos. Gracias te doy por esta inestimable caridad, y por ella te suplico resucites mi alma, la laves y adornes con la hermosura de tu gracia. Amen.

2. Luego ponderaré la modestia, gravedad y serenidad que tenia Cristo nuestro Señor, sufriendo con extraña mansedumbre y silencio aquella lluvia de salivas sin apartar su rostro, como dice Isaías (*Isai.* L, 6), de los que le escupian, sin hacer gesto ni meneo de hombre injuriado ni enojado, y sin decir palabra alguna contra sus injuriadores. Ó Dios eterno, si á María hermana de Aaron, porque injurió á Moisés, escupísteis en el rostro, y se llenó de lepra (*Num.* XII, 10), ¿por qué no escupís á estos que os escupen, para que se llenen de lepra como su maldad merece? Mas Vos, Dios mio, no venísteis al mundo á hacer leprosos, sino á sanarlos, tomando sobre Vos la pena de su lepra y la figura de leproso. (*Isai.* LIII, 4). No venísteis á escupir para matar, sino para sanar y dar vida con vuestra saliva al pecador que carece de ella; tocadme con vuestra saliva, para que sea sábio en conoceros, sano y fuerte para amaros y serviros.

3. Lo tercero, espiritualizando esto, ponderaré como cada vez que ofendo á Dios con culpa grave, es espiritualmente escupir á Cristo en el rostro, y afearle con la saliva de mi culpa, salida de mi lengua emponzoñada y de mi corazon y pecho venenoso. Y tambien ponderaré cuánta lluvia de estas salivas descargaron y descargan sobre Cristo nuestro Señor, y cuánto mas siente estas que esotras, por ser mas abominables y hediondas delante de Dios. Y finalmente, ponderaré como despreciar y escupir al prójimo es escupir á Cristo, que toma esta injuria por suya. De todo lo cual tengo de sacar afec-

tos de dolor y compasion, y propósitos de huir el pecado con que Dios es escupido.

PUNTO SEGUNDO.— 1. La segunda injuria fue vendarle sus divinos ojos, para mas á su salvo herirle y escarnecerle, pensando que no los veia, porque la serenidad y gravedad del rostro de Cristo los encogia, para no burlar de él á su gusto. Al contrario de lo que sucedió á Moisés (*Exod.* XXXIV, 35), el cual cubrió con un velo su cara para hablar con el pueblo, porque el resplandor que salia de ella ofuscaba la vista de los que la miraban; mas nuestro dulce Jesús, resplandor de la gloria del eterno Padre, consiente que la suya sea cubierta con otro velo por los discípulos de Moisés, no para que le oigan con mas atencion, sino para que le desprecien con mayor libertad, mostrando en esto que tiene no menos gana de ser despreciado, que ellos de despreciarle. Y es de creer que el velo ó venda con que le cubrieron y vendaron, seria vil y despreciado, para que el escarnio fuese mayor.

2. Tambien tengo de ponderar cuán propio es de los grandes pecadores desear que Dios no les vea, ó imaginar que no los ve, para pecar mas libremente, diciendo lo que está escrito en Job (*c.* XXII, 14): Las nubes son su escondrijo, y no considera nuestras cosas. Al modo que estos miserables vendaron los ojos corporales de Cristo nuestro Señor, para que no les viese; mas no por eso dejaba de verlos con los ojos de su alma y de su divinidad; y así mas fue cegarse, y quitarse la vista á sí mismos, que quitarla á Cristo. Y de esta manera he de pensar, que cuando peco, olvidado de que Dios me mira, este olvido es como un velo con que pienso estar cubiertos los ojos de Dios (*Iob,* XXII, 13), pero no lo están sino los mios; porque los de Dios, como dice el Sábio (*Prov.* XV, 5), contemplan en todo lugar al bueno y al malo, y al bien ó mal que hace cada uno. Ó Dios eterno, no permitas que yo cubra tus ojos y tu rostro, si no es como los Serafines le cubrian con sus alas, venerando tu divinidad, y confesando que no tenian ojos para comprenderla (*Isai.* VI, 2); pero tú, Señor, los tienes muy claros para verme y comprenderme, y esto basta para que yo crea que miras mis culpas, y me mueva á llorarlas con propósito de nunca mas volver á ellas.

PUNTO TERCERO.— 1. La tercera injuria y tormento, fue herirle con las manos cruelmente, y esto fue en dos maneras. Unos le herian con los puños, dándole puñadas y golpes en la cabeza y en el rostro, brazos, pechos y espaldas, con grande rabia y porfía. Y es de creer, que su celestial rostro quedaria hinchado y acardenalado,

y el cuerpo como molido por la muchedumbre de los golpes, á causa de ser muchos y muy crueles los que le golpeaban, y estar muy encendidos en ira, paliada con celo de que vengaban la blasfemia dicha contra Dios.

2. Otros le herian con las palmas de las manos (*Matth.* XXVI. 67), dándole de bofetadas, lo cual entre los hombres es mas ignominioso que ser herido con el puño. Aquí cumplió Nuestro Señor á la letra el consejo que habia dado: Si alguno te hiere en un carrillo, ofrece el otro; porque las bofetadas no fueron una, como en casa de Anás, sino muchas y á porfía por muchos ministros del demonio, pareciéndoles que ganaban perdones en herirle, y todas las recibia este mansísimo Salvador sin decir: *Cur me caedis?* ¿Por que me hieres? Antes decia con la obra, mas que con la palabra: Sí quereis herirme, heridme, que aparejado estoy para ser herido y abofeteado, y mi deseo es verme harto y lleno de tales desprecios, cumpliéndose aquí lo que dijo Jeremías (*Thren.* III, 30): Dará su rostro al que le hiere, y será lleno de oprobios.

3. Tambien se ha de ponderar el misterio de estos dos modos de heridas que recibió Cristo nuestro Señor con las manos de los pecadores, porque unos le hieren con la mano cerrada y apretada, y estos son los avarientos y codiciosos que se ocupan en allegar bienes para sí, y los aprietan sin extender las manos á repartirlos con pobres: otros le hieren con las palmas y manos extendidas y abiertas, y estos son los soberbios y jactanciosos del mundo, y los regalados y blandos en su carne; los pródigos y manirotos en dar y gastar para su vanidad y sensualidad. Las culpas de estos traen mayor ignominia, porque afrentan á Cristo, despreciándole por honrarse á sí. Y en castigo de estas dos suertes de culpas, quiere Cristo nuestro Señor pasar por estas dos diferencias de penas; y así tengo de pensar, que yo soy el que hiero á Cristo con mis puños cerrados, cuando peco por codicia de bienes terrenos, y yo le hiero con las palmas extendidas, cuando peco por vanidad y sensualidad, por dilatar mi fama, y buscar la blandura de mi carne. Ó liberalísimo Dador de todos los bienes, que con tanta liberalidad das tu rostro al que te hiere, con deseo de darle tu corazon, por el grande amor que le tienes; abre, Señor, tu mano benditísima, y toca á los que te hieren con la suya, para que cesen de herirte, y con ella hieran sus pechos como el Publicano, confesando sus culpas, para que alcancen perdon de ellas. Amen.

PUNTO CUARTO. — 1. La cuarta pena y tormento fue mesarle las

barbas, y arrancarle los cabellos con crueldad excesiva; porque aunque los Evangelistas no cuentan esto, pero díjolo el mismo Señor por Isaías, y es cierto que se cumplió. (*Isai.* L, 6). *Yo,* dice, *dí mi cuerpo á los que le herian, y mis barbas á los que las arrancaban: no aparté mi rostro de los que me escarnecian y escupian.* Ó sumo Sacerdote, mucho mas noble que Aaron (*Psalm.* CXXXII, 2), cuya uncion destilaba de la cabeza hasta la barba, para significar su dignidad y fortaleza varonil, ¡cómo consientes que la tuya sea mesada y arrancada con tanta ignominia y crueldad! Ó sagrado Nazareno, cuyos cabellos no habian de ser cortados durante su consagracion (*Num.* VI, 5), ¿por qué dejas repelar y arrancar los tuyos, pues siempre eres nazareno, y santo, y la misma santidad? Ya veo, Señor, que por mis cobardías afeminadas son mesadas tus barbas, y por mis demasías y excesos son arrancados tus cabellos; y pues el amor que me tienes, mas casto que el de Sanson á Dálila (*Judic.* XVI, 4), dió licencia para esto, suplícote perdones las culpas que fueron causa de estas penas, y me dés un ánimo varonil para servirte, y muy mortificado para nunca mas ofenderte.

2. La última injuria fue de palabras afrentosas, que le decian cuando le daban bofetadas y puñadas, diciéndole: *Profetízanos, Cristo, ¿quién es el que te hirió?* Que era decir: Pues dices de tí que eres Cristo y profeta, adivina quién te dió esta bofetada; en lo cual daban á entender, que le tenian por Cristo fingido, y profeta falso. Y añade san Lucas: *Et alia multa blasphemantes dicebant in eum.* Que decian contra él otras muchas blasfemias, las cuales deja á nuestra consideracion. Mas para creer que fueron muchas y muy graves, basta saber que los blasfemadores eran muchos, y muy atrevidos y descomedidos (*Psalm.* CXXXIX, 4), llenos de ira y rencor, y que la serpiente infernal movia sus lenguas serpentinas para que vomitasen injurias y blasfemias nunca oidas, á fin de provocarle á impaciencia, y tomar de él cruel venganza. Es de creer que renovarian todas las palabras injuriosas que otras veces le habian dicho, llamándole samaritano, endemoniado, comedor y bebedor, amigo de publicanos, quebrantador de los sábados y fiestas, revolvedor del pueblo, embaidor, nigromántico, blasfemo contra Dios, y otras innumerables. De suerte que ellos hartaron y cumplieron el deseo que tenian de injuriarle, cumpliéndose en Cristo nuestro Señor lo que dijo de sí el santo Job (*Iob,* XVI, 11): Abrieron contra mí sus bocas, diciéndome oprobios, hirieron mi rostro, y hartáronse con mis penas. Y el mismo Cristo, como dijo Jeremías (*Thren.* III, 30), quedó tambien

harto y lleno de desprecios; pero siempre con ganas de recibir otros mayores, como los recibió en el discurso de esta noche; porque el deseo de sus enemigos era como hambre canina, y sed de hidropesía, que aunque coma y beba hasta hartarse, luego tiene hambre y sed de comer y beber mas hasta la muerte. Pero el deseo de Cristo nuestro Señor era hambre y sed de caridad infinita que nunca del todo se puede ver harta; y así por mucho que ellos deseaban llenarle de injurias, estaba aparejado para recibir otras muy mayores. ¡Oh! bendita sea caridad tan insaciable, y fuego de amor tan encendido, que nunca supo decir á sus injuriadores, basta, basta, sino antes, daca, daca.

3. Finalmente, cerca de estas cinco maneras de injurias se ha de ponderar, como los Evangelistas no se desdeñaron de contar tan por menudo las afrentas é injurias de nuestro Salvador, porque sabian que era grande gloria de Dios, de Cristo y nuestra, haber querido padecer tales cosas por nosotros; y por consiguiente, que no hemos de desdeñarnos de padecer otras semejantes; sino gloriarnos de ellas, y amar de todo corazon al que tales muestras de amor nos dió, y nunca cesar de alabarle, juntando con lá continua accion de gracias, continuos servicios por ellas, de las cuales puedo hacer una como letanía, en esta ó en otra forma: Gracias te doy, dulcísimo Jesús, por haber sufrido con invencible paciencia y humildad, que fuese tu rostro escupido, tus ojos vendados, tus carrillos abofeteados, tus barbas mesadas, tus cabellos arrancados, tu cuerpo golpeado, y tus oidos con innumerables blasfemias ofendidos. Suplícote, Señor, por estas tus sacratísimas penas me perdones las culpas que fueron causa de ellas, y me hagas tan dichoso, que padezca con paciencia y caridad por tí las penas que tú padeciste por mí.

PUNTO QUINTO.— 1. Luego se ha de considerar lo que Cristo nuestro Señor padeceria en lo restante de aquella noche, lo cual es mas de lo que nuestro entendimiento puede alcanzar; porque habiéndose ido los pontífices y sacerdotes á reposar, Cristo nuestro Señor quedó fuertemente atado en aquella sala con muchos soldados de guarda, acudiendo tambien los criados y chusma de casa; los cuales se entretuvieron todo aquel tiempo burlando de él en las cinco cosas que se han dicho, y con otras muchas que Satanás les instigaba para vengarse de Cristo, y derribar su constancia; y yéndose unos á dormir, venian otros de refresco que proseguian sus injurias, sin dejarle dormir ni descansar en toda la noche, estando como blanco y terrero de todos, cumpliéndose lo que habia dicho Simeon, que estaria puesto

como señal de contradiccion. (*Psalm.* LXXIX, 7). Y lo que dijo David (*Psalm.* XXI, 7): Yo soy gusano y no hombre, oprobio de los hombres y desecho del pueblo.

2. Pero ¿qué hacia entonces este soberano Redentor, no hombre, sino mas que hombre y gloria de todos los hombres? Mostraba un rostro como de diamante, y un cuerpo como de acero, sin cansarse de sufrir, ni dar señal de enfado ó enojo; y en lo interior ofrecia todos aquellos trabajos á su Padre por los pecadores, y estaba continuamente orando por ellos con grandísimo fervor, de modo que podíamos decir de él (*Luc.* II, 12): *Erat pernoctans in oratione Dei.* Estaba trasnochando y pasando toda la noche en oracion de Dios; esto es, en oracion altísima, digna de Dios, sin que la muchedumbre de las injurias que oia, ni la terribilidad de los dolores que padecia le divertiesen, ó entibiasen en ella. Allí tenia presentes á sus discípulos que andaban descarriados como ovejas sin pastor, y oraba por ellos ardientemente, porque no se los tragase el lobo infernal; y tambien puedo creer, que me tenia presente en su memoria, y ofrecia por mí su oracion. Ó Salvador mio, ¡quién se hallara en vuestra compañía para consolaros en el desconsuelo de tan larga noche! Con el espíritu me pongo en vuestra presencia, deseando trasnochar en la oracion de Dios, juntando la mia con la vuestra, para que sea bien recibida y despachada.

PUNTO SEXTO.—*Del dolor de la Vírgen cuando supo la prision.*— 1. Últimamente, se ha de considerar como alguno de los discípulos, y quizá fue san Juan, llevó la nueva de la prision de Cristo nuestro Señor á la Vírgen sacratísima, que estaba en compañía de la Magdalena y de otras santas mujeres, donde habian comido su cordero pascual; y en oyendo la triste nueva, fue su alma traspasada con el cuchillo de dolor y tristeza tan crecida, que bien pudo decir con verdad las palabras de su Hijo: *Triste está mi alma hasta la muerte.* Esto es, está llena de tristeza mortal, con ansias y congojas como de muerte; porque como era encendidísimo el amor que le tenia, y muy viva la fe y aprension de las injurias y dolores que habia de padecer, cuando le consideró ya metido dentro de ellas, fue su alma llena de amargura, y penetrada de un mar de compasion, de suerte que podíamos decir de ella lo que dijo Jeremías (*Thren.* II, 13): Grande es como el mar tu dolor y contricion, ¿quién podrá darte remedio en ella?

2. Pero como esta Vírgen estaba llena de Dios, hizo luego lo que su Hijo, acudiendo al remedio de la oracion, y puesta de rodi-

llas delante del eterno Padre, pegando su rostro con la tierra diria: Padre soberano, si es posible, pase este cáliz de mi Hijo sin que le beba, ó templa en algo su terrible amargura; pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que tú. Padre eterno, todas las cosas te son posibles, traspasa este cáliz de mi Hijo en mí, yo le beberé, porque él no le beba; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya. Y en esta oracion velaria grande rato, haciendo actos de confianza y resignacion, conformando su querer con el divino; y es de creer que con la congoja oraba mas prolijamente, hasta que el Padre eterno por algun Ángel ó por sí mismo interiormente la confortó.

3. Luego se levantaria de su oracion, y á imitacion de su Hijo, como buena madre procuraria confortar á las que estaban en su compañía, para que no desfalleciesen en la fe, y lo restante de la noche gastaria en revolver por su memoria las aflicciones que su Hijo estaba padeciendo, como las habia leido en los Profetas, haciendo sus ojos fuentes de lágrimas (*Thren.* I, 2) con estas consideraciones: Ó Vírgen sacratísima, que como otra Sion llorando, llorais toda la noche, derramando lágrimas por vuestras mejillas, sin que alguno de vuestros conocidos os consuele en esta afliccion, razon teneis de llorar, porque el espíritu de nuestra vida Cristo ha sido preso por nuestros pecados. (*Thren.* IV, 20). ¡Oh pecados nuestros, que tanto dolor causais á Cristo y á su Madre! Llorad, ojos mios, toda la noche, llorad llorando con gran dolor, derramando copiosas lágrimas por vuestras mejillas; pues ningun otro consuelo les podeis dar, que llorar las culpas, que son causa de sus llantos.

MEDITACION XXXI.

DE LA PRESENTACION DE CRISTO NUESTRO SEÑOR ANTE PILATOS, Y DE LA MUERTE DE JUDAS.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Luego en siendo de dia, se tornaron á juntar en casa de Caifás los príncipes de los sacerdotes, y los escribas y ancianos, y llamando á su concilio á Cristo nuestro Señor, le preguntaron segunda vez: Si tú eres Cristo, dínoslo. Respondió el Señor: Si os dijere quién soy, no me creeréis; y si os preguntare algo,* es á saber, de las Escrituras, para que vengais en conocimiento de esto, *no me responderéis ni me soltaréis; pero de verdad os digo, que el Hijo del hombre, que está aquí, despues estará sentado á la diestra de Dios. Replicaron ellos: ¿Luego tú eres Hijo de Dios? Respondióles Jesús: Vos-*

otros lo decís, que yo soy. Contentos con esta respuesta, *dijeron*: *No hay necesidad de testigos, pues de su boca hemos oido lo que queremos.* (*Luc.* XXII, 66-71). Aquí se ha de ponderar lo primero, cuán deseada tenian la mañana, así Cristo nuestro Señor como sus enemigos, pero con fines contrarios. Cristo, porque en aquel dia pensaba concluir la redencion del mundo, y habia treinta y tres años que estaba esperando este dia, que tenia por suyo, en cuanto todo era para bien nuestro. Sus enemigos deseaban que amaneciese para concluir su dañada pretension de matarle cruelmente; y así madrugaron mucho para juntarse otra vez de nuevo en su concilio. De donde tengo de sacar afectos de agradecimiento á Cristo nuestro Señor por las ganas que tuvo de ver este dia; y afectos de confusion y vergüenza, viendo cuán diligentes son los malos para el mal, y cuán madrugadores para cumplir su propia voluntad, y yo cuán perezoso y descuidado en cumplir la divina.

2. Lo segundo, se ha de ponderar la malicia y astucia de estos escribas en la pregunta que hicieron á Cristo nuestro Señor, para cogerle de cualquier modo que respondiese: porque si negaba que era Cristo, dijeran que era contrario á sí mismo, y que él se condenaba en haberse tenido por Cristo; y si confesaba que lo era, ratificándose en lo dicho, alcanzarian lo que deseaban para condenarle. -Pero mucho mas se ha de ponderar en la respuesta de Cristo nuestro Señor su admirable prudencia, su modestia y mansedumbre, junta con grande libertad de espíritu, añadiendo segunda vez aquella palabra, que estaria sentado á la diestra de Dios, para ponerles miedo, y para que nosotros entendamos que sus humillaciones habian de parar en exaltacion; y lo mismo será de las nuestras si le siguiéremos.

3. Y finalmente, con otro ánimo diferente del que tenian estos traidores, mirando á Cristo nuestro Señor tan desfigurado con los muchos trabajos de aquella penosa noche, le preguntaré si es Cristo. ¿Por ventura, Jesús mio, sois Vos el Cristo, el Mesías? el Hijo de Dios vivo? el resplandor de la gloria del eterno Padre? el que es figura de su sustancia, é imágen invisible de Dios? Pues si lo sois, como de verdad lo sois, ¿cómo está vuestro rostro tan desfigurado? cómo tan afeado con salivas? cómo tan acardenalado con bofetadas? ¿Quién os ha tratado de esta manera sin tener respeto á vuestra venerable persona? Mis pecados son la causa de esto, y vuestra caridad ha tomado estas insignias, por las cuales da testimonio de que es Cristo Hijo de Dios vivo, que vino al mundo para redimirle,

porque otro que Cristo no pudiera sufrir tantos tormentos con tanto amor, por los pecados que no hizo; y pues Vos los sufrís, Vos sois mi Cristo, mi Dios y mi Salvador, á quien sea honra y gloria por todos los siglos. Amen.

PUNTO SEGUNDO. — 1. *Oida esta respuesta, levantóse toda aquella muchedumbre de gente; y atando de nuevo á Jesús, le llevaron á Poncio Pilatos, presidente.* En esta tercera estacion, que anduvo Cristo nuestro Señor, se ha de considerar lo primero, como el estado eclesiástico de los judíos, enemigo declarado de Jesucristo, por su sentencia le relajó al brazo seglar de Pilatos, presidente por los romanos, para que le ajusticiase mas cruelmente, pareciéndoles que era muy pequeña la pena que ellos podian darle, porque deseaban muriese con muerte muy cruel, ordenándolo así la divina Providencia, para que judíos y gentiles concurriesen á la muerte del que moria por la salvacion de todos. Ó dulce Jesús, si los de vuestra nacion, á quien tanto bien habeis hecho, así os condenan, ¿qué se puede esperar de los extraños que no os conocen? Pero Vos, Señor, estais aparejado para ser perseguido de todos, para dar salud á todos, porque vuestra muerte es nuestra vida, y vuestra condenacion en el concilio de los malos será nuestra salvacion en la presencia de Dios por todos los siglos. Amen.

2. Lo segundo, se ha de ponderar la crueldad con que llevaron á Cristo nuestro Señor por las calles de Jerusalen con grandes voces y alaridos, concurriendo á esto mucha gente, por ser innumerable la que habia en la ciudad á causa de la fiesta del cordero. Iba nuestro buen Jesús maniatado, con paso muy apresurado; pero con un rostro modesto, grave y manso, dejándose llevar de aquellos tigres, sin resistencia alguna, sufriendo los desprecios y baldones que le decian, con mucha mayor afrenta que la noche pasada, porque con el dia claro todos le podian ver y conocer; y como sabian que esto se hacia por órden de sus sacerdotes, y que ellos iban allí cerca, ninguno se atrevia á contradecir, antes clamaban contra el preso. Gracias te doy, ó buen Jesús, por todos los pasos que diste desde casa de Caifás hasta la de Poncio Pilatos; y por las afrentas que en este camino padeciste, por ellas te suplico perdones los malos pasos que he dado para ofenderte, y los endereces de aquí adelante para que todos sean para servirte.

PUNTO TERCERO. — 1. *Viendo Judas que Cristo estaba condenado á muerte en el concilio de los sacerdotes, y que le llevaban á Pilatos para que lo aprobase y ejecutase, pesóle de lo que habia hecho, y fuése al tem-*

plo, donde estaban algunos sacerdotes y ancianos, ocupados en sus ministerios, y díjoles: Pequé entregando la sangre del justo. Ellos respondieron: ¿Qué se nos da á nosotros de eso? Miráraslo primero. Y él arrojando los dineros en el templo, fuése y ahorcóse. Aquí se ha de ponderar lo primero, como el demonio ciega los ojos del pecador al tiempo que peca, porque no vea la maldad de la culpa, y huya de ella, y despues los abre encareciéndosela mucho y afeándosela tanto, que de corrido venga á desesperar, como sucedió á Cain; el cual dijo á Dios con desesperacion (*Genes.* IV, 13): Mi maldad es tan grande, que no merezco perdon ni misericordia. Pero yo, Dios mio, confieso que mi maldad es grande; mas juntamente confieso que es muy mayor vuestra misericordia, y por ella confio alcanzar el perdon que no merezco, porque no quereis la muerte del pecador, sino que se convierta y viva. (*Ezech.* XVIII, 23).

2. Lo segundo, ponderaré como Judas comenzó á hacer penitencia, y á ejercitar las tres partes de ella, porque tuvo dolor interior, y confesó su pecado delante de los sacerdotes, y satisfizo restituyendo el precio que habia llevado injustamente; pero todo le aprovechó poco, porque no fue buena su penitencia, ni el dolor era verdadero, ni hizo la confesion á quien debia, ni con esperanza de perdon. De donde sacaré aviso para procurar que mi penitencia no sea fingida ni defectuosa; porque no basta decir como Judas, pequé, si no se dice como lo dijo David, al cual diciendo pequé, perdonó Dios su pecado (II *Reg.* XII, 13), porque lo dijo con gran contricion y confianza de alcanzar perdon.

3. Lo tercero, he de ponderar la obstinacion de estos judíos y la crueldad de aquellos sacerdotes, porque con ver al discípulo arrepentido y que confesaba ser inocente su Maestro, ellos perseveran en su maldad diciendo: ¿Qué se nos da á nosotros que sea inocente y que tú hayas pecado en venderle? Miraras primero lo que hacias. Y con esta respuesta tan desabrida le dieron mayor ocasion de desesperar; por donde se ve cuán peligroso es no hacer buena acogida á los pecadores, cuando dan algun asomo de arrepentimiento. Lo cual es muy ajeno del espíritu de Cristo nuestro Señor, de quien está escrito (*Isai.* XLII, 3), que no apaga la torcida de la lámpara que tiene algo de luz y está echando humo; antes la atiza y aviva, para que tenga luz cumplida.

4. Lo cuarto, se ha de ponderar el justo juicio de Dios en desamparar á este traidor, como sus pecados merecian, permitiendo que no hallase consuelo en los hombres, ni contento con su dinero;

antes su dinero fuese su verdugo, y su deseo cumplido fuese su sayon y atormentador, recibiendo mayor congoja en tenerle, que recibió contento al tiempo de recibirle; y así le arrojó de sí, y no tuvo ánimo para acudir á Dios ni á su Maestro á pedir perdon; antes atormentado de la conciencia, é instigado de Satanás, no se atreviendo á esperar la resurreccion de Cristo, de que tenia noticia, se resolvió en ahorcarse luego, como lo hizo, para que en este miserable conozcamos todos la pena de la avaricia, que es perder el dinero, la vida y la felicidad eterna, y morir á sus mismas manos, reventando por medio y derramando sus entrañas, por no haber tenido entrañas de misericordia con Cristo. (*Act.* 1, 18).—Finalmente, ponderaré el sentimiento que tuvo Cristo nuestro Señor de la condenacion de este discípulo, y cuán de buena gana le recibiera á penitencia, si como acudió á los sacerdotes del templo, acudiera á él con arrepentimiento. Ó Redentor misericordiosísimo, que á ningun pecador desechas, por muy cargado que esté de pecados; pues tanto sientes la perdicion de los que eran tuyos, no me dejes de tu mano; porque si tú me dejas, daré en los desvaríos de Judas, pues no hay mal que haga un hombre, que no le pueda hacer otro, si le sueltas de tu mano.

PUNTO CUARTO.—*Los príncipes de los sacerdotes, tomando consejo sobre lo que harian de aquel dinero, no lo quisieron echar en el arca del templo, porque era precio de sangre, sino compraron con ello un campo de un ollero, para sepultura de peregrinos.* (*Matth.* XXVII, 6). Donde se ha de ponderar por una parte la hipocresía de estos malos sacerdotes, y por otra parte la bondad de Dios, que con secreto instinto les movió á esta traza, para significar que la sangre de Cristo habia de ser de poco provecho para los sacerdotes del templo y sus secuaces; pero habia de ser precio con que se comprase el descanso eterno de los que viven en esta vida como peregrinos.—Y tambien se ha de ponderar, como Cristo nuestro Señor mostró el amor que tenia á los pobres, en querer que el precio de su sangre fuese remedio de pobres, para darles sepultura, aficionándonos con esto á las obras de misericordia, aunque sea á costa de nuestra sangre. Ó dulce Jesús, pues tanto nos amas, que todo lo que te pertenece quieres se convierta en provecho nuestro, mira mi pobreza, y con el precio de tu sangre remédiala, para que viva como peregrino en esta vida, de modo que camine con diligencia al descanso de la eterna. Amen.

MEDITACION XXXII.

DE LA ACUSACION DE CRISTO NUESTRO SEÑOR ANTE PILATOS, Y DE LAS PREGUNTAS QUE PILATOS LE HIZO.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Presentado Cristo ante Pilatos en su pretorio, salió el presidente á los judíos y preguntóles: ¿Qué acusacion traeis contra este hombre? Ellos respondieron: Si no fuera malhechor, no le entregáramos á tí.* (*Ioan.* XVIII, 29). Aquí sé ha de ponderar lo primero, la mala acogida y el maltratamiento que haria Pilatos á Cristo nuestro Señor cuando le vió traer tan atado y con tanto estruendo y en dia tan solemne, concibiendo que seria algun gran malhechor, pues en tal dia y por gente tan grave venia preso, compadeciéndome de ver á mi Señor tan despreciado, y acordándome de la diferente manera con que él recibió á la mujer adúltera que le trajeron los judíos para que la juzgase. (*Ioan.* VIII, 3). Ó Juez misericordiosísimo que con tanta mansedumbre recibes á los presos, no solo cuando son inocentes, sino tambien á los culpados, librándolos de sus crueles acusadores, ¿cómo, siendo tú la misma inocencia, quieres ser recibido de este soberbio juez con tal ignominia? Pues confundes á los acusadores del que es culpado, y los haces ir uno tras otro con solo escribir en la tierra con tu dedo sus pecados (*Ioan.* VIII, 9), ¿por qué no los escribes tambien ahora para que confundidos te dejen y cesen de acusarte? Mas tu misericordia es tan grande, que compadeciéndose de los pecadores, no quiere compadecerse de sí, para padecer por ellos. Líbrame, Señor, de mis acusadores, cuando fuere presentado en el tribunal de tu juicio, y recíbeme con piedad, para que librado por tí, goce para siempre de tí. Amen.

2. Lo segundo, ponderaré la grande soberbia y presuncion de estos acusadores de Cristo, la cual mostraron en decir: *Si este no fuera malhechor, no le trajéramos á tu tribunal.* Como quien dice: Basta que nosotros, siendo sacerdotes y letrados de la ley, le traigamos preso, para que estés cierto que es malhechor. ¡Oh soberbia endemoniada, que así ciegas á los malhechores! oh humildad soberana, que así humillas al supremo bienhechor! De esta humildad de Cristo nuestro Señor, que siendo bienhechor de todos, quiso ser tenido por público malhechor de los mismos á quien hizo bien, tengo de sacar grande afecto á la humildad, teniendo por dicha hacer

bien á todos, y que todos me tengan por malhechor, á imitacion de mi Salvador.

PUNTO SEGUNDO. —*Respondióles Pilatos: Si es tan público malhechor como decís, castigadle vosotros segun vuestra ley. Ellos dijeron: A nosotros no es permitido matar á alguno, esto es, matarle con el género de muerte que este merece, porque nosotros solamente podemos apedrearle, y esta es pequeña pena para sus delitos. Entonces le comenzaron á acusar de tres.—El primero, que alborotaba la gente con mala doctrina.—El segundo, que prohibia dar los tributos debidos á César.—El tercero, que decia de sí ser Cristo rey; esto es, que era el Mesías, que estaba prometido por rey de los judíos.* Aquí se ha de ponderar la maldad de estos acusadores, y las calumnias que inventaron contra Cristo nuestro Señor, con ánimos emponzoñados; porque llana cosa era que no alborotaba Cristo la gente, antes la movia á penitencia, y á todo género de virtud, tanto, que dijo á sus discípulos (*Matth.* XXIII, 2): Sobre la cátedra de Moisés se sentaron los escribas y fariseos, haced todo cuanto os dijeren. Tambien era llano que no prohibia pagar los tributos á César; antes dijo (*Luc.* XX, 25): Dad á César lo que es de César, y á Dios lo que es de Dios; y él pagó el tributo por sí y por Pedro, con no estar obligado á ello. Además, nunca dijo de sí, que era rey temporal como los que hacian los romanos; antes queriéndole hacer rey, huyó. (*Ioan.* VI, 15). Y si decia que era Mesías, sus obras daban testimonio de ello. Pues ¿á dónde mas pudo llegar la maldad de estos falsos acusadores, que á inventar tales calumnias? Y ¿qué mayor crueldad pudo ser, que no hartar su rabia con la muerte, que ellos pudieron darle, sino fingir delitos para condenarle á otra mas cruel, que era la muerte de cruz? Ó dulce Jesús, gracias te doy por el silencio con que oyes tales calumnias, pudiendo fácilmente deshacerlas. Concédeme que imite tu paciencia, y líbrame del vicio del aborrecimiento, que tales calumnias inventa contra el que es aborrecido.

PUNTO TERCERO. — 1. *Oyendo Pilatos estas acusaciones, entróse en la sala del tribunal, para examinar á Cristo de los delitos que le oponian, y comenzó por el postrero, que tenia por mas grave, diciéndole: ¿Eres tú rey de los judíos? Cristo nuestro Señor, como vió que esta pregunta era con sencillez, respondió á ella: Mi reino no es de este mundo, porque si lo fuera, tuviera vasallos y criados que me defendieran para que no fuera entregado á los judíos; y así mi reino no es como los del mundo. Replicó Pilatos: ¿Luego rey eres tú? Respondió Cristo: Tú lo dices, que soy rey, y así lo confieso, porque nací y vine*

al mundo á dar testimonio de la verdad; y los que andan en verdad, oyen mi voz. (*Ioan.* XVIII, 33). Cerca de este exámen, que Pilatos hizo de Cristo nuestro Señor, se han de ponderar las notables sentencias que dijo en sus respuestas.—La primera, que su reino no era reino terreno y mundano como los de acá, y por esto no tenia aparato de soldados, ni de gente de guarda, ni los demás ministros que suelen tener los reyes terrenos en sus reinos. Y no solamente quiso decir que no lo era, sino que no lo pretendia, ni jamás lo habia pretendido, como sus acusadores decian.

2. La segunda fue, que verdaderamente era rey, pero rey celestial, y tenia reino, pero reino de otro mundo, que es el reino del cielo, y el reino espiritual de su Iglesia; y por consiguiente, tenia vasallos y criados, pero celestiales y espirituales, que son los Ángeles, los justos y los fieles, que le creen, porque cual es el rey, tales son los vasallos; y cual es el reino, tales son sus ciudadanos. Ó Rey soberano, instituido por el Padre eterno sobre el santo monte de Sion (*Psalm.* II, 6), muy debido era á vuestra grandeza ser tambien rey de este mundo, y tener por vasallos y esclavos á todos los reyes de la tierra. Pero vuestra infinita caridad renunció esta pompa mundana para darme ejemplo de humildad, y levantar mi corazon á la pretension del reino celestial, con desprecio del terreno. Hacedme, Rey mio, vasallo digno de vuestro reino, con ánimo para hollar todo lo que estima el mundo.

3. La tercera sentencia fue, que habia nacido en el mundo para dar testimonio de la verdad; esto es, para enseñarla y predicarla, confirmándola con milagros y obras maravillosas; en lo cual tuvo tres excelencias.—La primera, que nunca testificó cosa que fuese falsedad ó mentira, sino verdad, y no cualquiera, sino verdad provechosa para alcanzar el reino, cuyo Rey era.—La segunda, que testificó esta verdad con gran valor, aunque le hubiese de costar la vida el decirla.—La tercera, que cuando era de cosa gloriosa para él, la decia, no por su honra, sino por cumplir con su oficio, dando testimonio de la verdad. Á imitacion de este Señor he de persuadirme, que yo tambien nací y vine al mundo para dar testimonio de la verdad con mis obras y palabras, procurando que siempre resplandezca en ellas la divina verdad, sin mezcla de mentira ni fingimiento, aunque me cueste la vida el testificarla.

4. La cuarta sentencia fue, que todos los que son del bando de la verdad, y la aman, oyen su voz, dando crédito á lo que dice, y obedeciendo á lo que manda; y por aquí echaré yo de ver si soy

del bando de Cristo (*Ioan.* VIII, 44), que es la misma verdad, ó del bando del demonio, que es padre de la mentira. En todo esto se ha de ponderar la autoridad de Cristo nuestro Señor, y la divinidad que en él resplandecia en medio de tantos desprecios, sin dejar por ellos de hacer su oficio de maestro. Y si este miserable juez le quisiera oir, aparejado estaba para enseñarle con mayor luz esta verdad; pero el desventurado, aunque comenzó á tener deseo de ello, preguntando á Cristo: *Quid est veritas?* ¿qué es la verdad? No esperó respuesta, porque no mereció oirla. O Maestro del cielo, respondedme dentro de mi corazon, ¿qué es la verdad? y dádmelo á sentir con gran firmeza. Vos, Dios mio, sois la misma verdad, y cuanto de Vos procede es la verdad. Verdad es vuestra vida, vuestra doctrina, vuestros preceptos, vuestros consejos, vuestros milagros y vuestros Sacramentos. ¡Oh si mi vida se conformase con esta verdad, y anduviese siempre en verdad (III *Ioan. v.* 4) hasta veros claramente en vuestra gloria! Amen.

PUNTO CUARTO.—*Del silencio de Cristo maestro Señor.* — 1. *Oidas estas respuestas de Cristo tan concertadas, coligió de ellas Pilatos su inocencia, y sacándole consigo fuera del pretorio á vista del pueblo, dijo: Yo no hallo en este hombre causa para condenarle. Oyendo esto los príncipes de los sacerdotes y ancianos, temiendo no le soltase Pilatos, acusábanle de nuevo en muchas cosas; pero Cristo no respondia. Dijole Pilatos: ¿No ves en cuántas cosas te acusan, y cuántos testimonios dicen contra tí? ¿cómo no respondes algo? Con todo eso Jesús no respondia palabra, sino callaba, de modo que el Presidente se admiró vehementemente.* En este punto se ha de ponderar el maravilloso silencio de Cristo nuestro Señor, el cual con razon causó vehemente admiracion en Pilatos, como cosa nueva y no vista en el mundo, porque concurrieron muchas cosas que al juicio humano le provocaban á hablar y responder por sí. Las acusaciones eran muchas y falsas, y en materias gravísimas y de gravísima deshonra, opuestas por personas muy calificadas, y á fin de que por ellas fuese condenado á muerte cruel y muy infame; y el mismo juez le provocaba á que respondiese por sí, con deseo de darle por libre, porque conocia su inocencia. Cualquier cosa de estas bastaba para provocar á cualquier hombre á su defensa; pero Cristo nuestro Señor rompiendo por todas, quiso callar y no responder palabra, descubriendo en esto su grave mansedumbre y paciencia no solo en no vengarse de sus calumniadores, pero ni quererlos convencer de su calumnia, pudiendo hacerlo con facilidad.

2. Además, descubrió gran fortaleza mostrando por la obra cuán

poco temia la deshonra, los tormentos y la muerte; pues ni aun hablar queria para defenderse de ella, y esto admiró á Pilatos y me ha de admirar á mí. Ó buen Jesús, ¡con cuánta razon os pusieron por nombre el Admirable (*Isai.* IX, 6), pues no solo sois admirable en las grandezas y milagros, sino en las bajezas y trabajos! Admirable es vuestra mansedumbre, admirable vuestro sufrimiento, y admirable vuestro silencio. Admirable fue por cierto vuestro callar delante de Caifás; pero mas admirable fue delante Pilatos, porque las acusaciones eran mas graves, el peligro mayor, y el juez mas propicio para oiros. Menester era tal silencio para castigar mi parlería, y para darme eficaz ejemplo de callar sufriendo con paciencia las injurias. Poned, Señor (*Psalm.* CXL, 3), guarda á mi boca y puerta muy justa á mis labios; no permitais que mi corazon se incline á palabras de malicia para dar vanas excusas de mis pecados: y yo tambien con vuestra gracia propongo de guardar mi boca cuando el pecador se levantare contra mí (*Psalm.* XXXVIII, 2), enmudeciendo, humillándome, y callando lo bueno que pudiera decir para mi defensa, como Vos callásteis lo que pudiera servir para la vuestra.

3. *Todas las virtudes concurren al perfecto silencio.* —De aquí sacaré tambien que un silencio tan raro como este no se puede hallar sino en gente que tiene muy mortificado el amor de la honra y de la vida, y ha llegado á no temer con demasía la deshonra y la muerte, arrojando todas sus cosas en la divina Providencia, como arriba se dijo. Esto pretendió el Espíritu Santo cuando dice (*Eccli.* XXVIII, 29): Funde el oro y plata que tuvieres, y haz de ello un peso para tus palabras y frenos justos para tu boca, porque no deslices con tu lengua; que es decir: Recoge todas las virtudes morales con la caridad figuradas por el oro, y todas las virtudes intelectuales con la prudencia figuradas por la plata, porque todas son menester para saber bien hablar y bien callar, por cuanto todos los vicios se aunan para desconcertar la lengua; y así es menester que tambien se aunen las virtudes para concertarla: y por esto quien no ofende á Dios con la lengua (*Iacob.* III, 2), señal es que es perfecto varon.

MEDITACION XXXIII.

DE LA PRESENTACION DE CRISTO NUESTRO SEÑOR ANTE HERODES, Y DE LOS DESPRECIOS QUE ALLÍ PADECIÓ.

PUNTO PRIMERO. —*Perseverando los sacerdotes y la multitud en acusar á Cristo, dijeron á Pilatos que alborotaba al pueblo enseñando su doc-*

trina por toda Judea, comenzando desde Galilea hasta Jerusalen, de donde coligió Pilatos que Cristo era galileo y de la jurisdiccion de Herodes, que estaba entonces en Jerusalen, y remitióle el preso, para que él conociese de la causa. (*Luc.* XXIII, 5). Aquí se ha de ponderar como Cristo nuestro Señor, de quien dice san Pedro (*Act.* X, 38) que pasó desde Galilea por toda Judea, haciendo bien á todos y sanando los oprimidos del demonio, es ahora calumniado de que alborotaba el pueblo con mala doctrina desde Galilea por toda Judea, para que se vea cuánto quiso ser humillado el que permitió que todas sus peregrinaciones y sermones, que se ordenaban para bien de aquella gente, fuesen calumniadas, diciendo que eran para su destruccion.—Lo segundo, se ha de ponderar el trabajo y la ignominia que Cristo nuestro Señor padeció en esta cuarta estacion, desde casa de Pilatos al palacio del rey Herodes, por medio de las calles y plazas de Jerusalen, con grande estruendo de gente, porque era ya mas entrado el dia, admirándome de la caridad y humildad del Hijo de Dios, que quiso ser traido por tantos tribunales, uno peor que otro, y venir al tribunal de un rey cruelísimo é injustísimo que tomó para sí la mujer de su propio hermano, y degolló al gran Bautista porque se lo reprendia. Lo cual trazó su providencia, para que padeciendo mas por nosotros, nos obligase mas á su servicio, y nos diese mas eficaces ejemplos de paciencia.

PUNTO SEGUNDO. — 1. *Herodes en viendo á Jesús holgóse mucho, porque habia gran tiempo que deseaba verle, y esperaba que haria en su presencia algun milagro. Hízole muchas preguntas, y á ninguna respondió. Pero los príncipes de los sacerdotes y escribas estaban allí acusándole pertinazmente.* Sobre este punto se ha de ponderar en Herodes el gozo que tuvo con la vista de Cristo, y la buena acogida que le hizo, no por caridad, sino por curiosidad de ver á un hombre de tanta fama, y esperar ver alguna novedad; pero todo redundó despues en mayor afrenta de Cristo nuestro Señor, el cual, sin embargo de esta acogida, no le quiso hablar ni responder palabra, ni hacer milagro en su presencia.—Lo primero, en detestacion de su maldad, tratándole como á descomulgado é indigno de ver sus maravillas; y por esto otra vez le llamó raposa (*Luc.* XXIII, 8), declarando la malicia astuta con que perseguia los principales sarmientos de la viña del Señor. (*Cant.* II, 15).—Lo segundo, en detestacion de la vana curiosidad, porque no habla Dios sus divinas palabras ni hace sus obras maravillosas por solo cebo del apetito curioso; y quien con este vano espíritu se llega á tratar con Dios en la oracion, hallarále

mudo y sordo para consigo, ni sentirá sus inspiraciones y hablas interiores, ni su mocion para cosas grandes.

2. Lo tercero, para descubrir las ganas que tenia de morir y padecer; porque quien hizo milagros para poder morir por los hombres privándose milagrosamente de la gloria del cuerpo, que se le debia por ser bienaventurado en el alma, no habia de hacer milagro para huir el padecer y la muerte; con lo cual confunde nuestra tibieza, que pedimos á Dios milagros para que nos libre de los trabajos por no padecer con ellos. Ó buen Jesús, que tantos milagros habeis hecho para remediar las necesidades ajenas, ¿por qué no haceis uno siquiera delante de Herodes para remediar la propia? Pues aunque su curiosidad lo desmerezca, vuestra necesidad clama; pero no quereis oir este clamor por oir el clamor de nuestras necesidades, cuyo remedio está en que murais por ellas.

3. Por esta misma causa, aunque los sacerdotes y escribas acusaban á Cristo con grande ahinco delante de Herodes, calló con otro silencio no menos admirable que el que tuvo delante de Pilatos, y aun en cierto modo mayor, porque á Pilatos ya habia hablado en el pretorio descubriéndole la verdad de lo que preguntaba; pero á Herodes ninguna palabra habló, ni en su defensa ni por otro respeto humano, aunque sabia que por este silencio incurria en su indignacion, enseñándonos con esto la libertad santa que debemos tener delante de reyes y príncipes, para no hablar ni hacer delante de ellos por solo respeto mundano lo que desean, aunque de no hacerlo se nos siga daño.

Punto tercero.— 1. *Viendo Herodes que Cristo no le hablaba, despreciôle, con su ejército; y burlando de él, vestido con una vestidura blanca, le remitió á Pilatos.* Aquí se ha de ponderar lo primero, la sentencia de este inícuo rey contra Cristo, porque le tuvo por hombre sin juicio, y muy rústico y malcriado, juzgando que de simplicidad ó bobería callaba y habia deseado ser rey; y así no quiso condenarle á muerte sino afrentarle, y que por escarnio y mofa le vistiesen una ropa blanca como la solian traer los Césares, aunque seria rota y vieja para mayor escarnio. Y de este modo le remitió á Pilatos, como quien dice: Ahí te vuelvo ese loco y simple, que por simplicidad queria ser rey. Y todo el ejército queriendo vengar la injuria de su señor y lisonjearle, escarneció á Cristo nuestro Señor con mil géneros de injurias, llamándole simple, descomedido, tonto y loco, reyecillo, y otros nombres infames, y es de creer que tambien jugarian de manos contra él, instigándoles á ello Satanás. To-

do lo cual sufria este Señor con admirable paciencia, enseñándonos á despreciar las vanas honras del mundo, y á no hacer caso de los errados juicios de los hombres, que así trataron al mismo Dios. Ó Verbo divino, sabiduría del eterno Padre, gracias te doy por haberte humillado tanto, que quieras ser tenido de los hombres por simple y loco. Menester era tan grande humillacion para curar mi grande soberbia y presuncion. ¡Oh quién se viese vestido de esta tu librea; y fuese tenido por loco sin dar causa culpable para ello! porque no hay mayor cordura que gustar de ser despreciado en el mundo por tí, ni mayor locura que buscar ser honrado sin tí.

2. Lo segundo, se ha de ponderar la grande afrenta que Cristo nuestro Señor padeció por aquellas calles de Jerusalen, continuando todos los que iban con él los escarnios que comenzó el ejército de Herodes, llamándole con grandes voces loco y rey fingido. Ó Rey del cielo, ¡cuán diferentes voces son éstas de las que daban habrá cinco dias, cuando os llamaban rey de Israel y bendito del Señor! pero ahora es tiempo de padecer para que vengais presto á reinar. Cumplirse ha lo que está escrito (*Iob*, XII, 4): La simplicidad del justo es escarnecida, lámpara es despreciada por la soberbia de los ricos; pero su resplandor y claridad se descubrirá en el tiempo que está por venir. Ó Lámpara preciosísima que lucís y ardeis con doctrina y caridad, y echais rayos de mansedumbre y de paciencia, sufriendo tantos desprecios por nuestro amor, tiempo vendrá en que se descubra vuestra preciosidad, para confusion de los ricos y soberbios que os desprecian. Confundidlos, Señor, en esta vida con los ejemplos de vuestra humillacion, para que volviendo sobre sí, amen lo que despreciaban, y desprecien lo que antes amaban y estimaban.

3. Tambien se ha de ponderar cuán corrido pareceria Cristo nuestro Señor delante de Pilatos con aquel nuevo traje y librea, y como allí de nuevo fue tambien escarnecido de sus oficiales y criados, aumentándose siempre las injurias del humildísimo Jesús, para que no me canse yo de las que me vinieren por mis culpas, y avergonzándome de las ansias que tengo de ser tenido por sábio y cuerdo, y de lo mucho que siento si alguno me moteja de loco ó menos avisado. Para lo cual me acordaré de aquel dicho del Apóstol (I *Cor.* III, 18): Si alguno se tiene por sábio en este mundo, hágase como necio para ser verdaderamente sábio; porque la sabiduría del mundo es locura delante de Dios, así como la sabiduría de Dios parece locura al mundo.

4. Tambien ponderaré como aquella vestidura blanca que se dió á Cristo por escarnio, era figura de la blancura y pureza de su alma, y de la inocencia de su vida, la cual suele andar junta con desprecios y humillaciones; porque es gran cosa, como se dice en el libro de los Cantares (*Cant.* I, 4), ser puro y blanco en lo interior, y denegrido y despreciado en lo exterior; y así pediré á Nuestro Señor que me vista la vestidura blanca de su inocencia en el alma, y la vestidura de sus desprecios en el cuerpo, para que en todo le sea semejante. Ó Cordero sin mancilla, en cuya sangre, aunque bermeja, se lavan los Santos y blanquean sus vestiduras (*Apoc.* VII, 14), hacedme blanco como la nieve imitando vuestra pureza, y teñidme como sangre imitando vuestra pasion.

5. Últimamente, se ha de ponderar como Herodes y Pilatos, que antes era enemigos, desde entonces quedaron amigos, para significar que los príncipes de la tierra se aunan y conjuran contra Cristo para perseguirle (*Psalm.* II, 2); pero Cristo nuestro Señor con su muerte los confederó en verdadera amistad, y juntó á judíos y gentiles en union de caridad, figurada por esta amistad que trabaron entre sí Herodes y Pilatos. Por donde tambien se ve cuán poderoso es cualquier modo de humildad para concordar los corazones desavenidos; pues estando estos dos hombres enemistados por punto de jurisdiccion, cuando Pilatos se humilló á remitirle el preso que era de su jurisdiccion, quedaron amigos. Y todo fue á costa de la humillacion de Cristo, el cual con sus humillaciones compró la union de caridad que tienen los escogidos, fundada en profunda humildad. Finalmente, puedo ponderar el desastroso fin que tuvieron estos dos jueces que así despreciaron á Cristo nuestro Señor; porque aunque con su paciencia sufre y disimula sus injurias; pero como es justo juez, á su tiempo las castiga como merecen.

MEDITACION XXXIV.

DE COMO LOS JUDÍOS ESCOGIERON Á BARRABÁS Y CONDENARON Á CRISTO.

PUNTO PRIMERO.— 1. Deseando Pilatos librar á Cristo de la muerte (*Matth.* XXVII, 17; *Marc.* XV, 6; *Luc.* XXIII, 17; *Ioan.* XVIII, 39), viendo que Herodes tampoco le habia condenado, tomó un medio á su parecer conveniente, y puédese creer que fue por inspiracion de Dios. Habia costumbre, que el presidente en aquella Pascua nombrase dos presos ó mas al pueblo, dándole facultad

de escoger uno de los nombrados, y este quedase libre. Pilatos, aprovechándose de esta ocasion, nombró con Cristo nuestro Señor un solo preso, y ese el mas insigne malhechor que habia en la cárcel, llamado Barrabás, hombre revoltoso, ladron, homicida, y por esto aborrecido de todos, pareciéndole que el pueblo por no dar libertad á tan mal hombre escogeria á Cristo; y así les dijo: *¿A quién quereis que os suelte, conforme á vuestra costumbre, á Cristo ó á Barrabás?* En lo cual se ha de ponderar la humillacion de Cristo nuestro Señor; el cual con ser tan grande, tan santo, tan sábio y tan bienhechor de todos, entra en votos y en competencia con un hombre infame, ladron, revoltoso, homicida y público malhechor, siendo la competencia sobre cosa tan importante, como era la libertad, honra y vida. Acá se tiene por afrenta entrar en competencia ó hacer oposicion con un hombre vil y de partes muy desiguales, y Cristo nuestro Señor compite con el mas vil hombre del pueblo, para darnos ejemplo de humildad en todas las cosas. Ó buen Jesús, con cuánta razon podíades quejaros y decir lo que dijiste por vuestro profeta (*Isai.* XL, 25): ¿A quién me asemejásteis é igualásteis? á quién me comparásteis é hicísteis semejante? Pero segun veo, Señor, mayor injuria os espera, porque nuestra soberbia con mayor humillacion ha de ser curada.

2. *Estando el pueblo dudando á quién escogeria, los sacerdotes y ancianos comenzaron á sobornarle y persuadirle que pidiese á Barrabás.* En lo cual se ha de considerar la solicitud de estos malditos sacerdotes en sobornar al pueblo, porque es de creer que andarian repartidos por varias partes, hablando ya á unos ya á otros, diciéndoles mil males de Cristo, que era mas revoltoso y homicida que Barrabás, pues revolvia no solo una ciudad sino toda la provincia y reino, con peligro de que muriesen no uno ó dos hombres, sino toda la gente, si él no moria. Y que merecia la muerte mas que Barrabás, porque era muy mayor pecador, pues era blasfemo, encantador, enemigo de la ley de Moisés, etc. Todo esto entendia bien Cristo nuestro Señor, y le causaba grande sentimiento, viendo como aquellos falsos predicadores engañaban al simple pueblo, y le quitaban el verdadero sentimiento que tenia.

3. Tambien ponderaré con gran dolor de corazon, como Barrabás tiene tantos patrones y solicitadores, y agentes de su negocio, los cuales le abonan, favorecen y sobornan al pueblo, con ser su causa tan injusta; y no le faltaron amigos y deudos que juntamente con los sacerdotes hablaban por él. Pero Cristo nuestro Señor está tan

solo y desamparado, que no tiene solicitador, ni agente, ni persona que se atreva á informar al pueblo y hablar en su favor, con ser su causa tan justa, y estar el juez inclinado á favorecerle: no tiene amigo, ni discípulo, ni pariente, ni persona de las muchas á quien hizo grandes bienes, que ose hablar en su defensa. Ó amparador y abogado de los pobres, ¿cómo no hay quien os ampare, y abogue por vuestra causa? Quejaos, Señor, á vuestro eterno Padre, y decidle (*Psalm.* IX, 14): *Tibi derelictus est pauper.* Ó Padre mio, tú solo eres amparador de este pobre desamparado, y ayudador de este triste huérfano. Envia de tu alto cielo alguno que abogue por mí, y sea mi agente en causa tan grave. Mas vuestra infinita caridad, Salvador mio, quiere pasar por este desamparo, para librarme del que yo por mis pecados habia merecido.

PUNTO SEGUNDO.— 1. *Apretando Pilatos al pueblo para que escogiese uno de los dos nombrados, díjoles: ¿A quién quereis que os suelte, á Barrabás ó á Jesús, que se llama Cristo? Y luego todos con gran clamor, dijeron: No queremos sino á Barrabás.* Aquí se ha de ponderar;-lo primero, la extremada humildad y bajeza de Cristo nuestro Señor; pues en competencia de un hombre tan vil y abominable, perdió la cátedra, y fue reprobado y tenido por mas indigno de la libertad y de la vida, que Barrabás. Ó dulcísimo Jesús, ahora veo con cuánta verdad dijísteis: Gusano soy, y no hombre, oprobio de los hombres, y desecho del pueblo (*Psalm.* XXI, 7), porque todos os desechan, posponiéndoos al mas vil y desechado del pueblo. Ó soberbia mia, que presumes subir sobre todos los hombres, ¿por qué no te humillas con este ejemplo, y te abajas y pospones á todo? Confundid, Señor, y hundid esta soberbia, pues no es razon que desde hoy mas se atreva levantar cabeza en presencia de tanta humildad.

2. Lo segundo, ponderaré cuán errados son los juicios de los hombres, pues en causa tan clara dan sus votos contra la justicia y verdad, en agravio manifiesto de Cristo; y cuán poderosa es la pasion de la envidia y odio para cegar el entendimiento y despeñarle en intolerables errores, y cuán mudables son los hombres y cuán fáciles en dejarse engañar; pues los que pocos dias há con grandes voces clamaban que Cristo era Salvador y Rey de Israel, ahora con gran alarido dicen que es peor que Barrabás. De todo lo cual sacaré aviso para no hacer caso de los juicios de los hombres, ni guiarme por ellos, ahora me alaben, ahora me vituperen. Y consolarme con este ejemplo de Cristo mi Señor, cuando me viere desechado en las

pretensiones que tuviere, aunque sean justas, y acordándome que la pretension de la vida eterna solamente se negocia por voto del supremo Juez, que está libre de toda pasion y engaño. Gracias te doy, Dios eterno, porque no has puesto la libertad y vida de mi alma en votos de los hombres, ni quieres que mi salvacion esté pendiente de pareceres tan errados y apasionados como los suyos. Hazme, Señor, superior á ellos, para que despreciando sus vanos juicios, solamente tenga cuenta con el tuyo; pues de verdad no soy bueno ni malo por lo que dijeren los hombres de mí, sino por lo que soy delante de tí.

3. Lo tercero, ponderaré como todas las veces que ofendo á Dios, pasa dentro de mi corazon un juicio perverso, semejante á este de los judíos; porque la tentacion, que me instiga á pecar, no es otra cosa sino una pregunta que me hace, diciéndome: ¿Á cuál quieres mas, á Cristo ó á Barrabás, á Dios ó á la criatura, al cielo ó á la tierra, á la honra de Dios ó á la tuya? Y cuando ando vacilando y dudando sobre lo que escogeré, llega el demonio y la carne á persuadirme con sugestiones y razones que deje á Cristo. Y finalmente, cuando consiento, es como abalanzarme y escoger á Barrabás, á la criatura y al deleite sensual, ó á la honra vana, con grande injuria de Dios, y con gran desprecio de Cristo y de su grandeza, y con grave desagradecimiento de las mercedes que me ha hecho; por lo cual me tengo de avergonzar, teniéndome por peor que los judíos; pues teniendo fe verdadera de quién es Dios y quién es Cristo, le desprecio y dejo por otra cosa mas vil que Barrabás. Ó Hijo unigénito del Padre celestial, que fuiste comparado á Barrabás, que quiere decir, hijo del padre no celestial, sino terreno, y en su competencia fuiste reprobado por los que eran hijos del demonio y cumplian los deseos de su padre (*Ioan.* VIII, 44), no permitas que yo haga tal traicion como esta dentro de mi alma, sino que siempre viva como hermano tuyo, hijo de tu eterno Padre, reprobando lo que tú repruebas, y aprobando lo que apruebas, estimándote á tí sobre todo lo criado, pues eres infinitamente mas amable que todo ello.

PUNTO TERCERO. — *Atónito Pilatos de que el pueblo hubiese escogido á Barrabás, díjoles: Pues ¿qué quereis que haga de Jesús, que se llama Cristo? Respondieron todos á voces: Crucifícale, crucifícale. Replicó Pilatos tercera vez, diciendo: ¿Qué mal ha hecho este hombre? Yo no hallo causa en él, por la cual merezca muerte; yo le castigaré, y castigado le soltaré. Pero el pueblo, levantando mas el grito, clamaba: Crucifícale, crucifícale.* Aquí se ha de ponderar; lo primero, la pu-

silanimidad de este juez, que conociendo la inocencia de Cristo nuestro Señor, no tuvo ánimo para librarle, antes pregunta al pueblo furioso, qué quiere que haga de él, haciéndoles jueces del que aborrecian, y le habian traido allí por envidia. Todo lo cual resultó en afrenta del Salvador.—Lo segundo, tambien se ha de ponderar lo mucho que Cristo nuestro Señor sentiria aquellas voces tan rabiosas y tan repetidas, crucifícale, crucifícale, viendo que no solo pedian que fuese muerto, sino muerto con tan cruel muerte, como era la de cruz. Ó Salvador del mundo, ¡en cuán grande aprieto te han puesto mis pecados! Ellos son los que dan voces y dicen crucifícale, crucifícale; porque siendo tú crucificado, quedarán ellos contigo crucificados (*Rom.* VI, 6) y muertos en la cruz. Mátalos, Señor, de modo que nunca mas vivan en mi alma, porque no salga de ella otro clamor semejante (*Hebr.* VI, 6), crucificándote otra vez dentro de mi corazon.

MEDITACION XXXV.

DE LOS AZOTES DE CRISTO NUESTRO SEÑOR Á LA COLUNA.

PUNTO PRIMERO.— 1. *Viendo Pilatos la pertinacia del pueblo en pedir que Cristo fuese crucificado, dió contra él la primera sentencia, que fuese azotado, entregándole á los soldados, para que luego la ejecutasen.* (*Matth.* XXVII, 28; *Marc.* XV, 15; *Ioan.* XIX, 1). Sobre este punto se han de ponderar los motivos que tuvo Pilatos para dar esta sentencia, que fueron dos.—El uno, para ver si con esta pena de azotes ablandaria al pueblo, de modo que quedase satisfecho, y así pudiese librar á Cristo de la muerte; de donde se puede creer, que mandaria á los soldados le azotasen cruelmente, y le pusiesen tal, que moviese á compasion á los que le mirasen.

2. El segundo, porque si hubiese de ser crucificado, hubiesen precedido los azotes, segun la ley de los romanos, que lo ordenaba así (*D. Hier.* in Matth. t. 9), para que el crucificado no ofendiese con su vista á los que le miraban desnudo, antes les moviese á compasion, viéndole llagado. De donde algunos contemplan (*Gerson*, in Monot. *c.* 148, *rub.* 6), que Cristo nuestro Señor fue azotado dos veces. La primera, por el primer motivo; y la segunda, por el segundo cuando fue condenado á muerte de cruz. Pero como quiera que esto haya sido, la sentencia fue injustísima, cruelísima y afrentosísima, porque conocia bien el juez que Cristo era inocente, y sin embargo de esto le condenó á castigo de azotes, que era castigo in-

fame, propio de ladrones y de esclavos, y castigo cruel, derramando la sangre inocente con terribles dolores, y confirmando con la obra lo que el pueblo habia hecho en escoger á Barrabás y condenar á Cristo, pues lo trataba como merecia ser tratado Barrabás por sus hurtos y latrocinios.

3. Con ser tal la sentencia, Cristo nuestro Señor en su corazon la aceptó, sin apelar, ni suplicar, ni decir palabra de queja, ni dar muestra de sentimiento contra ella; antes de muy buena gana ofreció su cuerpo á los azotes en satisfaccion de nuestros pecados, para que con las llagas de todo su cuerpo, como dijo Isaías (*Isai.* LIII, 5), sanase las llagas de toda mi alma, y me provocase á servírle y á amarle; pues descubriéndome sus entrañas, rasgadas con azotes, me obligaba á que yo le diese las mias con todos mis afectos. Es de creer, que entonces Cristo nuestro Señor levantaria los ojos al cielo, y diria á su eterno Padre aquellas palabras de David (*Psalm.* XXXVII, 18): *Quoniam ego in flagella paratus sum.* Padre mio, aparejado estoy para los azotes, porque tú así lo has ordenado; mi cuerpo habia de ser inmortal é impasible, de modo que no pudiese tocarle mal de pena, ni el azote pudiese acercarse al tabernáculo en que mora mi alma; pero tu providencia ordenó que yo tuviese un cuerpo apto para padecer y ser azotado (*Hebr.* X, 5; *Psalm.* XXXIX, 7), y desde entonces estoy aparejado para ello, con deseo de pagar lo que no robé, por librar de la pena á los que robaron tu honra. Gracias te doy, ó dulcísimo Redentor, por haber aceptado sentencia tan cruel, tan infame y tan injusta. Vesme aquí, Señor, aparejado por tu amor para los azotes, con ánimo de aceptar la sentencia que dieres contra mí, porque ni será injusta, pues mis pecados la merecen, ni será infame ni cruel, pues es sentencia de padre que azota al hijo que ama, para que se enmiende.

PUNTO SEGUNDO. — 1. *Oida esta sentencia, tomaron los soldados á Cristo con grande orgullo, y entráronle dentro de una sala; y en entrando, le despojaron de sus vestiduras, hasta la túnica inconsútil.* En lo cual se ha de ponderar, la vergüenza grande que padeceria aquel hermosísimo mancebo y excelentísimo Señor, viéndose así desnudo delante de tanta muchedumbre de soldados, y los escárnios que harian de él viéndole tan vergonzoso; y esta afrenta quiso sufrir con gran paciencia, en castigo de la desvergüenza con que yo me desnudé la vestidura de su gracia, y en precio para comprar esta sagrada vestidura con que se cubra mi miserable desnudez. Ó amantísimo Señor, que me persuades compre de tí oro puro y encendi-

do (*Apoc.* III, 18) de caridad, y vestiduras blancas de virtud, con las cuales me libre de la eterna confusion que merecia por estar desnudo de ellas, yo te ofrezco por precio la desnudez y vergüenza que padeces, con un corazon determinado á desnudarme de todo lo terreno. Por ella te suplico me vistas con tu divina gracia, para que no caiga en la confusion eterna.

2. Tambien se puede considerar, que como algunos dicen (*Hieron.* in Epitaph. Paul. ad Eustochium, t. 1), los soldados ataron fuertemente á Cristo nuestro Señor á una coluna, los brazos levantados en alto para poderle herir mas á su placer, lo cual no seria pequeño tormento, porque le ataron por los piés y por las muñecas con grande crueldad; pero cuando no le atasen con sogas, estaba él mas atado con las cuerdas del amor, y aparejado para dejarse desollar con azotes por nuestro remedio. Ó Cordero sin mancilla (*Isai.* LIII, 7), que con admirable mansedumbre te dejas atar de estos crueles esquilmadores, no solo para quitarte la lana de tus sagradas vestiduras, sino para desollar tu delicado cuerpo con tijeras de crueles azotes, sufriendo este dolor sin balar, ni abrir tu boca, suplícote me ates contigo con cuerdas de caridad, tan fuertes, que no basten á desatarme los azotes y trabajos temporales. Amen.

PUNTO TERCERO. — 1. Estando ya Cristo nuestro Señor desnudo en la coluna (*Vid. Salmer. t.* 10, *tract.* 29), comenzaron los sayones á azotarle con extraordinaria crueldad. Los instrumentos del castigo, como algunos dicen, fueron tres diferentes de que usaron diversos verdugos, hiriéndole unos despues de otros; es á saber, unas varas verdes llenas de espinas, y unos ramales tejidos de nervios de bueyes, con sus abrojos de hierro al remate de ellos, y unas cadenillas de hierro, que herian y penetraban hasta los huesos. Con estos azotes comenzaron á descargar terribles golpes sobre las espaldas del Salvador, las cuales con la furia de los golpes primero se encardenalaron, luego se desollaban del cuero delgado que tenian, despues penetrando los azotes la misma carne, vertian arroyos de sangre que caian en el suelo. Y con esta crueldad iban golpeando é hiriendo todo el cuerpo, sin perdonar brazos ni hombros y todo el pecho hasta descubrir los huesos. De suerte, que como todo el cuerpo místico de su pueblo, como dice Isaías (*c.* I, 5), estaba llagado de piés á cabeza, y del menor hasta el mayor, y con llagas de pecados, así el cuerpo de Cristo nuestro Señor desde la planta del pié hasta la coronilla de la cabeza no tuvo parte sana, sino todo llagado como leproso, de la manera que le habia visto en espíritu el

mismo Isaías, cuando dijo (*c.* LIII, 2): *No tenia figura ni hermosura. Vímosle, y no habia en él cosa que se pudiese ver y desear. Estaba despreciado y el mas abatido de los hombres, varon de dolores y experimentado en trabajos. Traia su rostro escondido, y no hicimos caso de él. Verdaderamente tomó sobre sí nuestras enfermedades, y se cargó de nuestros dolores, y nosotros le tuvimos por leproso, herido de Dios, y humillado; pero fue llagado por nuestras maldades y molido por nuestros delitos; el castigo causador de nuestra paz, descargó sobre él, y por sus llagas hemos sanado todos.*

2. ¡Oh quién tuviera luz del cielo para contemplar, Redentor mio, la figura tan desfigurada que tenias en esa coluna! oh quién tuviera caridad tan encendida, que bastara para transfigurarme en esta figura, por la fuerza de la compasion! ó el mas hermoso de los hijos de los hombres, ¿quién te ha quitado la figura tan hermosa que tenias? ó resplandor de la gloria del Padre, ¿quién ha oscurecido el resplandor de tu divino rostro? Ó Varon, sobre todos los varones deseado, y esperado de todas las gentes, ¿quién te ha convertido en varon de dolores, y hecho abominacion de todas ellas? ó salud de los leprosos, ¿quién te ha puesto como leproso? Ó Padre eterno, ¿por qué consientes que sea tu Hijo tratado como ladron, y tenido por hombre herido y castigado del mismo Dios? Si mis pecados son la causa, mas justo es que yo sea castigado por ellos. Yo soy el que pequé, este Cordero ningun mal ha hecho; convierte tu mano contra mí, descarguen los azotes sobre mis espaldas, para que pague la pena quien cometió la culpa. (II *Reg.* XXIV, 17). ¡Oh inmensa caridad del Padre, que así quiere castigar al Hijo, por reconciliar consigo al esclavo! oh infinita caridad del Hijo, que así quiere ser castigado por reconciliar al esclavo con su Padre! Gracias te doy, Padre eterno, por esta tu inmensa caridad; y gracias te doy, Hijo unigénito encarnado, por este tu infinito amor.

3. Para ponderar mas la crueldad de este castigo, puedo poner los ojos en cuatro cosas que concurrieron en él.—La primera, de parte del cuerpo de Cristo nuestro Señor, que era tierno y delicado y muy sensible; y por otra parte estaba muy quebrantado con el sudor de sangre que precedió, y con el trabajo de la noche y de aquel dia; y como las heridas entraban muy adentro penetrando las entrañas, causaban excesivo dolor, y por esto en el salmo donde dijo (*Psalm.* CXXVIII, 3): Sobre mis espaldas fabricaron los pecadores, dice otra letra, araron; porque como el arado penetra la tierra y la suica toda, así los azotes araron su sacratísima carne, y la sul-

caron, penetrando lo interior de ella. Ó tierra virginal, pura y blanda, poca necesidad tenias de ser arada, si la compasion que tenias de la dureza de mi corazon no te moviera á ello. Penétrale, Dios mio, con el arado de la compasion, para que sienta en mi carne los dolores que penetraron la tuya.

4. La segunda causa fue, de parte de los sayones, que eran crueles de su condicion, y el presidente les habia mandado que con crueldad le azotasen por las causas dichas. Y el demonio les atizaba á ello para mover á Cristo nuestro Señor á impaciencia; y los príncipes de los sacerdotes y los judíos les pondrian fuego: y como se remudaban á menudo, los que de nuevo comenzaban, heríanle con nueva crueldad, especialmente que viendo á Cristo tan sufrido y que no se quejaba, quizá á porfía le herian por sacarle algun grito ó quejido.—La tercera fue, de parte de la muchedumbre de los azotes, y de los que le herian. Muchos dicen (*Fuisse* 5466 *insinuat S. Gertrudis, lib. 4 divin. insinuat. cap.* 35; *Coster*, Medit. 14 de Passione) que fueron mas de cinco mil, y de la crueldad de sus enemigos se puede presumir, porque no se guardaba con Cristo la ley de dar cuarenta golpes menos uno, como dijo de sí san Pablo (II *Cor.* XI, 24), sino muchos números de cuarenta, haciendo la penitencia que nuestros pecados merecian.—Y esta es la cuarta causa por parte de nuestros pecados, que eran innumerables y gravísimos; y así los azotes con que se pagaban, habian de ser como innumerables y cruelísimos.

5. Con estas consideraciones tengo de ponderar la invencible paciencia de Cristo nuestro Señor, el cual estaba como mudo, sin dar muestras exteriores de queja ó de turbacion ó enfado, sufriendo como una yunque los golpes, ofreciéndolos al Padre eterno en satisfaccion de nuestros pecados, con un amor tan grande, que por muchos que fueron los azotes, tenia deseo y voluntad de recibir muchos mas y mas crueles, si fuera necesario, para nuestro remedio; y así nunca dijo basta, hasta que la rabia de sus enemigos quedó harta, y la justicia de Dios satisfecha. De donde sacaré grande aborrecimiento de mis pecados, que fueron la causa de este castigo, y un gran deseo de castigarlos yo mismo con penitencias y disciplinas.

6. Y finalmente, poniéndome á los piés de este Señor, junto á la coluna, mirando su soledad y como no hay hombre que de él se duela y compadezca, y como por todas partes se va desangrando y enflaqueciendo; unas veces con el espíritu besaré la tierra, bañada con la sangre de mi Señor y Criador; otras veces tomaré

aquellos azotes, teñidos con su preciosa sangre, y ponerlos he sobre mi corazon, suplicándole que sane las llagas de mis aficiones desordenadas, y me llague con su divino amor. Otras veces abrazaré aquella santa coluna, y la saludaré con reverencia, diciendo: ¡Oh dichosa coluna, en la cual fue atado y azotado el que es coluna del mundo, y fortaleza de todo lo criado! oh coluna soberana, labrada y esmaltada con la sangre del Hijo de Dios, derramada para hacer á los hombres fuertes colunas en el templo de Dios vivo! (*Apoc.* III, 12). ¡Oh quién estuviera atado contigo para ser bañado con esta sangre, y quedar hecho coluna en el servicio del que tanto padeció por mi remedio! Ó colunas del cielo, ¿qué haceis? ¿cómo no temblais de espanto, viendo azotado á vuestro Dios en esa coluna? Ó Coluna firmísima, en quien estriba todo el mundo, compadécete de tí mismo, vístete de tu fortaleza, ó brazo del Señor; porque te has desangrado y enflaquecido, y estás á punto de desfallecer. Y pues todo esto padeces por mis culpas, fortaléceme con tu gracia, para que yo las castigue y me enmiende de ellas. Amen.

7. Últimamente, ponderaré como acabada esta justicia tan injusta y desapiadada, los soldados desataron á Cristo nuestro Señor; el cual como quedó molido con los golpes, y enflaquecido por la mucha sangre que habia vertido por las llagas, es de creer que caeria en tierra: y como se vió desnudo, y las vestiduras estarian algo apartadas, iria por ellas medio arrastrando, bañándose en su propia sangre, que estaba al rededor de la coluna; y como mejor pudo se las vistió, porque los verdugos, parte por crueldad, parte por desden, no le querian ayudar á vestir. Todo esto puedo piamente contemplar, compadeciéndome del desamparo y flaqueza de este Señor. Ó Rey del cielo, que ayudais á todas las criaturas en sus obras, porque sin Vos no pueden hacer cosa alguna, ¿cómo no teneis quien os ayude en esta necesidad? Ó vestiduras sagradas, que sanásteis el flujo de sangre de la mujer que tocó en vuestro ruedo, y dábais salud á cuantos enfermos os tocaban, sanad las llagas de mi Salvador, y detened la corriente de su sangre, para que pueda padecer hasta dar fin á nuestra redencion. ¡Oh quién se hallara presente para servirle, aunque fuera menester dar mi sangre por aliviarla! Recibid, Dios mio, esta buena voluntad que me habeis dado, y confortadla para que os sirva en todo lo que pudiere, con deseo de hacer mucho mas de lo que puede.

MEDITACION XXXVI.

DE LA CORONACION DE ESPINAS, Y DE LOS DEMÁS ESCARNIOS QUE LUEGO SUCEDIERON.

PUNTO PRIMERO. — 1. Los soldados que habian azotado á Cristo nuestro Señor (*Matth.* XXVII, 27), instigados del demonio, inventaron para afligirle nuevos géneros de tormentos, por una parte dolorosísimos, y por otra afrentosísimos; y para que fuese la afrenta mayor, convocaron á toda la cohorte, que eran los soldados de la guarda, para que asistiesen á este espectáculo, y á la burla ó farsa que pretendian hacer de Cristo, á costa de su honra y descanso, los cuales fueron todos de buena gana por entretenerse. Sobre lo cual tengo de ponderar lo primero, la insaciable gana que Cristo nuestro Señor tenia de padecer por nuestro amor, porque de esta nació querer que se inventasen contra él nuevos modos de injurias y tormentos, no contentándose con los ordinarios, para descubrir el amor que nos tenia, y la gravedad de nuestros pecados; porque como los hombres, arrastrados del amor propio, inventan nuevos modos de ofender á Dios para su regalo y honra, así Cristo nuestro Señor, llevado de su amor divino, quiso que se inventasen nuevos modos de castigos contra tales pecados, y nuevos modos de derramar sangre para satisfacer por ellos, como el que inventó en el huerto. Gracias te doy, dulcísimo Jesús, por la excelencia de esta caridad con que nos amaste. ¡Oh cuán bien te cuadra el nombre de justo (*Isai.* III, 10), pues tantos modos inventas para ganar la justicia con que nos has de justificar. Doyte el parabien de estas invenciones de amor, y con el Profeta quiero decirte á tí, que eres justo por excelencia, que está bien, y que comerás el fruto de tus invenciones, ganando innumerables almas por medio de ellas.

2. Lo segundo, se ha de ponderar la maldad de estos sayones, instigados de Satanás, en convocar gente para que se junten á burlar de Cristo, y se hallen á sus desprecios, compadeciéndome de la humillacion de este Señor, que llegó á ser risa de los hombres, abominando de los que solicitan á otros para ofender á Cristo, y hacer escarnio de sus cosas. Pero yo, Salvador mio, deseo hallarme con el espíritu en este tu espectáculo, no como los soldados para escarne-

certe, sino para meditar tus obras, y ejercitarme en la consideracion de tus invenciones (*Psalm.* LXXVI, 13), para compadecerme de tus trabajos, y sacar esfuerzos para llevar los mios. Con este espíritu tengo de considerar los trabajos que nuestro Señor padeció despues de los azotes de la misma sala, los cuales se pueden reducir á seis, que sucedieron uno en pos de otro.

PUNTO SEGUNDO. — 1. La primera injuria de Cristo nuestro Señor fue desnudarle sus sagradas vestiduras; y créese, que como el fin de esto era, que todo el pueblo despues viese llagado su cuerpo, le desnudarian hasta la misma túnica inconsútil, dejándole desnudo del todo; con lo cual padeció gran dolor y afrenta: dolor, porque las vestiduras ya se habrian pegado á la carne con la sangre fresca que tenia cuando se las vistió; y es de creer se las desnudarian con crueldad, y sin tiento alguno. La afrenta fue grande en verse desnudo delante de todo aquel ejército de soldados, como se ponderó en la meditacion pasada.

2. Tras esta injuria sucedió la segunda, que fue vestirle una vestidura que llaman clámide, que era una ropa larga de grana ó púrpura, que solia ser vestidura de los reyes; pero á Cristo nuestro Señor se la pusieron por escarnio, para motejarle de rey falso y fingido. De suerte que lo que tenia el mundo por honra, convirtió en deshonra de Cristo, para hacer de él una farsa y representacion de rey. Ó Esposo de las almas, blanco y colorado, escogido entre millares (*Cant.* v, 10), muy amigo sois de estos colores, no por honra sino por desprecio, pues en casa de Herodes fuísteis vestido de blanco, y en casa de Pilatos de colorado, mereciéndonos con estos desprecios lo blanco de la inocencia, y lo colorado de la caridad. Ayudadme, Señor, para que me precie de esta vuestra librea y de esta púrpura ignominiosa, teniendo por afrenta lo que el mundo tiene por vana honra, y tomando por verdadera honra lo que él tiene por afrenta.

3. Tambien puedo ponderar, como esta vestidura larga de púrpura significaba nuestros sangrientos pecados, los cuales cargaron sobre Cristo nuestro Señor, y le pesaban y afrentaban mas que la ignominia de la púrpura, y en particular representaba las obras que tienen apariencia de buenas y generosas; pero en los ojos de Dios son malas y abominables, por la intencion mundana y terrena con que se hacen, y así en lugar de honrar á Cristo con ellas, le despreciamos y escarnecemos. Ó Dios de mi alma, no permitas que te ponga tal vestidura, ni que la escoja para mí. Si púrpura tengo de

escoger, sea la púrpura encendida de la caridad, con la cual cubra la fealdad y muchedumbre de mis pecados, y sea agradable á tus divinos ojos. Amen.

Punto tercero. — 1. La tercera injuria fue, ponerle una corona, no de oro, ni de plata, ni de rosas ó flores, sino tejida de agudas espinas, la cual cubria toda su cabeza; y como se la pusieron encima con grande furia, las espinas traspasaron su sagrado celebro y sienes, vertiendo abundancia de sangre por las heridas. Sobre este punto tengo de ponderar lo primero, la ignominia y el dolor de esta coronacion, porque de ambas cosas fue instrumento esta corona. Pusiéronla por escarnio en lugar de las coronas que se ponen á los reyes, y á los que triunfan de sus enemigos, y á los que tenian por dioses, para denotar que en estas tres cosas merecia ser escarnecido, porque era reyecillo y Dios fingido, y su triunfo del domingo pasado habia sido vano. Pero inventaron, que fuese tal la corona, que le atormentase cruelmente; porque como las espinas eran muchas y muy agudas, rompian la cabeza, y sacaban la sangre que los azotes habian dejado en aquella mas noble parte del cuerpo, y corriendo hilo á hilo por el rostro y por los ojos los afeaba y enturbiaba, atormentando el sagrado celebro y la frente con gravísimo dolor.

2. Levántate, pues, ó alma mia, en espíritu, y como una de las hijas de Sion (*Cant.* III, 11), sal á contemplar á este verdadero rey Salomon, con esta cruel corona que le ha puesto su madre ó madrastra la Sinagoga, ataviándole con ella para los desposorios que en este dia ha de celebrar en el tálamo de la cruz. Ó Rey eterno (*Psalm.* VIII, 6), que coronásteis al hombre con corona de gloria y honra, poniendo debajo de sus piés todas las cosas como rey y señor de ellas, ¡cómo estais coronado por mano de los hombres con corona de ignominia y de tormento! ¡Oh ingratitud y crueldad inhumana de los hombres contra Dios! oh bondad y mansedumbre inefable de Dios para con los hombres! Él los corona de gloria, y ellos á él de ignominia: él con la grandeza de sus misericordias, y ellos con la fiereza de sus crueldades. Pues ¿cómo, alma mia, no punzan tu corazon estas espinas? ¿Cómo no sacan agua copiosa de tu cabeza y fuentes de lágrimas de tus ojos, viendo espinado al Rey del cielo por ganarte la corona de su reino eterno? Ó verdadero Salomon, que os coronais de espinas para celebrar vuestro desposorio con las almas, coronad la mia con ellas, para que merezca tener parte en vuestras bodas. Ó sagrada corona de Jesús, aunque seas espantable al mundo, yo te adoro y reverencio como á corona de

Dios. Ó sagradas espinas, ¡ quién fuera punzado con vuestras puntas, para que vuestras llagas fueran medicina de las mias!

3. Luego ponderaré la gravedad de mis pecados, especialmente los de soberbia y sensualidad, que fueron causa de esta terrible coronacion, y ellos fueron las espinas que punzaron y atormentaron á este Señor, mucho mas que esotras. Porque yo me coroné de rosas y flores (*Sap.* II, 8), buscando mis regalos, es coronado mi Salvador con corona de espinas. Porque yo busco corona de soberbia (*Isai.* XXVIII, 1), pretendiendo vanas honras, quiere mi Señor tomar para sí corona de humillacion con grandes afrentas. Toma, pues, alma mia, todos tus pecados, que son las espinas que punzan á tu Redentor, y punza tu corazon con espinas de penitencia y aflicciones por haberlos cometido. Y pues tu cabeza, que es Cristo, está coronada de espinas, avergüénzate de que tú, que eres miembro de su cuerpo, vivas coronada de flores, gastando la vida en deleites y vanidades.

4. Lo tercero, ponderaré el misterio de esta corona de Cristo nuestro Señor, fija en su cabeza; la cual, aunque se puso por desprecio y tormento, significaba que Cristo era Rey eterno, y que su reino era durable y su corona firme, no como la de los reyes de la tierra, que se quita y se pone fácilmente. Además, que era vencedor y triunfador perpétuo contra los demonios y el infierno, y contra el mundo y la carne, aunque á costa de su sangre derramada con aquella corona, con la cual ganaba para los escogidos innumerables coronas de las victorias que habian de alcanzar en esta vida, y despues las coronas de la gloria. Y por consiguiente nos enseña, que con corona de espinas se gana la corona del cielo, y que vale mas en esta vida abrazar la corona de trabajos que punzan, que la corona de regalos y deleites que recrean; porque si en esta vida (*Psalm.* XXXI, 4), como los mundanos, me corono de rosas, buscando las vanidades y deleites, despues seré rodeado y enclavado con las espinas de mis pecados y remordimientos, sin que sea posible arrancarlas. Gracias te doy, Rey soberano, vencedor glorioso y triunfador perpétuo, por el modo que escogiste para ganar la corona y triunfo de tu gloria. Desde aquí me ofrezco á seguirte, y escojo para mí ser coronado de espinas en esta vida, con esperanza de que me has de coronar de gloria en la otra.

PUNTO CUARTO. — 1. Puesta la corona de espinas, pusiéronle tambien en su mano derecha en lugar de cetro una caña por escarnio, significando por esto, que su reino era reino hueco y sin sustancia,

y que era rey de palillos, y movedizo como caña, y falto de juicio y seso en llamarse rey, y en desprecio de las palmas y ramos de árboles que llevaba la gente que solemnizó su triunfo en Jerusalen pocos dias habia. Sobre este punto, ponderaré la injuria grave de Cristo nuestro Señor, y la estima que hace el mundo de su reino, y de su doctrina, y de la perfeccion que predicaba, teniéndolo todo por cosa vana y hueca, y con cuán grande humildad aceptó el Señor esta injuria. No resistió á tomar la caña, no la echó luego de sí; antes la tomó con su benditísima mano, y la apretó muy bien, como á insignia de su desprecio, porque amaba los desprecios, enseñándome á mí, que tambien los acepte y abrace con amor. Ó caña venerable, ó cetro divino de mi Señor, de cuya mano recibes virtud para dar vida á cualquiera que tocares, mucho mejor que el cetro de oro del rey Asuero. (*Esther*, IV, 11). Tócame, Rey mio, con esta tu real vara, imprimiendo en mi corazon estima grande de tus desprecios, porque este tocamiento será para mí señal de clemencia, y prendas de vida eterna.—De aquí tambien sacaré, cuán errados son los juicios de los hombres, los cuales para sí toman cetro de oro macizo, en señal de la excelencia y estabilidad de su reino, siendo de verdad como caña mudable, y que de presto se pasa, y tan frágil, que como dijo Isaías (*Isai.* XXXVI, 6), no se puede con seguridad estribar en él. Y al contrario, tienen por cosa vana, como dijo el profeta Malaquías (*Malach.* III, 14), servir á Dios, y guardar sus preceptos. De donde aprenderé á estimar en poco juicios tan errados, procurando no seguirlos.

2. Luego añadian otra injuria, hincando la rodilla delante de Cristo nuestro Señor, adorándole por escarnio, y diciéndole (*Marc.* XV, 18): *Dios te salve, Rey de los judíos.* Y aunque la salutacion era honorífica, pero como se decia por escarnio, atormentaba los oidos de este excelentísimo Señor, que en el cielo estaba oyendo alabanzas de Ángeles, y siempre se recrea en oir nuestras oraciones. Ó Rey soberano, ¡cuán diferentemente eres adorado de los Ángeles en el cielo, y de los hombres en la tierra! Los Ángeles te adoran como á su Dios y Rey verdadero; pero los hombres con adoracion fingida te escarnecen como á Dios falso y á Rey fingido. Yo, Señor, te adoro y te saludo, con las veras que puedo, de todo mi corazon: *Ave, Rex iudaeorum.* Dios te salve, Rey de los judíos y de los gentiles, Dios te salve, Rey de los Ángeles y de los hombres, Dios te salve, Rey del cielo y de la tierra. Sálvame, Señor, y admíteme en tu reino, para que siempre goce de tí. Amen.

3. Tambien puedo ponderar, como dos veces fue Cristo nuestro Señor saludado en su pasion, una con fingimiento secreto de hipocresía, cuando le dijo Judas: *Ave, Rabbi.* Dios te salve, Maestro. Otra con fingimiento público, por via de escarnio, cuando le dijeron estos soldados: Dios te salve, Rey de los judíos. En que se denotan dos suertes de pecadores que ofenden á Dios: unos hipócritas, que fingen amarle y reverenciarle, pero no le aman ni reverencian; otros públicos y escandalosos, que hacen burla de las cosas sagradas y divinas, y por todos padece Cristo para dar salud á todos. Y tambien tuvo misterio decir el Evangelista (*Matth.* XXVII, 29), que le adoraban, *flexo genu*, hincada la rodilla, y no ambas rodillas, para significar que los mundanos no se dan todos á Dios, sino parte dan á Dios, y parte al mundo, y con una rodilla adoran su honra, regalo y hacienda, y con otra adoran á Dios. Pero esta adoracion aprovéchales poco, porque Dios no quiere ser servido con corazon demediado, sino entero.

PUNTO QUINTO. — 1. Con la injuria de palabra juntaba cada soldado alguna injuria de obra dolorosa y afrentosa. Unos le tomaban la caña, y con ella herian la cabeza de este Señor, atormentándola, y enclavando mas las espinas por ella. Otros le daban bofetadas en el rostro, y otros le escupian en la cara, afeándosela con sus asquerosas salivas. Estas tres cosas refieren los Evangelistas, y puédese creer que otros le darian golpes y puñadas en el cuerpo, y otros le darian repelones, mesándole las barbas, para que padeciese por los gentiles en casa de Pilatos lo que habia padecido por los judíos en casa de Caifás. Solamente los gentiles no le vendaron el rostro, porque le trataban como á rey, aunque de farsa; y porque como estaba tan desfigurado no representaba ya aquella majestad, que ponia respeto y empacho de herirle al descubierto. Ó Salvador del mundo, ¡cuán repetidas son vuestras injurias, y cuán repetidas son vuestros duros tormentos! Bastara, Señor, ser una vez abofeteado, escupido y golpeado por nuestros pecados; pero vuestra caridad quiere pasar estos tormentos dos veces por mano de judíos y de gentiles, para que padeciendo de todos, pague por todos. Todos, Señor, os bendigan y glorifiquen por esta vuestra caridad; y pues por todos padeceis, alcancen todos el fruto de vuestra pasion. Amen.

2. En cada una de estas injurias se puede ponderar lo que se ponderó en la meditacion XXX, especialmente la invencible paciencia y humildad de Cristo nuestro Señor en sufrirlas, con haber sido innumerables, porque eran muchos los soldados que le injuriaban,

y repetirian muchas veces las injurias por su entretenimiento, saboreándose en injuriar al que se saboreaba en ser injuriado, por dar vida á los mismos que le injuriaban.

3. Últimamente, consideraré cuán cansado y afligido quedó Cristo nuestro Señor de este juego y tormento; cuán desflaquecida su cabeza, por la mucha sangre que vertia con las espinas; cuán afeado su rostro con las manchas de sangre y con la muchedumbre de las salivas, y cuán acardenalado con los golpes de las bofetadas, ponderando como no hubo quién se compadeciese de él en este trabajo, ni quién hablase por él, ni quién reprimiese la furia de aquella gente feroz, hasta que ellos mismos se cansaron de atormentarle; pero no se cansó el espíritu de nuestro buen Jesús de ser atormentado, antes se aparejó para los nuevos tormentos que le estaban esperando. Y así es razon que yo no me canse de ponerme á sus piés, llorando sus trabajos y mis pecados, que fueron causa de ellos; y adorándole con verdadera adoracion, le pediré mercedes como á verdadero rey, y no otras, sino que me haga participante de sus desprecios y dolores, con la humildad, paciencia y caridad que tuvo en ellas.

MEDITACION XXXVII.

DEL ECCE HOMO, Y DEL ÚLTIMO EXÁMEN QUE HIZO PILATOS DE CRISTO NUESTRO SEÑOR.

PUNTO PRIMERO. — 1. Entrando Pilatos en el lugar donde estaba Cristo nuestro Señor, y viéndole tan maltratado y desfigurado, pareciéle que con solo mostrarle al pueblo aplacaria su furor; y así mandó á los soldados que le llevasen á un lugar alto, donde podia ser visto de todos; y adelantándose un poco, dijo á todo el pueblo: *Veis aquí os le saco á fuera, para que entendais que no hallo en él culpa merecedora de muerte; y á esta sazon salió Jesús á vista de todo el pueblo, vestido con la púrpura y coronado con las espinas.* (*Joan.* XIX, 4). Donde ponderaré la vergüenza que padeceria el Señor viéndose delante de tanta gente, en aquel traje tan abatido, y la humildad con que se presentó á ser visto de todos en aquella tan horrenda figura. Ó Redentor mio, ¡cuán diferente figura es esta de la que teníades en el monte Tabor, llena de resplandor y majestad! Aquella descubrísteis no mas que á tres de vuestros discípulos en un monte alto; pero esta descubrís en otro lugar alto á todo el pueblo, para que todos vean vuestras ignominias, y crezcan con ser vistas. Dad-

me, Señor, ojos de viva fe con que yo las mire, porque para mí no será menos amable esta figura lastimosa, que la otra muy gloriosa.

2. Estando, pues, Cristo nuestro Señor á vista de todo el pueblo, díjoles Pilatos: *Ecce Homo*, veis aquí al hombre. Estas palabras tengo de considerar primero, como dichas de Pilatos por su propio espíritu, y despues como dichas del divino Espíritu y del Padre eterno por boca de Pilatos, ponderando tambien el modo como tengo yo de oirlas y decirlas.—Lo primero, en cuanto fueron dichas de Pilatos, quieren decir, mirad á este hombre que se llama Rey, Mesías é Hijo de Dios, y veréisle tan castigado y desfigurado, que apenas parece hombre, pero de verdad es hombre; y pues es hombre como vosotros, compadeceos de vuestra humana naturaleza, y contentaos con los castigos que ha recibido este miserable hombre. Pero tú, alma mia, mira á este hombre segun todo lo exterior que se puede ver en él, para compadecerte de su dolorosa figura. Mira á este hombre llagado con azotes, afeado con salivas, acardenalado con bofetadas; mira á este hombre vestido con vestidura de escarnio y coronado con corona de dolor y desprecio. Mírale bien, y hallarás ser verdad lo que dijo de sí (*Psalm.* XXI, 7): *Gusano soy* y no hombre, oprobio de los hombres y desecho del pueblo; y el que solia ser mas hermoso que todos los hijos de los hombres (*Psalm.* XLIV, 3), es el mas feo de todos, en quien no hay cosa que pueda ser vista. Ó Hijo del hombre, Dios y hombre verdadero, harta humillacion fue abajarte á tomar forma de hombre, pues ¿por qué te humillas tanto en esa forma, que vengas á ser tenido por gusano y no hombre, y por afrenta del linaje de los hombres? La soberbia con que yo pretendí ser mas que hombre, igualándome con Dios, es causa de que tú, Dios mio, te hayas humillado á parecer menos que hombre, porque tan abominable soberbia pedia medicina de tan admirable humildad. ¡Oh si mi hombre exterior fuese del todo semejante al tuyo, gustando con verdadera humildad de ser pisado como gusano, y tenido por menos que hombre y desecho de los hombres!

3. Lo segundo, ponderaré estas palabras en cuanto fueron dichas del divino Espíritu, por boca de Pilatos: *Ecce Homo;* mirad á este hombre, que aunque parece solo hombre, es mas que hombre, porque es Hijo de Dios vivo, Mesías prometido en la ley, cabeza de los hombres y de los Ángeles, redentor del linaje humano, y único remediador de todas sus miserias, cuya caridad fue tan grande, que ha tomado esta figura tan dolorosa por solo amor de los hombres,

para pagar las deudas de sus pecados y librarlos de las penas eternas que merecian por ellos; por lo cual merece que todos le dén millones de gracias, y le confiesen por hombre y Dios verdadero, alabándole, adorándole y sirviéndole por todos los siglos. Amen.-Estas y otras grandezas tengo de ponderar en este hombre; y considerando que se me dice á mí esta palabra, prorumpiré en afectos de admiracion, amor y confianza, diciendo: Qué, ¿es posible que hombre tan divino esté tan abatido? ¿Qué no podré esperar de quien tanto amor me ha mostrado? ¿Cómo no me deshago en amar á quien tanto por mí ha hecho? Ó Hombre mas que hombre, honra del linaje de los hombres, yo te adoro y glorifico como á hombre y Dios eterno, y te suplico me tomes por tu esclavo, herrando mi rostro con esta lastimosa figura que tiene el tuyo.

4. Lo tercero, ponderaré estas palabras, como dichas por el Padre eterno: *Ecce Homo;* mirad este hombre que yo envié al mundo, para que fuese maestro de los hombres y dechado de toda perfeccion y santidad; y para dar ejemplo de ella, ha tomado esta horrenda figura. Mirad sus virtudes interiores en medio de tales ocasiones exteriores; su humildad en tantos desprecios; su pobreza de espíritu en tanta desnudez; su mansedumbre en tan graves injurias; su paciencia en tan terribles dolores; su modestia entre tantos blasfemadores; su obediencia entre tantos perseguidores, y su caridad en medio de tantos que le aborrecen; y pues por vuestro ejemplo ha tomado esta figura, miradla y estampadla en vuestras almas.

5. Ó Padre eterno, ¿es por ventura este hombre aquel de quien dijísteis en su bautismo y transfiguracion, este es mi Hijo muy amado en quien bien me he agradado, á él oid? Si este es el mismo que entonces, ¿dónde está la figura de paloma que declare su inocencia? dónde la nube resplandeciente que manifieste su divinidad? dónde Moisés y Elías que le abonen y autoricen con su presencia? De todo le veo desamparado, pero sus virtudes le acompañan; estas predican su inocencia, descubren su divinidad, y autorizan su persona; y pues me mandais que le mire y que le imite, ayudad mi flaqueza, para que pueda conformarme con la imágen de este hombre celestial, borrando de mí la imágen del hombre terreno. De esta manera tengo de ir mirando á Cristo nuestro Señor en lo interior y en lo exterior, ponderando como en lo exterior parece menos que hombre, y en lo interior es mas que hombre. En lo exterior está feo con terribles llagas; en lo interior hermoso con admirables virtudes, sacando deseos de imitar cada una de ellas.

6. Últimamente, volviéndome al eterno Padre para alcanzar todo esto que deseo, le diré: *Ecce Homo.* Ó Padre soberano, mirad á este hombre llagado y desfigurado por mis pecados. Vos me mandais que le mire, para compadecerme de él; yo os suplico que le mireis, para compadeceros de mí. Quereis que le mire para que le imite, miradle, Señor, para darme por su respeto fuerzas para imitarle. Ó Padre soberano, á quien todos los hombres hemos injuriado con graves pecados, mirad á este hombre atormentado con graves dolores para satisfacer por nuestras ofensas, y aplacad vuestra ira, dándonos perdon de ellas. Ó Padre de misericordias: *Ecce Homo,* mirad á este hombre, que tiene dentro de su corazon todos los hombres, y ofrece su vida por todos ellos, no me mireis á mí á solas, sino miradme junto con este hombre, y lo que por mí no merezco, dádmelo por lo que él merece. (*Psalm.* LXXXIII, 10). *Protector noster, aspice Deus, et respice in faciem Christi tui.* Ó Dios, protector mio, mirad, mirad el rostro de vuestro Cristo, porque no es posible desampareis á los que él tiene escondidos en lo secreto de su rostro, afligido con tal figura. Mirad, Dios mio, á este espejo, y en él veréis vuestro divino rostro, porque es imágen vuestra, y por él mirad á *nosotros,* y veréis que somos imágen suya; y por el amor que teneis á vuestra imágen, perdonad, reformad y santificad á todos los que somos criados á su imágen, y redimidos con la sangre que derrama en esta dolorosa figura.

PUNTO SEGUNDO.— 1. *A estas palabras que dijo Pilatos, respondieron todos con grandes voces, y los pontífices y los ministros: Crucifícale, crucifícale.* En lo cual se ha de considerar la crueldad endemoniada de estos pontífices y sacerdotes, y de este pueblo inducido por ellos, los cuales no solo no se compadecieron de este Señor tan llagado y afligido; pero con increible odio con la vista de sus trabajos, creció la sed de añadir otros mayores, diciendo: Crucifícale, crucifícale; como quien dice: Buen principio has dado en azotarle, acaba lo que has comenzado en crucificarle, pues los azotes preceden á la crucifixion. ¡Oh qué sentimiento tan grande causarian estos clamores en los oidos del Salvador, viendo la pertinacia de aquel pueblo en pedir su muerte con mas crueldad que los gentiles, pues estos se daban ya por satisfechos, y ellos deseaban añadirle nuevos tormentos! Acordábase de los bienes que habia hecho á esta nacion, y viendo el mal pago que le daban, lastimábase por el castigo y desamparo que merecian. Ó alma mia, ¿cómo no revientas de dolor, viendo tan aborrecido al que merecia ser sumamente amado! ¡có-

mo tu rostro no se baña en lágrimas, viendo el rostro de tu Señor bañado en sangre, y á sus enemigos sedientos por derramarla toda! Ama con entrañable amor al que tanto te ama, en recompensa del odio tan injusto con que es aborrecido, y procura ser mas ferviente en amarle, que sus enemigos fueron en aborrecerle.

2. *Enfadado Pilatos de la protervia de los pontífices y ministros, díjoles: Tomad vosotros á ese hombre, y crucificadle, porque yo no hallo en él causa bastante para esto. Respondieron ellos: Nosotros ley tenemos, y segun nuestra ley debe morir, porque se hizo Hijo de Dios.* En estas palabras acusaron á Cristo nuestro Señor de blasfemo, teniendo por blasfemia que dijese de sí ser Hijo de Dios, no por adopcion, sino por naturaleza; y así, que segun la ley debia ser castigado con pena de muerte. En lo cual se ve la ceguedad abominable de esta gente, que tenia por blasfemia la misma verdad de Dios, aprobada por su Escritura que decia, que el Mesías era Hijo de Dios, y confirmada con tantos milagros como Cristo hizo, para dar testimonio de ella. Por donde consta que ellos eran blasfemos en decir que esta era blasfemia, y por consiguiente dignísimos del castigo de la ley; pero la verdadera blasfemia es perdonada y la falsa castigada, porque el Hijo de Dios quiso humillarse á ser castigado como blasfemo, para merecer el perdon de las verdaderas blasfemias. Ó Rey soberano, verdad es muy grande, que segun la ley habeis de morir, no porque os habeis hecho Hijo de Dios, sino porque siendo Hijo de Dios os habeis hecho hombre, y con vuestra muerte habeis de engendrar muchos hijos adoptivos para Dios. Por ella os suplico me hagais hijo vuestro, y como tal muera al pecado, al mundo y á la carne, y deje de vivir para mí, por vivir para Vos. Amen.

3. De lo dicho sacaré tambien, cuán propio es de los malos é imperfectos preciarse de la ley y no cumplirla, si no es conforme á lo que es su gusto y honra. Y para esto se aprovechan de la ley, queriendo disimular y encubrir con ella su dañada pretension (*Rom.* II, 13); pero yo abominando esta perversa y obstinada costumbre, procuraré preciarme de la ley y del entero cumplimiento de ella, porque de otra manera la ley será mi condenacion, manifestando mi desobediencia.

PUNTO TERCERO.— 1. *Oyendo esto Pilatos, temió mucho; y entrando en el pretorio, dijo á Jesús: ¿De dónde eres? Jesús no le respondió palabra alguna, y díjole Pilatos: ¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo potestad para crucificarte y para salvarte? Respondióle Jesús: No tuvieras potestad alguna contra mí, si no te fuera dada de arriba.* En

lo cual se ha de considerar la causa del temor de Pilatos, cuando oyó que Cristo nuestro Señor se hacia Hijo de Dios; porque las grandes virtudes que resplandecian en Cristo hacian muy creible que era así como él decia, y temia mucho de condenarle, por no incurrir en la divina indignacion. ¡Oh cuán admirable era la mansedumbre y paciencia, que bastó sin otros singulares milagros, para que un juez gentil, siendo tan malo, tuviese por creible que un hombre tan afligido y maltratado podia ser Hijo de Dios vivo! Dame, ó buen Jesús, que imite estas virtudes, para que seas glorificado en mí por ellas.

2. Tambien se ha de considerar la soberbia que luego salteó á este mal juez, indignándose de que Cristo no le respondia, por parecerle que era contra su autoridad. Además, su presuncion y gravedad tan hinchada, y la jactancia de sus palabras para hacerse estimar. Todo lo cual es propio de los mundanos, y ha de estar muy léjos de mí si quiero ser del bando de Cristo. Sobre todo se ha de considerar la prudencía admirable de Cristo nuestro Redentor en callar y en hablar. Calló en este caso, cuando el hablar no era mas que para su defensa; pero habló cuando era necesario, para volver por la honra de Dios, y corregir al soberbio que presumia de su potestad; y entonces hablaba con tanta libertad como si no estuviera en tanta miseria, y lo que le dice es: No te jactes del poder que tienes, que no es tuyo sino del cielo, dado por mi Padre celestial, sin cuya licencia y permision nada pudieras contra mí. En lo cual resplandece grandemente la bondad del eterno Padre, que dió potestad sobre su Hijo á un tan mal juez para bien nuestro. Ó Juez soberano, á quien el Padre eterno dió potestad de juzgar vivos y muertos; gracias te doy por haberte sujetado á un juez tan soberbio, que presume de su poder, y por otra parte tan cobarde, que no se atreve á usar de él. Líbrame, Señor, de estos extremos tan viciosos, para que ni la soberbia me desvanezca, ni la pusilanimidad me oprima.

PUNTO CUARTO. — 1. *Por esta respuesta de Cristo nuestro Señor deseó mas Pilatos librarle; mas los pontífices apretáronle con amenazas, diciendo: Si sueltas á este, no eres amigo del César;* como quien dice: Si le sueltas, acusarémoste delante del César, porque soltaste á su enemigo, y al que se hacia rey en perjuicio de su imperio. Y amedrentado con esto Pilatos, *sacó segunda vez á Cristo nuestro Señor á fuera, y dijoles: Ecce Rex vester, mirad á vuestro Rey.* Estas palabras se pueden considerar como dichas de Pilatos por su propio espíritu.

y como dichas por el Espíritu divino que le movió á decirlas. – Pilatos las dijo por via de escarnio, como si dijera: Veis aquí á este miserable, de quien decís que se hace rey vuestro, miradle que ni es rey ni puede pretenderlo; no es sino rey de farsa y de representacion, como lo declara esta corona, cetro y púrpura que trae; compadeceos de él, y no creais que este puede contradecir á César en hacerse rey. Ó Rey del cielo, ¡cuán abatido estais entre los hombres en figura de rey fingido, pagando con esta humillacion la soberbia y ambicion con que ellos desean reinar! Un rey de Israel (III *Reg.* XXII, 30), entrando en la batalla, se desnudó las vestiduras reales, por huir con este disfraz de la muerte que sus enemigos pretendian dar á él solo, sin hacer caso de los demás. Pero Vos, Dios mio, verdadero Rey de Israel, tomais insignias y apellido de rey, por entregaros á la muerte, para que muriendo Vos queden todos libres de ella. ¡Oh bendito sea tal Rey, que así ama á sus vasallos, que quiere morir porque vivan ellos! Muera yo, Señor, mil muertes, porque Vos vivais en mí, y yo viva para Vos.

2. Estas mismas palabras dijo el Espíritu divino por boca de Pilatos á los judíos, para avisarles de lo que tenian presente y tanto habian deseado: *Ecce Rex vester*. Veis aquí al Rey que habeis estado esperando tantos años; al Rey y Mesías prometido por los Profetas para vuestro remedio; al Rey que sucede en la casa de David con vara de equidad, cuyo reino ha de ser eterno; al Rey ungido por Dios para libraros de la servidumbre del demonio; aquí os le represento, mirad si le conoceis y le quereis recibir por vuestro rey.

3. Con el mismo espíritu tengo de imaginar que estas palabras se dicen á mí y á todos los fieles: *Ecce Rex vester*. Veis aquí á vuestro Rey santo y sábio, manso y humilde, liberal, dadivoso, y tan amoroso, que por vuestro amor está con figura tan lastimosa, maltratado y atormentado. Veis aquí al Rey constituido por el eterno Padre sobre la Iglesia militante y triunfante (*Psalm.* II, 6), Rey del cielo y de la tierra, Rey de la gloria y Rey eterno, cuyo reino no tendrá fin. Mira, ó alma mia, si le quieres recibir por Rey y darle el debido vasallaje. Mira si te desdeñas de tener Rey tan ultrajado en lo exterior. Mira si quieres vestirte de su librea, y andar siempre en su compañía, pues para tí vino este Rey. De muy buena gana, Rey mio, os recibo y adoro por mi Rey; y cuanto os miro mas abatido, tanto de mí sois mas estimado. Vestidme de vuestra librea, que muy grande honra es del vasallo andar vestido como su rey.

PUNTO QUINTO. — 1. *Los pontífices respondieron á esto: Tolle, tolle, crucifige eum: quitale, quitale de ahí, crucifícale. Dijo Pilatos: ¿A vuestro Rey tengo de crucificar? Respondieron ellos: No tenemos otro rey sino á César.* Aquí se ha de considerar lo primero, la rabia increible de esta gente, quien ni aun ver á Cristo querian, y por eso dijeron, quítale de ahí; que fue decir: No le vean mas nuestros ojos, crucifícale, para que de una vez se acabe. Pusieron por obra lo que de ellos refiere la Sabiduría (*Sap.* II, 12): Acechemos al justo, porque es inútil para nosotros, y contrario á nuestras obras. Damos en rostro con los pecados que hacemos contra la ley, y publícalos á todos. Dice que tiene ciencia de Dios, y se llama su Hijo: *Gravis est nobis etiam ad videndum*: pesado es á nosotros aun el mirarle, porque su vida es muy desemejante á la de los otros, y sus caminos muy diferentes. Ó Justo de los justos, justísimo Salvador nuestro, utilísimo y provechosísimo para nosotros, porque sin tí todos quedaríamos inútiles y perdidos para siempre, pesada es tu vista para los malos, pero muy apacible para los buenos. Los pecadores rebeldes no querrán verte, pero los justos desean siempre contemplarte. Nunca se me quite de delante tu divino rostro, aunque sea en esta triste figura que por mí tomaste; porque verte así, me alienta á imitar tus trabajos, para despues verte y gozarte en los eternos descansos. Amen.

2. Lo segundo, se ha de considerar la maldad y ceguedad de esta gente en dejar al Rey verdadero que Dios les habia dado para su bien, y aceptar por rey al tirano que les quitaba las haciendas y la libertad, que ellos tanto estimaban; y al que antes aborrecian, ahora le reciben en odio de Cristo y por no recibir á Cristo; y en castigo de esta maldad permitió Dios nuestro Señor que perdiesen al verdadero Rey y Mesías, y que el rey terreno que ellos escogieron se volviese contra ellos, y los asolase y destruyese.

3. Todo esto he de aplicar á mí mismo, considerando cuántas veces dejo al Rey del cielo por el de la tierra, y por puntos de honra vana y perecedera, viviendo como si no hubiese ni tuviese otro rey mas que á César. Con lo cual hago grande injuria á Dios nuestro Señor, á semejanza de este pertinaz y perverso pueblo hebreo. Ó Rey soberano, de todo corazon me pesa por las veces que os he dejado y ofendido. Cuando era del mundo, decia con los mundanos: No tengo otro rey sino á César; pero de hoy mas, Señor, digo, cuanto es de mi parte, que no quiero otro rey sino á Cristo. Vos sois mi César y mi Rey, á quien deseo obedecer y servir de todo corazon.

Y si obedeciere á los reyes de la tierra, será porque así lo quereis, y en las cosas solas que mandais; porque en lo demás, que fuere contra vuestra santa ley, no reconozco otro rey que á Vos, á quien sea honra y gloria por todos los siglos de los siglos. Amen.

MEDITACION XXXVIII.

DE LA CONDENACION DE CRISTO NUESTRO SEÑOR Á MUERTE DE CRUZ.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Habiéndose sentado Pilatos en su tribunal, para sentenciar la causa de Cristo, envióle su mujer un recado que decia: No te metas en la causa de este Justo, porque muchas cosas he padecido hoy con visiones por él.* (*Matth.* XXVII, 19). Aquí se ha de considerar, como estas visiones, que padeció en sueños la mujer de Pilatos, pudieron proceder del demonio, y del buen ángel, segun lo contemplan diferentes Santos; y de ambas maneras puedo sacar provecho para mí. — Lo primero, puedo considerar que el demonio, viendo la extraña mansedumbre de Cristo nuestro Señor, y su invencible paciencia en tantas injurias y dolores, comenzó á sospechar que era el Mesías, Hijo de Dios, y el que habia de destruir su reino; y así amedrentó con sueños á la mujer de Pilatos, para que ella procurase estorbar su muerte, pareciéndole que por medio de la mujer persuadiria al marido lo que queria. En lo cual es digno de gran consideracion la invencible fuerza de la heróica virtud, pues pone admiracion á los mismos demonios; los cuales, como dice Santiago apóstol (*Jacob.* II, 19), creen y tiemblan; creen, forzados de los indicios, y tiemblan de la majestad y santidad que creen. ¡Oh si todos los hombres mirasen estas virtudes del Salvador, para que creyesen en él y le respetasen! pero no contentos con solo esto, como los demonios, tambien le imitasen y sirviesen.

2. Puedo tambien considerar, que el buen ángel con su inspiracion habló en sueños á esta mujer, y la dijo: Que si su marido condenaba á Cristo, él seria condenado, y padeceria terribles trabajos, y el pueblo hebreo seria asolado. Y á este talle le representaria algunas cosas espantosas, para que persuadiese á su marido le soltase; por lo cual ella le tuvo por justo, y así dió testimonio de ello, diciendo al marido: *Nihil tibi, et Justo illi.* No te entremetas con este Justo. ¡Oh Justo y justificador de los hombres, cuya justicia es muy conocida y atestiguada, y con todo eso no es admitida ni aprobada! Justificadme con vuestra justicia y dadme parte en ella, por-

con la leña de la cruz en que ha de ser sacrificado? ¿Salís por ventura como otro Abrahan con su hijo Isaac (*Genes.* XXII, 6), llevando en vuestras manos el fuego y el cuchillo con que se ha de hacer el sacrificio? Ó fuego de amor, que ardes tanto en el corazon del Padre, que le haces desenvainar el cuchillo de su justicia sobre el Hijo, para que sea sacrificado y muerto por dar vida al pecador; abrásame, Señor, con este fuego, para que ame á quien tanto me ama. Hiéreme con ese cuchillo, de modo que muera en mí todo lo que te desagrada. Pero ¿qué será la causa, Dios mio? ¿Por qué no salís con vuestro Hijo, como Abrahan, de noche, y con solos dos criados, y no á mediodia con grande estruendo de gente que se halle al sacrificio? Ó fuego de amor, que ardes y luces, y quieres que tus obras resplandezcan y abrasen como el sol de mediodia; descúbreme la grandeza de esta caridad del Padre, y la profundidad de la humildad y obediencia del Hijo, para que me precie de sus desprecios, y los abrace con amor á vista de todo el mundo.

2. Lo segundo, se ha de considerar la grande afliccion y dolor que sentiria el cuerpo flaco de Cristo nuestro Señor con carga tan pesada. ¡Qué de veces tropezaria y arrodillaria con el peso, por estar el cuerpo muy debilitado con los tormentos pasados! ¡Cómo sudaria de congoja, oprimido con la carga de aquel madero! ¡Cómo iria regando las calles con la sangre que corria de las llagas, oprimidas y exprimidas con aquella viga de lagar que caia encima de ella! ¡Oh sangre de Dios vivo, sangre de infinito valor, mezclada con el lodo de las calles y hollada de viles hombres! Ó Ángeles del cielo, ¿cómo no venís á recoger esta preciosa sangre? ¿y cómo no ayudais á este Señor tan desangrado, para que pueda llevar tan pesada carga? Ó dulce Jesús, ¡quién pudiera llevarla sobre sus hombros, para que recibieran algun alivio los tuyos! Mas ya veo, Señor, que son menester hombros de Dios para llevarla; sobre ellos ha de cargar tu principado (*Isai.* IX, 6), que comienza por la cruz y la llave de la casa de David (*Isai.* XXII, 22), para con ella abrirnos la puerta del cielo, que hasta aquí ha estado cerrada.

3. Lo tercero, tengo de ponderar cuánto mas sentia Cristo nuestro Señor la carga de nuestros pecados, que la carga de la cruz; porque si David decia (*Psalm.* XXXVII, 5), que los suyos eran para él carga pesada, cuánto mas pesada seria la carga de los pecados de todos los hombres pasados, presentes y por venir; la cual cargó toda sobre este Señor, de quien dice Isaías (*Isai.* LIII, 6): *Todos nosotros erramos como ovejas, cada uno se fué por su camino, y el Se-*

ñor puso sobre él la maldad de todos nosotros. Mis pecados, ó dulce Jesús, son los que cargan sobre tus hombros. Yo soy la oveja que erré, y tú eres llevado como oveja al matadero del monte Calvario, para ser sacrificado por mis yerros. ¡Oh quién nunca los hubiera cometido, por no darte tanto trabajo! Pero ya que la culpa es mia, razon es que lleve parte de la pena, y que cargue sobre mí la cruz que tengo merecida. Yo, Señor, me ofrezco á llevarla, como tú llevaste la tuya.

PUNTO TERCERO. — 1. *Caminando Jesús con su cruz á cuestas, asieron de un hombre llamado Simon Cirinense, que venia de una granja, y le forzaron á que llevase la cruz detrás de Jesús.* (*Luc.* XXIII, 26). Sobre este paso se ha de considerar la grande fatiga que llevaba Cristo nuestro Señor en este camino, de lo cual tomarian sus enemigos ocasion para baldonarle por la flaqueza que mostraba, diciendo por otra parte que era Hijo de Dios, y que en tres dias podia levantar la máquina del templo. Todo lo cual sufria el Señor con admirable paciencia, hasta que los príncipes de los sacerdotes, temiendo no se les muriese en el camino, le quitaron la cruz, no por aliviarle, sino por la gana que tenian de crucificarle en ella. De donde sacaré consuelo en mis trabajos, y en la cruz que me cupiere en suerte, aunque sea muy pesada, confiando en la misericordia de Jesucristo nuestro Señor, que proveerá quien me ayude á llevarla; acordándome de lo que dice san Pablo (II *Cor.* I, 8): *Lassati sumus supra modum, et supra virtutem:* hemos sido cargados de tribulaciones sobre todo modo, y sobre nuestra virtud y fortaleza; de manera, que teníamos enfado de la vida, y tuvimos ya respuesta de muerte; pero de todo nos libró Dios, y nos librará en adelante.

2. Tambien ponderaré como Cristo Señor nuestro, aunque pudiera llevar su cruz solo hasta el Calvario, esforzando para ello su carne milagrosamente, no quiso usar de este poder, sino que la cruz se diese á otro que la llevase tras él, para significar que la cruz se habia de comunicar con sus fieles, que á imitacion suya habian de llevarla, cumpliendo lo que habia dicho: Si alguno quiere venir en pos de mí (*Luc.* IX, 23), niéguese á sí mismo, tome su cruz cada dia, y sígame. Ó buen Jesús, si Vos vais delante, y llevais primero la cruz tan pesada, que os hace arrodillar, ¿qué mucho os siga yo, llevando la mia con las fuerzas que me dais para llevarla? Cruz es, Señor, la que llevo, vuestra y mia; vuestra, porque Vos la llevásteis primero, y por vuestra órden viene, y por vuestra causa se lleva; pero es mia, porque está cortada á la medida de mis fuerzas, y es

para mi provecho; porque nunca me diérais vuestra cruz, si no fuera por darme juntamente los gloriosos frutos que proceden de ella.

3. Lo tercero, consideraré como ninguno se halló que quisiese llevar la cruz de Cristo, ni ayudarle en este trabajo; porque los judíos tenian por género de maldicion y de irregularidad tocar la cruz, por cuanto segun la ley era maldito quien moria en ella. (*Galat.* III, 13). Los soldados gentiles teníanlo por afrenta: y entre los discípulos y amigos de Cristo, ninguno se atrevió á ello, porque el miedo los tenia acobardados; y así hubieron de forzar á un pasajero y extranjero que la llevase. En lo cual se representaban varias suertes de personas que huyen de la cruz de Cristo: unos, porque no creen la virtud que Dios ha puesto en ella, como los infieles; otros, porque la tienen por afrenta y contraria á su honra, como los soberbios y ambiciosos; otros, por temor del trabajo que hay en llevarla contra su sensualidad, como los regalados y carnales. ¡Oh quién diera fuentes de lágrimas á mis ojos para llorar, como san Pablo (*Philip.* III, 18), los muchos que andan por el mundo, enemigos de la cruz de Cristo, cuyo Dios es el vientre y la gloria vana para su propia confusion! Ó Rey de gloria, no permitas que yo sea *enemigo de tu cruz*, porque no sea enemigo tuyo. No quiero tener por Dios al vientre, ni á la gloria mundana, sino á Cristo crucificado; su cruz será mi regalo y mi gloria; y siendo amigo de la cruz, lo seré tambien del que murió en ella.

4. Lo cuarto, ponderaré como todos tenemos horror natural á la cruz, y no hay quien la lleve, si no es en alguna manera forzado, como Simon Cirinense (*D. Bern.* 34 in Cant. *et infra Medit.* LIII), pero en diferente manera; porque unos la llevan con impaciencia y sin mérito, otros con paciencia y mérito, haciendo de necesidad virtud, como este Cirinense; pero á otros mas suavemente fuerza el mismo Dios con la eficacia de su inspiracion y de su gracia, por la cual vencen su repugnancia y la inclinacion de la carne, y con voluntad pronta del espíritu aceptan llevar la cruz; y como san Pablo, se glorian y gozan de llevarla en todo tiempo y lugar. Ó dulce Salvador, que á ninguno quieres forzar á que lleve tu cruz contra su voluntad; y por esto dijiste (*Luc.* IX, 23): Si alguno quisiere venir en pos de mí, tome su cruz y sígame; pues mi carne repugna y contradice á llevarla, prevéngame tu gracia, para que con ella yo la fuerce, y tome de grado tu cruz, siguiéndote á tí, pues tan de grado la llevaste por mí.

PUNTO CUARTO. — 1. Luego consideraré las circunstancias de este

hombre que llevó la cruz de Cristo nuestro Señor, sacando de ellas el espíritu que tienen, pues no sucedieron acaso. – Lo primero, llamóse Simon, que quiere decir obediente, para significar que la virtud de la obediencia se señala en vencer la repugnancia de la voluntad propia, y en aceptar la cruz que Dios nos diere, de cualquier modo que nos la diere; y los obedientes son los que alivian á Cristo y á sus vicarios; los demás antes le son carga, haciendo, como dice san Pablo (*Hebr.* XIII, 17), que lleven la suya gimiendo. Ó Jesús dulcísimo, que tomaste la cruz por obediencia, y te humillaste á tí mismo, haciéndote obediente hasta morir en ella. Pues amas tanto á los obedientes, que no quisiste dar tu cruz sino al que tenia nombre de obediente, dame esta soberana virtud, con la cual me sujete á tu ordenacion, haciendo y padeciendo lo que de ella procediere, aunque sea para mí cruz muy pesada.

2. Lo segundo, era extranjero, y venia de una granja caminando á Jerusalen, para significar que los que se han de encontrar con Cristo nuestro Señor, y ser dignos de tomar su cruz, han de resolverse á vivir como peregrinos, y dejar el mundo y sus costumbres agrestes y profanas, enderezando sus pasos y obras á la celestial Jerusalen; y si de esta manera deseo vivir, cuando mas descuidado estuviere, encontraré con Cristo, y me hará digno de que padezca con él y por él. ¡Oh dichoso encuentro con Cristo cargado de su cruz! ¡Oh si fuese tan dichoso, que me saliese al camino de esta manera, y pusiese sobre mis hombros la cruz que llevó sobre los suyos! Simon se llamaba tambien el apóstol, á quien saliendo de Roma salió Cristo al encuentro, diciéndole, que volvia á Roma á ser otra vez crucificado. Vamos, ó Salvador mio, juntos, y juntos llevemos la cruz; pero no sea yo como Simon Cirinense, que la llevó, y no murió en ella, sino como Simon Pedro, que fue crucificado con Vos, siendo Vos crucificado en él.

3. Finalmente, como el trabajo de Simon Cirinense duró poco, y hasta hoy dura la memoria de él y de sus hijos en la Iglesia, como de personas señaladas en virtud, y por esta causa san Marcos las nombró todas; así los que llevan la cruz de Cristo nuestro Señor, aunque comienzan por fuerza, prosiguiendo con la paciencia de grado, su trabajo durará poco, y su gloria será mucha; porque quien lleva la cruz con Cristo nuestro Señor, reinará con él para siempre en su gloria.

PUNTO QUINTO. — 1. *Seguia á Jesús gran muchedumbre del pueblo y de mujeres llorando y lamentando; y volviéndose á ellas las dijo: Hi-*

jas de Jerusalen, no querais llorar sobre mí, sino sobre vosotras y sobre vuestros hijos, porque vendrá dia en que se dirá: Bienaventurados los vientres que no concibieron, y los pechos que no criaron. Y á los montes se dirá: Caed sobre nosotros. Y á los collados: Cogednos debajo, porque si en el madero verde se hace esto, ¿qué se hará en el seco? (*Luc.* XXIII, 28). Sobre este paso tengo de considerar lo primero, los diversos fines de estos que seguian á Cristo nuestro Señor, porque unos le seguian para crucificarle, como los soldados y verdugos; otros para escarnecer de él, y regocijarse en verle morir, como los sacerdotes y escribas; otros por curiosidad de ver este espectáculo tan nuevo; y otros por algun conocimiento y amistad que tenian con Cristo, llorando de compasion natural los trabajos que padecia; pero ninguno de estos le seguia para ayudarle á llevar la cruz, ni con deseo de morir con él, al modo que habia dicho (*Luc.* IX, 23): Si alguno quisiere venir en pos de mí, tome su cruz, y sígame. Ó buen Jesús, dame gracia que te siga, no como esta turba del pueblo, sino como tú quieres ser seguido, abrazando tu cruz para morir contigo en ella.

2. Lo segundo, se ha de considerar como Cristo nuestro Señor, en medio de tanto tropel de gente y de tanta ignominia, conservó su divina autoridad; y volviéndose á las mujeres que le seguian y lloraban, las enseñó el modo como habian de llorar con mas perfeccion, diciéndolas: *No querais llorar sobre mí, sino llorad sobre vosotras.* En las cuales palabras no prohibe el llorar su pasion, pues es justo que la lloren todos, sino el modo, llorándola solamente como miseria humana, y con olvido de la causa por que padece, que son nuestros pecados; como quien dice: No lloreis tanto por mí y por lo que padezco, cuanto por vosotros y por vuestros pecados, y por los pecados de vuestros hijos, que son causa de mi pasion. Ó Maestro soberano, que en medio de tantos trabajos no te olvidas de tu oficio, enséñame á llorar sobre tí, y sobre mí y sobre mis prójimos: sobre tí, llorando lo mucho que padeces por mi causa; sobre mí, llorando lo mucho que pequé contra tí; sobre mis prójimos, llorando sus pecados, al modo que tú muchas veces lloraste por ellos.

3. Lo tercero, ponderaré la infinita caridad de este Señor, que como olvidándose de sus trabajos, quiere que lloremos los nuestros y los de nuestros prójimos, especialmente los castigos de aquellos que no se aprovechan de su pasion y muerte, para alcanzar perdon de sus pecados. Y para eso nos dice aquella temerosa sentencia: *Si en el madero verde se hace esto, ¿qué será en el seco?* Que fue decir: Si á

mí, que soy árbol verde y fructuoso, me castiga tan terriblemente la divina Justicia por los pecados ajenos, ¿cómo castigará á los pecadores, que son maderos secos y desaprovechados, por sus pecados propios? Si yo inocente he sido azotado, abofeteado, espinado y escarnecido, y ahora voy con esta cruz á ser enclavado y aheleado, ¿qué será de los culpados? ¿Qué azotes? qué espinas? qué bofetadas? qué desprecios? qué hiel y tormentos vendrán por ellos cuando sean juzgados? Ó alma mia, ¿cómo no tiemblas del espantoso castigo que te espera, si eres árbol seco? Si no te mueve á llorar tus pecados ver lo mucho que tu Dios padece por ellos, muévate siquiera ver lo mucho que tú padecerás, si no te aprovechas de lo que él padeció! Si no despiertas con las voces amorosas de misericordia que da la sangre de Cristo, vertida con tanto amor, despierta con los clamores de justicia que da contra los rebeldes esa misma sangre derramada con tanto dolor. Ó Padre eterno, apláquese vuestra ira con lo que padece vuestro Hijo inocente. Satisfágase vuestra justicia con los frutos que produce este árbol de vida; y aunque yo, como árbol seco, merezca ser cortado para el fuego del infierno; mas por sus merecimientos os suplico me engiráis en él de nuevo, para que lleve frutos dignos de vida eterna. Amen.

Punto sexto. — 1. Lo sexto, se ha de considerar como, segun piamente se cree, la Vírgen santísima, oida la nueva triste de la condenacion de su Hijo á muerte, salió con san Juan y con la Magdalena y otras devotas mujeres en su busca, siguiéndole con excesivo dolor por el rastro de la sangre. Y al tiempo que Cristo nuestro Señor volvió el rostro á las hijas de Jerusalen, levantó sus ojos para ver á su Madre, y la Madre levantó los suyos para ver al Hijo; y encontrándose los ojos de los dos, se penetraron los corazones, y cada uno quedó traspasado de dolor con la vista del otro. ¡Oh qué cuchillo de dos filos tan agudo penetró el alma de la Vírgen, cuando vió á su amado Hijo con aquella corona de espinas, que su madrastra la Sinagoga le habia puesto; y cuando vió su divino rostro tan desfigurado, su cuerpo tan acorvado con la carga de aquel pesado madero, en medio de dos ladrones, y rodeado de innumerables sayones, que por todas partes le atormentaban! Si las hijas de Jerusalen así lloraban y sentian las penas de Cristo nuestro Señor, no teniéndole mas que por santo, ¿cómo las lloraria y sentiria la que le tenia por su Hijo y por su Dios?

2. Alzó luego los ojos del ánima al eterno Padre, y vióle en espíritu (*Genes.* xxii, 6), que estaba allí con el cuchillo y con el fuego

para el sacrificio de su Hijo, y con grandes gemidos de corazon diria (*Prov.* XXX, 16): Ó fuego del amor divino, que nunca dices basta, di esta vez basta, pues basta lo que mi Hijo ha padecido, para que el mundo quede remediado. Ó cuchillo de la divina Justicia, entra en tu vaina, pues basta la sangre que has derramado, por paga de las injurias que le han hecho. Ó Padre eterno, cese el rigor de vuestra justicia contra vuestro Hijo y mio; pues basta lo que ha pagado para que quede satisfecha, ó convertid tambien el cuchillo contra mí, para que yo muera juntamente con él por los pecadores, porque vivir sin él, es para mí muerte, y morir con él, será vida; pero no se haga mi voluntad sino la vuestra.

3. Ó Padre de misericordias, pues por vuestra ordenacion Abrahan fué á ofrecer el sacrificio de su hijo Isaac, sin que su madre lo supiese; ¿por qué quereis que vuestro Hijo sea sacrificado, sabiéndolo su Madre, y asistiendo ella al sacrificio? Nuevo tormento es este del Hijo y de la Madre; pues ¿por qué quereis que crezcan los tormentos del uno con la presencia del otro? Mas ya sé, Señor, vuestra costumbre en atormentar mucho á los que mucho amais, para que crezcan mucho en vuestro amor, ó descubran el que os tienen, estimando en mas vuestra voluntad que la suya, y ofreciéndose á morir, por dar vida á los que aman. Ó Vírgen sacratísima, pues tanto amais á los pecadores, que os ofreceis con vuestro Hijo á morir por ellos, mostrad conmigo el amor que me teneis, en darme á sentir los dolores que sentísteis viendo á vuestro Hijo tan lastimado, para que me ofrezca á morir con él á todo lo terreno, crucificando mi carne por su amor. Amen.

4. Últimamente consideraré, *como caminando Cristo nuestro Señor en la forma dicha, salió por las puertas de la ciudad, y llegó al monte Calvario.* En lo cual se ha de ponderar lo que Cristo nuestro Señor sentiria cuando salió de la ciudad de Jerusalen con aquellas insignias de pecador, acordándose como aquella desdichada ciudad le echaba fuera de sí, y por ello seria destruida y asolada, y su pasion seria de provecho para los demás que no tuviesen parte con pertinacia en las traiciones y maldades de ella. Ó buen Jesús, que salís fuera de la ciudad (*Hebr.* XIII, 11), para que vuestra carne, figurada por la de los antiguos cabrones, sea ofrecida en holocausto por mis pecados. Ayudadme á salir de la perversa ciudad de este mundo, y de la compañía estragada de los mundanos, llevando sobre mis hombros vuestros desprecios, preciándome de ellos, y abrazando con amor vuestros tormentos.

MEDITACION XL.

DE LO SUCEDIDO EN EL MONTE CALVARIO ANTES DE LA CRUCIFIXION.

PUNTO PRIMERO. — 1. Lo primero, se ha de considerar las causas por que Cristo nuestro Señor quiso ser crucificado en el monte Calvario, al mediodia, y en tiempo de tanta solemnidad, pues todo esto tiene misterio, atento que no acaso, sino por su eleccion y voluntad escogió ser crucificado, y el modo, tiempo y lugar, con las demás circunstancias del sacrificio. (*D. Thom.* 3 *p. q.* 46, *art.* 10 *ad* 2). —La principal causa fue, para que su crucifixion y muerte por todas partes fuese para él mas penosa, y para nosotros mas provechosa, por los raros ejemplos de virtud que por esta ocasion resplandecieron en ella. Quiso morir en campo raso, para que sus ignominias y tormentos fuesen mas públicas, y pudiesen ser vistas de todos, pues eran para bien de todos. Quiso que este campo fuese el monte Calvario, donde eran justiciados los malhechores, para que su muerte fuese mas afrentosa, muriendo en el lugar donde eran castigados los hombres por enormes delitos, y para que se entendiese que moria, no tanto por sentencia de la justicia humana, cuanto por sentencia de la divina Justicia, en castigo de los pecados de los verdaderos malhechores, para pagar sus penas, y librarlos de las culpas. Quiso que este lugar se llamase Calvario, por estar lleno de calaveras de los justiciados, lugar hediondo y asqueroso, para que todo esto le causase horror, y se entendiese que su sangre era para salud de vivos y muertos, y para vivificar las almas, y á su tiempo los cuerpos.

2. Quiso tambien ser crucificado al mediodia, para que todos con claridad pudiesen ver su desnudez é ignominia, y lo que padecia por todos con exceso de fervor, significado por el sol de mediodia. (*D. Thom.* 3. *p. q.* 46, *art.* 9). Y por esta misma causa escogió morir en dia solemne de Pascua, cuando concurria á Jerusalen innumerable gente; porque llegando sus pasiones á noticia de muchos, fuesen mas afrentosas, y todos pudiesen aprender de la heróica humildad, paciencia y caridad con que padecia tales cosas, y de tales perseguidores y con tales circunstancias, cuales nunca en el mundo fueron vistas. Gracias te doy, dulcísimo Redentor, por haber escogido para tu muerte lo peor y mas desechado de la tierra. Para entrar en el mundo escogiste un vil establo, y para salir de él un infame Calvario: para nacer escoges un lugar asqueroso, morada de

animales, y para morir tomas otro lleno de calaveras de malhechores: cuando naciste, concurrió mucha gente á Belen para que te fuese ocasion de no hallar posada; y cuando mueres, concurre mucha gente á Jerusalen para que te sea ocasion de mayor infamia: naciste á media noche y en ciudad pequeña, para que fuese oculto tu nacimiento glorioso; y padeces á mediodia en ciudad muy grande, para que sea manifiesta tu muerte afrentosa. Y pues tu eleccion es siempre acertada, concédeme, Salvador mio, que á imitacion tuya escoja para mí lo peor del mundo, huyendo lo que es honra, y abrazando lo que es deshonra, perseverando en la humillacion hasta la muerte. Amen.

PUNTO SEGUNDO. — 1. *Llegando al monte Calvario diéronle vino mirrado mezclado con hiel, y como lo gustase, no quiso beberlo.* (*Matth.* XXVII, 34; *Marc.* XV, 23). Aquí se ha de considerar lo primero, la grande crueldad de estos sayones, porque acostumbrando á dar buen vino (*Prov.* XXXI, 6) á los que habian de justiciar para confortar su desmayo, y estando Cristo nuestro Señor afligidísimo y apretado de sed, por estar muy desangrado y haber hecho tantos caminos, al tiempo que le hubieron de dar el vino se lo mezclaron con hiel y *mirra amarga* para atormentarle la lengua, boca y estómago, donde no habian llegado los azotes ni las espinas. Pero Cristo nuestro Señor, aunque sabia el vino que le daban, gustólo, aunque no lo tragó, queriendo gustar aquella amargura, y padecer aquel tormento en su seca lengua y afligida boca, y pagar de esta manera los deleites sensuales de la gula y embriaguez nuestra, dándonos ejemplo de paciencia cuando en nuestros trabajos no hallaremos alivios de los hombres, sino aumento de ellos; y tambien ejemplo de sufrimiento cuando en nuestra hambre y sed nos faltare lo necesario, ó nos dieren comida desabrida, pues en la suya le dieron hiel. (*Psalm.* LXVIII, 32). Ó dulce Jesús, ¡cuán cara te cuesta la paga de nuestras gulas! No se dirá por tí que los padres comieron la uva aceda, y los hijos padecen la dentera (*Ierem* XXXI, 29): antes al contrario, tus hijos comimos las uvas amargas y los agrazones de los pecados, y tú padeces la dentera, gustando las amarguras y tormentos que merecimos por ellos. Perdona, Redentor mio, las demasías que en este vicio he cometido, y sea salsa de mi comida la memoria de tu hiel (*Thren.* III, 19), para que ni la falta del manjar me aflija, ni su deleite me arrebate.

2. Lo segundo, se ha de considerar los muchos hombres que ahora dan á beber á Cristo nuestro Señor vino mezclado con hiel,

ofreciéndole obras de suyo buenas, con intenciones perversas y circunstancias abominables. Vino con hiel es la doctrina mezclada con errores, la fe con malas obras, el celo con venganza, la limosna por vanagloria, la oracion con distracciones voluntarias, y todas las obras de hipocresía. Esta es la uva que llama Moisés uva de hiel, y el vino que llama hiel de dragones (*Deuter.* XXXII, 32), con que los pecadores convidamos á Cristo; pero aunque lo gusta no lo traga, sino luego lo escupe de la boca, porque le desagrada y ofende sumamente tal modo de bebida. Ó Rey soberano, ¡cuán diferente comida y bebida me das de la que yo te doy! Tú me das el pan de tu cuerpo santísimo, y el vino saludable de tu preciosísima sangre mezclado con miel de consolaciones suavísimas; y yo en retorno te vuelvo pan y vino, mezclado con hieles amarguísimas. Perdona, Señor, mi desagradecimiento, y ayúdame con tu divina gracia, para que te ofrezca de hoy mas vino de buenas obras (*Cant.* VII, 3), tan puro y oloroso, que te alegre el gustarlo y rumiarlo, y admitirlo en tu corazon, juntándome con él con union de perfecto amor.

3. Algunos contemplan, que dieron á beber á Cristo nuestro Señor dos veces en llegando al monte Calvario. La primera vez le dieron vino escogido, que llama san Marcos mirrado y confeccionado, cual solian dar á los que habian de ser crucificados para que los enajenase de los sentidos, y sintiesen menos el tormento. Y de este dice el evangelista san Marcos, *noluit accipere*, que no lo quiso recibir. Y por esta causa aquellos crueles soldados con rabia le dieron segunda vez vino mezclado con hiel; del cual tambien dice el evangelista san Mateo que lo gustó, pero no quiso beberlo: y siendo esto así, resplandece la caridad de Cristo nuestro Señor en no querer tomar el primer vino por no recibir aquel alivio, sino padecer con su sentido entero, y sentir mucho la terribilidad de sus dolores; y en gustar el segundo vino para sentir su amargura, aunque no lo tragó, por la significacion dicha.

PUNTO TERCERO. - *La desnudez de Cristo nuestro Señor.* — 1. Lo tercero, se ha de considerar como para crucificar á Cristo nuestro Señor, primero le desnudaron de todas sus vestiduras, hasta la túnica interior con gran dolor y afrenta. Cuatro veces desnudaron á Cristo nuestro Señor en su pasion, en castigo de las muchas que yo me desnudé la vestidura de la gracia, ofendiéndole con mis pecados. - La primera, cuando le azotaron. - La segunda, cuando le coronaron de espinas para vestirle de púrpura. - La tercera, cuando despues le desnudaron la púrpura y le tornaron á poner sus vesti-

duras.—La cuarta fue para crucificarle, y esta fue la mas dolorosa y afrentosa, porque es de creer que la túnica estaria pegada á las carnes llagadas, y quitáronsela con grande crueldad, desollándole, como cuando trasquilan sin tiento á la oveja, y la llevan con las tijeras pedazos del pellejo con la lana.

2. La afrenta que padeció era gravísima, viéndose desnudo del todo en medio de un campo lleno de innumerable gente, burlando y escarneciendo de él los que le miraban. Todo lo cual sufria este pacientísimo Cordero con incomprensible paciencia y humildad, ofreciéndolo al eterno Padre, por la confusiôn que nuestros pecados merecian; y dándonos ejemplo de sufrimiento cuando nos faltare el vestido y lo demás necesario para el cuerpo, y exhortándonos á la desnudez y pobreza evangélica que habia predicado, y siempre desde que nació habia ejercitado. Ó Salvador mio, ¡cuán á la letra quereis cumplir lo que está escrito (*Iob.* I, 21): Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo tengo de volver á ella! Desnudo nacísteis en el mundo, cubriéndoos vuestra Madre con unos viles y pobres pañales; y al tiempo de salir del mundo estuvísteis tambien desnudo de las vestiduras que ella os habia dado, sin que *le fuese permitido* cubriros con otras. Ó segundo Adan celestial, ¡cuán caro os ha costado la desnudez del primer Adan terreno, nacida de su desobediencia (*Genes.* III, 10), pues para cubrirla con la vestidura de vuestra gracia, fue menester que Vos estuviéseis desnudo con tanta ignominia! Ó vino del divino amor, que así embriagaste á este divino Noé (*Genes.* IX, 21), reparador del mundo, que le dejaste desnudo, escarnecido y mofado del pueblo que tenia por hijo; embriágame tambien á mí, para que me desnude de todas las cosas terrenas, y siga desnudo al desnudo Jesús, gustando de sus desprecios. Desnudo salí, Salvador mio, del vientre de mi madre, desnudo como Vos quiero volver á él: vuestra desnudez será mi vestidura; vuestra deshonra mi librea: vuestra pobreza será mi riqueza, vuestra confusion mi gloria, y vuestra muerte será mi vida, porque muriendo con Vos, resucitaré á nueva vida con Vos, á quien sea honra y gloria por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XLI.

DE LA CRUCIFIXION DE CRISTO NUESTRO SEÑOR.

PUNTO PRIMERO. — 1. Despues que Cristo nuestro Señor estuvo desnudo (*Matth.* XXVII, 35; *Ioan.* XIX, 18), habiendo puesto la cruz

tendida en la tierra, mandáronle los soldados que se tendiese de espaldas sobre ella, y al mismo punto se tendió extendiendo sus brazos y piés para que fuesen enclavados. En lo cual se ha de ponderar la obediencia excelentísima de este Salvador, la cual resplandeció en oir y obedecer puntualmente á la voz de aquellos crueles sayones, en cosa tan áspera y terrible como era tenderse sobre aquella durísima cama de la cruz, para ser crucificado en ella, dándome ejemplo de obedecer á mis prelados, aunque sean malos, y de sujetarme á toda humana criatura por su amor, en lo que no fuere contrario á la divina ordenacion. Ó Adan celestial, que tendiste tus manos (*Psalm.* CXVIII, 48), no como el Adan terreno para tomar la fruta del árbol con desobediencia, sino para ser cosidas en otro árbol por obediencia; dame gracia para que yo levante las mias á cumplir tus mandamientos, tendiéndome, si fuere menester, en cama de cruz, para morir en ella por tu amor.

2. Luego ponderaré lo que haria Cristo nuestro Señor cuando se vió de espaldas sobre aquella dura cama, porque sin duda levantaria los ojos al cielo y daria gracias al eterno Padre porque á tal tiempo le habia traido, y con grande voluntad se ofreceria á ser sacrificado sobre aquel altar con sacrificio sangriento por nuestros pecados; y así como el obediente Isaac se dejó atar de su propio padre, y por su mano fue puesto encima del altar y de la leña, y allí estaba esperando el golpe de la espada (*Genes.* XXII, 9); así nuestro dulce Jesús estaba sobre el madero de la cruz, atado con los cordeles del amor, esperando el golpe del martillo y clavo. Ó Padre eterno, pues tanto os agradó el rendimiento y obediencia de Isaac, que enviásteis del cielo un Ángel para que detuviese la mano de Abrahan y no le hiriese con la espada, contentaos, si es posible, con el rendimiento de este benditísimo Isaac tendido sobre este altar de la cruz, y enviad otro Ángel que detenga las manos de estos sayones para que no enclaven las de vuestro Hijo. Bastantes muestras ha dado de su excelentísima obediencia, contentaos con tan generosa voluntad sin que llegue á ponerse en obra. Pero ya veo, Señor, que vuestras obras y las de vuestro Hijo son perfectas, y así ambos queréis que sea perfecto el sacrificio, para que sea copiosa nuestra redencion. Bendita sea vuestra infinita caridad, por la cual os suplico me deis gracia para que yo os ofrezca un sacrificio de mí mismo, entero, perfecto y agradable á vuestra Majestad.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Tendido Cristo nuestro Señor en la cruz, toman los soldados la una mano, y con un clavo grande y grueso

la enclavaron con muy grandes golpes, y luego al otro lado enclavaron la otra; y de la misma manera le enclavaron el uno y el otro pié con uno ó dos clavos, vertiendo arroyos de sangre por las cuatro heridas. Sobre este paso tengo de considerar primeramente el terrible dolor que sintió Cristo nuestro Señor con estas crueles heridas, por ser en las partes mas nerviosas, y en cuerpo tan delicado. Si tanto siento yo la picadura de una aguja, ¿cuánto sentiria este delicadísimo Señor ser traspasado con tan agudos clavos, rompiéndole venas, atravesándole nervios, y rasgándole sus delicadas carnes? ¡Oh cuán bien te cuadra, Dios mio, el nombre que te puso Isaías (*Isai.* LIII, 3), llamándote Varon de dolores, pues jamás hubo dolor en esta vida que igualase al tuyo! Ó manos sacratísimas, en las cuales está escondida la fortaleza de Dios (*Habac.* III, 4), ¿quién os ha enclavado en los brazos de la cruz y esmaltado con las cabezas de sus clavos? Ó piés sacratísimos (*Zach.* XIII, 6), de cuya presencia sale el demonio huyendo como vencido, ¿quién os ha cosido con ese duro madero? Ó dulce Jesús, ¿qué llagas son esas que teneis en medio de vuestras manos y de vuestros piés? ¿Quién ha dado atrevimiento al martillo y á los clavos para traspasarlos, siendo Vos su Criador? Mis pecados sin duda son la causa de todo esto, los que yo cometí con las manos de mis malas obras y con los piés de mis malos afectos, llagando ellos con mi alma, y afligiéndoos mas con estas llagas, que con las que recibís en vuestro cuerpo. Ó Padre eterno, mirad estas llagas y dolores de vuestro Hijo, las cuales os está ofreciendo para remedio de las mias. Aceptad su ofrenda, y curadme de ellas, pues ordenásteis las llagas del Hijo inocente (*Isai.* LIII, 5), para dar salud á todos los que estaban por sus culpas llagados.

2. Lo segundo, consideraré otro terrible dolor que padeció Cristo nuestro Señor en esta crucifixion, porque enclavada la una mano, se encogieron los nervios; y cuando quisieron enclavarle la otra, no llegaba al lugar donde estaba hecho el taladro: y para que llegase, estiráronle tan fuertemente que casi le desencajaron los huesos; y por esta causa dijo de sí en el Salmo (*Psalm.* XXI, 18): *Foderunt manus meas et pedes meos, et dinumeraverunt omnia ossa mea:* cavaron y agujerearon mis manos y mis piés, y contaron todos mis huesos; esto es, mis miembros estuvieron tan extendidos en la cruz, y mi carne tan flaca y consumida, que pudieron contar los huesos que tenia. Este dolor fue de los mas terribles que padeció Cristo nuestro Señor en su pasion, porque aunque no le quebraron nin-

gun hueso, como dice la Escritura (*Ioan.* XIX, 36), pero aquella extension y desencajamiento ó descoyuntamiento fue dolorosísimo, y ofrecióle este Señor en satisfaccion de los pecados que cometieron los miembros de su Iglesia, por la desunion y falta de concordia y caridad.

3. Ó Salvador de mi alma, ahora quiero decir lo que dijo David (*Psalm.* XXXIV, 10): Todos mis huesos dirán, Señor, ¿quién es semejante á tí? ¡Oh si mis huesos se convirtiesen en lenguas para alabarte, por el dolor que padeciste en los tuyos! ¿Quién jamás fue semejante á tí en los dolores y tormentos, y en las ignominias y desprecios que padeciste en la cruz? Ninguno puede igualarse con las grandezas de tu divinidad, ni tampoco se igualará con las bajezas mezcladas con admirables virtudes de tu sacratísima humanidad. ¡Oh si supiese contar tus huesos, que son las virtudes interiores, cubiertas con esa dolorosa figura que tienes en la cruz para imitarte en ellas! Concédenos, ó buen Jesús, por este dolor, que los huesos de tu Iglesia, que son los prelados y varones perfectos, vivan unidos entre sí, y con la demás gente flaca, que es la carne de tu cuerpo místico, trabados con union de caridad, para que todos á una te glorifiquemos, y nuestras obras estén predicando tus grandezas, diciendo: Señor, ¿quién será semejante á tí en el poder, pues así puedes unir tan diferentes voluntades con tal union de amor?

4. Lo tercero, se puede ponderar el dolor grande que sentiria la Vírgen nuestra Señora cuando oyese los golpes del martillo, al tiempo que enclavaban á su Hijo, porque un mismo golpe penetraba con el clavo la mano ó el pié del Hijo, y traspasaba tambien con agudo dolor el corazon de la Madre. Ó Vírgen soberana, si á vuestro Hijo cuadra bien el nombre de Varon de dolores, á Vos tambien os cuadra otro semejante, llamándoos Mujer de dolores, pues con verdad podíais decir á todos los que estaban en aquel monte y pasaban por aquel camino (*Thren.* I, 12): Atended, y mirad si hay dolor semejante al mio. ¡Oh si estas martilladas traspasasen tambien mi corazon como el vuestro! ¡Oh si los oidos de mi alma estuviesen siempre abiertos para oir los golpes del martillo de Dios, que es su santa inspiracion, quebrantando con dolor mi duro corazon por haber ofendido al que con tan cruel martillo por mi causa es golpeado!

PUNTO TERCERO. — 1. Despues de clavado Cristo nuestro Señor levantaron los soldados la cruz en alto; y es de creer que la dejaron caer de golpe en el hoyo que para esto estaba hecho, estremeciéndose todo el cuerpo con gravísimo dolor. Levántate, ó alma mia, en

alto con tu Señor, y levanta los sentidos y afectos de tu corazon para enclavarlos con él en la cruz. Mira, lo primero, el dolor, la vergüenza y afliccion que sintió tu dulce Jesús cuando se vió en alto á la vergüenza á vista de tanta gente, desnudo, afrentado, y hecho señal de oprobio, cargado de inmensos dolores por todas las partes de su cuerpo; mira como la cabeza no tiene dónde reclinarse, porque si se reclina en la cruz se le hincan mas las espinas; las manos se le están rasgando con los clavos por el peso del cuerpo, que tira de ellos; las heridas de los piés se van abriendo y dilatando con la carga del cuerpo que estriba en ellos. Y viendo á tu Señor tan rasgado con tormentos por tus pecados, rasga tu corazon de dolor por haberlos cometido.

2. Mira luego aquellos cuatro arroyos de sangre, que salen de las cuatro llagas como cuatro rios (*Genes.* II, 10) que salen del paraíso para regar y fertilizar la tierra del corazon humano: llégate cerca de estos arroyos con el espíritu, gusta la dulzura de esta sangre derramada con tanto amor y dolor, y lávate con ella para que quedes limpio de tus culpas, como los que lavaron (*Apoc.* VII, 14) y blanquearon sus estolas en la sangre del Cordero. Ó *sangre preciosísima*, lávame, purifícame, enciéndeme, y embriágame con el exceso de amor con qué fuiste derramada, y penétrame con el exceso de dolor con que fuiste sacada de las venas de mi Señor.

3. Tambien abre tu oido para oir los clamores y alaridos que los enemigos de Cristo levantaron cuando le vieron levantado en la cruz, gozándose de verle tan desfigurado y afligido, y sin esperanza alguna de vivir. Oye tambien los clamores y llantos dolorosísimos que levantarian las hijas de Jerusalen cuando viesen aquel doloroso espectáculo, y especialmente los suspiros y gemidos vehementes de las mujeres devotas que allí estaban. ¡Oh cuán atormentados estaban vuestros oidos, dulcísimo Jesús, con los alaridos de vuestros enemigos y con los llantos de vuestros amigos! Si los amigos de Job, cuando levantaron los ojos á mirarle, como le vieron en un muladar, cubierto de llagas, apenas le conocieron, y levantando el grito lloraron amargamente, rasgando sus vestiduras y cubriendo con polvo sus cabezas; y así estuvieron siete dias sin atreverse á hablarle palabra (*Iob.* II, 13): *Quia videbant dolorem esse vehementem*, porque veian su dolor ser vehemente; ¿qué harian vuestros amigos cuando levantaron los ojos y os vieron en ese horrible lecho, cubierto de llagas de piés á cabeza, muy mas terribles y dolorosas que las de Job? Apenas os conocieron, segun estábais desfigurado, levantaron

el grito con amargo llanto, rasgaron sus entrañas con la fuerza de su dolor, cubriéndose de polvo con la vergüenza de vuestra desnudez, y quedaron enmudecidos y pasmados sin saber qué poder deciros, viendo que vuestro dolor era vehemente. ¡Oh quién me diese un sentimiento tan grande como este, pues tengo mucha mas razon de sentir vuestros dolores, que tuvieron los amigos de Job para sentir los suyos, porque Job no padecia por los pecados de sus amigos, y Vos, Salvador mio, padeceis por los nuestros! Y si el dolor de Job era vehemente, el vuestro era vehementísimo, pues aquel no perdió la vida con la fuerza de su dolor, y Vos la perdísteis cruelmente con la fuerza del vuestro. Llora, pues, ó alma mia, los dolores de tu Señor, rasga tu corazon de pena, cubre tu cabeza con polvo y ceniza, haciendo penitencia de tus pecados; y aunque la lengua no sepa ó no pueda hablar, tu corazon medite y rumie sus vehementísimos dolores y desprecios, no solo por siete dias, sino por todos los dias de tu vida, haciendo tu morada á los piés de la cruz.

4. Finalmente, se ha de considerar el dolor que la Vírgen santísima padeció en aquella primera vista de su Hijo, porque en encontrándose los ojos de Cristo y de su Madre, ambos quedarian eclipsados con suma tristeza: la Madre quedó espiritualmente crucificada con la vista del Hijo, y el Hijo nuevamente afligido con la vista de su Madre; y callando ambos, por la vehemencia del dolor, el corazon de cada uno se ocupaba en sentir los dolores que padecia el otro, doliéndose mas por ellos que por los propios. Ponte, pues, ó alma mia, entre estos dos crucificados, y levanta los ojos á ver al Hijo crucificado con clavos de hierro, y luego bájalos á ver á la Madre crucificada con clavos de dolor y compasion, y suplícales que reparten contigo de sus dolores, de modo que tú tambien estés crucificada con ellos por verdadera imitacion.

—Lo que pertenece á este paso se ha de ponderar mas, por lo que se dijo en la meditacion fundamental, punto 8.°—

MEDITACION XLII.

DE LOS MISTERIOS QUE ESTÁN ENCERRADOS EN CRISTO CRUCIFICADO.

Punto primero.— 1. Puesto á los piés de la cruz (*D. Thom.* 3 *p. q.* 46, *art.* 6), y levantando los ojos del alma al que está puesto

en ella, para conocer y penetrar todo lo que allí hace y representa, tengo de considerar: - Lo primero, quién es el que está allí crucificado, ponderando el motivo que hubo para ello de su parte, que fue su sola bondad y misericordia, y de la nuestra, que fue el remedio de nuestra miseria. Levanta, pues, ó alma mia, tus ojos desde la cruz al cielo, y desde aquel trono de ignominia que está en el monte Calvario, al trono de gloria que está en el cielo empíreo; y considera la infinita majestad de aquel Señor que está crucificado, como es Dios eterno é inmenso, cuya silla es el cielo, y la tierra es estrado de sus piés, el cual está sentado sobre los Querubines, y anda sobre las plumas de los vientos. Es sumamente sábio y todopoderoso, por quien fueron criadas todas las cosas del cielo y de la tierra, Ángeles y hombres. Y como dice Isaías (*c.* XL, 12): Sustenta con tres dedos la redondez de la tierra, porque con su bondad, sabiduría y omnipotencia la conserva.

2. Y despues que hubieres considerado esto, baja tus ojos á mirar la extremada bajeza y miseria de que esta divina Persona está vestida en la cruz, ponderando como su afligido cuerpo está sustentado con otro ternario de tres agudos clavos que le tienen asido en aquel madero, sin poderse menear de una parte á otra, los cuales de tal manera sustentan la carga de su cuerpo, que le atormentan con gran dolor, y le atormentarán hasta quitarle la vida. Y haciendo comparacion de lo que esta divina Persona tiene en estos dos tronos, quedarás admirado y pasmado de que tanta grandeza haya venido á tanta bajeza; y cubriendo como los Serafines lo alto y lo bajo de tu Redentor, por no alcanzarlo, dirás con grande afecto (*Isai.* VI, 3): Santo, santo, santo eres, Señor Dios de los ejércitos; tres veces eres santo, por los tres dedos con que sustentas el mundo; y tres veces santo, por los tres clavos que sustentan tu cuerpo en la cruz; y mucho mas por otros tres con que tú mismo te has clavado en ella: uno de amor á los hombres, otro de obediencia á tu eterno Padre, y otro de celo por su gloria y de nuestro bien, los cuales te tienen asido mas fuertemente que los de acero. Gracias te doy, Redentor soberano, por este amor, obediencia y celo con que estás fijado en tu cruz. Suplícote, Señor, que me claves con esos mismos clavos en ella, de modo que siempre te ame mas que á mí, y obedezca á tu voluntad, sin hacer caso de la mia; y cele tu honra y mi salvacion eterna, sin cuidar mucho de lo que presto se pasa. (*Psalm.* CXVIII, 120). Y si estos clavos no me tuvieren bien fijo, enclava, Señor, mis carnes con los clavos del temor, haciendo que tema tus

ocultos juicios, tu rigurosa justicia y mi eterna condenacion, de modo que me libres de ella. Amen.

PUNTO SEGUNDO.— 1. Lo segundo, tengo de considerar como este Señor, que está en la cruz, es aquel gran sacerdote, segun el órden de Melchisedech, supremo pontífice de la Iglesia, escogido y llamado de Dios con mas excelencia que Aaron, príncipe de los pastores y obispo vigilantísimo de nuestras almas (I *Petr.* v, 3; II, 25); el cual subió á la cruz para ofrecer un sacrificio sangriento, el mas excelente que jamás se ofreció en la tierra. Las insignias de este sumo Sacerdote son dolorosas y afrentosas, pero misteriosas. Por mitra tiene una corona de espinas fija en su cabeza, porque es cabeza perpétua de la Iglesia, y sacerdote eterno que nunca se ha de acabar. El báculo pastoral es la cruz. Los anillos son los clavos en las manos. La vestidura sacerdotal de varios colores es su carne, labrada con varios cardenales y llagas, causadas de los azotes.

2. De esta manera entró nuestro buen Jesús una sola vez en el Sancta Sanctorum á ofrecer sacrificio (*Hebr.* IX, 12), no de animales, sino de sí mismo; no por sí mismo, sino por nosotros; no sacrificio comun que se divida, sino holocausto que todo se abrase con fuego de dolor y con fuego de amor, derramando toda su sangre en remision de nuestros pecados, hasta quedar muerto y consumido en la cruz. Ó sumo Sacerdote, ¡cuán caro te cuesta aplacar la ira de Dios contra nosotros, pues no te contentas con ofrecer carne y sangre de animales, sino tu propia carne y sangre unidas con tu divinidad y apartadas entre sí con excesiva crueldad! Necesaria era tal ofrenda como la tuya para satisfacer de justicia por tal ofensa como la nuestra. Menester era que fuese Dios el sacerdote y el sacrificio, para que Dios quedase del todo contento y aplacado. ¿Qué te daré, ó supremo Pontífice y pastor de mi alma, por este sacrificio que estás ofreciendo en la cruz por ella? Deseo asistir á este tu sacrificio sangriento, y ofrecerte un sacrificio de mi corazon contrito y humillado; contrito, por los pecados que cometí contra tí, y humillado, por ver los dolores y afrentas que padeces por mí. Y demás de esto (*Psalm.* XLIX, 14), te ofreceré otro sacrificio de alabanza, por lo mucho que haces por mi salud, con propósito de hacer lo posible por tu servicio. Acepta, Señor, estos sacrificios, vísteme de las insignias de tu sacerdocio, y hazme semejante á tí en lo mucho que padeces por mí.

PUNTO TERCERO.—Lo tercero, tengo de mirar á Jesucristo crucificado, como á doctor y maestro, enviado por el eterno Padre al

mundo para enseñarnos los caminos de la verdad y virtud, y las sendas de la santidad y perfeccion; el cual habiéndolas enseñado por palabra y obra en los treinta y tres años de su vida, al fin de ella se sube á la cátedra de la cruz, y allí hace un epílogo de todo cuanto ha enseñado con excelentísima perfeccion; porque así como cuando comenzó á predicar se subió á un monte, sentándose con sus discípulos, abrió su boca y les predicó las ocho bienaventuranzas, que son ocho actos heróicos de virtud en que se funda la perfeccion evangélica, así ahora sube al monte Calvario, y puesto en la cruz platica estas mismas virtudes, con la mayor excelencia que jamás las ejercitó, al modo que se dijo en el punto VI de la meditacion fundamental. Y habiendo ponderado su pobreza, humildad y las demás, he de imaginar que Dios nuestro Señor me dice aquellas palabras que dijo á Moisés (*Exod.* xxv, 40): Mira y obra segun el ejemplar que se te ha mostrado en el monte; esto es, mira el ejemplo de virtudes que mi Hijo te ha dado en el monte Calvario, y obra segun ellas, aprendiendo la leccion que te ha leido. Ponte, pues, ó alma mia, á los piés de la cruz, y oye con atencion la leccion que está leyendo Cristo crucificado, y pues le cuesta tanto el leerla, *no seas* perezosa en oirla y repetirla; imprímela en tu corazon, y ponla luego por obra, con tantas veras, que puedas decir con el Apóstol (I *Cor.* II, 2): No me precio de saber otra cosa entre los hombres, sino á Cristo, y ese crucificado. Ó Maestro soberano, que dijiste (*Joan.* XII, 32): Si yo fuere levantado de la tierra, todas las cosas traeré á mí: trae mi memoria, para que piense siempre lo que ahí me enseñas; y mi entendimiento para que lo penetre, y mi voluntad para que lo ame, y todo mi espíritu para que lo imite. Ó Vírgen sacratísima y Discípulo amado del Señor, que estando al pié de la cruz ósteis, esta soberana leccion y os aprovechásteis altamente de ella, suplicad á este soberano Maestro, la estampe en mi corazon, como la estampó en el vuestro. Amen.

PUNTO CUARTO. — 1. Luego tengo de considerar como el que está en la cruz es el Señor de los ejércitos, el Dios de las batallas y de las venganzas, capitan y guerrero fortísimo; el cual en el campo raso del monte Calvario presenta la batalla á las potestades del infierno y á los príncipes de este mundo, y pelea contra ellos, y allí los vence, destruyendo el reino del pecado. Las armas con que pelea son la cruz, clavos, espinas y los demás instrumentos de sus dolores é ignominias; con los cuales, quebrantando y desmenuzando su sacratísimo cuerpo, quebranta la cabeza de la serpiente que engañó

á nuestros primeros padres, y por ellos introdujo en el mundo el pecado original, cuyo perdon nos alcanzó en la cruz. Y demás de esto quebrantó las siete cabezas del dragon bermejo (*Apoc.* XII, 3), que son los siete vicios capitales que nacieron de este pecado original: quebrantó la soberbia, con sus ignominias y desprecios, sufridos con profundísima humildad; venció la gula, gustando la hiel y vinagre que le dieron para refrigerar su sed; rindió los deleites de la lujuria, con los terribles dolores que padeció en todos los miembros de su cuerpo; destruyó la avaricia, con su extremada pobreza y desnudez; sujetó la ira, con su heróica mansedumbre y paciencia; venció la envidia, con los excelentes actos de caridad que ejercitó para nuestro bien. Finalmente destruyó la pereza, con el fervor que mostró en toda la obra de nuestra redencion.

2. De esta manera nuestro buen Jesús, tomando forma de serpiente en la cruz, peleó como la serpiente de Moisés con las serpientes de los magos (*Exod.* VII, 12), y las tragó, tragando y deshaciendo todos los pecados que infeccionan el mundo; y como Gedeon (*Iudic.* VII, 20), quebrantando el cántaro que tenia en su mano, con el resplandor de la lámpara que estaba dentro de él espantó y venció á los madianitas; así nuestro Capitan, quebrantado su cuerpo con los trabajos de la pasion, con el resplandor de las virtudes que de él salieron venció los vicios y desbarató los poderes del infierno. Y este gran Dios de las venganzas, vengando en su cuerpo las injurias hechas contra su Padre, tomó venganza de sus enemigos, y los puso debajo de sus piés, enseñándome á mí el modo de vengar en mí mismo las injurias que hice á Dios, y el modo de vencer al demonio, mundo y carne, y á los vicios que hacen guerra contra mi espíritu. Ó Guerrero fortísimo, que derramando tu propia sangre vences á los demonios y destruyes el reino del pecado, y los vicios que asuelan el mundo, enséñame á pelear como peleaste, para que venza como venciste. Dame corazon varonil, para que yo tambien, como los soldados de Gedeon, quebrante con penitencias el cántaro de mi cuerpo, y resplandezca en mí la luz de las virtudes, de modo que huyan mis enemigos y alcance victoria de ellos. Ó Dios de las venganzas, enséñame á tomar venganza de mí mismo, porque te ofendí, pues si de mí me vengo, triunfaré de mis enemigos por la sangre de tu Hijo, á quien sea honra y gloria por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XLIII.

DEL TÍTULO DE LA CRUZ DE CRISTO, Y DE LAS CAUSAS MISTERIOSAS DE SU PASION QUE EN ÉL SE ENCIERRAN.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Pusieron sobre la cruz un título que decia* (*Ioan.* XIX, 19): *Jesús Nazareno, Rey de los judíos; y estaba escrito con letras hebreas, griegas y latinas.* Sobre este título se han de considerar las cuatro palabras que tiene; en las cuales, como dice san Marcos (*Marc.* XV, 26), se contenia la causa de Cristo; esto es, la causa por que le habian puesto en la cruz, no solamente la causa que tuvo Pilatos, sino principalmente la que tuvo el Padre eterno para decretarlo y permitirlo.

IESUS. — La primera palabra del título es, *Jesús*, que quiere decir Salvador, porque vino á salvar el mundo, y á librarle de los pecados que tenia y de las penas que por ellos merecia. Y esta fue la primera causa de ser crucificado, para que con su muerte y con el derramamiento de su sangre acabase la obra de nuestra redencion. Este nombre se le puso en la circuncision, tomando posesion del oficio de Salvador con la poca sangre que allí derramó. Mas ahora se le pone encima de la cruz, como título de su pasion, porque acaba y perfecciona todo lo que pertenece á este oficio con el derramamiento de toda su sangre. Pues como dice san Pablo (*Hebr.* IX, 22): *Sine sanguinis effusione, non sit remissio:* sin derramamiento de sangre, no hay redencion de pecados ni salvacion. Ó dulcísimo Jesús, ¡cuán caro os cuesta el oficio de Salvador, pues para salvarnos dais el precio de vuestra sangre, derramándola liberalmente, no una parte, sino toda, no poco á poco, sino á borbollones, virtiéndola por las llagas de vuestros piés y manos! Ó nombre suavísimo de Jesús, ¡cuán bien os cuadra ahora ser como óleo derramado (*Cant.* I, 2), pues derramando la sangre, haceis de ella óleo que cure nuestras llagas y sane las dolencias de nuestras culpas! Ó liberalísimo Jesús, sed para mí Jesús, ejercitad conmigo el oficio de Salvador; sed para mí óleo que me cure, medicina que me sane, y ungüento olorosísimo que me conforte, aplicándome los frutos de vuestra redencion.

2. — NAZARENUS. — La segunda palabra es, *Nazareno*, que quiere decir florido: en la cual se denota la segunda causa de haber subido Jesús al árbol de la cruz, para brotar en ella las flores exce-

lentísimas de las virtudes que allí ejercitó para nuestra enseñanza y ejemplo: flores fueron su pobreza y obediencia, su mansedumbre y humildad, su paciencia y caridad. Ó Jesús Nazareno, ¡cuán florido estais en esa cruz! Toda la vida fuísteis muy florido; pero mucho mas lo estais al fin de ella. Bien podeis decir á vuestra esposa la Iglesia (*Ib.* I, 15), nuestro lecho está florido, porque el lecho de la cruz está lleno de las flores olorosísimas que brotais en ella. Admitidme, Señor, en ese lecho vuestro, aunque sea estrecho (*Isai.* XXVIII, 20), que bien cabrémos los dos, pues Vos dijísteis (*Ioan.* XII, 26): Á donde yo estoy, ahí estará el que me sirviere. ¡Oh quién estuviese con Vos en la cruz, oliendo las flores que en ella brotásteis, y alentándose á brotar otras como ellas!

3. Tambien Nazareno quiere decir lo mismo que santo; en lo cual se denota, que este Señor que está en la cruz es santo de los santos, y que muere no por culpas suyas, sino por las ajenas, para librar á los hombres de ellas, y hacerlos santos, cumpliéndose lo que está escrito (*Isai.* LIII, 11): Que en la cruz justificaria á muchos, quitando de ellos sus maldades, y pagando las penas que debian por ellas. Y estos son los frutos que nacen de aquellas flores, los cuales produce nuestro buen Jesús en su muerte (*Ioan.* XII, 24); porque el grano de trigo que cae en la tierra, si muere, lleva mucho fruto. Ó árbol florido y fructuoso (*Cant.* II, 3), ¡quién pudiese sentarse á tu sombra, y comer de tu dulce fruto hasta hartarse! Ó dulce Jesús, que dijiste (*Cant.* VII; 8): Subiré á la palma, y cogeré los frutos de ella; dame gracia que suba contigo á la palma de la cruz, y goce de los frutos que por ella produjiste, para que imitando tus virtudes alcanee la palma de la gloria que se merece por ellas. Amen.

4.—REX.—La otra palabra del título es, *Rey;* en la cual se significa la causa por que Pilatos condenó á Cristo á ser crucificado; es á saber, porque los judíos le acusaban de que era su rey; y es así que era rey, no temporal, sino celestial y eterno, cuyo reino comenzó con estabilidad desde la cruz, porque escrito está (*Ecclesia,* ex Psalm. XCV, 10): *Regnavit à ligno Deus,* que Dios reinaria desde el madero; porque como el reino del pecado comenzó en un árbol, por la desobediencia del primer Adan; así el reino de Dios comenzó en otro árbol, por la obediencia de Cristo que murió en él. De donde sacaré, que si quiero reinar con Cristo, ha de comenzar mi reinado tambien desde la cruz, crucificando en ella mi hombre viejo, y destruyendo el cuerpo del pecado, porque los reinos de la tierra gózanse viviendo; pero el de Cristo muriendo. Ó

Rey eterno, cuya corona y trono son eternos, y por eso la corona penetra vuestra cabeza con espinas, y en vuestro trono estais clavado con duros clavos, derramando por las heridas vuestra sangre, para conquistar con ella el reino que habeis prometido á vuestros vasallos; pues sois tan poderoso, que sentado en vuestro trono, con una sencilla vista destruís todo lo malo (*Prov.* xx, 8), destruid en mí todo lo que os ofende, para que entre con Vos á gozar de vuestro reino. Amen.

5.—IUDAEORUM.—La última palabra del título es, Rey *de los judíos;* y aunque ellos no le quisieron recibir, y por esto pidieron que fuese crucificado; pero no por eso dejó de ser Rey, enviado por el eterno Padre para que reinase en ellos, y en todos aquellos que tuviesen la significacion de su nombre, que es confesar con verdadera confesion lo que Dios ha revelado, glorificándole por ello. Y á esta causa el nombre se escribió con letras hebreas, griegas y latinas, para que todas las naciones del mundo, significadas por estas tres lenguas, conozcan á este Rey, y le adoren; y toda lengua, como dice san Pablo (*Philip.* II, 11), confiese que Nuestro Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre. Ó Hijo *de Dios vivo*, yo confieso que te cuadra muy bien este glorioso título, porque tú solo, y no otro, eres Jesús Nazareno, Rey de los judíos. ¡Oh si todo el mundo leyese este título y le admitiese, y todos te confesasen por su Rey y Salvador! ¡Oh título soberano, en quien están cifrados todos los títulos que tengo para negociar mi salvacion! Por este título serán oidas mis oraciones, cumplidos mis deseos y remediadas todas mis necesidades. Ó Padre eterno, reconoce este título que está escrito sobre la cruz de tu Hijo; y pues es título del reino que compró para mí, admíteme dentro de él, para que reine contigo por todos los siglos. Amen.

PUNTO SEGUNDO.—1. *Habiendo muchos leido este título, los pontífices de los judíos dijeron á Pilatos: No quieras escribir Rey de los judíos, sino él dijo: Rey soy de los judíos.* Sobre este punto puedo considerar tres suertes de personas que leyeron este título de la cruz de Cristo en el monte Calvario.—La primera fue de los pontífices y fariseos, y otros malintencionados y enemigos de Cristo nuestro Señor; los cuales tuvieron el título por falso, y quisieron enmendarle. Estos son figura de los herejes y de los demás infieles que oyen y leen los libros sagrados y los títulos y obras de la divinidad y humanidad de Cristo, y niegan muchas de ellas, y las quieren enmendar por su antojo y errado parecer.—Otros leyeron el mismo título por

curiosidad, como es costumbre en tales cosas; pero no hicieron caso de él, ni le entendieron, ni penetraron el misterio que encerraba; y estos son figura de aquellos que oyen y leen las cosas de Cristo nuestro Señor, y las creen á bulto, y sin ahondar ni penetrar los misterios que en sí encierran, y así no sacan provecho de ellas.

2. Otros hubo en el monte Calvario, como fue la Vírgen sacratísima y el evangelista san Juan, los cuales leyeron el título con devocion y le entendieron, y penetraron los misterios que encerraba, venerándoles con grande afecto de su corazon; y estos son figura de los que leen los libros sagrados y las verdades de nuestra fe, y procuran meditarlas y rumiarlas con devocion y espíritu para su propio provecho. Á los cuales tengo yo de imitar, suplicando á la Vírgen santísima y al glorioso san Juan me alcancen la luz y espíritu con que leyeron y penetraron este título, para que con la misma lea yo y penetre las verdades que la fe me enseña de Cristo mi Salvador (*Ioan.* XVII, 3); pues mi vida eterna consiste en conocerle, amarle y servirle para siempre.

PUNTO TERCERO. — *Respondióles Pilatos: Quod scripsi, scripsi; lo que escribí, escribí.* Esta palabra dijo este presidente, movido por divina inspiracion, para que se entendiese que era verdad lo que el título contenia, y que por ninguna humana razon ni persuasion se habia de mudar; y así será, que lo que está escrito en este título y en la divina Escritura, para siempre estará escrito, y no se mudará ni faltará, por mas que contra ello hagan los enemigos de la fe. De donde tambien tengo de aprender á tener firmeza en lo bueno que he propuesto y determinado por seguir á Cristo; y si el demonio, ó el mundo, ó la carne, me quisieren apartar de ello con tentaciones, tengo de responderles: Lo que escribí, escribí; lo que determiné, determiné, y no volveré atrás un punto, ni borraré lo que escribí, ni mudaré lo que una vez determiné. Ó Salvador del mundo, pues tan amigo eres de firmeza, que no consentiste que se mudase una letra de este título, suplícote me hagas tan constante en tu servicio, que ninguna persuasion de mis enemigos baste á derribarme de él. Amen.

MEDITACION XLIV.

DE LA PARTICION DE LAS VESTIDURAS DE CRISTO NUESTRO SEÑOR, Y DE LOS ESCARNIOS QUE PADECIÓ EN LA CRUZ.

PUNTO PRIMERO.— 1. *Despues que los soldados crucificaron á Jesús, tomaron sus vestiduras, y partiéronlas en cuatro partes, tomando cada uno la suya.* (*Ioan.* XIX, 23). Sobre esta particion se han de considerar las causas y los misterios que están encerrados en ella.–De parte de los cuatro soldados, que fueron los cuatro verdugos que crucificaron al Señor, la causa fue su codicia; porque como era gente vil, cada uno quiso llevar su pieza de la vestidura, echando suertes sobre cuál pieza cabria á cada uno; y tambien la descosieron y dividieron á vista de Cristo, por escarnecer de él; como quien dice: Ya no tendréis mas necesidad de vestiduras. Y cuando las partian, quizá diria alguno: Rasguemos las vestiduras de este blasfemo, pues no quiso él rasgárselas por las blasfemias que dijo contra Dios. De esta manera estaban allí atormentando los ojos y oidos de nuestro *buen Jesús*. Ó sagradas vestiduras (*Luc.* VI, 19), de las cuales salia virtud para sanar todas las enfermedades de los que las tocaban, ¿cómo habeis venido á manos de gente tan profana? La humildad del que os trajo vestidas es causa de vuestra humillacion, para curar con ella mi soberbia en el vestido. Concededme, Señor, esta humildad, para que lleve de buena gana cualquier injuria que se hiciere á cosas mias.

2. La segunda causa misteriosa fue, de parte de Cristo nuestro Señor; el cual para dar ejemplo de perfectísima pobreza evangélica, no se contentó con estar desnudo en la cruz, sino quiso tambien enajenarse de sus vestidos, que era toda la hacienda que tenia; de modo, que ni le quedase el uso ni el dominio ó propiedad de ellos, traspasándole en aquellos pobres soldados y crueles enemigos. De donde sacaré un entrañable deseo de cumplir en el modo que mejor pudiere lo que dijo este Señor (*Matth.* XIX, 21): Si quieres ser perfecto, vende cuanto tienes, y dalo á los pobres, y sígueme; y el que no renuncia todas las cosas que posee, no puede ser mi discípulo.

3. La tercera causa fue, para mostrar su inmensa caridad y liberalidad en dar cuanto tenia á los hombres, cuerpo y sangre y hacienda, y en especial para significar que todos los hombres de cualquiera de las cuatro partes del mundo que viniesen á él, podrian

tener parte en las vestiduras de su gracia, caridad y virtudes, para que se vistiesen y adornasen con ellas; y que como estos cuatro soldados que le crucificaron tuvieron derecho á estas vestiduras que estaban teñidas con su sangre; así los pecadores que con sus pecados le crucifican dentro de sí mismos, tienen derecho á pedir estas vestiduras de las virtudes, no por sus merecimientos, sino por la sangre del mismo Jesucristo que anda junta con ellas. Ó dulcísimo Jesús, gracias te doy por tu infinita liberalidad, con la cual te dignas vestir con tu preciosa vestidura al mismo que te crucifica con tanta deshonra. Pésame de la parte que he tenido en tu crucifixion; mas pues eres tan liberal, dame parte en tus sagradas vestiduras, repartiendo conmigo tus soberanas virtudes.

PUNTO SEGUNDO. — 1. *La túnica era inconsútil, tejida toda desde arriba abajo; y por esto dijeron los soldados: No la dividamos, sino echemos suertes sobre cuya ha de ser. Con esto se cumplió lo que habia dicho el Profeta: Dividieron entre sí mis vestidos, y sobre mi vestidura echaron suertes.* (*Ioan.* XIX, 23). Aquí se han de considerar tambien las causas misteriosas de este hecho, pues tan en particular quiso Dios que fuese profetizado. — Lo primero, de parte de los verdugos: la causa fue, porque si la túnica se partiera, no fuera de provecho para ninguno, por ser toda de una pieza, tejida, segun se dice, por la Vírgen sacratísima nuestra Señora; la cual sintió tiernamente ver aquella preciosa túnica, bañada con la sangre de su Hijo, en las manos de tan vil gente. Ó Vírgen soberana, ¡con cuánta mayor razon pudiérades decir lo que dijo Jacob (*Genes.* XXXVII, 33): Una fiera muy cruel ha tragado á mi hijo José, y con su sangre está teñida la túnica que yo le dí! La fiera de la envidia le ha puesto en aquella cruz, y ha teñido su vestidura, no con sangre de cabritos, sino con sangre de sus venas, para librar de la muerte á los mismos que por envidia se la dan. Ó fiera envidia ¡cómo te atreves á tragar al que es la misma caridad! Ó caridad infinita, que matas á la fiera que te traga, destruye en nosotros esta fiera, para que conservemos entera la túnica de la verdadera caridad.

2. La segunda causa de este hecho fue, porque esta túnica representaba la humanidad de Cristo nuestro Señor, tejida desde arriba abajo; porque desde el cielo se tejió sin obra de varon en las entrañas de la Vírgen, por obra del Espíritu Santo. La cual es vestidura riquísima de los fieles, que, como dice el Apóstol (*Rom.* VI, 3), se visten de Nuestro Señor Jesucristo cuando se bautizan, conformándose con su vida en union de caridad, sin admitir division al-

guna, porque Cristo no se puede dividir. ¡Dichoso á quien le cabe en suerte esta vestidura celestial, por la cual viene á ser suerte de Dios y herencia suya!

3. Tambien esta túnica de Cristo representa la Iglesia (I *Cor.* I, 13), esposa suya, en la cual quiere que no haya division, sino que se conserve siempre una en unidad de fe y de caridad. Y por esto en el libro de los Cantares dice de ella (*c.* VI, 8), que es una su paloma y su perfecta, porque es uno el Espíritu Santo, que tambien es figurado por la paloma, y uno el espíritu de Cristo y de la perfeccion que reside en ella; y quien intentare dividirla, intenta dividir á Cristo y su preciosa túnica de una pieza; en lo cual es mas cruel que los que le crucificaron, porque divide y rasga lo que ellos no se atrevieron á dividir, ni el mismo Señor les quiso dar licencia para ello. Ó Dios de la paz y del amor, no permitas que haya cisma en tu Iglesia, ni discordia en tu religion, y division alguna en tu pueblo cristiano. Consérvalos á todos en union de caridad, para que sean una cosa en tí, y tú puedas vestirte de ellos, como de túnica preciosa, para colocarlos en el reino de tu gloria. Amen.

4. Finalmente puedo considerar, que como Cristo nuestro Señor tenia dos vestiduras, una exterior que se partió entre los cuatro soldados, y otra interior que se dió á solo uno; así tambien las obras y ceremonias exteriores del Cristianismo á todos los fieles pertenecen, y todos tienen parte en ellas; pero la virtud interior, que es la gracia y caridad y la devocion y el espíritu, solamente se da á uno; esto es, á pocos, y esos unidos en sí mismos con union de la carne al espíritu, de la sensualidad á la razon en todo lo que manda Dios; y así tengo de procurar ser del número de estos pocos, y ser este uno á quien quepa tan dichosa suerte, que reciba esta divina túnica y se vista de ella.

PUNTO TERCERO. — 1. *Hecha la particion de las vestiduras, sentáronse los soldados, y guardaban á Cristo.* (*Matth.* XXVII, 36). Puédese creer que hicieron esto por órden de Pilatos, á instancia de los judíos, cuya mala conciencia les hacia temer que alguno no le bajase vivo de la cruz, ó para prohibir que ninguno le diese algun refrigerio ó alivio de los que se solian dar á otros crucificados; y quizá se dieron á los ladrones que estaban crucificados con Cristo, porque esta guarda no era para ellos. Ó Rey del cielo, cuyos soldados son innumerables legiones de Ángeles, que rodean vuestro trono celestial y os cantan mil cantares de alabanza, ¿cómo os habeis humillado á estar en ese vil trono de la cruz, teniendo por gente de guar-

da unos viles y crueles soldados que nunca cesan de vituperaros? Gózome de la gloria que teneis en el cielo, y aflíjome por la ignominia y tormento que padeceis en el suelo, y por ambas cosas os alabo y glorifico, deseando tener parte en vuestra ignominia, con esperanza de tenerla despues en vuestra eterna gloria. Amen.

2. Luego ponderaré como los enemigos de Cristo nuestro Señor, despues que le pusieron en la cruz, no solamente no se movieron á compasion de verle padecer tan graves ignominias y tormentos, sino con una crueldad endemoniada procuraban añadir otros de nuevo con palabras y meneos, diciéndole grandes injurias y blasfemias, por instigacion del demonio; el cual pretendia por ellas tentarle, unas veces de impaciencia y desconfianza, y otras de inconstancia, faltando en lo que habia comenzado. Pero todas estas injurias sufria este inocentísimo Cordero, con admirable paciencia y humildad y con grande constancia y fortaleza, sin dar muestras ni por palabra, ni por meneo, de algun sentimiento ó queja contra sus blasfemadores, ni de alguna flaqueza ó arrepentimiento de haber subido á la cruz, dándonos un heróico ejemplo de sufrir y vencer las tentaciones que á este modo nos acometieren. — Todo esto se ha de ponderar discurriendo por cuatro suertes de personas que injuriaron á Cristo en la cruz, como consta de los sagrados Evangelistas.

PUNTO CUARTO. — 1. *Lo primero, los que pasaban por allí blasfemaban de él, meneando sus cabezas, y diciéndole por mofa* (*Matth.* XXVII, 39): *¿Tú eres el que destruyes el templo de Dios, y en tres dias le reedificas? Sálvate á ti mismo; si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz.* Y es de creer que harian muchos gestos con la boca y labios, como lo apunta David en sus Salmos. (*Psalm.* XXI, 14). Y que tambien, como dijo Jeremías en sus lamentaciones (*Thren.* II, 15), darian palmadas con las manos, y le silbarian con sus bocas por irrision, sufriendo el Redentor estos silbos de desprecio, para remediar el veneno que la serpiente infernal derramó con los silbos venenosos de su maldita sugestion; y así como no hizo caso de su silbo, cuando le dijo en el desierto, estando sobre el pináculo del templo: Si eres Hijo de Dios, échate de aquí abajo; así tambien no hace caso de este silbo, que da por boca de estos blasfemos, diciéndole (*Matth.* IV, 6): Si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz; antes porque es Hijo de Dios, no quiere descender vivo de la cruz, sino morir en ella para engendrar allí muchos hijos de Dios por adopcion, y para que yo entienda, que es propio de los hijos de Dios no descender por su voluntad de la cruz, sino morir en ella al mundo

y al pecado, perseverando en la mortificacion hasta el fin. Ó Hijo de Dios vivo, no permitas que la serpiente astuta me engañe con sus silbos infernales, persuadiéndome á bajar de la cruz que una vez tomé por tu amor; dame que persevere en ella como hijo de tal Padre, porque no venga á perder la dignidad de hijo.

2. *Lo segundo, los príncipes de los sacerdotes y los escribas y ancianos burlaban de él, diciendo unos á otros, de modo que lo oyese: A otros hizo salvos, y á sí no puede salvarse. Si es Rey de Israel, baje de la cruz, y creerémos en él. Confía en Dios, líbrele si quiere, pues ha dicho: Hijo soy de Dios.* En las cuales palabras por escarnio le zaherian en las cuatro cosas mas principales de que Cristo nuestro Señor se preciaba.-Lo primero, en su poder, diciendo: Que quien podia librar á otros, no tenia poder para librarse á sí.-Lo segundo, en su reino, diciendo: Que si era Rey de Israel, bajase de la cruz, y creerian en él; como si dijeran: Tan falso es ser rey, cuan imposible bajar de la cruz.-Lo tercero, en la confianza que tenia en Dios, diciéndole: Si se precia de confiar en Dios, porque le ama, pida á Dios que le libre (*Sap.* II, 13-18); como quien dice: No le librará, porque no le ama.-Lo cuarto, en la dignidad de *Hijo de Dios*, teniéndola por fingida; y en todas cuatro cosas mezclaban grandes falsedades, porque el demonio, padre de mentiras, hablaba por ellos para tentar á Cristo, y conocer si era Hijo de Dios, bajando de la cruz, á título de que aquella gente creyese en él.

3. Mas nuestro buen Jesús sufria con paciencia estos escarnios, sin responderles palabra, ni hacer caso de sus dichos, porque sabia el mal ánimo de donde procedian. Ó mansísimo Cordero, ¿qué te daré por la paciencia con que sufrias tales baldones y blasfemias contra tus soberanas y divinas virtudes? Lo que á gloria tuya deseo, es confesar lo que estos blasfemos no alcanzaron, y preciarme de lo que ellos despreciaron. Confieso que hiciste salvos á otros muchos, y que puedes salvarte; pero no quieres hacerlo por salvarme, porque mi vida está pendiente de tu muerte. Confieso tambien que eres verdadero Rey de Israel, y que por eso no quieres bajar de la cruz donde tu reinado comienza, para que todos creamos en tí. Tambien confieso que tienes confianza en Dios, Padre tuyo, que te ama como á propio Hijo; pero no quiere librarte, porque no es señal cierta de los hijos de Dios ser librados de los trabajos, sino perseverar constantemente hasta la muerte en ellos. Concédeme, Señor, esta confianza, resignada en tu santa voluntad, para que pueda perseverar en la cruz hasta morir en ella.

4. *Lo tercero, los soldados que allí estaban tambien burlaban de Cristo, leyendo el título de la cruz, y diciendo: Si tú eres Rey de los judíos, sálvate á tí mismo.* Como si dijeran: Si eres Rey tan poderoso, que podrás salvar y librar á los judíos, líbrate á tí de la cruz en que estás. De la misma manera dice san Marcos que blasfemaban de Cristo los ladrones que estaban crucificados con él, como luego verémos. En todos estos puntos podemos considerar la pena grande que recibiria la Vírgen sacratísima oyendo aquellas blasfemias que se decian contra su Hijo, y los meneos, silbos y escarnios que de él hacian. Ya que no habia visto los que padeció en casa de Caifás y en el pretorio de Pilatos, ordenó la divina Providencia que oyese estos, para que tambien fuesen sus oidos atormentados con estas injurias y blasfemias; las cuales sentia mas que si se dijeran contra ella; y aun se puede creer, que de recudida, aquellos fieros perseguidores, blasfemando del Hijo, revolvian sobre la Madre que tal Hijo habia parido; pero lo sufria con admirable paciencia y silencio, mirando el ejemplo que su Hijo la daba. Ó Vírgen sacratísima, ¡qué de cuchillos traspasaron vuestro afligido corazon! Las lenguas de estos blasfemos (*Psalm.* LVI, 5), cuchillos agudos son, y cuchillos de dos filos; los cuales de un golpe hieren á vuestro Hijo y á Vos, que sois su Madre. ¿Por qué, ó Madre piadosísima, no hablais alguna palabra en defensa de vuestro Hijo, pues conoceis su inocencia y santidad? Mas ya veo que no es tiempo este de hablar, sino de callar, y que la grandeza del dolor os tiene muda para con los hombres, aunque nunca cesais de hablar con Dios.

5. Finalmente, se puede ponderar lo que dice san Lucas, que el pueblo estaba allí *spectans*, mirando á Cristo, y esperando en qué habia de parar su crucifixion; y este mirar no era con devocion, sino con irrision, y así Cristo nuestro Señor le cuenta entre sus injurias en el salmo XXI, diciendo: Consideráronme y miráronme. ¡Oh si estos miserables le miraran como habian de mirarle, cuán grandes bienes sacaran de esta vista! Si mirar á la serpiente de metal bastaba para sanar las mordeduras mortales de las serpientes venenosas (*Num.* XXI, 8), ¿cuánto mas bastara mirar al Salvador, figurado por esta serpiente, puesto sobre el madero de la cruz, con figura de pecador, para librarles de las mordeduras venenosas de sus pecados? Concédeme, Salvador mio, que te mire y te contemple con viva fe y con espíritu de amor y devocion, para que de esta vista quede sano y fuerte para alabarte y servirte por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XLV.

DE LA PRIMERA PALABRA QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR HABLÓ EN LA CRUZ, ROGANDO POR SUS ENEMIGOS.

PUNTO PRIMERO.— 1. Estando Cristo nuestro Señor en su cruz, sufriendo los desprecios que quedan referidos (*Luc.* XXIII, 34), y habiendo callado con grandísimo silencio, abrió su boca sacratísima para decir la primera palabra de las siete que allí habló, diciendo: *Padre, perdónalos, porque no saben lo que se hacen.* Abre, ó alma mia, tus oidos para oir, pues tu celestial Maestro abre su boca en la cátedra de la cruz para hablar. Hablad, Señor, que vuestro siervo oye (I *Reg.* III, 10); y pues sois palabra del eterno Padre, abreviada por el misterio de vuestra encarnacion y pasion, leedme alguna breve leccion, la cual pueda retener en mi memoria, y rumiar con mi entendimiento, y abrazar con todo mi corazon y voluntad.

2. La primera leccion que este Señor lee, y la primera palabra que habla en la cruz, toda es de amor, orando por los que le crucificaban, y excusándolos del modo que podia, mostrando en esto su infinita caridad. Para lo cual tengo de ponderar primero, la ocasion en que habla, y luego cada una de las palabras que dice, y despues los efectos que con esta oracion obra.- Cuanto á lo primero, consideraré á Cristo nuestro Señor lleno de dolores y tormentos en todos los miembros de su cuerpo, sin hallar lugar de descanso en aquella dura cama de la cruz. Y demás de esto, rodeado de sus enemigos, que le habian puesto en ella; los cuales actualmente se estaban saboreando en verle tan afligido, añadiéndole nuevas aflicciones con terribles injurias y blasfemias, abriendo sus bocas, moviendo sus labios, y meneando sus cabezas por escarnio.

3. Á este tiempo levanta Cristo nuestro Señor sus ojos al cielo, y derramando lágrimas por ellos, abre su boca, no para pedir fuego que los abrase, como pidió Elías (IV *Reg.* I, 10), ni para echarles su maldicion, como Noé y Eliseo (*Genes.* IX, 25; IV *Reg.* II, 24), cuando maldijeron á los que les escarnecian, sino para rogar á su eterno Padre que les perdonase el pecado que hacian en crucificarle y escarnecerle, doliéndose mas del daño que les venia por esta culpa, que de los tormentos é injurias que de ellos recibia, cumpliendo por la obra lo que habia dicho (*Matth.* V, 44): Amad á vuestros enemigos, y orad por los que os persiguen; y lo que de él estaba profeti-

zado, que rogaria por los transgresores (*Isai.* LIII, 12); esto es, por aquellos que quebrantaron contra él todas las leyes de la caridad y piedad, de la justicia y gratitud, con la mayor crueldad y desagradecimiento que jamás se habia visto en el mundo. Ó amantísimo Jesús, ¡cuán bien habeis mostrado que sois Dios de amor y la misma caridad! pues las inmensas aguas de tantas tribulaciones y los rios impetuosísimos de tantas persecuciones no han sido poderosas para matar ni apagar vuestro fuego (*Cant.* VIII, 7), antes ha crecido tanto, que levantó su llama hasta el cielo, rogando al Padre celestial que no castigue á los que en tantos trabajos os han puesto. Concededme, Señor, tal caridad como esta, para que yo tambien ame á mis enemigos, y ore por los que me persiguen y os persiguen, pues vuestros enemigos tambien son mios. Perdonad á todos, ó Padre de las misericordias, para que todos gocen de ellas. Amen.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Luego tengo de considerar cada palabra de las que tiene esta breve oracion. — La primera es, *Padre*, al cual endereza su peticion; porque aunque á él mismo, en cuanto Dios, pertenecia perdonarlos, quiso mas, como hombre, pedir esto á su Padre; porque pidiéndole que los perdonase, claramente daba á entender que él de su parte los perdonaba y cumplia con su oficio de supremo sacerdote, ofreciendo sacrificio de sí mismo por los pecados é ignorancias del pueblo (*Hebr.* IX, 7), y rogando con mucho fervor á Dios por ellos. Y no dice, Dios, perdónalos, sino Padre, para que se entendiese que no habia perdido la confianza que en él tenia, y para obligarle con este título tan amoroso á que le oyese, y perdonase á sus enemigos, pues como Padre hace que su sol salga para buenos y malos, y que la lluvia descienda para justos y pecadores. Ó Padre soberano y misericordioso (*Matth.* V, 45), cuya caridad fue tan grande, que quisiste que el Sol de justicia, tu Hijo unigénito, naciese en el mundo para dar luz, calor, y vida de gracia á los mortales, y que la lluvia de su doctrina regase la tierra de los pecadores; mira á este divino Sol, que está en la cruz cerca del occidente, para ponerse y ocultarse, y con todo eso echa de sí rayos de divino amor, rogando por sus enemigos; oye su encendida oracion, y por ella envia desde el cielo la lluvia de tu gracia sobre todos, para que todos te conozcan y le conozcan, é imiten el raro ejemplo de su excelentísima caridad.

2. La otra palabra es, *perdónalos*. No dice, perdónalos esta injuria ó agravio que me hacen, sino absolutamente perdónalos; porque su deseo era que fuesen perdonados todos sus pecados, sin de-

jarles ninguno; y porque se entendiese que no reparaba tanto en su propia injuria, cuanto en las injurias y ofensas de su Padre, á quien suplicaba que las perdonase todas; y no dice, perdona á estos que me crucifican ó me injurian, sino perdónalos; porque no quiere poner en su oracion palabra que les acuse, ó irrite la ira del Padre; y porque pedia perdon, no solo para los que le crucificaban con la obra, sino para los que con sus pecados fueron causa de su crucifixion, los cuales tenia presentes en su memoria; y por los unos y por los otros dijo, perdona á estos. Ó caridad liberalísima y anchurosísima de Jesús, que te dilatas y extiendes á todos los pecadores, sin excluir á ninguno de cuantos quisieren recibir perdon; penetra sus corazones, para que todos se dispongan á recibir el perdon que les ofreces, y participen el fruto de la oracion que por ellos haces.

3. La otra palabra es, *porque no saben lo que se hacen*, en la cual excusa del modo que puede á sus enemigos; porque aunque la ignorancia de muchos de ellos fue muy grosera y afectada, y muy culpable; pero la caridad de este piadosísimo Redentor, con cualquier cosa de que pudo echar mano quiso encubrir y excusar la muchedumbre y gravedad de sus pecados. Y esta excusa *tambien se extiende* á todos los pecadores en su modo, porque todos tienen algun modo de ignorancia en no conocer, como deben, quién es Dios á quien ofenden, y cuán grave cosa es ofenderle, cuán grandes bienes pierden, y cuán terribles males acarrean; porque si todo esto lo conociesen, no le ofenderian. Y así tambien les cuadra lo que dice san Pablo (I *Cor.* II, 8): Nunca crucificaran en sí mismos al Señor de la gloria, si perfectamente, como es razon, le conocieran.

4. Esta excusa añadió Cristo nuestro Señor, no solo para mostrar su infinita caridad, y la gana que tenia de que su Padre perdonase á los pecadores, sino tambien para otros dos fines. El uno, para movernos á grande confianza en su misericordia; porque si él nos excusa, ¿quién nos acusará? ¿Quién, dice san Pablo (*Rom.* VIII, 33), acusará á los escogidos del Señor? Si Dios los justifica, ¿quién habrá que les condene? ¿Por ventura Cristo Jesús, que murió, resucitó y está sentado á la diestra del Padre, y ruega y aboga por nosotros? El otro fin fue para darnos ejemplo de como hemos de excusar las faltas de nuestros prójimos, aunque sean enemigos, atribuyéndolas á ignorancia ó inadvertencia y celo, ó á otra intencion menos mala. De suerte, que no solo no los acusemos ni exageremos el agravio que nos hacen, ni de él hagamos título, para que Dios les castigue, sino del mejor modo que pudiéremos le aligeremos, hacien-

do de la excusa título para que Dios les perdone. Ó Salvador dulcísimo, ¡cuán bien habeis subido hoy al monte de la mirra, y al collado del incienso (*Cant.* IV, 6), juntando en este monte Calvario mirra de mortificacion muy amarga, é incienso de oracion muy encendida! Confortad, Señor, mi corazon con esta mirra para que la abrace, y con este incienso para que os le ofrezca, buscando siempre vuestra gloria por todos los siglos. Amen.

PUNTO TERCERO.— 1. Últimamente, consideraré los efectos de esta oracion de Cristo nuestro Señor, ponderando lo primero, como el Padre eterno la oyó; porque si la oracion de los humildes y mansos siempre le agrada, como dice la Escritura (*Judic.* IX, 16), ¿cuánto mas le agradaria la oracion del humildísimo y amantísimo Hijo suyo? El cual, como dice san Pablo (*Hebr.* V, 7), cuando oró en la cruz con lágrimas, fue oido por su reverencia; esto es, por el respeto que se debia á la infinita dignidad de su persona, y por la reverencia con que se humilló y honró á su Padre; y así por esta oracion alcanzaron perdon muchos de los judíos que allí estaban; á los cuales convirtió san Pedro el dia de Pentecostes, no tanto por su predicacion, cuanto por la virtud de esta oracion de Cristo, por la cual tambien se da el perdon á todos los pecadores que le piden y reciben. Ó Padre eterno, oid la oracion de vuestro Hijo, perdonando los pecados que contra Vos he cometido. Perdonadme, Padre de misericordias, porque no supe lo que hice cuando os ofendí; y aunque yo no merezco ser oido, merécelo vuestro Hijo, por quien es, y por la reverencia que siempre os ha tenido.

2. Tambien puedo ponderar el efecto que obró esta oracion en la Vírgen santísima, y en san Juan y otras personas devotas que allí estaban: cuán admiradas quedarian de ver tanta caridad y mansedumbre en Cristo nuestro Señor, y cuán llorosas, por ver crucificado con tanto dolor al que oraba por sus perseguidores con tanto amor; especialmente la Vírgen santísima, tomando ejemplo de su Hijo, ejercitaria luego la misma caridad y amor de sus enemigos; y repitiendo la oracion que habia oido, diria: Padre, perdonad á estos, porque no saben lo que hacen. ¡Oh cuán agradable fue al Padre eterno la oracion de esta Vírgen humilde y mansa mas que todas las puras criaturas, cuán bien recibida fue en el cielo, y juntándola con la del Hijo, ayudaria á recabar el perdon que deseaba! Ó Abogada de los pecadores, abogad por mí delante de vuestro Dios, pidiéndole que me perdone, pues no supe lo que hice. Tambien á esta oracion de Cristo se puede atribuir la conversion del buen ladron y

del Centurion, y otros afectos, que se irán poniendo en las meditaciones siguientes.

MEDITACION XLVI.

DE LOS LADRONES QUE FUERON CRUCIFICADOS CON CRISTO NUESTRO SEÑOR, Y DE LA SEGUNDA PALABRA QUE DIJO AL UNO PROMETIÉNDOLE EL PARAÍSO.

PUNTO PRIMERO.— 1. *Crucificaron con Jesús dos ladrones* (*Luc.* XXIII, 33; *Ioan.* XIX, 18; *D. Thom.* 3 p. *q.* 46, *art.* 11), *poniendo uno á su mano derecha, y otro á la izquierda, y á él en medio.* Sobre este punto se ha de considerar la humildad rara de Jesucristo nuestro Señor en haber querido ser crucificado en medio de dos ladrones con tanta ignominia; y es de creer que escogerian los mas insignes que habia en la cárcel, otros tales como Barrabás, para que se cumpliese lo que estaba de él profetizado, que fue contado con los malhechores facinerosos. (*Isai.* LIII, 12). Y para ponderar mas esta humildad, tengo de levantar los ojos á mirar su *infinita dignidad*, considerando como él es Verbo eterno, que está como en medio de las divinas Personas; y el mismo que estuvo en el monte Tabor transfigurado en medio de Moisés y Elías, y el que es piedra angular, en quien se juntan los pueblos hebreo y gentil, y el dia del juicio estará sentado en el trono de su majestad, en medio de buenos y malos, teniendo los buenos al lado derecho, y los malos al izquierdo. Este Señor, pues, es el que está en este monte Calvario, y en este trono de la cruz, en medio de dos ladrones, despreciado y abatido como si fuera ladron; pero no se le pega de su compañía, ni malicia ni infamia; antes está allí representando el juicio que ha de hacer entre justos y pecadores.

2. En todo lo cual nos da ejemplo maravilloso con que nos consolemos cuando nos viéremos puestos en el lugar bajo, y contados en el número de los malhechores, persuadiéndonos que si no se nos pega su malicia, no nos podrá dañar su infamia. Ó Rey de la gloria, ¡cuán bien habeis mostrado que vinísteis al mundo para darnos ejemplo de humildad! En la entrada fuísteis puesto en un pesebre en medio de dos animales, y en la salida sois puesto en una cruz en medio de dos ladrones, para que el fin correspondiese al principio, y la humillacion fuese creciendo por sus grados, hasta el supremo que podia llegar. Concedednos, Señor, que á imitacion vuestra or-

dene mi vida de tal manera, que su principio, medio y fin sea humildad, abrasando por vuestro amor todo género de humillacion.

PUNTO SEGUNDO. — 1. *El uno de los ladrones, que estaba crucificado con Jesús, mofaba de él, diciéndole: Si tú eres Cristo, sálvate á tí mismo y á nosotros. El otro le respondió: Ni tú temes á Dios, estando en la misma condenacion de muerte que está este. Nosotros justamente estamos condenados, porque recibimos lo que nuestras obras merecieron; pero este ninguna cosa mala ha hecho.* (*Luc.* XXIII, 39). En este punto se ha de considerar la diferencia de los malos á los buenos, y la ignominia que Cristo recibe de los unos, y la gloria que recibe por medio de los otros.—Lo primero, uno de los ladrones, que se entiende era el del lado izquierdo, porque representaba á los reprobados, blasfemaba de Cristo nuestro Señor como los fariseos, zahiriéndole del pecado, porque decian estaba crucificado, que es haberse hecho Cristo y Mesías; lo cual fue de grande ignominia para el Salvador, pues llegó á tanto su desprecio, que un hombre vilísimo, condenado á muerte de cruz por sus ladrocinios y maldades, le escarneció, pareciéndole que ganaba indulgencia para bien morir en escarneciendo. Por donde se ve cuán propio es de los malos olvidarse de sus delitos y agravar los ajenos, murmurando de ellos y condenando á los que los cometieron, teniéndose á sí por inocentes en su comparacion; como sucedió á este mal ladron, el cual con este pecado hinchió la medida de su condenacion, y dió ocasion al Salvador para mostrar su admirable paciencia callando, sin responder palabra al injuriador que cabe sí tenia.

2. Al contrario de este, el otro que estaba á la mano derecha de Cristo, tocado con la inspiracion del Espíritu Santo, y ayudado de la gracia del Señor que tenia cabe sí, volvió por él, trazando así la divina Providencia, para que pues Cristo nuestro Señor sufria su injuria callando, no faltase quien respondiese por él; y en la respuesta ejercitó algunos actos heróicos de virtud, especialmente de caridad y humildad.—El primero fue, corregir al público blasfemo con palabras graves y concluyentes, diciéndole: *¿Ni tú temes á Dios estando á punto de muerte como este?* Como quien dice: Que no teman á Dios los que están sanos y sin peligro de muerte, menos malo es; pero que tú no le temas estando á peligro de morir, no es tolerable.—El segundo fue, confesar públicamente su culpa, y que justamente merecia la pena que padecia en aquella cruz, avisando de lo mismo al compañero.—El tercero fue, confesar la inocencia de Cristo nuestro Señor, diciendo: *Iste nihil mali gessit.* Este ningun

mal ha hecho. De suerte que tuvo ánimo para confesar delante de todo el pueblo, que los príncipes de los sacerdotes y los escribas se engañaban en acusar á Cristo, y que Pilatos erró en condenarle, y que todos hacian mal en blasfemar de él, porque de verdad ningun mal ni pecado habia hecho. ¡Oh varon admirable, que no tuvo vergüenza de confesar la inocencia de Cristo, cuando todo el mundo lo condenaba! Huyen los Apóstoles, encúbrense los discípulos, callan todos sus conocidos, temiendo la ira de los judíos, y solo este ladron en lo alto de la cruz predica á voces, que Cristo es inocente. Justo es, Salvador mio, que cumplais con él la palabra que dijísteis (*Matth.* x, 32): Quien me confesare delante de los hombres, yo le confesaré, y honraré delante de mi Padre y de sus Ángeles.

3. De este ejemplo he de sacar, que así como en el monte Calvario estuvieron tres en la cruz con diferente modo; uno, con culpa y con impaciencia; otro, con culpa y con paciencia; otro, sin culpa y con admirable paciencia: así tambien suele suceder en esta vida á los hombres; unos por sus pecados son castigados de Dios, llevando con impaciencia el castigo, y estos serán condenados como el mal ladron, bajando de la cruz al infierno; otros son *castigados por sus* pecados, llevando la pena con humildad y paciencia, diciendo aquello de Miqueas (*c.* vii, 9): *Iram Domini portabo, quoniam peccavi ei:* sufriré el castigo y la ira de Dios, porque pequé contra él; y estos, como el buen ladron, alcanzarán perdon de su pecado, y de la cruz irán al paraíso. Otros son afligidos sin culpa para su ejercicio y corona, llevando su afliccion con grande paciencia, á imitacion de Cristo nuestro Señor; y estos son mas dichosos, porque, como dijo san Pedro en su primera canónica (*c.* iii, 14), lo mas precioso de la cruz y del tormento es padecerle sin culpa; pero yo miserable, si no pudiere alcanzar esta dicha que sea de los postreros, porque estoy lleno de pecados, por los cuales merezco cualquier castigo, y puedo y debo decir lo que está escrito en Job (*c.* xxxiii, 27): Pequé, y verdaderamente delinquí, y no he recibido tanto castigo como mi pecado merecia; procuraré ser siquiera de los segundos, para alcanzar de Dios misericordia, siguiendo el ejemplo del buen ladron.

Punto tercero. — 1. Vuelto el buen ladron á Jesús, díjole: *Domine, memento mei, cum veneris in regnum tuum.* Señor, acuérdate de mí, cuando estuvieres en tu reino. En esta heróica oracion y peticion se ha de considerar lo primero, como este santo penitente, despues que hubo ejercitado las obras dichas de caridad y humildad, confesando su culpa, y la santidad de Cristo, luego tomó ánimo y

confianza para orar y pedir perdon de sus pecados, y la entrada en el cielo, con unas palabras breves y devotas, llenas de fe y confianza.-Lo primero, llámale Señor con grande reverencia, respetando al que de todos era vituperado y tenido por vil gusano y desecho del pueblo.-Lo segundo, confiesa que es Rey, y que tiene verdadero reino, al modo que él mismo lo habia dicho; no en este mundo, sino en el otro, y que por la cruz y muerte iba á tomar posesion de este reino eterno y celestial.-Lo tercero, pídele que se acuerde de él cuando entrare en su reino, como si dijera: No te pido que me salves aquí, librándome de la cruz como pide mi compañero, sino que me salves despues que muriere en la cruz, dándome la salud y salvacion eterna. Tampoco te pido que me lleves contigo á tu reino, y me dés trono y asiento en él; porque un ladron como yo no se ha de atrever á pedir cosa tan grande: solo te pido que te acuerdes de mí, y esto basta; porque si te acuerdas de mí, tú me darás buena muerte, y me pondrás en el lugar que quisieres de tu gloria. Ó ladron prudentísimo y humildísimo, ¡cuán bien has acertado á pedir y negociar el reino de los cielos, que los valientes han de arrebatar! (*Matth.* XI, 12). No te sucederá lo que á José con el copero de Faraon (*Genes.* XL, 14), con quien estaba preso en la cárcel, á quien pidió que cuando saliese de la prision, y se viese en su prosperidad, se acordase de él, pero luego se olvidó. No es esta la condicion del Señor con quien estás crucificado; porque pasado el tormento de la cruz, llegará el tiempo de su prosperidad, y tendrá memoria de tí, dándote parte de ella.

2. Lo segundo, tengo de ponderar las causas de donde procedió la conversion de este ladron, y su confesion y fe maravillosa; porque puesto caso que la principal causa fue la diestra de Dios, que obró esta mudanza en su corazon (*Psalm.* LXXVI, 11); pero esta diestra de Dios tomó medios para alumbrarle. Estos no fueron principalmente milagros, porque quizá no habia visto los milagros que Cristo hizo en su vida, ni habian comenzado los que sucedieron en la pasion. Tampoco fueron sermones, porque ningun sermon de Cristo habia oido; pero en lugar de milagros, le movió la heróica paciencia y mansedumbre que vió en Cristo en medio de tantas injurias; y en lugar de sermones, se enterneció con el ejemplo de aquella rara caridad, cuando le oyó rogar por sus enemigos. De donde sacó con la ilustracion del cielo, que aquel Señor era santísimo; y pues él decia que era Rey y Mesías é Hijo de Dios, así seria sin duda. De aquí sacaré yo (*Casian. Collat.* XII, *c.* 13) cuánto importa ser pa-

ciente, manso y caritativo, y de dar buen ejemplo, pues todo esto tiene fuerza de milagros y de sermones para convertir á los pecadores mas duros que peñascos. Ó dulce Jesús, que puesto en la cátedra de la cruz, con tu milagrosa paciencia y con tu maravilloso ejemplo de caridad convertiste al buen ladron, ayúdame para que á imitacion tuya haga yo semejantes milagros, dando semejantes ejemplos con que edifique á mis prójimos, enfrene á los malos, y encienda en mayor perfeccion á los buenos. Amen.

3. Finalmente, á imitacion del buen ladron, puesto á los piés de Cristo crucificado, repetiré yo una y muchas veces con grande afecto la misma oracion, diciéndole: Señor, acuérdate de mí cuando estuvieres en tu reino. Ó Rey eterno, confieso que por mis pecados justamente estoy puesto en la cruz de muchos trabajos y tentaciones; no te olvides de mí, ni permitas que me pierda. Y pues ya estás pacífico en tu reino, ten memoria de este miserable, mirándole con ojos de misericordia.

PUNTO CUARTO. — 1. *Respondióle Cristo nuestro Señor: De verdad te digo, hoy serás conmigo en el paraíso.* En esta segunda palabra, que Cristo nuestro Señor dijo, se han de considerar las *inestimables* riquezas y tesoros de su liberalidad y misericordia, y de su bondad y caridad. — Lo primero, se descubre aquí la eficacia de la oracion, en que rogó por los pecadores, cogiendo luego el fruto de ella en este grande pecador; del cual dicen algunos, que al principio blasfemaba de Cristo, juntamente con su compañero, por decir san Mateo y san Marcos en número plural que los ladrones escarnecian de él; y siendo esto así, mucho mas campea la virtud de Cristo en trocar á este blasfemo, como despues se mostró en trocar á Saulo por la oracion de san Estéban.

2. Tambien resplandece aquí la eficacia de la sangre de Jesucristo, derramada en la cruz, cuyas primicias fueron este buen ladron, trocándole con modo maravilloso, perdonándole sus pecados á culpa y á pena, prometiéndole la entrada en el paraíso, sin dilacion, y asegurándole de ella. Ó buen Jesús, ¡cuán amigo sois de ejercitar en todo lugar vuestro oficio de justificar los pecadores! En el vientre de vuestra Madre justificais á vuestro Precursor; en el pesebre llamais á los Magos, ilustrándolos con vuestra gracia; y en la cruz llamais á este ladron, prometiéndole la vida eterna, en saliendo de la vida temporal. Gracias os doy por tan inmensa liberalidad, y humildemente os suplico ejerciteis conmigo este oficio de Salvador, para que reine con Vos por todos los siglos. Amen.

3. Lo tercero, se ha de ponderar la liberalidad de esta promesa. No pide el ladron á Cristo, sino que se acuerde de él cuando estuviere en su reino, y Cristo le asegura, que en aquel mismo dia estará con él en su reino. O Rey soberano, bien bastara prometerle que de allí á algunos años entraria en vuestro reino; pero vuestra caridad quiere apresurar los plazos; y en lugar de purgatorio, le admite por paga los tormentos que padece; y para que no desmaye en los que ha de padecer, cuando le quiebren las piernas, le dice: Hoy serás conmigo en el paraíso. Hoy se trocará tu suerte, y de esta cruz de tormentos pasarás al paraíso de deleites, y allí estarás conmigo; porque yo he dicho, que quien me siguiere, estará donde yo estoy (*Joan.* XII, 26): y pues tú me has seguido en la cruz, tambien me seguirás en la gloria, entrando hoy á estar conmigo en ella. Ó Rey de la gloria, si con tanta liberalidad premiais al que solamente os siguió tres ó cuatro horas del dia, ¿cómo premiaréis al que os siguiere con perfeccion todas las horas y edades de su vida? Si tan agradecido os mostrais al pecador que os ha injuriado innumerables veces, por una sola vez que os honra, ¿qué agradecimiento mostraréis al que toda la vida gasta en honraros? Ó dichoso ladron (*Matth.* XX, 8), que habiendo estado todo el dia ocioso, llegaste á la viña una hora antes de anochecer, y te diste tanta priesa á trabajar, que siendo el postrero, mereciste ser el primero: el primero, digo, de los mortales que, en saliendo de esta vida, recibió luego el denario de la gloria. Date priesa, ó alma mia, á trabajar, pues mas merecerás con el fervor del trabajo que con el largo tiempo; y juntando ambas cosas, será mas copioso tu galardon.

PUNTO QUINTO. — 1. Últimamente, tengo de considerar las dos suertes de hombres malos y buenos que se representan en estos dos ladrones, de los cuales uno fue reprobado, y otro escogido, acordándome de lo que dice Cristo nuestro Señor (*Matth.* XXIV, 40), que en el dia del juicio, de dos que estarán en el campo, ó en el molino, ó en lecho, uno será tomado, y otro dejado, que fue decir: De todos estados y modos de vida, unos serán tomados para el cielo por las buenas obras que hicieron, prevenidos y ayudados de la divina gracia, y otros serán dejados para el infierno por las culpas que hicieron con su libre albedrío. De suerte que quien está en el molino del estado de matrimonio con muchos cuidados y trabajos, no ha de perder la confianza de su salvacion; y quien está en el lecho del estado de continencia con mucho descanso, no ha de perder el miedo de su condenacion; y el que trabaja en el campo de la vida activa,

y el que descansa en el lecho de la vida contemplativa, han de vivir con esperanza mezclada con temor de los juicios de Dios, á quien humildemente suplicaré que no sea yo de los dejados, sino de los escogidos, haciendo vida digna de que Dios me tome para sí, colocándome en su paraíso.

2. Tambien ponderaré, como la sangre de Jesucristo, aunque era poderosa para justificar á los dos ladrones, solamente obró en el uno, para darnos motivos juntamente de temor contra la presuncion, y de confianza contra la pusilanimidad. De suerte que los grandes pecadores, cuando se ven cercanos á la muerte, no desesperen, viendo que un ladron en aquella hora hizo penitencia, y alcanzó misericordia; pero ninguno presuma vivir á sus anchuras, dilatando la penitencia hasta la muerte, viendo que el otro ladron, aunque estaba junto á Cristo, murió sin penitencia castigado con el rigor de la divina justicia. Y harto motivo de temor es, ver que entre tantos malos como estaban en el monte Calvario, á un solo ladron se dijo: Hoy serás conmigo en el paraíso.

3. Finalmente, se puede ponderar la impresion que haria en la Vírgen sacratísima todo este suceso, así la confesion *del ladron*, como la respuesta de su Hijo, y cómo se consolaria algun tanto de ver que no faltaba quién volviese por su honra; y cómo se confirmaria en la fe, viendo una promesa tan grandiosa, en la cual se declaraba que por la pasion de su Hijo se abrian las puertas del cielo, que tantos millares de años habian estado cerradas. Ó alma mia, en medio de las lágrimas, respira un poco con estas dulces nuevas, mira que hoy se abren las puertas del paraíso, y aunque es á costa de la sangre de tu Señor, él se consuela de derramarla, para que con ella se quebranten las cerraduras de estas puertas. Ó santo Abrahan, ya no me maravillo de que os alegrásedes cuando vísteis en espíritu este dia (*Ioan.* VIII, 56), pues en él se habia de abrir el paraíso para Vos y vuestros hijos, imitadores de vuestra fiel obediencia. Ó Salvador del mundo, en cuyas manos clavadas en la cruz está la llave de David (*Apoc.* III, 7), con la cual abrís, y ninguno cierra, cerrais, y ninguno abre; abridme las puertas del cielo, que mis pecados cerraron, y cerradme las puertas del infierno, que ellos abrieron, para que en el dia de mi muerte pueda, como el buen ladron, entrar con Vos en el paraíso. Amen.

MEDITACION XLVII.

DE LA TERCERA PALABRA QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR HABLÓ EN LA CRUZ CON SU MADRE Y CON SAN JUAN.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Estaban cerca de la cruz de Jesús, su Madre y la hermana de su Madre, María Cleofé, y María Magdalena, y el discípulo á quien amaba.* (*Ioan.* XIX, 25). Sobre este punto se ha de considerar, como se acercaron á la cruz de Jesús las personas que mas se señalaron en amarle; porque no hay mayor señal de amar á Cristo, que seguirle hasta la cruz, compadeciéndose de sus dolores é ignominias, y haciéndose participante de ellas; y cuanto mas cerca nos llegamos, y con mayor estabilidad y firmeza, tanto mayores muestras damos de este amor, como las cuatro personas que aquí se nombran. Entre las cuales, la capitana y guia fue la Vírgen sacratísima, por cuyo respeto fueron los demás en su compañía, y sin la cual no tuvieran ánimo para asistir allí; pero ella, como mas firme en la fe, y mas encendida en el amor, pospuesto todo el peligro humano, y atropellando por todas las dificultades é ignominias que de aquí se le habian de seguir, quiso hallarse presente á la pasion de su Hijo, y se puso en pié cerca de la cruz, con grande constancia y fortaleza, acercándose con el cuerpo todo lo mas que le fue permitido.

2. Pero con el espíritu se acercó tanto, que se pegó con ella y con su Hijo, y allí quedó espiritualmente crucificada con él, por la grandeza del amor y del dolor, como se ponderó en la meditacion fundamental. De suerte, que tres clavos la tenian allí crucificada. – El primero, la viva aprension de lo que su Hijo padecia. – El segundo, el entrañable amor que le tenia, no solo como á Hijo, sino como á su Dios y bienhechor infinito, por lo cual todos sus trabajos tomaba por propios. – El tercero, era la compasion de que tal Persona padeciese tanto por pecados ajenos; de donde resultaba en su ánima un dolor tan grande, que bastó por martirio, como si muriera en otra cruz. Miraba la cabeza de su Hijo espinada, y quedaba la suya traspasada con espinas; miraba las manos enclavadas, y quedaban las suyas penetradas con los clavos; miraba los huesos desencajados, de modo que se podian contar, y los suyos se estremecian de dolor. Y á este modo, cuanto el Hijo padecia corporalmente, padecia la Madre espiritualmente, pero terriblemente. Ó Vírgen de las Vírgenes,

¡con cuánta razon podemos hoy llamaros Mártir de los Mártires! pues como á todas las Vírgenes excedísteis en la flor de la virginidad, así á todos los Mártires excedeis en el fruto del martirio. Mártir sois en el deseo fervoroso de padecer todos los tormentos de muerte que vuestro Hijo padecia; y mártir tambien, por los terribilísimos dolores que con su vista padecísteis, bastantes para daros la muerte, si vuestro Hijo no os conservara la vida. ¡Oh quién pudiera acompañaros en este modo de martirio! Alcanzadme, ó Reina de los Mártires, que tenga en él alguna parte, martirizando mi carne con penitencias, y mi espíritu con abnegaciones, acercándome con fortaleza de corazon á la cruz de vuestro Hijo, y crucificándome en ella como os crucificásteis Vos.

Punto segundo.— 1. *Como viese Jesús á su Madre, y al discípulo que amaba, dijo á su Madre: Mujer, ves ahí á tu hijo.* Aquí se ha de ponderar lo primero, la caridad de Cristo nuestro Señor, juntamente con la entereza y autoridad que mostraba en medio de tantos dolores y desprecios, atendiendo á las obras de piedad y de misericordia, y á las obligaciones de su oficio, como si no estuviera padeciendo. Ya ruega por sus enemigos, como sumo sacerdote; ya promete el paraíso, como redentor; ya mira por su Madre, como hijo; y por su discípulo, como maestro; enseñándonos con este ejemplo que no hemos de faltar á nuestras obligaciones, por vernos rodeados de trabajos. Ó supremo sacerdote Jesús, ¡cuán diferente sois del otro sumo sacerdote Aaron (*Levit.* x, 19), que dijo no podia hacer bien su oficio, estando con ánimo lloroso y triste! Pero Vos, Salvador mio, rodeado de trabajos y afligido con tristezas, haceis perfectísimamente vuestros oficios, orando por vuestros enemigos, aplacando á vuestro Padre, y mirando por el consuelo de vuestra Madre. Dadme, Señor, esta entereza de corazon, para que nunca deje de hacer lo que me habeis encargado, aunque me vea muy atribulado.

2. Lo segundo, ponderaré las palabras que dijo á la Vírgen: *Mujer, ves ahí á tu hijo.* Como quien dice: No me olvido de tí, ni de la obligacion que te tengo como hijo; mas pues yo me aparto de este mundo, en mi lugar te dejo á Juan por hijo, para que haga contigo oficio de hijo, sirviéndote y haciendo lo que yo habia de hacer con tal Madre; pero no la quiso llamar madre, sino mujer, lo uno, por no afligirla con esta palabra tan tierna; y lo otro, principalmente para mostrar cuán descarnado estaba de todo lo que era carne y sangre, atendiendo á las obras de su Padre celestial, por lo cual nunca se le haberia llamado con este nombre (como en la meditacion IX

de la parte III lo ponderamos). Esta palabra causó gran sentimiento en el corazon de la Vírgen, así porque entendió que su Hijo se despedia de ella para morir, como porque consideró el trueco tan desigual, que era trocar al Hijo de Dios vivo, por el hijo de un pobre pescador, y al Maestro del cielo, por el discípulo de la tierra. Ó Salvador del mundo, si como mirando al discípulo, dijísteis á vuestra Madre, ves ahí á tu hijo, mirándoos á Vos mismo dijérades: *Mulier, ecce filius tuus:* ves aquí á tu Hijo; ves aquí el que concebiste por obra del Espíritu Santo, y pariste sin dolor; ves aquí al que reclinaste en un pesebre, en medio de dos animales, y le diste leche con tus pechos; ves aquí al que trajiste en tus brazos, recreándote en mirarle y regalarle; ves aquí á tu Hijo puesto en los brazos de una terrible cruz, y en medio de dos ladrones, todo desfigurado y desangrado. Mira si me conoces por Hijo, y si me mandas algo como Madre; y pues callas y no me dices nada, en mi lugar te dejo á mi discípulo: *Ecce filius tuus;* ves ahí á tu hijo.

3. Pero mas adelante pasó la caridad de este Señor para con nosotros en estas palabras, y mas abondó la inteligencia de su Madre en ellas, porque no solamente la dió por hijo á Juan, sino en él á todos los demás discípulos que tenia, y tendria hasta la fin del mundo, por todos los cuales dijo: Mujer, ves ahí á tu hijo, toma por hijo á mi discípulo, y á todos los que fueren discípulos mios, porque mi voluntad es que tú seas su madre, y ellos tus hijos; y que mires por ellos como por hijos tuyos, procurando su bien con toda solicitud. Gracias te doy, dulcísimo Jesús, por haber encargado á tu Madre que nos tome por hijos, haciéndonos con esto tus hermanos. Ó Vírgen benditísima, desde hoy mas tengo de deciros confiadamente: *Ecce filius tuus.* Señora mia, veis aquí á vuestro hijo: acordaos que os mandó vuestro Hijo unigénito me tomásedes por hijo adoptivo, reconocedme por hijo, y mirad por mi remedio.

Punto tercero. — 1. *Despues dijo al discípulo: Ves ahí á tu madre, y desde aquella hora la recibió el discípulo por suya.* Primeramente se ha de ponderar que como las palabras de Cristo nuestro Señor son eficaces para hacer lo que dicen, en la forma que él quiere hacerlo, con esta palabra imprimió á la Vírgen espíritu de madre para con san Juan y con los demás discípulos; y en san Juan imprimió espíritu de hijo para con su Madre; y el mismo espíritu comunica á todos los que son perfectos discípulos suyos. Y pues esta palabra no se dijo á solo san Juan, sino en él á todos sus semejantes; he de imaginar que Cristo nuestro Señor me dice: Ves ahí á tu Madre, ámala

y venérala como á madre, obedécela y sírvela en cuanto pudieres, y acude á ella en todas tus necesidades; porque como te dí á mi Padre por tuyo, así te doy á mí Madre por tuya: vive, pues, como hijo de tal Madre. Ó dulcísimo Jesús, ¿de dónde á mí tanto bien, que me dais á vuestra Madre por mi madre? Dadme, Señor, espíritu de verdadero hijo, para que la sirva como merece tan gloriosa Madre. Ó Madre benditísima, cierto estoy que siendo tan obediente como sois á vuestro Hijo, luego aceptaréis el oficio de mi madre: *Monstra te esse matrem, sumat per te preces qui pro nobis natus tulit esse tuus: Muéstrate ser madre, reciba por tí los ruegos el que naciendo por nosotros quiso ser tu Hijo. Amen.*

2. Lo segundo, ponderaré las causas por las cuales hizo Cristo nuestro Señor este favor á san Juan. Las principales fueron dos, y ambas juntas le dispusieron para recibirle.—La primera, porque fue vírgen, y convenia que el Hijo vírgen no encomendase su Madre vírgen sino á discípulo vírgen; con lo cual declaró la estima que tenia de la virginidad de cuerpo y alma.—La segunda, porque se señaló en la caridad y amor de Cristo, siguiéndole hasta la cruz, y poniéndose cerca de ella, rompiendo por todas las *dificultades que* de esto le apartaban, como apartaron á los demás discípulos, y pues se señaló mas que ellos, digno era de ser favorecido mas que todos. De donde sacaré un gran deseo de imitar á la Vírgen, y al glorioso san Juan, en la castidad y en el amor de Cristo y de su cruz, para ser digno de que la Vírgen me tome por hijo, y yo pueda tenerla por madre.

3. Finalmente, se ha de considerar lo que dice el Evangelista, que desde aquella hora el discípulo la tomó por suya: de la Vírgen no dice que desde aquella hora le tomó por hijo, porque ya se estaba dicho, por ser ella tan obediente, que bastaba saber cualquier señal de la divina voluntad para cumplirla; pero de sí dice que, *accepit eam in suam*, que la tomó á su cargo para ejercitar con ella todos los oficios de un buen hijo para con su madre; los cuales cumplió con grande puntualidad y diligencia, no solo por habérselo mandado su Maestro, sino tambien porque se tenia por dichoso en servir á tal Madre. Ó glorioso Evangelista, gózome de la buena suerte que os ha cabido en este dia; suplicad á vuestro dulce Maestro me dé el espíritu de hijo, que os dió para con su Madre, para que la sirva yo como la servísteis Vos. Ó Salvador mio, pues tan liberal os mostrais en la cruz, que dais vuestro paraíso al ladron que se convierte, y vuestra Madre al discípulo que os ama; usad conmigo de esta libe-

ralidad, dándome en esta vida devocion cordial con vuestra Madre, por cuyo medio espero hallar entrada en el paraíso, donde reine con Vos y con ella por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XLVIII.

DE LAS TINIEBLAS QUE SUCEDIERON EN TODA LA TIERRA, Y DE LA CUARTA PALABRA QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR HABLÓ EN LA CRUZ.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Habiendo sido Cristo nuestro Señor crucificado cerca de la hora de sexta, que es al mediodía, poco despues sucedieron unas grandes tinieblas en toda la tierra que duraron hasta hora de nona, que es las tres de la tarde.* (*Matth.* XXVII, 45; *Marc.* XV, 33; *Luc.* XXIII, 44; *D. Thom.* 3 *p. q.* 44, *art.* 2). En lo cual se ha de considerar las causas por que Nuestro Señor ordenó estas tinieblas milagrosas, eclipsándose el sol en tal coyuntura por tanto tiempo. — Lo primero, para manifestar la ira que tenia contra aquel pueblo ingrato, por el delito atroz que cometia contra Cristo, pues no eran dignos de ver la luz del sol los que quitaban la vida al Sol de justicia. Y tambien con estas tinieblas exteriores significaba las interiores de aquella miserable gente, y las eternas en que habian de caer por su obstinacion.

2. Lo segundo, para manifestar la inocencia y majestad de Cristo nuestro Señor con este milagro, haciendo que el sol se oscurezca, y cubra á la tierra de luto por la muerte de su Hacedor; y del modo que puede, muestre compasion de sus dolores é ignominias, y escondiendo su luz quite la ocasion á los perseguidores de mirarle con escarnio, y á los blasfemos de añadir nuevas blasfemias, haciéndolos retirar con aquella oscuridad. Ó Sol de justicia; justo es que el sol material se oscurezca, estando tú tambien oscurecido con tristeza, y á punto de trasponerte al hemisferio de la otra vida; pero mas justo fuera que yo me entristeciera de tu muerte, pues yo soy la causa de ella. No permitas, Señor, que yo sea tan ciego, que no vea la razon que tengo de entristecerme, ni tan duro que no me compadezca de tu tormento.

3. Lo tercero, ordenó Cristo nuestro Señor estas tinieblas, para que cesando con esta repentina noche el bullicio de la gente, pudiese á sus solas y con quietud gastar aquellas tres horas en apercibirse para la muerte, y en orar con gran fervor y lágrimas por nosotros; á la manera que cuando predicaba, gastaba los dias en su oficio,

conversando con los hombres; y en viniendo la noche, se recogia á los montes á orar, haciendo todo esto, no por su necesidad, sino por nuestra enseñanza y ejemplo. Así estando en el monte Calvario, tendidas sus manos en la cruz, despues que hubo cumplido los oficios de piedad, arriba dichos, quiso en aquellas tres horas de tinieblas que sucedieron ocuparse totalmente en orar (*Hebr.* v, 7), aplicando su oracion por todos los fieles que tenia presentes en su memoria, de los cuales era yo uno por quien aplicaba su oracion. Ó dulce Jesús, enseñadme á orar con la quietud y espíritu que en estas tres horas oraste; y avivad mi tibieza para que me aproveche del tiempo que tengo de vida, aparejándome con gran fervor para la muerte.

4. Tambien puedo ponderar como la Vírgen santísima gastaria este tiempo en orar con gran fervor, levantando su espíritu á una contemplacion muy alta, no de afectos gozosos sino dolorosos, á imitacion de su Hijo. Y lo mismo es de creer haria san Juan y el buen ladron, inspirándoles este Señor á ello, y diciéndoles desde su cruz con palabras interiores: Velad y orad conmigo, porque no caigais en tentacion.

Punto segundo.— 1. *Cerca de la hora nona, que era las tres de la tarde, clamó Jesús diciendo* (*Matth.* xxvii, 46): *Heli, Heli, lamma sabacthani; que quiere decir: Dios mio, Dios mio, ¿por qué me desamparaste?* Esta fue la cuarta palabra que Cristo nuestro Señor habló en la cruz poco antes de espirar, y díjola con gran clamor para que se entendiese que estaba vivo, y para declarar el afecto con que la decia, afligidísimo por el interior desamparo que sentia. Este desamparo estuvo en dos cosas. La primera, en que el Padre eterno le dejaba padecer sin librarle de aquellos terribles trabajos en que estaba; lo cual es un modo de desamparo que usa Dios con los justos para su provecho; pero en Cristo nuestro Señor fue terribilísimo, porque no hallaba descanso en cosa alguna. La cabeza no podia descansar sobre la cruz sin nueva pena; las manos no podian sustentar el cuerpo sin rasgarse con mayor dolor; los piés no podian con la carga, sin aumentar sus heridas; y viéndose por todas partes afligido, levantó la voz al cielo con gran clamor, diciendo: Dios mio, Dios mio, ¿por qué me desamparaste?

2. La segunda cosa en que estuvo este desamparo, fue en que la divinidad desamparó á la humanidad, cuanto á los consuelos sensibles, dejándola padecer con las tristezas y agonías que tuvo en el huerto, las cuales duraron hasta que murió; y porque ninguno piense que su paciencia era insensibilidad, y que el acudir á sus cosas

de los otros procedia de no sentir sus penas, quiso con esta palabra declararlas, diciendo: Dios mio, Dios mio, ¿por qué me desamparaste? Mas para que entendiésemos que esta queja no nacia de desesperacion, sino de amor por la razon dicha: no dijo Dios, Dios, ¿por qué me desamparaste? sino Dios mio, Dios mio; como quien dice: Dios eres de todos, porque les das el ser que tienen; pero mucho mas eres Dios mio, porque me comunicas tu divino ser, y me amas con especial amor, y yo te amo con el mismo; pues ¿por qué me desamparas en esta tribulacion? Ó buen Jesús, no es necesario que venga otra vez Ángel del cielo como en el huerto para confortaros en vuestra afliccion, diciéndoos las causas de este desamparo, porque ya está muy cercano á su fin, pero yo, Señor, os la diré, para que se descubra en mí vuestra inmensa caridad; porque yo os desamparé, apartándome de vuestra voluntad, por cumplir la mia, quereis ser desamparado de vuestro Padre, mereciendo con este desamparo que nunca me desampare su misericordia, y para darme ejemplo de paciencia cuando sintiere semejante desamparo, pues no es mucho pase el discípulo por donde pasó su maestro. Ó Maestro dulcísimo (*Psalm.* CXVIII, 8), *non me derelinquas usquequaque*, no me desampares con demasía, y cuando desfalleciere mi virtud, no me desampare tu gracia. (*Psalm.* LXX, 9).

3. Tambien puedo considerar como Cristo nuestro Señor se queja de otro desamparo, que sentia mucho mas que los que están dichos, viendo que sus discípulos le habian desamparado, y el pueblo hebreo le habia dejado, y millares de hombres habian de desampararle, dejando su fe, atropellando sus Sacramentos, y desechando los frutos que de su pasion podian sacar. Ó dulce Jesús, no me espanto que os quejeis de este desamparo, pues siendo vuestra redencion tan copiosa y vuestra pasion tan penosa, apenas hay quien se aproveche de ella. Ó Amparador nuestro, ¡cuán desamparado os veo en este mundo! Unas naciones no quieren recibir vuestra fe; otras la dejan; y otras, aunque reciben vuestra ley, dejan el cumplimiento de ella, y unos desamparan á otros, desamparándoos en cada uno de vuestros pequeñuelos. Ó Padre eterno, no desampareis así á vuestro Hijo; y pues tan bien lo ha trabajado en su pasion, haced que sea de todos conocido y adorado por ella.

PUNTO TERCERO. — 1. Aunque Cristo nuestro Señor solamente dijo en voz alta las palabras referidas, que son principio del salmo XXI, que trata de su pasion, piamente se puede creer que en secreto prosiguió todo este salmo, contando á su Padre todos los trabajos que

están expresados allí; pero con mayores ansias diria aquellas palabras: Libra, Señor, mi alma del cuchillo, y defiende á la única querida mia del poder del perro: sácame de la boca del leon, y libra mi pequeñez de los cuernos del unicornio. Llama cuchillo á la muerte, á que está condenado por la divina justicia; y perro á Caifás con los demás perseguidores, que mordian su fama: leon á Pilatos, con los ministros y soldados que le despreciaban y afligian con aquellos tormentos; y unicornios á los poderes de las tinieblas infernales, que solicitaban á sus enemigos contra él. Estas palabras diria con gran sentimiento, conforme á lo que de él dice san Pablo (*Hebr.* v, 7): Que en los dias de su carne hizo oracion con gran clamor y lágrimas al que le podia salvar, y librar de la muerte.

2. Tambien se ha de considerar el sentimiento grande que tendria la Vírgen cuando oyó decir á su Hijo estas lastimosas palabras; las cuales en entrando por sus oidos penetraron su corazon, y le levantó al eterno Padre, suplicándole que no desamparase á su afligido Hijo; y como ella sabia tambien los Salmos de David, es de creer que cuando este divino cantor con voz llorosa comenzó este salmo XXI en el facistol de la cruz, ella juntamente le proseguiria en *su corazon*, doliéndose de los tormentos que allí se van contando de su Hijo, y con el mismo espíritu le tengo yo de decir y rumiar, haciendo pausa en cada palabra de él.

3. Últimamente, ponderaré como algunos de los circunstantes que oyeron esta palabra, dijeron: *A Elías llama, esperad, y verémos si viene á librarle.* Esto dirian aquellos malvados perseguidores por mofa de Cristo, juzgando del vocablo *Heli;* como quien dice: Es tan miserable, que no puede salvarse á sí mismo, y así se queja y pide el favor de Elías. De esta manera torcian las palabras del Redentor para escarnecerle con ellas, permitiéndolo así su bondad para ser por todas maneras atormentado en la cruz. No permitas, Señor, que yo tuerza tus palabras, ni use de ellas para otra cosa, que glorificarte y servirte. Y pues son palabras de vida eterna, concédeme que por ellas la alcance. Amen.

MEDITACION XLIX.

DE LA SED QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR PADECIÓ EN LA CRUZ, Y DE LA QUINTA PALABRA QUE HABLÓ EN ELLA.

PUNTO PRIMERO. —*Sabiendo Jesús que todas las cosas estaban cumplidas, para que se cumpliese la Escritura, dijo: Sed tengo.* (*Ioan.*

XIX, 28). Cerca de este misterio se ha de considerar lo primero, la terrible sed que Cristo nuestro Señor padecia, porque desde la noche antes no habia bebido, y habia padecido grandes trabajos, andado muy aprisa muchas jornadas, y vertido mucha sangre con los azotes y espinas; y en la cruz, donde habia estado cási tres horas; por lo cual dijo el mismo Señor en el salmo XXI: Mi virtud se secó como una teja, y mi lengua se pegó al paladar, y llegué á estar como polvo á punto de perecer. Con ser la sed tan grande, la sufrió y disimuló hasta que estaba para espirar, y entonces la declaró para que supiésemos lo que padecia en castigo de nuestras glotonerías y embriagueces, y se lo agradeciésemos, alentándonos á padecer semejante sed por su amor, teniendo paciencia cuando nos viéremos acosados de ella. Ó valeroso Sanson (*Iudic.* XV, 15), que despues de haber muerto mil filisteos con la quijada de un jumento, teneis sed mortal, pedid á vuestro Padre, que de esa cruz en que venceis á vuestros enemigos saque una fuente de agua con que se mate vuestra sed. Ó Piedra viva, y pedernal de fuego amoroso, pues estais herido con la vara de la cruz, brotad como la piedra que hirió Moisés (*Exod.* XVII, 6), alguna fuente de agua con que refresqueis vuestra afligida lengua. Mas ya veo, Señor, que vuestra caridad no quiere sino brotar arroyos de sangre para lavar nuestras culpas, pues su refrigerio es padecer mucho por librarnos de ellas. Por vuestra sed os suplico me deis paciencia y templanza, para que ni la falta de la bebida me turbe, ni su abundancia me desordene.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Demás de esta sed corporal tuvo Cristo nuestro Señor sed insaciable de tres cosas, las cuales podemos sacar de la causa que da el Evangelista, por la cual dijo esta palabra: Sed tengo; es á saber, porque viendo como estaban ya cumplidos todos los trabajos que de él habian profetizado los Profetas, y que solamente faltaba uno, que era darle vinagre en su sed (*Psalm.* LXVIII, 22); para que este se cumpliese, dijo: Sed tengo, provocando con esta palabra á que le diesen á beber del vinagre que allí tenian. En lo cual se descubren tres excelentísimas vírtudes de este excelentísimo Señor, en que se fundan tres suertes de sed que le afligian. La primera, fue una insaciable sed de obedecer, con la cual deseó cumplir la voluntad de Dios en todas las cosas, sin dejar una jota, ni una tilde, ni cosa alguna por penosa que fuese; y como sabia que era voluntad del Padre que en su sed le diesen vinagre, no quiso dejar de cumplirla, y por esto dice que tiene sed, no tanto de beber agua, cuanto de gustar aquel vinagre por obede-

cerle. Ó amantísimo Jesús (*Ioan.* IV, 34), cuyo manjar y bebida fue cumplir la voluntad de tu Padre, dame sed de esta obediencia tan ferviente, que no halle descanso en otra cosa que en cumplirla.

2. La segunda sed, fue un entrañable deseo de padecer por nuestro amor; porque por mucho que habia padecido, deseaba padecer mucho mas, y sin duda lo padeciera si esta fuera la voluntad de su Padre. Y de aquí procedió, que viendo como le faltaba por padecer la bebida del vinagre, dijo: Sed tengo. Y no lo dijo para pedir refrigerio, sino por padecer nuevo tormento. Ó Redentor mio, confuso estoy de mí mismo; porque la sed que yo tengo no es de padecer dolores, sino de tener muchos regalos: quitad de mí tan perniciosa sed, y trocadla en otra sed como la vuestra, para que siempre tenga sed de padecer mas y mas por vuestro amor.

3. De estas dos virtudes procedió el modo que tuvo Cristo nuestro Señor de manifestar su necesidad lleno de admirable santidad, porque la manifestó sencillamente sin alegar razones ni causas para persuadir que le diesen de beber; ni aun lo pidió expresamente, sino solo dijo: Sed tengo; como quien dice: Esta necesidad padezco, vosotros ved si la quereis remediar, y el cómo y cuándo la remediaréis. Con lo cual nos enseña, especialmente á los religiosos, el modo como hemos de representar nuestras necesidades temporales á Dios nuestro Señor en la oracion, y á nuestros prelados con grande resignacion, contentándonos con declarar la necesidad, dejando á su providencia el remedio de ella, cuanto al tiempo y modo y á lo demás, quedando aparejados para sufrirla hasta la muerte, si Dios así lo dispusiere. Y ¿qué mucho yo haga esto con Dios, que es mi Padre, y con los prelados, que son ministros suyos, pues Cristo nuestro Señor lo hizo con los sayones y verdugos, de quien no esperaba remedio de su trabajo? Por ventura (*Matth.* VII, 9), si pidiere á Dios pan, ¿daráme piedra? Y si le pidiere pesce, ¿daráme escorpion? Y si le pidiere huevo, ¿daráme serpiente? ó si le dijere, sed tengo, ¿daráme hiel y vinagre? No es Dios padre tan cruel para conmigo que me niegue lo que me conviene, ó me dé lo que ha de hacerme daño: y pues esto es así, basta decirle mi necesidad, dejándole con entera resignacion el cuidado de remediarla.

4. La última sed, fue de la salvacion de las almas que con su pasion redimia, deseando que su sangre aprovechase á todos, y que todos sirviesen á su Padre, y le diesen la gloria y culto debido como á Dios, porque siempre el celo ardiente de la casa de Dios le comia las entrañas (*Psalm.* LXVIII, 10), y de aquí procedia esta sed

que con mayores ansias padeció en la cruz. Y en especial tengo de ponderar la sed que allí tenia de mi salvacion, y de que yo le sirviese con perfeccion, dándole gracias por ella, y animándome á darle de beber para refrigerar su sed. Ó alma mia, mira que tu Señor está diciendo que tiene sed de que seas obediente, paciente, humilde y caritativa; dale de beber lo que te pide por aliviar su trabajo. Tomad, Salvador mio, el vaso de mi corazon, en el cual os ofrezco unos fervientes deseos de serviros. Bebed lo que deseais, metiéndome en vuestras entrañas, de modo que nunca me salga de ellas. Amen.—De aquí sacaré que si quiero perfectamente imitar á Cristo nuestro Señor, tengo de procurar la sed de las tres cosas dichas; esto es, de obedecer á Dios, de padecer por Dios, y de que muchos sirvan á Dios, porque tras estas se seguirá la sed de ver á Dios fuerte y vivo. (*Psalm.* XLI, 3). Y así se cumplirá en mí lo que dijo Cristo nuestro Señor (*Matth.* v, 6): Bienaventurados los que tienen sed de la justicia, porque ellos serán hartos.

PUNTO TERCERO. — 1. *Estaba allí una vasija llena de vinagre, y corriendo luego un soldado, tomó una esponja, y empapándola en el vinagre, la puso sobre una caña, y la juntó á la boca de Cristo para que bebiese.* (*Ioan.* XIX, 29; *Matth.* XXVII, 48). En este paso se ha de considerar la terrible escasez y crueldad del hombre contra Dios, y la inmensa largueza y bondad de Dios para con el hombre; porque no pudo ser mayor liberalidad, que derramar Dios toda la sangre de sus venas sin dejar gota, para el bien del hombre; ni pudo ser mayor cortedad y villanía, que en este tiempo no dar el hombre algun alivio á la sed de Dios. Pero particularizando esto, he de considerar lo primero, el desamparo de Cristo nuestro Señor en esta su sed, sin tener quien se compadeciese de él, y le diese agua con que refrescarse, sino vinagre, y aun ese mezclado con la yerba del hisopo mortal y desabrida. Sufria este trabajo su Majestad con admirable paciencia y silencio, sin quejarse ni decir palabra de indignacion, para darnos ejemplo de sufrimiento, y para librarnos de la sed eterna, que por nuestros pecados merecíamos en el infierno, á donde los condenados piden como el rico avariento una sola gota de agua, y no se les da. Ó dulce Jesús, gracias te doy por este desamparo que padeciste, semejante en algo al de los condenados, no hallando quien te diese una gota de agua para mitigar tu sed. Por ella te suplico humildemente me libres de la sed eterna, y me dés paciencia cuando me faltare el alivio para mitigar la temporal. Amen.

2. Lo segundo, ponderaré la aficion de Cristo nuestro Señor en

la sed espiritual que allí padecia, cuando en aquella esponja llena de vinagre sobre la caña consideró la bebida que le habian de dar muchos pecadores, dándole sus corazones fofos para lo hueno, llenos de vinagre acedo del pecado, puestos sobre la caña movediza de la vanidad y mutabilidad de su carne. ¡Oh alma mia, mira la bebida que das á tu Señor mezclada con tanta muchedumbre de pecados! Atiende al vinagre que le das cuando afliges con ásperas palabras y con acedas obras á tus prójimos, en los cuales él está tomando por suya la injuria que les haces. ¡Oh Salvador mio, y cuán diferente bebida me dais para hartar mi sed de la que yo os doy para la vuestra! Por la esponja llena de vinagre sobre la caña de hisopo, me dais vuestra santísima carne mezclada con el vino de vuestra preciosa sangre exprimida en esa caña de la cruz, y con ella me rociais como con hisopo para que quede limpio, y me embriagais como con vino para llenarme de vuestro amor. Gracias os doy por esta bebida tan preciosa, y por ella os suplico me perdoneis las injurias que he cometido en la bebida aceda que os he dado.

3. Finalmente, ponderaré el gran dolor que sintió la Vírgen sacratísima cuando oyó decir á su Hijo: Sed tengo, y vió que le daban á beber vinagre; y como tambien conoció la sed espiritual que su Hijo tenia, crecia la suya grandemente de que hubiese muchas almas que le sirviesen. Ó Vírgen soberana, ¡cuán de buena gana fuérais entonces á refrescar la sed corporal de vuestro amantísimo Hijo, si os fuera dada licencia para ello! Y ¡cuánto de mejor gana acudís ahora á hartar su sed espiritual, porque haya muchos que le amen y gocen el fruto de su pasion! Negociad, Madre mia, que mi vida sea tal que pueda ser alivio á vuestro sediento Hijo, sirviéndole con las veras que desea ser servido, á gloria de su santo nombre. Amen.

MEDITACION L.

DE LA SEXTA PALABRA QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR DIJO EN LA CRUZ.

En recibiendo Jesús el vinagre dijo: Consummatum est. Acabado es. (*Ioan.* XIX, 30). Esta es la sexta palabra que Cristo nuestro Señor habló en la cruz despues que bebió algo de vinagre, para que se entendiese el fin con que habia dicho que tenia sed, y gustando aquella bebida con la cual daba fin á sus trabajos, y así dijo: *Consummatum est.* Acabado y cumplido es. Ó palabra breve y acabada, compendiosa y muy cumplida, ¡quién pudiera entender cumplidamente

los misterios que en tí encierras, y declarar enteramente lo que significas! En tres cosas puso Cristo nuestro Señor los ojos cuando dijo estas palabras dignas de gran ponderacion, de las cuales podemos hacer tres puntos.

PUNTO PRIMERO. — 1. Lo primero, puso los ojos en todos los trabajos y tormentos que su Padre eterno quiso padeciese, desde el instante de su encarnacion hasta el punto en que estaba, que era el fin de su pasion y de su vida; pasando por la memoria los trabajos de su nacimiento y circuncision, los de su destierro en Egipto, los de su predicacion por Judea y Galilea y últimamente los de su pasion; y viendo como todos estaban cumplidos enteramente sin faltar ninguno, consolóse grandemente de ver que hubiese llegado al fin de sus trabajos tan á gusto de su eterno Padre, y con un afecto de reconocimiento y agradecimiento dijo: *Consummatum est;* acabado es todo cuanto mi Padre me mandó padecer. Y es de creer repetiria la oracion que hizo en el cenáculo dándole gracias por esta obra (*Ioan.* XVII, 4): *Ego te clarificavi super terram, opus consummavi, quod dedisti mihi, ut faciam.* Ó Padre mio dulcísimo, gracias te doy porque me has traido á esta hora tan deseada por mí: yo he clarificado en la tierra y he acabado la obra que me encomendaste; yo te la ofrezco por la redencion del mundo, y para que todos sean clarificados por mí. Ó Redentor mio, que dijísteis (*Luc.* XII, 50): Con un bautismo tengo de ser bautizado, ¿cómo me aflijo hasta que le vea cumplido? Cese ya vuestra afliccion, pues ya está acabado este bautismo (*Prov.* XIII, 12); y si la esperanza que se dilataba afligia vuestro corazon, el cumplimiento de vuestro deseo sea para Vos árbol de vida: séalo tambien, Dios mio, para mí, cogiendo el fruto que en el árbol de la cruz habeis brotado. De aquí he de sacar cuán contento me hallaré en la hora de mi muerte si he cumplido todo lo que Dios me ha mandado, gastando en esto la vida.

PUNTO SEGUNDO. — Lo segundo, puso Cristo nuestro Señor los ojos en todos los fines de su venida al mundo, y en los oficios que su Padre le habia encargado, pasando por su memoria como su venida fue á satisfacer por el pecado de Adan, á quebrantar la cabeza de la serpiente infernal, á destruir la muerte y el infierno, á abrir las puertas del cielo, á enseñar como maestro la doctrina de la perfeccion, á dar heróico ejemplo de todas las virtudes, á entablar los consejos evangélicos, y á instituir Sacramentos y sacrificios propios de la nueva ley. Y habiendo visto como de su parte habia hecho todo lo necesario para conseguir estos fines y cumplido ente-

ramente todos sus oficios, con grande contento dijo: *Consummatum est:* ya es acabado todo lo que pretendí con mi venida al mundo: ya he concluido la consumacion y abreviacion que habia de hacer en medio de la tierra (*Isai.* x, 21), de la cual pueda nacer abundancia de santidad en el mundo, acabándose la indignacion que contra él tenia. Ya tambien se han cumplido las semanas de Daniel (IX, 24), en las cuales se habia de acabar la prevaricacion, y tener fin el pecado, y borrarse la maldad, y venir la justicia sempiterna, y cumplirse toda profecía. Ya finalmente he cumplido de mi parte todo lo necesario, para que mis escogidos sean (*Ioan.* XVII, 23), *consummati in unum*, consumados y acabados en union de caridad, como yo y mi Padre lo somos. Gracias te doy, perfectísimo Salvador del mundo, por lo bien que has cumplido tus oficios y acabado la obra de nuestra redencion: suplícote, Señor, que acabes tambien en mí la obra que has comenzado, consumiendo en mí todo pecado, comunicándome cumplida y consumadamente tu justicia, para que cuando mi vida se acabare, sea yo en tus ojos acabado y consumado en toda virtud. Amen.

PUNTO TERCERO. — 1. Lo tercero, puso Cristo nuestro Señor los ojos en todas las sombras y figuras de su venida, que habian sucedido desde el principio del mundo hasta entonces; y en especial en los sacrificios y ceremonias de la ley vieja, y en las cosas que los Profetas habian dicho, para representar todo lo que habia de hacer y padecer en el mundo, y viendo como todo esto estaba cumplido, dijo: *Consummatum est;* acabado es todo lo que era sombra y figura: acabados son ya los sacrificios y ceremonias antiguas: acabada es ya la ley de la circuncision con las largas intolerables que consigo traia: cumplida es ya la ley y los Profetas (*Matth.* v, 17), pues no vine á quebrantarla sino á cumplirla; porque el cielo y la tierra faltarán antes que se deje de cumplir una jota ó una tilde de todo cuanto en ella se dice. Así lo habeis cumplido, Señor, como lo dijísteis, porque vuestra palabra es mas perpétua que el cielo y mas firme que la tierra; por lo cual deseo que todos los moradores de tierra y cielo os alaben y glorifiquen en esa cruz. Amen.

2. Últimamente, ponderaré como este mismo Señor que está en este doloroso trono para espirar, volverá el dia del juicio en un trono de gloria para juzgar; y habiendo dividido á buenos de malos, y sentenciado á unos y á otros conforme á sus obras, dirá tambien esta palabra: *Consummatum est.* Ya es acabado el mundo y su gloria vana: ya es acabado el tiempo de merecer y desmerecer: ya son

acabados los deleites de los malos y los trabajos de los buenos: ya es acabado el poderío y reino del demonio, para tentar y engañar de nuevo á los hombres: ya es acabado y cumplido el número de los escogidos para el cielo, y su medida ha llegado á cumplimiento y perfeccion. Y esto mismo proporcionalmente me dirá á mí en la hora de mi muerte cuando venga á juzgarme, pues para mí todo esto se acaba en aquella hora. Y con esta consideracion tengo de animarme á vivir de tal manera, que pueda decir con san Pablo (II *Tim.* IV, 7): *Cursum consummavi, fidem servavi.* Consumado y acabado he mi carrera, y en ella he guardado la fe y lealtad que debia á Dios sin desfallecer en ella. Ó Juez supremo de los hombres, cuya justicia será tan cumplida y consumada como lo ha sido tu misericordia, cumple ahora en mí tu misericordia llenándome de gracia y de merecimientos, para que despues cumplas en mí tu justicia dándome la corona de ellos en tu gloria. Amen.

MEDITACION LI.

DE LA SÉPTIMA PALABRA QUE DIJO EN LA CRUZ CRISTO NUESTRO SEÑOR, Y DE SU MUERTE.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Clamando Jesús con grande voz dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.* (*Luc.* XXIII, 46).—Sobre esta postrera palabra se han de considerar primeramente, las causas por que la dijo con tan grande clamor y grito. Una fue para que se entendiese que tenia fuerza y vigor para dilatar la vida y atajar la muerte si quisiera; y que si moria era porque queria morir, conforme á lo que antes habia dicho (*Joan.* X, 18): Ninguno me puede quitar la vida si yo no la ofrezco de mi voluntad, porque tengo potestad de dejarla y tornarla á tomar cuando quisiere. Gracias te doy, dulce Jesús, por esta voluntad que tuviste de morir y dar tu vida por mí: yo te ofrezco la mia desde luego, aparejado para perderla cada y cuando que fuere menester por tu gloria.

2. La segunda causa fue, para declarar el natural sentimiento que tenia el alma en apartarse de su cuerpo. Miraba la buena compañía que le habia hecho treinta y tres años, y cuán bien le habia servido y ayudado en todas las obras de nuestra redencion, y como estaba unido con la divinidad, así como ella. De aquí resultaba una grande pena y dolor natural en apartarse de él, la cual significó con este clamor y grito en lugar de las congojas y bascas con que otras

almas se apartan de sus cuerpos. Ó ánima santísima de Jesús, por el dolor que sentiste en apartarte de tu santo cuerpo, te suplico confortes la mia, para que no tema con demasía apartarse del suyo.

3. Lo tercero, clamó Cristo nuestro Señor con voz clara y sonora, en señal de la victoria que alcanzaba del demonio y del infierno, porque así como Gedeon (*Iudic.* VII, 19) quebrantó su cántaro, y alzando el grito venció á los madianitas; tambien nuestro glorioso Capitan, quebrantando su cuerpo en la cruz con los tormentos y clamando con esta voz sonora, venció con su muerte á los demonios, poniendo terror y espanto á las potestades infernales. Y fue esta voz milagrosa, porque los crucificados como mueren desangrados, cuando están cercanos á la muerte están muy desflaquecidos; pero nuestro buen Jesús usó entonces de su poder mostrando que su muerte era para vencer, y que en ella estaba escondida su fortaleza y su victoria. Gracias te doy, Salvador poderosísimo, por la victoria que has ganado, no tanto para tí, cuanto para nosotros, muriendo por darnos vida. Suplícote, Señor (*Psalm.* LXX, 9), que cuando desfalleciere mi virtud no me desampares, fortaleciéndome con la tuya, para que muriendo alcance por tí la victoria que *ganaste* para mí.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Luego se han de considerar las palabras que Cristo nuestro Señor dijo con este clamor, que son tomadas del Salmo XXX; y es de creer que en diciendo *Consummatum est,* comenzó á decir interiormente este devoto salmo; y en llegando á este verso, levantó la voz y dijo: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.* Cada palabra tiene particular misterio. Llámale Padre, en señal de amor y confianza; la cual es muy necesaria en la hora de la muerte, para que haga Dios con nosotros oficio de padre, amparándonos y defendiéndonos con su proteccion, y admitiéndonos á la herencia que tiene prometida á sus hijos; mas para esto es menester que en vida hagamos con él oficio de buenos hijos, amándole, honrándole y sirviéndole como tal Padre merece. Ó Padre amantísimo, concédeme mientras vivo, que tenga para contigo espíritu de verdadero hijo, para que confiadamente pueda en mi muerte llamarte Padre.

2. Lo segundo, encomienda su espíritu en las manos del Padre, para significar que en las manos de tal Padre y no en otras puede estar seguro. Estas manos criaron nuestro espíritu, y en ellas nos tiene escritos para no olvidarse de nosotros. (*Isai.* XLIX, 16). En sus manos están nuestras suertes, porque de ellas depende la dichosa suerte de nuestra salvacion. Ó alma mia, arrójate en

las manos de tu Padre, que pues te tiene escrito en ellas no te borrará del libro de la vida; y pues tus suertes están en sus manos, él hará que te quepa la buena suerte de la gloria. Ó dulce Jesús, como Vos encomendais vuestro espíritu en las manos de vuestro Padre, así yo encomiendo el mio en las vuestras, las cuales teneis extendidas en la cruz para abrazar á los pecadores que se acogieren á ellas. Ahí teneis á vuestros escogidos, escritos con vuestra sangre y asidos con vuestra fortaleza, de modo que ninguno podrá sacarlos de ellas. En las mias no está seguro mi espíritu porque son muy flacas: yo le entrego en las vuestras que son muy fuertes; y pues con ellas le habeis redimido (*Psalm.* XXX, 6), haced que por ellas sea glorificado.

3. Lo tercero, dice que le encomienda su espíritu: no dice su hacienda, porque ninguna tiene; no su honra, porque no le da cuidado; no su cuerpo, porque no es lo que mas estima; sino su espíritu, que es lo principal del hombre, de cuya buena suerte pende todo lo demás, enseñándonos con esto el cuidado grande que en la hora de la muerte hemos de tener de encomendar á Dios el alma, dejando á su providencia el suceso de lo que toca al cuerpo; porque si mi espíritu entra en las manos de Dios, eso me basta para ser bienaventurado.—Pero mas adelante pasa la caridad de Cristo nuestro Señor, el cual no solo encomendó á su Padre su propio espíritu, poniéndole en sus manos como en depósito para tomarle de ahí á tres dias, y reunirle al cuerpo, sino tambien le encomendó el espíritu de todos sus escogidos que tenia por suyo; porque, como dice san Pablo (I *Cor.* VI, 17), el que se llega á Dios es un espíritu con él: de suerte, que tambien aquí encomendó á su Padre mi espíritu, y la vida espiritual que he de hacer, suplicándole que lo tomase todo debajo de su proteccion; y con este mismo sentimiento puedo yo decir estas palabras á Nuestro Señor, no solo en muerte, sino en vida.

PUNTO TERCERO.— 1. *En diciendo esto inclinó Cristo la cabeza, y entregó su espíritu.* (*Ioan.* XIX, 50). Cuanto á esta inclinacion de la cabeza, que como fue voluntaria así fue misteriosa, se han de considerar las causas de ella.—La primera, para significar que moria por obediencia, inclinando la cabeza á la divina ordenacion.—La segunda, para declarar su humildad de corazon y su pobreza, como no tenia dónde reclinar su cabeza en la cruz.—La tercera, para darnos á entender la gravedad de nuestros pecados, que con su carga le hicieron inclinar hasta la muerte.—La cuarta, para señalar el lugar del limbo, á donde su espíritu encaminaba la jornada que habia de

hacer para despojarle. De estas causas tengo de sacar afectos de agradecimiento é imitacion, inclinando mi cuello y cabeza al yugo de la obediencia por Cristo, y mirando siempre la tierra de donde fuí formado, y el infierno que tengo merecido, á donde me aploma la carga de mis pecados, suplicando á Cristo nuestro Señor, que por la inclinacion de su cabeza en la cruz me conceda todo esto, para que inclinando ahora mi cabeza con humildad, la pueda levantar despues con grande confianza.

2. Luego se ha de ponderar, como Cristo nuestro Señor de tal manera entregó su espíritu, que verdaderamente murió por la fuerza y terribilidad de los dolores que padeció en la cruz, y por el desfallecimiento de la sangre que por sus heridas derramaba hilo á hilo sin parar: y así como las venas comenzaron á vaciarse de la sangre, comenzó el rostro á demudarse, y los miembros del cuerpo á enflaquecerse, y faltando las fuerzas vino á espirar. Ó buen Pastor, ¡cuán bien habeis cumplido con vuestro oficio, dando la vida por vuestras ovejas! Ó sumo Sacerdote, ¡cuán buen sacrificio habeis ofrecido de Vos mismo en esa ara de la cruz! Ó sapientísimo Maestro, ¡cuán alta leccion de justicia y santidad habeis leido en esa *cátedra*! Ó Redentor liberalísimo, ¡cuán copioso precio habeis dado por la redencion de vuestros cautivos! Ó Sol de justicia, que salisteis como gigante del oriente (*Psalm.* XVIII, 6), ¡cuán bien habeis corrido vuestra carrera, alumbrando y calentando la tierra, hasta parar en el occidente de la muerte! Gracias os doy por los trabajos que habeis tomado por mi amor: tiempo era ya que descansárades, dando fin á vuestras penas, diciendo como otro David (*Psalm.* IV, 9): En paz conmigo mismo dormiré y descansaré.

3. Pero aunque es verdad que el cuerpo de este Señor quedó libre de penas, mas quedó tal, que era un retablo de dolores á todos los que le miraban, especialmente á la Vírgen sacratísima, cuyo dolor no cesó con la muerte del Hijo; antes en parte se renovó, viéndose privada del que tanto amaba. ¡Oh qué lágrimas derramaria por sus ojos! oh qué suspiros y gemidos sacaria de su corazon! oh qué clamores del espíritu levantaria al cielo! oh qué deseos tan vivos tendria su alma de acompañar á la de su Hijo! y qué quejas daria al eterno Padre, porque la dejaba sola en este valle de miserias, aunque acompañadas con grande conformidad con su voluntad! pero como tenia muy viva fe, y cierta esperanza de la resurreccion, algun consuelo recibió con ver despenado al que tanto padecia, sabiendo que todos sus trabajos se acababan con la muerte.

4. Finalmente, puedo considerar lo que muchos Santos ponderan, que el demonio se halló presente á un lado de la cruz, esperando si hallaba en Cristo algo que fuese suyo para asir de ello, pero no lo halló, como el mismo Señor lo habia dicho. (*Ioan.* XIV, 30). Tambien es de creer, que pues los Ángeles se hallan á la muerte de los justos, enviaria el Padre eterno algunas de sus jerarquías para que se hallasen á la muerte de este supremo Justo de los justos, no para ayudarle, sino para honrarle y acompañarle. Ó gran sacerdote Jesús (*Zach.* III, 5), que á imitacion del otro de vuestro nombre estais vestido de vestiduras manchadas, no con manchas de culpas propias, sino de las ajenas, y á vuestro lado teneis á Satanás para contradeciros, aunque no al lado derecho como le tenia el otro, sino al lado izquierdo, porque en nada pudo venceros; y al otro lado teneis, no un Ángel, sino muchos que asisten para honraros, yo os suplico humilmente os acordeis de mí en la hora de mi muerte, limpiando mi alma de toda mancha de pecado, de modo que Satanás no pueda prevalecer contra ella, y enviadme vuestro santo Ángel para que me defienda, de modo que en siendo suelta de su cuerpo, merezca ser colocada en vuestra gloria. Amen.

SUMA DE LAS MEDITACIONES PASADAS,

EN QUE SE PONE UN MODO DE BIEN VIVIR, Y UN APAREJO DE BIEN MORIR, Á IMITACION DE CRISTO CRUCIFICADO.

1. Lo primero, así como Cristo nuestro Señor estuvo en la cruz desnudo de sus vestiduras, y estas las dejó para que los soldados las repartiesen entre sí mismos, tambien yo tengo de procurar desnudar mi corazon del amor de todas las cosas de esta vida, de suerte que quede totalmente desnudo de las aficiones desordenadas que tenia. Cuanto al uso de las cosas que poseyere, tengo de ser tan moderado que no tome sino las necesarias, desnudándome de las supérfluas, y de las que se toman por vanidad ó regalo; y cuanto á la propiedad tengo de desnudarme de algunas para que se vistan los pobres; y si puedo, mucho mejor será desnudarme de todas, renunciándolas para seguir desnudo al desnudo Jesús, y morir del todo desnudo como él, dejando todos los cuidados de lo temporal por atender á lo eterno.

2. Lo segundo, así como Cristo nuestro Señor estuvo en la cruz clavados piés y manos con tres clavos, sin tener libertad de moverse de una parte á otra, y desangrándose poco á poco por las heri-

das hasta vaciar toda la sangre de sus venas; tambien yo no me tengo de contentar con desnudarme de las cosas exteriores que poseo, sino procurar, como dice san Pablo (*Galat.* v, 24), crucificar mi carne con sus vicios y concupiscencias en la cruz de Cristo, de modo, que no tenga piés ni manos libres para desear ni hacer cosa que la desvie de esta cruz, sino que esté sujeta del todo al espíritu (*Ex Casian.* lib. IV, c. 34 et 35), y enclavada con los clavos del temor de Dios y de su amor y obediencia á su santa voluntad (como se ponderó en la meditacion XLIV). Y de esta manera ha de perseverar hasta que se vacie y purifique toda la mala sangre de sus pecados é imperfecciones; porque como el crucificado no muere de un golpe (*Deuter.* VII, 22: Paulatim et per partes), sino poco á poco, así no podré mortificar de un golpe todas mis pasiones y aficiones desordenadas, sino poco á poco con paciencia y larga esperanza, continuando el ejercicio de la mortificacion, hasta que alcance esta perfecta muerte: y como el crucificado no se crucifica á sí mismo, sino otro le crucifica y enclava, así mi carne ha de ser crucificada por otros: hala de crucificar el espíritu con penitencias, negando sus antojos y deseos; pero á ella y al espíritu crucifica Dios nuestro Señor con trabajos, el demonio con tentaciones, y los hombres con persecuciones, las cuales hemos de llevar con paciencia, hasta morir esta dichosa muerte.

3. Lo tercero, así como Cristo nuestro Señor en la cruz tuvo especial cuidado de cumplir sus obligaciones y oficios con tres personas; es á saber, con su Madre, con su discípulo, y con el buen ladron, á los cuales habló como queda dicho; así tengo yo de tener cuidado de cumplir las obligaciones de piedad y de justicia, y las de mi estado y oficio, especialmente con tres suertes de personas.—Lo primero, con mis superiores significados por la Madre.—Lo segundo, con los domésticos significados por el discípulo.—Lo tercero, con los demás hombres figurados por el buen ladron, dando á cada uno lo que estoy obligado, y ayudando á todos como mejor pudiere. Pero además de esto, he de cumplir las obligaciones de la perfecta caridad, rogando á Dios por mis enemigos y por los suyos, para que los convierta, y excusando las faltas de mis prójimos, como lo hizo el mismo Señor, comenzando por aquí el cumplimiento de sus oficios.

4. Lo cuarto, como Cristo nuestro Señor, cumplidas estas obliciones en las tres horas que hubo de tinieblas, se ocupó en oracion como quien se aparejaba para morir; así yo, cumplidas las obliga-

ciones de mi estado y oficio, tengo de tomar tiempo, y lugar retirado y quieto para vacar á solo Dios, y negociar mi salvacion y una buena muerte: y en especial atizar una gran sed, como la que tuvo Cristo nuestro Señor de obedecer á Dios y á sus ministros, de padecer mucho por su servicio, y de ganar muchas almas que le sirvan: y como me fuere acercando á la muerte, así han de ir creciendo estos ejercicios de oracion con los efectos que de ella proceden, disponiéndome para ella, porque como dice san Gregorio (*Lib.* VII, *epistol.* 1): *Quanto morti vicinior, tanto solicitior: cuanto mas cercano á la muerte, tanto he de ser mas cuidadoso para que sea buena.*

5. Lo quinto, para esto he de procurar que todas mis obras vayan tan bien hechas, que al fin de cada una pueda decir aquella palabra de Cristo: *Consummatum est: acabado es* lo que Dios me mandó en esta obra, cumplido queda y bien perfecto. Y de la misma manera he de gastar el dia tan bien, que á la noche pueda decir lo mismo: y al mismo paso tengo de ordenar la vida, y aparejarme al fin de ella con los Sacramentos de confesion y Viático, con el testamento y disposicion de mis cosas obligatorias, de modo que pueda decir: *Consummatum est: acabado es y cumplido* todo lo que Dios me ha mandado.

6. Últimamente, en vida y en muerte, con amor y confianza encomendaré á Dios mi espíritu, poniéndole en sus manos para que él le guarde, defienda, y le gobierne y enderece al fin de la bienaventuranza eterna, al modo que se ponderó en la meditacion precedente. Pero como Cristo nuestro Señor quiso morir en su florida edad, á los treinta y tres años de su vida, cuando los hombres sienten mas el morir; así yo tengo de ofrecerme con resignacion en las manos de Dios, para que me lleve cuando él quisiere, aunque sea en lo mas florido de mi edad y de mis pretensiones, fiándome que me llevará en la edad, tiempo y lugar que mas me conviniere para mi salvacion.

MEDITACION LII.

DE LOS MILAGROS QUE SUCEDIERON EN MURIENDO CRISTO NUESTRO SEÑOR.

Punto primero. — 1. Despues que Cristo nuestro Señor murió, demás de las tinieblas que habian precedido, sucedieron otros milagros para tres fines; es á saber, para declarar la gloria del que moria, y la maldad de aquel pueblo que le crucificaba, y para significar los admirables efectos que se seguirian de su muerte. — *El*

velo del templo se dividió en dos partes, de alto abajo. Las causas de esta division fueron principalmente dos.—La primera, porque así como el sumo sacerdote Caifás, cuando oyó decir á Cristo que era hijo de Dios, juzgando que era blasfemia (*Marc.* xv, 38), rasgó sus vestiduras en señal de dolor y pena; así el mismo Dios rasgó el velo de su templo en señal de la blasfemia y sacrilegio horrendo que cometió aquel pueblo, injuriando y crucificando á su Hijo. Ó alma mia, si eres templo de Dios vivo, rasga tu corazon de pena por lo mucho que tu Señor padeció en la cruz, siendo tú la causa de ello. Ó Dios de mi corazon, rasgadle Vos con vuestra mano, comunicándome este sentimiento, porque yo soy tan flaco, que no puedo por mí rasgarle como deseo.

2. La segunda causa fue, para significar que por la muerte de Cristo nuestro Señor se abria camino para conocer los secretos y misterios de Dios (*Hebr.* ix, 8), que antes estaban ocultos, parte por el velo de las sombras y figuras de la vieja ley, parte por el velo de nuestros pecados, que hacian division entre nosotros y Dios. Ó Salvador mio, romped en mí este velo que me impide el conoceros. Dadme luz divina con que penetre vuestros misterios, y descubridme los tesoros de vuestros secretos celestiales en aquel grado que me conviene, para serviros con perfeccion.

PUNTO SEGUNDO. — 1. *La tierra tembló, las piedras se partieron, y los sepulcros se abrieron.* (*Matth.* xxvii, 51). Las causas de estos milagros fueron otras dos.—La primera, para que las criaturas sensibles á su modo diesen muestras de dolor y sentimiento por la muerte del Salvador, en detestacion de la dureza y obstinacion de aquel pueblo rebelde que le crucificó, y juntamente fuesen confusion de los que no se compadecen de la pasion de Cristo nuestro Señor. Ó alma mia, ¡cómo no tiemblas y te estremeces como la tierra, viendo estremecer á Jesús en la cruz! cómo no te partes por medio como las piedras, viendo que la piedra viva Cristo se parte por medio apartando su alma de su afligido cuerpo! cómo no te abres de pena como los sepulcros de los muertos, viendo á tu Señor abierto por tantas partes! Ó Salvador del mundo, no permitas que sea mas insensible que la tierra, y mas duro que las piedras y que los sepulcros de los muertos; pues siendo yo el que pequé, tengo mas razon de sentir lo que tú padeces por mi pecado.

2. La segunda causa fue, para significar que en virtud de la pasion de Cristo nuestro Señor temblarian los corazones terrenos con el temor santo de Dios, que es principio de la justificacion; y por

mas duros que fuesen, se quebrantarian con la contricion y dolor de sus pecados, y se abririan para descubrir en la confesion sus obras muertas, que son las culpas que matan las almas, á fin de que resuciten con Cristo á nueva vida. De donde sacaré cuán provechoso sea meditar bien estos divinos misterios, con los cuales se alcanzan en la oracion los tres efectos dichos, como se dijo en la introduccion de esta parte IV.

PUNTO TERCERO. — *El Centurion que guardaba á Cristo, viendo estas cosas, y que habia espirado con tal clamor, dijo: Verdaderamente este hombre era justo y era Hijo de Dios, y los soldados que con él estaban temieron mucho, y dijeron: Verdaderamente este era Hijo de Dios. Y la turba del pueblo que estaba allí mirando este espectáculo, hiriendo sus pechos, se volvieron á la ciudad.* (*Matth.* XXVII; 54; *Marc.* XV, 39; *Luc.* XXIII, 47). Aquí se ha de considerar como los milagros dichos obraron los efectos que significaban en virtud de la pasion de Cristo, moviendo los corazones de los que los vieron, para que confesasen á Cristo por justo y santo; y lo que mas era, por Hijo de Dios, hiriendo sus pechos en señal de penitencia y dolor, por las injurias que le habian hecho. Y aunque el Centurion y los soldados eran gentiles, y la turba del pueblo hebreo habia estado tan dura y pertinaz en pedir la muerte de Cristo, se trocaron en este punto, convencidos de la verdad y de la inocencia y santidad del que murió por ellos, y tambien en virtud de la oracion que hizo en la cruz, rogando por los que le perseguian, la cual obró estas mudanzas y conversiones dichas. Y á imitacion de esta gente, tambien yo tengo de herir mí pecho por los pecados que contra Cristo he cometido, suplicándole por su pasion me los perdone.

MEDITACION LIII.

DE LA LANZADA EN EL COSTADO, Y TAMBIEN DE LAS CINCO LLAGAS.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Rogaron los judíos á Pilatos mandase quebrar las piernas de los crucificados, y quitar sus cuerpos de la cruz, porque no estuviesen en ella el dia siguiente, que era sábado y fiesta muy solemne.* (*Ioan.* XIX, 31). Aquí se ha de ponderar la maldad de estos príncipes de los sacerdotes, los cuales con título de fingida religion encubrieron su crueldad y envidia, porque pretendieron se quebrantasen las piernas á Cristo nuestro Señor para darle este nuevo tormento si estuviese vivo, ó á lo menos para que pasase por esta nueva injuria si estaba muerto. Y desearon se quitase de la cruz,

porque vieron que la gente se compungia de verle, y le confesaba por justo y por Hijo de Dios, queriendo quitársele de los ojos para oscurecer su gloria. De donde sacaré un temor grande de los juicios de Dios, cerca de los obstinados y endurecidos pecadores; los cuales en lugar de compungirse con estos milagros como la gente sencilla, se endurecen mas como Faraon, y añaden pecados á pecados, por llevar adelante su porfiado intento. Ó Dios misericordiosísimo, no permitas que caiga en dureza de corazon, de modo que convierta en mi daño lo que tú ordenas para mi provecho.

2. Tambien se ha de ponderar como la ley antigua mandaba (*Deut.* XXI, 22), que el crucificado fuese quitado el mismo dia de la cruz, y sepultado, porque era maldito el que moria en ella, y porque no contaminase la tierra con su mal olor. Por esta ley quiso pasar Cristo nuestro Señor, haciéndose, como dice san Pablo (*Galat.* III, 13), maldito por nosotros, para librarnos de la maldicion del pecado en el mismo dia que murió por él. Gracias te doy, dulcísimo Salvador, por haberte humillado á que tu cuerpo fuese tenido por maldito y por contagio de la tierra, siendo tú la bendicion de todas las gentes, y el olor suavísimo que las hace santas. Danos, Señor, esta humildad, para que con su olor edifiquemos la Iglesia, y líbranos de la soberbia, cuyo mal olor contamina la tierra.

3. *En cumplimiento de esta peticion, por órden de Pilatos vinieron los soldados, y quebrantaron las piernas del uno y del otro, que estaban crucificados con Jesús; y como vieron que Jesús estaba muerto, no le quebraron las piernas.* En lo cual se ha de considerar, como las trazas de los hombres nunca pueden prevalecer contra las de Dios, el cual no quiso que quebrasen las piernas de Cristo nuestro Señor, en cumplimiento de la Escritura que dijo del cordero pascual que le representaba (*Exod.* XII, 46): *No le quebraréis hueso alguno,* para significar que los tormentos de su pasion, aunque fuesen terribilísimos, no quebrantarian su fortaleza y paciencia, ni menoscabarian su caridad, ni las virtudes sólidas, significadas por los huesos, sino que siempre se conservarian enteras y perfectas, por mas que los demonios y sus enemigos pretendiesen quebrantarlas, como tambien pretenden quebrar las de los escogidos, pero él los defiende y anima con su ejemplo, á los cuales dijo despues su Apóstol (*Iacob.* I, 2): Alegraos con las tribulaciones, porque son prueba de vuestra fe, la cual obra paciencia, y para que la paciencia tenga su obra perfecta, seais perfectos y enteros sin faltar en cosa alguna. Ó Dios eterno (*Psalm.* XXXIII, 20), que libras á los justos de muchas tribulaciones,

y guardas sus huesos sin que se quiebre ninguno, conserva en mí la fortaleza en los trabajos, y guarda las virtudes interiores de mi alma, porque si tú no guardas estos huesos, presto serán de mis enemigos quebrantados.

PUNTO SEGUNDO. — 1. *Uno de los soldados abrió con una lanza su costado.* Sobre este misterio, lo primero se ha de considerar la causa de esta lanzada de parte de los soldados, la cual no fue otra que su crueldad y furia para asegurarse mas de la muerte de Cristo, y hacer aquella injuria al cuerpo muerto, ya que no le pudieron quebrar las piernas estando vivo. Pero aunque el cuerpo de Nuestro Señor recibió la herida, y por estar muerto no sintió dolor, sintióle grandísimo el ánima de la Vírgen su madre, la cual por la grandeza de su amor, mas estaba en el cuerpo de su Hijo que en el suyo. Ó Vírgen soberana, ¡con cuánta verdad podeis decir ahora lo que dijo el Apóstol (*Colos.* I, 24): Cumplo en mi carne lo que falta á la pasion de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia! Faltó á esta lanzada de Cristo el dolor, porque él no la sintió, y Vos, Vírgen purísima, suplísteis esta falta, padeciendo y sintiendo el dolor que él habia de sentir, ofreciéndole al eterno Padre por el cuerpo místico de vuestro Hijo, que es su Iglesia; y pues le ofrecísteis por mí, que soy miembro de este cuerpo, alcanzadme gracia para que sienta lo que sentísteis, y padezca algo de lo mucho que padecísteis; traspase esta lanzada mi corazon, y atorméntele con gran dolor, porque fue causa con sus pecados de la herida que recibió mi Salvador.

2. Pero mucho mas son dignas de ponderar las causas por que Cristo nuestro Señor se contentó con que sus espaldas fuesen abiertas con azotes, su cabeza con espinas, sus manos y piés con clavos, sino tambien quiso que su costado fuese abierto con la lanza con mayor abertura, que penetrase hasta su corazon, ordenando esto en castigo de los pecados que todo el cuerpo místico del linaje humano habia cometido con todos los miembros y potencias exteriores é interiores, y mucho mas con el corazon, de donde, como el mismo Señor dijo (*Matth.* XV, 19), salen las cosas que manchan al hombre y le condenan; y para purgarle de esta ponzoña, quiere que sea abierto el suyo, del cual procede la vida. Ó Salvador mio, por la abertura de tu precioso costado, te suplico perdones los innumerables pecados que de mi corazon han procedido. Ciérrale, Señor, de tal manera, que nunca salgan de él obras que manchen mi alma, y solamente le abre, para que de él procedan obras con que gane la vida eterna. (*Prov.* IV, 23).

3. Tambien por esta llaga del costado quiso descubrir nuestro buen Jesús la infinita caridad y amor que nos tenia, y como todo cuanto habia hecho y padecido por nosotros, habia sido por puro amor y con amor, como si dijera aquello de los Cantares (*c.* IV, 9): Llagaste mi corazon, hermana y esposa mia, llagaste mi corazon, dos veces le llagaste; una con llaga de amor, cuando te amé por sola mi bondad y misericordia, poniendo en tí mis dones, para que ellos me inclinasen á amarte; y otra vez le llagaste con el hierro de una lanza, pues por tu causa fue llagado, para que por esta segunda llaga conocieses la primera y echases de ver lo mucho que te amé. Ó amantísimo Jesús y Redentor mio, hermano y esposo de las almas castas, ¿con qué te pagaré las llagas que recibiste por mi amor? Llaga, Señor, mi corazon con llagas de amor y de dolor, para que te ame por lo mucho que me amaste, y me compadezca de lo mucho que por mí padeciste. Dame, Señor mio, licencia que entre por la abertura de tu costado, para que en ese horno de fuego que arde dentro de tu corazon, sea yo todo abrasado con tu amor. Amen.

4. Tambien quiso este dulcísimo Amador que fuesen abiertos sus piés y manos con los clavos y el costado con la lanza, para que los agujeros y aberturas de esta Piedra viva fuesen morada espiritual de todos los fieles en cualquier estado y grado de virtud que estuviesen. De modo, que pecadores y principiantes, los que aprovechan y los perfectos, con la meditacion de estas llagas, entrando con el espíritu dentro de ellas, alcanzasen su deseado fin. Ellas son lugar de refugio á los erizos (*Psalm.* CIII, 16), que son los pecadores, espinados con las espinas de sus pecados, y como cueva donde pueden esconderse de la ira de Dios los que le han injuriado. (*Aug.* in Manuali, *c.* 22 et 23; *D. Bern.* Serm. 61 *in Cant.*). Son como madrigueras, donde el pueblo flaco de los principiantes, figurados por los conejuelos, se encierran para defenderse de los enemigos invisibles y visibles que les persiguen. Y con ser de suyo pusilánimes, metidos en estas llagas, son fuertes é invencibles como peñas. Son tambien como soledad espiritual, donde se recogen los que viven cansados del bullicio del mundo, y como palomas desean huir y alejarse á donde hallen algun descanso (*Psalm.* LIV, 8); y finalmente, son como nido á donde moran con paz y seguridad los que de corazon desean estar siempre unidos con Cristo, á los cuales les convida y llama, diciendo (*Cant.* II, 10): Levántate, date priesa, amiga mia y esposa mia, ven y mora en los agujeros de la piedra y en la hendidura de la pared.

5. Ó Amado de mi alma, pues abrís vuestras llagas para que yo more en ellas, y me convidais á ello, yo me determino con vuestra gracia de hacer para mí tres tabernáculos y moradas, no en el monte Tabor, sino en el monte Calvario. (*D. Bonav.* in stim. divini amor. *c.* 1). Un tabernáculo será en las llagas de vuestros sacratísimos piés, ocupándome en meditar vuestros pasos, para saber por dónde tengo de caminar para la vida eterna, sintiendo juntamente los dolores que en ellos padecísteis. El otro será en las llagas de vuestras manos, considerando siempre vuestras obras y los tormentos que sufrísteis por hacerme bien con ellas. Pero el tercero y mas ancho será en la llaga de vuestro costado, contemplando continuamente la insaciable caridad con que amásteis y os ofrecísteis á hacer y padecer todo lo necesario para mi remedio. En estos tabernáculos quiero estar de dia y de noche, aquí quiero dormir, comer, leer, negociar y orar, mezclando cuanto hiciere con la consideracion de vuestras amorosas y dolorosas llagas. Mas porque yo no tengo alas para volar á ellas, dadme, Dios mio, alas como de paloma, pensamientos y aficiones puras, con las cuales como paloma medite y gima vuestros dolores y mis pecados, gimiendo tambien y suspirando por verme siempre unido con Vos, con union de perfecto amor.

6. Ó Vírgen purísima, que fuísteis la primera que como paloma volásteis á los agujeros de estas llagas, pedid á vuestro Hijo benditísimo me admita dentro de ellas. O divino Noé (*Genes.* VI, 16), pues en el arca de vuestro cuerpo abrísteis á un lado puerta por donde entrasen los vivientes que habian de escaparse del diluvio, dadme licencia que entre por esta puerta, para que el diluvio de los pecados del mundo no me anegue. Ó Pastor soberano, pues sois la puerta por la cual entran vuestras ovejas, y hallan pasto de vida eterna, tened por bien que yo entre por la puerta de vuestro costado (*Ioan.* X, 9), para que halle pasto de luz y amor con que apacentar mi alma. Ó fortísimo David, que con vuestras cinco llagas, como con cinco piedras, derribásteis al gigante Goliat (I *Reg.* XVII, 40), que es el demonio, aunque una sola bastaba para ello, derribad con ella la soberbia de mi corazon, perdonad los pecados de mis cinco sentidos, y enfrenadlos de manera que siempre se ocupen en serviros. – Estos afectos y propósitos, y otros semejantes que apunta san Buenaventura (In stim. divini amor. *c.* 1), se han de sacar de la meditacion de estas llagas, mirando por ellas las infinitas perfecciones de Dios y las inmensas virtudes de Cristo, especial-

mente su inefable caridad; pues como dice san Bernardo (Serm. 61 in Cant.): *Patet arcanum cordis per foramina corporis; quid ni viscera per vulnera pateant?* Lo secreto del corazon de Dios se descubre por los agujeros de su cuerpo, y ¿qué mucho que descubra sus entrañas por sus llagas?

PUNTO TERCERO.— 1. *Luego salió sangre y agua, y el que lo vió dió testimonio de ello, y es su testimonio verdadero.* (*Ioan.* XIX, 34). El misterio de esta sangre y agua que manó del costado de Cristo nuestro Señor, fue uno de los principales fines por que quiso fuese abierto con la lanza. Las causas de este misterio fueron: La primera, para declararnos su inmensa largueza y caridad en darnos toda su sangre, sin reservar gota de ella, porque esa poca que habia quedado en el corazon, donde no llegaron las espinas ni los clavos, quiso que saliese siendo punzado con la lanza. Ó Salvador mio, ¿qué te daré yo por esta liberalidad tan pródiga, si pródiga se puede llamar la que con tanto acuerdo y providencia se derrama? Toma, Señor, mi corazon y cuanto está dentro de él; toma toda su sangre y todos sus espíritus vitales, para que todos se ocupen en amarte, y mi sangre hierva en deseo de servirte.

2. La segunda causa fue, para declararnos la eficacia de su pasion y muerte, para lavar nuestros pecados, y purificarnos en virtud de su sangre con el agua de su gracia, y con ella juntamente apagar el ardor de nuestras codicias y hartar la sed de nuestros deseos. Ó dulcísimo Salvador, ahora confieso que tú eres la fuente de David (*Zach.* XIII, 1), de cuyo costado, patente y abierto, mana continuamente agua y sangre para lavar las manchas sangrientas de nuestras culpas. Tú eres la piedra viva y pedernal de fuego (*Num.* XX, 11), la cual siendo herida en el costado con la lanza, brota abundantísimas aguas para refrescar á los que en el desierto de este mundo perecen de sed. Ó fuentes del Salvador (*Isai.* XII, 3), abiertas en sus piés, manos y costado, con grande gozo acudo á vuestros caños por agua de salud, que me lave y limpie, sane y salve. Ea, Salvador dulcísimo, pues teneis patentes estas fuentes, brotad por ellas agua y sangre, que lleguen hasta lo íntimo de mi corazon; él sea la vasija donde se deposite, para que con tan precioso licor quede puro, santo, sano y salvo. Amen.

3. De aquí procede la tercera causa, para significar que del costado de Cristo, muerto en la cruz con tanto amor, saldrian los Sacramentos de la nueva ley, con virtud de lavar y santificar las almas, especialmente el sacramento del Bautismo y el de la Penitencia, que

es bebida de lágrimas (*Psalm.* LXXIX., 6), figurado por el agua; y el santísimo Sacramento del altar (*D. Thom.* 3 *p. q.* 74, *art.* 6), figurado por el agua y sangre, en cuya memoria en el cáliz se mezcla agua con el vino: y así cuando yo voy á recibir estos Sacramentos, y sobre todos este divinísimo Sacramento, tengo de imaginar que me llego al costado de Cristo á beber del agua y sangre que salió de él, y á participar de las gracias y dones que manan de las fuentes del Salvador. Ó Salvador amabilísimo, que mereciste con dolores las aguas que tengo de sacar con gozo de tus fuentes, no me cierres sus caños, como mi grande ingratitud merece, porque de hoy mas propongo con tu ayuda acudir á ellas, no con tédio, sino con muy grande gozo, no con tibieza, sino con grande fervor, no de tarde en tarde, sino muy á menudo, procurando sacar de ellas, no agua, sino aguas, llenando mi alma con abundancia de muchas gracias y virtudes para gloria tuya. Amen.

4. De todas estas causas se saca otra, por la cual quiso el Salvador que se abriese su costado, para significar que como de la costilla de Adan, estando dormido (*Genes.* II, 20), fue formada Eva; así de su costado, estando durmiendo el sueño de la muerte en la cruz, saldria la Iglesia como otra Eva, madre de los verdaderamente vivientes, la cual fuese hermosa sin tener mancha ni ruga, ni otra fealdad (*Ephes.* V, 27), porque con el agua y sangre del mismo costado se lavaria y alcanzaria esta hermosura. Gracias te doy, ó Adan celestial, por el amor que tuviste á tu Iglesia, entregándote por ella á tantos trabajos. Pero, ¿qué mucho la amases tanto, pues tú mismo la sacaste de tu lado y del seno de tu corazon? Suplícote, Señor, la conserves en paz y santidad, limpia de toda mancha y ruga, para que llegue con muchos hijos á ser gloriosa entre los Ángeles, viendo tu divina esencia con el Padre y con el Espíritu Santo por todos los siglos. Amen.

5. Últimamente ponderaré, que, como advirtió el Evangelista, esto sucedió en cumplimiento de la escritura que dice (*Zach.* XII, 10): *Videbunt in quem transfixerunt:* verán al que traspasaron. Para significar que los pecadores, que con nuestros pecados punzamos y alanceamos á Cristo, hemos de verle y contemplarle con viva fe, para que con sus heridas quedemos sanos, y con sus llagas quedemos libres de las nuestras, y con su lanza quede traspasado nuestro corazon, y salga de él una fuente de agua de lágrimas, haciendo grande llanto por su muerte y por la causa que dimos á ella; pero si no hiciéremos esto en esta vida, juntamente nos avisa que vendrá tiem-

po en que le verémos, no en la cruz con las llagas de fealdad, sino en trono de gloria como juez, con llagas de resplandor, de las cuales saldrán rayos de ira y de venganza contra sus perseguidores, y llorarán amargamente sin remedio las injurias que le hicieron. (*Apoc.* I, 7). Ó alma mia, mira bien la diferencia que va de vista á vista, y de llanto á llanto. Y pues ahora puedes ver con devocion las llagas de Cristo crucificado y llorarlas con provecho, no aguardes á tiempo que las veas con espanto y llores con tormento.

MEDITACION LIV.

DEL DESCENDIMIENTO DE LA CRUZ.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Siendo ya tarde, vino un hombre noble y rico, llamado José, varon bueno y justo, y discípulo de Jesús, aunque oculto, por miedo de los judíos; el cual, audacter, con gran osadía y ánimo fué á Pilatos, y le pidió el cuerpo de Jesús; y Pilatos sabiendo que ya era muerto, mandó que se le diesen.* (*Matth.* XVII, 57; *Luc.* XXIII, 50). Sobre este paso tengo de considerar lo primero, la providencia y cuidado que Dios nuestro Señor tiene con los suyos, así difuntos como vivos. Estaba el cuerpo de Cristo nuestro Señor colgado en la cruz, con grande infamia de sus conocidos; y algunas devotas mujeres estaban *à longe*, apartadas de la cruz por miedo de los judíos. Su Madre santísima, y el discípulo Juan con la Magdalena, estaban cerca; pero muy llorosos y afligidos por su muerte, y congojados por no saber cómo podian bajarle de la cruz con la decencia que tan precioso cuerpo merecia, temiendo que si los soldados le bajaban, seria con grande ignominia y desacato; pero en medio de esta congoja no faltó la divina Providencia, mirando por la honra del Hijo difunto y de la afligida Madre, proveyendo quien le bajase de la cruz con grande reverencia y honra; porque es propio de nuestro Padre celestial consolar á los afligidos, y honrar á los humillados; y así quiso que como las deshonras de su Hijo duraron hasta la muerte en la cruz, luego desde la misma cruz comenzasen sus honras, para que nos animemos á padecer humillaciones, pues tan presto acude Dios con las exaltaciones.

2. Lo segundo, consideraré como Nuestro Señor inspiró á un varon llamado José, que se encargase de este oficio, cuyas propiedades eran ser rico y noble, porque así convenia para poder ejercitarle; pero juntamente era bueno y justo, deseoso del reino de Dios,

porque no quiso Nuestro Señor servirse de hombre malo y vicioso, y de poca caridad, ni hiciera caso de su nobleza y riquezas, si no las acompañara con bondad y justicia. Este con haber sido discípulo oculto de Cristo nuestro Señor, amilanado por temor de los judíos, entonces con grande ánimo se manifestó, y tuvo atrevimiento para entrar á Pilatos y pedirle el cuerpo de su Maestro para darle sepultura. En lo cual resplandece la virtud de la pasion de Cristo y la eficacia de la divina inspiracion, que destierra del alma toda cobardía y pusilanimidad, acometiendo las dificultades que antes temia, y cobrando atrevimiento para las cosas de que antes huia. Ó amantísimo Jesús, tocad mi corazon con la fuerza de vuestra inspiracion, para que, pospuesto todo temor humano, acometa con gran pecho lo que fuere del servicio divino.

3. Lo tercero, consideraré la humildad y obediencia que quiso mostrar Cristo nuestro Señor despues de muerto, en pasar por las leyes de los malhechores y crucificados, los cuales no podian ser bajados de la cruz sin licencia de los jueces, y esta licencia quiso que se pidiese para bajar el suyo; porque como subió á la cruz por obediencia de su Padre celestial, así despues de muerto quiso bajar de ella por obediencia de la ley, que lo mandaba, y del presidente, que lo concedió, para que por aquí aprenda yo á no bajar de la cruz en que Dios me ha puesto, sin licencia del mismo que me puso en ella.

PUNTO SEGUNDO. — *Habida licencia, compró José una sábana limpia, y vino tambien con él otro hombre llamado Nicodemus, trayendo consigo una mixtura ó ungüento de mirra y aloe, como cien libras, para ungir el cuerpo de Jesús.* Aquí se ha de considerar el cuidado que tuvo la divina Providencia de dar á José de Arimathia compañero que le ayudase igual á él, porque tambien era noble y justo, y discípulo de Jesus, aunque oculto (*Joan.* III, 1), porque sabe Nuestro Señor cuánto importa juntarse dos buenos á las obras de caridad, animándose y esforzándose uno á otro con el ejemplo. José acabó de perder el miedo con la compañía de Nicodemus, y este con la compañía de José, y ambos con grande fortaleza acometieron esta obra; porque, como dice el Sábio (*Prov.* XVIII, 19), cuando un hermano ayuda á otro, ambos son como una ciudad muy fuerte; y como Cristo nuestro Señor en vida enviaba á sus discípulos de dos en dos, así ahora en muerte escoge otros dos discípulos para que le bajen de la cruz, porque todas sus obras quiere se hagan con caridad. Pero así como cada uno de estos dos varones trajo algo para la sepultura de Cristo, José trajo una sábana para envolver el cuerpo, comprándola

de nuevo en la tienda, porque juzgó que no convenia traer sábana que hubiese servido á otros. Y Nicodemus trajo un precioso ungüento y en grande cantidad, para ungirle todo; así tambien quien ofrece su corazon al servicio de Cristo, siempre con la voluntad junta las obras que puede, segun su posibilidad, procurando que sean obras limpias y puras, mezcladas con mortificacion y devocion, preciosas y muchas. De suerte que ni por ser preciosas sean pocas, ni por ser muchas sean de poco precio, sino que lo juntemos todo del mejor modo que pudiéremos. Ó dulcísimo Salvador, ¿qué maravilla es que te ofrezca yo tales obras, habiéndome tú ofrecido las tuyas, que infinitamente sobrepujan á las mias? Concédeme que no sea corto en darte todo lo que pudiere; pues todo es poco cuanto puedo darte.

PUNTO TERCERO. — 1. Estos dos varones bajaron el cuerpo de Cristo nuestro Señor de la cruz, con grande reverencia y devocion, mezclada con grande compasion y lágrimas. Desclavaron los sagrados piés y manos, besándoselas con gran ternura; quitáronle la corona de espinas de la cabeza, adorándola con grande reverencia; y cuando le desclavaban, abrazáronse con el sagrado cuerpo, para sustentar al que antes sustentaban los clavos, cuya divina Persona sustenta con sola su palabra cielos y tierra, y todo cuanto está dentro de ellos. Ó Hijo de Dios vivo, unido con cuerpo muerto, y necesitado á que tus mismas criaturas le sustenten, gracias te doy por esta humildad, que aquí muestras llena de tanta caridad. Ó caridad fuerte como la muerte (*Cant.* VIII, 6), ó celo duro como la sepultura, ¿cómo has vencido al Invencible, sujetándole á la muerte, y rindiéndole á que sea puesto en un sepulcro? Vénceme tambien á mí, para que muera con mi Señor; porque morir con él, es ganancia; y ser vencido por tí, es alcanzar victoria.

2. En bajando el cuerpo de la cruz, recibióle la Vírgen en sus brazos y abrazóle con ellos, y mucho mas con los de su alma, toda traspasada de dolor, cumpliéndose á la letra lo que se dice en los Cantares (*c.* I, 12): Hacecico de mirra es mi Amado para mí, entre mis pechos le pondré. Ó Vírgen soberana, ¡qué diferente abrazo es este de los que le dábades en el portal de Belen, y cuando caminábais á Egipto! Entonces era para Vos hacecico y ramillete de mirra, como joyel puesto entre vuestros sagrados pechos; pero ahora es haz grande de mirra muy amarga, que os llena toda de amargura. Ya podeis decir aquella lamentacion de Jeremías (*Thren.* III, 15): Llenóme de amarguras, y embriagóme con ajenjos muy amargos.

Miraba esta Vírgen todo el cuerpo de su Hijo, en cada uno de sus miembros atormentados, y de allí cogia mirra de que componia este haz tan amargo. Contemplaba los huesos desencajados, besando los agujeros de las manos y enderezando los dedos encogidos. Luego miraba las llagas del costado y de los piés, quedando su espíritu llagado con la vista de tantas llagas, y embriagado con tantas amarguras.

3. Tambien acudiria la Magdalena, abrazándose con los piés, donde alcanzó perdon de sus pecados; y como los vió tan heridos y lastimados, quedó su corazon herido, y sus ojos se hicieron fuentes de lágrimas, con que los comenzó á regar, deseando, si pudiera, limpiarlos con sus cabellos, como lo solia hacer; pero el Discípulo amado fuése luego al pecho, donde se habia recostado la noche antes, y como le vió abierto por un lado con la lanza, besaba aquella sagrada llaga, bañábala con lágrimas de sus ojos, y deseaba entrar dentro de ella á dormir otro sueño de contemplacion mas profundo que el pasado. ¡Oh dichosas almas, á quien fue concedido tocar y abrazar este soberano cuerpo! Dadme licencia, Salvador mio, que con el espíritu yo le abrace, transformándome todo en vuestro amor. De hoy mas habeis de ser para mí ramillete de mirra, el cual estará siempre entre mis pechos, mirándole con mis ojos y amándole con todos los afectos de mi corazon.

MEDITACION LV.

DEL ENTIERRO Y SEPULTURA DE CRISTO NUESTRO SEÑOR.

PUNTO PRIMERO. — 1. Despues que la Vírgen santísima hubo tenido un rato el cuerpo de su Hijo en su regazo, dióle á José y á Nicodemus, para que hiciesen su ministerio, quedándose ella con la corona de espinas y con los clavos, como con prendas y joyas muy preciosas. — Tomaron el santo cuerpo estos varones, y ungiéronle con la mirra, gastando en esto todas las cien libras, de modo que todo el cuerpo quedó empapado en ella, para significar que todo aquel santísimo cuerpo, desde que fue concebido hasta que espiró, vivió empapado en mirra de trabajos y mortificaciones, para que todo el cuerpo místico de su Iglesia se ungiese con esta mirra, preservando de la corrupcion de la culpa al que quisiese ungirse con ella; y porque el número de ciento significa perfeccion, por estas cien libras nos significa que nuestra mortificacion ha de ser muy perfecta y

acabada en todo género de virtud, como fue la suya, conforme á lo que se dice en el libro de los Cantares (*c.* v, 5), que las manos y dedos de la Esposa estaban llenos de mirra escogidísima. Ó alma mia, acuérdate muy de veras de esta mirra de tu Amado, y unge con ella tu cuerpo, trayendo siempre en él, como el Apóstol (II *Cor.* IV, 10), la mortificacion de Cristo Jesús, para que se manifieste por la tuya.

2. Hecha esta uncion, envolvieron el sagrado cuerpo en la sábana limpia, y la sagrada cabeza en un sudario, atándole como era costumbre: *Ligaverunt illud linteis cum aromatibus.* Ó Vírgen sacratísima, ¡qué dolor sentiria vuestro corazon, viendo cubierto el rostro en quien deseábades mirar mas que los Ángeles del cielo! Ó rostro mas puro que el sol, ¿quién te ha cubierto con la nube de esta mortaja? Ó Adan celestial, ¿quién te ha vestido con piel de animales muertos? Tu caridad ha hecho esto para librar de la muerte al Adan terreno, y para quitar de por medio la nube de mis pecados que me impide ver tu divino rostro.—Tambien se puede ponderar el amor que Cristo nuestro Señor tuvo á la pobreza, pues la mirra, la sábana y sudario quiso que fuese de limosna, como tambien quiso que el sepulcro fuese ajeno y prestado, enseñándonos á amar la virtud que tanto amó, y á ejercitarla en vida y en muerte, como él la ejercitó.

Punto segundo.— 1. Amortajado el cuerpo, es de creer que le pondrian en unas andas, como era costumbre llevar á enterrar los difuntos, y toda aquella compañía de devotas mujeres irian llorando con la Madre del difunto (*Luc.* VII, 13), que lloraba como la viuda de Naim á su hijo único que habia muerto en la flor de su edad. Ó Dios infinito, ¿cómo no salís al encuentro á esta desconsolada Viuda, y la decís: *Noli flere:* no quieras llorar? ¿Cómo no tocais esas andas en que va el cuerpo de este glorioso mancebo, Hijo único suyo y vuestro, y le decís: Mancebo, á tí digo levántate, volviéndole á su Madre, que tan sola queda sin él? Mas ya veo, Señor, que no es llegado este tiempo, porque primero ha de entrar Jonás en el vientre de la ballena (*Jonae,* II, 1), y ha de estar este Hijo del hombre tres dias en el corazon de la tierra, para salir despues vivo de ella.

2. Tambien se puede piamente creer, que los coros de los Ángeles se dividirian en dos partes, y una parte iria acompañando al alma de Cristo nuestro Señor, como despues verémos, y la otra vendria acompañando este divino cuerpo, unido con la divinidad, para

honrarle como convenia, cumpliendo lo que estaba escrito (*Isai.* XI, 10): Que el sepulcro de este Señor seria glorioso, por concurrir muchas cosas que le honraron en la sepultura, y una de ellas fue la compañía de estos Ángeles gloriosos, de los cuales podemos decir lo que dijo Isaías (*c.* XXXIII, 7): Que los Ángeles de la paz lloraban amargamente, no porque de verdad llorasen, sino porque si fueran capaces de lágrimas, su caridad les hiciera llorar con los que lloraban, habiendo tan justa causa para llorar. Ó Ángeles de la paz, alcanzadme que llore amargamente la muerte de mi Señor, y que con lágrimas de mi corazon acompañe á los que lloran, pues yo he sido la causa de ponerle en tal figura, que mueva á todos á llorar.

PUNTO TERCERO. — 1. *Cerca del lugar donde Jesús fue crucificado habia un huerto, y en él estaba un sepulcro nuevo cavado en la peña, donde ninguno habia sido enterrado; allí pusieron á Jesús, y José puso una gran piedra á la puerta del sepulcro.* (*Marc.* XV, 46; *Ioan.* XIX, 41).—Lo primero, se ha de considerar las propiedades del sepulcro que Cristo escogió para sí, tomándoselo á José, que le habia labrado.—La primera, estaba en un huerto; porque como el primer Adan pecó en un huerto, y allí incurrió la pena de muerte, quiso el segundo Adan llorar este pecado en otro huerto, y en otro ser sepultado, para librarle del pecado y de la muerte.—La segunda, era nuevo, porque siendo este Señor el nuevo Adan, y hombre nuevo, no habia de escoger para su cuerpo sino sepulcro nuevo; así como cuando entró en el mundo, escogió para su cuerpo el vientre de la Vírgen, que era como sepulcro, pero nuevo, en quien ninguno habia sido puesto, porque siempre fue vírgen, huerto cerrado (*Cant.* IV, 12), y morada de solo Cristo, en quien no tuvo parte su esposo José; como ni estotro la tuvo en el sepulcro que para sí habia labrado.

2. La tercera, estaba cavado en piedra ó peña, á fuerza de picos que la hendieron, para significar, que habia de ser sepultado en él la piedra viva Cristo, labrado con picos de trabajos, de quien dijo el Padre eterno (*Zach.* III, 9, *iuxta* LXX): Yo labraré esta Piedra á cincel y cavaré muchos hoyos en ella, y en un dia quitaré toda la maldad de la tierra; porque en virtud de las llagas que recibió esta divina Piedra, se perdonó el pecado con que toda la tierra estaba infeccionada. Ó Piedra viva, hazme fuerte como piedra, lábrame con mazo y escoplo de trabajos, para que sea sepulcro en que puedas morar para siempre. Amen.—En este sepulcro pusieron aquel santísimo cuerpo de Jesús, humillándose el que está sobre los cielos

á ser puesto debajo de tierra entre los muertos. Pusiéronme, dice por David (*Psalm.* LXXXVII, 7), en el lago inferior, en las tinieblas y en la sombra de la muerte. Lo cual ordenó este Señor, para librarnos con esta humillacion del lago inferior del infierno, de las tinieblas de la ignorancia, y de la sombra de la muerte, que es el pecado, porque consigo sepultó los vicios del mundo, para que en virtud de su muerte quedasen muertos para siempre. ¡Oh sepulcro de Dios verdaderamente glorioso (*Isai.* XI, 10), porque dentro de tí encierras al que es resplandor del eterno Padre, gloria de los Ángeles, honra del mundo, salud y vida de los hombres! Líbrame, ó sagrado sepulcro, del oscuro lago del infierno, y de la mortal sombra del pecado; admíteme dentro de tí para que muera, y sea sepultado con el que murió y fue sepultado por mí. (*Rom.* VI, 4).

3. *Aparejo para la comunion.*—Últimamente tengo de considerar, como en este misterio se representa el aparejo debido para la comunion, porque como la consagracion del cuerpo y sangre de Cristo nuestro Señor en diferentes especies de pan y vino significa, como arriba se dijo, su muerte, en la cual la sangre fue apartada del cuerpo; así la comunion representa su sepultura, porque este sagrado cuerpo, con sus cinco llagas, llenas de merecimientos, que procedieron de la mirra de su pasion, y cubierto como con mortaja, con el velo de las especies de pan, entra en nuestro pecho como en sepulcro, el cual ha de ser como huerto lleno de flores de olorosas virtudes, y sepulcro nuevo, por la renovacion de la vida, echando fuera de él todos los resabios de la vida vieja, para que quede tan limpio como si en él nunca hubiera caido cosa muerta. Ha de estar labrado en piedra, por la fortaleza y constancia grande que ha de tener en sufrir las mortificaciones y tribulaciones de esta vida. Y ha de estar cercano al monte Calvario, porque siempre se ha de ocupar en pensar las aflicciones de Cristo crucificado, é imitar sus soberanas virtudes. Con este aparejo será sepulcro glorioso de Cristo, el cual gustará de entrar en él, y enriquecerle con los dones de su gracia.

4. Pero despues de haber comulgado, he de poner una gran piedra sobre la puerta del sepulcro, guardando con fortaleza el tesoro que he recibido, cerrando la puerta del corazon y de los sentidos á todo lo que puede quitarme tanto bien, sepultándome á mí mismo dentro de mí mismo, con el Señor que tengo dentro de mí, para razonar con él, y agradecerle los bienes y mercedes que me ha hecho. Pues, como dice san Gregorio (*Lib.* V *Moral. c.* 5.) la misma contemplacion es como un sepulcro del espíritu, donde se encierra y es-

conde con Cristo en Dios. (*Colos.* III, 3). Ó alma mia, procura como José de Arimathia ungir á este Señor con mirra de mortificaciones muy perfectas. Envuélvele en una sábana de lienzo nuevo con gran limpieza de vida; dale tu propio sepulcro, que es tu corazon, labrado con gran firmeza, y de esta manera serás como José, que quiere decir el que crece, porque con cada comunion crecerás en las virtudes, hasta que subas á morar en la ciudad celestial, significada por Arimathia (*Iansenius, c.* 244 *Concordiae*), que quiere decir excelsa, la que está puesta en alto, viendo claramente al Dios de los dioses, en el alcázar alto de la santa Sion, por todos los siglos. Amen.

MEDITACION LVI.

DE LA SOLEDAD DE NUESTRA SEÑORA, Y DE LO QUE HIZO DESPUES DEL ENTIERRO DE SU HIJO.

PUNTO PRIMERO.— 1. Acabado todo el oficio de la sepultura, la Vírgen nuestra Señora, llena de nuevo dolor, por verse del todo sola, y privada, no solo del Hijo vivo, sino de su cuerpo muerto, determinó volverse á su posada, acompañándola aquellos nobles varones, con la Magdalena y las otras devotas mujeres: y al tiempo que llegaron al monte Calvario, en viendo la Vírgen la cruz de su Hijo, la adoró, siendo ella la primera que nos dió ejemplo de esta adoracion. ¡Oh qué palabras tan tiernas y devotas la diria, regalándose con ella! Hincaria en tierra sus rodillas; y levantadas las manos en alto, comenzaria á decir: Dios te salve, ó cruz preciosa, en cuyos brazos murió el que yo traje siendo niño en los mios: mayor ventura fue la tuya en esto que la mia, pues en mis brazos comenzó la redencion del mundo, y en los tuyos la acabé y perfeccionó; bendita eres entre todas las criaturas, porque en tí se trocó la maldicion de la culpa en la bendicion de la gracia, por el que murió en tí para dar vida al mundo. Dios te salve, ó árbol de la vida, por cuyo fruto todos los mortales pueden alcanzar la vida eterna, yo te adoro como á imágen del que es imágen invisible de Dios, y tendió sus brazos y piés en tí, para renovar la imágen que Adan borró por su pecado. Con estas ú otras tales palabras adoraria la Vírgen la santa cruz, y los demás que iban con ella á su imitacion harian lo mismo.

2. Por el camino iria esta Señora con gran cuidado por no pisar la sangre de su Hijo, la cual creia que era sangre de Dios, unida con su divinidad, y se lastimaria grandemente de los que la pisaban, llorando los pecados de aquellos que, como dice san Pablo (*Hebr.* X, 29), huellan al Hijo de Dios, y contaminan la sangre de

su Nuevo Testamento. En llegando á la posada, con grande humildad agradeció á los dos varones, José y Nicodemus, el oficio de caridad que habian hecho con su Hijo, y se despidió de ellos; y quizá les diria lo que dijo David (II *Reg.* II, 5) á los moradores de Galaad, cuando enterraron á Saul, á quien habian muerto los filisteos: Bendito seais de Dios, que hicísteis tal misericordia con vuestro señor Saul, y le dísteis sepultura. Dios os lo premiará, usando con vosotros de misericordia, y yo tambien de mi parte os seré agradecida por el bien que le habeis hecho.

PUNTO SEGUNDO.— 1. Entrándose la Vírgen en su posada, y recogida en algun retrete, comenzó á llorar su soledad y desamparo. Tenia su alma dividida en muchas partes, á donde estaba el tesoro de su corazon. Una parte estaba en el sepulcro con el cuerpo de su Hijo, meditando y rumiando los dolores que habia padecido en su pasion. Otra parte tenia en el limbo, con el alma del mismo Hijo, contemplando lo que haria con los padres que allí estaban; pero mucho mas por entonces se le iba el corazon á los dolores, revolviéndolos por su memoria, y llorando las causas de ellos, suplicando al Padre eterno aplicase su fruto á muchos, para gloria del que los padeció.

2. Otro rato de la noche gastó en platicar con la compañía que allí tenia de los trabajos de Cristo, especialmente el evangelista san Juan la contó las cosas que habia hecho su Maestro en el cenáculo, como habia cenado con ellos el cordero, y lavádoles los piés, é instituido el santísimo Sacramento de su cuerpo y sangre, y hécholes un divino sermon, y avisádoles de lo que les habia de suceder, y como se habian ido al huerto de Getsemaní, y las palabras de tristeza que les habia dicho, y como se retiró á oracion por tres veces. Y finalmente, como vino Judas con un ejército de soldados á prenderle, los milagros que allí hizo, y como todos sus discípulos huyeron y le desampararon. Todo esto oia la Vírgen con gran devocion y espíritu, y conservaba todas estas cosas, confiriéndolas dentro de su corazon; pero cuando volvió á contemplar las penas que ella habia visto, toda se resolvia en lágrimas, gastando en esto lo restante de la noche. Ó Vírgen soberana, querria llorar con Vos como el profeta Jeremías (*Thren.* I, 1), y deciros: ¿Cómo estais sentada en soledad, la que soliades ser como ciudad llena de mucho pueblo? ¿Que haceis como viuda desamparada, la que por derecho sois señora de las gentes? Llorando llorais de noche, y vuestras lágrimas corren por vuestras mejillas. No hay quien os consuele entre vuestros amigos, porque unos han huido, y otros se han convertido en crueles enemigos. Consolaos, ó Princesa soberana, cesen vuestros gemidos

y suspiros; pare la corriente de vuestras lágrimas, porque el grano de trigo, que sembrásteis en el sepulcro, dentro de tres dias saldrá vivo con su fruto muy copioso, para premiar con cien doblada alegría esta vuestra soledad y tristeza.

3. Luego ponderaré, como en este tiempo aquel buen Pastor que habia dado la vida por sus ovejas, aunque bajó al limbo para dar consuelo y libertad á las que estaban recogidas en aquel aprisco, no se olvidó de las que andaban descarriadas en la tierra, como ovejas sin pastor, y con la virtud de su omnipotencia desde el limbo las inspiró á que se recogiesen á donde estaba su Madre, para que ella en su lugar las consolase y esforzase. El primero que vino fue Pedro, todo lloroso y lastimado por las tres veces que habia negado á su Maestro; y postrándose delante de la Vírgen y de su condiscípulo Juan, renovaria sus amargas lágrimas por muchos títulos, por sus negaciones, por los trabajos de su Maestro, y por el desconsuelo de la Madre y de los demás que allí lloraban. Pero la Vírgen le consoló blandamente, como quien sabia bien la condicion de Dios, que es consolar á los que lloran. Luego fueron viniendo los demás Apóstoles, y á todos recibió la Vírgen con grande caridad, como recoge la gallina debajo de sus alas á sus polluelos, cuando vienen huyendo del milano. Exhortólos á que tuviesen fe y esperanza de la resurreccion de su Hijo; pues como se cumplió lo que les dijo de su crucifixion y muerte, así se cumpliria lo que juntamente les dijo de su resurreccion. Ó Vírgen soberana, ¡cuán bien comenzais á ejercitar el oficio de Madre que vuestro Hijo os encargó en la cruz! recogedme tambien debajo de vuestras alas, para que los milanos del infierno no se atrevan á hacerme daño.—Tambien puedo ponderar el sentimiento que tendria la Vírgen y los Apóstoles cuando echaron menos en su número de doce á Judas; y la desventura de este miserable, el cual si con arrepentimiento viniera á Nuestra Señora, como vino san Pedro, sin duda le admitiera y consolara; pero ya su culpa le habia puesto donde no es ni será jamás capaz de consuelo.

Punto tercero.—*En este mismo tiempo María Magdalena, y María José, y otras devotas mujeres que habian estado mirando el sepulcro, y el modo como sepultaban el cuerpo de Jesús, aparejaban ungüentos y olores con que ungirle, despues de pasado el dia solemne del sábado.* (*Luc.* XXIII, 55). En este paso consideraré la devocion y vigilancia de estas mujeres, así en contemplar muy despacio lo que pasaba en la sepultura de Cristo nuestro Señor, y en notar bien el lugar y modo como quedaba para cuando volviesen otra vez, como tambien en apercibir con tiempo nuevas especies aromáticas con que

ungirle; porque dado caso que se hubiesen gastado cien libras de mirra en la primera uncion, todo les pareceria poco, conforme al deseo que tenian de honrar y servir á su Maestro, de quien tanto bien habian recibido; y aunque esta obra iba mezclada en estas devotas mujeres con alguna imperfeccion de fe; pero de ella puedo sacar dos cosas que tengo de hacer toda la vida, y en especial despues de la comunion.-La primera es, contemplar muy despacio, no por curiosidad sino por caridad, todo lo que pertenece á Cristo crucificado, muerto y sepultado por mí, y el modo como entra dentro de los sepulcros vivos de las almas, que le reciben en el Sacramento, y lo que dentro de ellas obra.-La segunda es, no me contentar con sola meditacion y contemplacion, sino despues de ella ocuparme en recoger especies aromáticas; esto es, ejercicios olorosos de virtudes á gloria de Dios, y provecho de los prójimos, y edificacion de la Iglesia, que es su cuerpo místico, el cual es ungido con estas obras.

MEDITACION LVII.

DE LAS GUARDAS QUE PUSIERON AL SEPULCRO DE CRISTO NUESTRO SEÑOR, Y DE LA INCORRUPCION DE SU CUERPO.

PUNTO PRIMERO. — 1. *El dia siguiente, que fue sábado, los príncipes de los sacerdotes y fariseos dijeron á Pilatos: Hémonos acordado, que aquel engañador dijo, estando vivo, que despues de tres dias resucitaria. Manda, pues, guardar su sepulcro hasta el tercero dia, porque no vengan quizá sus discípulos y le hurten, y digan al pueblo que resucitó, y sea el postrer yerro peor que el primero.* En este hecho se descubre la furia de los enemigos de Cristo nuestro Señor, y con cuánta razon dijo David (*Psalm.* LXXIII, 23): La soberbia de los que te aborrecen crece siempre; porque con ser el dia del sábado tan solemne, madrugaron para llevar adelante su obstinada persecucion.-Y lo primero, estos soberbios se desdeñaron de llamar á Cristo nuestro Señor por su nombre propio, y como blasfemos le llamaron con nombre propio del demonio, que es engañador, siendo de verdad el desengañador del mundo, y el maestro de todos los desengaños, para que yo me consuele cuando fuere injuriado con nombres tan afrentosos.

2. Lo segundo, estos aborrecedores de Cristo dieron en temerarios y sospechosos, temiendo donde no habia que temer, sospechando que los discípulos hurtarian el cuerpo de su Maestro, y publicarian que habia resucitado, y que el pueblo los creeria. Todo lo cual no llevaba piés ni cabeza, sino que su odio les cegaba, y su envidia

les turbaba el juicio, y los que llamaban á Cristo engañador, no echaban de ver cuán engañados andaban, porque el verdadero engañador, que es el demonio y el espíritu de la soberbia, les traia engañados. Demás de esto, los que ponian su contento en quitar la vida á Cristo nuestro Señor no quedaron hartos, sino como mar tempestuoso que hierve están inquietos, y pretenden oscurecer la gloria de su resurreccion; mas no les aprovechó, porque la divina Providencia convirtió sus trazas contra ellos mismos, tomando de ellas ocasion para que la resurreccion de Cristo fuese mas publicada y mas creida. Ó dulcísimo Jesús, que fuiste perseguido en vida y en muerte de tus enemigos, no permitas que yo caiga en tal ceguedad, que tenga por engaño al mismo desengaño, calificando por engaños los consejos de los justos, que siguen los tuyos. Si tengo de ser engañado, sea, Dios mio, por tí mismo (*Osee*, II, 14; *Vid. Ribera*, ibi) que con santo engaño sueles engañar á la carne, para que se rinda con gusto al espíritu.

PUNTO SEGUNDO. — 1. *Respondióles Pilatos: Ahí teneis gente de guarda, guardadle como sabeis; y ellos cerraron el sepulcro, sellando la piedra, y poniendo guardas.* En este hecho mostraron estos fariseos la congoja de su dañada sospecha, porque ni aun se fiaron de los soldados, pareciéndoles que los discípulos de Cristo podian cohecharlos para que les dejasen sacar el cuerpo, y por esto sellaron con su sello la piedra del sepulcro; pero mucho mejor le selló el Padre eterno con el sello de su omnipotencia, poniendo millares de Ángeles que guardasen el cuerpo de su Hijo. Ó Salvador mio, que como otro Daniel (*Dan.* VI, 17) fuísteis echado por envidia de vuestros enemigos en el lago de los leones, sellándose la piedra del lago con el sello del rey Darío; seguro estais en ese lago del sepulcro, porque ni los leones, que son los gusanos, se atreverán tocar en vuestro cuerpo, ni los enemigos de fuera podrán hacerle daño. Libradme, Señor, de los enemigos domésticos, que son mis pasiones, porque no me despedacen con sus bocas, y de los enemigos de fuera, que son los demonios y sus ministros, porque no me dañen con sus tentaciones y calumnias.

2. Del ejemplo de estos hijos del siglo tengo de sacar aviso para ser tan diligente como ellos en guardar mi alma, despues que ha sido morada y sepulcro de Cristo nuestro Señor en la Comunion, procurando sellarla y guardarla, porque no me roben á Cristo y el espíritu de la devocion; pero ¿qué sello puedo poner mas seguro, ni qué guarda mas poderosa que al mismo Cristo? Ó Amador mio,

que dijísteis (*Cant.* VIII, 6): Ponme como sello sobre tu corazon y brazo, porque es fuerte el amor como la muerte, y duro el celo como el sepulcro: suplícote selles mi corazon y mis sentidos y potencias con el sello de tu caridad, y de la imitacion de tus gloriosas virtudes, para que guardado con este sello pueda gozar de tí para siempre. Amen.

PUNTO TERCERO.— 1. Estuvo el cuerpo de Cristo nuestro Señor en el sepulcro tres dias y tres noches (*D. Thom.* 3 *p. q.* 51, *art.* 4), tomando la parte por el todo, que vienen á hacer dos noches y un dia entero, para significar que por la muerte y sepultura de Cristo nuestro Señor somos libres de dos muertes, de alma y de cuerpo, de la culpa y de la pena eterna, significadas por las dos noches, las cuales se repararán con una vida, significada por un dia, que es la vida de la gracia y caridad. Y en todo este tiempo, el cuerpo de Cristo nuestro Salvador se conservó entero é incorrupto, sin que ninguna parte suya se resolviese en polvo ni en otra cosa, como estaba profetizado por David, cuando dijo (*Psalm.* XV, 10): No permitirás que tu Santo vea la corrupcion; porque aunque quiso sujetarse de su voluntad á las miserias del hombre y á la pena de muerte en que incurrió por la culpa, pero no quiso sujetarse á la pena de la corrupcion y conversion en polvo, por no dejar ni por breve tiempo las dos partes de la naturaleza que habia juntado consigo en unidad de persona; porque si el cuerpo se deshiciera, habia de faltar esta union; lo cual no consintió su bondad ni caridad, porque nunca quiso dejar lo que una vez tomó. Ó amantísimo Redentor, gracias te doy por habernos librado de las dos muertes, de culpa y pena eterna, ganando con tu muerte la vida de la gracia, que es principio de la vida eterna. Aplícame, Señor, el fruto de tu pasion, librándome de estas dos muertes, y concediéndome estas dos vidas, que en tí son una. Gózome, Salvador mio, de que tu cuerpo siempre haya perseverado incorrupto, y que la union de tu divina Persona con él nunca haya faltado; por lo cual te suplico me libres de la corrupcion del pecado, y me juntes contigo en union de perfecta caridad, en la cual persevere hasta la vida eterna. Amen.

—El descendimiento al limbo se pondrá en la parte V que se sigue, porque pertenece á los triunfos gloriosos de Cristo nuestro Señor, los cuales alcanzó por los merecimientos de su pasion, por la cual sea glorificado y honrado de los hombres y de los Ángeles, con el Padre y con el Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amen.—

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

ÍNDICE.

PARTE TERCERA.

De las meditaciones sobre los misterios de la vida de Cristo nuestro Señor, desde el bautismo hasta el fin de su predicacion.

Pág.

INTRODUCCION Y MEDITACION FUNDAMENTAL. — En que se trata de las dos vidas, activa y contemplativa, figuradas por Marta y María, hermanas: y de la vida compuesta de ambas, que ejercitó Cristo nuestro Señor en el tiempo de su predicacion 5

§ I. — De las obras principales de la vida activa. 6

§ II. — De las obras de la vida contemplativa. 7

§ III. — De la necesidad que la vida activa tiene de la contemplativa, y de las quejas que hay sobre esto. 9

§ IV. — De otras imperfecciones de la vida activa, y como Cristo nuestro Señor las corrige para que sea perfecta. 11

§ V. — Del UNO necesario, que es disposicion y fin de la vida contemplativa. 12

§ VI. — De las excelencias de la vida contemplativa. 14

§ VII. — De la excelencia que tiene la vida compuesta de ambas, abrazando la activa y contemplativa. 16

§ VIII. — Del modo excelentísimo como Cristo nuestro Señor juntó la vida contemplativa con la activa. 18

MEDITACION I. — De la maravillosa vida y predicacion de san Juan Bautista, hasta el bautismo de Cristo nuestro Señor. 21

MEDITACION II. — De las preguntas que hicieron á san Juan sobre quién era; y del testimonio que dió de Cristo nuestro Señor y de sí mismo, en que descubrió su rara humildad y santidad. 26

MEDITACION III. — Del bautismo de Cristo nuestro Señor. 30

MEDITACION IV. — De como Cristo nuestro Señor, despues del bautismo, se fué al desierto, y ayunó cuarenta dias y cuarenta noches. 39

MEDITACION V. — De las tentaciones que Cristo nuestro Señor padeció en el desierto. 43

MEDITACION VI. — De la vocacion y eleccion de los Apóstoles. 51

MEDITACION VII. — De la vocacion general con que Cristo nuestro Señor llama á todos los hombres para que se nieguen á sí mismos, tomen su cruz y le sigan. 58

MEDITACION VIII. — De la resignacion necesaria para oir la vocacion de Cristo, y renunciar todas las cosas para ser su discípulo. 63
MEDITACION IX. — Del primer milagro que hizo Cristo nuestro Señor en las bodas de Caná de Galilea.. 67
MEDITACION X. — De como Cristo nuestro Señor con gran celo echó del templo los negociantes. 73
MEDITACION XI. — Del sermon del monte, y de las ocho bienaventuranzas. 78
MEDITACION XII. — De los oficios que Cristo nuestro Señor encomendó á sus Apóstoles en este sermon del monte. 93
MEDITACION XIII. — De la ley evangélica, que Cristo nuestro Señor publicó en este sermon del monte, de sus excelencias, y de la alteza de perfeccion á que los levanta. 96
MEDITACION XIV. — Sobre la oracion del *Pater noster*. 102
MEDITACION XV. — De la mision de los Apóstoles y discípulos á predicar. 114
MEDITACION XVI. — Del glorioso martirio de san Juan Bautista. 119
MEDITACION XVII. — Del milagro que hizo Cristo nuestro Señor, dando de comer á cinco mil hombres con cinco panes. 124
MEDITACION XVIII. — Del milagro que hizo Cristo nuestro Señor, sosegando la tempestad del mar. 131
MEDITACION XIX. — Del milagro en que Cristo nuestro Señor anduvo sobre las aguas, y fue tenido por fantasma. 134
MEDITACION XX. — De la ilustre confesion que hizo san Pedro de la divinidad de Cristo nuestro Señor. 143
MEDITACION XXI. — De la transfiguracion de Cristo nuestro Señor. 150
MEDITACION XXII. — De las cosas que sucedieron estando Cristo nuestro Señor transfigurado. 154
MEDITACION XXIII. — De lo que sucedió á Cristo nuestro Señor con los hijos del Zebedeo, que le pidieron los asientos de la mano derecha é izquierda en su reino. 158
MEDITACION XXIV. — De Lázaro el pobre, y del rico avariento. 166
— Meditaciones de algunas obras milagrosas que hizo Cristo nuestro Señor, convirtiendo pecadores y sanando enfermos. 173
MEDITACION XXV. — De la conversion de la Magdalena. 174
MEDITACION XXVI. — De la conversion de la Samaritana. 181
MEDITACION XXVII. — De la mujer adúltera, á quien Cristo nuestro Señor libró de sus acusadores y perdonó sus pecados. 191
MEDITACION XXVIII. — De la conversion de Zaqueo, príncipe de los publicanos. 196
MEDITACION XXIX. — De la mujer cananea, cuya hija libró Cristo nuestro Señor del demonio. 202
MEDITACION XXX. — Del Centurion, cuyo criado sanó Cristo nuestro Señor. 205
MEDITACION XXXI. — De la mujer á quien sanó Cristo nuestro Señor del flujo de sangre. 208

MEDITACION XXXII. — Del enfermo á quien sanó Cristo nuestro Señor en la probática piscina. 213
MEDITACION XXXIII. — Del leproso á quien Cristo nuestro Señor sanó, y mandó se presentase á los sacerdotes. 219
MEDITACION XXXIV. — De los diez leprosos que Cristo nuestro Señor sanó enviándolos á los sacerdotes. 222
MEDITACION XXXV. — Del ciego que sanó Cristo nuestro Señor camino de Jericó. 225
MEDITACION XXXVI. — Del milagro del que nació ciego, á quien Cristo nuestro Señor sanó con lodo hecho de su saliva. 229
MEDITACION XXXVII. — Del sordo y mudo que sanó Cristo nuestro Señor con su saliva. 233
MEDITACION XXXVIII. — Del milagro en que sanó Cristo al endemoniado lunático, sordo y mudo, á quien sus discípulos no pudieron sanar. 237
— Meditaciones de los difuntos que Cristo nuestro Señor resucitó, y de la resurreccion espiritual de los pecadores. 241
MEDITACION XXXIX. — De la difunta, hija del Archisinagogo. 242
MEDITACION XL. — Del difunto hijo de la viuda de Naim. 245
MEDITACION XLI. — De la resurreccion de Lázaro. 248
MEDITACION XLII. — Del concilio que juntaron los fariseos contra Cristo nuestro Señor, en que Caifás decretó que muriese. 257
— Meditaciones de algunas parábolas de Cristo Señor nuestro. 260
MEDITACION XLIII. — Del sábio que edificó su casa sobre piedra, y del necio que la fundó sobre arena. 260
MEDITACION XLIV. — De la parábola del sembrador. 264
MEDITACION XLV. — De la parábola de la zizaña. 268
MEDITACION XLVI. — De la parábola del grano de mostaza. 275
MEDITACION XLVII. — De la parábola del mercader que buscaba perlas. 280
MEDITACION XLVIII. — Del pastor que buscó la oveja perdida. 284
MEDITACION XLIX. — Del hijo pródigo. 289
MEDITACION L. — Del que cayó en manos de ladrones, y fue remediado por el samaritano. 295
MEDITACION LI. — Del siervo que debia diez mil talentos. 301
MEDITACION LII. — De la parábola del mayordomo que desperdiciaba la hacienda de su señor. 307
MEDITACION LIII. — Del publicano y fariseo que subieron al templo á orar. 312
MEDITACION LIV. — Del padre de familias que llamó obreros para su viña. 315
MEDITACION LV. — De la parábola de la viña. 321
MEDITACION LVI. — De las parábolas de los convidados á las bodas y á las cenas. 325
MEDITACION LVII. — De las diez vírgenes. 331
MEDITACION LVIII. — De las parábolas de los talentos y minas. 336

PARTE CUARTA.

De las meditaciones sobre los misterios de la pasion de Jesucristo nuestro Señor.

INTRODUCCION DE LA ORACION MENTAL, cerca de la pasion de Cristo nuestro Señor. 343
§ I. — Del fin que se ha de tener en meditar la pasion. 345
§ II. — De las disposiciones que se han de procurar para meditar la pasion. 348
§ III. — De varios modos de meditar la pasion. 361
MEDITACION PRIMERA FUNDAMENTAL. — De la pasion de Cristo nuestro Señor, en que se pone una suma de las cosas que se han de meditar en cada misterio. 353
MEDITACION II. — De la subida de Cristo nuestro Señor á Jerusalen, en que descubrió á sus Apóstoles lo que allí habia de padecer, y de las veces que habló con ellos de su pasion. 373
MEDITACION III. — De la entrada de Cristo nuestro Señor en Jerusalen con ramos. 378
MEDITACION IV. — De las lágrimas que derramó Cristo nuestro Señor sobre Jerusalen, cuando comenzó á verla, y de lo que le sucedió aquel dia. 384
MEDITACION V. — De la cena de Cristo nuestro Señor en Betania. 388
MEDITACION VI. — De como Judas vendió por treinta dineros á Cristo nuestro Señor, y los príncipes de los sacerdotes se resolvieron de matarle. 392
MEDITACION VII. — De la última cena, en que Cristo nuestro Señor comió el cordero legal con sus Apóstoles, y como antes de ella se despidió de su Madre santísima. 399
MEDITACION VIII. — Del lavatorio de los piés. 404
— Meditaciones de la institucion del santísimo Sacramento. 412
MEDITACION IX. — De lo que hizo Cristo nuestro Señor antes de instituir el santísimo Sacramento para representar la disposicion que han de tener los que le han de recibir. 412
MEDITACION X. — Del tiempo, lugar y compañía que escogió Cristo nuestro Señor para instituir este santísimo Sacramento. 416
MEDITACION XI. — De la maravillosa conversion que Cristo nuestro Señor hizo del pan en su cuerpo, y del modo como él y los Apóstoles comulgaron. 419
MEDITACION XII. — De la conversion del vino en la sangre de Cristo nuestro Señor, y de los grandes tesoros que están encerrados en esta sangre. 425
MEDITACION XIII. — De las especies sacramentales del pan y vino, y de lo que por ellas se nos representa. 428

MEDITACION XIV. — De seis cosas misteriosas que Cristo nuestro Señor hizo y dijo cuando consagró el pan y el vino. 432
MEDITACION XV. — De la potestad que Cristo nuestro Señor dió á sus Apóstoles para hacer lo mismo que él habia hecho, y de la que tienen ahora los sacerdotes para consagrar y ofrecer el sacrificio del cuerpo y sangre de Cristo. 436
MEDITACION XVI. — De como Cristo nuestro Señor en la cena dijo á sus Apóstoles que uno de ellos le habia de entregar, y como Judas se salió para esto. 440
MEDITACION XVII. — De la contienda de los Apóstoles sobre la mayoría, y como Cristo nuestro Señor les corrigió y avisó del escándalo que habian de padecer aquella noche; y á Pedro de que le negaria tres veces. 444
MEDITACION XVIII. — Del sermon que Cristo nuestro Señor hizo despues de la cena. 447
MEDITACION XIX. — De la oracion que Cristo nuestro Señor hizo á su Padre al fin del sermon de la cena. 456
MEDITACION XX. — De la ida de Cristo nuestro Señor al huerto, y de la tristeza y afliccion interior que allí tuvo. 461
MEDITACION XXI. — De la oracion que Cristo nuestro Señor hizo en el huerto. 467
MEDITACION XXII. — De la aparicion del Ángel, y del sudor de sangre. 474
MEDITACION XXIII. — Por aplicacion de los sentidos interiores del alma, cerca de la sangre que Cristo nuestro Señor derramó en el huerto. 479
MEDITACION XXIV. — De la venida de Judas con los soldados á prender á Cristo nuestro Señor, y de lo que sucedió antes de la prision. 481
MEDITACION XXV. — Del prendimiento. 487
— Meditaciones de los misterios de la pasion, que sucedieron esta noche, despues del prendimiento. 491
MEDITACION XXVI. — De los trabajos que Cristo nuestro Señor padeció desde el huerto á casa de Anás, y de lo que allí le sucedió. 492
MEDITACION XXVII. — De la bofetada, y de la remision á Caifás. 496
MEDITACION XXVIII. — De las tres negaciones de san Pedro. 498
MEDITACION XXIX. — De los falsos testimonios que dijeron contra Cristo nuestro Señor en casa de Caifás, y de lo que respondió á su pregunta. 503
MEDITACION XXX. — De las injurias y dolores que padeció Cristo nuestro Señor en presencia de Caifás y de su concilio, y en lo restante de la noche. 507
MEDITACION XXXI. — De la presentacion de Cristo nuestro Señor ante Pilatos, y de la muerte de Judas. 514
MEDITACION XXXII. — De la acusacion de Cristo nuestro Señor ante Pilatos, y de las preguntas que Pilatos le hizo. 519
MEDITACION XXXIII. — De la presentacion de Cristo nuestro Señor ante Herodes, y de los desprecios que allí padeció. 523
MEDITACION XXXIV. — De como los judíos escogieron á Barrabás y condenaron á Cristo. 527
MEDITACION XXXV. — De los azotes de Cristo nuestro Señor á la coluna. 531

MEDITACION XXXVI. — De la coronacion de espinas, y de los demás escarnios que luego sucedieron. 537
MEDITACION XXXVII. — Del Ecce Homo, y del último exámen que hizo Pilatos de Cristo nuestro Señor. 543
MEDITACION XXXVIII. — De la condenacion de Cristo nuestro Señor á muerte de cruz. 551
MEDITACION XXXIX. — De como Cristo nuestro Señor llevó la cruz á cuestas, y de lo que sucedió hasta llegar al Calvario. 554
MEDITACION XL. — De lo sucedido en el monte Calvario antes de la crucifixion. 563
MEDITACION XLI. — De la crucifixion de Cristo nuestro Señor. 566
MEDITACION XLII. — De los misterios que están encerrados en Cristo crucificado. 571
MEDITACION XLIII. — Del título de la cruz de Cristo, y de las causas misteriosas de su pasion que en él se encierran. 576
MEDITACION XLIV. — De la particion de las vestiduras de Cristo nuestro Señor, y de los escarnios que padeció en la cruz. 580
MEDITACION XLV. — De la primera palabra que Cristo nuestro Señor habló en la cruz, rogando por sus enemigos. 586
MEDITACION XLVI. — De los ladrones que fueron crucificados con Cristo nuestro Señor, y de la segunda palabra que dijo al uno prometiéndole el paraíso. 590
MEDITACION XLVII. — De la tercera palabra que Cristo nuestro Señor habló en la cruz con su Madre y con san Juan. 597
MEDITACION XLVIII. — De las tinieblas que sucedieron en toda la tierra, y de la cuarta palabra que Cristo nuestro Señor habló en la cruz. 601
MEDITACION XLIX. — De la sed que Cristo nuestro Señor padeció en la cruz, y de la quinta palabra que habló en ella. 604
MEDITACION L. — De la sexta palabra que Cristo nuestro Señor dijo en la cruz. 608
MEDITACION LI. — De la séptima palabra que dijo en la cruz Cristo nuestro Señor, y de su muerte. 611
— Suma de las meditaciones pasadas, en que se pone un modo de bien vivir, y un aparejo de bien morir, á imitacion de Cristo crucificado. 615
MEDITACION LII. — De los milagros que sucedieron en muriendo Cristo nuestro Señor. 617
MEDITACION LIII. — De la lanzada en el costado, y tambien de las cinco llagas. 619
MEDITACION LIV. — Del descendimiento de la cruz. 626
MEDITACION LV. — Del entierro y sepultura de Cristo nuestro Señor. 629
MEDITACION LVI. — De la soledad de nuestra Señora, y de lo que hizo despues del entierro de su Hijo. 633
MEDITACION LVII. — De las guardas que pusieron al sepulcro de Cristo nuestro Señor, y de la incorrupcion de su cuerpo. 636

FIN DEL ÍNDICE.

003097


TAYLOR INSTITUTION
UNIVERSITY
30 MAR 2001
OF OXFORD
LIBRARY





